La Rosa de España
Shirlee Busbee



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

La encarnizada violencia de la pasión
Enseñó a sus corazones a perdonar

Era el más amargo enemigo de su familia... y ahora estaba de pie ante ella, su cuerpo magnífico encadenado, capturado

por el hermano de María Delgado...esclavizado.

Pero desde el momento en que la seductora María descubrió los ardientes ojos de Gabriel Lancaster, fue imposible dudar acerca de quién era el auténtico prisionero...

Gabriel despreció a esa tentadora flor española cuya cara venía a perseguirlo en todos sus sueños febriles. Él escaparía en un barco pirata dedicado al saqueo y un día regresaría como conquistador para destruir toda la resistencia de María en el fuego abrasador de sus caricias

Prefacio

De acuerdo con los archivos españoles, tan sólo doscientos hombres defendían la ciudad de Portobelo cuando Henry Morgan y sus bucaneros la atacaron. El ejercito español que llegó presuroso de la ciudad de Panamá contaba con poco más de ochocientos hombres. Morgan afirmó que eran novecientos lo defensores en Portobelo, y que de Panamá llegaron tres mil españoles para combatir a los bucaneros en la jungla. Para los fines que perseguía, preferí utilizar la versión de los combates que dejó Morgan.

El verdadero almirante de la Armada de Barlovento fue don Alonso de Campos y Espinosa, y su buque insignia fue la gran fragata Magdalena. Me he tomado la gran libertad de reemplazarlo por Diego Delgado, hermano de María, y a la histórica Magdalena por el ficticio Santo Cristo. Los episodios que culminaron en la batalla de Barra de Maracaibo, excepto los actos novelísticos de personajes y naves, sucedieron más o menos como los describo. Todos los barcos mencionados en el libro, excepto el Dark Angel, el Lucifer, el Santo Cristo, el Raven, el Caroline Griffin, el Vengeance y el Jaguar, existieron realmente.

PRIMERA PARTE
VENDETTA
(El caribe, 1664)

Coraje es sentir
la punzada cotidiana del acero implacable
y continuar viviendo.
Douglas Malloch (Courage, 2ª estrofa)

1

Una súbita explosión de risas de borrachos, proveniente de la taberna del puerto, resonó en las sórdidas calles adoquinadas y sobresalto a la esbelta figura que acechaba en el callejón. Con el temor reflejado en sus azules ojos, María Delgado apretó con más fuerza la bolsita de tela que contenía todo su alimento y se hundió más profundamente en las borrosas sombras.

"¡Cielos!", se dijo. Ése no era el momento de tener miedo, sobre todo porque había llegado desde muy lejos sin sufrir daño. Su mirada ansiosa se volvió hacia el puerto de Sevilla, sonde estaba anclado el imponente galeón español "Santo Cristo" flanqueado por otras naves. Era el barco de su medio hermano, y al romper el alba saldría a la extensión aparentemente infinita del frio oceano Atlantico, en busca de las calidas aguas del Caribe, María tenía que estar a bordo de ese barco cuando se hiciera a la mar con la flota de otoño; o bien afrontar el exilio, quizá definitivo, ahí en España.

Por un instante, el recuerdo de La Española hizo que las lágrimas afloraran a sus irritados ojos; evocó el exuberante valle tropical, a varias millas de Santo Domingo, el sitio que había sido su hogar desde que tuvo apenas seis meses. María pensó con amargura en el destino que la había llevado allí, a ese mezquino agujero de España, el país donde naciera y adonde había llegado dieciséis años y medio después.

Los hechos de los últimos dieciocho meses se le antojaban increíbles, e incluso ahora, en esa cálida noche de agosto de 1664, le resultaba creer en todo lo sucedido durante este periodo. La muerte de su padre, don Pedro Delgado, fue el principio de todo; o más bien, como juzgaba ella con dolor, fue el duelo que este habia sostenido con sir William Lancaster, enemigo mortal de la familia, el verdadero desencadenante, Don Pedro había podido matar a sir William, pero no sin evitar que el inglés le infligiese dolorosas heridas. Su padre resistió seis largos meses antes de morir, y su madre, doña Isabel, que nunca había sido una mujer fuerte, fue debilitándose hasta un limite peligroso mientras cuidaba de él durante aquel doloroso periodo. Nadie, salvo María, se sorprendió cuando doña Isabel murió pocas semanas después de su marido.

María emitió un ahogado sollozo y se mordió furiosa el labio inferior para contener la punzada de dolor que la asaltaba. ¡No se compadecería de sí misma! Pero como echaba de menos el vigoroso abrazo de su padre cuando él regresaba después de pasar varios meses en el mar, alzándola con sus fuertes brazos, y diciéndoles que ella era su preciosa palomita. María reconocía con tristeza que lo que más añoraba era la dulce serenidad de su madre, de quien siempre había estado muy cerca; las prolongadas ausencias de don Pedro para escoltar la flota española del tesoro desde el lugar de encuentro en La Habana, atravesando el océano en busca del puerto de Sevilla, a orillas del Guadalquivir, en España, habían acentuado esa cercanía. Don Pedro solía ausentarse durante meses, pero aunque lo echaban mucho en falta, María y su madre se sentían satisfechas; se tenían mutuamente, y residían en el lugar más hermoso del mundo. Al recordar su acogedor hogar de anchas terrazas, en los campos de caña de azúcar, el espectáculo desconcertante del enmarañado bosque tropical que comenzaba

cerca de allí, María sentía un nudo en la garganta y su mirada regresaba al Santo Cristo. No debía partir sin ella, aunque su medio hermano Don Diego, la matase cuando descubriera que había desobedecido sus ordenes.

La muerte del padre había llevado a don Diego, que entonces tenia treinta años, a asumir la potestad de la familia. Por esa razón se había convertido en el tutor de María y a la muerte de la madre era el único arbitro de su futuro. María y Diego nunca habían estado cerca uno del otro. Como su padre, Diego desaparecía durante semanas, a veces años o más, de la residencia en La Española, de modo que se veían poco. La diferencia de catorce años entre ambos no mejoraba las cosas, y tampoco ayudaba la desaprobación que Diego demostraba ante la afectuosa permisividad con que habían criado a María. Pero ciertamente existía un sólido vinculo entre ellos, y María admiraba a su hermano mayor, a pesar de que otrora deseó que Diego no demostrase una ambición tan implacable. Nunca había advertido cuan ambicioso era, hasta que sus padres fallecieron y ella quedo bajo su autoridad.

Todavía dolorida por la desaparición de sus padres, antes de percatarse que sucedía, María se vio arrancada de La Española, de todo lo que había conocido siempre, y embarcada en el Santo Cristo con destino a España. Pero apenas llegados a España, para mayor sorpresa, Diego le informó de que había concertado para ella una brillante unión y esperaba que el compromiso se anunciara en los próximos meses.

Los labios de María se curvaron en una mueca de desagrado. Si por lo menos don Clemente de la Silva y González, el hombre elegido por su medio hermano como esposo para ella, hubiera sido distinto... Incluso ahora, al recordar los rasgos y la cara angosta de don Clemente, María esbozó una expresión de disgusto. No se trataba de que fuese particularmente desagradable - muchos afirmaban que era de veras muy apuesto -, pero la cruel curva de su labio inferior y el brillo helado, como de reptil, en aquellos ojos negros de mirada fija, la habían estremecido. Sus actitudes también eran frías, y por mucho que intentase lo contrario después de haberle sido presentado, María nunca pudo sentir más que repulsión y desprecio en presencia de aquel hombre. Y durante las semanas y mese siguientes, ella descubrió que en realidad no había nada detrás de aquella superficie fríamente cortes. Don Clemente pensaba únicamente en su propio placer y satisfacción, y la joven no necesito mucho tiempo para comprender que era solo un petimetre vanidoso y egocéntrico, un títere manipulado por Diego.

La joven llego a saber, a través de una dolorosa experiencia, que Diego consideraba la gente que tenia alrededor en general como un conjunto de meros peones par su búsqueda de poder y mayor riqueza; en su caso, tales metas constituían una obsesión. El matrimonio de María con don Clemente le hubiera permitido a Diego alcanzar los círculos, mas altos de la corte de Felipe IV, allí donde se dispensaban títulos y altos cargos.

Pronto fue evidente que su hermano había estado incitando a don Clemente y a su familia meses antes de la muerte del padre, y ella a menudo se preguntaba si éste hubiese aprobado al hombre elegido por Diego para esposo de su hija. A veces, cuando estaba muy deprimida, así lo creía; después de todo, siempre había sabido que su padre deseaba casarla bien, y

fortalecer la jerarquía y el poder de los Delgado con un buen matrimonio. Pero por otro lado, intuía que su casamiento con don Clemente había sido idea exclusiva de Diego. Del mismo modo fue idea de su hermano arrancarla de su hogar y llevarla a España.

María odiaba España. En ella nada le parecía conocido, salvo el idioma, y se sentía mas cómoda con la vida sencilla y libre que había llevado en La Española. Las familias de actitudes fríamente aristocráticas que había conocido y el comportamiento almidonado y calculado y los aires ridículos de los miembros de la sombría corte española de Madrid suscitaban en ella un sentimiento de repulsión. ¡En verdad, todo ello carecía de atractivo para la cálida y expansiva María! Durante los últimos meses, ella y Diego habían discutido agriamente a causa del desagrado que ella experimentaba, pero su hermano siempre había dicho la ultima palabra. Hasta el mes pasado.

En la oscuridad del callejón, María no pudo contener la risita que burbujeaba en su interior. ¡Ah, còmo se había enojado Diego, y que divertido parecía el remilgado y colérico don Clemente con aquel cubo de plata lleno de miel que le cayó sobre la cabeza, encasquetado por la misma María sobre los rizos cuidadosamente peinados y perfumados apenas unos instantes antes. Fue una acción ofensiva, y normalmente la joven se habría horrorizado de su propia travesura; pero se había visto obligada a adoptar mediadas drásticas. La noche de la víspera rogó a Diego que a la mañana siguiente no anunciara su compromiso con don Clemente. Con un gesto decidido en la menuda cara, humillando su amor propio, le rogó que reconsiderase su decisión. Pero nada pudo conmover a Diego, y así, durante un desayuno muy formal que debía haber terminado con el anuncio de su compromiso con un hombre a quien detestaba, María había hecho algo inconcebible: se había negado a obedecer a su tutor y humilló públicamente al arrogante don Clemente. Hubo risitas nerviosas al ver el elegante español apartandose bruscamente de la mesa sembrada de flores, con hilillos de miel dorada que le corrían pegajosos por la frente y la espalda. Si la situación no hubiese sido tan determinante en su caso, María también habría reído encantada; pero para ella, ese momento no era cosa de risa. Estaba luchando por su futuro mismo.

Por supuesto, después de aquel episodio no podía hablarse de compromiso matrimonial. María nunca había visto tan furioso a Diego, y por primera vez en su joven vida percibió cuán peligroso resultaba encolerizar a un hombre que ejercía control total de otra persona. Después que se marcharon los invitados, cosa que por supuesto hicieron casi inmediatamente, Diego le ordeno que fuese a su habitación, y allí se enfrentaron los dos hermanos. El rostro bien formado de Diego tenía una expresión dura y la cicatriz que le marcaba la ceja izquierda, resultado del mismo duelo que había provocado la muerte del padre, estaba lívida; pero María no podía creer que realmente se propusiera castigarla con la delgada vara que sostenía en la mano. Finalmente, Diego desechó ese castigo fisico.

No tengo intención de pegarte… ¡aunque probablemente algunos pienses que lo mereces! - alegó con frialdad.

A la mañana siguiente, Diego la acompañó a un convento próximo, y allí languideció María sin noticias de su hermano ni indicios acerca de su destino, hasta dos noches antes.

"Gracias a Dios", penso María con fervor. Él había decidido informarle personalmente de su inminente partida hacia La Española; de no haber sido así, ella se hubiera enterado demasiado tarde para frustrar los planes de Diego. La intención explícita de su hermano de dejarla encerrada en aquel convento, parecido a una prisión, hasta que él regresara a Sevilla meses después, había dejado en un principio a María muda de asombro. Tragando dolorosamente, le preguntó con voz ronca:

–¿Y cuando regreses? ¿Qué me sucederá entonces?

Con una actitud apenas menos severa, Diego se limitó a contestar:

En ese momento confío en que don Clemente se habrá repuesto por completo de la herida que infligiste a su orgullo, y volverá a aceptar unir nuestras dos familias.

María miró a su hermano y con expresión de asombro en el rostro, estalló:

–¡ No puedes continuar con eso! ¡Además, después de lo que hice, sin duda nada inducirá a don Clemente a reconsiderar el plan!

Diego esbozó una sonrisa.

Hermanita, subestimas tus propios encantos. A pesar de esos condenados ojos Lancaster, te has convertido en una criatura muy agradable y don Clemente lo sabe perfectamente.

"Esos condenados ojos Lancaster" Cuán a menudo había oído a los hombres de su familia lamentar el hecho, y con cuanta frecuencia se sintió herida por ello. "¡ la culpa es mía!", pensaba. ¿Era suya la responsabilidad si el bisabuelo don Francisco raptó a la bisabuela Faith Lancaster de la corte inglesa de Isabel I llevándola a España para convertirla en su involuntaria amante? Los ojos azul zafiro de Faith Lancaster se habían transmitido de generación en generación hasta su bisnieta, María. Faith Lancaster fue también la causa de la prolongada enemistad entre los Delgado españoles y los Lancaster ingleses. Estos últimos nunca habían olvidado el insulto, pese a que tiempo después don Francisco se casó con Faith. Unos diez años mas tarde la Armada Española salió en busca de la flota inglesa, y el hermano de Faith combatió contra el hermano de don Francisco, lo había matado en la cubierta de su barco… del mismo modo que don Pedro, padre de María, se había enfrentado con sir William Lancaster y lo había matado apenas dos años atrás. María se dijo, pesarosa, que la venganza encadenada que había originado el rapto de Faith aún se prolongaba, a pesar de tosas las generaciones y los años transcurridos; y ella, con sus ojos azul zafiro, era un recordatorio constante de las razones que explicaban las muertes y la profunda enemistad entre las dos familias.

La voz de Diego la arrancó de pronto de sus pensamientos, y al darse cuenta de que no había prestado atención a las palabras de su hermano, ella pregunto:

–¿Qué dijiste hace un momento? Me temo que no te escuchaba.

Diego la miro sombríamente y pronunciando con cuidado cada palabra, afirmó con sarcasmo:

–Dije... que no sólo tu bonita cara y tu cuerpo inducirán a reconsiderar la idea a don Clemente, ni siquiera sólo el oro que este matrimonio aportará a sus cofres, sino el hecho de que tu... sincera actitud ha atraído el interés de la reina.

–¿La reina? ¿Me recuerda?– pregunto María, superando su asombro.

Como de pasada, Diego contestó:

Si, Fue una sorpresa para mí...aunque no hubiera debido ser así; después de todo, somos miembros de la familia Delgado y no es posible ignorar nuestra posición y nuestra riqueza... Pero es evidente que durante tus apariciones poco frecuentes en la corte de Madrid esta primavera, la reina consideró que tus...– los labios de Diego esbozaron un gesto de renuncia–... tus modales rústicos eran interesantes. Ha dicho de ti que eras su "rosa de España", supongo que porque le regalaste esa flor cuando le fuiste presentada.

Las palabras de Diego desconcertaron a María. ¡ De modo que la reina de España, Mariana de Austria, en efecto la recordaba!

La joven no se había sentido complacida durante los dos meses que ella y Diego pasaron en Madrid, en la corte sombría y endeudada de Felipe IV, pero le reconfortaba saber que aportó un momento placentero a la joven reina, esa pobre mujer de rostro poco apreciado. Las escasas veces que en efecto estuvo en compañía de la reina, esta le había demostrado considerable simpatía. Después de todo, no debía de ser fácil vivir tan lejos de su patria, casada con un viejo grosero, muy conocido por su conducta licenciosa. Corría el rumor de que Felipe IV era el padre de treinta y dos hijos ilegítimos; y hasta el nacimiento de un varón, Carlos, dos años atrás, el trono no había tenido heredero. La reina había avivado todos los instintos protectores de María, y precisamente para provocar la sonrisa de la soberana ella le había ofrecido tímidamente una rosa carmesí de exótica fragancia. ¡ Y la reina se había acordado de ella!

Con voz brusca, Diego interrumpió sus pensamientos.

–¡Por Dios, María! ¡Despierta de una vez y escucha lo que te estoy diciendo!

Sí, hermano mío. Te escucho...

Has malgastado perversamente la vida. –prosiguió él –. Tu madre permitió que vagaras a tu antojo en esa horrible jungla a la que llamas tu hogar. Y nuestro padre no fue mucho mejor. Debió haberte castigado enérgicamente por lo menos la media docena de ocasiones que yo recuerdo... Pero todo eso es cosa del pasado. Ahora estás a mi cargo, y por eso mismo tendrás que obedecerme en todo.

La cara de María adoptó una expresión rebelde, sus ojos azul zafiro resplandecieron de resentimiento. Al advertirlo, Diego le ordenó con severidad:

–¡Borra de tu cara esa expresión o tendré que golpearte!–

Pero la actitud de María no cambió y poco dispuesto a empeorar la situación entre ellos, Diego continuo con gesto más sereno:

Sé que desde la muerte de nuestro padre las cosas no han sido fáciles para ti… ¡pero la causa está en tu obstinación! Tienes que aprender cómo debe comportarse una joven bien educada. Por mi parte, sólo intento hacer lo que más te convine. Tienes que olvidar la posibilidad de retorno a La Española. Ahora, tu hogar está en España. Te casarás aquí, y aquí vivirás el resto de tu vida. Es necesario que aceptes este hecho.

Las palabras de Diego fueron como una sentencia de muerte para María. Disipada su belicosidad, aferró los brazos de Diego y rogó:

–¡ Por favor, Diego! ¡ No digas eso! Permíteme regresar a casa; me casaré con quien tu digas. Sólo pido que sea un hombre de La Española, porque quiero vivir allí. ¡Odio España! ¡ Si me obligas a permanecer aquí, moriré!

Las facciones de su hermano se suavizaron ligeramente, pero no se dejó convencer. Endureciéndose para rechazar los ruegos de María, replicó:

–¡No seas ridícula! ¡Naciste aquí! ¡Este es tu hogar, no aquel rincón provinciano en que creciste!

Antes de que María pudiese pronunciar una palabra más, su hermano giró sobre sus talones y salió de la pequeña celda que habían asignado a la joven cuando ingresó en el convento.

María, aturdida por todo lo sucedido, no tardó en reaccionar y decidió que se las arreglaría para estar en el Santo Cristo cuando la nave zarpara. Su plan inmediato era escapar enseguida del convento, pero la prudencia la contuvo; si descubrían demasiado pronto su desaparición, Diego sabría donde tendría que buscarla, y no soltaría amarras antes de revisar de popa a proa el Santo Cristo hasta descubrirla. No. Tenía que esperar hasta el último momento para fugarse. Aquella noche salió subrepticiamente de su celda y realizó una breve incursión en la cocina del convento. Con movimientos rápidos acumuló aceitunas, queso y pan y lo introdujo todo en una pequeña bolsa de tela. Agregó una botella devino y regreso a su celda silenciosamente.

Al día siguiente espero con febril impaciencia que pasaran las horas y llegase la noche. Finalmente, después de entonar el último Te Deum, y cuando tanto las monjas como las novicias se retiraron a sus celdas desnudas, María atravesó silenciosa los desnudos corredores de piedra, decidida a llegar al Santo Cristo y embarcar cuando éste zarpara al amanecer.

En su trayecto hasta el puerto de Sevilla no había surgido ninguna complicación, y estaba felicitandose por la facilidad con que había llegado hasta allí sin subir daño cuando el estallido de risas la había sobresaltado hacía un momento. Por supuesto, el disfraz que había conseguido, robando un par de abolsadas calzas y una tosca camisa de algodón de entre los artículos donados al convento para su entrega a los pobres había supuesto una notable ayuda. Con su corta estatura y el cuerpo delgado, los rasgos delicados medio ocultos por el sombrero de ala blanda que usaban tantos campesinos, se confundía fácilmente con un jovencito. Nadie la había

molestado mientras recorría las oscuras calles, a menudo peligrosas, que conducían al puerto, donde estaba anclado el Santo Cristo.

De nuevo se oyeron las sonoras carcajadas procedentes de la taberna. Pero esta vez María no se sobresaltó; toda su atención estaba concentrada en el alto galeón, que se encontraba tan cerca y al mismo tiempo tan lejos de ella. Entre la penumbra, pudo distinguir a los marineros, de aspecto rudo que holgazaneaban cerca de la plataforma que llevaba a la nave, y tras las barandas del Santo Cristo percibió movimientos esporádicos que sugerían la presencia de otros hombres en el galeón.

Ahora que había llegado tan lejos, ¿Cómo podía embarcar sin ser descubierta? Su ansiosa mirada se posó en los dos hombres que estaban cerca de la planchada, larga y ancha. Si se tratara de Paco y Juan, dos marineros de la familia Delgado que la conocían desde la infancia... quizá pudieran ayudarla a ocultarse en la bodega hasta que el Santo Cristo estuviese en alta mar. Su decisión de huir del convento y llegar al puerto había sido tan rápidamente ejecutada que ni siquiera había concebido un plan para entrar efectivamente en la nave. ¡ De qué podía servirle eso si ni siquiera lograba alcanzar la nave!

Algo más tranquila pero firme en su decisión, María atisbó alrededor buscando algo que pudiese ayudarla. Casi como respondiendo a una plegaria. Oyó el rumor de un carro que avanzaba sobre los adoquines en dirección al Santo Cristo. Miró ansiosa hacia el vehículo y vio los baúles y los barriles cargados en él. ¡ Baúles y barriles destinados a la bodega del Santo Cristo!

El corazón comenzó a latirle con fuerza, y contuvo la respiración cuando vio que el conductor descendía y se acercaba a los dos hombres que estaban cerca del Santo Cristo. Quizá pudiera llegar hasta el carro. Y una vez allí podría intentar abrir uno de los baúles en introducirse en su interior.

Haciendo acopio de todo su valor, salió de su escondrijo en el callejón y salvó velozmente la corta distancia que la separaba del caro. El sonido de la conversación de los tres hombres llegó a ella con nitidez. Rogando al cielo que continuaran hablando delante del vehículo varios minutos más, se apresuró a trepar al mismo. Con dedos temblorosos manipuló el candado del primer arcón. No se movió. Con creciente nerviosismo, probó el siguiente, y después el otro. Estaban todos bien cerrados, y María sintió que se le oprimía el corazón. ¡Cielos! ¿Se le había presentado aquella oportunidad para que de pronto se esfumara completamente?

Agazapada en el sucio carromato, miró fijamente los baúles revestidos de cuero. ¡Tenía que conseguir que uno de ellos se abriese! El ruido de pasos que se aproximaban le sobresaltó, y en un desesperado intento por evitar que la descubriesen cayó de llenos sobre uno de los bultos amontonados al azar. El objeto cayó a los adoquines de la calle con estrépito.

Con ojos agrandados por el pánico, María estaba paralizada. Oyó exclamar a uno de los hombres:

–¡Ay de mí! ¿Ves lo que ha sucedido? Ya te decía, amigo, estaban cargando demasiado mi pobre carro. Y ahora, ¿qué haremos?

Otra voz repuso:

- Se ha roto el candado, pero no hay más daños. Lo pondremos todo otra vez en el carro, y cuando don Diego venga a inspeccionarlo diremos que así estaba en el momento de recibir la carga del depósito ¿Qué te parece?

El carretero refunfuñó, pero después aceptó la idea. Aunando fuerzas, los tres hombres devolvieron el baúl al carro. María se encogió todavía más en el pequeño escondrijo que había descubierto tras uno de los barriles.

- José– dijo de pronto uno de los hombres – será mejor que informes a don Diego de que llegó la ultima carga. Yo iré a indicar al contramaestre que avise a sus hombres de que tienen que cargar más cosas. Y vos, señor, vigilad vuestro carro hasta que regresemos.

María oyó el ruido de los pasos que se alejaban, y un momento después los murmullos de protesta del carretero, que caminaba hacia la parte frontal del vehículo. Ella esperó durante unos tensos segundos, salió cautelosamente de su escondite y se arrastró hacia el baúl dañado.

En efecto, el candado estaba roto. Con la sangre latiéndole dolorosamente en las sienes, María levantó despacio la tapa del baúl. Comprobó con satisfacción que estaba ocupado sólo en parte por sedas y satenes. Sin darse tiempo para pensar en lo que hacía, se introdujo con rapidez en el baúl y bajó suavemente la tapa.

En el interior del escondrijo la atmósfera era sofocante y el espacio reducido; por primera vez en su vida María agradeció que su cuerpo fuera menudo. Se acomodó lo mejor posible y, como precaución suplementaria frente a la posibilidad de que la descubriesen, logró cubrirse con varias capas de las telas que contenía el baúl.

El sonido de voces que se acercaban aceleró los latidos de su corazón, y cuando oyó el tono colérico de Diego la boca se le secó. Casi se le escapó un grito cuando de pronto abrieron la tapa del baúl.

–¡Por lo menos no robaron nada! – señaló fríamente Diego después de echar una ojeada al contenido –. Pero deduciré el coste de una nueva cerradura de lo que habrá que pagar.

La tapa se cerró con un fuerte golpe.

- Ahora, cargad estas cosas. ordenó– partimos al amanecer.

Cuando izaron el baúl para trasladarlo al barco, el balanceo casi enfermó a María; pero reunió el valor suficiente para permanecer quieta y controlar la desagradable sensación que atenazaba su estómago. El baúl se detuvo bruscamente pocos minutos después, y entonces reinó un silencio que se prolongó por mucho tiempo. Al fin, considerándose a salvo, María levantó con mucho cuidado la tapa. Al pasear la mirada sobre las maletas, los barriles y los fardos que la rodeaban, María comprendió que estaba en la bodega del Santo Cristo.

Una leve sonrisa se dibujó en su expresiva cara mientras con movimientos cautelosos salía del arcón. Después de encontrar un apoyo bastante cómodo en un saco de granos, miró a su alrededor. ¡Lo había hecho! ¡Estaba en le Santo Cristo y volvía a casa!

2

María Delgado no era la única persona que estaba embarcando en un navio aquella templada noche de agosto de 1664. Del otro lado del canal de la Mancha, a orillas del río Támesis, en el activo y hermoso puerto de Londres, Inglaterra, Gabriel Lancaster acababa de descender de un elegante carruaje y estaba inspeccionando tranquilamente el Raven, la sólida nave mercante anclada en el muelle.

Por la mañana el Raven emprendería viaje al Caribe con Gabriel y su reducida familia rumbo al asentamiento ingles de Port Royal, en Jamaica. Elizabeth, la joven con quien estaba casado desde hacía menos de seis meses, y Caroline, la hermana de dieciséis años de Gabriel, ya estaban cómodamente instaladas en la espaciosa cabina que seria su hogar durante las siete próximas semanas. En la bodega viajaban todas las posesiones de la familia, así como los artículos que Gabriel se proponía vender tan pronto la nave llegase a Port Royal: vajilla, papel, utensilios, armas y prendas de vestir.

No era comerciante ni por carácter ni por vocación. Todos los Lancaster habían sido guerreros, pero como la nave era un regalo del mismo Carlos II y en vista de que existía una voraz demanda de artículos manufacturados en el Caribe, le pareció conveniente aprovechar las oportunidades que se le ofrecían. Además, hasta que las tierras vírgenes que el rey le concediera tan cortésmente en el interior de Jamaica comenzaran a rendir beneficios era muy posible que Gabriel Lancaster tuviese necesidad de ingresos suplementarios. Sobre todo por la agradable noticia que Elisabeth le había comunicado justo la noche precedente....

Gabriel sonrió a luz de las linternas del barco. Tenía sólo treinta años, ¡y que aire de respetabilidad había adquirido! ¡no sólo estaba en camino de adaptarse a la placida vida de un cultivador de caña de azúcar en uno de los hermosos valles interiores de Jamaica, sino que se había casado y pronto seria padre! Qué distintas eran aquellas circunstancias de la vida incierta y peligrosa que había conocido los últimos dieciocho años....

Tenía sólo doce en 1646, cuando él y su padre, sir William, funcionario de segundo rango de la corte de Carlos I, habían seguido a Francia a quien era entonces el príncipe de Gales. Y durante los turbulentos años de la guerra civil que siguieron, cuando las propiedades de los Lancaster en Inglaterra fueron confiscadas y las Cabezas Redondas comandados por Oliver Cromwell se adueñaron del país y ordenaron la decapitación de Carlos I, los Lancaster combatieron del lado de los realistas. Acompañaron al príncipe cuando este marchó a Escocia para ser coronado como Carlos II, en 1651; y más tarde, el mismo año, lucharon en la batalla de Worcester, la humillante derrota del recién coronado rey. Como muchos otros, huyeron de nuevo a Francia, todavía intensamente leales a su rey y dispuestos a compartir su pobreza y su incierto futuro.

Pero Gabriel, que contaba entonces dieciocho años y estaba convirtiéndose en un temerario joven gigante – media más de un metro ochenta –, pronto llegó a la conclusión de que la inactividad forzosa y la sordida penuria que los realistas tenian que sufrir en la corte francesa eran intolerables. Cuando el príncipe Ruperto, príncipe de Baviera y almirante de

la penosa armada real de Carlos, se embargó en una expedición de corso hacia las Indias Occidentales con la esperanza de acrecentar las arcas reales, Gabriel rogó pronto que se les permitiese unir sus fuerzas a las del grupo. Había dado ese paso con las bendiciones tanto del rey como de su padre, y fue precisamente entonces cuando por vez primera conoció la magia del Caribe.

Durante los lagos y desalentadores años que habían seguido a su regreso, mientras él y su familia marchaban decididos en pos de su rey y Carlos recorría las diferentes cortes europeas, siempre buscando dinero y ayuda con la esperanza de recuperar el trono que le había sido arrebatado, Gabriel había pensado a menudo en el Caribe con añoranza. Y tras la muerte de Cromwell y la gloriosa Restauración pocos años después, en 1660, cuando el rey habló a solas con Gabriel y sir William acerca de la recompensa por todos los años durante los cuales habían compartido el miserable exilio, el propio Gabriel sugirió discretamente la posibilidad de recibir tierras en el Caribe.

El monarca se mostró muy complacido. Como no deseaba provocar más disputas internas, desplazando a los partidarios de Cromwell que habían recibido las tierras confiscadas a los realistas, y al mismo tiempo deseaba compensar con justicia a sus fieles seguidores, Carlos se había visto forzado a trazar una fina línea divisoria que separaba a las dos facciones hostiles. La cesión a los Lancaster de una generosa extensión de tierras en Jamaica, en el lejano Caribe, le permitió aplicar una solución inocua y muy práctica.

La isla de Jamaica había sido arrebatada a los españoles en 1655, durante el Protectorado de Cromwell. Un contingente comandado por el general Robert Venables y el almirante sir William Penn había desembarcado y expulsado a los pocos colonos y soldados españoles que vivían allí. Decidido a mantener el dominio ingles en la isla, Richard, hijo de Crowell, había ordenado con la aprobación de su padre el secuestro de hombres y mujeres irlandeses en las calles de las ciudades y los pueblos de Irlanda, y los había embarcado con destino a Jamaica. El plan no tuvo éxito. Muchos hombres huyeron para unirse a los bucaneros que infestaban los mares, y la mayoría de los que se habían quedado pereció a causa de las fiebres que asolaban la región. Hasta hacia poco, no demasiados colonos ingleses honestos habían ido a colonizar la isla, y Jamaica se había convertido en el refugio de toda suerte de proscritos. Pero ahora el rey se proponía cambiar todo aquello, y el asentamiento en el interior de la isla de hombres del calibre de los fieles Lancaster era un paso en esa dirección.

Sir William y Gabriel embarcaron para Jamaica en el otoño de 1661, desbordantes de esperanza y entusiasmo. Al fin tendrían un hogar permanente y, por primera vez en muchos años, podrían comenzar a pensar en un futuro. Sin prestar atención a las condiciones primitivas de Port Royal, al calor y los insectos, se internaron alegremente en la isla y con el mismo placer reclamaron las diez mil hectáreas de selva virgen y jungla que formaban la generosa cesión de tierras realizada por el rey. Bautizaron a su plantación con el nombre de Don Real; eligieron un lugar adecuado para la casa y compraron esclavos africanos para iniciar la penosa tarea de desbrozar el terreno. Había tanto que hacer, y como en Inglaterra solo la

joven Caroline extrañaba la ausencia de ambos – lady Martha, esposa de sir William, había fallecido años atrás– padre e hijo se consagraron por completo al placer de domeñar la tierra agreste y fértil. A principios de veranos de 1662, finalmente, partieron de Port Royal con destino a Inglaterra, decididos a volver a Jamaica en compañía de Caroline y llevando con ellos el resto de sus efectos. Y fue entonces cuando habían sido golpeados por la tragedia.

El rostro apuesto de Gabriel se ensombreció por la pena. Aunque habían pasado más de dos años, el recuerdo de la muerte de su padre aun le causaba un dolor inenarrable. Ese recuerdo y la insatisfecha sed de venganza contra los odiados Delgado. El único alivio para un sufrimiento que continuaba agobiándolo era saber que, en definitiva, don Pedro Delgado había muerto a causa de las heridas infligidas por Sir William antes que el acero del español acabase con la vida de Lancaster. Y la marga satisfacción de que Diego, el hijo de don Pedro, ostentaría hasta le fin de sus días la cicatriz de la herida infligida por Gabriel durante aquel desesperado y salvaje combate.

Había sido una lucha desigual del principio al fin, y fue simple mala suerte que el barco elegido por los Lancaster para su regreso a Inglaterra tropezara con la flota española del tesoro. Que realizaba su viaje anual a España. Hubieran podido contramaniobrar frente a un único buque de guerra, pero no contra las diferentes naves que protegían la flota del tesoro. El Griffin, una elegante corbeta inglesa, había hecho todo lo posible para escapar; pero fue sólo cuestión de tiempo hasta que, con el palo mayor destrozado por el impresionante cañoneo, quedó unida al costado de un barco español por los ganchos de abordaje e invadida por soldados españoles. La tripulación inglesa había luchado valerosamente, y aunque Gabriel y Sir William no eran marinos, sus diestras espadas fueron un refuerzo agradecido en la cruenta lucha cuerpo a cuerpo que siguió al abordaje. Pero para los Lancaster el combate cobró un matiz aun más sombrío cuando distinguieron a don Pedro y a Diego entre los atacantes.

Los ojos verdes esmeralda de Gabriel cobraban una expresión dura cuando recordaba ese combate: la cólera que sintió al ver que su padre caía abatido por el acero de don Pedro, la ciega furia que le dominó mientras luchaba desesperadamente por llegar al lado de su padre, el sentimiento de angustia que se apodero de él al advertir que estaba muerto. En aquel momento algo se había muerto en su interior, pero de todos modos había continuado luchando sombríamente, pese a que era evidente que si no se producía un milagro, el Griffin y todos los que estaban a bordo no tenian esperanzas. Incluso el enfrentamiento cara a cara con Diego Delgado no despertó entonces en el mucha emoción, sintió cuanto menos una chispa de satisfacción cuando su acero cruzó el rostro de su enemigo. Con un grito, Diego había caído hacia atrás sobre la cubierta ensangrentada del Griffin. Pero antes de que Gabriel hubiese asestado el golpe de gracia, otro español cruzó su acero, y en la lucha que siguió perdió de vista a Diego.

Gabriel no recordaba cuanto tiempo se prolongo el combate. Parecía que había estado peleando durante horas, y el brazo que sostenía la espada le dolía a causa de la necesidad de atacar y parar constantemente mientras se

abría paso entre los españoles, buscando obstinadamente a don Pedro. No lo encontraba y en cierto momento se apercibió de que parecía haber menos españoles a bordo. De pronto comprendió que el Griffin estaba separándose lentamente del buque de guerra español. Milagrosamente alguien había podido cortar las gruesas cuerdas que unían a las dos naves, y poco a poco la distancia entre ellas se agrandaba. Brotó un grito de alegría de los ingleses y con renovado vigor intensificaron sus ataques contra los españoles que aún estaban a bordo del Griffin.

Parecía que, después de todo, la suerte no había abandonado por completo al Griffin, y en el horizonte apareció de improviso otra forma de ayuda: una fragata bucanera fuertemente armada. Los españoles se encontraron instantáneamente ante una presa más importante que la inofensiva Griffin y con la consiguiente agitación de los que se preparaban para la batalla, los ingleses consiguieron hacerse de nuevo con el control de su barco y apresar a los españoles que aún estaban en la nave. Después, la maltrecha Griffin retornó lentamente a la seguridad de Port Royal, pero para Gabriel fue un duro golpe descubrir que ni don Pedro ni Diego estaban entre los españoles capturados. Con el corazón en un puño, había enterrado más tarde a su padre en un pequeño promontorio que se elevaba dominando la tierra despejada con tanta alegría meses antes. Con la mirada fija en la tumba, Gabriel se había jurado fieramente que un día los Delgado pagarían caro aquel último ataque a los Lancaster. La muerte de sir William sería vengada... con la sangre de los Delgado.

–¡ Gabriel!

La dulce protesta llegaba del rincón opuesto del carruaje, interrumpiendo sus ingratos recuerdos y obligándolo a volver bruscamente al presente.

- Sencillamente, no puedo creer que te propongas separarte así de mi–murmuro con voz grave Thalia Davenport–. ¡ Estoy segura de que, por una noche, podrías dominar ese honor ridículamente rígido que practicas! Elizabeth no tiene por qué enterarse... Sin ti, estas noches mi lecho esta muy solitario. Por una vez finjamos que aun somos amantes. Ven ahora mismo conmigo...

Gabriel suspiró impaciente. Hubiera debido comprender que no le convenía aceptar un viaje en el carruaje de Thalia Davenport. Hasta nueve meses antes, el momento en que decidió que su deber era casarse y pidió en matrimonio a la joven Elizabeth Langley, Thalia había sido su amante. Una amante muy satisfactoria. Ambos se habían separado en términos amistosos; el elegante carruaje y el cuarteto de bayos que tiraba de él fueron el regalo de despedida de Gabriel.

Por desgracia, Thalia nunca comprendió por qué él consideraba necesario romper la relación a causa del inminente matrimonio. Hermosa, amoral y carente por completo de escrúpulos, ignoraba en absoluto el concepto de fidelidad. Viuda desde hacia tres años, a la edad de veintidós, le había parecido perfecto convertirse en una de las alegres mariposas que revoloteaban alrededor de la corte real, a la caza y captura del entonces soltero monarca. Gabriel sospechaba que en más de una ocasión ella incluso había complacido al propio rey. En todo caso, Thalia no suscitaba en Gabriel

ni una pizca del espíritu posesivo que caracterizaba a los varones Lancaster; cuando pensaba en ello, se encogía de hombros y se abstenía de hacer comentario. Incluso le había parecido divertido que ella tratara de aludir a la conducta del rey para apoyar sus argumentos en el sentido de que Gabriel era un tonto si permitía que por su matrimonio se suspendiera la relación entre los dos; al fin y al cabo, el rey continuó con su amante Barbara Villiers después del enlace con la infanta Catalina de Portugal, dos años antes. En efecto, si al rey no le parecía mal estar casado y tener una amante....

Pero todo eso había ocurrido varios meses atrás, antes de su matrimonio con Elizabeth; y esa noche, al salir de Whitehall después de una audiencia de despedida con el rey, Gabriel creyó sinceramente que el ofrecimiento de Thalia de llevarlo en su carruaje a la nave fue motivado sólo por la amistad.

El hermoso rostro de Thalia, enmarcado por una profusiòn de sedosos rizos rojizos, apareció de pronto en la ventanilla del carruaje. Los bellos y límpidos ojos castaños colmados de promesas, la boca roja y sensual curvada tentadoramente, Thalia habló con voz seductora:

–Oh, Gabriel, ¡ di que vendrás conmigo! Jamás nadie como tú compartió mi lecho.

La mirada hambrienta de Thalia recorrió el cuerpo robusto y alto, demorándose en los hombros erguidos bajo la corta casaca de satén, antes de descender a los ajustados pantalones ribeteados de encaje y las medias de seda que se le adherían a las musculosas pantorrillas. El ancho sombrero adornado con una enorme pluma de avestruz estaba sostenido bajo un brazo, y la fina espada ceremonial colgaba elegante a un costado. Se le veía muy atractivo frente a ella, y Thalia estaba segura de que moriría si el joven no cedía a sus ruegos. Con un nudo en la garganta, Thalia agregó:

- Te echaré muchisimo de menos todos estos meses. ¿Qué es una noche para tu esposa? Ella te tendrá el resto de su vida, y el cambio yo dispongo sólo de hoy–

Presionado por la diversión provocada por los ruegos dramáticos de Thalia y el reciente embarazo ante la situación, Gabriel repuso secamente:

– Thalia, ¿no estás exagerando un poco? He recibido de la mejor fuente, tú misma, la información de que lord Rochester estuvo compartiendo últimamente tu cama, y como su energía es muy conocida no puedo creer que te sientas tan desesperada por la falta de mi amor.

Thalia hizo un mohín y replicó irritada:

–¿Por qué te muestras tan obstinado? ¡ Yo no diría que estás enamorado de tu esposa!

La expresión de la cara de Gabriel se endureció.

- Dejaremos a mi esposa fuera de esta conversación– advirtió con voz acerada y grave.

El dialogo no se desarrollaba como Thalia lo había planeado, de modo que se sentía irritada. Irritada e incluso un tanto colérica; no estaba acostumbrada a que rechazaran sus proposiciones, y eso no le agradaba en absoluto. Gabriel parecía impermeable a lo que ella le ofrecía.

–¿Por qué?. Continuó Thalia, con el enojo reflejado en sus ojos castaños–. ¡ Es una mujer como otra cualquiera! ¡ Y el mero hecho de que el gran Gabriel Lancaster la haya desposado no la convierte en santa! O quizá yo interprete mal la situación, quizás estás sometido a su dominio…¡gobernado por tu esposa!

Gabriel la miró con seriedad por un instante; después en tono muy cortes, le respondió:

- Buenas noches, Thalia. Te agradezco que hayas tenido la amabilidad de pedir a tu cochero que me trajese aquí.

Los dedos delgados de Thalia se cerraron formando un puño. Él estaba verdaderamente dispuesto a hacerlo. Iba a rechazarla. ¡ Nadie rechazaba a Thalia Davenport! Impulsada por la cólera y el orgullo herido, espetó, furiosa:

–¡ Maldito seas! ¡ Siempre fuiste un bastardo arrogante! ¡ Tan seguro de tu encanto y tus cualidades! ¡ Me agradaría saber cómo la pobre Elizabeth soporta esta casada contigo!

Al recordar a su joven esposa y la timidez y la adoración con que lo abrazaba, Gabriel no pudo evitar el centelleo de burla que de pronto afloró a sus ojos. Con voz tierna replicó:

- En realidad, lo hace muy bien, gracias.

Thalia casi se ahogó por la rabia y la frustración que en ese momento se adueño de ella. Perdió totalmente los estribos y explotó:

- Me agradaría verlo. Jamás amastes a una mujer, y me pregunto cómo llegaría a sentirse ella cuando descubra que lo único que tendrá de ti será simplemente tu cuerpo… ¡porque careces de corazón!.

Gabriel no contestó. Se limitó a efectuar una elegante reverencia, giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia el Raven. Eso era más de lo que Thalia podía tolerar. Su voz llegó desagradablemente clara a los oídos de Gabriel cuando ella gritó, rencorosa:

- ¡Gabriel, ojalá algún día conozcas a una mujer que sea inalcanzable para ti!. ¡ Y si Dios es justo, ella te destrozará el corazón!

Él quería mostrarse indiferente, pero no pudo resistirse. Mirando de soslayo hacia ella, implicó despreocupadamente:

- Pero, señora… ¡ Habéis dicho que no tengo corazón!.

Thalia lanzo un breve chillido de rabia, y él con gran alivio, oyó que el carruaje se alejaba. Gracias a Dios, Elizabeth era una joven de temperamento dulce.

Ascendió a la cubierta de la nave, saludó con un gesto al sereno nocturno y con paso lento se acercó a la popa de la embarcación, donde estaba su camarote. Cuando entró en la habitación silenciosa y en sombras, depositó el sombrero sobre el pequeño arcón que sabía estaba cerca de la puerta.

En la semipenumbra del lugar, alcanzó a ver apenas la cama donde dormía su hermana, y frente a ella el pequeño tabique instalado para formar un minúsculo cubiculo donde lo hacían él y Elizabeth. Se acercó a la cama de Caroline. En las sobras podía entrever los rasgos delicados de la

joven. Sus cabellos rubios cubrían la almohada y las pestañas oscuras descansaban sobre las mejillas. Parecía tan joven allí dormida que Gabriel se volvió a interrogar si era apropiado llevarla con él a Jamaica. Suspiró. Caroline tenía solo dos años menos que Elizabeth, ¡ y él jamás había dudado de la conveniencia de llevar a su esposa en aquel viaje!.

Caroline se movió de pronto en sueños y, como si hubiera sentido la mirada de Gabriel, abrió bruscamente los ojos. Parpadeó, y al reconocer la alta figura de su hermano preguntó en voz baja:

–¿ Acabas de regresar de la audiencia con el rey?.

- Si – contesto él, también en voz baja–. Discúlpame, no quise despertarte.

- No importa – repuso pronto Caroline–. Estoy tan excitada por la perspectiva de partir por la mañana que me sorprende que haya podido dormirme.

Con gesto preocupado marcado en la frente y expresión seria, Gabriel preguntó:

- Caroline, ¿ te complace realmente venir con Elizabeth y conmigo? ¿ No preferirías permanecer aquí, con la hermana de nuestro padre?

- ¡Quedarme con la tía Amanda! ¡ De ningún modo! . Replicó Caroline sin vacilación.

Gabriel sonrió ante la vehemencia de su hermana.

–Muy bien... en ese caso, querida, ¡ vienes con nosotros!

Conversaron pocos minutos más, y tras desear afectuosamente buenas noches a su hermana. Gabriel entró en el minúsculo espacio donde su esposa dormía. Como había hecho con Caroline, permaneció un segundo cerca del lecho, contemplando en la oscuridad el rostro de su esposa. ¿ Era un error llevarla consigo? Quizás hubiera debido viajar primero él mismo y comprobar que la casa estaba bien construida, antes de trasladara a las mujeres. Durante un tiempo las condiciones serían primitivas y Elizabeth era una joven tan delicada... Además. Esperaba el primer hijo.

Elizabeth dormía tan profundamente que apenas se movió cuando él entró en la cama. Gabriel acercó su cuerpo a la forma esbelta de la joven, la besó apenas en la nuca y trató de conciliar el sueño. Fue un esfuerzo inútil. Su mente estaba demasiado absorta por el comienzo del viaje. Después de varios minutos de movimientos inquietos, renunció por fin al sueño, y poniéndose unas calzas y una ancha camisa blanca salió en silencio de la cabina donde dormían las mujeres.

De pie en la cubierta del barco contempló el río, cuya corriente lamía suavemente los costados del Raven. Por una razón que no entendía muy bien, la conversación con Thalia continuaba inquietándolo. Las palabras de la joven se acercaban peligrosamente a la verdad; tal vez por eso no podía desecharlas por completo y se sentía preocupado.

Era cierto, no amaba a su esposa. Sentía por ella mucho afecto y nunca ña trataría deshonestamente; pero no la amaba, y sospechaba que jamás llegaría a hacerlo. De todas formas, era una buena mujer y él sería un buen

marido, incluso si nunca compartían ese intenso arrobamiento del verdadero amor que los padres de Gabriel habían conocido.

Hasta el día en que el acero de don Pedro acabara con su vida, sir William había amado a su esposa muerta, lady Martha. T Gabriel sabía que su padre nunca se había recobrado por completo de aquella perdida, sobrevenida siete años atrás. Gabriel siempre tuvo conciencia del gran amor que se profesaban sus padres, y sabía tan bien como nadie que los Lancaster se caracterizaban por amar una sola vez y por hacerlo con una intensidad que era legendaria. Pero hasta ahora, él había rechazado la idea en cuanto se relacionaba con su propia persona. Cuando Thalia lo acusó de no amar a ninguna, salvo a su hermana y a su madre. Aunque le agradaba el sexo opuesto, mimaba a las mujeres y jugaba con ellas y sentía complacencia en su compañía, nunca encontró una que excitase sus sentimientos más profundos.

Probablemente, pensaba, no quería sufrir como su padre había sufrido cuando lady Martha había muerto, y si eso era parte del amor profundo que podía sentirse por alguien estaba dispuesto a olvidarse de él. Que los poetas cantaran al amor... A él no le cogería desprevenido.

De cualquier manera, estaba casado con una excelente joven y tenia la firme intención de mantenerse fiel a sus votos. También eso, recordó de paso, era un rasgo de los Lancaster. Se dijo, pensativo, que al parecer poseía todas las cualidades de sus antepasados excepto una, la capacidad para enamorarse profundamente, y se encogió cínicamente de hombros. Tanto daba. Por todo lo que sabía acerca del tema, el amor era un sentimiento sobrevalorado, y él muy bien podía prescindir de la experiencia.

De pronto bostezó, y retornó a la cabina. Esta vez, cuando se metió en la cama, el sueño lo dominó sólo al descansar la cabeza sobre la almohada.

Elizabeth lo despertó con un tímido beso en la mejilla, en el momento mismo en que la luz del alba comenzaba a iluminar el minúsculo dormitorio. Se volvió hacia ella y descubrió sorprendido que su esposa estaba levantada y completamente vestida. La miró, soñoliento, observando complacido los grandes ojos grises y la boca suave y tierna. Tenía los cabellos castaños claros recogidos pulcramente sobre el cuello, con unos pocos rizos alrededor de las orejas y sobre la frente. Lucía un práctico vestido de lienzo azul y un delantal blanco cubría casi toda la falda.

–¿ Ya estás practicando para ser la esposa de un activo plantador? – Preguntó sonriente Gabriel en tono burlón.

Él comenzó a abandonar la cama y ella, al ver su cuerpo musculoso y desnudo a la luz del día, se sonrojó deliciosamente.

Después de seis meses de matrimonio aún no se había acostumbrado a la idea de que aquel hombre apuesto y absolutamente encantador era su marido, el padre del hijo que estaba formándose en su seno.

Elizabeth no era una belleza, pero sí una joven muy agradable, alta y delgada. Su padre había sido un antiguo amigo de sir William y la posibilidad de un matrimonio entre las dos familias fue contemplada en distintas ocasiones desde que ella tenia memoria. Pero incluso así, ella nunca había esperado realmente que alguien tan sugestivo y maravilloso

como Gabriel Lancaster pidiese su mano, y cuando él dio ese paso la joven casi se desmayó de placer. Lo adoraba, y durante el breve tiempo que llevaban casados él no había hecho nada para debilitar la convicción de Elizabeth de que era la mujer más afortunada del mundo. Gabriel Lacaster, que prácticamente podía elegir a la joven más atractiva del reino, ¡había decidido casarse con ella!

La voz de Caroline llegó al pequeño dormitorio.

–¡ Gabriel! ¡Elizabeth! ¡Oh, deprisa! ¡Partimos! ¡El barco se separa del muelle! ¡Deprisa! ¡Quizá sea la última vez que veamos Londres!

Gabriel le respondió alegremente y se vistió con movimientos apresurados, dedicando apenas un segundo a echarse un poco de agua sobre la cara con la jarra que Elizabeth le alcanzó. Se alisó rápidamente los enmarañados rizos negros y después, aferrando la mano de Elizabeth, salió con ella del cuarto. Colmados de excitación y expectativa, se unieron a Caroline en cubierta.

Los tres permanecieron de pie, juntos, contemplando las torres y los campanarios de Londres que desaparecían poco a poco a medida que el Raven descendía lentamente por el Támesis en dirección al canal de la Mancha. Abandonaban la patria dejando todo lo que habían conocido para emprender una nueva vida, y durante una fracción de segundo la enormidad del paso que daban se manifestó claramente a los ojos de Gabriel.

¿Qué demonios sabía él del trabajo de plantador? ¿Sería capaz de formar un hogar para las mujeres de su familia? ¿Podría cuidarlas? ¿Serían felices en Jamaica?

Como se hubiese adivinado las dudas de su hermano, Caroline se volvió hacia él, mirándole con los ojos azules propios de los Lancaster, luminosos y claros.

–¡Oh, Gabriel! – exclamó alegremente –. ¡No puedo soportarlo! ¡Estoy muy nerviosa! ¡Ansío tanto llegar allí que no sé cómo podré sobrevivir todas estas semanas en el mar!

Caroline era una auténtica Lancaster, por el color de los ojos y de los cabellos dorados, que habían sido los rasgos de sir William. Gabriel había heredado los tonos de su madre, sus cabellos negroazulados y sus sorprendentes ojos verde esmeralda. Y sin embargo, cuando los dos hermanos estaban uno junto al otro, el parentesco era inequívoco. Ambos eran altos, los dos tenían las mismas cejas negras bien dibujadas, y los rasgos finamente cincelados tenían muchos puntos de semejanza. Así, Caroline era sencillamente una versión femenina de Gabriel, y a pesar de la diferencia de edad había un profundo lazo de afecto entre ellos, quizá ahora más fuerte por la desaparición de los padres.

Durante un buen rato los tres permanecieron de pie frente a la baranda del Raven, mirando el perfil cada vez más lejano de Londres. Y entonces, casi al mismo tiempo, volvieron la cara en dirección al canal de la Mancha. Allí estaba su futuro, y cada uno a su modo sentía viva ansiedad por comenzar a vivirlo. Ninguno de ellos sabía que más allá en el puerto de Sevilla, el Santo Cristo también había desplegado sus velas, y que muy pronto la nave española les acarrearía la tragedia y la muerte.

3

María despertó sobresaltada. El temible sonido de voces muy cercanas disipó al instante el mínimo resto de sueño. El corazón le latía desordenadamente, y abandonando de un salto el blando lecho que había formado entre los sacos de grano, se ocultó detrás de algunos baúles.

Durante los días transcurridos desde la noche en que se introdujo subrepticiamente en el Santo Cristo, había puesto muchísimo cuidado en la elección de los lugares para dormir, y por fin había elegido un lugar bien separado de la zona de carga principal. Pero aquella tarde el ambiente en la bodega era desagradablemente caluroso y sofocante, de modo que se durmió sin adoptar ninguna de las precauciones normales para evitar que la descubriesen. Los sacos de grano sobre los que durmió estaban apilados a la vista de todo el que allí entrase. Irritada por haber estado a punto de ser descubierta, se agazapó detrás de los baúles de cuero y cautelosamente vigiló a los dos hombres que acababan de descender los peldaños que conducían a la bodega.

Como muy pronto había comprobado María, la bodega era un lugar oscuro y tenebroso, y la luz del sol nunca podría atravesar las distintas cubiertas que se interponían para llegar allí. Pero a lo largo de aquellos días había acabado acostumbrándose a vivir en aquel mundo mohoso de sombras lechosas y escasa luz, y se consolaba con la gratificante idea de que con cada hora que pasaba era menos probable que la descubriesen para devolverla ignominiosamente al convento de Sevilla. El principal peligro residía en el hecho de que pronto harían escala en las islas Canarias, y si la hallaban antes... María suspiró, incómoda. Si la descubrían antes, era muy probable que Diego le consiguiera inmediatamente pasaje en la primera nave destinada a España. Era un pensamiento desalentador.

Aunque lo racionaba con cuidado, su magro suministro de alimentos disminuía con rapidez. Sabía que no disponía de mucho tiempo antes de verse obligada a manifestar su presencia a bordo del Santo Cristo. En aquel mundo de sombras, con los murmullos del mar que atravesaban el casco del galeón, aprovechaba los ruidos producidos por los hombres que trabajaban arriba para medir el tiempo. De acuerdo con sus toscos cálculos, el Santo Cristo ya llevaba en el mar varios días. Las Canarias no podían estar lejos. Y una vez que las dejasen atrás ella podría respirar más tranquila. Estaba convencida de que Diego no retrocedería una vez rebasadas las islas, y esa idea la satisfacía.

Al parecer, los dos hombres que la despertaron habían descendido a la bodega para retirar otro barril de agua dulce. Los observó mientras subían la escalera con esfuerzo, transportando el pesado tonel. Para ella era una suerte que almacenaran el agua allí. Su botellita de vino había durado mucho tiempo, y después de agotarlo se abastecía del agua necesaria de uno de los barriles.

De nuevo la calma se restableció en la bodega, una vez que los hombres, con su pesada carga, desaparecieron de su vista. María, más tranquila, se puso en cuclillas. Aquellos hombres la habían sobresaltado, y si la descubrían y la llevaban ante la presencia de Diego...

La joven sabía que el encuentro con Diego era inevitable; pero no le agradaba la perspectiva. Su hermano se irritaría profundamente... más todavía que aquella mañana en que volcó el recipiente de miel sobre la cabeza de don Clemente. Un leve estremecimiento de aprensión recorrió su cuerpo al recordar el gesto amenazador de Diego en aquella ocasión. ¿Y qué podía hacer ahora? El método que Diego aplicaría para castigarla probablemente no era algo que atrajese demasiado las reflexiones de María, y se esforzó en no detenerse a meditar en el asunto. En cambio, había tratado de concentrar la mente en la alegría de volver a su hogar. Todo lo que Diego le hiciera valdría la pena, si de ese modo podía llegar de nuevo a su morada.

Pero a medida que los días pasaban, lentamente, María descubrió que le era cada vez más difícil apartar su pensamiento de la inminente confrontación con su hermano. Su pequeña provisión de alimentos se agotó la mañana en que el Santo Cristo partió de Canarias y durante los últimos tres días no había comido nada. Sentada sobre un barril de vino, profundamente desalentada, examinó su situación.

Tenía apetito y carecía de comida. Estaba desarmada, salvo por la pequeña hoja toledana que había llevado consigo. Se sentía sucia y desaliñada y completamente harta de su propia compañía. Las Canarias estaban ahora detrás del Santo Cristo y no había ya ninguna excusa para rehuir el encuentro con Diego. Ciertamente, no podía permanecer allí el viaje entero: cuando el barco llegase a La Española ella habría muerto de hambre. Como coincidiendo con su sombrío resumen de la situación el estómago emitió un ruidoso gorgoteo y María esbozó una mueca.

Cuadrando los delgados hombros, se puso de pie. Adoptando su sereno semblante un gesto de firmeza, avanzó lentamente hacia la escalera que conducía a las cubiertas superiores. Con un pie en el último peldaño, se encasquetó desafiante el sombrero de ala blanda y aseguró bajo la copa sus largos y negros cabellos.

Se enfrentaba a uno de los aspectos más peligrosos de su viaje: llegar a la cubierta superior de la nave. Las tripulaciones de la mayoría de los galeones sufrían un cruel maltrato y eran notorias por el odio que profesaban a sus capitanes. Si ella caía en manos de uno de los miembros de la tripulación bajo cubierta...

La suerte debía de estar de su lado, pensó agradecida después de varios momentos de peligro, mientras se agazapaba cerca de la escotilla de popa. A juzgar por los rayos de luz solar que se filtraban aún no era de noche. Pero ignoraba qué hora era, o lo que le pareció más importante, dónde estaba Diego precisamente en ese momento. Durante un segundo vaciló en el lugar en que se encontraba. Tan pronto saliera por la escotilla y pasara a la cubierta principal, no habría modo de retroceder; era muy probable que se descubriese su presencia apenas saliese a la luz del día sobre la cubierta que estaba encima. Y si Diego o uno de sus oficiales no estaba al alcance de la mano... Tragó con dificultad. En ese instante terminaría su suerte.

Un corpulento marinero que se dirigía a la cubierta principal descubrió la figurita de María acechando en las sombras, cerca de la escotilla, y la interpeló duramente.

–¡ Arriba! ¿Qué haces aquí, escondiéndote como un ladrón?

La joven se sobresaltó tan violentamente al oír estas palabras que la oportunidad de recurrir a una maniobra para salir del paso se perdió al instante. Con una súbita sospecha, el ceño fruncido, el marinero avanzó hacia ella, y por primera vez desde el comienzo de su aventura María perdió el dominio de sí misma. Con los ojos azul oscuro muy grandes en su pálido rostro se abalanzó sobre la escotilla, pronunciando a gritos el nombre de Diego.

Llegó a la cubierta apenas unos segundos antes que el marinero, que ahora veía confirmadas sus sospechas. Pero la luz intensa del sol la deslumbró, reteniéndola allí, paralizada, parpadeando sin control, incapaz de ver con claridad. Un par de enormes manos se cerraron sobre sus hombros y la obligaron a volverse; la fuerza del impulso despidió volando su sombrero y sus largos cabellos cayeron desordenadamente sobre los hombros. Cuando su visión recuperó gradualmente la normalidad, pudo advertir la expresión estupefacta en la cara de su aprehensor.

–¡ Dios! ¡ Una mujer! – gruñó en tono de asombro.

Otros miembros de la tripulación llegaron corriendo y, al ver las caras sombrías y amenazadoras que se cernían sobre ella, María comenzó a luchar enloquecida. La pequeña hoja toledana emitía reflejos de plata bajo la luz del sol y ella la manejaba con desesperada eficacia contra el hombre que la tenia apresada. Un alarido de asombro y dolor brotó del individuo cuando el cuchillo le lastimó una mano. María se vio de pronto libre.

Pero la libertad de poco le servía: estaba de espaldas a la baranda, y sólo tenia el profundo océano detrás, el cielo luminoso frente a ella, un grupo de marineros evidentemente hostiles. Con la tensión endureciendo sus facciones, todos los protagonistas se miraron. Las caras brutales de los marineros reflejaban una diversidad de sentimientos que indujeron a María a aferrar con más fuerza el cuchillo. No había temor en esa cara juvenil, sólo sombría decisión de enfrentar audazmente las miradas.

Ella resultaba una figura incongruente, apoyada en las altas barandas del Santo Cristo, mientras la brisa hinchaba las enormes velas blancas arriba y agitaba sus enmarañados rizos negros. Las ropas arrugadas y sucias de muchacho destacaban la fragilidad de su esbelto cuerpo, y el cuchillo que sostenía amenazador se contradecía por completo con la belleza salvaje de sus rasgos. Los ojos azul oscuro, enmarcados por las espesas cejas negras, miraban entrecerrados y atentos y los labios, que normalmente se curvaban en un gesto de ternura, estaban tensos y decididos mientras la joven levantaba con firmeza el delicado mentón. Por la fiera expresión de la cara, ninguno de los hombres que estaba frente a ella tuvo la menor duda de que María lucharía salvajemente si cualquiera de ellos intentaba tocarla.

El tiempo pareció detenerse mientras la tensión aumentaba gradualmente, pues ni los hombres ni ella estaban dispuestos a realizar el primer movimiento y ni siquiera sabían cual debía ser éste. Entre los

marineros se elevó un murmullo grave y hostil mientras se prolongaba el tenso enfrentamiento, y la joven adivinó que pasarían apenas unos segundos antes de que todos se arrojasen sobre ella. Apretó con más fuerza los dedos alrededor de la pequeña hoja.

–¡Caramba! ¿ Qué sucede aquí? – preguntó de pronto una voz autoritaria, procedente del alcázar.

María identificó la voz y casi de desmayó de alivio. Tenía dos buenas razones: estaba salvada, y no por la presencia de Diego. La voz pertenecía al primo de su hermano y segundo al mando, Ramón Chávez, y ella no podía haber deseado mejor aparición que ésa, precisamente en aquel momento.

Hoscos, los marineros le abrieron paso y el recién llegado avanzó entre ellos. Al ver quién era el objeto de atención de los tripulantes. Los ojos grises se agrandaron en un gesto de asombro.

–¡ Santo Dios! ¡ María! En nombre del cielo, ¿qué haces aquí?

Una sonrisa vacilante se dibujó en los labios de la muchacha.

- Viajo a La Española, con vosotros– repuso, temblorosa.
- Ah – suspiró significativamente Ramón, y mirando alrededor, ordenó con voz serena–: Volved al trabajo. No es más que la apreciada hermana menor de nuestro capitán, que ha venido a hacerle una inesperada visita.

Aquella explicación suscitó un murmullo de maliciosa diversión, pero por la rapidez con que los hombres le obedecieron era evidente que respetaban su decisión. También estaba claro que les agradaba la idea de que Diego se irritaría cuando le informaran sobre la presencia de su hermana.

Con una expresión levemente exasperada en su rostro moreno y bien formado, Ramón preguntó con resignación:

–¿ Querrías explicármelo todo… antes de que vayamos a ver a Diego?.

La joven conocía a Ramón desde siempre. Su madre y la de Diego habían sido hermanas, y María lo consideraba un miembro de su familia. La plantación de los Chavez estaba a pocos kilómetros de distancia del hogar de María en La Española, y ella había pasado muchas tardes y veladas felices divirtiéndose allá, visitando a aquella nutrida y encantadora familia. La hermana de Ramón, llamada Justina, era un de sus mejores amigas, y a menudo había deseado María que Diego la tratase con el mismo afecto juguetón que Ramón mostraba frente a su hermana menor.

Como ella guardaba silencio, Ramón la incitó amablemente.

–Paloma, si quieres que te ayude, será mejor que me digas de qué se trata.

María asintió vigorosamente con su cabeza de negros cabellos y las palabras comenzaron a brotar.

–¡ Oh Ramón! ¡ Tenía que hacerlo! De lo contrario, él se proponía abandonarme en ese maldito convento. No tenía alternativa, ¡debes creerme! Odio España y deseaba mucho volver a casa ¡Se lo rogué, Ramón! ¡Se lo pedí, le prometí hacer todo lo que quisiera, pero no quiso escucharme! – con los ojos brillantes a causa de la creciente indignación, agregó –: Quería que

me casara con don Clemente. Yo tenía que hacer algo. Me comprendes ¿verdad?

Ramón esbozó una sonrisa. Como conocía bastante bien a María, comprendía perfectamente. En realidad, se habría sorprendido más si ella no hubiese hecho algo drástico como lo que estaba presenciando ahora. Había discutido agriamente con Diego acerca de los planes de éste respecto a María, y la relación entre los dos primos se había enfriado notablemente tras aquella conversación. Pero como Diego era el tutor de su hermana y ella misma nunca le había pedido ayuda, Ramón nada pudo hacer para ayudarla....hasta ahora. Con los ojos grises desbordantes de afectuosa simpatía... ¿Pero Diego lo entendería?

Al instante deseó no haber pronunciado aquellas palabras, tras advertir el espasmo de miedo muy real reflejado en la cara de María. Con voz amable, trató de tranquilizarla.

–¡No te pongas así, paloma! No permitiré que te lastime, y no es probable que te arroje a los tiburones... aunque quizás amenace con hacerlo.

Tomando con la suya la pequeña mano de María, agregó sin titubeos:

- Ven conmigo. Te buscaremos una muda de ropa y veremos si es posible que te laves un poco. ¡ Tal y como vas, Diego descubrirá tu olor mucho antes de verte!

Una hora después, mientras esperaba nerviosa que regresara a la habitación, María se sentía sumamente agradecida hacia Ramón.. La había traído varios cubos de agua caliente y, aunque no pudo darse un verdadero baño, por primera vez en varios días se sentía limpia. Se lavó los cabellos que, aún húmedos, comenzaban a ondularse en pequeños y díscolos rizos cubriéndole la cabeza y cayéndole sobre los hombros. Ramón le trajo incluso ropas apropiadas: una delicada camisola destinada a Justina; enaguas lujosamente ribeteadas con encaje de Flandes, que posiblemente fueran un regalo para Juanita, la hermana mayor casada, y que producían un rumor agradable con cada paso que María daba; y las pequeñas pantuflas de seda que calzaba, que el joven había comprado para su hermana menor, Consuelo. Un lujoso corpiño de satén de seda rosada, la manga salpicada de verde, y una falda amarillo canario de seda gruesa completaban su transformación. El corpiño y la falda eran regalos destinados a la madre y a otra hermana de Ramón, y si bien el corpiño se adaptaba bastante bien al pequeño cuerpo de María, la falda mostraba una tendencia firme a rozar el piso. Antes de que Ramón abandonase la cabina, María, mirando la tela que arrastraba al caminar, exclamó.

- Siempre supe que tu hermana Josefa era mayor que Justina y yo, ¡ pero nunca advertí que fuera tanto más alta!

- No creo– repuso Ramón irónicamente– que se trate tanto de que sea alta como... digamos, ¿qué tú no has crecido del todo?

María arrugó su pequeña nariz y Ramón sonrió. Pero su sonrisa se desvaneció al instante.

- No comprendo por qué estamos sonriendo– repuso él con serenidad –. Todavía debo ver a Diego e informarle de tu presencia a

bordo del Santo Cristo. Pero no te preocupes, chica, no permitiré que te haga daño.

Con mirada sombría, María asintió. Pero Ramón adivinó con seguridad que no estaba convencida por completo, pues se le acercó y apoyando una mano sobre el mentón de la joven la obligó a mirarlo.

- No te inquietes. Instó en tono tranquilizador –. Mi padre y yo nunca debimos permitir que Diego te arrancara de La Española. No teníamos derecho de usurpar la autoridad que ejerce sobre ti, pero durante los meses que has estado en España hablamos sobre el tema. – Una leve sonrisa jugueteó en los labios de Ramón –. ¡ Justina no tenía otro tema! –continuó –. Decidimos que cuando regresara a España hablaría con Diego acerca de ti. – Los labios del primo se curvaron en un gesto despectivo –. Lo hice, y me avergüenza reconocer que me convenció de que eras feliz... Y tú, amiga, tienes también tu parte de culpa .. ¿ No me dijiste que estabas perfectamente satisfecha cuando te lo pregunté, hace apenas dos meses?

De mala gana, María lo reconoció.

- Ramón, debí decirte la verdad, ¡pero nunca creí que Diego se mostraría tan insensible! No quería que alguien supiese cuán desgraciada era, porque hubiera parecido que me mostraba desleal con mi hermano. Además – agregó con voz tenue – no creí que me escucharas o que, pudieras hacer nada.

Ramón emitió un gruñido de disgusto.

–¡ No permitas que la fidelidad mal entendida te traicione de nuevo! Ahora que hemos aclarado todo esto debo ir a buscar a mi primo y lograr que también él entienda la situación. Es posible que sea tu tutor, pero mi padre es su tío y creo que ejerce cierto control sobre él. No permitiremos que labre tu desgracia.

Dicho esto, salió en busca de Diego.

Como el tiempo pasaba y Ramón no regresaba a la cabina, los temores de María se acentuaron. ¿ Qué estaba diciéndole a Diego? Y lo que era más importante, ¿cómo estaba reaccionando su hermano ante la noticia de su presencia a bordo de la nave?

“No muy bien”, se dijo ella pocos minutos después, cuando la sólida puerta de la cabina se abrió bruscamente y entró Diego con una delgada vara en la mano. Su cólera era evidente y la cicatriz sobre la ceja aparecía lívida y pulsante. Su boca era una fina línea de desagrado, y cuando habló, María agradeció que Ramón no la hubiese abandonado. Había seguido a Diego, y mientras éste se paseaba colérico por la cabina, se apoyaba despreocupadamente en el marco de la puerta, manteniendo la vista fija en su primo.

Diego miró irritado a María y no hizo el menor intento de ocultar su cólera.

–¡Por Dios! ¡Cómo te atreves a hacer una cosa semejante!

Dominado por la cólera, alzó la vara para golpearla, pero Ramón se apresuró a intervenir. Cerrando con fuerza la mano alrededor de la muñeca de Diego dijo en voz baja:

- Nada de eso, primo. Si la golpeas con la vara me veré obligado a hacer lo mismo contigo.

Diego trató de mantener el control y un segundo después arrancó su mano del apretón de Ramón.

- Muy bien, no la golpearé– replicó enojado –, aunque merece eso e incluso más. – Se volvió para mirar a su hermana y gruñó –: Estoy muy encolerizado por lo que has hecho, y sólo a causa de la interferencia de Ramón no te arrojo por la borda. Y puesto que –agregó con desagrado– mi primo ha decidido convertirse en tu protector, que él se ocupe de cuidarte. No tendré nada más que ver contigo hasta lleguemos a La Española. Y reza, María, pidiendo que al llegar allí mi cólera contra ti se haya calmado. – Hizo una pausa y volvió la mirada amenazadora hacia Ramón antes de continuar –. Y recuerda que mi primo no siempre estará cerca.

Se volvió sobre los talones y salió de la habitación, dejando detrás un silencio menos tenso. Ramón cerró suavemente la puerta y se volvió para sonreír a María.

- Parece – comentó en tono despreocupado– que por lo menos provisionalmente soy tu tutor.

María emitió una risita ansiosa y atravesando deprisa la habitación abrazó el cuerpo musculoso del joven.

–¡Oh, Ramón! ¡Tuve tanto miedo! ¡Pensé que realmente lucharías con él!

Este le acarició suavemente los cabellos.

- Chica, tu hermano nunca inicia una riña si sabe que la perderá. Ahora, ¿te traigo algo de comer?

Algo más animada, María asintió. Ramón salió en busca de alimento y, sola en la cabina, María bailó alegremente de un extremo al otro. ¡Estaba a salvo! Diego había hallado la horma de su zapato, y aunque en el futuro ella podría sufrir un castigo terrible, por el momento estaba a salvo.

El santo Cristo se alejaba más y más de España y se acercaba poco a poco al hogar. María se mostró muy animosa durante los días siguientes, mientras visitaba los rincones de la nave en compañía de Ramón o de otro de los jóvenes oficiales de la tripulación. Ramón le había cedido su camarote y había buscado alojamiento en otro lugar, pero tomaba muy en serio sus obligaciones de tutor ocasional.. Cuando estaba atareado se aseguraba de que la acompañase un hombre de confianza, ordenando que siempre fuera posible se satisfacieran los deseos que ella formulase. Ramón la presentó a los restantes oficiales y a los miembros de la tripulación que estaban en condiciones de tratar a la joven. La distraía durante las largas jornadas en alta mar, le señalaba las marsopas que nadaban cerca del Santo Cristo e identificaba a las restantes naves que formaban la flota de otoño en ruta hacia el Caribe.

Al principio, Diego se negó en redondo a reconocer la presencia de María, pero como ella comía con él y sus oficiales era ridículo que fingiera que su hermana no estaba presente. Así, al cabo de una semana suavizó su actitud en la medida suficiente para mantener con ella algunas conversaciones. Mientras pasaban los días, poco a poco Diego comenzó a

interesarse más en el bienestar de su hermana y a reafirmar paulatinamente su autoridad sobre ella. Como una actitud diplomática, Ramón permitió que se le relegara al papel de un observador interesado, y si bien existía una tensión bastante lógica entre los dos hermanos, ahora Diego y María se comportaban de una manera más normal uno frente al otro.

La situación no preocupaba a la joven. Volvía a su hogar y agradecía la intromisión de Ramón; pero jamás pensó que él se haría cargo definitivamente de su tutoría. Era inevitable que más tarde o más temprano Diego ejerciera su control y María estaba feliz ahora que la relación entre ella y su hermano había mejorado. Le profesaba un profundo afecto, ¡pero a menudo sentía necesidad de que él no fuera tan absolutamente inflexible!

Sin embargo, quizá no se habría sentido tan feliz de haber conocido los planes de Diego. Su cólera ante la franca desobediencia de María, ante la resistencia a sus órdenes, se atenuó sólo cuando concibió el pensamiento de que quizá el retorno de la joven a La Española era una excelente idea.

Aunque al hablar con ella en el convento había demostrado absoluta confianza, en el fondo incluso Diego dudaba de la posibilidad de que se curasen las heridas que infligiera al orgullo de don Clemente. Se necesitaría mucho esfuerzo para conseguir que el altivo castellano olvidara el ultraje de María; pero Diego estaba decidido a intentarlo. Estaba convencido de que, en todo caso, el oro conseguiría que u hombre ignorara el insulto más ofensivo y don Clemente tenía tanta afición al precioso metal como cualquier otro. Diego estaba seguro de que el tiempo conseguiría que se mostrase razonable... sobre todo si María aparecía ante don Clemente bajo la luz más lisonjera posible.

Incluso reconocía que su hermana no había mostrado una imagen demasiado agradable mientras estuvo en España. Se sentía desgraciada y su encanto natural y expansivo, en general, se había amortiguado. Su atracción también disminuyó, pues gran parte de la belleza de la joven radicaba en su naturaleza cálida y generosa, y Diego estaba seguro de que si Don Clemente la veía en circunstancias muy distintas se sentiría encantado. La observó mientras ella reía seductoramente durante una charla con Ramón, los dos de pie cerca de la baranda, frente al océano. Diego sonrió, calculando: los largos cabellos negros se agitaban impulsados por la brisa marina, tenía las mejillas sonrosadas, los ojos azul zafiro chispeaban alegremente. Pocos hombres podrían resistir tanto encanto natural, sobre todo cuando ese encanto natural y esa belleza mágica estaban unidos a una riqueza muy considerable.

En realidad, cuanto más pensaba en ello, la situación más complacía a Diego. Y su satisfacción se acentuaba al considerar el hecho desconocido tanto por María como por Ramón, de que don Clemente vendría a visitar La Española a bordo de uno de los barcos de la flota de primavera. Si el español llegaba a ver a María como se mostraba ahora, Diego no dudaba que el candidato comenzaría a reconsiderar la conveniencia del matrimonio con ella. Y cuando María y don Clemente estuviesen unidos... Diego casi se frotó las manos, animado por la expectativa. Cuando estuviesen casados y Diego

contase con la ayuda de un cuñado tan influyente que le abriese paso, sin duda los títulos y el poder que ansiaba llegarían a sus manos.

Aunque era rico y pertenecía a la baja aristocracia, Diego se sentía muy insatisfecho con su destino en la vida. Ansiaba más: más riqueza y más poder. Sobre todo poder. No le contentaba llevar una vida de privilegio y comodidad en La Española; en cambio, utilizaba todo el dinero generado por sus plantaciones en la isla para elevar su jerarquía y su posición en España. Cortejaba asiduamente el favor de todos los que podían ayudarlo en su empresa, y don Clemente, único heredero de un prestigioso título y miembro de una familia poderosa en la corte madrileña, estaba en condiciones de ayudarlo en su camino hacia la gloria. ¡María debía casarse con don Clemente! Si se le incitaba con cuidado, éste se ocuparía de que su cuñado recibiese un título y una posición de mucha autoridad. Complacido, Diego pensó en su futuro: el marqués Delgado, virrey de Panamá, la ciudad que acumulaba los tesoros españoles en el Nuevo Mundo. La cosa tenía un sonido agradable y él estaba dispuesto a sacrificarlo todo para llegar a la meta .. Incluso a su hermana. Y nadie, ni siquiera Ramón Chavez, podría interferir en sus planes.

Entrecerró los ojos y miró de nuevo a su hermana y su primo, que charlaban junto a la baranda. No podía permitir que continuase aquello, y decidido a conseguir que Ramón comprendiese perfectamente la situación, por la noche lo invitó a mantener un dialogo privado. Estaban en la cabina de Diego y, con expresión fría, éste fue derecho al punto.

■ No he podido dejar de advertir que últimamente estuviste consagrando mucho tiempo a María. Ojalá que no estés alimentando esperanzas en esa dirección. Ella no es para ti, y de ningún modo aceptaría una unión entre vosotros.

Ramón lo miro sorprendido.

–¿Unión? ¿Con María? . replicó, torciendo ligeramente los labios en una expresión despectiva–. Primo, últimamente no te entiendo. ¡ Tu actitud es ridícula! Es cierto que siento afecto por tu hermana, pero sólo como hermana. Mis sentimientos hacia ella son los mismos que hacia Justina y Josefa, y no paso con ella más tiempo que el que dedico a mis propias hermanas. Creo que estás exagerando.

Diego lo miró atentamente. No había engaño en la cara de Ramón y sus palabras tenían el acento de la verdad. Aliviado, se relajó un poco y murmuró:

– Lo siento. Sucede sencillamente que no deseo que tus atenciones hacia ella cobren un carácter más serio. No me agradaría tener que rechazarte.

Ramón se encogió de hombros y se volvió y con voz neutra le preguntó:

–¿Eso es todo?

–¡Sí!. Replicó ásperamente Diego. Segundos después que la puerta se cerrara detrás de las anchas espaldas de su primo, Diego continuó mirando en aquella dirección. Creía que Ramón le había dicho la verdad, pero ¿y María? ¿Qué sentía por Ramón? ¿Estaba sintiéndose seducida por su primo, demasiado atractivo?

A la mañana siguiente, con una sonrisa afable, se acercó a su hermana que estaba en la cubierta de proa, observando la agitación de las azules aguas que espumajeaban a los costados del barco.

– Buenos días. ¿Cómo estas esta mañana?– preguntó jovialmente.

Con una sonrisa que le iluminó la cara, María respondió enseguida:

– Muy bien, gracias ¿Y tu?

Él formuló una respuesta cortes y conversaron amablemente varios minutos. Después, al ver que Ramón cruzaba la cubierta inferior, Diego dijo como de pasada:

– Parece que te agrada mucho su compañía. ¿Estas enamorada de él?

María lo miró con una expresión asombrada en su hermoso rostro.

–¿Enamorada de Ramón Chávez? –repitió distraídamente. Comprobó que su hermano hablaba en serio y no pudo contener la risa–. ¡Oh, Diego! ¡No seas tonto! Por supuesto que no le amo… por lo menos no en el sentido al que te refieres. Siempre fue muy bueno conmigo, pero…

Ella se encogió de hombros en un gesto de indiferencia y Diego concluyó por ella la frase:

– Pero siempre pensaste en él como en un hermano– alegó con sequedad.

María asintió enérgicamente con la cabeza.

–¡Sí! ¡Eso mismo! Siento mucho afecto por él, pero sólo como lo siento por ti.

Él la miró larga y reflexivamente y satisfecho de que entre ella y Ramón hubiera tan sólo amistad, se mostró dispuesto a abandonar momentáneamente el tema. Después de un comentario neutro, cambió de tema.

Pero María estaba preocupada. ¿Se mostraba acaso excesivamente cordial con Ramón? ¿Estaba quizá induciéndolo a engañarse acerca de lo que ella sentía por él?

Una idea similar acudió a la mente de Ramón, y más avanzado el día, mientras acompañaba a María en un paseo por la nave, le comentó amablemente:

– María, anoche Diego trajo a colocación el tema de nuestra amistad.. le preocupaba la posibilidad de que yo esté gozando de tu encantadora compañía más de lo debido.

Ramón observó con atención el rostro de la joven, buscando el efecto de sus palabras.

– Le dije que te tenía mucho afecto…como hermana– alegó.

Esperó, confiando en no haber interpretando mal la situación y, sin quererlo, estar destruyendo las esperanzas de María referidas a otro tipo de relación entre ellos.

Con un seductor hoyuelo en una mejilla y una expresión muy divertida en los ojos azules. María le respondió en broma:

–¡Y entonces te inquietó la posibilidad de haber destruido mis aspiraciones! ¡No seas asno, Ramón! ¡Ninguno de los dos piensa en el otro de esa forma! Y si Diego no fuese tan ciego, lo habría comprendido enseguida.

Riendo por lo bajo, Ramón asintió. Después de una chispa de burla en los ojos, preguntó:

–¿Y qué sabes tú de esa forma?

María se sonrojó.

– Me temo que muy poco, pero sé cómo estaba Josefa cuando se enamoró del capataz de tu padre, ¡y sé que no siento lo mismo por ti!

Ramón pasó con suavidad un dedo sobre la mejilla de ella, y los dos continuaron caminando varios segundos más en un grato silencio. Después, María volvió los ojos hacia el rostro de rasgos acusados de su acompañante y le preguntó con curiosidad:

– Ramón, ¿ has estado enamorado alguna vez? Quiero decir, profundamente enamorado, y deseoso de casarte.

Ramón se puso en tensión y sus rasgos cobraron un perfil pétreo. Con voz ecuánime reconoció:

– Si, una vez estuve enamorado. Ella se llamaba Marcela Domingo y nos amábamos mucho. Proyectamos casarnos, y yo era el hombre más feliz del mundo.– Cada vez su tono de voz era más grave –. María, ella era bella. Bella, bondadosa y joven. Tenía todo lo que yo había soñado en una mujer.

–¿y qué sucedió?– preguntó en voz baja María –. ¿Por qué no te casaste con ella?

Un músculo se contrajo en la mejilla de Ramón.

–Porque– respondió con voz áspera– fue violada y asesinada por un grupo de sucios piratas ingleses. Debíamos casarnos a principios de este año. Viajaba desde España con sus padres el último otoño, para realizar una larga visita a mi casa y permitir que nuestras familias se conociesen mejor, cuando su nave fue atacada y destruida.– Manteniendo un firme control sobre sus emociones, Ramón concluyó con estas palabras

–: Sólo sobrevivieron su padre y unos cuantos miembros de la tripulación que lograron escapar del buque hundido. Aquél me reveló el destino de Marcela.

–¡Oh Ramón! ¡Que terrible para ti!– exclamó con tristeza María.

Con la mirada vacía, un gesto de dolor en su bien dibujada boca, él murmuró:

–Sí, fue terrible; pero no tanto como el castigo que infligiré a los ingleses. Ellos y sus mujeres sufrirán mucho por lo que hicieron a Marcela y su familia. Lo juro.

– Aún la amas– replicó angustiada María.

Ramón meneó lentamente la cabeza.

– No lo sé. Murió hace casi un año y, aunque la echo de menos, ahora me es difícil recordar su cara.

Ofreció a María una sonrisa tenue y dolorosa y agregó:

– Muchacha, las heridas sanan y el tiempo es el mejor remedio. Pero su recuerdo siempre me acompañará, y siempre me preguntaré cómo hubiera sido la vida con ella si esos salvajes no hubiesen atacado la nave.

Esa noche acostada en su cama, contemplando las vigas del techo, María recordó el dolor en la cara de Ramón, la angustia de su voz al hablar de Marcela. Había amado profundamente a aquella mujer, eso era seguro, y se preguntaba si ella jamás sentiría algo tan intenso por alguien. Quiso mucho a sus padres, y en cierto sentido amaba a su hermano, pero esos sentimientos nada tenían que ver con la tremenda fuerza de las emociones de Ramón.

En la oscuridad frunció el entrecejo. ¿Cómo era posible saber cuándo se estaba enamorada? ¿y cómo nacía ese misterioso sentimiento? Había muchos jóvenes en la isla a quienes conocía desde la niñez, pero ninguno originó en su pecho más que cierto afecto superficial. Había intentado simpatizar con don Clemente y, aunque pasaba por ser apuesto y refinado, María había sentido repulsión por él. Durante los meses de su estancia en España no conoció a ningún hombre que suscitase un sentimiento profundo en su corazón. ¿Quizá había algo que funcionaba mal en ella misma?

Se puso de pie y se acercó a las ventanas abiertas en la popa del Santo Cristo. La luz de la luna plateaba las crestas de las olas, y al contemplar el movimiento infinito del mar, María consideró la posibilidad de amar a alguien como Ramón lo había hecho. En algún lugar, más allá de aquel enorme océano, ¿encontraría un hombre capaz de despertarla al amor? ¿Alguien a quien amaría todos los días de su vida?

Su corazón latió con mayor rapidez al pensar en esa criatura mítica que entraría en su vida como un torbellino. De algo estaba segura: eso sucedería algún día. "Él será alto, fuerte y moreno, y no amaremos con locura"– pensaba con un sentimiento de felicidad. Una suave sonrisa se insinuó en sus labios, volvió a la cama y pronto se durmió. Sus sueños giraron alrededor de una figura querida que la alzaba en sus brazos y acercaba sus tiernos labios a los de ella.

4

El *Santo Cristo,* así como el resto de la flota de otoño proveniente de Sevilla, llevaba en el mar casi seis semanas cuando el desastre se abatió. Un huracán tardío cayó sobre la flota, hundiendo varias naves y exponiendo a las que sobrevivieron al cruel ataque de las gigantescas olas y los vientos salvajes; y quedaron maltrechas y muy dispersas por todo el océano Atlántico.

La primera mañana después de la embestida del huracán, María, al subir a cubierta, se sintió aliviada al descubrir que el *Santo Cristo* había sufrido a lo sumo daños sin importancia, unas pocas velas desgarradas y

nada más. Pero al contemplar el océano azul vacío, sin el más mínimo indicio de otras naves, comprendió qué solos estaban y experimentó un sentimiento de aprensión. Solos, a merced de los crueles bucaneros y los sanguinarios piratas que infestaban el área y al recordar el destino de la Marcela de Ramón, María tragó saliva dolorosamente. ¿Esa sería también su suerte? ¿La violación y el asesinato? Rogó fervorosamente que no fuera así.

Ahora no estaban lejos de la Española, pero sin la protección de las restantes naves de la flota, el enorme galeón era vulnerable al ataque y por eso mismo en el barco había una atmósfera tensa.

Poco después del amanecer del día siguiente, María despertó al oír el estrépito de los movimientos presurosos alrededor y al identificar el sonido de los pesados cañones arrastrados sobre la cubierta de artillería, inmediatamente debajo, la joven saltó de la cama. Se vistió de prisa, se salpicó la cara con un poco de agua extraída de una jarra de porcelana y se pasó un peine por los cabellos; después, el corazón latiéndole con celeridad, abandonó su cabina y subió a la cubierta principal.

El espectáculo que salió al encuentro de su mirada no era tranquilizador en absoluto. Había alrededor grupos de hombres fuertemente armados; los tiradores con sus mosquetes estaban en los cordajes y por los ruidos que venían de la cubierta de los cañones, María comprendió que otro barco debía de estar cerca. Un barco enemigo...

Alarmada, contempló la extensión azul del océano. A lo lejos pudo ver las velas de otro barco y al distinguir de pronto la bandera que flameaba en el maltrecho mástil principal, contuvo la respiración desalentada. Ramón, con una expresión extrañamente sombría en la cara, se acercó a ella. Después de dirigirle una breve sonrisa, dijo con voz serena:

–El vigía lo vio al alba. Al principio creíamos que era una de nuestras propias naves, pero como puedes ver, enarbola la bandera inglesa.

María tragó saliva.

–¿Lucharemos contra ellos? ¿Es un barco pirata? Ramón miró de reojo el mar de aguas color cobalto iluminadas por el sol.

–No creo que sea un barco pirata. Desde esta distancia tiene toda la apariencia de un mercante, pero no sería la primera vez que esos malignos bucaneros se disfrazan, para atraer a su presa. –Dirigiéndole una mirada tranquilizadora, Ramón agregó:– No te preocupes, María. El *Santo Cristo* está bien armado. Nos arreglaremos perfectamente. De todos modos, creo que sería mejor que regreses bajo cubierta, a tu cabina. En todo caso, habrá lucha y no quiero preocuparme por tu seguridad durante el combate.

María asintió de mala gana, y después de dirigir una última mirada al barco inglés que se acercaba, descendió. Agitada por una energía incansable, se paseó en los pequeños límites de su cabina, todos los sentidos atentos a lo que sucedía alrededor, mientras los sonidos que indicaban la preparación de la lucha inminente se acentuaban con el correr de los minutos.

Cuando de pronto se abrió la puerta se sobresaltó, pero al ver que era Diego quien estaba allí, de pie, el cuerpo se le aflojó aliviado. Una sonrisa medio avergonzada se dibujó en sus rasgos y dijo:

–¡Me asustaste! ¡Estaba segura de que eras un pirata inglés!

–Qué tonterías dices –replicó rudamente Diego–, Todavía no se ha disparado un solo tiro.

María calló una respuesta agria y sólo se encogió de hombros.

–¿Deseabas algo? –preguntó cortésmente. Diego asintió.

–Sí. Quiero que permanezcas aquí hasta que hayamos hundido al inglés. No deseo que te cruces en el camino de mi tripulación.

–Ramón ya me dijo lo mismo –replicó ella, un poco irritada por la actitud de su hermano. Incapaz de contenerse, agregó provocativamente:– ¿Estás tan seguro de que hundirás al inglés? ¡Quizás ese barco nos hunda a nosotros!

Diego emitió una risa cruel.

–Es difícil, mi querida hermanita. No es más que un mercante y no muy bien armado. Y por el modo de navegar y lo que podemos ver de su estado, es evidente que ha sufrido graves danos. Seguramente el huracán lo afectó, lo mismo que a nosotros. Pero a diferencia de nuestro barco, no escapó indemne. Será una victoria fácil.

Con un leve fruncimiento del entrecejo, María preguntó:

–Pero, ¿es necesario atacarlo? Si es sólo un mercante y no un bucanero, ¿por qué debemos hundirlo? Diego la miró, despectivo.

–¿Has olvidado que un inglés provocó la muerte de nuestro padre? –preguntó irritado–. ¿O que un inglés me hizo esto? –Con el dedo tocó suavemente la cicatriz blanca que le deformaba la ceja.– ¡Yo no! –rezongó–. Y hundiré todas las naves inglesas que se crucen en mi camino.

–Entiendo –replicó María con voz sorda. Añoraba profundamente a su padre, pero la idea de matar a otras personas sólo porque eran inglesas, la turbaba. A diferencia de la mayoría de los españoles, María no estaba imbuida de un odio fanático hacia los ingleses. Sabía que existía una larga historia de enemistad entre los dos países y tenía conciencia, y eso la deprimía, de que si las situaciones se hubiesen invertido los ingleses probablemente se habrían complacido de igual forma en hundir al *Santo Cristo.* Y sin embargo, sentía algo errado en todo el asunto. ¿Alguna vez las muertes y la carnicería cesarían entre los españoles y los ingleses?

Miró el rostro de expresión decidida de su hermano. Era inútil formularle una pregunta así y con un gesto dolorido desvió la mirada. De espaldas a Diego, preguntó:– ¿Conoces el nombre de la nave?

–El *Raven* –replicó él–. Un rico barco mercante inglés. Quizá ni siquiera lo hunda... es posible que lleve una carga valiosa. Sea como fuere, ciertamente tendremos muchos esclavos después de este combate.

El *Raven* se acercaba de prisa a los cañones del *Santo Cristo,* y todo lo que Diego comentó acerca de la nave era cierto. El huracán abatido sobre la flota española también afectó al pobre *Raven,* y aunque tuvo la suerte de permanecer a flote, sufrió deterioros casi definitivos. El bauprés estaba destrozado; los estays de todos los mástiles habían desaparecido y los jirones restantes estaban sueltos y eran inútiles; y había perdido el palo mayor y el mástil de cofa.

A bordo del *Raven,* con una furia enfermiza quemándole el pecho, Gabriel Lancaster observaba al *Santo Cristo* que se acercaba confiadamente. Su esposa y su hermana estaban bajo cubierta, en la cabina. Sus hombres, los que habían sobrevivido al huracán, estaban armados y prontos, pero Gabriel sabía qué lamentable papel representaría la pequeña fuerza inglesa contra el navio español, más grande y mejor armado.

En circunstancias ordinarias, el *Raven* habría podido evitar el combate, huyendo sencillamente del galeón más pesado y menos maniobrable; pero no era así en su situación actual. Como sólo podían usar el palo de mesana, adelantaban poco. Si hubiesen tenido tiempo para reparar lo que restaba del palo de trinquete, remplazando el peñol de verga y agregando obenques y velas, el *Raven* habría tenido una posibilidad. Pero en esas condiciones y a pesar de la brisa intensa que recorría el océano, sus maniobras eran en el mejor de los casos, torpes.

El viaje del *Raven* hasta el momento de desatarse el huracán había carecido de incidentes destacados y después de varias semanas en el mar todos ansiaban llegar a Port Royal. Pero la nave apenas sobrevivió a la cruel tormenta tropical y aunque se creía posible repararla, aunque fuese para llegar a Jamaica, todos sabían muy bien que su posición era peligrosa. Si un barco enemigo los descubría...

Bien, un barco enemigo los había descubierto y ahora sólo restaba prepararse para luchar y orar para que sobreviniese un milagro. Con una terrible sensación de escena repetida, Gabriel aferró su espada con más firmeza. ¿Había escapado una vez de esta situación para vivirla ahora de nuevo? Y en esta oportunidad, ¿cuál sería el costo para él y su reducida familia? ¿La muerte? ¿La esclavitud de su esposa y su hermana? Cerró los ojos, momentáneamente dominado por la angustia. Podía afrontar su propia muerte, pero la idea de que Elizabeth y Caroline fuesen cautivas de los españoles le era intolerable. Sabía cuál sería el destino de las dos mujeres: la violación y la degradación y una vida de brutal maltrato a manos de los españoles. ¡Eso no debía suceder! Con los labios apretados hasta formar una línea dura, se acercó al capitán del barco.

–¿Tenemos una posibilidad? –le preguntó calmosamente, tratando de disimular el miedo que sentía por Elizabeth y Caroline.

El capitán, un hombre pequeño y canoso de edad indefinida, meneó de mala gana la cabeza.

–Lo dudo. Nuestra única esperanza será que los españoles nos crean demasiado poco importantes para molestarse y de que fuera de dispararnos uno o dos cañonazos nos dejen en paz... y esa es una tenue esperanza, en el mejor de los casos.

El *Raven* no estaba muy armado; disponía de dos cañones giratorios de una libra y diez cañones de bronce de nueve libras;

pero fuera de eso y al margen de las espadas y los mosquetes de la tripulación, contaba con poco más para combatir. Con respecto al *Santo Cristo,* el galeón tenía hasta sesenta cañones y probablemente triple número de combatientes. En la situación de debilidad del *Raven,* la nave sería presa fácil.

Pero había esperanza. En general, los galeones preferían abstenerse de combatir para no poner en peligro su precioso cargamento y por regla general evitaban todo lo que implicase un contacto con otras naves. En la mayoría de los casos, después de avistar a otro barco, el galeón prefería huir antes que dar batalla. Pero parecía evidente que ese no era ahora el caso, se dijo con acritud Gabriel mientras el enorme galeón continuaba acortando distancia, sus velas muy grandes iluminadas por la intensa luz del sol.

Cuando la nave española se aproximó un poco más, la inglesa disparó primero con sus cañones y el estruendo de las piezas quebró el silencio del mar.

Los cañones del *Raven* demostraron tener un alcance desastrosamente corto y con desaliento y cólera cada vez más profundos, Gabriel advirtió que el *Santo Cristo* se preparaba a lanzar una andanada sobre ellos. Cuando llegó el ataque previsto, ni siquiera Gabriel estaba preparado para afrontar la intensidad y la terrible exactitud de los cañones españoles. El aire se impregnó con el olor del humo y la pólvora, los estampidos de los cañones fueron ensordecedores, y el *Raven* tembló como un animal herido cuando los proyectiles llegaron a sus blancos. El barco viró impotente a causa del duro golpeteo, y cuando el *Santo Cristo* se acercó disparando sus cañones, Gabriel sintió que su nave se le movía bajo los pies, pues de nuevo las piezas españolas habían dado en el blanco.

Los cordajes y el palo de mesana cayeron estrepitosamente y los gritos de los heridos se elevaron mucho más claros que el estampido de los cañones, y aunque intentaron de nuevo apuntar con sus piezas, fue un esfuerzo sin esperanza. El temido grito de *¡Fuego!* se elevó en el aire y Gabriel advirtió horrorizado que la última andanada había provocado un incendio bajo cubierta, en la popa de la nave... el lugar en que estaban Elizabeth y Caroline.

Con el corazón latiéndole dolorosamente en el pecho, Gabriel corrió en esa dirección. Sin reflexionar se lanzó bajo cubierta y retrocedió trastabillando cuando recibió en la cara una nube gruesa y acre de feo humo negro. Jadeando y parpadeando avanzó a tientas, gritando los nombres de su hermana y su esposa. Oyó de pronto a lo lejos un débil grito que respondía y sin hacer caso de la crepitación ominosa de las llamas cercanas, se abrió paso por entre los restos que le cerraban el paso. Cuando llegó a la puerta de la cabina, descubrió que estaba bloqueada por los maderos caídos; frenéticamente intentó retirar las maderas rotas que le impedían avanzar. De la habitación brotaba humo y Gabriel comprendió que con seguridad la cabina había recibido un impacto directo.

Cuando al fin consiguió pasar la puerta, se encontró con Caroline, que se arrojó en los brazos de su hermano y dijo con voz ronca:

–¡Oh, Gabriel! ¡Gracias a Dios que viniste! La puerta estaba atascada y Elizabeth...

De pronto calló, su voz estrangulada por la emoción. Gabriel la abrazó de prisa, tratando de tranquilizarla, sin comprender del todo lo que las palabras de su hermana implicaban. Miró alrededor moviéndose con rapidez, buscando a su esposa: una parte de su mente comprobaba impresionada el

daño terrible infligido a la cabina. Como no vio signos de la presencia de Elizabeth, Gabriel sacudió un poco a Caroline y preguntó:

–¿Dónde está?

Caroline contuvo un pequeño sollozo y apartando la mirada de su hermano señaló hacia el fondo de la cabina. Gabriel se adelantó pero ella lo aferró del brazo. La cara convertida en la imagen misma del dolor, la joven murmuró en voz baja:

–Gabriel, está muerta. No vuelvas allí. Ya nada puedes hacer por ella.

Gabriel quedó paralizado y su mente se negó a creer lo que ella decía. –¡No! –gritó angustiado y se abalanzó violentamente en la dirección que Caroline le indicara. Vio el borde de la bata azul de Elizabeth que asomaba bajo una de las enormes vigas desplomadas durante la última salva de cañonazos del *Santo Cristo* y un extraño aturdimiento comenzó a invadirlo; se arrodilló junto al retazo de color vivo. La viga había aplastado completamente el esbelto cuerpo; sólo una mano fina y unos pocos rizos de largos cabellos castaños sugerían que Elizabeth yacía bajo el enorme madero.

Con dedos temblorosos extendió casi tímidamente la mano y acarició con suavidad la mano inmóvil. Aún estaba tibia, y lo invadió una sensación insoportable de dolor y pérdida. No la había amado, pero le tenía profundo afecto: era su esposa, la madre de su hijo por nacer... había sido su futuro, y ahora todo estaba perdido. Elizabeth estaba muerta. Una cólera grande y terrible de pronto lo invadió. ¡Ellos habían hecho eso! ¡Esos españoles sucios y asesinos abatieron a su esposa!

Con una expresión de furia salvaje en la cara, se puso de pie y aferrando con más fuerza la espada se abalanzó hacia la puerta. Pero la visión del gesto aprensivo de Caroline lo contuvo. Un hilo de sangre le corría por el costado de la mejilla y con un movimiento extrañamente dulce él alargó la mano para limpiarlo. Dijo con voz grave:

–Lamento, Caroline, haberlas traído conmigo. Tú y Elizabeth debieron quedar seguras en nuestra casa de Inglaterra. En ese caso, ella continuaría viva y tú no correrías peligro.

Caroline negó valerosamente con un gesto de la cabeza.

–No –replicó con energía–. Nosotras quisimos venir. No habríamos permitido que viajaras solo. No debes atribuirte la culpa... no fuiste el responsable de lo que ha sucedido.

La cara de Gabriel se contrajo.

–Me pregunto –dijo Gabriel, casi para sí mismo– si jamás llegaré a creerlo realmente.

No hubo tiempo para hablar más. El incendio se extendía rápidamente y el estrépito de la batalla se había acentuado sobre ellos. Tomándola de la mano Gabriel atravesó con ella el corredor lleno de humo, en dirección a la cubierta alta.

–Quédate detrás –ordenó en voz baja cuando llegaron a la escotilla–. Es posible que algunos atacantes hayan abordado nuestra nave y la lucha será sangrienta. –Se volvió para mirarla. En silencio le entregó un cuchillito. Sin

mirarla directamente, murmuró:– Te protegeré mientras pueda, pero somos muy inferiores en número y temo lo peor. Querida, usa el cuchillo como te parezca conveniente... y recuerda que te amo y que moriré por salvarte.

Las lágrimas cegaron a Caroline y no pudo decir palabra. Sintió la mano de Gabriel que le acariciaba tiernamente el cabello y un momento después estaban en cubierta.

Como Gabriel sospechaba, habían abordado el *Raven* y cuando llegaron a la cubierta principal el ruido del acero contra el acero resonaba salvaje en el aire. Era un espectáculo horrible. Los hombres vestidos con uniformes españoles parecían estar por doquier y caían como lobos hambrientos sobre los defensores del maltrecho *Raven.* Gabriel no tuvo tiempo para recoger otras impresiones; un moreno español con una espada ensangrentada lo enfrentó al instante.

Su acero chocando enérgicamente contra la espada del español, Gabriel afrontó una embestida tras otra y con la furia misma de su defensa obligó al soldado a retroceder. El hombre trastabilló y la espada de Gabriel avanzó con la rapidez del rayo hundiéndose profundamente en el cuerpo del otro. El hombre, mortalmente herido, se desplomó pero su cuerpo apenas había tocado el piso cuando Gabriel se encontró frente a otro enemigo y así la escena pareció repetirse indefinidamente... Continuó combatiendo con obstinación, apenas consciente de lo que sucedía alrededor, de los ruidos de la batalla que parecían atenuarse poco a poco, y de la esbelta forma de Caroline que estaba detrás.

Poco a poco él y Caroline fueron obligados a retroceder; los reflejos y las reacciones de Gabriel fueron cada vez más lentos y el brazo que sostenía la espada parecía un peso muerto. Comprendió que estaba herido y alcanzó a sentir la humedad de la sangre que corría por el otro brazo; pero no atinó a recordar cuándo había sufrido la herida. Le pareció que combatía horas enteras y que él y Caroline eran los únicos ingleses que aún resistían a la horda española, pero finalmente, la espalda contra la baranda en la popa del barco, Gabriel comprendió que no podría pelear mucho más tiempo, este último español era demasiado hábil y él no podía vencerlo en la condición en que se encontraba ahora. Aun así, continuó peleando, decidido a morir antes que dejarse capturar. Tenía una película oscura frente a los ojos y el alto español que estaba frente a él se balanceaba.

De pronto, su antagonista retrocedió un paso.

–Ríndete, inglés. Has luchado muy valerosamente y no puedo matarte –dijo con voz grave Ramón Chávez.

Gabriel lo contempló con ojos desorbitados.

–¡Nunca! –rugió, la espada lista para afrontar el nuevo lance. Oyó un movimiento a su izquierda, pero aunque se volvió rápidamente para ver quién era, su respuesta fue excesivamente tardía. Vio horrorizado la cara de Diego Delgado en el momento en que éste descargaba el pomo de su espada sobre la sien de Gabriel; y después, no hubo más que la oscuridad absoluta.

Con una sonrisa de pedante satisfacción, Diego examinó a su enemigo caído.

–¡Gabriel Lancaster! Hoy los santos se han mostrado desmesuradamente buenos conmigo. –Su mirada se volvió hacia el lugar en que Caroline permanecía de pie, inmóvil, el cuerpo delgado presionando contra la baranda. Casi en un ronroneo, Diego dijo:– Y su hermana... podría identificar sin vacilar esos ojos de los Lancaster. Cómo me alegraré de mancillar tu virtud frente a tu hermano. Cómo se retorcerá cuando oiga tus pedidos de compasión... y créeme, querida, antes de que yo haya terminado de enseñarte quién es tu amo, tú gritarás.

Ramón, que había permanecido en silencio hasta ese momento, intervino. Con voz fría y confiada, dijo derechamente:

–No. Es mi prisionera... como lo era el inglés hasta que tú interviniste.

Diego miró a Ramón con hostilidad, pero éste afrontó impávido la mirada de su primo. Casi suavemente, Ramón agregó:

–Técnicamente también podría reclamar al hombre. Elige a quien prefieras, la mujer o el hombre, pero no ambos.

Con la indecisión que se manifestaba claramente en sus rasgos, Diego miró a Caroline, que sostenía con fuerza el cuchillo que Gabriel le había entregado, mientras la luz del sol formaba una aureola dorada alrededor de la cabeza rubia. Era una joven hermosa y Diego sintió un impulso sensual; pero entonces volvió los ojos hacia su principal enemigo, el hombre que lo había marcado por toda la vida. Con voz espesa, murmuró:

–El hombre, quiero al hombre.

Volviéndose sobre sus talones, impartió una orden a sus marineros y segundos más tarde el desmayado Gabriel fue arrastrado fuera de allí ante la mirada aterrorizada de Caroline.

Ella se adelantó un paso, pero la punta del acero de Ramón apoyada suavemente contra su pecho la detuvo. Con los ojos azul zafiro muy grandes en una expresión de desafío y orgullo, ella se volvió hacia la mirada reflexiva de Ramón, sus dedos apretando tensamente el cuchillo.

Con voz grave, Ramón ordenó:

–Soltadlo, señorita, o me veré obligado a lastimaros. Imitando la actitud de su hermano, ella exclamó:

–¡Nunca! –y se abalanzó hacia adelante, pero Ramón fue demasiado rápido para ella y en un instante Caroline se encontró desarmada y apresada por un odiado español.

Ramón miró el rostro de expresión rebelde vuelto hacia é1. Sonrió perversamente.

–Los ingleses se llevaron a mi novia... es perfectamente justo que paguéis el precio. –Con voz aun más grave, agregó:– Seguramente comprobaréis que soy un amo mucho menos cruel que mi primo.

Suavemente la obligó a caminar delante de él, llevándola hasta el lugar donde Diego permanecía de pie, cerca de la cubierta del castillo de proa del *Raven,* supervisando a los soldados que eliminaban a los ingleses tan malheridos que no tenían posibilidades de salvarse y maniatando a los que se convertirían en esclavos españoles. A los pies de Diego yacía Gabriel, la cara pálida e inmóvil, el robusto cuerpo asegurado con cadenas: se movió, y

sacudió levemente la cabeza como para aclararse las ideas. Diego lo movió no muy suavemente con un pie calzado con bota, y ordenó:

–Despierta, Lancaster, y entérate de tu nueva situación... ahora eres mi esclavo. Con mucho placer te enseñaré la clase de obediencia que espero de mis criados.

Los ojos verde esmeralda cargados de odio y desprecio, Gabriel se incorporó dificultosamente. Sin hacer caso de las cadenas que lo mantenían amarrado, preguntó:

–¿Eso no será más bien como el perro que enseña al caballero?

La cara convulsionada por la cólera, Diego golpeó cruelmente a Gabriel en la mejilla y el puñetazo partió la piel y dejó un delgado hilo de sangre.

–¡Insolente cerdo inglés! –gritó Diego–. Veremos quién es aquí el caballero.

Desenfundó la espada y fue evidente su intención; pero la voz de Ramón lo detuvo, advirtiéndole con serenidad:

–Primo, ¿eso no sería desaprovechar un esclavo fuerte y sano? ¿Y no te divertirá más perseguirlo indefinidamente en lugar de gozar en un momento de todos tus placeres?

Con expresión hosca, Diego envainó la espada.

–Por supuesto, tienes razón –murmuró, y volviéndose, ordenó a algunos hombres que esperaban cerca:

–¡Lleven a esta criatura a bordo del *Santo Cristo!*

–*A* la mujer también –agregó Ramón. Después de mirar con dureza a los cuatro rudos marineros, continuó diciendo con frialdad:– Llévenla a mis habitaciones... y si la lastiman o la tocan irrespetuosamente, les arrancaré las entrañas y las arrojaré a los tiburones. ¿Comprenden?

Asintiendo con celeridad, los cuatro hombres se llevaron a Gabriel y a Caroline. Mientras observaba al grupo que se abría paso entre los restos de la cubierta principal del *Raven,* Ramón preguntó como de pasada:

–¿Qué te propones hacer ahora con la nave? ¿Hundirla? ¿O la carga tiene valor suficiente como para asignarle una tripulación de presa y llevarla con nosotros a Santo Domingo?

Los ojos fijos todavía en los dos prisioneros, Diego se mordió nerviosamente el labio inferior.

–La llevaremos con nosotros. La bodega está repleta de artículos útiles que alcanzarán buen precio en la Española. Llevará un poco de tiempo reparar el cordaje y el velamen del barco, pero creo que las ganancias que obtendremos compensen los riesgos.

Ramón se encogió de hombros.

–Muy bien, ordenaré que una tripulación de presa venga al barco y repare inmediatamente todo lo posible.

Durante el combate María había permanecido bajo cubierta tal como se le ordenara, pero cuando los cañones dejaron de tronar y se disiparon los sonidos de la batalla, sintió impaciencia por abandonar su cuarto. Esperó varios minutos más y como nadie vino a informarle del desenlace, aunque

estaba segura de que el *Santo Cristo* derrotó al otro barco, decidió ver por sí misma qué había sucedido. Se abrió paso con lentitud hacia las cubiertas superiores del galeón. La idea de la destrucción de la nave inglesa no le provocaba alegría... el ataque de Diego había sido tan absurdo, tan innecesario; y aun sin haberlos visto nunca, su corazón tierno rebosaba de compasión por los ingleses sobrevivientes. Ocupó un lugar en la toldilla de popa, de modo que podía ver todo lo que sucedía alrededor, y precisamente desde ese lugar divisó por vez primera a Gabriel Lancaster.

En ese momento no sabía quién era; sólo vio un hombre alto y apuesto en actitud de fiero orgullo, a pesar de las cadenas que lo tenían cautivo. Abordó el *Santo Cristo* como un conquistador y no como un prisionero; la cabeza alta, los rasgos arrogantes y orgullosos. Era una figura magnífica, con su orgullosa apostura y con la estatura que le permitía destacarse, ahora que estaba rodeado por españoles más bajos y rechonchos.

María se sintió tan transfigurada por el hombre que apenas prestó atención a la joven alta y delgada que lo seguia. Pero el resplandor dorado del sol sobre los cabellos de Caroline atrajo su atención y al ver que la joven caminaba tan orgullosa entre los dos marineros tuvo conciencia de un sentimiento de profunda compasión. Se dijo, inquieta, que ella debía de estar muy atemorizada, exactamente como le sucediera en la misma situación a la propia María; y también pensó que le habría agradado ser capaz de actuar con idéntico dominio de atravesar igual trance que esa muchacha. Adivinó que la joven disimulaba su miedo, y que había algo que las unía. Ella, María, hubiera actuado del mismo modo, decidida a evitar que sus aprehensores conocieran sus verdaderos sentimientos.

Pero fue el hombre quien la fascinó y su mirada retornó irresistiblemente a él, que estaba allí de pie, en el centro de la cubierta, exactamente debajo de ella. Con seguridad él sintió la atención de la joven, porque de pronto levantó los ojos y ella quedó atrapada por la intensidad de esos ojos verde esmeralda, de espesas pestañas. Había tanto dolor en la profundidad de esa mirada, una angustia tan insoportable, que cobró conciencia de un ansia casi abrumadora de salvar la distancia que los separaba para ofrecerle confortamiento. Y sin embargo, a pesar del dolor tan evidente, también había furia y odio, que se entremezclaban con la angustia. María se preguntó de pronto: ¿Quién era ella? ¿La esposa? ¿Una parienta? ¿Una pasajera?

Al advertir la dirección de la mirada de Gabriel, Caroline levantó los ojos y cuando estos encontraron los de María, las dos jóvenes se sintieron conmovidas, pues identificaron simultáneamente los ojos de los Lancaster. María contuvo con esfuerzo la respiración. ¡Esa muchacha era una Lancaster! ¡Dios mío! ¿Con cuánta crueldad la trataría Diego? Percibió con horror cada vez más intenso la semejanza entre los dos prisioneros –la altura, las cejas bien dibujadas y los rasgos finamente moldeados– y con pena y depresión, comprendió que el hombre también debía ser un Lancaster... ¡Gabriel Lancaster!

Durante un segundo cierto sentimiento de justicia se adueñó de su corazón. Ese hombre había herido a su hermano y el padre había sido en último análisis la causa de la muerte de su progenitor; ¿no era justo que

cayese en manos de los españoles, para recibir su merecido castigo? Ese sentimiento duró apenas un segundo y se sintió avergonzada. ¿Acaso era tan bárbara como Diego? Incómoda consigo misma y al mismo tiempo poseída por una extraña tristeza ante la situación, comenzó a volverse, pero la mirada hipnótica del hombre no le permitió alejarse y aun sin quererlo ella volvió a mirarlo.

Gabriel había identificado esos bellos y peculiares ojos de los Lancaster al mismo tiempo que las dos mujeres y en una actitud reflexiva estudió la figura menuda que los miraba desde cierta altura. Debía ser la hermana de Diego. Era imposible que otra española tuviese esos ojos azul zafiro. El ansia de venganza de pronto lo dominó. Ella debía pagar por lo que Gabriel estaba sufriendo ahora. ¡Ella debía yacer muerta bajo la enorme viga y no su querida Elizabeth!

Pero mientras una parte de su ser consideraba todos los modos muy satisfactorios que le permitirían vengarse, otra parte de su mente y su corazón tenía perfecta conciencia de la mágica belleza de esos delicados rasgos. En otro momento y otro lugar Gabriel podría haber prestado más atención a la belleza etérea de la joven, pero hoy no... porque Elizabeth yacía muerta bajo la cubierta *del Raven,* y su hermana estaba a un paso de la degradación y la vergüenza. El odio a todos los españoles casi lo sofocó y ese sentimiento se centuplicó cuando Diego volvió a la nave y se reunió con su hermana en la popa.

En un súbito acceso de afecto, Diego pasó el brazo sobre los hombros de María y la apretó con fuerza. Sus ojos centelleantes por la satisfacción de sí mismo, una sonrisa altiva de expectativa, miró a los Lancaster capturados que estaban en la cubierta inferior.

Era más de lo que Gabriel podía soportar. Mostrando los dientes en un gesto de rebeldía, se abalanzó, sin prestar atención a las cadenas o a los hombres que lo rodeaban. Dio dos pasos antes de que un poderoso golpe lo derribase. Habría luchado, obligándolos a matarlo; pero la voz de Caroline lo detuvo.

–¡Gabriel! –rogó–. ¡Basta! ¡Por favor! ¡No permitas que te maten!

La decisión salió de sus manos; fue rodeado instantáneamente por muchos españoles y empujado sin demora hacia la escotilla principal. Cuando apoyó el pie en el primer peldaño, se volvió para mirar a los dos que estaban en la toldilla. Un día, juró fieramente, un día te mataré, Diego Delgado, y tu hermana será mi cautiva. Y demostraré tanta compasión y bondad como tú demostraste a mi amada Elizabeth... tanta compasión como la que merecerá Caroline. Sufrirás por lo que hiciste hoy y la mujer que está junto a ti pagará el precio por todo lo que yo perdí. ¡Lo juro por todo lo que es más caro para mí!

5

El ingreso de los Lancaster en su vida cambió a María de un modo inexplicable. Se sentía profundamente culpable por lo que les había sucedido y por el destino de su nave y eso a su vez le provocaba confusión e incomodidad... ¿Acaso ella no era una auténtica hija de España? ¿Acaso los Delgado no vinieron luchando contra los Lancaster durante casi un siglo? ¿Ella no debía alegrarse de la suerte que habían corrido? Sentir de otro modo era vergonzosamente desleal para la memoria de su padre... ¿O ella olvidó que el progenitor de Gabriel Lancaster había sido la causa de la muerte del suyo propio?

No, ella no lo había olvidado y tampoco podía afirmarse que el dolor por la muerte de su padre se disipara; pero María no alcanzaba a comprender por qué la crueldad y la actitud ofensiva frente a los Lancaster restantes podía servir de algo. Trató de explicar este asunto a Diego y a Ramón, pero ninguno de los dos pareció especialmente conmovido o interesado por sus apasionados argumentos. La actitud de Diego no la sorprendió, pero sí le llamó la atención la indiferencia de Ramón y cuando finalmente llegaron a Santo Domingo, casi una semana después, María estaba profundamente irritada con ambos.

La llegada a Santo Domingo habría debido de ser una ocasión feliz para María –al fin retornaba al hogar– pero a causa de los Lancaster y la brutal captura del *Raven* lo cierto era que la experiencia de ningún modo pareció contentarla. Tenía excesiva conciencia de que Gabriel y Caroline sufrían encadenados en la bodega, preparándose para iniciar una vida de servidumbre, y eso la despojaba de todo lo que fuese verdadera alegría, a causa de su propia libertad. La obsesionaba, Caroline porque era joven y hermosa y María se imaginaba en la misma situación, y Gabriel... Gabriel porque ella sencillamente no podía apartar a ese joven de su mente. Cavilaba acerca de su destino durante el día y por la noche Gabriel dominaba sus sueños. De mala gana reconocía que él la fascinaba como no lo había conseguido jamás otro hombre.

Y aunque pasaban días, semanas y meses, advertía con intensa mortificación que ella se sentía tan fascinada como siempre. La excitación y el placer del retorno al hogar se veían amortiguados por la conciencia de que en algún rincón de las vastas posesiones de los Delgado había un esclavo inglés de ojos color esmeralda llamado Gabriel Lancaster; y que ella nada podía hacer para aliviar su sufrimiento, porque en muchos aspectos ella era tan esclava de Diego como él.

María trató de quebrar esa fascinación, esforzándose por despreocuparse del destino de Gabriel, y hasta cierto punto lo consiguió. La extasiaba encontrarse en su casa y durante esas primeras semanas vivió el cálido reencuentro con los sonrientes criados a quienes había conocido desde la infancia, a los paseos felices por la extensa hacienda donde había crecido, a las cabalgatas, montada en su yegua favorita, a través de las amplias sabanas que se extendían más allá de los campos de caña de azúcar verde, y a la renovación de sus lazos con los amigos y los vecinos. Durante ese período fue relativamente fáóil apartar de su mente al inglés y su hermana. Pero una vez que terminó el alegre período inicial del reencuentro, María cobró conciencia de que en su fuero interno existía un vacío profundo

y aunque no veía a Gabriel, la asediaba constantemente el recuerdo de su persona;

por su parte, Diego se complacía a menudo en narrarle las torturas que infligía al inglés.

Su hermana se habría sentido complacida y al mismo tiempo horrorizada de saber que ocupaba un espacio considerable en los pensamientos de Gabriel. Sólo que los suyos no eran pensamientos gratos, ni conformados por anhelos mal interpretados; su interés por María Delgado tenía un solo motivo determinante… la venganza.

A lo largo de los miserables días que Gabriel vivió encadenado en la bodega, una parte de su ser se condolía profundamente por la esposa y el hijo perdidos y por el destino incierto al que sin quererlo había condenado a su hermana, y otra parte de su ser comenzaba a planear fríamente la venganza. Que Diego moriría en sus manos era inevitable y el inglés dedicó poco tiempo a planear cómo liquidaría exactamente al español. Ah, pero la hermana de Diego era otra cuestión, y Gabriel juró que antes de ultimar a su enemigo, éste sabría lo que él estaba sufriendo ahora. La mujer Delgado sería obligada a ser su esclava, del mismo modo que Caroline era ahora la esclava de una familia española; y así como él sabía que su hermana sería mancillada por un español anónimo, proyectaba que la hermana de Diego conociera la misma suerte. Sólo que su corruptor no sería anónimo y el odiado español sabría exactamente de dónde procedía… Una sonrisa siniestra se dibujaba en la cara de Gabriel, arrojado en la oscuridad de la bodega. Oh, sí, un día la hija de los Delgado pagaría caro todas las maldades de su infame familia.

La separación de Caroline en Santo Domingo fue especialmente dolorosa para Gabriel y al ver que se la llevaba el alto español que la había reclamado, su sed de venganza se acentuó. Un día, pensó con ferocidad, un día pagarán por esto. Y mientras pasaban las semanas y los meses; mientras soportaba las burlas y el trato cruel de Diego; mientras trabajaba en los campos de caña de azúcar, la espalda desnuda flagelada por los látigos de Diego y el brutal capataz; mientras yacía de noche encadenado en una choza sucia, su deseo de venganza lo obsesionaba, hasta que al fin fue el único sentimiento que pudo experimentar. La suciedad, el cruel maltrato, los insultos, el calor, los insectos, ya nada lo afectaba; solamente ansiaba una cosa: ¡la venganza! Quizá si hubiese conocido la inquietud que su destino provocaba en María; de haber sabido que Caroline era bien tratada; que ella y María en efecto se encontraron y que un extraño vínculo comenzaba a desarrollarse entre las dos jóvenes, lo habría pensado mejor. Pero Gabriel conocía únicamente los campos de caña y la repulsiva choza donde dormía, inquieto, por la noche y no sabía nada fuera de los puntapiés y los latigazos que le prodigaban sus aprehensores españoles. Sólo la necesidad de venganza lo mantenía vivo.

Los primeros encuentros de María con Caroline no fueron especialmente notables o íntimos. A fines de enero de 1665 aquélla fue a visitar el hogar de los Chávez y vio a la joven inglesa por primera vez después de la captura del *Raven,* casi cuatro meses antes. La familia estaba sentada en la gran sala, iluminada por la luz tropical, cada vez más débil, que penetraba por las

puertas dobles abiertas de par en par, cuando María se percató de la joven alta y rubia que servía refrescos. Era Caroline, y ella vio aliviada que a pesar del aire de lejanía y el atisbo de tristeza en la curva de sus labios llenos, la joven inglesa tenía buen aspecto.

La visita de María duró sólo dos días y aunque varias veces vio de lejos a la otra joven, no sostuvieron ninguna conversación. Pero a mediados de febrero, cuando regresó para realizar una prolongada visita a su querida amiga Justina Chávez, se ofreció la oportunidad de un encuentro más propicio y de conocer mejor a la hermana de Gabriel. Acompañada por la charlatana Justina, que acudió a los cuartos que María solía ocupar cuando estaba de visita, la joven Delgado se sobresaltó porque Caroline apareció de pronto, entrando por las puertas que comunicaban las habitaciones de María con las de Justina. Esta vio el sobresalto de sorpresa y dijo como de pasada:

–No es más que Caroline... ahora es mi doncella y durante tu visita también será tu servidora.

Justina Chávez era exactamente un mes menor que María, y como ésta, tenía abundantes cabellos negros y era de reducida estatura. La semejanza entre las dos amigas terminaba allí. Justina era una criatura frivola y sumamente superficial.

La preferida de su familia, todos la mimaban y malcriaban horriblemente; pero por extraño que pareciera, tanta atención no había conseguido arruinar su carácter; se la veía siempre generosa y era fácil conmover su corazón. Su pesar más grande era que aún no había alcanzado la forma esbelta y grácil de su más querida amiga, es decir María.

Más avanzado el mismo día, la visita pudo hablar a solas con Caroline. Justina ya había ido a reunirse con la familia en la sala, antes de la cena; pero su amiga se demoró intencionadamente en su propio tocado, esperando la oportunidad de conversar con Caroline. No tenía idea de lo que diría a la joven inglesa; sólo sabía que sentía la necesidad apremiante de expresar su inquietud ante el destino que había recaído sobre los Lancaster.

Su táctica fue eficaz. Hacía apenas cinco minutos que Justina había salido de la habitación, cuando entró Caroline. Traía algunas almohadas en los brazos, pero se detuvo instantáneamente cuando su mirada encontró la de María.

Una quietud extraña y reflexiva se manifestó cuando las dos jóvenes se miraron, Caroline pareció sorprendida, pues en realidad veía por primera vez a María.

–Los ojos Lancaster –dijo con voz pausada, casi para sí misma.

María asintió. En sencillo español dijo:

–Vos y yo tenemos los mismos antepasados... no es bueno que seamos enemigas.

Con una expresión amarga en los labios, en un español lento, Caroline replicó secamente:

–¿Acaso podemos ser otra cosa? Ved lo que vuestro hermano me hizo y lo que provocó a mi familia... ¡Podemos ser sólo enemigas! –Con los ojos azul

zafiro de pronto colmados de lágrimas, la voz ronca, Caroline preguntó:– ¿Mi hermano? ¿Todavía vive?

María se apartó del banco de terciopelo que ocupaba y avanzando hacia Caroline, aferró la mano de la joven.

–¡Escuchadme! –imploró en voz baja–. Seré vuestra amiga, si lo permitís. –Con una expresión grave en la cara, agregó:– Sí, vuestro hermano aún vive... pero no lo he visto desde que llegamos a la Casa de la Paloma, que es mi hogar. Sé que mi hermano Diego lo envió a trabajar en los cañaverales, pero fuera de eso no conozco nada.

El español de Caroline no era rico, pero durante los cinco meses transcurridos desde su captura, como era el único idioma que podía hablar, lo aprendió de prisa y pudo seguir con facilidad las palabras de María. Expresarse con fluidez en ese idioma era otra cuestión, y ahora buscó con dificultad los términos apropiados. Finalmente, consiguió decir:

–Si habláis en serio, ¿podríais decir a mi hermano dónde estoy? ¿Y que estoy... –vaciló y agregó con desaliento– que estoy bien?

–¡Oh, sí! ¡Lo haré! –prometió entusiastamente María, muy complacida porque la joven inglesa estaba dispuesta a recorrer la mitad del camino. Era el comienzo de una extraña amistad.

Pero aunque le prometió hablar con Gabriel tan pronto ella regresara a la Casa de la Paloma, como lo comprobó, la tarea era mucho más difícil que lo que ella misma había imaginado. Vio decepcionada que sus cautelosas preguntas acerca del esclavo inglés Lancaster provocaban indiferentes encogimientos de hombros de los criados a quienes interrogaba. Temerosa de preguntar directamente a Diego en qué lugar de la dilatada propiedad estaba Gabriel, María comenzó a dar largos paseos a caballo y sus ojos siempre trataban de hallar la figura de un esclavo alto y de anchos hombros.

Finalmente, después de varios días de intentos frustrados, una noche de fines de marzo, mientras ella y Diego estaban sentados frente a la larga mesa de avellano, en el comedor, María preguntó con engañosa indiferencia:

–Desde que volví del hogar de Justina, no te oí hablar del esclavo inglés... ¿te has fatigado de tratarlo tan impiadosamente?

Diego sonrió con malignidad, muy consciente de que su hermana desaprobaba con energía el trato dispensado a Lancaster. Como al descuido, replicó:

–No, pero la semana pasada tuvo la temeridad de protagonizar un intento de agresión a mi persona... ordené que le aplicasen un castigo severo y lo pusieran un tiempo en el pozo. ¡Eso quebrará su condenado orgullo inglés!

María concibió la esperanza de que el estremecimiento de horror que recorrió su cuerpo no fuese advertido por Diego. Conocía la existencia del pozo, pero no era algo a lo que hubiese prestado verdadera atención... hasta ahora.

Situado cerca de un bosquecillo de bananos y palmeras, exactamente detrás de las barracas de los esclavos, el pozo era una pequeña excavación en el suelo, con las paredes revestidas de metal. No tenía espacio suficiente ni siquiera para permitir que un hombre se volviese, y el agujero no era tan

profundo como para que el pobre infeliz metido allí lograra hacer otra cosa que agazaparse a medias. Una gruesa capa de pesado acero sellaba por completo el orificio, de modo que el ocupante permanecía sumido en absoluta oscuridad; y María sabía que cuando la luz del sol tropical bañaba el metal, durante las horas del día, el calor debía de ser insoportable. Era una invención de Diego, en tiempos del padre de María eso no existió, pues Don Pedro había sido un amo bondadoso.

Tratando de disimular su repulsión ante la idea de que alguien pudiera estar allí, María preguntó, con la mayor indiferencia posible:

–¿Sí? ¿Y cuándo te propones retirarlo de allí?

–Quizá mañana... después de todo, no deseo matarlo. –Sus labios se curvaron en una mueca decididamente cruel.– Es demasiado agradable tenerlo vivo, siempre al alcance de mis órdenes. Y debo confesar que también me complace mucho saber que puedo provocarle intenso sufrimiento. –Sus dedos acariciaron inconscientes la cicatriz que adoptaba la ceja oscura.– Demasiado placer para permitirle que muera –casi ronroneó. Dirigiendo una mirada calculadora a María, murmuró:– ¿Deseas estar allí cuando lo libere? Tal vez te parezca interesante.

Estuvo a un paso de arrojar la invitación a la cara bien formada de su hermano, pero como deseaba asegurarse de la condición de Gabriel, tanto en beneficio de su propia paz mental como de la de Caroline, murmuró:

–Sí. Dime cuándo y allí estaré.

Por la mañana, mientras estaba de pie junto a Diego y el capataz general, un hombre llamado Juan Pérez, mirando a los dos corpulentos criados que trataban de mover la pesada tapa, María se preguntó si su propia actitud era sensata. ¿Podría ocultar a los ojos de Diego todo el horror y la compasión que sin duda sentiría? Con una punzada de dolor en el pecho, clavó los ojos en la abertura del pozo. ¿Cuan horriblemente sufrió el esclavo a causa de este cruel confinamiento?

La apariencia de Gabriel cuando emergió lenta y dolorosa–mente de su tremenda posición, era tan desastrosa como María había temido y su figura se parecía poco a la del hombre que ella había visto por primera vez a bordo del *Santo Cristo, o* al que la perseguía en sueños. Estaba todo desaseado, las bragas rotas y sucias colgaban flojamente de su cintura; alrededor del cuello tenía una gruesa cadena de hierro; los cabellos negros estaban apelmazados y descendían más allá de los hombros; una barba espesa e igualmente negra le cubría los rasgos cincelados; el cuerpo magnífico había adelgazado y estaba cubierto de marcas. Lo vio salir del pozo con movimientos vacilantes, y tuvo que esforzarse para evitar un grito y recibirlo en sus brazos. Había escaso orgullo en la apostura de este hombre que estaba allí, balanceándose y parpadeando para protegerse de la luz intensa del sol. Pero cuando sus ojos finalmente se adaptaron a la claridad y Gabriel vio a Diego y María que estaban allí, de pie, en esos ojos verde esmeralda se manifestó un destello tan incandescente de odio que María retrocedió un paso involuntariamente.

Diego se echó a reír al ver la actitud de su hermana, y dijo:

–María, ¡no seas cobarde! ¿Crees realmente que esta lamentable criatura puede dañarte?

Arrogante, cruzó el claro y de pie frente a Gabriel, lo empujó con un dedo. Débil e inseguro como estaba, Gabriel cayó torpemente al suelo, provocando las risas burlonas de Juan Pérez y sus hombres. Avergonzada y abrumada ante tanta crueldad, María se volvió, incapaz de continuar contemplando esa desagradable escena. El episodio era aun más irritante porque ella sabía instintivamente que cualquier reacción de su parte sólo conseguiría empeorar la suerte del inglés. Sólo cuando ella y Diego volvían caminando a la hacienda, ella pudo formular la pregunta que la obsesionaba. Mirando fijamente al suelo preguntó con voz sorda:

–¿Y ahora, qué harás con él? Diego se encogió de hombros.

–Durante unos días, probablemente nada... tendrá que recuperarse un poco antes de que pueda devolverlo a los cañaverales.

Con, acento de amargura en la voz, ella replicó sarcásticamente:

–¿Eso no significa mostrarse demasiado bueno con él?

–Caramba, no –respondió sin vacilar Diego–. Recuerda que no deseo que muera... demasiado pronto.

Felizmente, antes de que María perdiese los estribos y explicase exactamente a Diego lo que opinaba de su inicua actitud, llegaron a la hacienda. Durante los días que siguieron ella lo esquivó siempre que pudo y se sintió desvergonzadamente complacida cuando él le informó que partiría hacia el fin de la semana, para pasar un período prolongado en Santo Domingo. Toda la gente de la hacienda y la plantación pareció emitir un suspiro colectivo de alivio la tarde que Diego y un contingente de sus hombres emprendieron la marcha. Y durante el período que siguió hubo una atmósfera más feliz en la Casa de la Paloma y sus alrededores; a menudo se oían risas y se veían caras sonrientes en los criados, mientras cumplían sus tareas.

María tenía perfecta conciencia del cambio de atmósfera, y también sabía que su propio ánimo había mejorado después de la partida de su hermano. Este comprometió los servicios de un vecino y su amable esposa que vivían cerca, para que se alojasen en la Casa de la Paloma con María, mientras durara la ausencia del amo. Atendida por una benévola pareja de guardianes que la conocían desde la infancia, ella era la persona que de hecho controlaba la hacienda y la dirigía con un criterio mucho más benigno y compasivo que todo lo que se había visto desde la muerte de Don Pedro y su esposa. Pero más allá de la hacienda ella carecía de autoridad, pues Juan Pérez tenía órdenes directas de Diego acerca del trabajo en la propia plantación; y eso incluía todo, excepto los criados de la casa. María contempló seriamente la posibilidad de reclamar que el inglés fuese enviado a la hacienda, para encargarse del trabajo mucho más liviano en los hermosos jardines que rodeaban el edificio de piedra caliza; pero, incluso lamentándolo, desechó la idea. No dudaba en lo más mínimo de que cuando Diego regresara, ese gesto tendría consecuencias especialmente desagradables para ella y el inglés.

Fiel a su palabra, María en efecto transmitió a Gabriel el mensaje de Caroline, pero su reacción ante ese gesto de bondad no fue la que María había esperado. Como no deseaba que su interés por Gabriel tuviese

consecuencias para él, la joven esperó varios días antes de buscarlo en los campos. Un encuentro con él era muy difícil y parecía peligroso; siempre que ella cabalgaba cerca de los cañaverales el ubicuo Juan Pérez, con sus ojos de comadreja, aparecía de pronto e insistía en acompañarla con su voz untuosa. Ella sabía que si intentaba conversar con Lancaster, el hecho sería informado a Diego apenas regresara y no quería ni pensar en la reacción de su hermano... más por lo que podía hacerle a Gabriel que por ella misma.

Sucedió finalmente un día: mientras ella y Juan atravesaban a caballo los cañaverales, María con el propósito ostensible de comprobar que el trabajo se desarrollaba de acuerdo con las órdenes de su hermano, Juan fue llamado aparte por uno de los capataces, que deseaba realizar una breve consulta. Al ver a Gabriel que estaba más adelante, trabajando bajo el sol cerca del camino que ellos recorrían, avanzó al paso corto de su caballo. Al llegar adonde estaba el inglés, detuvo la marcha, y después de dirigir una mirada cautelosa hacia atrás, hacia el lugar donde Juan aún estaba conversando con el capataz, ella se inclinó hacia adelante, al parecer para inspeccionar el estribo. En cambio, murmuró:

–¡Inglés! ¡Tengo noticias de tu hermana para ti! Gabriel estaba a un metro de distancia de María y oyó muy claramente las palabras de la joven. Se le endureció el cuerpo, y el movimiento de la hoz que sostenía vaciló apenas un instante. Después, asestando un golpe colérico a los arbustos tropicales que insistían en crecer entre los altos tallos de caña verde, preguntó fríamente por el costado de la boca:

–Y bien, ¿por qué me decís esto? ¿Diego obtuvo vuestra ayuda para probar un tipo distinto de tortura?

Irritada porque el dudaba de su sinceridad, María envió una mirada inquieta hacia el lugar donde estaba Juan y murmuró:

–¡Es verdad! Está en la plantación Chávez, a unas veinte leguas de aquí. Y está bien. Hablé con ella y me pidió que te dijera eso.

La hoz no omitió un solo movimiento, mientras Gabriel miraba reflexivamente a María. Se la veía muy bonita, montada en su pequeña yegua negra, el sombrero de ala ancha protegiendo su piel delicada del sol ardiente. Pero había pasado el tiempo en que un rostro y un cuerpo hermosos influían sobre la actitud de Gabriel y replicó con insolencia:

–Muy bien, habéis cumplido vuestro acto caritativo; ¡ahora podéis dejarme en paz! –Sus ojos verdes relampagueando en la cara tostada por el sol, el joven le espetó:– ¡Los Lancaster no necesitan de vuestra compasión!

Lo que María podía haber dicho se frustró, porque en ese momento Juan se acercó en su caballo y le preguntó:

–Señorita, ¿este pedazo de resaca la molesta? María se apresuró a responder:

–¡Oh, no! ¡Me detuve sólo para ajustar el estribo! Y ahora, ¿continuamos?

Fue el final del incidente, pero a María no le agradó la mirada que Juan dirigió a Gabriel y tampoco pudo olvidar la expresión de éste. Había tanto odio en esos ojos, que ella se preguntó por qué, pese a todo, el inglés continuaba ejerciendo sobre ella esa extraña fascinación. La odiaba y odiaba

a su familia y en el fondo de su corazón María sabía que ella estaba mostrándose increíblemente tonta. Y ni siquiera estaba segura del motivo que originaba esa intensa fascinación y de nada le servía decirse ella misma que su interés arraigaba en el sentimiento de culpa y en la compasión.

María realizó unas dos excursiones más a los cañaverales, deseosa de disipar las sospechas que Juan podía haber concebido, pero después del primer episodio evitó acercarse a Gabriel Lan–caster; el efecto que ese hombre provocaba en su sensibilidad era demasiado confuso y doloroso. Pero si evitaba los cañaverales, aún daba frecuentes paseos montada en su pequeña y briosa yegua. Se levantaba al alba, cuando se dibujaban en el horizonte las líneas rosadas y áureas, corría a los establos y, a veces usando silla y otras no, espoleaba a la briosa yegua, Diableja, obligándola a iniciar un galope veloz. Lejos de la hacienda, se lanzaba a la carrera, tomando el camino que pasaba cerca de las casuchas de los esclavos, para llegar a un pequeño claro en el centro de un bosquecillo de canela, palo de áloe, sasafrás y manzanilla. Un enorme árbol de caoba se elevaba sobre los restantes, que avanzaban hacia la entrada del bosque y en el calor del día daban sombra a un estanque de bordes irregulares y aguas claras y frescas. María venía aquí con frecuencia; los criados sabían perfectamente que si no era posible encontrar en otro lugar a la pequeña señorita, alguien debía ir a buscarla a ese refugio tropical. Ciertamente, Gabriel pronto se enteró del detalle y ese conocimiento fue el comienzo de un plan de venganza apenas esbozado.

Comenzó a vigilarla durante esas cabalgatas matutinas y aunque no sabía cuándo aprovecharía la rutina que la joven practicaba, en el fondo de sí mismo presentía que llegaría el momento. Lo único que tenía que hacer era esperar pacientemente. El escaparía... y no se privaría del placer de la venganza.

Gabriel nunca supo exactamente cuándo o por qué María se convirtió en el objetivo de su necesidad de vengarse de los Delgado. Sólo sabía que desde la primera vez que la vio y a pesar de la cólera y el dolor, la joven había provocado una impresión duradera en sus sentidos. Y después que ella le habló en los cañaverales, pareció que había comenzado a abrirse paso en sus sueños, violentos e inquietos, con una frecuencia excesiva para su propio gusto. Sí, eran sueños sombríos de muerte y venganza, pero siempre que los rasgos delicados de María aparecían en el marco de esa inquietud nocturna, un cambio sutil desviaba el sesgo de su imaginación. No era algo que él pudiese explicar; sencillamente sucedía, y lo molestaba.

El primer día de junio llegó una nota de Diego informando a María que él regresaría con invitados a mediados del mes. En la nota impartía órdenes explícitas acerca de la casa, que debía ser cuidadosamente preparada para esos huéspedes;

después de leer la carta, María frunció el entrecejo. ¿Por qué Diego no había mencionado la identidad de los visitantes? Encogió desdeñosa los delgados hombros y volviéndose convocó a todos los criados de la casa, explicando la situación. A partir de ese momento, la Casa de la Paloma fue una colmena de actividad: se ventilaron las habitaciones y extendieron sábanas limpias en las camas, se lustró la platería y la cristalería, se

procedió a podar y recortar los jardines... y de la cocina que estaba detrás de la hacienda brotaban olores sabrosos y picantes, porque se preparaban deliciosos platos en espera de la llegada de Diego con sus importantes invitados. No era tanto un trabajo dictado por el afecto, sino más bien el conocimiento cierto de que si todo no estaba exactamente como él lo deseaba, alguien pagaría por ello.

María advirtió sorprendida que en realidad ella misma miraba con buenos ojos la perspectiva de agasajar a los visitantes. Puso especial cuidado en las ropas que usaría cuando llegase la gente y mientras recorría la gran sala esa misma tarde, tuvo conciencia de una agradable excitación en ella misma.

Ataviada con un corpiño escarlata cuyas mangas estaban recamadas de oro, el fino encaje de la camisa desbordando el escote acentuado del corpiño, muy ajustado, y una falda de seda amarilla grácilmente plisada sobre enaguas escarlata y oro, María se parecía mucho a una flor exótica. Tenía los cabellos negros recogidos sobre la cabeza, asegurados por un peine de oro y unos pocos mechones de cabellos descendían sobre las mejillas y las orejas. Usaba pocas joyas: una larga hilera de perlas cruzaba su pequeño busto y un broche de oro que había pertenecido a su madre estaba fijado a la angosta cintura. Parecía una auténtica hija de España y sólo los ojos azul zafiro sugerían que otra sangre se mezclaba en sus venas.

Impaciente, se paseó por la elegante habitación, y de pronto, al oír el ruido de numerosos caballos, con una sonrisa de bienvenida en la tierna boca, salió corriendo de la sala para llegar al largo pórtico que se extendía por toda la longitud del frente de la hacienda. El patio principal parecía colmado de caballos y jinetes, pero al ver el cuerpo alto de su hermano que, elegante desmontaba, se acercó a él.

–Buenos días, Diego. Bienvenido a casa –se limitó a decir María.

El la miró y por el rictus de su boca y el centelleo hostil de sus negros ojos, María comprendió que estaba muy irritado, en realidad furioso.

–¿Qué sucede? –preguntó ella instantáneamente–, ¿Algo está mal?

Sonriendo con aspereza, él contestó:

–No, ¿por qué piensas eso? Ven, te presentaré a nuestros invitados. O más bien te presentaré por segunda vez. –La tomó de la mano, y volviéndose dijo como al descuido:– Recuerdas a Don Clemente, ¿verdad? Pero no creo que hayas conocido a Doña Luisa mientras estuviste en España, el año pasado. Te la presentaré.

Los ojos de María se agrandaron a causa de la impresión al ver al hombre menudo que estaba pocos pasos detrás de su hermano. Oh, recordaba muy bien a Don Clemente... ¡demasiado bien! Y al mirar esa cara morena y altanera, y el modo en que los ojitos negros la desnudaban y la curva lasciva de los labios finos, la mano de María le escoció de deseos de aplicársela sobre la mejilla. Con voz helada replicó:

–Por supuesto, recuerdo a Don Clemente... me pareció que llevaba con mucha elegancia el recipiente de miel.

Era una declaración que intentaba ser provocadora, pero a María no le importó; estaba profundamente encolerizada. Al parecer, Diego continuaba

conspirando, aún intentaba obligarla al casamiento con Don Clemente. ¿No era esa la razón por la cual no había mencionado el nombre de los visitantes?

Estaba tan furiosa que ni siquiera cuando a modo de advertencia Diego le apretó los dedos ella pudo controlar su desborde;

pero antes de que María alcanzara a decir más, Diego la interrumpió amablemente:

–Como veis. Don Clemente, mi hermana todavía no aprendió modales. – Y agregó, cortés:– Debo disculparme por su crianza provinciana, iy vos podéis complaceros en la certidumbre de que vuestra nueva esposa jamás os provocará ni la mitad de las situaciones embarazosas que mi hermana me acarrea tan a menudo!

Diego le dirigió una mirada letal, pero María se limitó a sonreírle confundida, porque recién ahora comenzaba a entender el sentido de las palabras. ¡Don Clemente estaba casado! Y si estaba casado...

Apenas pudo contener la risa que pugnaba por estallar. No tuvo mayor dificultad para adivinar cuáles fueron los planes de Diego, ¡y cómo debió impresionarse cuando Don Clemente llegó a Santo Domingo con su esposa! ¡A pesar de sus astutas manipulaciones, esta vez Diego había sido el engañado!

Con un gesto bastante amable, María se volvió hacia la joven, a quien un criado ayudaba a desmontar. Se acercó a ella y dijo con expresión sincera:

–Buenos días, soy María, la hermana de Diego. Bienvenida a nuestro hogar. Espero que vuestra estancia con nosotros sea muy placentera, mi casa es vuestra casa.

El saludo de la joven fue acogido con una mirada altanera, pues Doña Luisa era en todo tan desagradable como su marido. Tenía a lo sumo unos pocos años más que María, pero era evidente que poseía una elevada opinión de sí misma y que no disponía de tiempo para perderlo en el trato con provincianos. Con una nota de hastío en la voz. Doña Luisa preguntó:

–¿Mis cuartos están preparados? El calor de esta maldita isla me ha provocado jaqueca... sin hablar de la cabalgata por estos caminos tan accidentados y vergonzosos. ¡Mi padre –terminó pomposamente–, el duque de Zaragoza, jamás habría permitido que sus caminos se deteriorasen tanto!

Doña Luisa no era una mujer agradable ni por la personalidad ni por la apariencia –ojos de un color pardo indefinido, piel enfermiza, los labios apretados, la figura regordeta y el orgullo desmesurado eran sus atributos principales– y hubiera sido imposible ofrecer un contraste más notable con la belleza fresca y vibrante de María. Que la propia Doña Luisa tenía cabal conciencia de ello era evidente por la mirada hostil que dirigió a María. Mientras seguía a las tres personas, pocos minutos después, María pensó resignada que sería una visita muy prolongada y desagradable.

6

En realidad, la visita pasó con bastante rapidez y para asombro de María, sin tropiezos. Correspondió a Diego el mérito principal de este resultado: su actitud hacia los altivos visitantes fue casi servil y eso pareció complacerlos. María evitó acercarse a cualquiera de los de La Silva y pasó mucho tiempo en su rincón favorito de la selva. Podía esquivar fácilmente a Doña Luisa, pero los intentos de acorralarla de Don Clemente, sus permanentes contactos subrepticios y la expresión de sus ojos siempre que los fijaba en María, determinaron que ella se sintiera realmente incómoda en su compañía.

Pero finalmente la visita llegó a su conclusión, y el diez de agosto Diego ofreció una gran fiesta de despedida. Por la mañana partían para Santo Domingo, donde se proponían permanecer varias semanas más antes de viajar a España, en el otoño.

Como sabía que era la última noche que ella tendría que soportarlos, María se mostró muy cortés con los de La Silva, pero por otra parte tenía cosas más importantes en las cuales pensar. Profundamente ofendida, descubrió que Diego había ordenado que el inglés fuese encadenado al fondo del patio trasero, para mostrarlo a sus invitados. María no se había enterado del hecho hasta después de la llegada de los huéspedes, y con ojos llameantes de furia insistió ahora en cambiar unas palabras con su hermano. A solas en la salita, la joven preguntó ásperamente:

–¿Cuál es el propósito de humillar de ese modo al inglés?

Diego se limitó a sonreír despreocupadamente.

–No es más que un trofeo de guerra... ¿Por qué no puedo mostrarlo?

–¡Creo que es repugnante! –replicó furiosa su hermana, olvidando por una vez la necesidad de frenar su lengua en relación con el tema del inglés–. ¡Y tú eres repugnante al tratarlo así! ¡Es una actitud cruel y bárbara!

Diego entrecerró los ojos y preguntó muy suavemente:

–¿A qué responde esta súbita inquietud por Lancaster? ¿O no es tan súbita?

Advirtiendo al instante que su explosión tenía más probabilidades de perjudicar al inglés que de ayudarlo, María se impuso decir con más serenidad:

–No hay simpatía... es sólo que... creo que podías haber elegido una ocasión más apropiada para ... ¡exhibir tu trofeo de guerra!

–Pero por otra par{e, lo que tú piensas realmente no importa, ¿no te parece, hermanita? ¡No olvides nunca que yo soy el amo aquí! –replicó fríamente Diego–. He decidido que lo quiero allí, y allí se quedará... ¿entendido?

En ocasiones como esta ella casi odiaba a su hermano; respiró hondo, esforzándose con toda su voluntad por mantener el control de sus nervios.

–¡Sí! –escupió en un tono seco y girando sobre sus talones, en un revuelo de enaguas y faldas de seda, huyó de la sala.

Después de eso, la velada perdió todo el placer que podía haberle deparado. No importaba lo que hiciera o dónde se encontrase, cuando se movía entre los invitados vestidos elegantemente, sus pensamientos iban

hacia el inglés, alto y de ojos verdes, encadenado como un perro al fondo del patio. Oía los comentarios burlones acerca de su persona, las felicitaciones chistosas prodigadas a Diego, y su corazón sangraba por la humillación del esclavo. Sólo mucho después, durante la misma velada, cuando alguno de los huéspedes ya se había retirado, María se decidió a acercarse a ese lugar. Advirtió aliviada que ya no se lo exhibía tan cruelmente y con un hondo suspiro se dejó caer sobre un banco de piedra y la falda color zafiro y las enaguas de tono crema se desparramaron alrededor suyo.

María estaba sentada hacía apenas un segundo cuando comprobó con desagrado que se acercaba Don Clemente. Se puso de pie, tratando desesperadamente de pensar un modo cortés de evitar un encuentro a solas con él. Pero no se le ocurrió nada y obligándose a sonreírle cortésmente, preguntó con voz amable:

–Señor, ¿habéis venido a gozar del aire de la noche? Don Clemente tenía el cuerpo delgado y una cara de rasgos casi delicados, lo cual lo enorgullecía mucho. Sus ojos grandes, oscuros y luminosos, se abrían a los costados de la nariz bien formada; sus labios estaban finamente cincelados y tenía los cabellos negros y lustrosos bien perfumados y rizados, descendiendo sobre los hombros estrechos en una sucesión de hondas regulares. Era el único heredero de un padre acaudalado y poderoso, cuyo título sería suyo en el futuro, de modo que a los veintisiete años se habían negado pocas cosas a Don Clemente. La joven que estaba de pie frente a él representaba el único golpe grave asestado a la elevada opinión de sí mismo que él sufriera jamás. Pero su orgullo era tanto que Don Clemente estaba convencido por completo de que, si bien tardíamente, ella había comprendido su grave error al desairarlo y que ahora estaba preparada para tratarlo como correspondía que lo fuese un hombre de su apostura y su fortuna.

Con una sonrisa en sus rasgos faunescos, respondió, insinuante, a la pregunta cortés de María.

–No era mi propósito gozar del aire de la noche... –Ante el profundo asombro de María, levantó la mano inerte de la joven y depositó sobre ella un beso ardiente.– Sois muy hermosa... es lamentable que yo no comprendiese cuan hermosa, mientras estabais en España. Porque en ese caso os habría perdonado y ahora no estaría casado con una arpía como Luisa. Por supuesto –continuó pomposamente– concerté este matrimonio por conveniencia, y eso no significa que vos y yo... –Su voz dejó inconclusa la frase, y los ardientes ojos negros recorrieron sensualmente la figura de María. Su mirada siguió la suave curva del cuerpo femenino sobre el escotado corpiño de satén azul, y murmuró:– Si sois muy buena conmigo, estoy seguro de que podré concertar con vuestro hermano ciertos arreglos que serán ventajosos para todos.

María abrió muy grandes los ojos.

–¿Sí? –preguntó con expresión inocente–. ¿Y creéis que Doña Luisa también juzgará ventajoso el arreglo?

La sonrisa se borró instantáneamente de la cara de Don Clemente, que dijo con voz fría:

–¡Sois insensata al jugar así conmigo! ¡Olvidáis quién soy, mi riqueza y mi poder! Yo soy... muchas mujeres se sentirían honradas de estar bajo mi protección.

Retirando suavemente la mano del apretón ahora más laxo de Don Clemente, María dijo con dulzura:

–En ese caso sugiero que, como hay tantas, vayáis a buscar a una de ellas.

Después de dirigirle una mirada furiosa, él se apartó con un gesto que ya no exhibía su elegancia acostumbrada. Temblándole las manos, María volvió a sentarse en el banco de piedra. ¡Cielos! Gracias a Dios él no había hecho más que besarle la mano. Sin advertirlo, comenzó a frotársela contra las faldas de seda, como si intentara eliminar todo rastro del contacto. Al oír un leve movimiento a la izquierda, miró en esa dirección y se le oprimió el corazón cuando reconoció al inglés que salía detrás de un espeso matorral.

Tenía alrededor del cuello un collar de acero lustrado, de este partía una cadena que se unía a las esposas de las manos y de allí pasaba a una barra de hierro enterrada firmemente en el suelo. Aunque la longitud de la cadena le otorgaba escasa libertad, en todo caso le permitía permanecer de pie y enderezarse; y a pesar de los signos visibles de la esclavitud que mostraba en su figura y de su cuerpo casi desnudo, vestido únicamente con un par limpio de abolsados calzones blancos que terminaban en la rodilla, de todo él se desprendía un aire de orgullo indomable.

Se miraron a través de la corta distancia que los separaba y los ojos verdes cargados de desprecio encontraron los ojos azules, sobresaltados. Era evidente que para esta ocasión Diego había dispuesto que bañaran y afeitaran al inglés; los espesos cabellos negros que poblaban su cabeza estaban bien cortados. Asombrada, la mirada de María recorrió sus rasgos demacrados. A pesar de casi diez meses de cruel cautividad, aún era un hombre extrañamente apuesto, pese a que la forma y los huesos de la cara ahora estaban definidos más dolorosamente. El corazón de María comenzó a latir con fuerza y dolor, abandonó su asiento y caminó con lentitud hacia él.

Mirando ese rostro de expresión sombría, le dijo en voz baja:

–No sabía que aún estabais aquí. Creí que Diego había ordenado tu regreso a las barracas de los esclavos.

–Y yo creí que la única razón por la cual vos no mostrabais una actitud más... asequible a ese cerdo enamorado era que sabíais que yo estaba aquí –replicó groseramente Gabriel.

A María se le ensombreció la mirada.

–¡Esa es una observación muy brutal! Gabriel emitió una risa desprovista de alegría.

–¿Debo cuidar lo que os digo? –preguntó duramente–. Decidme, ¿qué podríais hacerme que fuera peor o más doloroso que lo que ya he padecido a manos de los Delgado?

Comprendiendo que era un diálogo completamente inútil, María le dirigió una mirada en la que se mezclaban el resentimiento y la compasión; enseguida, con los angostos hombros rígidos de orgullo, se alejó de él, mientras Gabriel la observaba con algo que podía haber sido pesar. Gabriel

sonrió con amargura para sí mismo. Y bien, ¿por qué debía sentir pesar? ¡Ella era una perra española y una Delgado! Pero aunque la apartó tan despectivamente de su mente, no pudo borrar la imagen de la joven tal como la vio frente a él en esa oportunidad.

Noche tras noche, mientras se revolvía en su jergón húmedo de transpiración, durante las largas y calurosas horas de oscuridad, ella se le aparecía, la expresión de sus ojos azul zafiro provocaban una extraña opresión en su pecho, y su boca bien formada provocaba en él sentimientos que había creído desaparecidos para siempre. Y al alba, cuando oía el ruido de los cascos del caballo de María, en el momento en que ella pasaba cerca, su corazón aceleraba sus latidos extrañamente.

Los de La Silva partieron de acuerdo con el plan trazado y, Diego los acompañó de regreso a la ciudad de Santo Domingo. Ahora que el amo se había ausentado de nuevo de la hacienda, se restableció una agradable atmósfera de tranquilidad, pero no sucedió lo mismo en los cañaverales; cuando agosto se convirtió en setiembre, se activó el trabajo entre los surcos de cañas que estaban madurando. Aumentaron la actividad y la brutalidad, pues Juan Pérez y sus hombres usaban sus largos y oscuros látigos con salvaje frecuencia, exigiendo más y más trabajo a los hombres agotados por el calor, la falta de alimentos y las fiebres tan constantes en los trópicos.

Una mañana, acostado sobre el sucio jergón de paja; en la bruma gris púrpura anterior al alba, escuchando el ruido de los cascos del caballo de María que se alejaban y oyendo los gruñidos y los gemidos de los restantes hombres que compartían la choza y que recibían los puntapiés con que Pérez los despertaba, Gabriel comprendió que había llegado al final de su resistencia. No podría soportar un día más ese brutal maltrato; que viviera o muriese, debía reaccionar ahora o su orgullo se quebraría definitivamente. No tenía plan; había agotado todas sus energías en el mero intento de conservar la vida y en el esfuerzo para no rendirse ante Diego y sus esbirros. Con plan o sin él, sabía que no podía aguantar más. En su cerebro sólo una palabra se repetía hasta el cansancio... ahora, ahora, ¡ahora! ¡No soportaré un día más esta degradación! ¡Antes prefiero morir!

Cuando Pérez por fin se acercó, Gabriel, como un tigre agazapado asestó el golpe, incorporándose en un solo movimiento rápido como el rayo. Antes de que Pérez tuviese tiempo de comprender lo que estaba sucediendo, Gabriel le arrancó el látigo de la mano y descargó el mango contra su sien con un fuerte golpe. Pérez gimió por lo bajo y cayó al piso de tierra. Inclinándose sobre él, indiferente a los restantes infelices que miraban atónitos lo que él hacía, Gabriel encontró enseguida la llave del anillo, que colgaba del cinturón de cuero de Pérez y abrió las esposas que se cerraban alrededor de sus pies y sus muñecas. Aferró la ancha hoja de acero que yacía cerca del caído y salió corriendo de la choza.

Aún no se movía nadie en las chozas de los esclavos; no se daría la alarma hasta que descubriesen a Pérez y Gabriel no temía que los restantes esclavos lo traicionasen; estaba armado y era grato sentir la espada en la mano, pero sabía que su situación era sombría. La costa estaba a muchos kilómetros de distancia, debía atravesar un territorio desconocido, carecía de dinero, y con el collar de acero todavía alrededor del cuello, su condición de

esclavo era evidente. Su única posibilidad, frágil por cierto, era encontrar una banda errante de bucaneros, que como era sabido todavía a veces desembarcaban para cazar el abundante ganado salvaje y los cerdos que habitaban en los valles interiores de la costa septentrional. Pero en el fondo del corazón sabía que esa oportunidad no existía; más tarde o más temprano se descubriría la ausencia de Pérez y entonces darían la alarma.

Pensó un momento en Caroline y se preguntó si se atrevería a buscarla y llevarla consigo en su peligroso viaje. Gabriel había afrontado la casi imposibilidad de su propia fuga y comprendió deprimido que incluso si descubría dónde estaba la plantación de la familia Chávez, encontrar a su hermana en un lugar desconocido, averiguar exactamente dónde la guardaban –si aún estaba allí–era una tarea desesperada. ¿Y podía condenarla al destino incierto que a él mismo lo amenazaba? ¿Se atrevería a adoptar una actitud que quizás agravaría la situación de la joven? A causa de su propia decisión, de su negativa a abandonarla, ¿no la llevaría a sufrir mayores danos y quizás a afrontar la muerte?

El sentido común le dijo que debía huir con la mayor rapidez posible y que sólo saliendo de La Española podía abrigar la esperanza de liberar a Caroline. Pero el corazón se le oprimía ante la sola idea de abandonarla sin una palabra, sin hacer un solo intento de hallarla. Sabía que en definitiva era lo que tenía que hacer... sólo si él mismo se liberaba tendría la posibilidad de arrancarla un día de las manos de esos odiados españoles.

Sonrió sombríamente. A pesar de todo su esfuerzo, lo único que había obtenido eran unas pocas y preciosas horas de libertad; los peligros eran demasiado abrumadores y era poco probable que pudiese completar su fuga; consciente de que su muerte era casi segura, adoptó la decisión instantánea de ejecutar, antes de que lo mataran, por lo menos un acto de venganza contra los Delgado. Estaba seguro de que eso no se le negaría. Con expresión dura y decidida, avanzó rápidamente en la dirección que había seguido pocos momentos antes el caballo de María.

Era lamentable, pensó con rencor, mientras atravesaba corriendo la selva, que Diego aún estuviese ausente; le habría agradado matarlo. Pero si no podía alcanzar al hermano, la hermana igualmente serviría... Quizá nunca se le ofreciese otra oportunidad y él estaba dispuesto a aprovecharla... ¡y al diablo con los riesgos! Y cuando pasaron los minutos y no oyó detrás el clamor de la persecución, una débil esperanza comenzó a afirmarse en él –quién sabe, quizá pudiera tenerlo todo– ¡la venganza y la libertad!

María oyó el leve ruido originado por el movimiento de Gabriel cuando él atravesó el matorral acercándose a ella; pero no se asustó, porque creyó que era sólo un criado que venía a buscarla. Diableja estaba atada a un arbolito de canela cercano y la joven se encontraba formando un ramillete de flores de hibisco escarlatas y anaranjadas cuando Gabriel apareció de pronto en el claro.

Tenía la espada en una mano, el pecho agitado por el esfuerzo y en los ojos verde esmeralda había una mirada que movió a María a dejar caer las flores y comenzar a retroceder lentamente hacia Diableja. Las palabras de Gabriel la detuvieron.

–No os mováis –dijo casi en voz baja–. Puedo llegar antes que vos al caballo.

María tragó con dificultad, deprimida y consciente del grave peligro que afrontaba. Vestía una sencilla falda de algodón y un corpiño; estaba descalza y los cabellos se derramaban sobre su espalda en una masa de rizos negros. Parecía muy joven y menuda y durante una mínima fracción de segundo él vaciló; pero entonces revivió el recuerdo de todo lo que había sufrido y con pasos decididos se acercó a ella.

María ignoraba si él se proponía matarla o capturarla, pero en cualquiera de los dos casos no podía permanecer allí impotente, sin mover un dedo. Desconcertándolo durante un instante, trató de saltar súbitamente hacia su caballo, pero la yegua estaba demasiado lejos y María no pudo alcanzarla antes de que la mano de Gabriel se cerrase sobre su hombro.

La fuerza del apretón la obligó a volverse; ahora, realmente asustada, la joven comenzó a luchar como una criatura salvaje, sus pequeños puños se descargaron sobre el ancho pecho del contrincante y sus pies le golpearon los tobillos. Gabriel soltó la espada, la aferró por la cintura, se la puso al hombro y la transportó una corta distancia. Con un movimiento brusco, la arrojó sobre un matorral de heléchos y su propio cuerpo la siguió poco después.

María sintió que se le cortaba el aliento y durante un momento lo vio todo negro; pero enseguida, cuando se le aclaró la visión, volvió a respirar y emitió un sollozo medio colérico y medio temeroso al ver la cara oscura y barbada de Gabriel sobre ella. La intención de Gabriel fue evidente cuando sus dedos se cerraron sobre el corpiño, y de nuevo ella comenzó a debatirse y luchar, curvando los dedos para arañarlo y retorciendo desesperadamente el cuerpo, para escapar de él.

Fue inútil, pues el cuerpo robusto de Gabriel la sujetaba al suelo y horrorizada ella oyó el rasguido del corpiño y sintió los dedos duros y callosos contra sus pechos. Con un gritito sofocado, ella alcanzó a decir: –Oh, por favor, por favor, ¡no!

Gabriel también estaba sin aliento, tanto a causa de la lucha como de las sensaciones que lo recorrían mientras la forma esbelta de María se frotaba contra él en sus intentos de fugar. No pensó en la posibilidad de sentir pasión, o por lo menos una pasión real;

sólo se había propuesto poseerla de prisa, del modo más brutal posible, para seguir luego su camino; pero sucedió algo en su fuero interno, algo sobre lo cual al parecer carecía de control. De pronto deseaba poseer ese cuerpo esbelto por razones que nada tenían que ver con la venganza y sí mucho con esa figura suave y tibia que se retorcía salvajemente contra él. Esta reacción frente a la proximidad lo sobresaltó; pero como él mismo se dijo con brusquedad, todo respondía al hecho de que él no había hecho el amor desde la muerte de su esposa.

El recuerdo del cuerpo de Elizabeth aplastado bajo la viga del barco irrumpió en su cerebro y brutalmente Gabriel aplicó su boca a la de María. La hirió, como era su intención, sus labios la obligaron a separar los suyos y su lengua agredió fieramente la dulzura interior de la boca de la joven. Con

un movimiento violento levantó la falda de María echándola sobre la cintura, decidido a terminar el acto con la mayor rapidez posible, decidido a obligarla a que pagara el precio de todo lo que le habían arrebatado;

pero sin saber muy bien por qué, mientras su boca se movía sobre ella, y sus manos buscaban ese cuerpo esbelto, el deseo de venganza gradualmente se volvió a desdibujar y otro sentimiento inexplicable lo dominó.

Confundido por el conflicto interior Gabriel se detuvo, levantó la cabeza y miró a María, como si pudiese encontrar en la cara de la joven la respuesta que buscaba. Ella tenía los cabellos revueltos que formaban una masa oscura sobre el verde luminoso de los heléchos y los ojos increíblemente bellos, casi almendrados, enmarcados por espesas cejas negras; lo miraban con fijeza, y el brillo del azul se acentuaba por las lágrimas que comenzaban a brotar. La mirada de Gabriel descendió hasta la boca y vio casi con sorprendido remordimiento el rosado rubicundo que acentuaba la curva naturalmente seductora de los labios. Incapaz de evitarlo, sus ojos descendieron todavía más hacia los pequeños senos con sus pezones de coral, descubiertos por la mano que había rasgado el corpiño. ¡Por Dios! Sí, era seductora... ¡y él era un estúpido si se dejaba atrapar por su belleza!, recordó enfurecido y trató de aferrarse a sus ideas de venganza. Pero estas se debilitaban cada vez más y lo único que restaba a Gabriel era el deseo absurdo de saborear de nuevo esa boca dulce y de hacerlo no brutalmente, sino movido por la ternura y la necesidad. Libró una batalla interior, pero algo más intenso se había adueñado de sus sentidos y con un gemido de frustración, sus labios se cerraron, hambrientos, sobre los de María.

Con una parte de su cerebro, la muchacha reflexionó aturdida: Qué diferente era este beso del otro. El primero estaba colmado de fealdad y sufrimiento, pero este era el beso con el que ella había soñado y sin poder resistirse, respondió a la caricia. Luchó hasta el límite contra el brutal ataque anterior –que la había asustado y encolerizado– pero esta vez, mientras la boca de Gabriel buscaba embriagadora la suya, María tenía conciencia de que ahora él era mucho más peligroso para ella, porque su propio cuerpo femenino estaba traicionándola. Ciertas sensaciones con las cuales sólo a medias había soñado, la invadían. Sus pezones se endurecían bajo la caricia gentil de los dedos de Gabriel y un dolor tibio y dulce comenzaba a formarse en la boca de su estómago. Era absurdo, ella lo sabía muy bien, pero era un absurdo al que no podía resistirse; y casi contra su voluntad, los brazos cerrados alrededor de los anchos hombros de Gabriel, sus dedos rozando la superficie de la piel desnuda, abrió aun más su boca para permitirle que él la poseyese por completo.

La respuesta totalmente imprevista de María lo desconcertó y aturdido, Gabriel levantó de nuevo la cabeza. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Y a él? ¿Por qué ella no se resistía? ¿Por qué él sentía tanta ansia de esa mujer? ¿Por qué la deseaba con una intensidad que lo aturdía? No conocía la respuesta y nadie mejor que él comprendió lo descabellado de lo que estaba haciendo; pero no alcanzaba a resistir la atracción incontenible de esos labios, de ese cuerpo esbelto. Maldiciéndose por su propia estupidez, permitió que la ansiosa pasión que ardía en sus venas lo dominara; sus labios de nuevo

buscaron los de ella, ávido de saborear el dulce vino que como bien sabía podía encontrar allí.

Atacada por sentimientos y sensaciones que antes nunca había experimentado, la joven concentraba .totalmente su atención en el hombre que estaba besándola y cuyas manos seguras recorrían tan hábilmente su cuerpo. El contacto de esa mano que se cerró sobre uno de sus senos era una delicia insoportable y cuando 61 inclinó la cabeza, sus dientes rozaron sensualmente el pezón enhiesto y su lengua cálida sorbió hambrienta ese extremo sensibilizado, María gimió de placer y su cuerpo se arqueó bajo el de Gabriel. Una tensión, casi dolorosa por su vehemencia, parecía acentuarse en su interior, ansiando un contacto aun más íntimo con él, sin saber siquiera qué era lo que en efecto deseaba. Pero su cuerpo lo sabía e instintivamente sus caderas se frotaron contra la virilidad inflamada de Gabriel, de modo que ambos se excitaron todavía más. El contacto con ese músculo que se hinchaba y latía entre los dos cuerpos enlazados, indujo a María a realizar movimientos más desordenados y provocativos bajo el cuerpo masculino, pues ella trataba de aliviar ese dolor hambriento que era cada vez más exigente y tenaz con cada instante que pasaba. Los dedos de la joven se cerraron sobre los cabellos negros de Gabriel, atrayendo su boca hacia la que ella le ofrecía, y cuando él apartó la cabeza del seno de María, la expresión vidriosa del deseo en sus ojos, la penetró con un rayo de alegría. Suavemente, como explorándolo, ella comenzó a besarle la frente, sus labios saboreaban su piel, regodeándose con esta nueva sensación mientras lentamente los labios de los dos volvían a unirse.

Cuando por fin sus bocas se encontraron, María estaba temblando con la fuerza de la pasión que las caricias de Gabriel habían liberado en ella y ansiaba todo lo que él pudiera hacerle. Nada más importaba; ella no tenía conciencia de otra cosa, ni siquiera de los heléchos aplastados bajo su espalda, ni de que podrían descubrirlos en cualquier momento. Lo único que existía para ella era el inglés en sus brazos, besándola como María había soñado que lo haría, y el mundo y todo lo que este contenía ya no existía.

Gabriel también estaba perdido en un mundo de deseo, un deseo que lo consumía como jamás nada lo había hecho en el curso de su vida. Deseaba a esta mujer, la deseaba, tan desesperadamente que apenas podía soportar la dulzura de sus caricias. Con los dedos de María en sus cabellos, los movimientos audaces de su cuerpo apretado contra el suyo, y el roce de su pequeña lengua mientras ella vacilante exploraba su boca... todo eso era más de lo que él podía soportar. Febrilmente, las manos de Gabriel se deslizaron entre los cuerpos de ambos y sus dedos buscaron los suaves rizos entre las piernas de ella. Con movimientos premiosos la acarició, frotando y buscando, e inflamando más a ambos con sus caricias.

María se estremeció incontrolablemente cuando los dedos de Gabriel la buscaron con suavidad entre los muslos y su respiración comenzó a adoptar la forma de jadeos breves, casi dolorosos. Había un número excesivo de sensaciones nuevas que la recorrían, de modo que ella no podía pensar con claridad ni comprender lo que en efecto le sucedía. Era casi como si hubiera estado soñando en ese tierno ataque a sus sentidos, casi como si el hombre que estaba en sus brazos fuese un fragmento de todos los anhelos

entendidos a medias que ella concebía. Estaba respondiendo al contacto descaradamente sensual de Gabriel guiada por el instinto ciego y todas las pasiones recién despiertas en su joven cuerpo reclamaban satisfacción. Sólo cuando Gabriel se deslizó entre los muslos de María y sus manos trataron de liberar de las bragas la tensa virilidad, ella percibió la enormidad de la situación.

Como si de pronto hubiese recibido una ducha de agua helada, María endureció el cuerpo y la conmoción y el horror ante su propia lasciva conducta la traspasaron totalmente. ¡Oh, Dios! ¿Qué le había sucedido? ¿Se sometió al influjo del demonio? Apartando su boca de la boca de Gabriel, con movimientos frenéticos trató de apartar los hombros del inglés. En tono de ruego exclamó:– ¡Señor! ¡Basta! ¡Se lo ruego, basta!

Gabriel tuvo la sensación de que oía las palabras de María a través de una bruma roja, pero que ellas carecían de sentido e incluso los súbitos movimientos de la joven para escapar no afectaron inmediatamente su conciencia. Pero advirtió, no muy claramente, que algo había cambiado, que el cuerpo que estaba bajo el suyo ya no se rendía tiernamente, que la boca de dulces labios ya no quemaba contra los suyos propios. Todavía intensamente dominado por una pasión hipnótica, él meneó la cabeza, negando la evidencia cada vez más palpable de que ella ya no era una víctima dócil y hundió su boca en la de María, ansioso de unir su cuerpo con el de la muchacha. Y entonces oyó los ruidos que lo devolvieron brutalmente a la realidad.

Esfumada la pasión, de un rápido salto se puso de pie, porque de pronto se acentuaron los ruidos de los hombres y los perros que se aproximaban. Atravesó corriendo el claro, empuñó la espada y se puso en guardia en el momento mismo en que el primer hombre salió de entre los árboles.

El español estaba armado, el mosquete amartillado y pronto. Apenas una fracción de segundo después llegó otro hombre tironeado por dos perros que ladraban. A Gabriel lo dominó un sentimiento de cólera impotente. Había sido un loco al demorarse en ese lugar y al permitir que los pensamientos de venganza le impidieran huir con la mayor rapidez posible; y doblemente estúpido al dejarse atrapar en una red de pasión por una hija de los Delgado. Pero por otra parte, pensó con una suerte de indiferencia mental, sabía cuáles eran los riesgos y también que afrontaba una muerte probable. Se preparó para morir, cerrando con más fuerza la mano sobre la empuñadura de la espada. Dedicó un instante a lamentar el hecho de que no logró ultimar a Diego, o de que no... No pudo continuar, porque incluso ahora sus sentimientos eran demasiado confusos para comprender lo sucedido entre él y María Delgado.

En ese claro de la selva tropical se había formado un cuadro tenso. Los españoles, decididos a evitar que él escapase; el mosquete apuntando al pecho de Gabriel, que estaba de pie, orgulloso y desafiante, sosteniendo la espada en una actitud de amenazante confianza; los perros, pugnando por soltarse de la cuerda que los retenía; y a poca distancia la forma esbelta de una bella joven. Tenía las ropas arrugadas y desgarradas, estaba sentada, mirando paralizada por el terror y la trágica escena que se desarrollaba ante su vista.

Seguramente de ella partió un sonido, hubo un movimiento, porque Gabriel se volvió para mirarla y en ese instante Juan Pérez, con un cardenal cada vez más oscuro en la sien izquierda, entró en el claro, se acercó a los otros españoles y gritó histéricamente:

–¡No lo dejen escapar! ¡Mátalo, estúpido! ¡Mátalo!

Gabriel ya comenzaba a girar para enfrentar el nuevo peligro, pero del mosquete partió una bocanada de humo negro. Cuando la oscuridad se cernió sobre su cerebro, por el costado del ojo lo último que vio fue la cara de María. Después no hubo nada, sólo la inconsciencia absoluta.

La joven permaneció sentada entre los heléchos, mirando aturdida la forma caída. No podía ser, pensó abstraída, mirando con sórdida fascinación el suelo alrededor de la cabeza de Gabriel que poco a poco se teñía de rojo. ¡No podía estar muerto! Pero i mientras él yacía allí, inmóvil, las palabras se convirtieron en su cerebro en un alarido de angustia elemental. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No| es posible que mi inglés haya muerto!

Se incorporó, temblándole las piernas, sin advertir la presencia de otros criados armados que ahora entraban en el claro. Sólo tenía la confusa conciencia de que se cubría los senos con el corpiño rasgado, mientras se acercaba trastabillando al cuerpo de Gabriel; pero antes de que pudiera llegar, Juan Pérez la aferró del brazo y preguntó con voz ronca:

–¡Señorita! ¿Estáis ilesa? Este miserable cerdo inglés no... Como una sonámbula, María meneó lentamente la cabeza, sus ojos todavía fijos en el cuerpo de Gabriel, como induciéndolo a moverse, deseosa de que desapareciera la sangre que teñía el suelo. Ante el gesto negativo de María, Pérez emitió un hondo suspiro de alivio. Ya era bastante grave que el inglés se le hubiese escapado y no deseaba pensar en lo que Don Diego le habría hecho si el fugitivo hubiera mancillado a su hermana. Pérez la empujó suavemente hacia uno de los criados.

–¡Llévala inmediatamente a la hacienda! Que las mujeres la atiendan. ¡Pronto!

María protestó apenas, aún dominada por una pesadilla, todavía demasiado aturdida para comprender algo, salvo el hecho de que el hombre que unos minutos antes la había abrazado apasionadamente, yacía ahora inmóvil sobre el suelo de la jungla. Emitió de pronto un sollozo cuando la verdad la desgarró y siguió sollozando entrecortadamente porque sus sueños apenas formados ahora se veían destruidos y así fue llevada de prisa a la hacienda. En su mente había un solo pensamiento, que exhibía dolorosa claridad: ¡su inglés había muerto!

Un profundo silencio pareció caer sobre la selva un momento después que se llevaron a María y con repugnancia Juan movió el cuerpo inmóvil de Gabriel con el pie enfundado en la bota. Lástima que hubiese muerto, pensó distraídamente Pérez, mientras ordenaba que alejaran a los perros. Mandó retirarse al resto de los criados, con la única excepción de dos de sus secuaces favoritos y continuó contemplando el cuerpo inmóvil de Gabriel y se encogió de hombros. ¿Qué importaba? Después del ataque de la mañana, de todos modos habría sido necesario eliminarlo.

Juan era un matón cruel que gobernaba mediante el temor y no podía permitirse desafíos a su autoridad; y aunque sabía que Diego se enfurecería al enterarse de la muerte del inglés, ese hecho en realidad no importaba mucho al capataz general. Escupió al suelo cerca del cuerpo inerte. Siempre habría otras plantaciones que podrían usar los servicios de un hombre como él. Sin duda, lamentaría suspender el provechoso acuerdo que tenía con cierto traficante de esclavos de Santo Domingo...

Juan Pérez había llegado recientemente a la Casa de la Paloma –Don Pedro jamás hubiera tolerado la presencia en sus tierras de un hombre de la catadura de Pérez– y necesitó mucho tiempo para comprender que a Diego poco le importaba la plantación y que mientras obtuviese oro por las cosechas, no prestaría mucha atención a lo que estaba sucediendo en los campos. Durante el último año y medio, aplicando el plan de arreglar "muertes" aparentes, Juan estuvo vendiendo discretamente esclavos a un conocido de Santo Domingo. El acuerdo era muy provechoso y él podría haber obtenido un buen precio por el inglés–Pesaroso, echó una última ojeada a Gabriel y comenzó a alejarse cuando oyó un gemido. Volviéndose en redondo, Juan advirtió que el pecho del caído latía. Al inclinarse observó más atentamente la herida y una sonrisa astuta curvó sus labios carnudos pues advirtió que, si bien había sangrado profusamente y tal vez lo dejaría inconsciente durante varias horas, la herida en la cabeza del inglés no era fatal. Se frotó las manos, previendo el oro que pronto obtendría, y llamó a sus dos secuaces.

Y así sucedió que, tres días después, cuando finalmente Gabriel recobró cierta confusa conciencia del lugar en que estaba, vio que se hallaba no en la Casa de la Paloma, sino en la bodega de un barco. Durante un momento creyó revivir la pesadilla de su captura, pero cuando sus ojos se acostumbraron gradualmente a la penumbra del ambiente, vio que en lugar de la bodega del *Santo Cristo* yacía encadenado y esposado en otro por completo distinto. ¡Un barco negrero!

Sintiendo un dolor casi insoportable en la cabeza, se volvió con mucho esfuerzo hacia la lamentable criatura encadenada a su lado y preguntó con voz sorda:

–¿Dónde estamos? ¿Adonde vamos?

–Estamos en el mar, y vamos a ser vendidos con destino a las minas del Perú –fue la respuesta, dicha con voz igualmente sorda.

Con un gemido, Gabriel inclinó la cabeza sobre el pecho. ¡Las minas del Perú! Allí lo esperaba una muerte cierta y por primera vez desde el momento terrible en que había divisado las velas blancas del *Santo Cristo* en el horizonte, su espíritu se quebró. Ahora, no tenía esperanza. Nada. Sólo la muerte.

Siguieron dos días de inenarrable sufrimiento, yaciendo allí, en su propia roña, la oscuridad de la bodega agobiándolo, el ', hedor de los restantes infelices como él casi sofocándole. Y de1 pronto, al alba del tercer día, la atmósfera del barco cambió; hubo mucho movimiento en cubierta; el ruido de los cañones que rodaban sobre una de las cubiertas penetró en la bodega y con un extraño escalofrío en la columna vertebral, Gabriel comprendió que la nave se preparaba para el combate.

Mientras los cañones tronaban arriba, y él oía la estruendosa respuesta del otro barco, sintió que su esperanza revivía. Quizá después de todo, su destino no era morir como un esclavo anónimo en las entrañas de una mina peruana.

Bajo cubierta, el sonido de la fiera batalla podía oírse claramente. El estrépito de los mástiles derrumbados, el crujido restallante de las tablas de madera que cedían ante el bombardeo de la otra nave. De pronto, el barco se estremeció, cuando la nave enemiga se ubicó al costado; los gritos de los moribundos y heridos, el choque del metal contra el metal, indicó a Gabriel que sobre su cabeza había comenzado el combate cuerpo a cuerpo. Y entonces, con la misma rapidez con que todo había comenzado, reinó un extraño silencio.

Aguzando el oído, escuchó con todos los sentidos y su corazón pareció brincarle en el pecho cuando oyó voces inglesas a lo largo del barco y el movimiento de botas que descendían a la bodega. La luz intensa de una linterna atravesó la oscuridad, y una voz alegre dijo:– ¡Arriba, muchachos! ¡Hemos derrotado a los perros españoles y vosotros estáis en manos de buenos y honestos piratas ingleses!

Cuando subió a cubierta, pocos minutos después, los ojos al principio cegados por la luz intensa del sol, Gabriel pudo ver a sus libertadores. No formaban un espectáculo muy alentador.

En su vida nunca había visto un grupo más salvaje y abigarrado de hombres, con sus chillonas prendas manchadas, algunas de las cuales sin duda habían sido arrancadas poco antes a sus anteriores propietarios. La mayoría con los cabellos enmarañados y grasientos que les caían hasta los hombros; varios tenían parches negros en los ojos; todos estaban fuertemente armados, con espadas, cuchillos y pistolas distribuidas por todo el cuerpo. Pero quien atrajo especialmente la atención de Gabriel fue el jefe de ese grupo de asesinos.

El hombre dominaba el centro del alcázar. No era muy alto, pero tenía un aire tal de vitalidad que uno tendía a atribuirle más estatura de la real. Muy moreno, podía habérselo creído español;

un aro de oro relucía entre los rizos negros que le llegaban a los hombros; los astutos ojos azabache no omitían nada mientras se paseaba sobre los hombres reunidos. Sus ropas eran más limpias que las de sus secuaces pero igualmente chillonas; un jubón de carmesí y bragas verde esmeralda con rebordes dorados y medias violetas. Las manos en jarras, se aproximó a Gabriel y a los restantes cautivos. Con expresión reflexiva, los ojos negros los examinaron uno tras otro.

–Deseo engrosar mi tripulación –dijo con voz sonora y melodiosa–. ¿Ustedes quieren aprovechar la oportunidad de ganar una fortuna y además matar algunos españoles?

Hubo un rumor grave de afirmación en los infelices que acababan de salir de la bodega, pero Gabriel intervino para preguntar:

–¿Quién sois?

Un rugido de alegría se elevó de las filas de los piratas reunidos y con expresión divertida, los ojos negros que centelleaban alegres, el hombre dijo:

–¿Quién soy? Caramba, ¡soy Henry Morgan, y seré el pirata más grande que jamás existió! ¡Si dudáis de mi palabra, unios a mí y lo veréis con vuestros propios ojos!

SEGUNDA PARTE

El ángel negro
Port Royal, Jamaica, 1668

Of all the causes which conspire to blind
Man's erring judgement and misguide the mind,
What the weak head with stronges bias rules,
Ispride, the never–failing vice of fools.
(Entre todas las causas que concurren a turbar el errático
juicio del hombre, y que desvían la mente,
el que se impone con más fuerza a la inteligencia débil,
es el orgullo, el infalible vicio de los tontos.)

Alexander Pope
Essay on Criticism, Segunda Parte.

7

ElAngel Negro, la esbelta fragata de catorce cañones, se balanceaba orgullosa, anclada en el hermoso puerto de Port Royal, las velas cuidadosamente plegadas alrededor de las vergas de los tres altos mástiles que se elevaban hacia el cielo. La luz del sol, luminosa y cálida, se reflejaba en los vidrios de los ventanales de popa y acentuaba el resplandor de las galerías doradas y minuciosamente talladas de la cuadra de popa.

El puerto estaba atestado de naves en ese cálido y luminoso día de principios de marzo de 1668; balandras, goletas, bergantines y galeones ingleses estaban anclados cerca. A lo lejos, en la isla de Jamaica, se elevaban las montañas cubiertas de verdor del territorio interior; más cerca, en la angosta isla de arena y piedra caliza de Cagua, estaba Port Royal.

Su muelle tenía abundancia de depósitos y los baupreses de varias naves ocupaban cómodos espacios a lo largo de los entablados de madera. Más lejos, en la ciudad, las risas de los borrachos y los roncos gritos de las orgías brotaban de las muchas tabernas y los burdeles distribuidos a lo largo de las sinuosas calles empedradas.

En *el Ángel Negro* y en la cabina que sorprendía por su amplitud y elegancia, Gabriel Lancaster miraba desde una ventana las vividas aguas de color turquesa del mar. No estaba solo; detrás, cómodamente instalado en una hermosa silla de roble y cuero negro, se hallaba Henry Morgan y sus ojos oscuros observaban reflexivos la espalda de Gabriel.

Había un amistoso silencio entre ambos y mientras lo continuaba mirando, Morgan volvió a asombrarse de la gran diferencia que veía entre ese hombre musculoso y de anchas espaldas y el infeliz sucio y medio muerto de hambre a quien había conocido hacía casi dos anos y medio. Aquella criatura lamentable apenas podía sostenerse en pie y en cambio este hombre, como Morgan lo sabía bien gracias a la experiencia, tenía movimientos veloces y seguros. Y si el esclavo a quien había liberado de las entrañas del barco español estaba sucio, con los cabellos apelmazados, el que ahora tenía ante sus ojos era conocido por su prolijidad. A pesar del reproche de su tripulación y de la mayoría de los Hermanos de la Costa, como gustaban denominarse los bucaneros, se bañaba casi diariamente. Sus cabellos negros, abundantes y largos hasta los hombros, relucían de limpieza; tenía las ropas siempre pulcras, casi impecables, a diferencia de las que llevaba la mayoría de los hombres bajo sus órdenes. Pero si sus costumbres personales suscitaban comentarios burlones, su capacidad como esgrimista inducía el temor de un respeto reverencial. Los Hermanos apreciaban el valor sobre todo y Morgan se dijo que Gabriel lo poseía en abundancia. Su coraje ilimitado había determinado su rápida elevación en las filas de los bucaneros y ahora Lancaster era uno de los principales capitanes de los Hermanos de la Costa. Morgan sonrió. Ciertamente, no había semejanza entre el hombre a quien había conocido aquel día y el que ahora tenía enfrente... excepto el odio profundo e imperioso a los españoles.

Gabriel se volvió y miró a Morgan.

–¿Hablasteis de esto con otros capitanes? Morgan meneó lentamente la cabeza.

–Ya deberíais saber que no es costumbre de Henry Morgan revelar a todos sus planes... sólo a aquellos en quienes confío –contestó, agregando con expresión significativa:– ¡Y esos ciertamente son muy pocos!

Gabriel sonrió de mala gana. Henry Morgan, o Harry, como él prefería que lo llamase, a menudo lo desconcertaba. A la edad de treinta y tres años ya había alcanzado la más alta jerarquía entre los bucaneros y sin embargo, apareció por primera vez en e Caribe apenas diez años atrás. Además, como observó Gabriel en más de una ocasión, se mostraba muy reticente acerca de su pasado, un rasgo que por cierto no era desusado entre los Hermanos.

Morgan admitía francamente que era Gales... de lo cual sentía orgulloso. También sabía leer y escribir, lo que indicaba que su padre probablemente había sido caballero; y sin embargo, en los años de mutua relación, Gabriel jamás le oyó decir una palabra acerca de su linaje. Lo cual era un tanto extraño, en vista de que el tío de Harry, el teniente coronel sir Edward Morgan, recibió el título de caballero de manos de Cromwell, también fue designado vicegobernador de Modyford en Jamaica, hasta que pereció durante el ataque inglés a la isla holandesa de Saint Eustatius, en 1665.

Pero Morgan rara vez formuló comentarios acerca de su parentesco con ese finado tío, pese a que poco antes había desposado a su prima hermana, Mary Elizabeth, segunda hija de sir Edward. Y aunque Gabriel consideraba habitual que su amigo no hablase de un muerto, sí le parecía peculiar que nunca se refiriese a su vida en Gales, jamás aportara indicios acerca de su pasado y ni siquiera del modo en que había llegado al Caribe; no hablaba de su vida anterior ni siquiera con sus compañeros de más confianza. ¡Era simplemente Harry Morgan, inteligente, astuto, algo peor que inescrupuloso, un luchador implacable y en general condenadamente afecto al secreto! Y en vista de esa actitud reservada, Gabriel se sintió bastante honrado porque había decidido hablarle con tanta libertad.

Se acercó a una ancha mesa de roble que estaba cerca del gales, apoyó en ella las nalgas y, cruzando los brazos sobre el pecho, examinó un momento la hebilla de plata de su zapato.

–A los hombres no les agradará –dijo al fin mirando a Morgan.

Este emitió un rezongo.

–¡Maldición! INo me propongo decirles nada! –Pero en seguida se corrigió.– Por lo menos al principio.

–¿Y qué dices del gobernador? ¿Modyford sabe cuál es tu plan? ¿Y te darán un rango en vista de esta incursión?

Una sonrisa levemente astuta se dibujó en la cara morena de Morgan.

–Me designó coronel, ordenó que agrupara a los bucaneros ingleses y capturase prisioneros españoles para descubrir si en efecto están preparando una flota para atacar a Jamaica, como oímos decir desde hace meses; creo que el decreto me limita únicamente a los barcos españoles en alta mar... –Con aire muy inocente y un resplandor perverso en los negros

ojos, agregó:– Por desgracia, el documento original ha desaparecido, de modo que tendré que aplicar mi propio criterio...

Gabriel se echó a reir.

–¡Por Dios, Harry! ¿Hubo jamás sobre la tierra un sinvergüenza como tú?

Con cierto orgullo bastante simpático, le contestó amablemente:

–No, no creo que haya existido uno igual... ¿No te dije hace mucho tiempo que me proponía ser el pirata más grande que haya existido jamás? –Abandonando la actitud de chanza, Morgan de pronto se inclinó hacia adelante, con una expresión seria en sus rasgos morenos.– Los Hermanos me eligieron almirante, pero como sabes son una pandilla hostil e imprevisible. Si les dijera francamente cuál es mi proyecto, desertarían, porque lo consideran imposible; ¡pero sé que podemos lograrlo! –Entusiasmándose, los ojos negros brillantes de apasionada decisión, continuó:– ¿Por qué tenemos que recorrer los mares buscando a los galeones cargados de tesoros, sin la certeza de que nuestros caminos se cruzarán, o de que alcanzaremos a separar a uno de los buques de guerra que los protegen, cuando podemos hallar varios mercantes recién llegados de España, en determinado lugar y determinado día? –Saboreando el sonido de la palabra, pronunció cuidadosamente el nombre:– ¡Portobelo en primavera! –Dirigió una mirada impaciente a Gabriel y terminó diciendo:– Cuando llegue el momento, ¿te unirás a mí para convencer a los otros capitanes? ¿Estás conmigo?

Gabriel asintió lentamente con la cabeza poblada de negros cabellos.

–Sí, estoy contigo –dijo tranquilamente–. Harry, es un plan absurdo, pero si alguien puede lograrlo, eres tú. –Una sombría sonrisa de pronto se dibujó en sus rasgos cincelados– Quién sabe –agregó secamente– tal vez la suerte en definitiva me acompañe y encuentre allí a un Delgado, nave o persona, cualquiera de las dos posibilidades me satisfaría.

Morgan asintió. En el curso de los años llegó a conocer íntimamente a Gabriel y tenía cabal conciencia de que si bien éste había despojado a varios galeones españoles, nunca encontró la embarcación que su amigo más deseaba: un buque de los Delgado. Pero Morgan sabía que incluso más que apoderarse de una de esas naves, Gabriel ansiaba cruzar los aceros con Diego Delgado y si bien ellos consiguieron capturar muchos prisioneros, María ¡ Delgado, la que Gabriel deseaba encontrar casi tan desesperadamente como ansiaba ver muerto a Diego, se le había escapado. Con un gesto de curiosidad, el pirata le preguntó:

–¿Oíste algo de la suerte de tu hermana? ¿Sabes por lo menos si aún vive? I

Un gesto de dolor se dibujó en la cara de Gabriel y desviando la mirada contestó con voz neutra:

–No, no oí nada de Caroline o de los Delgado. –Cerró el puno.– Pero un día, Harry, un día los hallaré, y entonces... –Con gran esfuerzo, trató de apartar los pensamientos sombríos y salvajes que ocupaban su cerebro y concentró su atención en el tema inmediato–, ¿Qué dirás entretanto a los Hermanos? ¿Cuál será el primer blanco que atacaremos?

Morgan se recostó en el respaldo de su asiento.

–Envié un mensaje a Tortuga y a muchos otros lugares que los Hermanos frecuentan, diciendo que todos los que quieran seguir a Harry Morgan en una excursión contra los españoles deben reunirse en los Cayos de las Doce Leguas, frente a la costa de Cuba, a fines del mes. Allí podremos decidir cuál es el blanco en esta isla que los hombres prefieren atacar. –Una astuta sonrisa se dibujó de nuevo en su rostro–. Debo capturar en efecto algunos prisioneros españoles para el gobernador, pero después de Cuba... –La sonrisa se acentuó y su avaricia relució en los negros ojos.–Después de Cuba, ¡será Portobelo, en la Tierra Firme española!

Durante largo rato, luego que el jefe de los Hermanos salió de la espaciosa habitación *del Angel Negro,* Gabriel se mantuvo en la misma posición, apoyado sobre la mesa de roble, mirando sin ver la silla vacía. Al principio, cuando recuperó la libertad y se unió a la banda de bucaneros de Morgan, ni un solo día ni una hora había apartado de su mente el pensamiento de Caroline; y rogaba constantemente que llegase el momento en que él pudiera encabezar un ataque a la Española, el gran baluarte del poder hispánico en el Caribe; ansiaba que, milagrosamente, pudiese hallar a su hermana para liberarla de su infame–cautividad y al mismo tiempo apresar a María Delgado. Pero a medida que pasaban los días y que las semanas se convertían en meses y después en años, ese sueño se había desdibujado y esfumado; en el fondo de su corazón sabía que Caroline ya estaba muerta y que María Delgado... Con un gruñido de disgusto se apartó de ese tema especialmente peligroso y se concentró, sombrío, en la angustia de su hermana. Si las crueles condiciones en las que se obligaba a vivir a los esclavos ingleses no la habían destruido, las enfermedades y las fiebres de los trópicos con seguridad ya habían logrado el mismo resultado. Pero aunque aceptaba la idea de la muerte de Caroline, las preguntas de Morgan fueron como un cuchillo clavado en sus entrañas y volvieron a abrir una antigua y dolorosa herida que aparentaba comenzar a cicatrizarse. Era extraño, pero si bien podía pasar días sin pensar en el destino de su hermana, la obsesión por la venganza contra los Delgado lo acompañaba siempre. Y sobre todo el pensamiento de apoderarse de María Delgado, para hacer con ella lo que se le antojara...

Un hecho todavía más extraño, y que a veces lo empujaba hasta el borde de la violencia, era que no tenía absolutamente ninguna dificultad para evocar los hermosos rasgos de María, recordar exactamente cómo había sido tenerla entre sus brazos, cómo era el sabor de su boca, cuan inenarrablemente dulces habían sido esos momentos en la selva; y sin embargo, por mucho que lo intentase, no alcanzaba a recordar el rostro de su esposa muerta. Lloraba su final innecesariamente trágico y el del niño que aún no había nacido, pero lo desesperaba el hecho de que recordara con más vivacidad y claridad las imágenes de María, y así, maldecía su propia locura.

¿Llegaría el día en que podría dejar atrás el pasado y mirar hacia adelante, a un futuro que no estuviese mancillado por el recuerdo de lo que había sufrido y perdido? ¿O estaba condenado a soportar siempre, en su

fuero íntimo, ese dolor mordiente de pérdida, ese sentimiento de rabia y frustración?

En sus momentos más racionales, cuando no lo cegaba ese anhelo de venganza, Gabriel sabía que tenía mucho que agradecer a las circunstancias que aún estaba viviendo. Su nave, *el Ángel Negro,* era probablemente la más poderosa de la flota bucanera; su reputación como capitán y su habilidad con la espada le garantizaban que cuando Gabriel Lancaster salía a perseguir un barco español, hubiese muchos hombres ansiosos de unírsele. Por supuesto, no siempre había sido así... cuando Morgan lo liberó, no tenía más que los sucios harapos que lo cubrían y hectáreas de tierra virgen de ínfimo valor, en Jamaica. Casi todo lo que los Lancaster habían poseído estaba en *el Raven,* y como lo perdió todo cuando su barco fue capturado por el *Santo Cristo,* Gabriel consideraba perfectamente justo que él recuperase su fortuna uniéndose a los bucaneros.

Impulsado por el odio y el ansia de venganza, su ascenso en las filas de los crueles y bárbaros bucaneros había sido meteorice Al cabo de seis meses pudo equipar su primera nave, una balandra de seis cañones, y con una tripulación tan sanguinaria como él Gabriel pronto pasó a otro barco, más grande y mejor, una hermosa corbeta de diez cañones. Su reputación se elevó ante los Her manos, su fiereza contra los españoles llegó a ser legendaria ; cuando una tripulación se unía a Lancaster, sabía que si bien é aplicaba el lema de los bucaneros –no hay presa, no hay paga– nada tenían que temer. Lancaster siempre encontraba presas.

Dieciocho meses atrás había comprado una fragata de catorce cañones y cuando la bautizó el *Angel Negro,* sus compañeros no se sorprendieron. Para los españoles en efecto era el Ángel Negro, el propio Satán, e incluso había algunos Hermanos, unas pocas almas supersticiosas, que se apresuraban a hacer el signo de la cruz siempre que él pasaba cerca. Pero las mismas cualidades de crueldad y salvajismo que lo convertían en un hombre temido y detestado por los españoles, eran las cualidades que los bucaneros admiraban y ciertamente era muy respetado por sus pares, pese a que se mostraba muy diferente de la mayoría de ellos por los modales y el vestido.

Gabriel era un bucanero; en el calor de la batalla se mostraba tan cruel e implacable como cualquiera, pero había conservado cierto mínimo de los rasgos caballerescos inculcados desde la cuna. Una vez ganada la batalla, no se cometían brutalidades gratuitas en su nave; no había compasión, pero tampoco actos absurdos de violencia despreciable contra los indefensos prisioneros.

Y a diferencia de la mayoría de los Hermanos, el oro y el botín que correspondían a Gabriel no iban a parar a las codiciosas manos de los inescrupulosos dueños de las tabernas y los burdeles que abundaban en Port Royal. No, tan pronto consiguió su segundo barco, la corbeta *Caroline,* su parte en el botín arrancada a los españoles fue invertida en las tierras concedidas por el rey. Aunque aún había mucho por hacer, el último año la plantación dio la primera cosecha de ese "noble jugo de la caña", y Gabriel logró vender con buena ganancia los dulces cristales de azúcar. Y construyó un molino azucarero y una casa, que era más una fortaleza que un hogar,

finalizada apenas unas semanas antes. Incluso a veces jugaba con la idea de que un día, en un futuro no muy lejano, se instalaría en la plantación, como había sido su intención original.

Mientras lo carcomiese vivo ese odio desenfrenado a los españoles, ¿qué paz podía hallar en la vida? No cabía proponerse hallar esposa, ver cómo crecían sus hijos y sus hijas, convertirse en un hombre sumido en cierta domesticidad feliz; por lo menos mientras Diego Delgado anduviese libre por ahí... o mientras se sintiese torturado por el recuerdo inquietante de un hermoso rostro; de unos ojos almendrados azul zafiro; de una boca blanda y provocativa que encendía sus entrañas.

A menudo lo desconcertaba su reacción frente a María Delgado, así como la respuesta de la joven frente a él, en el pequeño claro de la jungla, y necesitó meses de cavilosa reflexión antes de llegar a razones satisfactorias que explicaran la actitud de ambos. Sus propias reacciones podían aclararse con más facilidad: había estado mucho tiempo sin mujer, y no cabía duda de que María era joven y bella; pocos hombres, incluso los que estaban decididos a cometer una violación, como fue su caso, se habrían mostrado indiferentes al encanto delicado de la joven. Pero no era tan sencillo explicar por qué María había cedido y Gabriel finalmente llegó a la conclusión, con creciente furia, que sin duda ella deseaba seducirlo de modo que bajase la guardia, intentando desarmarlo con la dulzura de sus besos y los movimientos eróticos de su tierno cuerpo, manteniéndolo en la condición de un cautivo sometido hasta que Juan Pérez y los restantes hombres pudieran hallar su rastro y lo encontrasen.

Sus dedos se dirigieron inconscientemente al anillo de oro que rodeaba laxamente su fuerte cuello. Venía a remplazar al collar de hierro que en su condición de esclavo le colocaron y usó hasta antes de ser liberado por Morgan; y si bien esa faja reluciente era hermosa, bien trabajada de modo que se pareciese a una gruesa cuerda de oro, a los ojos de Gabriel significaba un recordatorio de las perfidias de los Delgado. Lo usaba con orgullo, como símbolo de lo que padeciera, del mismo modo que lucía el aro de oro en una oreja para indicar su relación con los Hermanos de la Costa. El ancho y redondo aro colgaba de un engaste de esmeralda tan verde y duro como sus propios ojos –la reluciente joya había sido parte del botín obtenido durante su primera incursión contra los españoles y para él la esmeralda representaba algo más que una incursión exitosa– era el comienzo de su búsqueda de venganza.

En ese momento se oyó un golpe en la puerta de la cabina y Gabriel desechó sus tristes pensamientos. En voz alta dijo:

–Adelante.

Se abrió la gruesa puerta y apareció un hombre muy alto y corpulento, del color del café con leche. Tenía la cabeza completamente afeitada y de cada oreja colgaban gruesos aros de oro y un par de tahalíes de cuero le cruzaban el ancho pecho. De uno pendía una espada y del otro un par de pistolas; estaba vestido únicamente con abolsadas bragas púrpuras que terminaban en la rodilla. En las manos llevaba dos grandes recipientes de peltre. Con una sonrisa en la ancha boca, dijo:

–Ah, *mon capitaine,* traje un poco de ponche… y beberemos por el éxito de ese absurdo plan de Harry Morgan, el ataque a Portobelo, *¿oui?*

Con una expresión regocijada en los ojos verde esmeralda, Gabriel recibió el ponche, una mezcla de ron, agua, azúcar y nuez moscada y observó secamente:

–Zeus, ¿escuchando otra vez junto a la puerta? Con una expresión angelical, Zeus murmuró:

–Pero, *mon capitaine,* la puerta estaba abierta, por supuesto, muy poco, y por supuesto, yo tenía que estar muy cerca, para evitar que nadie molestase su conversación. –Con gesto inocente agregó:– No tengo la culpa si el almirante tiene una voz tan potente.

Gabriel emitió un rezongo pero no insistió en el tema, sabiendo que era inútil. Desde el día, dos años antes, en que había salvado la vida de Zeus durante un combate particularmente sangriento contra una nave española frente a la costa de La Habana, éste se autodesignó guardián de Gabriel. Y en ocasiones el inglés no sabía muy bien si esa protección era una maldición o una bendición. Pero a cambio de esa protección no solicitada, Zeus creía que nada referente a *le capitaine* era sagrado. Gabriel no podía tener secretos para su lugarteniente y éste entendía que era su derecho natural supervisar la existencia sin tropiezos del capitán, al margen de que a él le agradase o no.

Felizmente para el profundo lazo de afecto que se había formado entre ambos, Zeus sabía exactamente cuándo podía reorganizar descaradamente la vida de Gabriel y cuándo no. Sabía también que le convenía comportarse con prudencia. Al ver que Gabriel no parecía dispuesto a formular nuevos comentarios acerca de su indiscreción, el negro se instaló cómodamente en la silla que Morgan había desocupado minutos antes. Con los ojos castaños fijos en la cara de su jefe, preguntó:

–¿Cuándo partimos?

Gabriel sonrió débilmente. Después de ordenar su vida, a Zeus nada le agradaba tanto como combatir a los españoles. Pero a diferencia de su capitán, Zeus no tenía especial animosidad contra ellos; para él, representaban sólo el botín y el saqueo.

Los dos tenían casi la misma edad, pero las vidas que habían llevado fueron muy distintas, si bien se convirtieron en combatientes sin par. Zeus nació en la isla de San Juan; su madre, una hermosa mulata de piel clara, atrajo la atención de un bucanero francés. Como ella murió al nacer Zeus, éste fue criado por su padre y pasó la mayor parte de su vida en Tortuga, ese antro de depravación y morada de cuanto asesino merodeaba por el Caribe. Un caso original entre los bucaneros, el padre de Zeus había sido un francés educado y lo que era incluso más extraño, antes de su muerte, en una pelea de borrachos unos diez años atrás, enseñó muchas cosas a su hijo, entre ellas a leer y escribir. Corrían rumores de que el padre de Zeus fue el hijo menor de un marqués y su conducta desordenada y su embriaguez habían determinado que lo expulsaran de la sociedad francesa. Aunque eso fuera verdad o no, una cosa era muy evidente: inculcó a su hijo los rudimentos de la conducta social propia de la aristocracia y cuando eso le acomodaba, Zeus

podía adoptar los aires de un refinado caballero. Pero prefería la vida del bucanero y él y Gabriel formaban un equipo invencible.

Lancaster bebió un largo trago de la explosiva mezcla que Zeus había traído antes de responder a la pregunta de su hombre. Depositando el jarro sobre la mesa de roble le contestó en voz baja:

–Dentro de la semana. –Dirigió una sonrisa burlona a su amigo y agregó secamente:– Como es probable que hayas oído, Morgan citó a reunión en los Cayos de las Doce Leguas y fijó la fecha para fines del mes. Puedes revelar a los hombres el lugar de destino, pero conserva la lengua entre los dientes con respecto a Portobelo. ÍA Harry Morgan no le agradará que los hombres como tú difundan sus planes!

Zeus pareció ofendido.

–*¡Mon capitainef* !Me hieres profundamente! ¿Crees que jamás te traicionaría?

–Sólo si creyeras que tu traición me conviene –rezongó Gabriel, los ojos verde esmeralda relucientes de afecto.

A fines de mes Gabriel y Zeus estaban en el lugar de la cita, es decir, los Cayos de las Doce Leguas. Allí se encontraba anclada casi una docena de barcos y un total de setecientos bucaneros habían respondido al llamado de su almirante. Con excepción *de\Angel Negro,* la mayoría de los buques piratas eran un grupo de aspecto lamentable y formaban una amplia gama, desde una corbeta de cincuenta pies con ocho cañones hasta las pequeñas balandras que eran apenas más grandes que barcazas. Pero Harry Morgan no se amilanaba; su elección como almirante era relativamente reciente y él sabía que aún había algunos Hermanos que no se sometían a su dirección, que observarían desde lejos las primeras incursiones contra los españoles. Si tenía éxito, acudirían en bandada; de lo contrario...

El encuentro de los jefes bucaneros fue breve y áspero, y se decidió que no se atacaría La Habana, y en cambio se iniciaría la ofensiva usando como blanco Puerto Príncipe, la segunda ciudad en orden de importancia de la isla de Cuba. Afirmábase que después de La Habana, Puerto Príncipe era la ciudad más rica de la isla, pues había amasado una fortuna en el comercio de cueros y ganado, En definitiva, habría sido mejor que, en efecto, atacasen La Habana; un prisionero español que sabía inglés oyó los planes trazados y escapó para advertir a los residentes de Puerto Principe. Después de una brutal marcha de veinticuatro horas a través de la densa selva y de las onduladas montañas, a pesar de todos sus esfuerzos en el sangriento combate de cuatro horas que precedió a la caída de la ciudad, sólo obtuvieron cincuenta mil piezas de a ocho y un millar de cabezas de ganado. Era una suma mezquina y el episodio provocó mucho descontento entre los bucaneros. La carrera de Harry Morgan como almirante de los Hermanos no había comenzado muy bien. Pero éste desechó las protestas y orientó su astuta mente hacia el blanco que él realmente se fijó desde el comienzo: Portobelo, sobre la costa continental española.

En efecto, Morgan consiguió saber algo más acerca del posible ataque a Jamaica e inmediatamente dio aviso al gobernador, sir Thomas Modyford. Según le escribió a éste, importantes fuerzas españolas originarias de

Veracruz y Campeche debían reunirse en La Habana y las fuerzas de Portobelo y Cartagena se concentrarían en Santiago de Cuba, para desencadenar un ataque contra la Jamaica inglesa.

Gabriel se preguntó irónicamente si Morgan en realidad creía en la información arrancada a los pobres prisioneros torturados en Puerto Príncipe. En todo caso, no actuó como si lo creyese; en lugar de regresar para defender de este supuesto ataque a Port Royal, suavizó las protestas de los bucaneros con interesantes revelaciones acerca de cierta misión secreta. Seducidos por el sombrío encanto gales de Morgan, las tripulaciones piratas lo siguieron ciegamente y durante el mes siguiente pasaron el tiempo entre las islas cubanas, calafateando las naves, sacrificando ganado y curando la carne en previsión de un largo viaje.

Una noche de mayo, cuando Gabriel y Morgan estaban terminando de cenar a bordo de la nave del almirante, éste último se recostó en el respaldo de su silla y alzando su copa de vino dijo alegremente:

–Amigo mío, propondré un brindis. –Y ante la mirada interrogadora de Gabriel, murmuró:– Por nuestra misión secreta, Portobelo, que ambos hallemos allí grandes tesoros.

Gabriel respondió elevando su copa.

–Sí, por Portobelo –su mirada se endureció– y que yo pueda cumplir allí la venganza que busco.

8

Una tarde cálida y pegajosa de fines de junio, María Delgado cruzaba la plaza del centro de la ciudad de Portobelo. Había llegado pocas horas antes y ya ansiaba embarcar en la nave que la llevaría de regreso a Santo Domingo, después de una visita prolongada a una tía abuela, en la ciudad de Panamá. Llegó en un convoy de muías originario de esta última población y después del accidentado viaje contemplaba expectante el arribo definitivo a Portobelo; pero la experiencia la decepcionó.

Portobelo era un lugar sumamente insalubre porque estaba rodeado de pantanos por tres lados y excepto las tropas que guarnecían los dos fuertes, San Gerónimo y Triana, los que protegían a la ciudad misma, y el castillo de San Felipe, denominado el Fuerte de Hierro, que montaba guardia a la entrada del puerto de un kilómetro y medio de largo, salpicado de burdeles, tiendas y tabernas cuya clientela estaba formada por los soldados españoles, en general el lugar se encontraba desierto. Es decir, desierto excepto unos cuarenta días al año, el período de la feria anual de la ciudad, que coincidía con la llegada de los barcos mercantes que venían de España. Los habitantes de las provincias del Pacífico acudían a la feria de Portobelo y la ciudad hervía de actividad. Precisamente en este momento llegó María y descubrió que la ciudad, generalmente soñolienta, se mostraba activa y estaba atestada, al igual que las posadas y las tabernas. Sólo por casualidad

ella y su acompañante, Pilar Gómez, habían conseguido una habitación en una de las mejores tabernas cercanas al puerto.

En realidad, fue Pilar quien lo logró. Al advertir que un hombre y una mujer partían con sus baúles de cuero, se apresuró a abordar al posadero y le preguntó si disponía de comodidades. Era evidente que éste estaba más que dispuesto a alquilar la habitación, pero a un precio exorbitante; en esa época del año no temía que el cuarto permaneciera vacío mucho tiempo, fuera cual fuere el precio que cobrara. Pero Pilar no estaba dispuesta a permitir que la estafaran; tomaba muy en serio sus obligaciones de acompañante y ellas incluían los precios que su ama pagaba por las cosas indispensables. Con mirada altiva en su rostro de rasgos regulares, los hermosos ojos negros centelleando de desprecio, afirmó majestuosa:

–Buen hombre, lo que usted pide es ofensivo... ¡y estoy segura de que el alcalde pondrá mucha atención al enterarse de sus prácticas delictivas! Mi señora está emparentada con él y estoy segura de que él tendrá un interés muy personal en saber cómo la trataron mientras estuvo aquí.

El posadero vaciló, en él la discreción luchaba con la codicia, y después de examinar atentamente a María, que permanecía en silencio de pie al lado de Pilar y de ver la costosa falda de seda azul, el elegante corte del corpino de satén, los aros de zafiros y el hermoso collar de perlas que hacían juego, fue evidente que comenzó a vacilar. Pero Pilar no deseaba darle tiempo para que reflexionase detenidamente en el asunto y preguntara por qué el alcalde no ofrecía comodidades a su parienta y sonriendo con amabilidad, le dijo con voz dulce:

–Por supuesto, si está dispuesto a mostrarse razonable no le provocaremos inconvenientes, ¿verdad? Y no olvide que estaremos aquí apenas unos días.

En vista de la serena confianza de Pilar en sí misma, el posadero cedió de mala gana, y mencionó una cifra muy inferior a la que había reclamado al principio. La nueva oferta obtuvo su aprobación y poco después ella y María se encontraron dueñas de un pequeño y húmedo cuarto del primer piso, una habitación que daba a los establos. Una cama con colchón de paja y un inestable lavatorio con jarra agrietada y palangana no muy limpia, completaban la dotación del lugar. Pilar rezongó murmurando:

–Si hubiese visto esta choza miserable, no habría pagado dos pesos por ella, ¡y mucho menos lo que ese ladrón obeso exigía!

Al recordar la escena, María sonrió y Pilar, que caminaba al lado de la joven mientras recorrían la plaza atestada, preguntó:

–¿Por qué sonríes, querida?

Con los ojos azul zafiro colmados de afecto, la joven respondió al instante:

–¡A causa de ti! ¿Qué habrías hecho si el posadero no hubiese aceptado tu mentirosa historia según la cual soy parienta del alcalde?

Pilar se encogió de hombros y contestó airosamente:

–Oh, habría pensado algo. ¡Siempre tengo muchos recursos! En mitad de la treintena, Pilar era una mujer muy atractiva:

su piel suave, de color mate, no tenía una sola mancha; el mentón y la mandíbula exhibían firmeza masculina; con ojos oscuros grandes y bien dibujados y la boca ancha, de labios llenos, casi podía afirmarse de ella que era hermosa.

Pilar Gómez se había convertido en una parte muy agradable de la vida de María. Era al mismo tiempo amiga y mentora, fiera protectora y benévola ordenancista. Sus antecedentes eran impecables, excepto la lamentable mácula de haber tenido una madre inglesa. Pilar era hija única de un funcionario de menor rango de la corte española que había desposado a la hija de un diplomático inglés visitante durante una de las pausas en la hostilidad casi permanente entre Inglaterra y España. Pero a pesar de que era medio inglesa, su padre consiguió que esa descendiente suya alta y suelta de lengua, concertara un excelente matrimonio con un joven teniente del ejército español; y ella hubiera podido pasar el resto de su vida como una esposa española no muy respetuosa de sus propias obligaciones, si el marido no hubiera muerto unos cinco años después de la boda. Ni la pérdida de su esposo ni el modo como ocurrió –a causa de una herida recibida en un duelo por otra mujer– sorprendieron a Pilar en lo más mínimo; él le fue infiel desde el principio mismo y su carácter impetuoso era muy conocido. Como Pilar había comentado cierta vez a María:

–Chica, ¡yo estaba tan agradecida porque nunca me golpeó! –Y agregó con un guiño en los hermosos ojos;– ¡Habría aborrecido verme obligada a romperle un taburete en la cabeza!

El fallecimiento de su marido liberó a Pilar de un matrimonio desgraciado, y como le desagradaba la vida enclaustrada que le esperaba en España en su condición de viuda –y para colmo, una viuda medio inglesa– se apresuró a ofrecer sus servicios de dama de compañía de la hija menor de una acaudalada familia que regresaba a sus vastas propiedades en Panamá. Después, nunca había mirado hacia atrás, aunque en ocasiones recordaba con agradecimiento a su infiel esposo porque le dejó una bonita suma que le permitía elegir y rechazar empleos a capricho.

María esperó muy nerviosa la opinión de Diego acerca de Pilar; al principio él sintió desagrado ante su presencia en la hacienda.

–¿En qué estabas pensando? –preguntó a su hermana durante su primera noche en la Casa de la Paloma después de una prolongada ausencia–. ¡No es más que una criatura descarriada, medio inglesa, con un modo de hablar muy atrevido! ¿Y la quieres como dama de compañía? ¿Estás loca?

–i0h, Diego, por favor! –le rogó María, las manos inconscientemente unidas sobre el pequeño busto–. Sé que se toma muchas libertades al hablar y que no puede agradarte que su madre sea inglesa, pero es una mujer de buena cuna y respetable. Después de todo, su padre se desempeñó en la corte madrileña y ella tiene todos los atributos que podemos desear en una dama de compañía: es mayor, competente, educada, responsable... –Diego rezongó, pero no adoptó una actitud inflexible y la joven concluyó diciendo en voz baja:– Me siento muy sola cuando no estás y Pilar es buena compañía para mí.

Diego la miró largamente y preguntó en voz más baja:

–¿Este asunto te importa mucho? ¿Realmente deseas que esta mujer viva contigo y te vigile en mi ausencia?

Alentada por las palabras de Diego, ella asintió con su cabeza cubierta de rizos negros, los ojos azules muy grandes e implorantes. Medio con severidad, medio en broma, Diego preguntó:

–¿Y te comportarás como es debido? ¿No me provocarás disgustos con una conducta indecorosa?

–ILo prometo! –dijo fervorosamente María. De mala gana, Diego agregó:

–Muy bien... probaremos y veremos qué sucede. Y así. Pilar se convirtió en miembro permanente del hogar de los Delgado, pero sólo María sabía cuánto la reanimaba la presencia de Pilar...

El período que transcurrió entre el fallecimiento de Gabriel Lancaster y la llegada de Pilar a su vida había sido muy desgraciado para María. Lloró mucho al inglés, se atribuía la culpa de su muerte y se torturaba, dejándose arrastrar por sentimientos a los que aún no podía definir bien. Ese final dejó un gran vacío en la vida de la joven–sentía que le habían arrancado el corazón mismo del pecho– y sin embargo carecía de razones para sentir esa pérdida tan intensamente: rara vez lo había visto, no cambió ni cincuenta palabras con él, pero de cierto modo misterioso él la poseyó. Lloraba su desaparición, ni siquiera atinaba a aproximarse a ese pequeño claro de la selva donde él había perecido y ni siquiera lograba cabalgar cerca; lo evitaba a toda costa. Sus sueños eran imágenes convulsivas y a medida que pasaban las semanas era frecuente que despertara con lágrimas en las mejillas y que evocase el recuerdo de ese magnífico cuerpo yaciendo inmóvil en el claro. Ella no sabía muy bien por qué lloraba: ¿Un sueño perdido, un futuro que podía haber sido? No lo sabía, únicamente comprendía que con su muerte algo vital desapareció de su vida, como si aquello que pertenecía a su fuero íntimo y había estado debatiéndose por surgir, de pronto se hubiese amustiado y perecido.

Revelar a Caroline la verdad había sido terrible. Incapaz de manifestar su propio sufrimiento, impulsada por una emoción muy honda, María se dirigió al día siguiente a la plantación de los Chávez. Explicó a su amiga el motivo de su visita y con su alegre rostro súbitamente entristecido, pues había llegado a simpatizar con la joven inglesa, Justina se encargó de que Caroline, en una conversación a solas con María, recibiese la noticia de la muerte de Gabriel. Con sus propios ojos azules cargados de lágrimas, la voz ronca a causa del dolor y el sufrimiento, María informó a Caroline, con voz entrecortada, del final de su hermano. La joven inglesa estaba sentada en la cama de Justina y su cara palideció. Su mano se cerró con fuerza sobre la de María, mientras preguntaba con voz dura: –¿Estáis segura? ¿Lo visteis muerto? –Sin hablar, ésta asintió y Caroline murmuró con voz sorda:– ¡Gabriel muerto! ¡No puedo creerlo! Era un hombre tan vibrante, tan lleno de vida, y ahora no está... ahora soy la única que queda viva.

Los ojos azules, tan parecidos a los de María, estaban nublados por el llanto, y de pronto ésta no pudo soportar más e impetuosamente abrazó a la inglesa, murmurando incansablemente:

–Lo siento. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Ninguna de las dos supo cuánto tiempo permanecieron así, j pero finalmente, después de enjugar sus lágrimas, Caroline advirtió la angustia de María; y con acento de asombro en la voz, le dijo:

–Vos le amabais.

–Yo... no lo sé –balbuceó María–. Parecía... un hombre bueno. No fue justo lo que sucedió, lo que mi hermano os hizo, y lo que hizo a todos los que estaban en esa nave. –Con una expresión apasionada en su suave rostro, María prometió firmemente:– Si pudiera repararse el terrible daño infligido a todos vosotros ese día, yo lo haría... ¡sin importarme el costo!

Caroline le creyó, fortaleciéndose el vínculo entre las dos jóvenes, pues la tragedia de la muerte de Gabriel las unió más estrechamente. María incluso intentó comprar a Caroline, que era propiedad de Ramón; pero con sus ojos grises sombríos e impenetrables, él se limitó a preguntar:

–¿Y podrías protegerla de Diego? ¿Tú, que ni siquiera puedes protegerte a ti misma?

Ante este requerimiento, se sintió deprimida e instantáneamente comprendió qué absurda había sido su actitud; con los ojos fijos en los de Ramón, preguntó:

–¿Y quién la protegerá aquí?

Este apretó los labios y replicó secamente:

–¡Deja a mi cargo la suerte de Caroline! Pero no temas;

mientras sea mía, nadie más la dañará.

Era extraña su respuesta y María lo miró atentamente, pero el rostro moreno de Ramón no reveló nada y tuvo que contentarse con esa promesa.

Si informar a Caroline de la muerte de Gabriel había sido terrible para María, presenciar la cólera de Diego cuando regresó de Santo Domingo y supo de la desaparición del inglés, le resultó terrorífico. Los dos hermanos estaban en la salita cuando anunciaron la presencia de Juan Pérez, pero antes de que ella pudiese dejarlos con sus asuntos, Juan relató derechamente y sin preámbulo los episodios, según él los conocía, que habían conducido a la muerte del inglés.

–¿Qué? –gritó Diego apenas oyó las palabras de Juan–. ¿Dices que ha muerto? –mientras se le ensombrecía el rostro y la cicatriz que le cortaba la ceja palidecía y latía. Cuando Juan confirmó con voz sorda la noticia, Diego descargó un golpe cruel sobre la mejilla del capataz–. ¡Estúpido! –aulló–. ¡Condenado, maldito estúpido! ¡Yo quería ser quien lo matase! ¡Podría hacerlo contigo por haberme arrebatado ese placer!

Ante la mirada horrorizada de María, Diego recogió su látigo de montar, que descansaba sobre una mesa próxima y movido por una furia sin control comenzó a descargar golpe tras golpe sobre el indefenso Juan. La joven se demudó ante la horrible escena que se desarrollaba frente a sus ojos, pero después de sacudir esa horrible fascinación atravesó el cuarto y aferró desesperada el brazo de Diego cuando éste se disponía a golpear nuevamente a Juan.

–¡Basta! –rogó–, ¡Por favor! Diego, ¡deten esta locura! Su voz pareció alcanzar a su hermano, quien reaccionando algo bajó el látigo lentamente. Con voz dura ordenó a Juan:

–¡Fuera de aquí! ¡Recoge tus pertenencias y sal ahora mismo!

Con acento untuoso en la voz, Juan gimió:

–Señor, lamento lo que sucedió, pero no era nada más que un cerdo inglés...¿No os he demostrado durante todos estos meses que valgo más que eso? Sé que estáis enojado conmigo, pero ¿debo marcharme? –Y agregó sugestivamente:– No es fácil encontrar un hombre que posea mis cualidades.

Siempre jadeando, la cólera sólo en parte controlada. Diego miró fijamente por varios instantes a Juan, y asintió con un lento movimiento de la cabeza, como si estuviese de acuerdo. Con voz espesa dijo:

–Es como tú dices. Te quedarás, pero por el momento, ¡sal de mi vista!

La vida había sido sumamente ingrata durante los meses siguientes en la Casa de la Paloma, pues la furia de Diego provocada por la muerte del inglés afectó a todos, desde el más joven ayudante del establo a la propia María. Para ella era muy doloroso oír expresiones tan insultantes para el muerto y su familia, y la cosa era incluso más ingrata porque ella tenía que disimular el pesar que le provocaba la muerte de Gabriel. Sentía una suerte de culpable alivio ante el hecho de que Diego, o para el caso todos los demás, no sabían qué sucedió exactamente entre ella y el inglés ese día trágico. Si Diego se hubiera enterado de los actos vergonzosos en que María había incurrido... La joven se estremecía nada más que de pensar en ello.

Pero los reniegos contra un destino que lo privó del placer de matar a su enemigo capturado, no era la única cuestión que ocupaba los sombríos pensamientos de Diego durante esos días:

también tenía mucho que decir acerca del matrimonio de Don Clemente, el anterior pretendiente de María. A cada momento ella soportaba reprensiones porque había trastornado todos los 1 planes que su hermano trazara cuidadosamente para casarla con el hombre que él le eligiera. María se mordía la lengua, sofrenando su mal carácter tanto tiempo como la vivacidad de su genio se lo permitió, pero finalmente una tarde'lo enfrentó:

–Diego –dijo serenamente María– lamento haber arruinado tus planes, pero si desde el principio me hubieras escuchado, habrías entendido que estaban destinados al fracaso. Doña LUISA será para él una esposa mucho mejor que lo que yo hubiera sido nunca, esos dos se parecen, y unida a Don Clemente, sin duda habría provocado aun mayor vergüenza en el futuro, pues sé que como su esposa hubiese hecho algo incluso mucho más ofensiva que limitarme a coronarlo con un recipiente lleno de miel. –En actitud reflexiva, agregó:– ¡Es más que probable que con el tiempo, obligada, lo degollaría!

Diego rió de mala gana y a partir de ese día las cosas mejoraron mucho entre ellos. Tres semanas más tarde él viajó a España y de ese modo María y los restantes y agobiados residentes de la Casa de la Paloma, pudieron recuperar cierta apariencia de tranquilidad. Diego estuvo ausente durante casi un año y no regresó a la Española hasta el otoño de 1666; precisamente, durante esta prolongada ausencia, María había conocido a

Pilar Gómez. Ella esperó expectante la reaparición de su hermano. Las dos cartas enviadas por él mientras permaneció en España, fueron más cálidas y afectuosas que lo que ella previo; parecía que el período de estancia en aquel país lo había suavizado un poco. Lo ascendieron a vicealmirante y se contemplaba la posibilidad de designarlo para el cargo más importante de la flota española en los Mares del Sur. Con gran placer de María, incluso más tarde reconoció que le agradaba la presencia de Pilar en la hacienda y una noche, mientras paseaban por el jardín, dijo a la joven:

–Debí haber pensado antes en la posibilidad de facilitarte una dama de compañía... –y frunciendo el entrecejo levemente, agregó:– Por supuesto, no suponía que tendría que cuidar de ti tanto tiempo, proyectaba que te casaras con Don Clemente, pero no nos detendremos en eso. Tu encuentro con la señora Gómez fue muy afortunado para mí. En el futuro próximo estaré ausente mucho tiempo y es perfectamente lógico que una mujer respetable, de más edad y más inteligente, te acompañe y cuide de que no hagas nada absurdo o impropio durante mi ausencia. Es posible –continuó secamente– que también te enseñe las obligaciones que tienes con tu hermano y que la próxima vez que te proponga un esposo, me obedezcas.

María no le respondió, se limitó a sonreír débilmente en la oscuridad. Era mucho más probable que Pilar la incitara a la rebelión contra un destino semejante; ¡pero María se reservó ese pensamiento!

Con gran sorpresa de María, pareció que Diego no tenía el más mínimo interés en concertarle un matrimonio; una vez que Don Clemente escapó de su red, al parecer él no tenía prisa para enlazar a otro pretendiente provechoso. La joven se extrañaba con frecuencia de esta actitud, pero Pilar fue quien señaló con impecable lucidez la razón probable. Volviéndose con una sonrisa hacia María, cierto día que viajaban en un pequeño vehículo abierto alrededor de los límites de la plantación, le dijo:

–Muchacha, es muy sencillo, si te detienes a considerar qué tipo de hombre es tu hermano... sé que lo amas, pero la verdad es que tiene hambre de poder y riqueza y me parece muy claro que utilizará todo lo que se le ponga al alcance de la mano para avanzar por el camino que él mismo eligió. Pero por el momento está satisfecho: tiene su ascenso, está conquistando por su propio esfuerzo el poder que él desea... y por lo tanto no necesita casarte con un hombre a quien pueda manipular para beneficio propio. –Y con un gesto cínico, agregó:– Pero estoy segura de que más tarde o más temprano recordará que tiene un instrumento muy útil, tú misma, y entonces comenzará a buscarte marido. Pero hasta que llegue ese momento, no te preocupes demasiado. Ante una situación así, pensaremos algo. ¡Confía en mí para llegar a eso!

Al parecer. Pilar había acertado; Diego ni siquiera mencionó la posibilidad de un marido las pocas veces en que María lo vio durante los años siguientes. Daba la impresión que lo satisfacía que ella permaneciera soltera y eso María lo agradecía fervorosamente, tanto por el hecho de que él no le buscaba esposo, como porque no le parecía extraño que una joven de su edad no mostrase ninguna inclinación a enamorarse ni deseara casarse. Pero Pilar tenía otra actitud y en el mes de setiembre último, cuando la joven

alcanzó la edad de veintiún años, su dama de compañía observó reflexivamente:

–Paloma, tú me preocupas. No desearía casarte con un hombre a quien no amas, pero me parece antinatural que una hermosa y joven criatura como tú aún no haya sido arrebatada por un caballero ardiente. Si no supiera a qué atenerme, diría que estás esperando el regreso de un amante perdido...

María no le contestó; en cambio, se mostró muy interesa– j da en las prendas que había estado eligiendo con motivo de su viaje a la ciudad de Panamá en octubre y Pilar se encogió de hombros y abandonó el tema, con gran alivio de María. Pero esa misma noche, más tarde, las palabras de Pilar habían vuelto a su mente para perseguirla y mientras se revolvía inquieta en su cama, se preguntaba, con intriga, si lo que Pilar comentara no ten un grano de verdad. ¿Estaba esperando, en efecto, el retorno de un amante perdido? Era un concepto ridículo; en su vida jamás existió tal cosa, no hubo un hombre que arrebatara su corazón excepto el inglés. Y él, pensó pesarosa, había muerto antes de convertirse en su amante... Deprimida, sintió el escozor de las lágrimas. Después de tanto tiempo, ¿ella continuaba llorándo?... Fue un pensamiento deprimente y durante la visita al ciudad de Panamá, María había intentado, a veces con desesperada intensidad, sentirse enamorada, de uno cualquiera de I muchos candidatos jóvenes que llegaban de visita a la residencia palaciega de su tía abuela. Pero no lo logró, y se sintió al mismo tiempo aliviada y enojada consigo misma cuando la visita finalmente tocó a su fin.

Ansiaba el momento de regresar de nuevo al hogar, a la Casa de la Paloma, con la esperanza de que ella pudiera arreglárselas para exorcizar el fantasma del inglés. Rogaba que así fuese; a decir verdad, no deseaba pasar el resto de su vida torturada por sueños y anhelos imprecisos, de tal modo que nunca fuera una mujer abrazada por su amante, nunca una esposa bienamada y una madre orgullosa...

Se había mostrado más bien melancólica los primeros días del viaje a Portobelo, los ojos perdidos en la jungla verde y espesa que crecía a los costados de la estrecha huella por donde avanzaban lentamente las muías; y el único objeto de sus cavilaciones fue esa tonta fijación en un hombre que estaba muerto y enterrado. Muerto y enterrado hacía casi tres años, se dijo ella misma con firmeza apenas horas antes de la llegada a Portobelo.

No permanecería mucho tiempo allí. La nave que debía transportarlas en el último tramo del largo viaje de regreso ya estaba en el puerto y en pocos días más ella y Pilar estarían viajando de nuevo.

Ninguna de las dos durmió bien esa noche; el escándalo que armaban los clientes abajo y el incómodo e irregular colchón de paja se unieron para mantenerlas despiertas. Cuando llegó el alba, María abandonó la cama con un suspiro de alivio. Cruzó la habitación, vertió un poco de agua de la jarra y comenzó sus abluciones matinales.

Acababa de terminar y se había vuelto para saludar a Pilar quien en ese momento comenzaba a levantarse, cuando oyeron los ruidos de un gran tumulto a lo lejos. De pronto, la calma del amanecer se vio conmovida por las campanas de las iglesias lanzadas frenéticamente a rebato y

enseguida, casi sin advertencia previa, hubo una tremenda e impresionante explosión y el resplandor enceguecedor que siguió iluminó durante un instante el cuartito donde María y Pilar estaban de pie, transfiguradas.

Con los ojos muy grandes, sobresaltada, todavía cubierta sólo por la fina camisola en que había dormido, María salió del coarto de prisa. En el estrecho corredor se encontró con gente, I vestida más o menos como ella. Hubo un excitado coro de voces, Una sensación de miedo y aprensión recorrió a todos los que estaban reunidos allí. La cara asustada del posadero apareció al final de la escalera, quien comenzó a gritar histéricamente:

–¡Huid! ¡Los piratas nos atacan! Han volado el Fuerte San Gerónimo y ahora están atacando el Fuerte de Hierro que defiende al puerto. ¡Corred para salvar vuestras vidas... los piratas acercan!

9

Sí, eran los piratas. Para ser precisos, los piratas de Harry Morgan y estaban atacando con brutal ferocidad a la ciudad de Portobelo, tomada por sorpresa.

Después del ataque no muy exitoso a Puerto Príncipe durante la primavera, Gabriel se había preguntado durante cuánto tiempo Morgan continuaría influyendo sobre los bucaneros. Pero aunque aún se escuchaban algunas murmuraciones sordas cuando los hombres partieron finalmente de Jamaica, en mayo, estas protestas pronto cesaron. Pero todos continuaban formulando muchas conjeturas acerca de las veintitrés canoas que Morgan había ordenado embarcar en las numerosas naves que estaban a sus órdenes en esta "misión secreta". A pesar de las repetidas preguntas de los capitanes de otros barcos, Morgan no les reveló sus razones, limitándose a sonreír y murmurar misteriosamente:

–Pronto lo veréis, muchachos... ¡y entonces me diréis si no soy un canalla realmente astuto!

A diferencia de algunos de los restantes capitanes de los barcos bucaneros, GabrieL Sabía por lo menos cuál era el lugar de destino; pero por mucho que lo intentó, no pudo convencer a Morgan de que le sugiriese una idea del modo en que el jefe pirata se proponía apoderarse de la ciudad, presuntamente invencible. Morgan le sonrió con una expresión de burla en sus ojos negros, y le advirtió:

–Todo a su tiempo, amigo mío. ¡Podéis estar contento de que os haya dicho adonde vamos!

Sólo cuando estuvieron a la vista del pico de Pilón de Miguel de la Borda, cerca de la desembocadura del río Chagres, sobre la costa de la Tierra Firme española, Morgan reunió a sus capitanes y les explicó lo que se proponía hacer. Hubo muchas ásperas quejas y protestas sobresaltadas de los hombres sentados alrededor de una tosca mesa de roble, en la espaciosa

cabina de la corbeta de Morgan, cuando supieron cuál era el plan de su almirante; pero la mayoría de las protestas provinieron de los bucaneros franceses.

–*¡Sacre bleu,* Harry! ¡Portobelo! ¿Estás loco? ¡Es demasiado fuerte! –exclamó un francés y los otros vociferaron haciéndole eco–. ¡Tiene sesenta cañones! ¿Apoderarse del Fuerte de Hierro que defiende el puerto? ¡Bah! ¡Es impoSible, *mon ami!*

Demostrando habilidad, Morgan permitió que los capitanes se expresaran y el tumulto se fue atenuando gradualmente. Los piratas comenzaron a observar a su almirante esperando una decisión y entonces habló el bucanero francés Francois du Bois, que resumió las principales objeciones al plan,

Du Bois había sido un importante rival al cargo de almirante de los Hermanos y no se sintió complacido cuando Morgan lo desplazó. Siguió a Morgan de mala gana, pero era evidente que aún alimentaba la esperanza de obtener el control de los bucaneros. Apoyando la espalda en el respaldo de su silla y enganchando los pulgares en los tahalíes que le cruzaban el ancho pecho, afirmó agresivamente:

–¡Harry, es un plan absurdo! Y también tonto. No tenemos el número necesario para tomar Portobelo, por muchas mulas cargadas de tesoros que se hayan reunido allí. ¿Olvidaste que tienen fuertes bien guarnecidos de soldados españoles defienden la ciudad? ¿O que en esta época del año hay muchos hombres arma reunidos allí? Hay mejores presas a nuestro alcance... somos una fuerza muy reducida para lo que sugieres.

Había sido un momento decisivo, pero Morgan estaba seguro de su poder; se inclinó hacia adelante y exclamó con pasión:

–¡Hombre, eso qué importa! ¡Si nuestro número es pequeño, nuestro corazón es grande! ¡Y cuanto menos seamos, mayor será la parte de cada uno en el botín!

Astuto Harry, pensó Gabriel, desde el lugar que ocupaba en el extremo de la mesa. Apela tanto al coraje como a la codicia de los bucaneros. Y fue evidente, a juzgar por los murmullos afirmativos provocados por las palabras de Morgan, que había estimado correctamente la fibra de la mayoría de los bucaneros.

Pero si esta mayoría unía su suerte a la del almirante, no era el caso de los franceses, que después de muchas y sombrías profecías de desastre, se habían retirado uno por uno, hasta que Du Bois fue el único capitán de entre ellos que permaneció allí.

–Creo –dijo Du Bois con voz grave– que iré contigo, Harry. –Una sombría sonrisa curvó sus labios finos y agregó:– No quisiera perderme tu éxito... o tu derrota,

Morgan y Gabriel se miraron por sobre la cabeza de Du Bois y después, cuando estuvieron solos, el joven dijo fríamente:

–Harry, sabes que tendrás que matarlo. Quiere ser almirante.

Morgan rezongó:

–¡No temo a ese canalla! Pero probablemente tiene razón... no descansará hasta ser almirante o hasta que yo lo haya destruido –replicó con desagrado. Luego, con una expresión de picardía en sus ojos negros, continuó diciendo:– Por supuesto, ¡a menos que tú lo mates! ¡Te ama como el demonio al agua bendita!

Una sonrisa sardónica se dibujó en los rasgos regulares de Gabriel. Lo que Morgan había dicho era cierto: Du Bois no sentía aprecio por Lancaster y los dos habían chocado en varias ocasiones. Aquel envidiaba francamente la habilidad de Gabriel con la espada así como su rápido ascenso en las filas de los bucaneros. La estrecha relación del inglés con Morgan acentuó su antipatía y Gabriel sospechaba que era sólo cuestión de tiempo hasta que ambos derramasen sangre. Con una expresión dura en sus verdes ojos, miró a Morgan y dijo serenamente:

–Puedo matarlo, si lo prefieres, no había excusa para el modo de torturar a esa joven del buque holandés apresado en el otoño. El trato que se dispensa a las cautivas normalmente no es asunto que me concierna, ¡pero por Dios, Harry! ¿Sabes lo que le hizo? –Al ver el movimiento negativo de la cabeza del almirante, Gabriel gruñó:– Después de violarla a la vista de toda la tripulación de nuestro barco, la usó para practicar su habilidad con el cuchillo ¡y cuando terminó de entretenerse ordenó arrojarla a los tiburones! ¡Maldito bastardo francés! –Su mano se cerró con fuerza y Gabriel murmuró fieramente:– Aunque sólo sea por eso, merece morir.

Morgan adoptó una expresión reflexiva.

–Oí comentar que ambos se dijeron cosas desagradables y que los hombres tuvieron que evitar que tú lo atacases, pero desconocía la causa del altercado. –Dirigió a Gabriel una mirada sagaz y agregó:– Amigo, quizá te uniste a los bucaneros, pero de tanto en tanto me asalta la idea de que tu conciencia es demasiado blanda; he visto hacer cosas peores, con el tiempo aprenderás a evitar que te afecten.

Gabriel curvó los labios.

–Por supuesto, tienes razón. Sucede que a veces no puedo evitar el pensamiento de lo que yo sentiría si me viese obligado a ver que mi hermana o mi esposa sufren ese tratamiento antes de morir. Puedo luchar y matar hombres, pero el resto...

Morgan asintió lentamente y durante un momento no dijo nada. Después, en un tono seco, comentó:

–Llegará el día, si continúas bastante tiempo como bucanero, que esas ideas no te molestarán. Con respecto a Du Bois, creo, que por el momento lo dejaremos correr; no deseo que haya ahora divisiones entre los Hermanos. Y bien, hablemos de las canoas...

La causa que le llevó a embarcar las canoas pronto fue evidente para todos. Morgan no pensaba atacar por el lado del puerto el Fuerte de Hierro de Portobelo; eso habría sido absurdo, y el lo sabía perfectamente. En cambio, su plan era realizar un rodeo y atacar por la retaguardia y capturar uno de los restantes fuertes antes de que los españoles se percatasen siquiera de que él esta cerca. Después de dejar en los barcos un pequeño contingente de Morgan y su gente pasaron a las canoas y remaron a lo largo

de I costa hasta llegar a un sitio a varios kilómetros de Portobelo Abandonaron las canoas pocas horas antes del alba y se internaron en la espesa selva tropical, que se extendía entre ellos y el objetivo, es decir, el Fuerte San Gerónimo.

Antes de que los sorprendidos españoles supieran lo estaba sucediendo, fueron desbordados y capturados por la horda salvaje que salió de la jungla. De los dentó treinta hombres que guarnecían el fuerte, sólo cincuenta y cinco conservaron la vi los que después podrían ser canjeados por un rescate, excepto! en el interior de la fortaleza capturada los bucaneros descubría once ingleses encadenados en las mazmorras subterráneas. Su estado era lamentable; mucho peor que el de Gabriel cuando fue liberado por Morgan con ronco gruñido de cólera brotando de las gargantas de muchos bucaneros ante el espectáculo lamentable de esos presos, la suerte de los españoles sobrevivientes quedó echada.

Morgan ordenó fríamente que los españoles fuesen encerrados en una habitación central del castillo. Se encontraron en el fuerte varios barriles de polvora y una vez que los bucaneros desalojaron la construcción, por orden de Morgan se procedió a la voladura. Todo el castillo, con los indefensos españoles, saltó por el aire, y las estampidas de la colosal explosión se difundieron en la mañana temprana y conmovieron la tierra.

Con la espada sostenida firmemente en una mano, Gabriel, gritó:

–¡Al Fuerte de Hierro! ¡Hay que capturarlo antes de que los españoles tengan tiempo de agruparse! ¡Seguidme!

El Fuerte de Hierro cayó prontamente; con sus muchos cañones apuntando al mar, los defensores no pudieron repeler a los atacantes que llegaron desde la dirección contraria y en un espacio de tiempo muy breve los bucaneros se adueñaron de la fortificación. Con la caída del Fuerte de Hierro, sólo el Castillo de Santiago, que protegía a la ciudad misma, se alzaba entre los Hermanos y su ocupación total de Portobelo. Gabriel y Zeus dejaron en manos de un grupo de hombres de confianza el castillo capturado de San Felipe y comenzaron a abrirse paso hacia el centro de la ciudad. Los españoles que los enfrentaron lucharon con fiereza, pero la espada de Gabriel centelleaba alzándose y cayendo y dejando una estela de muerte, hasta que consiguieron llegar al objetivo. Encontraron a Morgan, la cara morena encendida de satisfacción, cerca de la plaza. Al verlos, Morgan gritó exultante:

–¡Es nuestra, muchachos! Os dije que podríamos capturarla. ¡Y por las llagas de Cristo, lo conseguimos!

Gabriel estaba ataviado más o menos como los restantes piratas: camisa blanca con mangas largas y anchas, revelando el pecho desnudo, amplias bragas escarlata sujetas por un ancho cin–turón de cuero asegurado a la angosta cintura; las medias y los zapatos eran negros y el cinturón sujetaba como al descuido dos pistolas y un cuchillo de hoja larga.

Como respuesta a la jubilosa afirmación de Morgan, Gabriel señaló con la espada la última fortaleza que se elevaba más allá de la ciudad, y dijo:

–Harry, Portobelo no será nuestra hasta que hayamos capturado Santiago. Y a menos que yo haya visto mal, algunos de los hombres ya están olvidando ese hecho y comienzan a saquear.

Morgan maldijo agriamente por lo bajo.

–¡Malditos idiotas! Ordené que no hubiera nada de eso hasta que hayamos dominado por completo la ciudad y ¡por Dios, mataré al primer hombre a quien vea desobedeciendo mis órdenes! –tronó, los ojos negros centelleando irritados.

Pero la ciudad casi completamente indefensa era demasiado tentadora para muchos de los bucaneros que recorrían las calles de Portobelo, con la población aterrorizada huyendo en todas direcciones, como ciervos delante de una manada de lobos hambrientos.

En la ciudad reinaba el caos absoluto; los piratas, con los sables brillantes a causa de la sangre recién derramada, agruparon sistemáticamente a los habitantes aturdidos y aterrorizados que habían huido de sus casas con la tenue esperanza de escapar. Las calles hervían de movimiento: gallinas que cacareaban cuando alguien las pisaba; cabras que balaban mientras corrían desordenadamente entre la gente; la población frenética y aturdida que caía | ciegamente en manos de los bucaneros; éstos corriendo aquí y allá | para cortar las posibilidades de fuga. Todas las salidas de la ciudad fueron rápidamente clausuradas por los invasores, dominan–1 do la corriente de habitantes que habían tenido la suerte de huir de sus casas en busca de la dudosa protección de la jungla.

Los repiques de las campanas de las iglesias todavía sonaban a alarma en el aire matutino cada vez más cálido; a lo lejos re sonaba el inútil fuego de cañón de algunos galeones españoles *as* ciados en el puerto; las llamas crepitaban y el humo negro' pútrido brotaba de los restos del Fuerte San Gerónimo, extendiéndose sobre la ciudad como una mortaja. Gabriel se preguntaba si alguna vez olvidaría esa escena inenarrable de muerte y destrucción. Pero mientras él y Zeus volvían al centro de la acción, los gritos horribles de los moribundos que caían bajo los sables y las picas de los corsarios atacantes, los alaridos terribles de las mujéres que sufrían espantosas brutalidades a manos de sus aprehensores, y los lamentables sollozos de los niños asustados y atemorizados, provocaban la impresión más vivida y duradera en Gabriel.

Son mis enemigos, se repetía una y otra vez, mientras descendía corriendo la calle en dirección a la última fortaleza, era Santiago. Los españoles, ellos mataron a mi esposa y mi hermana, me esclavizaron, ¿por qué debo compadecerlos? Repetía obstinadamente un inesperado sentimiento de repugnancia y el gusto por lo que estaba sucediendo y se repetía fieramente: ¡Son mis enemigos!

Poco a poco el tumulto de la ciudad se atenuó, a me que los bucaneros afirmaban su cruel dominio. Se apoderare las iglesias, utilizando esos grandes edificios como caro apiñaban allí a los pobres infelices que habían tenido la desgracia de caer en sus manos, lugares que hasta unos minutos antes el sagrado santuario. Los habitantes que aún continuaban libres se acurrucaban en sus propios hogares o temerosos trataban de huir de la ciudad a la jungla. Sólo Santiago permanecía a salvo.

La maciza fortaleza se elevaba exactamente al norte de la ciudad, y estaba formada por una impresionante y elevada serie de contrafuertes y bastiones de una altura aproximada de tres metros. Santiago estaba construida con una impenetrable piedra color ocre y sobre las defensas exteriores se alzaban las almenas y los techos bien fortificados de los cuarteles y los almacenes. Cuando los bucaneros se acercaban lentamente al castillo, vieron que toda la fortaleza estaba guarnecida por arqueros y arcabuceros.

Gabriel emitió un silbido de desaliento ante la estructura casi inexpugnable y los hombres armados que defendían los puntos más altos. De pie junto a Morgan, mientras el almirante estudiaba la situación, Gabriel dijo en voz baja:

–Harry, no podremos capturarla... perderemos muchísimos hombres. Nuestras pérdidas hasta ahora han sido escasas, pero la mitad de nuestra fuerza será barrida nada más que en el intento de trepar esas murallas.

Morgan emitió un gruñido, los ojos negros duros e insondables. Du Bois, la camisa ensangrentada y sucia, se acercó a ellos. Como los otros, miró varios segundos la fortaleza.

–¡Dejémosla! –rezongó finalmente el francés–. La ciudad es nuestra, y mis hombres están impacientes por iniciar el saqueo. Hemos obedecido tus órdenes y ninguna de las casas fue revisada todavía; hay muchos mercaderes ricos y gordos, botín que espera que lo descubramos... y también mujeres. –Du Bois sonrió sensualmente, lamiéndose los labios ante la expectativa de las violaciones y el saqueo de la ciudad. Dirigiendo una mirada despectiva a la fortaleza, agregó:

–¿Qué nos importa que algunos de los perros españoles se hayan encerrado en el castillo? Mientras estén allí, *mon ami,* no pueden perjudicarnos. Controlamos la ciudad.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando los cañones de Santiago, apuntados sobre la ciudad, rugieron, escupiendo humo y fuego.

–*¡Mon Dieu!* –exclamó Du Bois mientras buscaba protegerse con los otros—. ¡Esos locos están disparando a su propia ciudad!

Era cierto. En un desesperado intento por expulsar a los bucaneros, el comandante de Santiago, Don José Sánchez Ximenes, había ordenado sombríamente a sus hombres que comenzaran a disparar sobre Portobelo. La metralla y las balas de hierro de los cañones comenzaron a volcar sobre la ciudad una lluvia letal, matando por igual a aliados y enemigos. Mientras los cañones y los arcabuceros continuaban disparando, la carnicería fue terrible y las calles pronto quedaron sembradas con los restos de las casas, los cuerpos de los habitantes de la ciudad y los bucaneros.

Después de retirarse de prisa a distancia segura, fuera del alcance de los cañones, Morgan convocó a sus capitanes. Se reunió un grupo abigarrado y furioso con el almirante, que estaba igualmente iracundo. Muchas de esas caras brutales, ennegrecidas por las quemaduras de la pólvora y no pocos mostraban signos de heridas. Todos coincidían en una cosa: no era posible apoderarse de Santiago. Mirándolos con hostilidad, los

largos rizos negros moviéndose en desorden sobre los hombros cuando hacía un gesto con la cabeza, Morgan rugió:

–Pero la tomaremos... ¡y al demonio con el costo! ¿Sois bucaneros o débiles doncellas?

Un murmullo de cólera, ronco y peligroso, partió 4e los j reunidos, pero los ojos negros de Morgan relucieron de coraje y | dijo enérgicamente:

–¿Vamos a renunciar ahora? ¿Ahora que todo está al alcance de nuestra mano? Controlamos la ciudad; sólo una fortaleza se alza entre nosotros y el dominio total. Piensen en las joyas que nos esperan, en las mujeres y el vino, en los ricos mercaderes por quienes cobraremos rescate; en el oro que arrancaremos de las iglesias

La codicia disipó las reservas y pasó el momento en habían estado al borde de la rebelión.

–¿Cómo capturaremos la fortaleza, Harry? –preguntó de los hombres–. ¿Qué propones?

Morgan esbozó una extraña sonrisa.

–¡Ya veréis lo que hago! Pero ante todo... busquen entre prisioneros algunos carpinteros. –La tenue sonrisa se ensancho. Necesito que realicen algunas tareas importantes.

Gabriel permaneció en silencio durante la reunión, algo en el rostro sombrío de Morgan, y en esa extraña sonrisa, provocó cierta inquietud. Salvo que los bucaneros aceptaran sufrir terribles pérdidas, Gabriel no veía el modo de ocupar el castillo y al margen de su fidelidad al almirante, no estaba dispuesto a ordenar a sus propios hombres que murieran innecesariamente.

Lancaster observó en silencio y con creciente inquietud varios prisioneros comenzaban a construir las largas escalas nadas por Morgan. Hacia mediados de la tarde estaban terminadas y Gabriel se acercó a la vinería elegida como cuartel Con voz neutra, le preguntó al jefe:

–Las escalas están listas. Ahora, ¿qué te propones

Morgan no contestó inmediatamente. En cambio, se volvió hacia uno de sus lugartenientes y murmuró:

–Reúne a todos los hombres sagrados de Roma y tráelos aquí. –Después que el hombre fue a cumplir la orden, Morgan dirigió a Gabriel una mirada reflexiva y desvió los ojos, casi como si temiera que éste pudiera adivinar lo que planeaba. Con tono falsamente animoso en la voz, le dijo:– Muy pronto verás lo que me propongo, muchacho. Pero antes de condenarme recuerda que las situaciones desesperadas exigen recursos desesperados. Hay un solo modo de tomar la fortaleza sin que derriben a nuestros hombres como si fueran ovejas en el matadero...

Pero cuando Gabriel vio reunidos a los sacerdotes, a los monjes y las monjas con sus largas vestiduras negras, transportando penosamente las pesadas escalas y avanzando en dirección a la fortaleza de Santiago, comprendió lo que Morgan planeaba. Se volvió bruscamente para mirarlo, su cara bien formada expresando horror y repugnancia y exclamó:

–Te propones usarlos como escudos vivientes... ¡y proteger así a nuestros hombres!

Con una expresión insondable en los ojos negros, Morgan asintió lentamente.

–¡Sí, eso haré! Pero no te preocupes por ellos... los defensores de Santiago no se atreverán a disparar sobre sus propios sacerdotes –y Morgan comenzó a alejarse, pero Gabriel lo aferró por el hombro.

–¡Harry, no puedes hacer eso! ¿Y qué sucederá si disparan sobre ellos

Con un suave movimiento, Morgan retiró de su hombro la mano de Gabriel. Mirándolo fijamente, dijo con fiereza:

–Me propongo tomar Santiago no importa cuál sea el costo, y si ello hay que pagarlo con la vida de esta gente –hizo un gesto en dirección a la línea irregular de sacerdotes y monjas– entonces, por Dios, ¡eso haré! –Desvió los ojos y agregó, hosco:– A veces. Ángel Negro, tu conciencia es excesivamente delicada. Olvidas que todos los españoles son nuestros enemigos, no importa cómo vistan.

El pirata se volvió y marchó decidido en la dirección de Santiago.

Con el rostro rojo de cólera y decisión, Gabriel dio un paso adelante, pero lo detuvo el fuerte apretón de Zeus sobre su brazo.

Con los ojos castaños colmados de comprensión y aviso, Zeus le dijo en voz baja:

–No hagas eso, *mon ami.* No puedes impedírselo y si pretendes desafiarlo, sólo conseguirás perecer.

Gabriel miró furioso a su amigo y protestó:

–¿Qué? ¡En cambio, debo permanecer imperturbable y contemplar esa monstruosa atrocidad! ¡Prefiero enfrentar al demonio! ¡Ahora, suéltame el brazo y apártate de mi camino!

Zeus lo miró con expresión de tristeza y, de mala gana, le soltó el brazo. Gabriel giró sobre sí mismo, decidido a alcanzar a Morgan, pero la voz profunda de Zeus lo detuvo.

–*¡Mon ami!* –le dijo con serenidad, e instintivamente Gabriel se volvió para mirarlo. Fue lo último que recordó por muchas horas, pues el puno de hierro de Zeus se desplomó sobre su mandíbula.

Cuando despertó, más tarde, en la vinería que Morgan había, utilizado como cuartel general, la cabeza le dolía horriblemente. Descubrió que estaba acostado sobre una mesa de madera; aturdido, miró alrededor. El local estaba vacío, y desaparecieron todos los signos de la breve permanencia de Morgan; mientras recobraba la conciencia oyó los ruidos que entraban por la puerta: puertas derribadas, gritos y ruegos de las mujeres y los alaridos y risotadas de los bucaneros, que violaban y saqueaban por toda la ciudad.

Se incorporó con un gemido y se acarició el mentón lastimado; por los estridentes sonidos y la algazara que penetraban del calle, comprendió que la batalla por la ciudad había terminad que Santiago seguramente había caído, y que Portobelo estaba ahora totalmente en las manos poco delicadas de los bucaneros No dudaba de que la orgía debía de estar en su momento

culminante y con una extraña depresión en el alma buscó el sable que yacía cerca y apoyó los pies sobre el piso.

Un leve movimiento cerca de la puerta atrajo su atención instintivamente cerró la mano sobre la espada, volviéndose en su dirección. Zeus, con una expresión un tanto insegura en la cara apareció y con acento de humildad en la voz dijo:

–¡Ah, *bon!* Al fin despertaste y estás dispuesto a perdí mi actitud, sumamente necesaria, *¿oui?*

Gabriel le dirigió una mirada que lo decía todo, pero como sabía que en igual situación, aunque invirtiendo las posición habría hecho lo mismo que Zeus, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y gruñó:

–Un día, mi corpulento amigo, sobrepasarás el límite. | te la enorme sonrisa que se dibujó en la boca de Zeus, i agriamente:– ¡Y no creas ni por un momento que este incide concluido!

Zeus asintió vigorosamente con la cabeza afeitada y i con una amabilidad que no engañó ni por un instante a Gabriel

–¡Oh, *oui, mon capitaíne!* Fue indigno de mí y tienes todo el derecho del mundo de enojarte. No sé por qué lo hice... –le dirigió una mirada astuta y agregó con voz dulzona:– Por supuesto, a menos que fuese el deseo de evitar que te suicidados.

Gabriel curvó los labios, como reconociendo la verdad de esta afirmación. Se apartó de la mesa y caminó hacia la puerta. Se detuvo apenas salió a la luz del atardecer y preguntó:

–¿Fue muy difícil? ¿Perdimos muchos hombres? Y los sacerdotes... ¿murieron muchos?

Zeus lo siguió a la calle y contestó de mala gana.

–Nos llevó más tiempo del que creíamos, pero no perdimos tantos hombres como hubiera podido ser el caso. –Vaciló, dirigió a Gabriel una mirada rápida y apreciativa y dijo sin rodeos:– Los sacerdotes soportaron la andanada principal. El comandante de Santiago no tuvo miramientos... ordenó a sus hombres que disparasen sin hacer caso de los ruegos de protección de los religiosos y las monjas, mientras Morgan los obligaba a trepar por las escalas, ocultando detrás de ellos a nuestros hombres.

Gabriel no contestó. ¿Qué podía decir? Quizá Morgan tenía razón. Quizá su conciencia en efecto era demasiado delicada. Desechando la desagradable idea, preguntó con voz neutra:

–¿Y ahora? Ahora que la ciudad es nuestra, ¿qué se propone hacer Morgan? Zeus sonrió.

–Salvo los piquetes que montan guardia, Morgan ha dejado en libertad a los hombres... podemos hacer lo que nos plazca. Algunos descubrieron las mazmorras donde la Inquisición estuvo trabajando sobre otros ingleses capturados y aprovechan los instrumentos de tortura descubiertos allí para... bien, para convencer a los españoles de que nos digan dónde ocultaron los tesoros. Otros, como puedes ver, están atareados bebiendo y, de grado o por fuerza, gozando de los encantos de las mujeres de la ciudad.

Gabriel permaneció en silencio y Zeus suspiró. Nunca había tratado de entender por qué su capitán, que era tan fiero luchador contra los españoles, jamás participaba en las salvajes orgías que solían acompañar una victoria. Meneando la cabeza ante el extraño comportamiento de su capitán, dijo:

–Morgan supone que permaneceremos aquí varios días;

cree que se necesitará cierto tiempo para saquear la ciudad. Ordenó que las naves entren a puerto pero yo me he asegurado una hermosa casa y podemos utilizarla mientras estemos aquí y se reúne el botín. ¿Deseas verla?

Gabriel sonrió y apenas asintió. Zeus lo conocía bien y sabía que el único defecto que imputaba a su amigo era esa extraña renuencia a violar y saquear. Se le borró la sonrisa y se le endureció el verde esmeralda de los ojos. A una sola mujer deseaba lastimar y ella lo había atrapado inesperadamente en una red de de expulsando de su mente la idea de venganza. Se dijo hoscamente que no volvería a suceder y se preguntó si llegaría el momento que tendría de nuevo en su poder a María Delgado, prometiéndose con resolución que si llegaba ese día, todo sería distinto, distinto.

Los dos hombres atravesaron lentamente la ciudad; Gabriel trató de ignorar con firme decisión las imágenes bruta los gritos desgarradores que poblaban calles y casas. Se dije dureza que él era un bucanero y que a esta altura de las cosas debía considerarse inmune a ese impropio sentido de compasión por los vencidos. Pero su decencia innata no coincidía con ese terrible destino de las mujeres y los niños y llegó al extremo de preguntarse si había llegado el momento de renunciar a la vida de pirata. Quizá la captura de Portobelo sería su última incursión los Hermanos.

Enfrente, en la calle sembrada de restos, Gabriel vio a Du Bois que se acercaba balanceándose, borracho. El francés tenía dos mujeres, una a cada lado y sus manos enormes se cerraban cruelmente sobre las muñecas de sus presas en un firme apreton mientras las arrastraba. Una, de cuerpo menudo, que tropezaba y se debatía decidida a cada paso y la otra, que tenía casi la al de su aprehensor, luchaba con la misma decisión. Gabriel miró asombrado a la más alta, y pensó que era la de mayor estatura había visto en su vida. Una auténtica amazona, pensó con creciente admiración.

Zeus vio al terceto casi simultáneamente y fue evidente la nota de respeto y decidida admiración en su voz que estaba prendado de la amazona.

–*¡Sacre bleu!* –jadeó reverente–, ¡Qué mujer! ¡Jamás vil criatura tan gloriosa! Sería un sacrilegio que ese cerdo de Du Bois la tenga... ¡Debo robársela!

En ese mismo instante la amazona se soltó y buscando con las uñas los ojos de Du Bois, gritó:

–¡Corre, María, corre, pequeña!

La joven más menuda descargó un puntapié furioso subre Du Bois y se unió al ataque. Borracho y sorprendido, éste cayo bajo los golpes combinados de las dos mujeres. Estas, liberadas sin advertir la

aproximación de los dos bucaneros, cayeron derechamente en los brazos de Zeus y Gabriel.

El primero se apresuró a apresar a la más alta, y con sus ojos castaños plenamente apreciativos, acercó más a su cuerpo a la sorprendida mujer, cerrando sobre ella sus brazos poderosos.

–Ah, *ma chérie,* cuántos placeres gozaremos juntos. ¡Qué hijos magníficos tendremos!

Gabriel contuvo la risa que de pronto pugnó por brotar de su garganta ante la expresión asombrada de la cara de la mujer, pero enseguida tuvo que concentrar la atención en el pequeño manojo de furia que se retorcía entre sus brazos y ya no pudo mirar a los otros dos.

–Quieta –masculló exasperado mientras la criatura luchaba sin descanso para escapar de la mano que apretaba sus hombros angostos–. No pienso dañarte... a pesar de lo que puedas creer. Ahora, ¡acaba con esta tontería!

Al oír el sonido de la voz, la cabeza de la muchacha se irguió bruscamente y con los grandes ojos azules desbordantes de incredulidad, miró la cara morena.

–¡Inglés! –exhaló tontamente–. ¡No estás muerto! Gabriel, enderezándose, apretó con más fuerza el hombro de la joven y sus ojos verde esmeralda recorrieron hambrientos los hermosos rasgos de su cautiva.

–María –dijo con voz pausada, saboreando cada sílaba–, María Delgado.

10

Como muchos de los aterrorizados habitantes de Portobelo, después de vestirse de prisa algunas ropas, María y Pilar huyeron de la dudosa protección de la posada, a las calles de la ciudad. A diferencia de muchos otros, no fueron capturadas en la primera incursión de los bucaneros. Al divisar a un grupo amenazador que se acercaba a ellas, consiguieron evitar la captura ocultándose instantáneamente en un establo abandonado, no lejos de la posada. Durante las terribles horas que siguieron permanecieron ocultas, el corazón latiéndoles con frenesí.

Los ruidos de la batalla que llegaban a ellas no eran tranquilizadores y más tarde comprendieron que la ciudad había caído, que vencieron los temibles bucaneros. La única posibilidad de supervivencia residía en huir a la jungla, en la esperanza de reunirse con otros como ellas y rogar que alguien pudiera atravesar los muchos kilómetros de la jungla que los separaban de la ciudad de Panamá, para alertar a las fuerzas militares de la terrible calamidad que había recaído sobre Portobelo.

Las horas transcurridas ocultas en los establos, estaban entre las peores que conoció María en el curso de su vida. Sólo el período que siguió a

la muerte de sus padres y a la pérdida del inglés, la había afectado tan profundamente, e incluso entonces ella no experimentó un sentimiento tan absoluto de terror e impotencia. Ella y Pilar no necesitaban ver con sus propios ojos para conocer el destino de otras mujeres en toda la extensión de la ciudad; los gritos y los sollozos mezclados con las ásperas risas y las maldiciones de los bucaneros, llegaban con desagradable claridad, mientras ellas, inmóviles, estaban ocultas bajo montones de heno.

Los sonidos repiqueteantes de los mosquetes y las pistolas disparados a lo lejos estremecían a María y ambas dominadas por un temor impotente permanecieron abrazadas durante las largas e inquietantes horas de ese día. Con una voz que expresaba su temor, finalmente había conseguido murmurar:

–¿Qué nos sucederá, Pilar? ¿Qué podemos hacer? Los brazos de ésta se cerraron alrededor del cuerpo pequeño de María y besándole la cabeza murmuró:

–Muchacha, no lo sé. –Vaciló y preguntó con voz tenue:–María ¿sabes lo que hacen estos hombres a sus cautivos? –Dolorosamente, continuó:–¿Tienes idea de lo que nos espera si nos capturan?

María asintió lentamente y no reconoció su inocencia porque deseaba aliviar la angustia de Pilar. No era totalmente ignorante, pero tenía sólo la idea más imprecisa de lo que sucedía entre un hombre y una mujer. El inglés despertó su sensualidad aquella tarde en el claro de la selva, pero antes nadie la había tocado y estaba muy segura de que lo sucedido entre ella y el inglés era muy, pero muy diferente de lo que le acontecería si caía en manos de los bucaneros. Estremecida, imaginó las manos crueles de un brutal desconocido tocándola como lo había hecho el inglés en esa tarde inolvidable.

No hubo mucha conversación entre ellas a medida que transcurrió la tarde y sólo cuando comenzó a anochecer, y después de una rápida discusión en voz baja, decidieron arriesgarse a abandonar la seguridad de los establos. Si tenían mucho cuidado y eran muy, pero muy afortunadas, podrían deslizarse sin que las descubriesen por las calles cada vez más oscuras de Portobelo.

Al principio la suerte las acompañó y casi habían llegado al límite externo de la ciudad cuando un bucanero borracho surgió bruscamente quién sabe de dónde. Con un movimiento rápido se apoderó de María y casi sin esfuerzo se la puso al hombro, rugiendo complacido:

–*¡Mon Dieu!* ¡Una tierna *y joven poulet* para mi cama esta noche!

El .bucanero no había tenido en cuenta la resistencia casi histérica de María, que quería liberarse a toda costa, ni el ataque de Pilar. Como una tigresa rabiosa, ésta se arrojó sobre el asombrado pirata y su fuerza nada desdeñable lo sorprendió descuidado.

Mientras Pilar descargaba golpes y más golpes en el estómago del bucanero y sus zapatos aplicaban crueles puntapiés a sus tobillos, María estaba muy atareada dando sus propios puntapiés y sus golpes. Sus piernas moviéndose desordenadamente en el aire y los puños golpeando al individuo con fuerza sorprendente en espalda y hombros. –

Atacado por dos frentes, Du Bois –pues de él se trataba–arrojó brutalmente a María al suelo, y con un rugido se volvió contra Pilar, quien casi consiguió esquivarlo, pero él, aferrando un mechón de sus largos y negros cabellos, la obligó a retroceder. Esta cayó al suelo y allí recibió del pirata un puntapié brutal. El golpe fue cruelmente eficaz y casi se desmayó del dolor en el pecho cuando la pesada bota hizo contacto. Valerosamente, trató de incorporarse, mientras gritaba casi sin aliento:

–¡Corre, María, corre! ¡No te preocupes por mí! Pero la joven no podía abandonar a su amiga, cualquiera fuese el peligro que ella misma corría y semejante a un pequeño y enfurecido gato salvaje, se arrojó sobre el musculoso bucanero, los dedos listos para arañar. Había conseguido infligirle varias heridas sangrientas en las mejillas cuando él logró sujetarle las dos manos con una sola de las suyas. Con sonrisa satisfecha en sus toscos rasgos, él se complació en mirarla.

–Me agradan las gatas salvajes –murmuró.

Pilar estaba cerca, balanceándose a causa de las oleadas de dolor que le recorrían el cuerpo, pero antes de que ella pudiese recobrarse en la medida necesaria para reanudar la lucha, Du Bois le aferró las dos manos en el otro gigantesco puño. Miró sucesivamente a las dos mujeres, y tomó buena nota del cuerpo esbelto de María y las seductoras curvas de Pilar. Se le ensanchó la sonrisa.

–Ah, esta noche será muy memorable para todos... ¡y yo, Du Bois, me ocuparé de que así sea! –Contempló lascivo a María, sus largos y desordenados cabellos rubios destacándose como la melena de un león alrededor de sus rasgos brutales.– Mi pequeña polvorita, me complacerá enseñarte cómo es un hombre auténtico. –Y volviendo la mirada hacia Pilar, murmuró sugestivamente:– ¡Y tú, aprenderás a no manejar tan libremente esas manos y esos pies!

Y así, arrastrando a las dos mujeres, avanzó hacia el centro de la ciudad.

Ambas lucharon desesperadamente cada metro del camino, pues sabían que si no escapaban de inmediato, no tendrían otra oportunidad de evitar el terrible destino que él les depararía. Los movimientos bruscos de Du Bois, aturdido por la borrachera, les infundían cierta esperanza y Pilar, reuniendo toda la reserva de fuerzas que aún le quedaban, finalmente consiguió liberarse y se arrojó sobre él, tratando de clavarle los dedos en los ojos y gritando de nuevo a María que huyese. Y como esta reacción sorprendió a Du Bois, retrocedió, inseguro, un paso. María se apresuró a aprovechar la sorpresa y descargó sobre él un fuerte puntapié, al tiempo que desprendía las muñecas del apretón, ahora más débil. De pronto, Du Bois cayó al piso y sin perder tiempo las dos mujeres se recogieron las faldas y las enaguas y echaron a correr... y cayeron en los brazos expectantes de Zeus y de Gabriel.

Habría sido imposible afirmar cuál de los dos, María o Gabriel, estaba más asombrado de ver al otro. Ella creía que él estaba muerto y sin embargo en cuanto oyó el sonido de su voz supo sin vacilar a quién pertenecían esas manos poderosas que la retenían. Los ojos azul zafiro casi negros a causa de las profundas emociones que recorrían su cuerpo y después de las primeras e involuntarias palabras, María no pudo decir nada; sólo atinó a mirar

fijamente esa cara sombría y delgada sobre ella y a explorar esos rasgos tan atractivos, con la misma concentración hambrienta que se manifestaba en la mirada de Gabriel.

Sintió simultáneamente éxtasis y terror cuando las fuertes manos de Gabriel apretaron dolorosamente sus suaves hombros, desgarrada entre un sentimiento de alegría incrédula porque él vivía, y el terrible temor porque ahora era la prisionera de un hombre que tenía sobradas razones para despreciar y odiar el nombre de los Delgado. Un hombre que tenía buenos motivos para vengarse de las tragedias que la familia de María le habían provocado. Estudió un momento más el rostro de Gabriel, y por primera vez vio las finas arrugas que partían de los ojos verde esmeralda, de expresión dura, el gesto inflexible de su boca bien formada. El •cutis muy oscuro, intensamente bronceado por el ardiente sol tropical y entre los mechones de espesos cabellos negros, ella vio un destello del engaste esmeralda en la oreja y el aro de oro que relucía luminoso, colgado allí, cerca de la mejilla de piel curtida. Sus rasgos exhibían una expresión mucho más cínica que lo que ella recordaba y los ojos más fríos y más penetrantes, pues era evidente que los años vividos entre los Hermanos de la Costa habían dejado en este hombre su impronta. Se notaba un aire de temeraria indiferencia en él y al arriesgar una mirada más a la mandíbula de granito y al mentón fuerte y cuadrado, vio por primera vez el collar de oro que imitaba el del esclavo, adivinó exactamente lo que representaba para él y tembló un poco. Gabriel Lancaster no tenía motivo alguno para tratarla bondadosamente y ahora ella estaba completamente en su poder; él podía hacer lo que se le antojara y ella descubrió que, consciente de la situación, le parecía extrañamente sugestiva y al mismo tiempo terrorífica.

El primer pensamiento coherente de Gabriel, después que se atenuaron la impresión y el salvaje placer de tenerla de nuevo en sus brazos, fue que María se había convertido en una joven de sorprendente atractivo. Los casi tres anos transcurridos maduraron y esculpieron sus rasgos delicados, confiriéndole una belleza extraña y original. No era un atractivo clásico, pensó Gabriel con una parte de su mente; en cambio se trataba de una criatura dotada de tan etérea sugestión que sentía que le faltaba el aliento mientras continuaba contemplando ese rostro vuelto hacia él. Bajo las delgadas y oscuras cejas curvas, los ojos azul zafiro con cierto sesgo gatuno, dominaban la cara en forma de corazón y las pestañas negras, largas y espesas acentuaban el efecto. Una nariz pequeña y recta, casi altanera por la forma; la boca llena, seductoramente curva; y el mentón y la mandíbula de sorprendente firmeza, en todo caso venían a destacar la delicadeza misma de los rasgos. Las ondas de sus cabellos negros descendían desde el centro de la coronilla y acariciaban suavemente las mejillas de la joven, destacando la claridad de alabastro de la piel.

La mirada de Gabriel descendió, deteniéndose un momento en la curva de los firmes pechos, y de allí pasó al escotado corpiño de lavanda que ella vestía. Reconoció lentamente, en su fuero íntimo, que ella era muy deseable, muy pero muy deseable y que era suya...

Por extraño que pareciera, mientras la miraba se iba disipando en su mente el pensamiento de venganza. Quedaba sólo una confusa e irracional

sensación de alivio y placer. La encontró, había hallado a la niña–mujer que fuera el centro de sus sueños todos estos años, a la criatura seductora que de tal modo aturdió su cerebro y que recordaba más vividamente que a su esposa muerta. Se le endureció el cuerpo al pensar en ello y sólo entonces recordó el áspero deseo de venganza que nunca estaba muy lejos de su corazón. Apretó los labios y juró por lo bajo; ya esa pequeña bruja estaba utilizando sus ardides con él, induciéndolo a olvidar quién era ella, quién era él y por qué nunca podía sentir otra cosa que odio y desprecio hacia ella. Intencionadamente acentuó el apretón sobre los hombros de María y la obligó a estremecerse a causa del dolor.

–El destino –dijo con voz grave, en efecto actúa de manera misteriosa y tú, dulce bruja, pronto aprenderás exactamente qué destino te tengo reservado... simplemente, el que merece sufrir la hija de un Delgado a manos de un Lancaster.

Zeus estaba muy atareado sometiendo a Pilar, quien, a pesar del dolor que aún recorría su cuerpo después del cruel puntapié de Du Bois, luchaba animosamente. Pero al fin se impuso en razón de su fuerza, muy superior. Esquivando fácilmente los puños de Pilar, la atrajo suavemente hacia él y sus poderosos brazos inmovilizaron el cuerpo que se debatía.

–*Ma chérie,* no debes pelear así conmigo. Es inútil –canturreó dulcemente al oído de Pilar–. Sólo conseguirás lastimarte, y eso me entristecería mucho. Cálmate, dulce Juno, y yo me ocuparé de que jamás vuelvas a sufrir el más mínimo daño.

Su voz tuvo un efecto extrañamente calmante en Pilar y al darse cuenta de la inutilidad de continuar resistiendo, se desplomó, exhausta, apoyando la cabeza en el enorme pecho de Zeus.

–/fio/i/ –murmuró el pirata, y antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, la alzó en brazos. Miró la expresión aprensiva y furiosa de la cara de su dama y dijo alegremente:

–¡Mira! ¿Esto no es mejor? Bien, te llevaré a una hermosa casa y te bañarás y descansarás antes de que compartamos las delicias del amor.

El ánimo de lucha de Pilar momentáneamente se había agotado y casi resignada a su suerte, elevó los ojos hacia esa cara, sin duda atractiva. Se sintió como hipnotizada por la magnificencia del cuerpo de su aprehensor y mientras lo miraba aturdida, advirtiendo con indefinido interés que por lo menos ese hombre parecía humano a pesar del aro de oro que colgaba de cada oreja, tuvo conciencia de un extraño sentimiento de alivio. La cabeza afeitada de Zeus atrajo su atención y Pilar comentó:

–¡No tienes cabellos!

Zeus esbozó una ancha sonrisa.

–*Petite,* si quieres que tenga cabellos, por ti me los dejaré crecer. Soy un hombre muy cordial, *¿oíd?*

En ese momento Zeus oyó la voz de Gabriel que pronunciaba el nombre de los Delgado y volviéndose para mirar a su amigo, preguntó sorprendido:

–¿Delgado? ¿Esa criaturita es la mujer que estuviste buscando todos estos años? ¿La hermana de ese hijo de perra Diego Delgado?

Gabriel asintió y la satisfacción que sentía era muy visible. Pero antes de que pudiese contestar, la voz de Du Bois los interrumpió. Incorporándose con dificultad, el francés avanzó hacia ellos, proclamando jovialmente:

–*Merci beaucoup, mes amis,* por haber atrapado a esas dos gatas salvajes. Cuando yo termine con ellas, podrán saborearlas.

El brazo de Gabriel descendió hasta la cintura de María, acercándola más a él, mientras con la otra mano desenfundaba el sable. Con la espada sostenida amenazadoramente frente a él, afirmó:

–Te equivocas, amigo, las mujeres son nuestras. Tú las dejaste escapar y nosotros las atrapamos.

Los rasgos brutales de Du Bois se ensombrecieron y aulló rabioso:

–*¡Non!* ¡Son mías! ¡Yo, Du Bois, las apresé y son mías! ¡Dádmelas! –^

Con los ojos esmeralda fríos ante la amenaza de la violencia, Gabriel replicó secamente:

–No.

–¡Eso lo veremos! –atronó Du Bois, su propia espada desenfundada y pronta. Pero al ver a Zeus, que había puesto suavemente a Pilar en el suelo y al mismo tiempo extraía una de las pistolas de su cintura y se ubicaba de pie junto a Gabriel, vaciló. Sus ojos celestes recorrieron con un sentimiento de frustración al cuarteto que tenía delante y al fin prometió con voz agria:

– ¡Ángel Negro, quizás hayas ganado esta vuelta, pero ya veremos lo que tiene que decir el almirante. Las mujeres son propiedad común, tienes que compartirlas.

Gabriel meneó la cabeza.

–No –repitió en el mismo tono seco que no admitía discusión.

Du Bois les dirigió una última y colérica mirada y se volvió;

la furia que sentía era evidente en el modo de caminar y en la postura de sus macizos hombros.

Al ver que el bucanero francés se alejaba, Zeus dijo con voz pausada:

–*Mon capitaine,* no se ha dicho la última palabra en este asunto. Tiene razón, las mujeres son propiedad común. Si deseamos retenerlas como nuestras, nos costará parte de lo que nos toque del botín.

Gabriel lo miró y preguntó secamente:

–¿Te importa? ¿Quieres usarla y después entregarla a Du Bois?

Zeus miró a Pilar, que colgaba inerte al costado del bucanero. Apretó con más fuerza la cintura de la mujer y meneó la cabeza en un gesto vehemente.

–No, es mía. Pagaré el precio que corresponda.

–Yo también –dijo Gabriel con voz sombría y acercó todavía más a María. Con los ojos fijos en la cabeza inclinada de la joven, murmuró:

–Ella es mía, y nadie me la quitará.

Pero Du Bois no estaba dispuesto a dejar así el asunto y antes de que Gabriel y Zeus, que debían desplazarse muy lentamente a causa de las

mujeres exhaustas que los retrasaban, hubieran llegado a la casa que Zeus había conseguido, recibieron el mensaje de Morgan.

Con el rostro sombrío y la expresión dura, Gabriel leyó la escritura garabateada en la nota que le entregó uno de los ayudantes del almirante.

Estrujando el papel lentamente, miró a Zeus y dijo con voz tensa:

–Morgan quiere vernos inmediatamente... y con las mujeres. Du Bois presentó una queja contra nosotros y quiere resolver el asunto en seguida.

Sin más conversación, Gabriel y Zeus, seguidos por María y Pilar que caminaban dificultosamente, partieron en dirección a la residencia del ex alcalde, que Morgan había elegido para instalarse durante su estancia en Portobelo. La hermosa construcción daba frente a la plaza principal y cuando Gabriel y sus acompañantes llegaron, había varios bucaneros en el lugar, que él identificó como miembros de la tripulación de Du Bois. El propio Du Bois se apoyaba arrogante sobre el borde de la alta fuente de piedra que ocupaba el centro de la plaza y por la sonrisa de su cara era evidente que consideraba que ya había obtenido todo lo que quería. Morgan los esperaba en los peldaños de la casa y con gesto brusco indicó a Gabriel que se acercara. Dejando a María bajo la protección de Zeus, éste ascendió lentamente unos pocos peldaños, hasta que estuvo junto a Morgan.

Era evidente, por el modo en que el almirante se mordía nerviosamente el labio inferior y la expresión un tanto insegura de sus ojos negros que generalmente demostraban confianza en sí mismo, que no se sentía muy cómodo con la situación. Pero Gabriel no pudo determinar si la incertidumbre tenía que ver con su control sobre los bucaneros o porque se trataba del primer encuentro con su amigo después que habían discrepado respecto de la utilización de los sacerdotes y las monjas para concretar la ocupación de Portobelo. La expresión en la cara del jefe pirata no le decía mucho y el firme apretón de manos con que el otro lo recibió tampoco le permitió entrever nada.

Había una atmósfera tensa en la plaza, pero al parecer indiferente a todo eso, Morgan exclamó jovialmente:

–Entra, amigo mío, y hablaremos de este... desacuerdo que se ha manifestado. Estoy seguro –dirigió una mirada letal en dirección a Du Bois– que todo podrá resolverse sin derramamiento de sangre.

Entró de prisa en la casa acompañado por Gabriel y después de cerrar detrás las puertas dobles, Morgan rezongó:

–Es un asunto muy desagradable... Du Bois me acusó de favorecer a los bucaneros ingleses. Tendrás que renunciar a esa hembra y buscar otra para evitar que él incite al resto. –Casi con una nota de ruego en la voz profunda y sonora, agregó:– Seguramente puedes encontrar otra mujer que lo mismo te satisfaga.

Gabriel meneó la cabeza y dijo serenamente:

–No. Harry, es María Delgado, ¡y no la entregaré! Morgan pareció complacido y simultáneamente desalentado.

–¡María Delgado! ¡De modo que al fin la hallaste! Una noticia maravillosa... ¡Ojalá que la hubieses descubierto antes de que lo hiciera ese demonio de Du Bois!

Como sabía lo que la captura de María Delgado significaba para Gabriel, Morgan abandonó inmediatamente el intento de convencer a su amigo de que renunciara a su pretensión sobre la joven; hubiera sido absurdo pretenderlo, y él lo sabía muy bien. Además, después de lo sucedido esa tarde, no estaba en condiciones de someter a nuevas pruebas el lazo de amistad entre ellos;

preguntó bruscamente: –¿Todavía estás encolerizado conmigo por lo que sucedió durante la captura de Santiago?

Gabriel se encogió de hombros y dijo sin comprometerse:

–Eso ha terminado. No puedo modificarlo. Pero confieso, Harry, que tus métodos me desagradan. Una cosa es combatir y matar a hombres armados y otra sacrificar inocentes indefensos… españoles o no.

–Dime –preguntó con voz áspera Morgan– si al sacrificar a esos inocentes indefensos, como los llamas, y yo no llamaría inocentes a los que sirven a la Inquisición… pero en fin, si sacrificándolos hubieras podido salvar a tu esposa y tu hermana… ¿No habrías hecho lo mismo?

Las situaciones no eran análogas y parecía imposible responder a la pregunta de Morgan, así que Gabriel se volvió y preguntó secamente:

–¿Qué te propones hacer con Du Bois?

Durante varios segundos el jefe pirata caminó agitado de un extremo al otro del gran vestíbulo donde estaban. Finalmente, mientras se acariciaba el mentón, miró a Gabriel y preguntó:

– ¿Estás dispuesto a entregar a la otra? Quizá yo pueda convencer a Du Bois de que se contente con ella.

Una leve sonrisa jugueteó en las comisuras de los labios de Gabriel.

–No me corresponde a mí decidirlo. Zeus se siente bastante atraído por ella, ha jurado retenerla como propia.

–¡Por la sangre de Dios! ¡Es una situación infernal! –explotó irritado Morgan–. En vista de todas las mujeres disponibles, ¿por qué demonios las dos que fueron capturadas por Du Bois tenían que ser las únicas que satisfacen a tí y a Zeus?

Gabriel sonrió astutamente y dijo en voz baja:

–Morgan, ambos estamos dispuestos a pagar el rescate que se les fije. ¿Eso no resuelve el problema?

–Así lo espero, pero como sé que Du Bois desea embrollar las cosas, busca problemas y puesto que no aceptarás entregar a esa mujer Delgado, dudo que ahora acepte nada menos que abrirte la cabeza… a menos –miró de nuevo a Gabriel antes de preguntar con voz pausada– a menos que pueda convencerse a Zeus…

–Pregúntaselo –replicó Gabriel con expresión poco alentadora.

Pero unos minutos después, cuando salieron a la plaza y Morgan hizo la correspondiente pregunta, Zeus se mostró implacable.

–*¡Non!* Ella se le escapó y yo la atrapé… es mía, y pagaré por ella.

El anunció de Morgan de que Gabriel y Zeus estaban dispuestos a pagar el precio que se asignase a las mujeres, deducido de su parte en el saqueo,

pareció satisfacer a la mayoría de los bucaneros reunidos en la plaza. Era un trato justo, y cuando la identidad de María comenzó a difundirse entre los hombres, muchos piratas comprendieron y apoyaron la decisión de Gabriel, pues su ansia de venganza contra la familia Delgado era muy conocida. Pero Du Bois no se tranquilizó y apartándose de la fuente con un solo y violento movimiento, rugió:

–*¡Non!* ¡No lo acepto! Lucharemos por la pequeña... ¡Zeus puede guardarse su amazona! ¡Pero yo reclamo a la mujer más joven y combatiremos, ahora mismo!

Morgan dirigió a Gabriel una mirada de impotencia y murmuró:

–Sea... pero sólo hasta que se derrame la primera sangre. ¡No permitiré que un bucanero mate a otro!

María apenas había advertido lo que sucedía alrededor, pues estaba demasiado agotada a causa de los terrores de la larga jornada y el asombro de descubrir que Gabriel Lancaster vivía. Aturdida y muda, siguió ciegamente sus pasos, preguntándose angustiada qué destino proyectaba ese hombre para ella. No muy agradable, por cierto, de eso estaba segura; pero ni siquiera la conciencia de que era su prisionera podía destruir la dulce alegría que le recorría el cuerpo al sentir el contacto de ese hombre sobre su brazo. ¡El vivía! ¡Su inglés no había muerto! Cuando él recibió la nota y la arrastró a la plaza, María supo que algo estaba muy mal y cuando la dejó al cuidado de Zeus y desapareció en el interior de la casa con Harry Morgan, experimentó un espasmo de intenso temor que le atravesó las entrañas. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Cuál era la dificultad?

Zeus seguramente adivinó el temor de María, pues con una sonrisa casi bondadosa en su cara grande apoyó el brazo musculoso sobre los hombros de la joven, en un gesto protector, y dijo amablemente:

–No *temas, petite,* él se arreglará perfectamente... y tampoco debes temer que él te entregue a Du Bois.

Pese al horror de la situación en que ella se encontraba, había algo muy reconfortante en el enorme cuerpo de Zeus, y al ver los ojos ardientes y codiciosos de Du Bois fijos en ella, María se apretó más contra el mulato, y se alegró de que ese hombre tuviese tan temible corpulencia. Amparada en la relativa seguridad de la protección de Zeus, María miró alrededor, evitando los ojos lascivos de Du Bois. Lo que vio no era muy reconfortante; las caras endurecidas y brutales de los bucaneros que ocupaban la plaza, le infundieron un sentimiento casi abrumador de pánico. ¡Dios mío! Todo lo que había entre ella y las manos crueles de esos hombres era la figura de Gabriel... iy él la odiaba! Un estremecimiento recorrió su cuerpo y entonces Morgan y Gabriel reaparecieron en la entrada.

Después, los hechos se sucedieron de prisa. María apenas tuvo tiempo de entender que Gabriel y Zeus estaban decididos a pagar rescate por ella y Pilar, cuando Du Bois desenfundó su sable: ¡El corazón de María latió aceleradamente al descender Gabriel lentamente los peldaños de la residencia del alcalde, su propia espada desenfundada y en guardia. ¡Ah, Dios mío! Ella no podía soportarlo... acababa de hallarlo otra vez y se disponía a arriesgar la vida... por ella.

La plaza parecía un lugar extraño y misterioso mientras los dos hombres describían círculos con movimientos cautelosos.

Cuando oyó el sonido irritado de los aceros desnudos, abrió bruscamente los ojos y su sangre recorría frenética por las venas;

miró aterrorizada el decisivo combate que se desarrollaba ante ella: la luz de las antorchas que bailoteaba en la plaza perfilaba claramente a los dos combatientes.

Fieras chispas saltaron hacia el aire de la noche, mientras las espadas chocaban y relampagueaban una y otra vez. Gabriel obligó poco a poco a retroceder a Du Bois. Este luchó con salvajismo, conteniendo con furia cada ataque de la hoja de Gabriel y tratando desesperadamente de hallar un resquicio que le permitiese herir a su enemigo. Pero Gabriel no estaba dispuesto a permitir que la espada de su antagonista lo tocase y con una súbita finta penetró en la guardia de Du Bois: su espada se hundió profundamente en el hombro derecho del francés. Con un aullido de rabia y dolor, Du Bois dejó caer su arma sobre los adoquines y con la mano izquierda se aferró el hombro herido. Los ojos azules desbordantes de odio y cólera, miró a Gabriel y juró:

–¡Llegará el día, Ángel Negro, en que pagarás por esto! Gabriel sonrió astutamente e hizo una reverencia ofensiva.

–Me agradará volver a enfrentarte, cuando tú quieras, Du Bois –dijo burlonamente. Y volviéndose sobre sus talones, se dirigió hacia donde Morgan permanecía de pie, al final de la escalinata de la casa del alcalde. Con un gesto de interrogación en el entrecejo moreno, lo miró y preguntó secamente:

–¿Puedo irme ahora? ¿O quizás otro desee desafiar mi derecho a la mujer?

No hubo otros desafíos y entonces Gabriel y su pequeño grupo se encaminaron otra vez hacia la casa que Zeus consiguió. El brazo de Gabriel rodeaba la angosta cintura de María, sosteniendo su peso durante la mayor parte de la caminata; pero cuando llegaron a destino, de pronto la sorprendió alzándola sin esfuerzo con sus vigorosos brazos para entrar con ella en la elegante casa. Deteniéndose frente a la puerta de las habitaciones que Zeus había dicho le pertenecían, Gabriel miró a María con una expresión extraña. Cada uno estaba a pocos centímetros del otro, mientras se observaban fijamente en la oscuridad y el corazón de María comenzó a latir con celeridad. Tragó con esfuerzo y finalmente consiguió preguntar, temerosa:

–¿Qué te propones hacer conmigo? Una sonrisa, no del todo bondadosa y sin embargo tampoco del todo cruel, se dibujó en el rostro bien formado de Gabriel.

–Mi firme intención –murmuró con voz sorda, mientras abría con un pie la puerta y entraba en el cuarto, es descubrir si la venganza tiene un sabor tan dulce como me han inducido a creer que es el caso.

11

Con un rápido movimiento de su hombro, Gabriel cerró la puerta y avanzó lentamente hacia el centro de la habitación, mirando alrededor. Era un cuarto espacioso y él advirtió inmediatamente que uha puerta abierta al fondo conducía a una cámara más pequeña y al asomarse, vio una segunda puerta; supuso que conducía al corredor principal. A juzgar por las proporciones y la calidad de los muebles de ambos cuartos, pensó Gabriel, sin duda habían pertenecido al señor de la casa.

Contra las paredes de color marfil había varios muebles oscuros y profusamente tallados, de estilo español; sobre los pisos de madera cepillada, alfombras moriscas de vivos colores; y empequeñeciendo todo el resto, se veía un enorme lecho con dosel, levantado sobre un estrado al fondo de la habitación principal. La cama estaba envuelta en metros y más metros de fina tela color crema que cumplía la función de mosquitero. Al acercarse al lecho, Gabriel dijo secamente:

–El lecho de la esposa.

Con un solo movimiento apartó una de las delicadas cortinas y casi despectivamente arrojó a María sobre el enorme colchón relleno de plumas. Ella aterrizó de espaldas en el centro de la cama y las espumosas enaguas y las rumorosas faldas de seda púrpura volaron en todas direcciones. Decidida a mantener a toda costa la serenidad, después de recuperar el aliento se incorporó sobre los codos, mirando con severidad a Gabriel y preguntándose qué sucedería ahora. ¿Se arrojaría sobre ella como un salvaje hambriento?

El estaba de pie junto a la cama, las manos en jarras, los ojos verde esmeralda recorriendo apreciativamente la forma esbelta de María. Ella no tenía idea de su atractivo mientras yacía allí, los tobillos y los muslos bien formados que se delineaban claramente a través de la falda y las enaguas en desorden, los pechos pequeños pero firmes que se elevaban y descendían agitados bajo el corpino de profundo escote. El borde de encaje de su camisola enmarcaba el busto y los hombros y los largos cabellos negros se distribuían en un atractivo desorden alrededor de la cara y sobre el busto, hasta llegar a la cintura. Los ojos azul zafiro estaban cautelosamente fijos en Gabriel y los sentimientos contradictorios que ella experimentaba les conferían un matiz casi púrpura; la boca bien formada a pesar de la línea tensa, era una tierna invitación;

al mirarla, Gabriel sintió que algo se agitaba en su fuero íntimo. ¿Lascivia? ¿Deseo? ¿O quizás otro sentimiento menos pasajero? Lo irritó sentir algo que no era precisamente la necesidad de venganza y también que la expresión cada vez más aprensiva de los bellos ojos de María debilitasen su propia sensación de goce ante la situación.

Enfrentado con otro hombre, Gabriel era un enemigo fiero e inflexible, pero cuando se trataba de las mujeres y los niños, él nunca podía decidirse a infligirles una crueldad innecesaria; el recuerdo de la muerte sin sentido de su esposa y el destino probable de su hermana eran recordatorios constantes, amargamente dolorosos, de las vidas inocentes que se veían destruidas sin la más mínima necesidad. Sentía una furia impotente al advertir que él mismo estaba suavizándose frente a María y tenía conciencia de un absurdo deseo de abrazarla, de reconfortarla, de hacer algo, lo que

fuese, que eliminase esa expresión cautelosa y aprensiva en el rostro de la muchacha.

Con expresión sombría apartó sus pensamientos del camino que estaban siguiendo y se dijo fríamente que la situación con María Delgado era distinta; no se trataba de una espectadora inocente, era su enemiga, la hermana de su adversario más terrible. El, Gabriel, sería un condenado estúpido si permitía que su aparente aire de vulnerabilidad lo apartara de su propósito. ¿Acaso la juventud y la belleza de Caroline habían evitado el propósito de convertirla en esclava, de su degradación y muerte seguras? .¡No! ¡Y por Dios! ¡Tampoco a él lo apartarían de su propósito!

Enfurecido con su confusa reacción frente a ella, Gabriel extendió hacia María manos torpes, decidido a destruir todo sentimiento que no fuese el de la venganza. Implacable, la apretó contra su cuerpo musculoso y una mano le aferró la boca y mantuvo inmóvil esa cara contorsionada; su boca ansiosa de castigar encontró la de María y sus labios apretaron casi brutalmente los de su víctima.

Quería ser cruel, actuar con el mayor salvajismo posible, tratarla con el desdén y el desprecio que él siempre se había prometido demostrar, pero en lugar de que ese gesto le aportase el placer con el cual había soñado, Gabriel descubrió que era extrañamente desagradable y muy insatisfactorio. No extraía ningún goce de lo que estaba haciendo y así la besó con desesperación cada vez más profunda, como si mediante la mera fuerza de voluntad él pudiera llegar a sentir la alegría que el momento debía aportarle.

Enojada y al mismo tiempo atemorizada por los actos de Gabriel, María luchó violentamente para evitar el contacto. Su salvaje abrazo la arrancó del estado de aturdimiento en que se encontraba desde la primera vez que sintió sus brazos alrededor de su cuerpo, desde la primera vez en que oyó su voz; y luchó salvajemente para escapar de él. Se debatió con fiereza, con la misma fuerza que hubiese demostrado de tratarse de Du Bois. Sus dedos buscaron el mechón de cabellos oscuros y su cuerpo se resistió frenético para liberarse del apretón. Consiguió aferrar bien una porción considerable de pelo y tiró con dureza. Gabriel, emitiendo algo que era una mezcla de alarido y maldición, se apresuró a soltarla.

Sus ojos eran candentes puntos verdes bajo el fruncido entrecejo, mientras la miraba con hostilidad a través de la corta distancia que los separaba. María lo miró del mismo modo, con el busto agitado; la cólera se había impuesto momentáneamente al miedo. Hubo un silencio tenso y embarazoso, mientras se miraban con ojeriza, casi como si cada uno hubiese desafiado al otro a realizar el primer movimiento.

Otro bucanero habría golpeado a María para castigar su actitud y después violado con la misma indiferencia con que se bebe un jarro de cerveza y Gabriel tenía una irritada conciencia del hecho. También estaba furioso porque no podía, pese a lo mucho que había soñado con ese momento, pese a sus planes y a su ansia, tratarla de un modo tan brutal. Oh, deseaba hacerlo, pero algo en lo más profundo de sí se rebelaba contra este género de degradación. Irritado consigo mismo ante su propia debilidad, dijo algo desagradable por lo bajo y volviéndose sobre sus talones salió de la habitación, cerrando la puerta con fuerte golpe.

Profundamente asombrada, María lo vio alejarse y cuando comprendió que al parecer se había impuesto en ese choque específico de voluntades, medio riendo y medio sollozando se acomodó mejor en la cama. Aturdida, paseó la mirada por la habitación vacía. ¿Qué sucedería ahora? ¿El la abandonaría? O quizá, se dijo con un estremecimiento, ¿la entregaría a Du Bois?

Gabriel no tenía la más mínima intención de desembarazarse tan fácilmente de ella, pero necesitaba con desesperación un tiempo para dilucidar el efecto turbador que María producía en él... y en los dulces sueños de venganza que había alimentado durante años. Ella era su enemiga, se repetía ásperamente mientras descendía por el ancho corredor, en busca de Zeus. Era su enemiga, y por las llagas de Cristo, ¡se vengaría de esa mujer! ¡Nadie podía disuadirlo después de esa noche! ¡Por mucho que pareciera indefensa o impotente! ¡No conseguiría que él se sintiera arrepentido en lo más mínimo o que se compadeciera! ¡Por Dios, no lo conseguiría! El no quería saber nada más con esos sentimientos tiernos y castradores... ¿No se habían esfumado el mismo día en que murió su esposa? ¿No había jurado que los Delgado sufrirían las consecuencias? ¿No ganó merecidamente el nombre de Ángel Negro por su sangrienta persecución de los españoles? Y bien, ahora, cuando había llegado el momento que él tanto deseara, ¿su decisión vacilaba? Ella no volvería a embrujarlo, como había hecho ese día en Santo Domingo... No volvería a tejer cadenas de seda alrededor de su persona para retenerlo prisionero hasta la llegada de Pérez y sus secuaces. Se dijo fríamente que la situación ahora era distinta, esta vez, ella era su prisionera, y él era un bucanero. ¡Y cuando volviese a entrar por esa puerta no le demostraría absolutamente ninguna compasión! ¡Ninguna!

Después de formular esa sombría promesa, vio a un criado temeroso que se deslizaba por el corredor, lo llamó y le ordenó secamente que preparase un baño para la joven dama en las habitaciones del amo y que le llevasen alimento y bebida. Se convenció sardónicamente que estaba ocupándose de las necesidades de María sólo para confundirla, para prolongar la agonía de la expectativa que ella sin duda sentía. Pero mientras continuaba su camino, su cara de rasgos regulares se vio afeada por un gesto de preocupación, pues lo asaltó el pensamiento inquietante de que no era sólo el deseo de confundirla lo que lo había inducido a impartir esas órdenes.

Estaba de pésimo humor cuando abrió bruscamente la puerta de la amplia sala que se hallaba en la parte delantera de la casa. Su malhumor exacerbado no mejoró cuando encontró a Zeus cómodamente instalado en un sillón de cuero, sorbiendo una copa de excelente jerez español. Dirigió una mirada hostil a su amigo, y se detuvo apenas entró en la habitación, para preguntar irritado:

–¡Qué! ¿No estás gozando de los encantos de tu amazona? ¿O quizá puede afirmarse que ya te decepcionó?

Zeus le dirigió una mirada reflexiva y al advertir la inquieta cólera que titilaba en los ojos verde esmeralda, hizo un gesto amable en dirección al

jarrón de grueso cristal lleno de jerez depositado sobre un largo armario de madera de avellano.

–Sírvete algo de beber y siéntate, *mon capitaine* y gocemos de algunos de los placeres menores de nuestros trabajos.

El malhumor de Gabriel se disipó instantáneamente ante las palabras serenas de Zeus; el inglés esbozó una mueca e hizo exactamente lo que el otro le sugería. Con una copa de jerez en la mano se acomodó en un pequeño sofá de cuero recamado, y murmuró:

–Perdona mis palabras anteriores... estoy irritado. Zeus se abstuvo sensatamente de comentarios o preguntas y durante un momento ambos permanecieron sentados en silencio, bebiendo el jerez, licor que hasta esa mañana había pertenecido al rico mercader cuya casa Zeus confiscó para su capitán. Se estableció un tranquilo silencio y sintiéndose un tanto relajado por primera vez desde que habían descendido de los barcos para cumplir esa absurda misión, Gabriel preguntó como de pasada:

–¿Cómo está tu amazona?

Una sonrisa beatífica se dibujó en la cara de Zeus.

–La última vez que la vi estaba muy atareada arrojándome todo lo que se le ponía al alcance de la mano. Como es lógico, decidí concederle tiempo para que se avenga a su destino. ¡Qué temperamento! ¿Y la tuya? ¿Qué está haciendo esa mágica belleza?

Gabriel sonrió al oír las palabras de Zeus y murmuró:

–Mi mágica belleza, como tú la llamas, sólo intentó provocarme una calvicie igual a la tuya... y como tú, la dejé para que reflexione acerca de su situación. –Y agregó secamente:– Quizá debamos agradecer que Portobelo no estuviese defendida por mujeres, o por lo menos por mujeres del tipo de las dos gatas salvajes que nos han interesado.

–¿Y te interesó? –preguntó astutamente Zeus–. ¿Esa gatita salvaje de Delgado te interesó? ¿O es sólo el deseo de venganza el que te indujo a apresarla... y llevarla a tu cama?

Gabriel endureció los músculos del cuerpo porque la pregunta de Zeus había dado muy cerca del blanco. Pero no había secretos entre ellos dos y ahora, sin sonreír contestó sinceramente:

–No lo sé. Si estuviese frente a frente con el hermano, no dudo de lo que sentiría, pero es una mujer...

No concluyó la frase, y en su semblante se dibujó una expresión de desconcertada cólera.

Su respuesta pareció resolver cierto interrogante que Zeus se había formulado, pues éste emitió un gruñido de satisfacción y dijo jovialmente:

–Ya has hablado bastante de venganza... Ahora sólo deseo una buena comida, un baño caliente y una mujer tibia en mis brazos... ¡y en ese orden!

Al mismo tiempo de haberse adueñado de la casa, Zeus también se hizo cargo de varios criados y poco más tarde él y Gabriel se sentaron a consumir una comida bastante agradable en el espacioso comedor contiguo a la sala. Después de dejar sobre el plato la pata de pollo que había estado comiendo

y de pasear la mirada por los elegantes adornos de la habitación, Gabriel observó reflexivo:

–Tu mercader era sin duda muy rico. La casa, los criados y los muebles son dignos de un señor. Zeus asintió.

–*Oui* –dijo astutamente–. Deseaba algo que te complaciera... sobre todo después que te di ese golpecito amable en el mentón.

Gabriel dirigió una sonrisa a Zeus y alzó la copa para un brindis.

–Estás en deuda conmigo, mi corpulento amigo. Ten cuidado.

Zeus elevó su propia copa en respuesta y bebió de buena gana, al parecer en absoluto despreocupado de la amenaza de Gabriel. Permanecieron sentados, comentando los hechos de la jornada durante un rato más y después iniciaron una cordial disputa acerca de quién deseaba realmente bañarse primero en la original y valiosa, bañera de cobre del ex propietario. Gabriel finalmente convenció a Zeus de que él en efecto deseaba saborear un rato más el excelente vino del mercader, antes de retirarse a dormir. Con una sonrisa de expectativa en su ancha cara, Zeus salió en busca de los criados que debían calentar y traer el agua.

Mientras terminaba su segunda copa de vino en agradable soledad, Gabriel meditó acerca del golpe de suerte que le había permitido apoderarse de María Delgado. ¡Pensar que había recorrido todo el Caribe, siempre con la esperanza de hallarla, y sin embargo, cuando menos lo pensaba, ella caía directamente en sus brazos! Ni siquiera reconocía ante sí mismo que él estuvo buscándola y que los motivos que lo indujeron a desear la captura de la joven tenían muy poco que ver con el ansia de venganza. Como rehusaba formular conjeturas acerca de sus propios sentimientos, prefería saborear ese momento de triunfo; y Gabriel sonrió levemente al recordar la expresión de asombro en la cara de María cuando comprendió quién la retenía prisionera. Se levantó de la mesa, de pronto ansioso de verla otra vez, ansioso de comprobar que ella en verdad era su cautiva, que se encontraba en el fondo del corredor y que no se trataba de la febril imagen arrancada de un sueño.

Pero ante todo, como Zeus, también Gabriel fue a buscar la bañera de cobre y la idea de que tomaría su primer baño verdadero en varias semanas le pareció muy atractiva. Descubrió complacido que Zeus, concluida su inmersión varios minutos antes, había ordenado que llevasen la bañera al cuartito contiguo a las habitaciones de Gabriel. También previo calentar más agua para sus necesidades y así, pocos minutos después, Gabriel estaba agradablemente sumergido hasta el pecho en el agua jabonosa, con una gran barra de jabón perfumado en la mano. Arrugó al principio la nariz al percibir el intenso aroma, pero se encogió de hombros. Por lo menos había jabón, y si él, Gabriel, olía como un petimetre que caminaba por los corredores de Whitehall, que así fuese.

Conseguir ropa limpia no fue problema; varios baúles de prendas confiscadas llegaron a la casa horas antes y Gabriel pudo elegir una lujosa bata de excelente seda que se vistió después del baño. Acababa de ponerse la bata y estaba frotándose distraídamente los cabellos recién lavados, cuando oyó un golpe en la puerta que se abría sobre el corredor principal.

Cuando respondió al llamado, lo sorprendió un tanto ver a Zeus que, con una expresión avergonzada en la cara, entraba en la habitación.

Ante la expresión extrañada de Gabriel, Zeus murmuró:

–No tengo intención de pasar la noche entera sometiéndola... me prometió que se mostrará afectuosa y dócil si primero le permito hablar contigo. Juró que no intentará escapar ni matarme durante la noche si le concedo sólo ese pedido.

Con un atisbo de burla en los ojos, Gabriel dijo alegremente:

–Entonces, es el momento de que yo converse con esa fiera criatura que tú conseguiste. Me entristecería encontrar tu cadáver por la mañana.

Zeus sonrió, pues ambos sabían que esa afirmación era ridicula; pero también era evidente aun para el más ciego que Zeus estaba profundamente enamorado de su amazona y estaba dispuesto a complacerla incluso en las cosas más absurdas. Otra mujer habría descubierto a esta altura de los acontecimientos exactamente cuan duro podía ser este hombre y cuánto le desagradaba no salirse con la suya; pero lo cierto era que Pilar se las había arreglado, en pocas horas, para deslizarse bajo su guardia defensiva y convertirlo evidentemente en un pedazo de arcilla que ella manipulaba a placer.

Con mucha curiosidad, Gabriel observó mientras Zeus introducía a Pilar en el cuarto. Volvió a constatar que era una mujer magníficamente formada; y con su elevada y majestuosa estatura, los hermosos ojos negros y rasgos regulares, era evidente por qué Zeus estaba seducido. El admirado Gabriel también llegó a la conclusión de que era muy valerosa, pues avanzó derechamente hacia el inglés y exigió fieramente:

–¡No debéis lastimarla! Es muy joven e inocente y no comprende bien las relaciones de un hombre con una mujer.

Por favorecer a Zeus, Gabriel estaba dispuesto a seguirle la corriente, pero había ciertos aspectos en los cuales no toleraba interferencias y su relación con María era uno de ellos. Con los ojos verde esmeralda entrecerrados, Gabriel le replicó secamente:

–Creo que olvidáis vuestra condición en esta casa. También creo que María Delgado es mía, y que la trataré como me plazca.

Consciente de la peligrosidad de su situación y también de que ella y María recibían un trato mucho más respetuoso y amable de lo que jamás podrían haber soñado, en vista de las circunstancias, Pilar contuvo la áspera respuesta que automáticamente asomó a sus labios. Ese hombre alto y arrogante no se dejaría apartar de los planes que había trazado para María, y Pilar se apresuró a abandonar su actitud belicosa. Con los ojos oscuros en una expresión de ruego, se limitó a decir:

–Señor, es virgen... sed amable con ella, es todo lo que os ruego. Sed gentil.

Un gesto casi imperceptible de asentimiento de la cabeza morena fue la única respuesta y Pilar tuvo que contentarse con eso. La había asombrado que Zeus respetase el acuerdo desesperado que ella le propuso y ahora nada más podía hacer para ayudar a María. Pero el espíritu *de* Pilar estaba un poco más animado cuando salió de la habitación acompañada de Zeus. Era

evidente que este Gabriel Lancaster era un hombre de buena cuna y buena crianza; también muy apuesto, tan apuesto, se dijo Pilar, que podía arrebatar el corazón de cualquier mujer. Sería suficiente que demostrase la más mínima gentileza con la joven y ella no dudaba de que para María la noche no parecería tan terrible como fácilmente hubiera podido ser. Como para ella, se dijo Pilar con una débil sonrisa. Zeus era un hombre limpio, ya le había demostrado que no carecía por completo de sentimientos refinados y ciertamente tenía su atractivo. ¿Quién sabía qué placeres podía hallar Pilar en los fuertes brazos de ese gigante medio gentil y medio salvaje...?

Si Pilar hubiese conocido el sobresalto que experimentó el pulso de Gabriel cuando oyó lo que ella decía, se habría reído de sus inquietudes acerca del destino de María. El inglés podía repetirse constantemente que lo que lo llevaba al lecho de María era la venganza y que la razón por la cual lo complacía tanto lo que Pilar había revelado era que de ese modo su venganza tenía un sabor mucho más dulce; pero una parte de sí mismo sabía que sólo estaba engañándose. Poco deseoso de profundizar en el tema, con una extraña ansiedad, la ansiedad de un recién casado, abrió la puerta que conducía al dormitorio.

La habitación estaba sumida en la oscuridad, except'o una pequeña vela que parpadeaba sobre la mesa, cerca de la cama. Atravesó con paso rápido la habitación, se detuvo al llegar a la cama y con una mano levantó lentamente el mosquitero. La luz de la vela bailoteó sobre la forma dormida de María, y Gabriel al mirarla sintió una extraña punzada en la región del corazón.

Estaba muy hermosa en el sueño, un débil sonrojo le coloreaba las mejillas y los largos cabellos negros se rizaban junto a las sienes, acentuando la blancura de alabastro de su cutis. La noche tropical era tibia, ella había apartado las sábanas y el cobertor y la forma esbelta de su cuerpo se manifestaba claramente bajo la camisola de fina seda que le suministró una de las criadas, después de hallarla en los baúles de ropas. Mientras Gabriel permanecía de pie, mirándola, advirtió que ella le provocaba sentimientos que antes nunca había experimentado, pues ni siquiera la noche de su boda se había acercado con tanta ansiedad al lecho conyugal. La idea lo confundió y también lo irritó, tanto porque deseaba sentir únicamente la satisfacción de la venganza definitiva contra los Delgado, como por el conocimiento de que si entre las dos familias no hubiese existido el problema de la vendetta, aun así él la habría deseado, aun así hubiera luchado contra Du Bois por el derecho de reclamar a María como cautiva. Era una (dea inquietante y en su frente se dibujó una arruga mientras continuaba contemplando los rasgos de la joven dormida. ¿Qué había en ella que desviaba sus sentimientos, que lo inducían a olvidar la venganza cuando la miraba, y le dejaba sólo el deseo de saborear de nuevo la dulzura que había conocido esa tarde en Santo Domingo? No podía hallar respuestas a estas preguntas, y con un rezongo exasperado ante el torbellino de sus propios pensamientos, se quitó la bata y se metió de prisa en la cama.

María se movió un poco en el sueño, cuando él se acercó más y casi como si hubiese intuido que ya no estaba sola, abrió lentamente los ojos. Al

ver el rostro delgado a pocos centímetros del suyo, María sonrió soñolienta y murmuró:

–¡Inglés! ¡Te fuiste'mucho tiempo! ¡Creí que me habías abandonado!

Sin quererlo, Gabriel retribuyó la sonrisa y rodeándola con los brazos la acercó más.

–¿Abandonarte? ¡Nunca! ¡Y menos cuando tanto tiempo ansié tenerte aquí!

No pensó que en realidad estaba diciendo una verdad más profunda que lo que él mismo advertía; solamente sabía que ella era un cuerpo tibio y dulce en sus brazos y que él deseaba intensamente besar esa boca tersa que estaba tan cerca. Suavemente los labios de Gabriel buscaron los de María y la besó con una ternura inesperada, que sorprendió a los dos.

Todavía medio dormida y ni siquiera consciente de lo que había dicho, María reaccionó instintivamente a la ternura del beso. En efecto, al principio había temido que él la hubiese abandonado, pero la llegada de la bañera y el alimento calmaron sus temores, ya que no su confusión. Cuando pasaron las horas y él no regresaba, sintió aprensión de nuevo, pero fatigada por los terrores de la jornada se durmió apenas unos minutos antes de que él se acercara a la cama. Que él ahora estuviese allí suscitaba en María una extraña satisfacción, como si estuviese en condiciones de afrontarlo todo mientras contara con la presencia del inglés; y la sorprendente calidez de su beso pareció disipar todos los temores que podía abrigar acerca del futuro. Era su prisionera y podía hacer con María lo que se le antojase, y si bien esa idea hubiera debido colmarla de miedo y desesperación, mientras él continuaba besándola tan tiernamente ella llegó, aturdida, a la conclusión de que quizá ser su cautiva, después de todo, no era un destino tan terrible.

A diferencia de Gabriel, María no se hacía ilusiones acerca de lo que sentía: este hombre siempre la había fascinado, desde aquel momento inicial en que lo viera a bordo del *Santo Cristo,* suscitando en su fuero interno una emoción profunda; y así la joven sabía que lo que sentía por él era único, que otro hombre jamás había provocado ni provocaría la misma reacción. No lo denominaba amor, solamente sabía que cuando estaba en brazos de Gabriel el resto no importaba; ni la fiera enemistad entre las dos familias, ni las ofensas infligidas en el curso de los anos; importaba únicamente el aquí y el ahora y con toda la calidez y generosidad de su naturaleza amante, ella retribuyó los besos, ansiosa de llegar a ser mujer en los brazos de este hombre; y poco le importaban las razones que los reunieron en este momento.

Como le había sucedido esa tarde en Santo Domingo, la reacción sin ataduras de María sorprendió a Gabriel, lo sorprendió y lo complació y la sangre le hirvió en las venas cuando ella retribuyó cálidamente el beso y su cuerpo suave se adaptó al de Gabriel. El podía sentir el calor de la piel de la joven a través de la fina camisa que los separaba y con manos impacientes y premiosas se la arrancó, gimiendo de satisfacción cuando él acercó todavía más el cuerpo de la joven y su carne desnuda tocó la de Gabriel. Tenía la piel como seda y complacido, le masajeó suavemente los hombros y sus dedos se movieron ejerciendo una presión lenta y rítmica.

Suspirando de goce ante el contacto, María arqueó la espalda como un gatito e inconscientemente apretó el pecho contra los rizos suaves y oscuros que cubrían el pecho de Gabriel. De pronto sintió llenos los senos y los pezones se endurecieron, emitiendo vibraciones mientras ella se frotaba contra él; instantáneamente María cobró conciencia de un calor ardiente que se difundía lánguido a través de todo su cuerpo. Las largas piernas de Gabriel estaban apretadas contra las de María, y entre sus cuerpos abrazados, ella tenía perfecta conciencia de la virilidad cálida y rígida que se apretaba íntimamente contra el vientre femenino. Impulsada por instintos que no controlaba, las manos de María recorrieron, ardientes, el cuerpo musculoso, y se regodeó en la suavidad de la piel del hombre, en la fuerza de esa forma esbelta tan próxima a la de ella.

Esas manos suaves y gentiles, que se movían ligeras arriba y abajo de la columna vertebral, aportaban tal placer sensual en Gabriel, quien incapaz de controlar la pasión potente en él mismo, buscó una intimidad más profunda, sus labios separaron los de María y su lengua buscó y encontró la calidez húmeda y excitante de la boca. La besó con intensidad cada vez mayor y su lengua exploradora llenó la boca de María, inflamándolos a ambos, mientras las manos de Gabriel abandonaban renuentes los hombros de la muchacha y descendían hacia los pechos. Apretó dulcemente la carne firme y su pulgar acarició intencionadamente un pezón mientras la otra mano palmeaba y acariciaba el otro seno; pero él estaba hambriento del sabor de esos tiernos botones y abandonando la boca de María sus labios delinearon un camino descendente hacia los pechos.

La boca de Gabriel era cálida e insistente mientras coronaba los pezones, saboreando primero uno y después otro, y sus dientes la excitaban aun más mientras él rozaba y sorbía los extremos hinchados. La respiración de María era irregular, el corazón le martillaba el pecho y sentía el cuerpo como si estuviera consumido por el fuego mientras la lengua de Gabriel jugueteaba con los sensibles pezones y los dedos de María se enredaban en los cabellos oscuros de la cabeza, acercando más al hombre, ansiosa de que él la besara, queriendo que él continuase lo que estaba haciendo, deseando y deseando...

Febrilmente ella se frotó contra el cuerpo de Gabriel y cuando él pasó una pierna sobre María para aquietar los movimientos nerviosos de la joven, y su miembro pulsante se frotó eróticamente entre los muslos femeninos, ella gimió de placer y frustración. La había poseído una dulce locura y ella deseaba que continuase, pero en sus entrañas había un dolor cada vez más exigente que se imponía a todas las restantes sensaciones y así, impotente, se frotó contra el cuerpo de Gabriel.

El estaba prolongando intencionalmente el momento que lo separaba de la posesión y quería excitarla hasta que ella enloqueciera de deseo, decidido a lograr que cuando al fin uniesen sus cuerpos, ambos sintieran el placer del momento. Pero él la deseaba tanto, estaba tan colmado de la necesidad urgente de zambullirse en el mar de éxtasis que como bien sabía los esperaba, que cada vez que el cuerpo móvil de María lo tocaba, casi perdía el control. Su boca se apartó del seno femenino, y apresó suavemente entre los dientes el lóbulo de la oreja de la joven, murmurando con voz espesa:

–Quieta, mi tigrecita española. Quieta, porque así ambos gozaremos. –Emitió una risa jadeante y agregó:– ¡Después de esta noche, no necesitarás temer que yo me retrase! Pero hasta que seas realmente mujer, no quiero avanzar con excesiva prisa.

María detuvo instantáneamente sus movimientos al oír las palabras de Gabriel y con una mirada de asombro preguntó tímidamente:

–¿Lo sabes?

Una sonrisa casi tierna se dibujó en la boca bien formada de Gabriel mientras veía los rasgos ruborizados de María. Besó tiernamente la comisura de los labios de la joven y murmuró:

–Lo se. Y más tarde... mucho más tarde... te diré cómo lo supe.

Sin darle tiempo a formular más preguntas, la boca de Gabriel encontró de nuevo la de María, la besó con una intensidad apasionada que lo zambulló de nuevo en un mundo cálido y sensual habitado sólo por los amantes. Pero ahora había en los movimientos del inglés una urgencia febril y sus manos recorrían hambrientas la carne de la joven, acariciando y excitando mientras se desplazaban desde los pechos, pasando por el estómago liso, hasta la unión de los muslos.

Cuando él la tocó allí, María sintió un nudo en la garganta, tuvo un momento de temor, pero Gabriel murmuró suavemente contra la boca de la joven:

–No temas. Lo haré tan suavemente como pueda... y si te lastimo, será únicamente esta vez. –La besó con fuerza, su lengua explorando la de María y apartándose apenas de ella agregó con voz ronca:– Después de esta noche, nunca volverás a sufrir, querida... será cada vez más agradable.

Con un movimiento lento y sensual, la mano de Gabriel acarició los rizos pequeños y apretados, excitando hasta lo insoportable la pasión virginal, de modo que ella presionó sobre los dedos invasores, ansiosa de la posesión total. Los besos de Gabriel fueron cada vez más exigentes, y con el mismo apremio hambriento que lo impulsaba a él, María retribuía sus besos y su lengua se movía excitada sobre la de su compañero.

Gabriel no pudo soportar más y se movió apenas de modo que su cuerpo se deslizó entre las piernas de María. Suavemente separó los muslos, deslizó una mano bajo el cuerpo de la muchacha para elevar apenas las caderas, y con la otra separó la carne suave, explorando dulcemente y preparando el camino a la posesión.

Ella sintió que él se movía apenas y entonces con intenso placer, casi sin aliento, advirtió que la cálida potencia masculina la penetraba lentamente. Su cuerpo tembló a causa de la dulzura misma de esa invasión; ansiosa de recibir todo lo que él daba, María arqueó el cuerpo, desesperadamente ansiosa de acentuar la fuerza de esos movimientos iniciales en el interior de su propio cuerpo.

Los movimientos de María casi anularon el control que Gabriel intentaba imponer a sus actos, y la seda tibia de su cuerpo cuando ella lo aceptó con tanto ardor, fue el sentimiento más intensamente sensual que él había experimentado jamás en su vida. Gimiendo de placer, él le sostuvo las

nalgas y con un control de cuya existencia no tenía ni sospecha, lentamente la penetró por completo.

La posesión había sido tan tierna y dulce que María sintió a lo sumo una minúscula punzada de dolor cuando el cuerpo de Gabriel la poseyó por completo. La asombró el placer que se difundió por todo su cuerpo al saber que ahora era una mujer, que el inglés había sido el hombre que le arrebató la virginidad y en un gesto erótico arqueó el cuerpo para acercarse todavía más al cuerpo duro y cálido del hombre.

Respondiendo a los movimientos de María, las manos de Gabriel aferraron con más fuerza las nalgas, y casi perezosamente comenzó a moverse sobre ella, y sus movimientos consiguieron que María cobrase sugestiva conciencia del modo total en que él la ocupaba, del poder que había en el cuerpo de ese hombre, y de todo el placer que ella podía sentir. El dolor exigente que vorazmente había comenzado a manifestarse en sus entrañas pareció acentuarse con cada movimiento de Gabriel y ella descubrió que obedeciendo al instinto movía el cuerpo para salir al encuentro de cada envión. Sentía el cuerpo de fuego, atacado por un sentimiento maravillosamente áspero que la llevaba a retorcerse desordenadamente bajo el peso de Gabriel, y a expresar con estridentes sollozos su placer cada vez que los dos cuerpos confluían. De pronto, cuando ella creía que estaba a un paso de la locura a causa del placer que la inundaba, su desvarío interior pareció explotar en un glorioso sentimiento de éxtasis y el pequeño cuerpo de María tembló a causa de la intensidad del goce.

María apenas tenía conciencia de los movimientos de Gabriel, aún estaba aturdida a causa de sus propias reacciones, y sólo cuando él se apartó lentamente, la realidad recobró sus derechos. Pero, al menos por el momento, era una realidad muy agradable, pensó María soñadoramente mientras Gabriel la abrazaba y depositaba un beso suave sobre la frente de la joven. Como si hubiera sido la cosa más natural del mundo en ella, se acurrucó junto a él, la cabeza descansando cómodamente en el ancho hombro. Quizás era la cautiva de Gabriel, musitó soñolienta, pero por el momento era una cautividad tan dulce que ella misma se preguntó cómo era posible que jamás la hubiese tenido.

12

Gabriel permaneció despierto mucho tiempo después que María se durmió, y sus pensamientos no eran agradables mientras yacía acostado, con el entrecejo fruncido, la mirada clavada en el dosel. A decir verdad, esa noche debía haber sido muy distinta: en lugar de dormir tan confiadamente a su lado, María hubiera debido tratarlo con repugnancia y rechazo y él experimentar mucha satisfacción al avergonzar y mancillar a la hija de los Delgado. Pero no había sido así…

Con un sentimiento de frustración, se formuló la pregunta:

¿Cómo había sucedido? ¿Cuándo se modificó su deseo de venganza? ¿Cuando la amazona de Zeus le advirtió que María era virgen? ¿O antes aún, al caer en sus brazos y él comprobar asombrado el sentimiento de salvaje placer que lo poseyó al saber que ella era su cautiva?

Movió apenas el cuerpo y miró severamente los rasgos de María dormida. ¿Qué había en ella que lo afectaba como nunca lo había hecho otra mujer? Esa muchacha estuvo atormentando sus pensamientos desde esa tarde en Santo Domingo, y esta noche su cuerpo le había ofrecido un placer que antes él nunca experimentó.

Hizo el amor a muchas mujeres en los treinta y cuatro años de su vida, pero ninguna jamás había logrado que sintiera lo mismo que provocaba en él esa pequeña criatura acostada allí... ni siquiera su esposa. Apretó los labios y tuvo conciencia de una profunda sensación de culpa, como si no hubiese sido justo que una Delgado lo excitara más, lo complaciera más, lo satisficiera más que su esposa fallecida. La cólera contra sí mismo y contra María traspasó su cuerpo.

Podía pensar en muchas excusas para explicar su conducta de esa noche, pero ninguna lo complacía. Sí, ella era joven. Sí, había sido virgen. Incluso estaba dispuesto a admitir que personalmente ella jamás había hecho nada para perjudicarlo: su único pecado era haber nacido en el seno de la familia Delgado. Incluso podía argüir que su bondad provenía de la ridicula esperanza de que Caroline hubiera sido iniciada en la femineidad con la misma dulzura que él había demostrado esta noche a María; pero poseía una cínica conciencia de que esas razones nada tenían que ver con sus actos inexplicables. Tampoco eso explicaba por qué la propia María reaccionó con tanto ardor a sus abrazos...

Ella hubiera debido rechazarlo, hacer todo lo que estaba a su alcance para evitar que la poseyera, pero no procedió así... En todo caso, alentó sus avances. Su entrecejo se acentuó y sintió el deseo irracional de despertarla bruscamente para preguntarle por qué no se había defendido de él. Si no hubiera sabido que la joven era virgen, ni conocido el momento en que había rasgado la delicada membrana que era la prueba de su virginidad, habría–llegado a la conclusión de que se trataba sencillamente de una criatura disipada, que podía excitarse fácilmente con las caricias de un hombre cualquiera. Pero ese argumento parecía ridículo en vista de que la había hallado intacta... a menos, pensó obstinadamente Gabriel, que ella reaccionara del mismo modo frente a cualquier hombre como reaccionó frente a Gabriel, virgen o no. No le agradó la idea, porque le pareció repulsiva y la rechazó con furia.

Al parecer, no tenía respuestas para explicar sus propios actos ilógicos o la tierna sumisión de María, y en su fuero íntimo experimentó un sentimiento de profunda frustración. Nada parecía desarrollarse como sus sueños de venganza indujeron a creer que sería el caso.

Y sin embargo, si por cierta razón María lo había embrujado, aun así ella no podía eliminar la profunda necesidad que él sentía de vengar lo que Diego infligió a Elizabeth y a Caroline. La esposa de Gabriel había muerto a causa del hermano de María, su padre había perecido a manos del padre de la joven, y su hermana había sido vendida como esclava y enviada a una

muerte segura por el hermano de la muchacha; parecía una horrible caricatura de la justicia que ella durmiese tan confiadamente al lado de Gabriel, que él se lo permitiera y le hubiese hecho el amor con tanta delicadeza. Veinticuatro horas atrás él habría jurado sobre su propia sangre que prefería dormir con una víbora antes que compartir su lecho con María Delgado; y sin embargo, ahora estaban uno al lado del otro como marido y mujer...

Encolerizado, se apartó de ella y de los enigmas que María representaba. Con la espalda fríamente vuelta hacia ella permaneció acostado, confundido e irritado por los hechos de esa noche, sintiéndose indefinidamente engañado y en una actitud de irracionalidad masculina, atribuyendo a María la culpa de su estado. Tampoco contribuyó a mejorar su ánimo que ella tratara de acercarse y que su cuerpo esbelto se apretase suavemente contra el de Gabriel. Y entonces comprobó que le agradaba que estuviese allí y con un suspiro exasperado frente a sus propias vacilaciones se sumió poco a poco en el sue&o.

Por la mañana, cuando María despertó, descubrió con sentimientos contradictorios que estaba sola en el enorme lecho y que el lugar en que Gabriel había descansado durante la noche ahora estaba frío y parecía poco acogedor. Tuvo conciencia de que experimentaba cierta decepción y se sonrojó al comprender que le habría agradado que él le hiciera otra vez el amor. Pero también se alegró de disponer de un momento de soledad para reconciliarse con todo lo que le había sucedido en tan breve lapso. La víspera había despertado al comprender horrorizada que los temibles bucaneros atacaban la ciudad; pasó el resto del día asustada y ocultándose; durante un rato fue prisionera de un bruto salvaje y temiendo que ese hombre la deshonrase, pero hoy... Hoy despertaba con una sensación placentera, porque se había convertido en mujer en los fuertes brazos del hombre fascinante y atractivo, a quien había creído muerto los últimos años.

Con una soñolienta sonrisa de satisfacción, se estiró e instantáneamente percibió una sensibilidad especial entre los muslos y volvió a sonrojarse, porque recordó explícitamente lo que había sentido al enlazar su cuerpo con el de Gabriel. En verdad, no lamentaba la experiencia de la noche anterior; en todo caso, le agradaba no ser ya virgen y ahora sabía muy bien lo que sucedía entre un hombre y una mujer.

Una fina arruga se formó en su frente. No había esperado de él tanta bondad y de pronto comenzó a preguntarse por qué había actuado de ese modo. Y también cómo sabía que ella era virgen; sólo Pilar lo sabía y podía habérselo dicho.

¡Pilar! Con una breve e inquieta exclamación, impregnada de arrepentimiento porque hasta ese momento ni siquiera pensó un instante en la suerte corrida por su amiga, se sentó bruscamente en la cama. ¡Realmente, su conducta fue perversa! ¿Qué cosas terribles había sufrido Pilar a manos de ese enorme bruto de Zeus? Recordó que estaba completamente desnuda, y con movimientos rápidos buscó alrededor de la cama, hasta que encontró la camisola de seda que Gabriel había arrojado la noche anterior a un costado. Se la puso de prisa y apenas se acercó al borde

de la cama cuando se abrió la puerta que daba al corredor principal y el objeto de su inquietud entró confiadamente en el dormitorio.

María percibió instantáneamente que Pilar sin duda no tenía el aspecto de una mujer que hubiese sufrido graves daños;

parecía envuelta en una aureola suave y tibia y estaba vestida con prendas de buena calidad; la falda de satén escarlata y negro crujió cuando ella entró en el cuarto. Con cierta inquietud en los grandes ojos negros cuando los fijó en el hermoso rostro de María, Pilar preguntó ansiosa:

–¿Estás bien? ¿Te hizo daño? ¿Fue muy terrible, querida? María se sonrojó y desvió los ojos, y dijo vergonzosa:

–No, no fue en absoluto malo. El se mostró muy bueno conmigo.

Pilar emitió un suspiro, pero entrecerró los ojos al ver la reacción y escuchar las palabras de María. Con aire reflexivo preguntó:

–¿Quieres hablar de eso?

María negó brevemente con la cabeza y Pilar, después de una mirada apreciativa e indagadora, dijo con voz lenta:

–Comprendo. –No deseaba imponer confidencias, pero sentía mucha curiosidad por diferentes cosas, de modo que se sentó al lado de María y observó:– Ya lo conocías, ¿verdad? Para ti no era un perfecto desconocido.

Una extraña sonrisita curvó los labios de María, y la joven negó lentamente con la cabeza.

–No, no era un desconocido... antes fue esclavo en la Casa de la Paloma.

Pilar no estaba dispuesta a permitir que la conversación terminase allí y en muy pocos minutos consiguió escuchar el relato completo de la vendetta entre los Delgado y los Lancaster y sobre los hechos de los últimos años. Pero el conocimiento de la situación determinaba que los acontecimientos de la víspera fuesen todavía más confusos y no explicaba la consideración que Gabriel había demostrado hacia María, o la reacción de la joven esa mañana, por eso Pilar pareció un tanto confundida mientras contemplaba a su joven amiga.

–Sencillamente, no lo entiendo –murmuró por fin.

–Tampoco yo –confesó sin dificultad María–, pero agradezco que haya sido Gabriel Lancaster quien me capturó... ¡y no ese monstruo de Du Bois!

Pilar formuló una respuesta imprecisa, sus pensamientos concentrados en las actitudes contradictorias de ciertas personas.

Se hizo un breve silencio y María preguntó cautelosamente:

–¿Y tu noche...? fue sencillamente horrible. Una extraña expresión se dibujó en los bellos rasgos de Pilar, y María podría haber jurado que percibió un atisbo de sonrojo en la cara de su amiga, cuando la mujer replicó airosamente:

–Oh, ¡no fue nada desagradable! El señor Zeus no es el salvaje que él quiere hacer creer, y tampoco –agregó con expresión más seria– el tonto maleable que yo creí al principio.

A María le interesaba el significado de esa observación, pero Pilar no quiso decir más y en cambio comenzó a analizar la situación de ambas. Con el mentón apoyado en una mano, reconoció sombríamente:

–Dudo de que tengamos muchas posibilidades de escapar de cualquiera de nuestros aprehensores... y si evaluamos con realismo las condiciones que prevalecen ahora en Portobelo, creo que sería absolutamente absurdo el intento de huir de la protección que ellos nos dispensan.

Como abandonar a Gabriel era lo que María menos deseaba, coincidió totalmente con la evaluación de Pilar; pero tampoco era posible negar que la situación de las dos mujeres era en el mejor de los casos peligrosa. Y cuál sería el futuro que las esperaba era algo que María prefería omitir por el momento. Pero había que afrontar la situación; ninguna de las dos podía limitarse a esperar pasivamente el desarrollo de los hechos y con expresión vacilante la joven preguntó:

–¿Zeus te ofreció algún indicio del tiempo que se proponen permanecer aquí? ¿O qué planes tiene él en relación contigo?

Para asombro de María, la cara de Pilar se tiñó con un intenso sonrojo, y murmuró con voz un poco ronca:

–¡Ese tonto! Pasó gran parte de la noche hablando de los hijos que tendremos y diciendo tonterías acerca de la posibilidad de instalarnos en una miserable parcela de tierra en Jamaica. ¡Está loco! ¡Completamente loco!

María suspiró. ¡Ojalá que Gabriel le hubiese dicho algo semejante la noche anterior!... Y de pronto advirtió, sobresaltada, que el acto de amor podía haber creado un niño. Con una mirada que era casi de curiosidad, contempló su propio vientre liso. ¿Quizás ahora mismo el hijo de Gabriel estaba formándose en ella? Era .una idea turbadora e inquietante. Si ella llegaba a tener ese hijo, no importaba lo que el futuro aportase, siempre tendría a su lado una parte de Gabriel. Pero entonces su boca se curvó en un gesto deprimido. Realmente, era una tonta, pues permitía que su naturaleza romántica la llevase a concebir ideas tan absurdas, y en efecto, eran muy absurdas... ¡pues ella misma era prisionera de Gabriel Lancaster!

Tratando de reaccionar, preguntó con voz indecisa:

–¿Qué haremos? ¿Qué podemos hacer?

–Por el momento –respondió secamente Pilar–, nada podemos hacer, excepto lo que nuestros carceleros nos permitan. –Con una nota dura en la voz, agregó:– Sí, Zeus me dijo que podemos considerarnos seguras mientras permanezcamos en la casa y sus terrenos. Al parecer, Lancaster ha ordenado a algunos de sus hombres de mayor confianza que protejan este lugar, de modo que creo que podemos confiar en sus palabras. Y si no intentamos provocar una rebelión entre los criados, tu joven amigo me ha informado que podemos actuar frente a ellos y en la casa como si todo fuese nuestro. –Dirigiendo una mirada astuta a María, Pilar murmuró:– Tu Gabriel es un hombre muy apuesto, y parece haber conservado sus cualidades de caballero... ¡a pesar de su lamentable profesión!

Pero María no mordió el anzuelo y sin hacer caso de la mirada interesada de Pilar, murmuró:

–¿Qué habré de usar? Perdí anoche mis ropas y no puedo andar por la casa con esto. –Indicó con un gesto la camisa de seda que se adhería seductoramente a su cuerpo esbelto.

Encontrar ropas apropiadas no fue problema; retiraron varias prendas de algunos de los baúles cargados del botín llevado a j la casa y en un lapso bastante breve María se había lavado y estaba convenientemente ataviada con un suave corpiño rosado con | adornos color crema en las mangas y una falda amplia color borgoña oscuro. Las enaguas con bordes de encaje crujían siempre que daba un paso y con un esfuerzo consciente María evitó pensar en el destino de la desconocida cuyas ropas estaba vistiendo. Pero a medida que avanzó el día le pareció cada vez más difícil calmar sus sentimientos de desaliento y la repugnancia que le inspiraba toda la situación en que ella misma se encontraba.

No era que la intensa atracción que ejercía Gabriel se hubiera atenuado o que ella experimentara un profundo sentimiento de repugnancia hacia él; se trataba sencillamente de que ahora estaba cobrando una conciencia cada vez más clara de los hechos que se sucedían más allá de los aspectos personales que tan profundamente la habían afectado. Con el correr de las horas, el verdadero horror de lo sucedido en menos de una jornada comenzó a deformar y enturbiar su juicio, y cuando se acentuó su sentimiento de ofensa frente al sangriento ataque a Portobelo, fue natural que parte de su indignación y su aborrecimiento revirtieran sobre Gabriel.

Al principio, en vista de los episodios traumáticos vividos, fue más o menos fácil dejarse llevar por la corriente irresistible; el salvaje ataque de los bucaneros había sido un episodio terrorífico y después, descubrir de un modo tan dramático que Gabriel Lan–caster no había muerto la desconcertó, y desde ese momento no pudo comprender bien qué estaba sucediendo a su alrededor. Eso había sido la víspera y el episodio de la noche fue nada más que un pequeño segmento de esa secuencia irreal de incidentes en los que ella intervino; pero ahora había comenzado un nuevo día y la enormidad total de lo sucedido, no sólo en su propia vida, sino en todo Portobelo, penetraba dolorosamente en su conciencia.

La casa ocupada por Zeus se elevaba sobre un promontorio de escasa altura sobre la ciudad, y de pie en el pórtico del frente y contemplando las ruinas ennegrecidas y humeantes de varias construcciones, las calles todavía sembradas de cadáveres y distintos objetos destruidos, María se sintió abrumada por el espectáculo. Los dos corpulentos bucaneros fuertemente armados que montaban guardia al pie de la escalera, la obligaron a entrar inmediatamente, pero incluso así ella no pudo omitir los diferentes signos de lo ocurrido: los atemorizados criados que se deslizaban por los corredores de la casa; las miradas furtivas y temerosas que le dirigían acentuaban en la conciencia de María toda esa realidad: ¡que su vida y la de Pilar, así como la de muchos otros, dependían exclusivamente de los crueles caprichos de una banda de piratas sanguinarios! Y ella se había acostado con uno de esos bucaneros la noche anterior... de buena gana le había entregado su cuerpo virgen, ansiado el contacto de sus manos... Su cara palideció y se sintió impregnada de remordimiento y culpabilidad.

¿Cómo podía haberse comportado de ese modo? Mientras saqueaban, asesinaban y torturaban a sus compatriotas, ella se había entregado descaradamente a una de las criaturas que eran la causa del sufrimiento general. Y todavía peor, ¡ella era una Delgado y él un Lancaster!

Los rasgos de su cara se deformaron en una mueca de desagrado y desprecio de sí misma. ¡Seguramente había estado loca! Y al recordar que incluso fugazmente había soñado con su propio hijo esa misma mañana, se sintió abrumada por la vergüenza y la cólera. ¡Una mujer Delgado, pensó fieramente, jamás tendría voluntariamente un bastardo Lancaster! ¡Jamás querría convertirse en el juguete de un Lancaster!

¡Era una vergüenza para su familia, un deshonor para el orgulloso nombre y la herencia de los Delgado! Pero nunca más, juró apasionadamente María, los ojos azules oscurecidos a causa de las violentas emociones que la poseían, ¡nunca más volvería a someterse de buena gana a las caricias de Gabriel Lancaster! ¡La próxima vez que se encontrasen él hablaría a una auténtica hija de los Delgado, no a esa criatura débil y gimiente que él había visto la víspera!

En lo más profundo del corazón una parte de su ser clamaba enérgicamente contra ese duro rechazo de algo que había sido maravilloso y tierno, pero atrapada por la fuerza salvaje de un orgullo español ultrajado, y la sensación igualmente salvaje de haber traicionado a su familia, de haber mancillado su orgulloso nombre, María se mostraba sorda a los pensamientos más razonables. En ese momento, sólo tenía conciencia de la carnicería provocada por los crueles bucaneros, por el conocimiento, de pronto muy amargo, de que la noche anterior se había entregado al hijo precisamente del hombre que era la causa de la muerte de su amado padre. Lágrimas de cólera y vergüenza afluyeron a sus ojos e irritada enjugó esos signos delatores de su propia desesperación. ¡Ella era una Delgado, no una criatura gimiente y timorata!

A medida que avanzaba el día. Pilar advirtió que María parecía desusadamente silenciosa y retraída y el hecho la desconcertó. Si la joven la hubiese recibido antes con la misma actitud, habría supuesto que respondía a los episodios de la noche; pero María se manifestó tan discreta, que ni siquiera Pilar pudo ver ese gesto levemente amargo en la delicada boca durante el encuentro de la mañana... No, en ese momento se reflejaba una actitud de | dulce satisfacción, demostrando un extraño contentamiento con su situación. Ahora era distinto...

Frunciendo el entrecejo. Pilar le preguntó:

–María, palomita, ¿qué sucede? La última media hora has estado allí, mirando hostil a esa rosa inofensiva.

Estaban en el fondo de la casa, en un agradable patio, gozando de los últimos rayos solares de la tarde.

Sin duda era un lugar hermoso, pero María al parecer no se sentía complacida; incluso desde allí alcanzaba a oír los agrios sonidos de los bucaneros divirtiéndose; el tenue olor del humo todavía flotaba en el aire, y el espectáculo de los guardias armados que se mantenían discretamente apostados más allá de los límites del patio, no contribuían a atenuar la

cólera de la joven ante la situación. María apartó la mirada de una rosa especialmente bella y por encima del hombro miró a Pilar, sentada cerca, jugueteando ociosamente con la aguja aplicada a un bordado inconcluso que había descubierto poco antes. Con acento casi acusador en la voz, María preguntó:

–¿Esto no te molesta? ¿Que seamos prisioneras, que nuestros connacionales sufran maltratos a manos de estos... estos salvajes?

Pilar miró reflexivamente a su joven señora y la aguja centelleó herida por la luz del sol cuando ella continuó cosiendo serenamente.

–¿Qué deseas que haga? ¿Que ataque a esos brutos que están allí? –Y movió la cabeza en dirección a los guardias armados.– ¿O preferirías –continuó con acento razonable– que me suicide? Por supuesto, podría tratar de matar a Zeus cuando esté dormido, y huir a las calles, donde nos esperan otros peligros... ¿pero crees realmente que eso mejoraría nuestra situación?

Con un sentimiento de frustración manifiesto en sus hermosos rasgos María miró con reproche a su amiga. Las manos convertidas en pequeños puños, replicó apasionada:

–¡Deberíamos hacer algo! ¡No permanecer ociosas como ahora! –Indicó con un gesto la ciudad en ruinas y agregó:– Ellos sufren... ¿por qué nosotras no? No está bien que vivamos aquí, seguras, bien alimentadas y vestidas con estas prendas. –Miró con repulsión la lujosa falda que vestía.– La mujer que usaba esto ayer probablemente esté muerta... o allá abajo, soportando quién sabe qué destino, mientras yo, yo visto estas ropas y alegro la cama del mismo hombre que probablemente la mató.

Pilar no se conmovió ante estas palabras, pero era una sobreviviente y una mujer realista, y dijo amablemente:

–María, no creo que Gabriel vaya por ahí matando mujeres indefensas, y tampoco creo que te beneficie en absoluto torturarte de este modo. ¿Crees que no lo siento por nuestra gente? ¿Que no deseo que el ataque de ayer hubiese terminado de distinto modo? –Con los ojos oscuros colmados de compasión, continuó diciendo:– Pero no puedo cambiar lo sucedido. No puedo modificar el presente. En este momento sólo abrigo esperanzas de buscar la forma de ayudar a otros menos afortunados que nosotras.

La serena lectura de la situación que hacía Pilar no resolvía el conflicto que se manifestaba en el pecho de María, pero en todo caso tuvo un elemento tranquilizador. Parte de la tensión desapareció de la menuda figura y afirmó sombríamente:

–¡Por lo menos, no necesitamos gozar de nuestro cautiverio!

Enarcando apenas el entrecejo, Pilar preguntó:

–¿Eso es lo que te inquieta? ¿El hecho de que nuestra situación no te parece tan desagradable como podría haber sido?

Con un sonrojo atractivo en las mejillas, María volvió la espalda a Pilar y clavó la mirada en la lejanía. En voz baja murmuró impotente:

–No lo s6... probablemente.

Luego la conversación decayó, pero la mirada de Pilar reflejaba la inquietud cada vez que se detenía en María. La vida nunca era sencilla y las decisiones que uno a veces debía adoptar no siempre eran fáciles. Podía entender los sentimientos de María, y si bien la propia Pilar tenía una actitud mucho más cínica frente al mundo, incluso ella admitía que a veces se preguntaba si quizá no se habían rendido a sus carceleros con excesiva facilidad. Suspiró y se encogió de hombros. Si María tenía una actitud realista, debía comprender que en verdad ellas no habían decidido nada y Pilar sospechaba seriamente que la verdadera causa de la irritada frustración de María frente a lo acontecido era que se sentía tironeada en dos direcciones contrarias: los imperativos del orgullo y el honor de la familia la empujaban en una dirección y los anhelos del corazón en otra. Sólo el tiempo y el propio Gabriel Lancaster podían ofrecer una solución…

Zeus y Gabriel regresaron a la casa bastante después de oscurecer. Para ellos fue un día largo y penoso, casi tan peligroso como la víspera, pues se habían dedicado a la difícil tarea de consolidar y acentuar el dominio ya poderoso de Morgan sobre la ciudad. Aunque Portobelo había caído el día anterior en manos de los bucaneros, quedaron bolsones de resistencia y Zeus y Gabriel, junto a los restantes piratas, finalmente lograron aniquilar a los | últimos defensores del baluarte. Fue una tarea penosa y ambos estaban cansados, sucios y manchados de sangre cuando finalmente llegaron a la casa.

Pilar se había hecho cargo de la administración de la propiedad y para los dos hombres, agotados y hambrientos, fue muy satisfactorio encontrar agua templada previendo su llegada y que apenas se bañaran les servirían una comida caliente. Gabriel no dijo nada, pero advirtió de inmediato que María no estaba a la vista. No se había encontrado en la planta baja para recibirlos cuando ellos llegaron y tampoco se reunió con el resto para cenar en el comedor.

Con sus ojos verdes duros e insondables, contempló la larga mesa y miró a Pilar, preguntándole con voz que trasuntaba inquieta calma:

–¿Dónde está María? ¿Por qué no nos acompaña? A pesar de ser una mujer con mucho dominio de sí misma, Pilar de pronto se sintió muy incómoda, y casi nerviosamente replicó:

–Dijo que no se sentía muy bien. Está descansando. Gabriel le dirigió una mirada larga y reflexiva. Secamente murmuró:

–Ojalá no sea nada que la incapacite por mucho tiempo. Pilar permaneció en silencio un momento y después, como si hubiese llegado a una decisión, dijo derechamente:

–Señor, sé que somos vuestras prisioneras y que nos habéis tratado bondadosamente en vista de las circunstancias, pero os ruego que tengáis en cuenta la juventud y la inexperiencia de María. –Con los ojos oscuros que rogaban comprensión agregó:–María es una joven orgullosa… y a veces permite que el orgullo y el carácter de los Delgado se impongan a su naturaleza normalmente amable.

Con voz intencionada, Gabriel comentó:

–No necesitas recordarme el orgullo de los Delgado. ¡Conozco perfectamente su arrogancia!

Pilar se sintió incómoda y maldijo haber elegido palabras tan inoportunas pero Zeus, deseoso de evitar una discusión entre su mujer y su amigo, concluyó de beber su vino y depositando cuidadosamente la copa, murmuró con acento jocoso:

–*Oui,* él sabe mucho del orgullo de los Delgado... ¡sobre todo porque sólo superan la arrogancia y el orgullo de los Lancaster!

Los ojos de Gabriel cobraron de pronto una expresión de regocijo y con una sonrisa burlona en los labios dijo a Pilar:

–Te advierto acerca de esa abominable criatura que te ha reclamado... siempre dice la verdad cuando la ve, pero a menudo descuida decir toda la verdad: en este caso, mientras se burla de mi orgullo, guarda silencio acerca del hecho de que su arrogancia sobrepasa de lejos a la mía.

Pasó el momento de tensión y a pesar de sí misma y de las circunstancias, Pilar descubrió que reaccionaba favorablemente al encanto de los dos hombres. Ambos eran excelentes narradores y como las anécdotas que contaron estaban cuidadosamente depuradas de todo lo que implicase conflictos con los españoles, en más de una ocasión Pilar descubrió que estaba riendo de buena gana. Cuando llegó el momento de retirarse, la sorprendió comprobar que la velada había sido muy grata. Pero cuando avanzó por el corredor, en dirección a los cuartos que compartía con Zeus, comenzó a preocuparse por María. Ojalá que esa pequeña asna no permita que su orgullo la obligue a cometer una tontería...

Por desgracia, ese condenado orgullo de los Delgado no permitía que María pensara muy claramente y aunque había contemplado y desechado varios planes absurdos, finalmente tuvo que contentarse con robar de la cocina un cuchillo de hoja pequeña. La negativa a cenar con el grupo también era otro acto de desafío y mientras masticaba con desgano un poco de pan rancio y un pedazo de queso (era todo lo que su orgullo le permitía aceptar de un Lancaster) en el dormitorio y a oscuras, cavilaba acerca de lo que podría hacer. De una cosa estaba segura: Gabriel Lancaster no encontraría a la misma criatura bien dispuesta de la víspera, y María llegó a la conclusión bastante pesimista de que era probable que, en el mejor de los casos, el desenlace fuese su propia muerte a manos de Gabriel.

El corpiño rosado y la falda borgoña habían sido devueltos a los baúles de donde los había retirado; era otro gesto de desafío y María formuló el voto de que si se veía obligada a usar harapos, de todos modos no aceptaría nada que hubiese sido robado a una de sus compatriotas. Había entregado a una de sus criadas el par de aros de zafiro que usaba cuando la capturaron, a cambio de unas pocas prendas limpias de vestir.

Desde cierto punto de vista, sabía muy bien que sus actos a lo sumo podían molestar un poco a Gabriel, pero aun así le deparaba cierto nivel de satisfacción y parecían calmar su conciencia inquieta. Incluso cuando su estómago comenzó a protestar ante la escasez de alimento, María se dijo que en la ciudad saqueada de Portobelo habría otros que pagarían un alto precio por pan rancio y queso en mal estado.

La discrepancia suscitada entre ella y Pilar inquietaba profundamente a María. Durante todos esos años de convivencia, los desacuerdos siempre fueron muy superficiales y menores y ella sentía tristeza e incluso una pizca de melancolía ante la distancia que de pronto se había formado entre ellas. Y a medida que pasaban las horas y su estómago le advertía que necesitaba más sustento y el algodón basto de las prendas de la criada ofendía insoportablemente su piel delicada, la joven comenzó a sentirse un tanto descontenta ante la situación general. Tenía apetito, necesitaba un baño y además se sentía sola. El hecho del que todo eso respondiese por completo a su propia iniciativa no la reconfortaba mucho; pero recordar lo que otros estarían! afrontando en ese mismo momento, lograba apuntalar su flaqueante decisión.

De pronto se abrió la puerta, María se sentó en la cama y buscó decidida el cuchillo. ¡Había llegado el momento del desafío definitivo! Galvanizada por una superabundancia del orgullo de los Delgado, esperó tensa que el odiado Lancaster la tocase.

La habitación en sombras indujo a Gabriel a detenerse un momento; además, contaba con la advertencia implícita en las palabras de Pilar. No necesitó mucho tiempo para descubrir el trueque de los aros de zafiro por las prendas de vestir y el hecho de que María había devuelto tan despectivamente las ropas extraídas de los baúles. Por lo tanto, él estaba preparado para la batalla. El problema era que no tenía el más mínimo deseo de combatir:

había pasado el día haciendo precisamente eso, y por el momento sólo quería diez horas de sueño ininterrumpido. El baño caliente, la buena comida y varias copas de vino le habían creado un estado de amable soñolencia y ciertamente no quería dedicarse a pelear, ¡ni siquiera con esa seductora Delgado!

Conteniendo un enorme bostezo, atravesó lentamente la habitación y al llegar a la mesa que estaba cerca de la cama, dedicó unos segundos a encender la vela que había allí. La luz amarilla bailoteó sobre la cama y después de apartar el voluminoso mosquitero, Gabriel echó una ojeada al interior.

Sentada a un costado, vestida con una camisa demasiado grande para su cuerpo pequeño, un cuchillo amenazador en la mano y los ojos azules sombríos y amenazadores, María lo esperaba. Gabriel se dijo que nunca había visto nada tan adorable... aunque fuese una Delgado.

Esa noche estaba demasiado fatigado siquiera fuese para cavilar acerca de los motivos de sus propias reacciones frente a ella y dirigiendo una mirada de cautela al cuchillo, apoyó una rodilla en la cama.

María, sintiendo que el corazón se agitaba al ver a Gabriel y no muy segura de cuál debía ser su próximo movimiento, se acurrucó prontamente en el extremo más alejado del colchón. Si él la tocaba...

Al ver lo que ella hada, una débil sonrisa se dibujó en los labios de Gabriel y vigilando siempre la forma inmóvil, él se desnudó y entró en la cama. Permaneció acostado largo rato, preguntándose qué haría la

muchacha, y como no hubo más movimientos de María, Gabriel apagó tranquilamente la vela. En medio de las sombras, murmuró:

–Buenas noches, dulce tigresa. Podemos pelear por la mañana.

Y ante el asombro y la frustración de María, se durmió inmediatamente.

13

Mucho después que la respiración regular de Gabriel le indicó que él se había dormido, María permaneció sentada, mirando hostil en esa dirección. Se le acalambraron los dedos por la fuerza con que sostenía el cuchillo y aunque jugó complacida con la idea de clavárselo en el brazo, finalmente desechó de mala gana esa posibilidad. A pesar de todo, no podía decidirse a herirlo y las palabras de Pilar volvieron a su mente: "Podría tratar de matar a Zeus mientras duerme, ¿pero crees realmente que eso mejoraría nuestra situación?"

Aunque se decidiera a atacar a Gabriel y por obra de un milagro lograse escapar de él, María sospechaba pesarosa que su situación sería aun más peligrosa que la que afrontaba ahora. Más vale malo conocido... Confundida, deprimida y sintiéndose un poco tonta, finalmente se acostó a pocos centímetros de Gabriel. Inexplicablemente exhausta, el cuchillo se le deslizó de la mano y después de unos minutos ella misma quedó sumida en un sueño inquieto.

Durmió muy nerviosa toda la noche y el conflicto que se manifestaba en su corazón invadió incluso sus sueños. Las imágenes de su padre y su hermano recorrieron su cerebro y los veía con expresiones duras y severas; un momento después veía la cara de Gabriel, sus labios curvados en una sonrisa singularmente seductora que la reanimaba. Se sentía constantemente dividida en dos partes: la lealtad y el afecto a su familia la impulsaban ferozmente en una dirección y las ansias profundas de su corazón en otra. Soportó horribles pesadillas durante esa larga noche y revivió intensamente la brutal captura del *Raven,* las luchas salvajes y sanguinarias entre su hermano y Gabriel en el centro de la acción.

La cara lasciva de Du Bois también aparecía en sus desagradables sueños, y aunque dormida, María temblaba de miedo y repugnancia ante la idea de que las manos de ese hombre la tocasen. Pero lo que la turbaba más eran los duelos horribles y violentos entre su hermano y Gabriel, y la tortura que experimentaba alcanzaba entonces la mayor intensidad y así despertó al alba con la cara bañada de lágrimas.

Como había sucedido la víspera, estaba sola en el lecho, pero ahora, al despertar, no sintió satisfacción ni alegría. Deprimida e inerte, paseó la mirada por la habitación, deseosa de que acabase el torbellino en su interior; ansiando casi odiar a Gabriel Lan–caster y todo lo que 61 representaba con cada fibra de su ser... o que los sentimientos que él despertaba en su corazón fuesen tan intensos, tan avasalladores, que nada más importase: ni

el pasado, ni la riña entre las familias y ni siquiera la prolongada enemistad entre los dos países.

Cuando descendió lentamente de la cama, había en sus labios una sonrisa débil y triste. Lo que deseaba era la solución inmediata de su dilema y sin embargo sabía que eso era muy improbable. Sólo el tiempo resolvería la situación y afrontando derechamente este hecho, cuadró los hombros y se preparó para iniciar el día.

Pilar estaba irritada y escandalizada ante las actitudes de María. Insistió inútilmente ante ella, pidiéndole que no fuese tan tonta y obstinada, pero la joven se mantuvo firme: era una cautiva, una esclava, y se comportaría como tal. Al ver el gesto decidido de María, Pilar se sintió deprimida y a medida que pasaron las horas su desaliento se acentuó. La joven no sólo rehusó sentarse con ella a la mesa del comedor, sino que insistió en compartir los alimentos bastante escasos e insípidos que consumían los criados en la cocina. Pero lo que era incluso peor, decidió altivamente no aceptar nada del inglés y consagró el día a realizar diferentes tareas domésticas. Trajo varios y pesados cubos de agua del pozo que estaba al costado de la casa; ayudó a barrer las habitaciones con una escoba de paja; transportó brazados de leña para alimentar el fuego y graciosamente obedeció las tímidas órdenes del mayordomo, que estaba completamente confundido y desconcertado.

María trabajó con verdadera diligencia el día entero, imponiéndose una disciplina implacable, como si al ejecutar esos trabajos serviles en cierto modo pudiese borrar el terrible pecado de haberse entregado tan desvergonzadamente al inglés. No estaba acostumbrada al trabajo físico intenso y hacia el fin del día todos los músculos y tendones de su cuerpo esbelto le dolían insoportablemente y de nuevo pensó anhelosa en los placeres de un baño caliente. Durante un momento de bienaventuranza cerró los ojos e imaginó la escena; casi podía sentir el agua caliente que le acariciaba la piel, casi olía el jabón suavemente perfumado... Con un suspiro de pesar retornó a la realidad y torpemente manipuló uno de los grandes cubos de agua caliente que los criados habían preparado previendo el retorno de los señores de la casa por la noche.

Para ella resultó un día largo y agotador y el calor tropical, la escasa comida y el trabajo incesante habían mermado los escasos recursos físicos de la joven. Los mechones de cabellos se le pegaban a la frente y a las mejillas, la transpiración le corría desagradablemente por la espalda y sentía el dolor de la fatiga en los hombros cuando por fin se reunió con los restantes criados frente a la larga mesa de pino cepillado, para tomar la cena.

Los propios sirvientes no sabían muy bien cómo tratarla y aunque algunos habían observado con admiración y otros con desdén sus actividades durante el día, la mayoría se sentía incómoda con esa situación. De modo que María se sentó en actitud de solitaria dignidad en un extremo de la mesa y los demás apartaron cuidadosamente la mirada de ella y conversaron entre ellos en voz baja.

Una sabrosa paella burbujeaba en un caldero colgado en un rincón del fuego abierto. Varios pollos se asaban en la parte principal y hogazas recién

horneadas de pan descansaban sobre una mesa próxima; la cocina estaba impregnada de olores deliciosos y apetitosos; al contemplar el potaje aguado que llenaba el cuenco de madera que tenía frente a los ojos, María sintió que se le revolvía el estómago. El vino agrio y el pan rancio fueron los únicos acompañamientos de la comida y la joven tuvo conciencia de una cólera intensa que comenzaba a acentuarse en su corazón. Sus criados nunca habían recibido esa clase de comida y María anotó el hecho en la cuenta que tenía pendiente con Gabriel.

Hubo una súbita conmoción cuando el mayordomo irrumpió en la cocina y ordenó:

–José y Juan, traigan esos cubos de agua caliente; los amos han vuelto a casa y el señor Lancaster reclama su baño. La cena será servida dentro de una hora.

María sintió inexplicablemente seca la garganta y tragó con dificultad. ¡El había regresado! ¿Y qué pensaría de la actitud de ella... y lo que era más importante, cómo reaccionaría?

Ni siquiera Gabriel podía responder a esa pregunta; por lo menos no inmediatamente. A pesar del desenlace relativamente pacífico de la víspera estaba bastante seguro de que María no se limitaría a abandonar su actitud agresiva, y Gabriel tenía que reconocer que a lo largo del día, mientras ayudaba a supervisar la acumulación del botín y visitaba a Morgan y a los restantes jefes bucaneros, él se había preguntado, con una suerte de indulgente tolerancia, qué forma adoptaría el siguiente acto de rebelión de la muchacha. Ella nunca estaba lejos de sus pensamientos y aunque se decía que eso era así por la sencilla razón de que él sentía curiosidad, y que era muy normal que él saboreara la sensación de tener en su poder a uno de los odiados Delgado, había una extraña vivacidad en sus pasos cuando en compañía de Zeus volvió a la casa esa noche.

Al comprobar que tampoco ahora María salía a recibirlo no se sorprendió, pero experimentó un sentimiento de creciente irritación. ¡Ella era su prisionera, y debía bailar al son que él tocara! ¡No podía asumir el control de la situación! Pero esta noche estaba muy tolerante: el día había sido agradable y mientras observaba el hipnótico encanto que Morgan exhibía frente a las encumbradas damas españolas que buscaban la protección del gales, Gabriel se había asombrado ante el áspero contraste entre lo ocurrido la víspera y el momento actual. Ayer él había estado arriesgando su vida e integridad física y en cambio hoy bebía un excelente vino español, se paseó con comodidad por las distintas habitaciones de la hermosa casa que Morgan había decidido ocupar mientras estuviese en Portobelo, y había conversado distraídamente con los restantes capitanes bucaneros que acudían a la residencia de Morgan.

Ahora era indudable que Portobelo estaba sólidamente en poder de los Hermanos; estaban apostados guardias en los lugares estratégicos y las patrullas recorrían el perímetro de la ciudad. En las mazmorras que había bajo uno de los castillos destruidos, los bucaneros usaban complacidos los instrumentos de la Inquisición para arrancar revelaciones acerca de los escondites de las joyas y el oro de la familia a los acaudalados aristócratas y mercaderes y las pilas del botín crecían a medida que pasaban las horas.

Con la captura de Portobelo, Harry Morgan se había convertido en el almirante indiscutido de los Hermanos, y aunque era posible que aún capturasen y saquearan unos pocos galeones más, el tesoro extraído en esta ciudad sería más que satisfactorio.

En vista de su rango de capitán, la participación de Gabriel en el botín, incluso restando el rescate que debía pagar por María, sería elevado y él se sentía muy complacido con la situación general. Había ayudado a asestar un golpe humillante a los españoles, tenía prisionera a la hija de los Delgado, e incluso comenzaba a pensar que finalmente había recibido recompensa suficiente por todas las cosas materiales perdidas en *eIRaven.* Pero sólo las cosas materiales; nada, pensó con el ceño cada vez más sombrío, mientras se deslizaba en el agua caliente del baño, podría reparar jamás lo que significaba la muerte de Elizabeth, el desgraciado destino de Caroline, fuera este cual fuese, o el período de esclavitud brutal que él había sufrido en la Española. Parte de su actitud tolerante desapareció y de pronto tuvo conciencia de un profundo sentimiento de salvaje frustración.

Parecía que la venganza continuaba escapándose: ni siquiera la captura de María le había otorgado la satisfacción de la cual estaba tan seguro, y sólo ahora comenzaba a advertir oscuramente que el deseo de apoderarse de María Delgado tenía poco que ver con su sed de venganza contra Diego. Pero se resistía a profundizar esa línea de pensamiento y en cambio concentraba la atención en el verdadero motivo por el cual inicialmente se había incorporado a los Hermanos: ¡deseaba atrapar a Diego Delgado! Ansiaba enfrentar al hombre que había asesinado a su esposa, enviado a su hermana a la esclavitud y una muerte segura y quería enfrentarlo con una espada en la mano. Ambicionaba desesperadamente descargar golpes demoledores por Elizabeth y Caroline, que se le habían negado el día que el *Santo Cristo* atacó al *Raven.* Sólo cuando Diego yaciera moribundo a sus pies, comenzaría a disiparse la ponzoñosa amargura que lo carcomía... Y sólo entonces él podría analizar claramente los sentimientos que María Delgado provocaba en su corazón; hasta ese momento, en bien de su propia cordura y su orgullo, debía recordar que ella era la hermana de Diego, una Delgado, los enemigos mortales y eternos de los Lancaster.

El agua del baño se había enfriado; incorporándose con un solo movimiento, Gabriel se secó de prisa, vistiéndose las prendas limpias que uno de los criados dejó sobre la cama. Que María no estuviese en el dormitorio no lo inquietaba, pero Gabriel había dicho claramente que ella debía esperarlo con los demás en el comedor. Cuando no la vio, apretó los labios, y consumió la sabrosa comida que le presentaron con un sentimiento de cólera cada vez más intenso. No dijo nada hasta que la cena concluyó y después de beber un largo sorbo de vino, depositó con cuidado la copa sobre la mesa y mirando a Pilar preguntó con voz neutra:

–¿Dónde está María esta noche?

Era la pregunta que Pilar había temido que él formulase desde la llegada del inglés a la casa. Había contemplado la posibilidad de explicar la situación a Zeus, pero no sabía muy bien si ese paso sería beneficioso; y de todos modos, estaba tan acostumbrada a resolver por sí misma sus problemas y los de la joven, que ni por un momento concibió la idea de que

Zeus podría ser capaz de evitar un choque entre María y Gabriel. Pilar depositó su cuchillo sobre el plato, miró a Gabriel y dijo serenamente:

–Creo que está en la cocina.

–¿Qué? –exclamó él, el entrecejo enarcado en un gesto de interrogación–. ¿Y qué está haciendo en la cocina que sea tan importante que le impide cenar?

Pilar respiró hondo y murmuró:

–A decir verdad, no lo sé... No la he visto en todo el día. De todos modos, sugiero –agregó prudentemente– que si deseáis saber qué estuvo haciendo más vale preguntárselo personalmente.

Gabriel entrecerró los ojos y levantándose de la silla con un movimiento rápido comenzó a salir del comedor. Al llegar a la puerta, dijo por encima del hombro:

–i Y eso, señora, es precisamente lo que me propongo hacer! –Miró a Zeus y dijo, medio en serio medio en broma:– En tu lugar, yo la castigaría... ¡tiene la lengua demasiado suelta para ser una cautiva debidamente sometida!

Hubo un breve silencio después de la desaparición de Gabriel, y Zeus habló primero.

–Me pregunto —musitó reflexivamente– si no estará en lo cierto. Pero lo que es más importante, *chérie,* debiste hablarme de esto. *Mon capitaine* no siempre muestra un temperamento amable... sobre todo cuando lo contrarían y en una lucha de voluntades, *l&petítepigeon* seguramente saldrá perdiendo.

Pilar alzó el mentón y con una chispa de rebeldía en los ojos preguntó animosamente:

–¿Aceptarías una apuesta al respecto?

Zeus sonrió y sus labios dibujaron una curva sensual.

–*ÍOuil* Tú me permitirás hacer todas las cosas perversas que quise hacerte anoche y si pierdo, entonces tú decidirás cómo pasamos la velada.

Quizá no era la apuesta que Pilar habría preferido, pero en realidad se dijo que no importaba si ganaba o perdía: estaba cobrando conciencia muy aguda de que Zeus tenía un método que le permitía arreglar las cosas exactamente de acuerdo con su gusto...

Gabriel necesitó pocos minutos para encontrar la cocina y en ese lapso su humor se agrió completamente. Cuando empujó la puerta de acceso, su expresión era sombría y su aparición inesperada en ese sector de la casa provocó una exclamación de sorpresa y desaliento de los criados reunidos allí. Lo miraron temerosos y se preguntaron qué cosas terribles les haría el bucanero inglés, pero Gabriel ni siquiera les echó una ojeada; tenía ojos sólo para la mujercita que continuaba sentada al extremo de la larga mesa y que le mostraba obstinadamente la espalda.

Un estremecimiento en la nuca y la reacción de los criados advirtió a María quién estaba en el umbral de la puerta, detrás y ella misma sintió un ansia casi abrumadora de huir, un deseo imperioso que chocaba directamente con la salvaje alegría que pulsaba en sus venas. Tuvo que

apelar a toda su fuerza de voluntad para permanecer donde estaba, fingir que no advertía el silencio absoluto que había recaído sobre la habitación. A medida que pasaron los segundos, la confusión y el temor de los criados llegó a ser algo tangible y sólo por ellos María se preguntó cuánto tiempo ella continuaría sentada allí, mirando los restos poco apetitosos de la insípida comida.

Con la mirada fija en la delgada espalda, Gabriel se sorprendió del impulso de intensa cólera que recorrió su cuerpo. No era tanto que ella demostrase con claridad insultante la opinión que tenía de él, ¡sino el hecho de que la encontraba allí! Allí, en la cocina, representando de manera evidente el papel de una criada. Y eso lo irritaba... también lo divertía mucho y a medida que pasaron los segundos se sintió tironeado entre el firme deseo de castigarla enérgicamente y el deseo igualmente intenso de reír a carcajadas. El regocijo se impuso pero decidido a evitar que ella lo advirtiese, salvó con irritante lentitud la distancia que los separaba. Decidido a aprovechar todo lo posible la situación que María había originado, permaneció de pie, directamente detrás de ella varios minutos, momento prolongado y mortal, tratando intencionadamente de que aumentara la tensión que reinaba en la cocina.

María podía sentirlo de pie, inmóvil, allí detrás y la respiración le faltó de tal modo que le pareció que su corazón había cesado de latir y se le secó la boca; y de pronto advirtió con claridad el absurdo de su propia actitud. Después de todo, ella era una cautiva, la cautiva de un bucanero, un hombre que odiaba a su familia y se había atrevido a negar de manera insultante lo que era. Debía demostrar ya que no bondad, por lo menos consideración. Tragó con dificultad, cada vez más vacilante, sin atisbar qué se proponía hacer ese hombre con ella.

Gabriel percibió el nerviosismo más y más acentuado de María, la leve rigidez de su cuerpo y los movimientos involuntarios de sus dedos sobre la mesa. Paseó la mirada sobre la habitación y la impresión de terror absoluto en la cara de los criados lo puso en dificultades para contener la risa: era evidente que preveían que Gabriel la mataría allí mismo, ante los ojos de todos. Conteniendo una sonrisa ante el ridículo de todo el asunto, apoyó una bota sobre el banco en el que la joven estaba sentada, y descansando el antebrazo sobre la pierna doblada, murmuró amablemente:

–Princesa, ¿los platos que sirvieron en el comedor no son de tu agrado?

María se mordió el labio, pues no estaba muy segura del modo de tratarlo. No parecía enojado... los ojos de la joven se volvieron rápidamente hacia Gabriel y retornaron a la mesa; una leve arruga comenzó a dibujarse en su frente. Tampoco parecía encolerizado; ella estaba segura de que había visto un destello de regocijo en los ojos verdes y eso la desconcertó. ¿Realmente esta situación le parecía divertida? La recorrió un breve destello de irritación y volvió a mirarlo, advirtiendo indignada la débil curva de burla en sus labios y esta vez los ojos verdes en efecto estaban riéndose. Se reía de ella, pensó María con resentimiento y eso la enojó mucho. ¡Bestia insoportable! Finalmente, le dirigió una mirada altiva, y con voz cargada de desprecio dijo:

–¡No se trata de los platos, sino de la compañía! Con gesto inocente, Gabriel replicó:

–¿Mi amigo Zeus no te satisface? ¿O quizá tu dama de compañía te ha ofendido? –Sonrió afectuosamente.– Ciertamente, la otra noche no estuvo a la altura de sus obligaciones... pero por otra parte –agregó con un atisbo de broma en la voz– dudo de que yo le hubiese prestado mucha atención si ella hubiese intentado impedir que me acostase contigo.

El busto de María se elevó a causa de la cólera y un hermoso sonrojo tiñó sus mejillas. Temblaba de vergüenza y rabia y con voz grave exclamó:

–¿Cómo os atrevéis a hablar tan francamente de vuestra repulsiva depravación?

Gabriel enarcó una de las gruesas cejas negras.

–¿Repulsiva depravación? –replicó, sin molestarse en bajar la voz–. Me parece recordar que mi repulsiva depravación no te molestó en lo más mínimo... ¡A decir verdad, me pareció que te agradaba!

María estaba segura de que todo su cuerpo había enrojecido de vergüenza y agobiada por el embarazo y la furia, apartó su mirada de la cara burlona y la fijó impenetrable en el cuenco" de potaje frío. Con un atisbo de lágrimas de cólera, dijo con voz ronca:

–¡Marchaos! Ya habéis tenido lo que queríais de mí... ¡Ahora, dejadme en paz con los restantes criados!

–No lo haré –replicó Gabriel con voz lenta, y ahora su voz ya no sonaba tan divertida– hasta que me digáis por qué estáis aquí... seguramente no es porque... –Dejó inconclusa la frase cuando sus ojos se posaron en los restos de la comida de María.–¡Por las barbas de Cristo! –exclamó asombrado–. En nombre de todos los santos, ¿qué es eso?

Muy complacida porque algo lo había desconcertado, María dijo airosamente:

–Eso, señor, es el alimento que vuestros pobres criados se ven obligados a consumir mientras os atiborráis con jugosas carnes y viandas.

Todo signo de alegría había desaparecido en Gabriel y enderezando el cuerpo dirigió una mirada sombría al mayordomo. Con voz dura preguntó:

–¿Qué significa esto? Aquí hay provisiones suficientes para alimentar muchas bocas... ¿Por qué los criados comen esto? –Miró de nuevo el potaje y continuó diciendo:– ¿Comida para cerdos en lugar de alimentos nutritivos?

Retorciéndose de angustia las gruesas manos, su rostro regordete con la imagen misma del terror y el desaliento, el mayordomo balbuceó:

–El antiguo amo así lo ordenó... y yo supuse...

–¡Yo no soy el antiguo amo! –le espetó Gabriel entre dientes–. Soy vuestro amo sólo mientras estemos en Portobelo. Y durante ese lapso te ocuparás de que esta gente esté bien alimentada, ¡si no ordenaré que tu pellejo cuelgue de los muros de mi casa de Jamaica!

Temblando de miedo, el mayordomo asintió enérgicamente y su cara palideció cuando Gabriel agregó con voz ominosa:

–Todos tienen que comer bien y te sugeriría que no trates de forrar tus propios bolsillos a costa de los demás...

Volviéndose para mirar a María que lo observaba completamente atónita, sonrió oscuramente y dijo:

–No me parezco mucho a tu hermano, ¿verdad? Hambrear a los que me sirven no es uno de mis placeres. –Extendió la mano y la obligó a apartarse del banco.– Pero quienes me sirven, tienen que tender a mi placer y yo decido cuáles son sus obligaciones... ¡Y tú, encantadora bruja, me sirves mejor sobre todo en la cama!

Sin hacer caso de la exclamación de ofensa y vergüenza que brotó de los labios de María, dirigió una mirada intimidatoria a los demás y dijo fríamente:

–Ella no volverá aquí. Es mi criada personal y está exclusivamente a mi servicio. –Los ojos clavados en la cara mortificada e indignada de María, agregó con voz suave:– Y si ella decide desobedecerme y uno cualquiera de vosotros la ayuda... me ocuparé de que el culpable sea flagelado casi hasta la muerte. Obedecedme y comprobaréis que no soy un amo egoísta; desafiadme, y pagaréis las consecuencias. –Al advertir que su mensaje era claramente interpretado por los temerosos criados, Gabriel suavizó el tono.– Y ahora, quiero que me calienten un poco de agua. –Observó las ropas sucias de María y arrugó la nariz bien formada.– ¡Y tú, hermosa, tienes mucha necesidad de un baño! –Como los criados permanecían de pie, inquietos y vacilantes, Gabriel dijo en voz baja:–Quiero esa agua ahora.

Comenzó al instante una agitada actividad y Gabriel, sintiéndose muy satisfecho con la situación, apretó con más fuerza el brazo de María y casi sin esfuerzo la obligó a salir de la cocina. Esta se opuso tenazmente a sus intentos, pero no pudo desprenderse del apretón mientras él avanzaba tranquilamente por los corredores de la casa, en dirección a las habitaciones que ambos compartían.

Sin aliento, irritada y confundida, la joven por el camino se debatía y como él no se dejó disuadir en lo más mínimo, en definitiva decidió enojada que luchar contra él era como tratar de contener un huracán. Nada parecía disuadirlo; no hacía caso de los dedos de María que lo arañaban y se le clavaban en la mano que la retenía prisionera, ni de los pies de la joven que descargaban puntapiés sobre sus largas piernas. Parecía inmune a las tácticas de la muchacha y por eso mismo la frustración y la cólera de María se acentuaron.

Gabriel alcanzó la puerta de la habitación, la abrió bruscamente y empujando por delante a María cerró la puerta y soltó a la joven. Fríamente, los párpados entornados y los ojos verdes observándola de arriba abajo, comentó con aire reflexivo:

–Me sorprendes... una noche me recibes con calidez y entusiasmo, a la siguiente con un cuchillo, y ahora... –Frunció el entrecejo.– Tigrecilla, ¿cuál fue precisamente el propósito hoy? ¿Qué querías conseguir con esas maniobras? ¿Debo compadecerte? i ¿Sentir remordimiento porque eres mi cautiva? ¿O sólo quisiste despertar la compasión de los criados? ¿O fue nada más qué mera perversidad?

Era una pregunta razonable, pero ella no podía contestarla. ¿Cómo decirle que era una forma de penitencia que ella misma se infligía y que al

rebajarse en cierto modo expiaba el terrible pecado de haberse entregado tan descaradamente al enemigo de su familia, y en escala aun más amplia, al enemigo de España? ¿Cómo explicarle la necesidad de levantar el mayor número posible de obstáculos entre ellos, de negar la fascinación que Gabriel ejercía sobre ella? ¿Cómo explicarle a ese inglés de rostro moreno que su conciencia se estremecía ante el pensamiento de que otros estaban sufriendo en la devastada ciudad de Portobelo y que a ella le parecía obsceno y cobarde unirse al enemigo, gozar de todas las comodidades y los placeres negados al resto de su gente? Y como no tenía respuesta, y otra vez se sentía en peligro de sucumbir al innegable encanto de Gabriel, desvió la cara y dijo con voz dura:

–Soy vuestra cautiva, y en vista de la enemistad entre nuestras familias, me pareció muy natural suponer que querrías que ocupe mi lugar al lado de los restantes criados... es lo que Diego te exigió. Si soy su hermana, ¿cómo puedo pretender que se me trate de otro modo?

–¿Qué? –replicó Gabriel con expresión interesada, enarcando el entrecejo–. Y porque tu hermano es un bastardo cruel y sádico, ¿yo también debo serlo?

Encolerizada ante el ataque a su hermano, los ojos de María centellearon y exclamó apasionadamente:

–¡Cómo te atreves a decir tales cosas de mi hermano! ¿Y tú eres mejor? ¿No masacraste a mi gente todos estos días? ¿Atacaste y saqueaste esta ciudad inocente? –Apartando los ojos agregó con voz grave:— ¿No me forzaste y me quitaste la virginidad?

–¿Te quité, querida? –preguntó secamente Gabriel–, Me parece recordar que estabas dispuesta... muy dispuesta, si la memoria no me falla.

Impulsada por los demonios del orgullo y el honor de la familia, María no pudo soportar que él le diese esa respuesta en voz–alta y exclamó:

–¡No! ¡Nunca! ¡Una Delgado jamás compartirá por propia voluntad el lecho de un sucio Lancaster! –Y aguijoneada por el sufrimiento tanto como por el orgullo, María le asestó una sonora bofetada en la mejilla.

El cerró los ojos tras el golpe, pero no intentó replicar. Con los pulgares enganchados en el ancho cinturón de cuero que rodeaba su cintura, Gabriel abrió lentamente los ojos y María se atemorizó ante la fría rabia que vio en su mirada.

–Nunca –dijo con blanda amenaza– vuelvas a golpearme... porque si lo haces, te aseguro que no te agradará el método que elegiré para enseñarte mejores modales.

María se irguió orgullosa. Con acento burlón replicó:

–Ahora en ti no hay nada que me agrade, de modo que nada de lo que pudieras hacerme me sorprenderá.

Parecía un cachorrito desordenado y furioso mientras se erguía desafiante ante él, y Gabriel comprendió que en realidad no deseaba reñir con ella... por lo menos ahora. En otra ocasión habría aceptado de buena gana el enfrentamiento y la excusa para ventilar toda la rabia y la frustración acumuladas a causa de sus propios sentimientos contradictorios. Sería grato incorporarse animosamente a la riña que ella

parecía muy dispuesta a provocar, pero no esta noche. Esta noche, a pesar del antagonismo que ella demostraba, se la veía muy fatigada y deprimida, y no era una enemiga digna de él; y a Gabriel nunca le había agradado ensañarse con los cachorros de la carnada. Además, como ahora lo comprobaba inquieto, prefería mucho más hacerle el amor que reñir o continuar enumerando las atrocidades que cada familia había infligido a la otra.

Confundida, fatigada y nerviosa, María lo miró fijamente y deseó que él no fuese tan atractivo, con sus cabellos oscuros y su aire atrevido y que ella no tuviese tan insoportable conciencia del deseo de apoyarse en su pecho fuerte y de enviar al demonio el futuro. Pero no, pensó desalentada, ya lo había hecho una vez y no podía permitir que sucediera de nuevo; sería la traición definitiva a su familia y su país. El era un enemigo y que ella lo tratase con algo menos que odio y desprecio representaba la peor deshonra concebible.

Desesperada, volvió a mirarlo con los ojos entrecerrados. Nada se había desarrollado como ella creía que sería el caso. En lugar de reaccionar con cólera o indiferencia ante las actitudes de María, parecía que él las consideraba divertidas e incluso la bofetada que ella le había asestado no había provocado la reacción prevista. Confusa, María casi odió la moderación de Gabriel, o la bondad misma que él estaba demostrándole; ¡era su enemigo, y María deseaba fieramente que se comportase como tal! En todo caso, ella estaba haciendo todo lo posible para conducirse como una auténtica Delgado. I

Entre ellos jamás podría haber otra cosa que enemistad y era injusto que continuase fingiendo consideración. Y también era injusto, reconoció María con profundo desánimo, que su propio» corazón se sintiese tan complacido nada más que de mirarlo y que él tuviese una atracción tan seductora. Con gesto severo, trató de contener los impulsos de su corazón descarriado. ¡No debía concebir esos pensamientos! ¡Tenía que recordar constantemente que él era un Lancaster y ella una Delgado! Y que su propio deber era defender el honor y el orgullo de la familia, a toda costa.

14

Al oír los movimientos de los criados en la habitación contigua y adivinar lo que estaban haciendo, Gabriel de pronto dirigió una sonrisa a María y murmuró:

–Ah, el baño debe de estar pronto... y será mi privilegio, mejor digo mi placer, ser tu criado esta noche.

Aferrándose hoscamente a su orgullo y a su firme decisión, María lo miró hostil y rechinó los dientes:

–No seas ridículo. ¡Ciertamente no habrá nada de eso! ¡No necesito ayuda, y sobre todo no necesito tu ayuda! El sonrió sardónico y dijo con acento burlón:

–¿Has olvidado que siendo tu carcelero, soy quien adopta las decisiones? He decidido que te bañaré... iy nada puedes hacer para impedirlo!

Como para corroborar lo que decía, antes de que ella tuviese la oportunidad de reaccionar, la alzó en brazos, y volviéndose atravesó la puerta que llevaba al–pequeño cuarto de vestir, donde estaba depositada la enorme bañera de cobre. Ya habían vertido en ella una cantidad considerable de agua y quedaban más cubos de agua muy caliente. Una gran barra de jabón flotaba en el agua y María se dijo vacilante que realmente no era demasiado pecaminoso concederse un poco de higiene. Pero no se atrevía a permitir que él la bañase. Podía haber adoptado toda suerte de decisiones virtuosas, pero también sabía que ese hombre era capaz de destruirlas con mucha facilidad y al recordar sus sueños y evocar el rostro de su padre, rígido de desprecio por la conducta de la hija, comenzó a debatirse en los brazos de Gabriel.

–¡Suéltame! –ordenó casi sin aliento, intranquila por el modo en que su propio cuerpo comenzaba a reaccionar frente a la proximidad de Gabriel.

–Lo que mi señora ordene –replicó airosamente Gabriel y con suavidad la depositó sobre el piso. Con un destello cálido en los ojos, sus dedos comenzaron a manipular los cordones del vestido.

María golpeó las manos de Gabriel y dijo bruscamente:

–¡Basta! ¡Puedo bañarme sola! ¡Déjame! Gabriel se limitó a sonreír y murmuró:

–¿Y debo privarme del goce de acariciar tu delicioso cuerpo? **De** ningún modo, dulce tigresa.

Sus dedos encontraron los cordeles y a pesar de los intentos de María, en pocos segundos él la había desnudado por completo. La cara de María estaba roja de vergüenza; tenía la certeza de que moriría por la impresión mientras la mirada de Gabriel la recorría lentamente.

Con un acento reverente en la voz, Gabriel dijo por lo bajo:

–Por Dios, eres un hermoso espectáculo. –Y lenta, suavemente, sus manos acariciaron los pechos y la cintura de la joven. Cubriendo un pecho con la mano, inclinó la cabeza y lo besó, mientras murmuraba:

–Tan pequeño, tan tierno... y mío.

María sintió que se acentuaba su vergüenza cuando advirtió que sus pezones se endurecían y que una sensación cálida y lánguida le recorría el cuerpo. Horrorizada, se apartó de él y rogó:

–¡Señor! ¡Por favor, basta! Ningún hombre me ha visto desnuda antes y nadie me tocó jamás así... por favor, basta.

Con ojos ensombrecidos por la pasión, él la miró y le respondió:

–¿Crees que no lo sé? Pero ahora me perteneces, mi cuerpo te ha reclamado, te hizo mujer... Mi mujer, y sólo yo tengo el derecho de tocarte, de acariciarte y de mirarte siempre que lo desee...

María tragó saliva, luchando contra la seducción de las palabras de Gabriel. Con los ojos bajos, balbuceó:

–Esto... todo esto me avergüenza, no quiero que me mires de ese modo.

–¿Te avergüenza tu propia belleza? –murmuró Gabriel con voz espesa–. Oh, María, jamás deberías avergonzarte de tus dulces encantos... Eres bella, y tienes todo lo que un hombre podría desear en una mujer.

De nuevo la alzó en brazos, pero esta vez la depositó en la bañera llena de agua. Si María se sintió antes avergonzada, eso no fue nada comparado con lo que experimentaba ahora. No fue tan desagradable cuando él se contentó con lavarle los cabellos; en realidad, más bien le agradó sentir los dedos fuertes que le frotaban la cabeza; pero cuando él se arrodilló al lado de la bañera y, a pesar de las vehementes protestas en contra, comenzó a jabonarle el cuerpo, ella tuvo la certeza de que jamás nada podía ser tan vergonzoso, tan pecaminoso y al mismo tiempo tan agradable...

Por tratarse de un hombre corpulento, sus manos podían ser seductoramente suaves; cuando él se detuvo sobre sus pechos, frotó apenas la barra de jabón y sus dedos oprimieron sensualmente los pezones, María comprendió que sus decisiones estaban en franca derrota y que todo lo que ella deseaba era entregarse a la atmósfera sensual que él estaba provocando intencionadamente. Tenía la sensación de que las manos de Gabriel estaban en todas partes, tocando y acariciando su carne con movimientos provocativos y que la espuma del jabón las convertían en objetos sedosos que acariciaban su piel. Tuvo que apelar a todas sus fuerzas para abstenerse de extender la mano y tocar la cara morena y atenta que se inclinaba sobre ella, los ojos de Gabriel al parecer fascinados por la blanca carne entre sus manos. Ella ansiaba acariciar esa boca masculina muy firme que le aportaba tanto placer, enroscar en los dedos los cabellos negros espesos y desordenados, acercar esa cara a la suya, unir las bocas...

Ella tragó con dificultad, intentando pero sin conseguirlo, que sus pensamientos se apartaran del camino que seguían, y con algo que era una mezcla de suspiro y gemido, acercó más a su cuerpo las manos de Gabriel, tratando de detener los movimientos que la distraían y casi frenéticamente gritó:

–¡Basta ya de esto! Yo... yo... –Vaciló cuando los ojos verdes, el deseo muy evidente en sus profundidades esmeraldas, encontraron los suyos. Por un momento, ella se dejó atrapar por la promesa del éxtasis que vio allí, pero después, con una exclamación ahogada, atinó a gritar:– ¡Si no te detienes, te mojaré!

Gabriel sonrió, soñoliento, y pensó que nunca había visto un espectáculo tan agradable como el de María en su baño. Los cabellos recién lavados colgaban formando mechones que tendían a rizarse a medida que poco a poco se secaban; tenía los hombros como seda color perla y los lugares húmedos brillaban a la luz de las velas encendidas en la habitación; y los pechos, con sus pezones rosados, eran apenas visibles emergiendo del agua espumosa. Gabriel dejó deslizarse hacia abajo su mirada, y a través de la turbiedad del agua jabonosa apenas pudo distinguir las formas de las piernas esbeltas de María y suspiró profundamente. Con voz ronca murmuró:

–Si esa bañera fuese bastante grande, me reuniría contigo... pero no te preocupes si temes mojarme, no pienso conservar estas ropas mucho más tiempo, ¡según me siento ahora, estoy al borde de reventar mis bragas!

María se sonrojó hasta las raíces del cabello y al verla Gabriel rió alegremente. Pellizcándole con suavidad la nariz, dijo despreocupado;

–Qué tiernos sonrojos... es una lástima que al vivir conmigo pronto desaparecerá de tus mejillas... aunque –agregó con sonrisa cómplice– sospecho que los veré con frecuencia... por lo menos hasta que te haya enseñado todo lo que tienes que saber acerca del amor entre un hombre y una mujer.

La boca seca, María lo miró con algo que era una mezcla de placer y terror. Era evidente que él se proponía hacerle el amor muy pronto y a menos que ella estuviese dispuesta a tragarse el orgullo y a permitir que el honor de los Delgado fuese arrastrado por el lodo, tenía que hacer algo para impedírselo. Si él continuaba con esa actitud gentil y alegre, ella no podría resistir; apelando a toda la altivez de que era capaz, alzó el mentón y dijo sombríamente:

–Señor, no creáis que será una tarea fácil. Os digo aquí y ahora que me propongo resistir cada uno de vuestros movimientos. Es posible que sea vuestra cautiva, pero no comprobáis lo que siento en mi corazón, lo que hay en mi mente y en mi espíritu. Soy una Delgado... sois un Lancaster... hay mucha enemistad entre nosotros, y haríais bien en recordarlo.

El modo complaciente de Gabriel se disipó al instante y con un filo de dureza en la voz replicó agriamente:

–Señora, rara vez lo olvido, pero haríais bien en recordar esto: ¡una persona que está en vuestra situación no debe provocar a su amo! –con sus ojos esmeralda súbitamente fríos, agregó:– Estoy amable contigo... Puedo ser cruel, ¡no lo dudes! Continúa en la actitud que elegiste esta noche y pronto descubrirás cuan cruel.

Por supuesto, después de desafío semejante, era casi imposible que María no reaccionara prontamente. Con un brillo decididamente belicoso en los ojos azul zafiro, replicó irritada:

–¡Crees que me atemorizas! ¡Bah! No puedes hacer nada peor que lo que hiciste la noche en que ine arrebataste la virginidad. –Con un gesto atrevido chasqueó los dedos bajo la nariz de Gabriel y para reafirmar su posición, tanto como para demostrarle que no se intimidaba tan fácilmente, dijo con voz apasionada:–No te temo... ¡no eres más que un Lancaster y nosotros los Delgado sabemos cómo tratar a tu ralea!

No era el pensamiento más sensato que ella hubiera podido formular y si había un residuo de indulgencia que él sentía aún, en todo caso desapareció apenas esas palabras salieron de la boca de María. Encolerizado porque ella se atrevía a hablarle así, enfurecido porque esa obstinada y menuda criatura a quien había tenido en sus brazos apenas dos noches antes ya no existía, y en cambio en su lugar estaba esta marimacho de lengua afilada, Gabriel perdió los estribos. Se incorporó, con los ojos entrecerrados, y la voz casi sedosa replicó:

–¿De modo que no puedo hacerte nada peor? –Una sonrisa perversa se dibujó en sus finos labios:– ¡Creo que te demostraré cuan afortunada fuiste la otra noche!

Alarmada ahora porque había despertado a la bestia, María trató frenéticamente de evitar sus manos, que descendieron y la aferraron con fuerza de los hombros. Con un movimiento rápido, él la extrajo del agua e indiferente a sus intentos de evitarlo, la envolvió bruscamente en una manta de algodón que estaba allí precisamente con ese propósito. Llevando en brazos la forma que se debatía, el rostro sombrío y decidido, volvió con ella al dormitorio y con fuerte golpe cerró la puerta que comunicaba con la habitación más pequeña. Se acercó a la cama, apartó el mosquitero, y como había hecho la primera vez arrojó el cuerpo de María sobre el colchón.

Pero a diferencia de esa primera vez, no se detuvo ni un instante. En cambio, con movimientos torpes e irritados, comenzó a desnudarse y antes de que María pudiese desprenderse de la manta que se le pegaba al cuerpo, Gabriel se reunió con ella en la cama y su cuerpo desnudo cayó pesadamente sobre ella; María se debatió salvajemente para evitarlo. Se retorció frenética, consiguió deslizarse hacia un costado y medio había logrado separarse un poco cuando la mano de él se cerró firmemente alrededor de un tobillo y tiró con fuerza, comenzando a arrastrar el cuerpo que se retorcía, acercándolo. La apretó contra su pecho musculoso, su boca encontró la de María y reclamó casi cruelmente la posesión de sus labios.

Para María fue una pesadilla y en realidad poco la consolaba el hecho de que lo que estaba sucediendo era el resultado de sus palabras. Que él se proponía poseerla con la misma brutalidad con que la besaba era muy evidente, y la joven cautiva sentía más miedo que en otra ocasión cualquiera de su vida. Como una criatura salvaje, se debatió y retorció, tratando desesperadamente de liberarse del apretón cada vez más estrecho.

Sollozando de cólera y terror, finalmente consiguió apartar su boca de los labios de Gabriel y deslizar el codo entre los cuerpos, manteniéndolo momentáneamente a distancia. Ambos jadeaban, los pechos agitados a causa del esfuerzo, y la parte inferior del tronco de Gabriel presionaba cálida, íntimamente sobre el vientre de María; y a pesar de las circunstancias y de su sentimiento de horror total, María sintió que una languidez traicionera se apoderaba de sus miembros inferiores. Su mirada encontró la de Gabriel y la sorprendió descubrir que ya no era dura ni fría; en cambio, los ojos verde esmeralda relucían de deseo... y a causa de otro sentimiento, lo que indujo al corazón de María a latir aceleradamente.

Gabriel inclinó la cabeza y besó apenas los hombros de la joven. En voz baja murmuró:

–No tendría que ser así, tigrecilla... preferiría de lejos que consintieras en lugar de resistirte.

María endureció el cuerpo y trató de contener el ansia traicionera de entregarse a ese hombre, de ceder al acento de ruego de su voz. Podía sentir el calor del cuerpo duro contra el suyo, la forma y la textura de las piernas largas y poderosas que presionaban contra ella; y entre los dos cuerpos, la virilidad cálida e hinchada de Gabriel que aplicaba contra el estómago de María. Sería tan dulce, tan maravilloso aflojarse, permitir que su cuerpo se aferrase al del hombre, sentir esas manos fuertes que la tenían presa y que podrían deslizarse acariciadoras sobre el cuerpo femenino, conseguir que esa boca flexible la besara con pasión gentil; y así, por un momento, la decisión

de María se debilitó. Pero entonces, casi como si los dos hombres estuviesen de pie, condenándola, a pocos centímetros del borde de la cama, oyó la voz de su padre y la de Diego, que exclamaban despectivamente:

–¡Puta! ¿Dónde está tu orgullo? ¡Eres una Delgado! ¡El es un Lancaster! ¿Te atreves a deshonrar todavía más el nombre orgulloso que llevas?

Un sollozo angustiado brotó de su garganta y María apartó violentamente a Gabriel. Gritó con febril intensidad:

–¡No! ¡Nunca!

Y en un movimiento sorpresivo, debatiéndose para rechazarlo, la rodilla de María golpeó con fuerza la ingle de su antagonista; sofocando una maldición Gabriel salió despedido, el cuerpo encogido a causa del dolor. Sin saber muy bien lo que había sucedido, María vaciló; pero después aprovechó la imprevista oportunidad, y se arrastró sobre la cama, tratando de poner la mayor distancia posible entre ella y ese hombre que tanto la fascinaba, pero que a causa de la enemistad que oponían los antepasados de ambos, estaba fuera del alcance de la muchacha.

María acababa de llegar al borde de la cama y su pie esbelto ya se apoyaba en el piso, cuando Gabriel reaccionó de tal modo que con un movimiento ágil salvó la distancia que los separaba y le aferró el brazo. Con un gesto brutal la obligó a acercarse de nuevo y gruñó:

–Oh, no, ¡no lo conseguirás! ¡Creo que ahora obtuviste que perdiese los estribos y al demonio con las buenas maneras!

La acostó sobre la cama, y su boca aprisionó irritado la de María, sus manos sujetaron los muslos de la joven y los obligaron a abrirse. Su cuerpo corpulento la sujetó, pero María luchó con todas sus fuerzas, impulsada por el orgullo tanto como por el miedo.

Usando toda la fuerza contenida en su cuerpo esbelto, María medio se incorporó, y casi consiguió que Gabriel perdiese el equilibrio. Estirando un brazo y esforzándose, buscó el cuchillo bajo la almohada, y con una exclamación de contento sintió que sus dedos se cerraban sobre el mango. Sin pensar, reaccionando por instinto ciego, atacó a Gabriel, y con una mezcla de dolor y alivio oyó que él gritaba. Apoyándose en un codo, María se incorporó y descubrió que el cuchillo había tocado la cara de Gabriel, y que la hoja había dejado un corte limpio que le cruzaba la mejilla, cerca del ojo.

Durante un momento prolongado y cargado de tensión los dos se miraron; la herida en la mejilla de Gabriel sangraba profusamente y la sangre se deslizaba por la tensa mejilla. Colmada de remordimiento, con un nudo de dolor cada vez más intenso en su pecho, María arrojó el cuchillo, mirándolo con repugnancia. Los ojos azules casi negros de arrepentimiento, ella consiguió decir estremecida:

–Inglés... yo... yo... no tuve la intención de... –La expresióaj de disculpa se apagó en sus labios cuando vio la que emergía de| los ojos del hombre.

Jamás, en el curso de la vida de María, nadie la había mirado de ese modo. Desprecio, furia, incredulidad... el deseo y el dolor se manifestaron todos en una fracción de segundo antes de que \ él entornase los párpados, ocultando lo que había en sus ojos. Al–1 go sombrío y peligroso se insinuó lentamente en la habitación. | María sintió que esa atmósfera se espesaba

cada vez más alrede–' dor de ella y la boca se le secó. Comprendió con un sentimiento de náusea que había traspasado cierto límite invisible, que había cambiado quizá para siempre, la situación entre ellos, y de pronto se sintió muy atemorizada frente a ese bucanero alto y musculoso. Gabriel Lancaster la había fascinado... pero ahora ella tuvo la extraña sensación de que el Gabriel que ella había conocido se había alejado mucho y de que gracias al orgullo y la locura de la propia María, ella se encontraba ahora frente a frente con el Ángel Negro tan temido por sus compatriotas españoles. Tragó saliva y añoró al amante apasionado y gentil que había despertado su femineidad, pero al mismo tiempo sintió que no podía abstenerse de seguir el camino impuesto por el pasado.

Con los párpados entornados, Gabriel la miró un segundo más y después, casi con indiferencia, levantó una mano para tocarse la fea herida y apartó los dedos teñidos de rojo con su propia sangre. Con voz fría y lejana dijo:

–El día que Harry Morgan me liberó de las entrañas de ese maldito barco negrero hice una promesa: Jamás un Delgado volvería a imponerse a mi voluntad, jamás un Delgado volvería a derramar la sangre de los Lancaster... me prometí que aprovecharía todas las oportunidades para asegurarme de que los Delgado ya no vivirían, de que ya no podrían contaminar la tierra con su odiosa presencia.

Sonrió, pero en realidad se trató de una mueca feroz, sin alegría y María se estremeció; el coraje la indujo a levantar el mentón, orgullosa, y su cuerpo se puso en tensión, preparada a luchar para defender la vida.

–Sin embargo, parece –continuó Gabriel con la misma voz helada– que tendré que quebrar esa promesa... –Se le endureció la voz y espetó:– No te mataré, tigrecilla, ¡pero cuando termine contigo quizá desees que lo hubiese hecho! –Rió con amargura.–Pues bueno que me recordases tan enérgicamente la traición de tu familia... ¡y me corresponde, si quiero defender el honor de la familia Lancaster, tratarte con la misma brutalidad y la misma violencia que tu hermano dispensó a mi persona y mi familia!

María lo miró, todavía profundamente conmovida porque lo había atacado con tanta crueldad, todavía aturdida porque le dolía tanto contemplar la herida que ella le había infligido. Y sin embargo, no podía lamentarlo del todo... la línea del antagonismo entre ellos ahora estaba trazada clara e irrevocablemente; en adelante, ninguno podría retroceder.

Cuando él alargó hacia ella las manos esta vez, María estaba medio preparada para afrontar esa actitud, pero nada la había preparado para la fuerza desatada de ese cuerpo poderoso. Las manos de Gabriel eran como garfios de acero cuando se cerraron sobre los hombros de la muchacha. Y aunque ella se debatió salvajemente, sus esfuerzos para evitarlo fueron inútiles. Frenética, trató de evitar la boca que se acercaba, pero un brazo de acero se deslizó alrededor de su cintura, obligándola a aproximarse, y la otra mano le atrapó la cabeza que se movía y la sostuvo inmóvil mientras la boca masculina aprisionaba colérica la de María. Sin piedad, los labios firmes de Gabriel separaron los de la joven, su lengua se le metió en la boca, reclamando e insistiendo mientras exploraba hambrienta la excitante calidez de su interior.

Fue una lucha frenética, y Gabriel destruía sin esfuerzo las frágiles defensas de María con la misma rapidez con que ella las levantaba.

Una violencia terrible saturaba la habitación y el aire mismo parecía denso y opresor; María percibió el sabor de la sangre en la lengua y no pudo distinguir si pertenecía a la herida infligida a Gabriel o era suya propia, originada en la fiera presión de los labios del hombre sobre ella; pero hasta cierto punto parecía simbólico que la sangre los separase. Varias generaciones de Delgado y Lancaster se habían infligido mutuamente graves heridas, de modo que, ¿era lógico que ahora la situación pareciera diferente? Esa fue la pregunta enfermiza que ella se formuló. Un terrible sentimiento de derrota comenzó a debilitar su ansia de continuar este combate perverso y unilateral y aunque continuó esforzándose para evitar el abrazo poderoso de Gabriel, al mismo tiempo sintió que se debilitaba, y que en realidad ya no le importaba lo que él le hiciera esa noche.

Entre ellos se había desencadenado una pasión primitiva y fundamental, que barrió explosivamente con todos los restantes pensamientos y emociones. La venganza y el orgullo nada tenían que ver con lo que estaba sucediendo entre los dos; eran sólo el hombre brutal y bárbaro y la mujer indomada y primitiva librando una batalla tan antigua como Adán y Eva, una batalla que podía terminar de un solo modo…

Al contacto con la lengua de María, Gabriel gimió roncamente, sus dedos aferraron los enmarañados cabellos negros y la obligó a echar hacia atrás la cabeza, adueñándose hambriento del beso que ella le ofrecía con tal desvergüenza. El estaba consumido por el deseo y ardía ansioso de penetrar en la tierna carne que tanto le irritaba y que al mismo tiempo lo excitaba de un modo inenarrable. Le dolía el cuerpo a causa del deseo, un deseo primitivo sobre el cual no ejercía control y los movimientos de ese cuerpo ;| esbelto tan próximo al suyo representaban un cruel tormento; la resistencia de María, un acicate carnal que destruía la delgada capa de civilización y despertaba el ansia elemental de conquistar a esa mujer, de reclamarla tan completamente, de un modo tan total que al poseerla tenía que marcarla para siempre como suya y solamente suya.

A pesar de los bajos sentimientos que la exponían a su sensibilidad más profunda, había cierto salvajismo sensual en los actos de Gabriel; no estuvo tierno con ella, pero tampoco cruel; en cambio, lo dominaba una pasión tan elemental y bárbara que nada de lo que María podría haber dicho o hecho le habría impedido poseerla. Que también ella pareciese tan sumida en el mismo fuego salvaje e inexorable que ardía en Gabriel, provocaba en él una fiera satisfacción, y así se vio implacablemente forzado a aprovechar plenamente la situación. Pero mientras sentía un goce retorcido y amargo cuando ponía fuera de sí a María y la obligaba a rendirse, la obligaba a sentir emociones que ella no deseaba experimentar, su propia necesidad hambrienta no podía retenerse por más tiempo; y poniéndola bajo su cuerpo, las manos de Gabriel se deslizaron hasta las caderas y las elevaron para que recibiesen el golpe poderoso del cuerpo duro. Un rezongo casi animal de intenso placer brotó de la garganta de Gabriel cuando su miembro rígido e hinchado se hundió profundamente en la carne cálida y sumisa.

Fue un acoplamiento sin dulzura, ambos atrapados y empujados por el pasado y el presente, ambos indiferentes a todo lo que no fuesen esos oscuros deseos que los dominaban.

Gabriel sintió la respuesta de María, su boca se apartó de ella y los ojos verdes encendidos de pasión encontraron la mirada de la joven una fracción de segundo antes de que sus rasgos se endurecieran y su cuerpo se sacudiera, cuando el placer elemental lo recorrió. Entrecerró los ojos y en un movimiento premioso apresó la boca de María, besándola hambriento, sus movimientos desordenados y casi desesperados, hasta que las crueles sensaciones que lo habían consumido, se atenuaron gradualmente.

Pero si las pasiones primitivas que los habían dominado a ambos estaban momentáneamente calmadas, los sentimientos violentos desencadenados con tanta insensatez por María no corrieron la misma suerte. Gabriel tuvo razón al afirmar que cuando terminase con ella María desearía estar muerta... y así era. Tan pronto se apartó de ella, María sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. La vergüenza y la repugnancia comenzaron a dominarla, cuando comprendió con dolor qué era lo que había sucedido entre ellos y cuan diferente era esa noche de la primera cuando él le había hecho el amor. Le temblaron los labios. Esta noche él no le hizo el amor: la conquistó, la poseyó, la indujo a hacer cosas que ella no deseaba, la había obligado a responder desordenada y salvajemente a sus caricias y María despreciaba su propia debilidad y odiaba a Gabriel a causa del poder que él parecía ejercer sobre ella.

Gabriel estaba acostado de espaldas, los ojos fijos en el dosel, el pecho musculoso que se elevaba y descendía lentamente, mientras la luz de la vela parpadeaba sobre la cadena de oro en forma de cuerda que colgaba de su cuello fuerte. Tenía la cara y el pecho manchados con la sangre que había brotado del profundo corte sobre el pómulo y casi contra su voluntad María extendió una mano, pero la dejó caer inerte sobre la cama. Al ver el gesto él la miró, los ojos verdes vacíos y sombríos, casi como si no la reconociera, y pareció que ese era el más doloroso de todos los insultos.

Con un sentimiento de rabia que casi la ahogaba, María escupió:

–¡Te odio! ¡Eres una bestia!

–Esperaba poco más que eso de una Delgado... no deseaba otra cosa. Mientras tu cuerpo me suministre todo el placer posible, me sentiré satisfecho, y que me odies o no poco me importa. –La sonrisa felina se amplió.– Con respecto a que soy una bestia... –Algo parpadeó un instante en los ojos verdes.–¡Alégrate de que no te muestre verdadera bestialidad! ¡Pero irrítame otra vez y puedo prometerte que esta noche será para ti, en comparación, un recuerdo muy agradable!

15

Después de haber pronunciado estas irritantes palabras, Gabriel saltó de la cama y sin hacer caso de su propia desnudez atravesó la habitación

hasta el lugar en que había dejado sobre una silla su bata de seda roja. Después de ponerse la prenda se anudó descuidadamente el cinturón y sin decir una palabra más desapareció pasando por la puerta principal del cuarto.

Poco después que la puerta se cerrara detrás de Gabriel, María continuó mirando en esa dirección, poco dispuesta a afrontar el hecho desagradable de que ella misma había provocado los episodios de esa noche, de que con sus propias y menudas manos había destruido el frágil y tenue hilo que la unía milagrosamente a Gabriel. Inclinó la cabeza y un sollozo profundo de sufrimiento total brotó de su pecho. Las lágrimas afluyeron a sus ojos, y gimiendo dolorosamente, se arrojó boca abajo sobre las almohadas de la cama. Lloró durante horas interminables y en el fondo no pudo determinar si lo hacía por sí misma o por Gabriel. Sólo tenía conciencia de que el orgullo y la arrogancia la habían llevado implacablemente a la terrible situación en que ahora se encontraba y cuando las sombras dejaron sitio a las primeras luces del alba, ella aún no alcanzaba a ver un modo de salir de la trampa en que se metiera.

Ese condenado orgullo de los Delgado no le permitiría retractarse y se estremecía ante el pensamiento de la probable reacción de Gabriel si ella intentaba corregir la situación actual. El había expresado muy bien la opinión que le merecían los Delgado y María se estremeció al recordar la expresión que había visto en la cara de su carcelero cuando explicó su juramento, en el sentido de que nunca permitiría que un Delgado se le impusiera... así como la afirmación de que estaba dispuesto a matar para cumplir ese juramento.

Que él la hubiese tratado como lo había hecho esa noche no debía sorprenderla; lo que tenía que sorprenderla era la demostración de tanta dulzura y moderación la primera vez que le hizo el amor. Sintió un escalofrío de repugnancia cuando percibió la diferencia entre lo ocurrido esa noche y su tierna iniciación en la femineidad a manos de Gabriel. ¿Cómo era posible, se preguntaba a cada momento, que él se comportara de tan distinto modo, que los dos episodios que ella había vivido con él mereciesen el mismo nombre y que en ambos casos se hablara de hacer el amor? Con una sensación de náusea comprendió que eso era absurdo, que el episodio vivido un rato antes nada tenía que ver con el amor... Pero tampoco merecía ese nombre lo ocurrido la primera vez... ¿O sí?

¿Estaba enamorada de Gabriel Lancaster? ¿O sencillamente se había sentido fascinada por él... su cuerpo inexperto reaccionó a las caricias de un hombre experimentado? Este pensamiento era muy desagradable e irritada, lo rechazó. Pero la idea de que ella podía estar enamorada de Gabriel era igualmente ingrata. Sin embargo, si ella no estaba enamorada de Gabriel –¡y María afirmaba y reafirmaba que no lo estaba!– entonces, ¿por qué la angustiaba la pérdida del amante tierno que la había llevado al éxtasis por primera vez?

Se dijo salvajemente: ¡No lo lamentaba! ¡Lo odiaba! Lo odiaba por lo que le había hecho esta noche y porque era un detestable Lancaster. Se alegraba, pensó vehemente, de que él le hubiese mostrado su verdadera naturaleza: ahora no se forjaba ilusiones acerca de su persona, ahora

conocía a la criatura verdaderamente bestial que a veces se disimulaba detrás de unos labios sonrientes y unos alegres ojos verdes. ¡El no volvería a engañarla!

Tal vez no habría confiado tanto en sus propios sentimientos si hubiese sabido lo que en ese mismo momento pasaba por la mente de Gabriel. Lo sucedido en la noche lo había afectado y horrorizado casi tan profundamente como era el caso en María y él tenía conciencia del intenso deseo de borrar los momentos que desembocaron en esa violenta unión. Experimentaba un intenso sentimiento de vergüenza, de repugnancia por sus propios actos, pero al mismo tiempo no podía negar que en todo el episodio se había manifestado una excitación y un placer enloquecidos.

¿Qué había en ella que provocaba la frustración de las ansias de Gabriel? i El no había deseado que esta noche terminara como había sucedido! Ni tampoco, descubrió desconcertado, quería continuar obligando a María a aceptarlo en su lecho noche tras noche. ¡Lo que ansiaba desesperadamente y lo reconocía con fiereza, era acercarse a la pequeña, seductora y dulce criatura a la que había conocido esa primera noche que la tuvo en sus brazos! Era un reconocimiento inquietante, ¡sobre todo porque se relacionaba con la única mujer a quien debía considerar con desprecio y desdén! ¡Y ella le explicó muy claramente los sentimientos que él le inspiraba!

Con un movimiento cauteloso acercó la mano a la herida en la mejilla. Aún sangraba levemente y juró por lo bajo al sentir el débil latido doloroso provocado por la suave presión de sus dedos. ¡Zorra! Lo había marcado y Gabriel esbozó una mueca renuente pues comprendió que al día siguiente provocaría muchas observaciones obscenas y descaradas de sus compañeros piratas. Pero si bien podría aceptar con ecuanimidad las bromas de sus camaradas, la situación con María era intolerable. Y sin embargo, ¿esa situación no era como debía ser? ¿No era mucho más aceptable la guerra a muerte con María Delgado que sentirse capturado por anhelos mal definidos? ¿No era mejor para su propia paz mental, por los años durante los cuales había deseado vengarse de los Delgado, que las cosas fuesen así? ¿Que ella lo odiase? ¿Saber que cada vez que la poseía y que ella se debatía, tomar conciencia de que estaba forzándola a someterse a su abrazo, del mismo modo que su joven e inocente hermana se veía forzada a aceptar el cuerpo de su aprehensor?

Al pensar en Caroline, se endureció la expresión de su rostro. ¡Por las llagas de Cristo! ¡Era un idiota al desear que esta noche las cosas hubiesen sido distintas! Los Delgado le habían arrebatado algo más que una esposa y una hermana ese día fatídico del ataque *al Raven:* había perdido su futuro, la trama entera de su vida estaba enteramente desgarrada.

Se aferró con obstinación a estas ingratas ideas, poco dispuesto a permitir que sus mejores instintos dominasen el orgullo profundo y los sentimientos de venganza. Dirigió una mirada furiosa al cielo oscuro tachonado de estrellas, ¡y se juró que jamás debería permitir que esa víbora de María Delgado lo confundiese, enturbiase su criterio, lo apartase de su meta, que era la venganza definitiva!

De todos modos, no pudo decidirse a regresar al dormitorio que había compartido con esa gata salvaje de mal carácter, y como estaba excesivamente despierto para dormir, pasó el resto de las horas nocturnas recorriendo los diferentes rincones del patio. Cavilosamente se demoró en todos los agravios que los Delgado habían infligido a los Lancaster, y cuando llegó el alba estaba de pésimo humor y muy dispuesto a provocar dificultades–

Regresó al dormitorio cuando las primeras luces del día se difundían en el cielo tropical y se acercó a la cama con paso decidido. La visión de la cara manchada de lágrimas de María determinó que vacilase apenas un instante y entonces tuvo irritada conciencia de una puntada en la región del corazón. Pero se reafirmó en sus propósitos y no hizo caso a esos sentimientos blandos y castradores: extendió una mano enérgica y sacudió con fiereza a María.

Esta no había dormido mucho tiempo, ni muy profundamente, pues sus dolorosos pensamientos la mantuvieron despierta hasta poco antes de la llegada de Gabriel. Y se inquietó al despertar y ver los rasgos sombríos y hostiles de Gabriel a pocos centímetros de ella misma. Sobresaltada, medio sorprendida y medio temerosa, clavó la mirada en su cara y apreció cabalmente la gravedad de la herida que le había infligido durante la noche.

La hoja marcó un largo surco en el extremo superior del pómulo y a la luz matutina ella comprendió, juzgando por la inflamación y las manchas verdosas y púrpura que rodeaban el corte, que se trataba de una herida profunda. María lo miró estúpidamente, el corazón le latió aceleradamente y la joven experimentó el doloroso anhelo de tocarlo, de suavizar la lesión que con tanta violencia ella le había infligido. Pero de pronto, al recordar lo que Gabriel le había hecho, se le endureció el cuerpo y una chispa de resentimiento encendió los ojos azul zafiro. Elevó belicosa el mentón y con voz antipática preguntó:

–¿Sí, amo? ¿Tu humilde servidora puede hacer algo por ti? Gabriel afirmó el mentón y entrecerró los verdes ojos. Con un movimiento brusco la arrancó de la cama y rezongó:

–¡Sí! Tu amo quiere un poco de agua caliente... ¡ve a buscarla!

María pensó que era más sensato retirarse sin más trámites, se vistió de prisa la prenda arrugada y se apresuró a salir del cuarto. Cuando llegó a la cocina, no la sorprendió descubrir que el obeso mayordomo y el cocinero ya estaban atareándose; conteniendo un gran bostezo, pues hacía apenas unos minutos que

había amanecido, se acercó a uno de los cubos llenos de agua fría depositados cerca de la puerta de salida. Después de salpicarse la cara con un poco de agua, intentó poner cierto orden en los enmarañados rizos, usando los dedos, pero fue una tarea inútil. Renunció al intento y miró a los dos criados que la contemplaban cautelosamente. Al recordar las amenazas que Gabriel les había dirigido la noche anterior, María murmuró:

–El me envió aquí... ¡Y quiero un poco de agua caliente!

–¡Sí! –replicó al instante el cocinero–. ¡Me ocuparé inmediatamente! –Y se dedicó a volcar un poco de agua en un hervidor de hierro negro que

descansaba sobre el hogar. Debajo ardía un pequeño fuego; después de agregar un poco más de leña el cocinero dijo:

–Se necesitarán apenas unos minutos.

María asintió y al descubrir que tenía apetito se sirvió un trozo de pan caliente que acababa de salir del horno de ladrillos. Untándolo con manteca extraída de un plato que estaba sobre la mesa, esperó impaciente que se calentara el agua, mientras se preguntaba qué le aportaría la jornada. Probablemente algo muy terrible, decidió con ánimo sombrío, en el instante mismo en que el cocinero le decía que el agua ya estaba bastante caliente.

Envolvió el mango del hervidor en una tela gruesa y salió a uno de los corredores de la casa. María jugó con la idea de dejar allí mismo el hervidor y huir de la residencia. Pero después recordó los peligros de las calles y a los corpulentos bucaneros que defendían el perímetro de la casa y de mala gana desechó la idea. Pero no olvidó el ansia de escapar, un anhelo intenso de poner la mayor distancia posible entre ella y Gabriel Lancaster. Después de la noche que había pasado, la fascinación que él antes ejerció sobre ella, los sueños mal comprendidos que tenía en relación con ese hombre, eran todas cosas del pasado y la idea de verse obligada a soportar otra noche igual le era intolerable. ¡Tenía que huir! Y de un modo o de otro encontraría el camino para realizar su propósito!

Abrió la puerta del dormitorio y dijo con voz agria:

–¡Señor! Aquí está el agua que deseabas.

Gabriel se había vestido parcialmente en ausencia de María y a pesar de todas las protestas de la joven en contrario, la visión de este hombre, de su musculoso torso desnudo sobre las bragas negras, suscitó en ella una extraña emoción. Despreciándose por su propia reacción, apartó los ojos del magnífico cuerpo y caminó enojada hacia el cuarto contiguo, salpicando con agua el piso mientras avanzaba.

El entrecejo enarcado sardónicamente, Gabriel murmuró un odioso rezongo:

–Qué criadita tan descuidada... ¿no sería mejor darte unos buenos golpes?

María le dirigió una mirada colmada de hostilidad pero frenó la lengua, pues de pronto adivinó que él deseaba provocar una respuesta indiscreta. Como ella permaneció en silencio, Gabriel encogió los anchos hombros y señalando una mesa recubierta de mármol con una palangana de porcelana encuna, ordenó:

–Déjala allí... y después ve a buscarte ropa mejor que esas raídas prendas.

–¿Por qué? –preguntó secamente María–, Me parecen perfectamente apropiadas para el papel que debo representar. Con voz peligrosamente suave, él dijo sin inmutarse:

–Y yo considero que ese modo de vestir me ofende. Cambíate, ¡ o yo me ocuparé de eso! ¿Necesito decir más?

Con los labios apretados, ella meneó la cabeza y replicó con voz ahogada:

–¿Y después, amo, soy libre de retirarme de tu presencia?

–Sólo para buscar otras ropas y una vez hecho eso espero te reúnas conmigo en el comedor... y además –agregó burlón– con los cabellos peinados.

La joven giró bruscamente, ansiosa de alejarse antes de que ella misma hiciera algo totalmente absurdo, pero la voz de Gabriel la detuvo cuando había llegado a la puerta.

Con una voz que era casi un ronroneo, le dijo:

• –Y María... ¡asegúrate de usar algo conveniente! Acércate a mí con ropas impropias y te desnudaré y obligaré a marchar por las calles de Portobelo.

Después de las abluciones matutinas de Gabriel había quedado bastante agua caliente y María pudo lavarse bien. Se frotó implacablemente, casi como si estuviera tratando de eliminar todo rastro del contacto de Gabriel con su piel. Después, se sintió mejor, vistió de prisa las hermosas prendas y con movimientos rápidos se peinó los cabellos, antes de asegurar los rebeldes rizos en una larga trenza que fijó hábilmente alrededor de la cabeza.

Se miró al pasar en un espejo de cuerpo entero, salió de la habitación y entró en el comedor pocos minutos después. María había esperado que a pesar de lo temprano de la hora Zeus o Pilar también estuviesen levantados y moviéndose por ahí, pero se le oprimió el corazón cuando comprendió que Gabriel era el único ocupante de la espaciosa sala.

Hubo un silencio embarazoso, Gabriel se puso de pie y dijo fríamente:

–Gracias por obedecer mis órdenes, de modo que ahora no tengo motivo para maltratarte aun más. Ahora, si te sientas, ordenaré a los criados que nos traigan el desayuno. .

La aparición de Zeus y Pilar, en el momento mismo en que los dos hostiles comensales estaban terminando su incómodo desayuno, puso fin al silencio. Después de una rápida ojeada para comprobar cómo María había pasado la noche, Pilar prestó atención a la fea herida en la mejilla de Gabriel y sin reflexionar exclamó:

–¡Señor! ¿Qué os sucedió?

Apenas las palabras brotaron de sus labios, comprendió exactamente lo que debía de haber sucedido y cerró la boca, mientras dirigía una mirada inquieta a María.

Correspondió a Zeus disimular la pausa embarazosa que siguió y sentándose frente a la mesa murmuró imperturbable:

–Ma chérie, realmente tienes que hacer algo para corregir esa inquietante costumbre de formular preguntas tan desconsideradas. – Mientras se servía porciones de una gran fuente de carne fría que Gabriel y María habían dejado intacta y al parecer indiferente a la exclamación ofendida de Pilar, continuó:– Es evidente que la palomita se sintió obligada a enseñar algunos modales a nuestro sombrío Ángel Negro. Y como ambos están aquí esta mañana, podemos suponer que todo terminó como debía

terminar. –Dirigió una mirada inquisitiva a Gabriel y preguntó suavemente:– ¿Oui?

Gabriel emitió un rezongo, pero después de apartar su plato con el contenido apenas tocado, dijo con bastante serenidad:

–Digamos sencillamente que terminó, ¿eh? Y sin más derramamiento de sangre. –Dirigió a María una mirada extraña antes de agregar con intención:– Pero sospecho que ambos tenemos heridas que el ojo no alcanza a ver.

El resto del desayuno pasó de un modo bastante agradable y sólo cuando los hombres se pusieron de pie para salir hubo una nota tensa en la conversación. Deteniéndose junto a la silla de María, Gabriel miró fijamente la cabeza inclinada, en un gesto obstinado, y dijo con dureza:

–Cuando retorne esta noche espero que estés aquí para saludarme debidamente. No quiero encontrarte en la cocina, ni vestida como estabas anoche. Si así fuera... –No necesitó decir más, pues la amenaza en su voz era explícita.

Apenas se había cerrado la puerta detrás de los dos hombres cuando María saltó enojada de su silla, los ojos azules ardientes de furia escupió:

–¡Sucio perro inglés! ¡No veo el momento de que se marche de aquí y nos deje en paz!

–¿Estás tan segura de que piensa dejarte en Portobelo? –preguntó secamente Pilar.

María miró asombrada a Pilar; era evidente que no había concebido la idea de que quizá Gabriel no la dejara detrás. Tragó saliva dolorosamente, asaltada de pronto por una serie de nuevas sensaciones. Con rostro pálido, se desplomó lentamente en su asiento y ahora cayó sobre ella, con la fuerza de un golpe, la amarga conciencia de que en realidad no deseaba perder de vista al inglés.

Con ojos expresivos miró a Pilar y sus pensamientos y emociones eran un frenético torbellino. El orgullo y el honor exigían que ella adoptase la postura que ahora tenía, actuase como había actuado y que continuara en la misma línea, pero su corazón... Su corazón estaba dolorido ante la situación en que se encontraba, una parte de su ser ansiaba que la noche anterior nunca hubiese existido; deseaba con dolor olvidar que ella era María Delgado y él Gabriel Lancaster, un bucanero inglés y un enemigo permanente de su familia. Con expresión de desconcierto en los luminosos ojos azules, preguntó sordamente:

–¿Qué puedo hacer?

–No creo que puedas influir mucho en el asunto –replicó sobriamente Pilar–. Si el señor Lancaster decide que te llevará con él a Jamaica, no tendrás alternativa.

María tenía la imprecisa conciencia de que en circunstancias distintas la idea de dejar atrás todo lo que había conocido siempre y de viajar con Gabriel Lancaster a Jamaica, de convertirse en parte del mundo de ese hombre, habría sido irresistiblemente atractiva y excitante, pero según estaban las cosas... Se estremeció, y los peligros y las acechanzas de su

posición tan indefensa se le manifestaron con absoluta claridad. Miró a Pilar. Casi con una nota de asombro en la voz, preguntó:

–¿Y eso no te atemoriza?

–No —replicó calmosamente Pilar–. Pero por otra parte –agregó con voz severa– ¡no fui tan loca como para atacarlo con un cuchillo! –Era necesario que María comprendiese que la vida de ambas dependía de los dos hombres que las habían capturado y que por el momento María debía contener su temperamento díscolo y su caprichoso orgullo Delgado. Ante el relámpago de dolor que se manifestó en los ojos azules, Pilar casi cedió, pero afirmándose en su decisión dijo sombríamente:– María, le advertí de tu juventud y tu inocencia... ¡no creí necesario advertirle de tu falta de inteligencia! ¿Estás loca? Si te hubieses resistido y lo hubieras apuñalado la primera noche, podría haberlo entendido. ¿Pero ahora? Dios mío, ¿por qué ahora?

Ofendida por la aparente decepción de Pilar, confundida e insegura, María dijo con aire desvalido:

–Jamás debí haber permitido... –Tragó con dificultad, y las lágrimas le escocían en los ojos.– Esa primera noche nunca debió existir... durante unos momentos olvidé quién era él y quién era yo... pero después recordé... y, no sé por qué, todo me pareció horriblemente equivocado. —Con angustia en la voz exclamó:– ¡Su padre asesinó al mío! ¿Cómo pude acostarme con él? ¿Cómo pude olvidar lo que mi propio hermano le hizo? ¿O que no fue amor lo que lo trajo aquí, sino el odio y la necesidad de venganza? –Con acento casi histérico, agregó:– ¿Crees que a mí me deseaba? De ningún modo. Fue únicamente que yo era María Delgado, ¡la hermana de su enemigo jurado!

Angustiada e inquieta Pilar la siguió y la alcanzó en el momento mismo en que María se preparaba a irrumpir en el dormitorio. Desechando de una vez su severa decisión. Pilar rodeó con los brazos el cuerpo juvenil conmovido por los sollozos, y murmuró:

–¡Ah, paloma! ¡No llores así! ¡Y no te juzgues tan severamente! ¿Por qué no puedes sentirte atraída por él? Es apuesto y muy encantador. ¿Qué importa que tú seas una Delgado y él un Lancaster?

–Importa –dijo obstinadamente María– porque su orgullo no le permite olvidarlo... ¡y tampoco el mío me lo permite!

María pasó un día muy ingrato y sus sentimientos y pensamientos contradictorios no le dieron tregua. Se sentía deprimida y miserable, una parte de su persona consciente de que había mucho que decir en favor de la actitud de Pilar y otra parte retrocediendo ante la idea de traicionar a todos los Delgado que habían existido antes que ella y ante la idea de permitir que ella respondiese favorablemente a la fascinación que, como bien lo sabía, Gabriel Lancaster podía ejercer sobre su persona.

El orgullo podía empujarla a extremos inauditos, pero el sentido común le decía que no debía atreverse a desobedecer las órdenes de Gabriel; y por lo tanto, aunque todo su espíritu se rebelaba, en definitiva decidió recibir cortésmente a Gabriel y a Zeus cuando éstos regresaron al anochecer. Y si para María el momento fue sumamente desagradable, en todo caso la jornada de Gabriel no había sido mejor..

Todos los comentarios intencionados de sus amigos y conocidos, que parecían muy divertidos, a lo sumo sirvieron para recordarle los episodios de la noche que él habría preferido olvidar, para tener presente a la seductora y pequeña bruja que se las había arreglado para irritarle de un modo irrazonable. Gabriel era un hombre que se enorgullecía de mantener siempre el control de sus sentimientos y María Delgado estaba provocando un desastre en sus emociones más profundas. La deseaba, y ese deseo, del que tenía oscura conciencia, guardaba escasa relación con la venganza. Excepto lo sucedido durante la noche de la víspera, ella excitaba la faz más gentil de Gabriel: su naturaleza alegre y afectuosa que su madre, su hermana y por poco tiempo su esposa habían conocido y eso irritaba profundamente a Gabriel. Lo movía a recordar otra vida, la que antes él había llevado. Diego destruyó todo eso y a Gabriel le parecía hasta cierto punto repugnante que precisamente María Delgado fuese la persona que de pronto lo llevase a añorar esos sueños semiolvidados. Y llegó a comprender hasta qué punto él se sentía muy posesivo respecto de María cuando Du Bois comentó con intención:

–Ah, *mon amí,* deberías habérmela dejado –ella no me habría marcado de ese modo, ¡yo le hubiera enseñado mejores modales!

Du Bois rió groseramente, moviendo los ojos en un gesto expresivo y Gabriel se sintió devorado por una cólera ciega y primitiva ante la sola idea de que María estuviese en brazos de otro hombre. Antes de que nadie supiera qué sucedía, cruzó la habitación y su mano se descargó sobre el cuello del sobresaltado Du Bois. Con la cara a pocos centímetros del otro, Gabriel rugió:

–¡Du Bois, tócala una sola vez y te abriré en canal! Casi con desprecio apartó de un empujón al francés, y en el silencio asombrado que reinó en la taberna, donde se había reunido un grupo de bucaneros, salió majestuosamente de la sala. Hubo miradas en que se mezclaba el asombro y el regocijo entre Zeus y Harry Morgan. Mientras observaba perplejo la puerta por donde había desaparecido Gabriel, Morgan dijo pensativo:

–Mi buen Zeus, realmente creo que será mejor que sostenga una conversación con la pequeña Delgado. Parece que ejerce una influencia muy notable sobre nuestro Ángel Negro, que generalmente es un hombre tan cordial.

Zeus meneó lentamente la cabeza.

–Creo que no sería muy buena idea. Por el momento me temo que hay muchos problemas entre ellos. Después, cuando ambos hayan descubierto la verdad, esa charla será oportuna.

–¿La verdad? –preguntó Morgan con curiosidad. *Zeus* sonrió misteriosamente.

–Esos dos son muy estúpidos y están ciegos. Cuando los veas juntos, comprenderás exactamente lo que digo.

Fue afortunado que Gabriel no escuchase esa conversación, pues podría haber sostenido una peligrosa riña con sus amigos. Pero aunque no había oído los comentarios de Zeus, de todos modos estaba de mal humor cuando los dos hombres regresaron a la casa esa noche y la aceptación

aparentemente dócil con que María recibió sus órdenes no mejoró la situación. Aunque pareciera paradójico, lo irritó ver que ella lo esperaba en actitud tan sumisa, pulcramente ataviada con prendas rojas y verdes, los cabellos bien peinados con raya al medio y recogidos en un rodete adornado con perlas sobre la nuca. Al ver las perlas del rodete, Gabriel dijo agriamente:

–Veo que conseguiste descubrir las joyas.

Había desdén en su voz, como si ella hubiese hecho algo malo, y con una expresión de cólera en los ojos azules, ella lo miró hostil un segundo antes de replicar con sequedad:

–¡Dijiste que debía vestirme apropiadamente! Zeus intervino antes de que estallase una discusión memorable y dijo con voz burlona:

–*Petite pigeon,* se te ve tan hermosa... me pregunto por qué estuve tan ciego y elegí a Pilar.

Gabriel apretó la mandíbula y con los ojos encendidos se volvió hacia su amigo, pero Zeus ya estaba riendo mientras abrazaba a Pilar, que se sentía terriblemente ofendida.

–*Ma chérie* –canturreó despreocupadamente Zeus– no es más que una broma. Para mí no hay otra que tú. Ahora, ven conmigo y te demostraré cuánto te extrañé durante el día.

La cena fue un poco más agradable que el desayuno; de nuevo Zeus y Pilar cubrieron los vacíos en la conversación de los dos restantes. A medida que pasaba el tiempo, María sentía que se aliviaba parte de la tensión que había gravitado en su pecho: después del primer comentario acre, Gabriel se había mostrado, ya que no conciliador, por lo menos cortés. Pero a medida que se acercaba el momento de ir a la cama, un sentimiento de temor y repugnancia comenzó a dominarla. ¿Tendría que soportar otra noche como la precedente?

Otra noche como la precedente era lo que menos deseaba Gabriel cuando al fin los dos estuvieron solos en el dormitorio. Gabriel extendió la mano hacia ella, para abrazarla y ofrecerle todo el confortamiento posible; pero por supuesto, María retrocedió violentamente ante la posibilidad del contacto. Gabriel dejó caer las manos y con expresión fatigada murmuró;

–No te lastimaré... ni siquiera te tocaré, si eso es lo que deseas.

A María se le oprimió el corazón ante el débil acento de derrota en la voz de Gabriel, pero reafirmándose en su decisión de resistir el pérfido encanto de ese hombre, preguntó con voz neutra:

–¿Desde cuándo, señor, tienes en cuenta los deseos de tu humilde criada?

Ofendido, y desechando toda idea de consolarla, con una mirada que era casi de desprecio, él rugió:

–¡Gracias por recordarme... de nuevo cuáles son nuestras diferencias! –Le volvió la espalda, caminó irritado hasta la cama y apoderándose de una de las almohadas y una manta, las arrojó a María.– Puesto que eres mi criada... duerme en el suelo, a mis pies, ¡y al demonio contigo!

16

María casi le arrojó de vuelta la ropa de cama, pero como llegó a la conclusión de que sería una actitud muy insensata, con movimientos coléricos recogió la manta y la almohada y se dirigió al fondo del amplio dormitorio. Podía dormir en el suelo, ¡pero no como un perro, a los pies del amo!

Ninguno de los dos consiguió conciliar fácilmente el sueño. Gabriel extrañaba el contacto del cuerpo menudo junto al suyo, lamentaba todo lo sucedido entre ellos, pero no lograba abandonar la posición en que lo habían colocado el orgullo y las injusticias pasadas entre las dos familias. La situación de María no era mejor: quizá peor, porque el piso era una cama sumamente incómoda y cada vez que se movía tratando de hallar una posición más agradable, las razones por las cuales estaba allí acudían en tropel para agobiarla y al mismo tiempo fortalecer su decisión. Durante los días siguientes, el resentimiento y la hostilidad entre los dos protagonistas no se atenuó ni una coma, la animosidad continuó bullendo peligrosamente bajo la superficie; cada uno rehusaba ser el primero en modificar el esquema que se había formado por el orgullo inflexible y obstinado del otro. Durante el día, Gabriel se las ingeniaba para conseguir que María estuviese atareada en trabajos serviles que se relacionaban con el bienestar personal de su amo –con voz fría le ordenaba que remendase sus ropas, le limpiara los zapatos, le lavase las camisas y mantuviese la habitación en estado impecable– lo cual no era fácil, pues él trataba intencionadamente de provocar el mayor desorden posible, de modo que la labor de María se dificultaba mucho.

Felizmente, Gabriel se ausentaba con frecuencia; él y Zeus desaparecían desde el alba hasta el anochecer, atareados en la supervisión del botín. Las naves bucaneras habían sido acercadas a la ciudad y ocupaban el puerto; día tras día aumentaba el botín acumulado en las bodegas cada día más atestadas. Cuando estaba en la casa, Gabriel trataba a María con frío desprecio, de modo que ella tuviese muy claro quién era el amo y quién la cautiva.

Que más tarde o más temprano los bucaneros saldrían de Portobelo era algo que no podía ser ignorado. Por la prisa con que recogían las riquezas de la ciudad ocupada y las cargaban en los barcos, era evidente que Morgan no deseaba permanecer más tiempo que el necesario. Pero no siempre era fácil mantener el control de las tripulaciones díscolas y desordenadas que él dirigía, y la ciudad a menudo resonaba con los ruidos estridentes y groseros de los corsarios que continuaban saqueando, violando y devastando la ciudad española conquistada. Pero con el paso de los días, los signos de la inminente partida fueron cada vez más claros y María cobró conciencia de un deprimente sentimiento de desesperación y confusión.

Sin duda, se sentiría muy complacida el día que Harry Morgan y su tripulación de sanguinarios bucaneros se alejaran en dirección al mar, pero la idea de que nunca volvería a ver a Gabriel Lancaster, pese a todas las

razones que la llevaban a sentirse encantada ante la perspectiva, provocaba en María una profunda depresión. En cambio, la idea, en parte excitante y en parte terrorífica, de que se vería obligada a acompañarlo a Jamaica, provocaba en ella un extraño sentimiento de alivio y miedo. ¿Qué clase de vida debería afrontar en su carácter de esclava del inglés?

Y sin embargo, excepto esa noche fatal y la actitud irritante

frente a ella, Gabriel no había pecado por falta de amabilidad. Y al escuchar los murmullos atemorizados de los criados, que comentaban las brutalidades y las sórdidas condiciones reinantes en la dudad de Portobelo, María descubrió que pese a las hostilidades y el antagonismo que se manifestaban entre ellos, se sentía profundamente agradecida porque quien la había capturado era Gabriel Lancaster. María comenzó a comprender tardíamente que el destino había sido muy bondadoso con ella y que, lo mismo que Pilar, estaba protegida de las realidades que agobiaban a la ciudad saqueada. Vivían en un ámbito de lujo y esplendor y sus dos carceleros las trataban con benevolencia y paciencia inauditas. Protegidos por la casa, salvo el trato que recibían de manos de sus aprehensores bucaneros, en nada las afectaban los hechos que habían conmovido la ciudad.

Con el paso de los días su resentimiento y su furia se acentuaron y la tensión entre ella y Gabriel llegó a ser una entidad casi palpable; la atmósfera misma crepitaba de electricidad siempre que los dos se encontraban, al extremo de que Pilar y Zeus comenzaron a alejarse siempre que los otros dos estaban cerca. Los ojos de Gabriel se posaban en los bellos rasgos de María cada vez más con una especie de furia desconcertada y había momentos en que la amenaza de la violencia se cernía pesadamente en el aire y sus ojos verdes relampagueaban de cólera ante alguna provocación de María. Y aunque sabía que podía considerarse muy afortunada de haber caído en las manos de Gabriel, María no podía abstenerse de irritarlo intencionalmente, de empujarlo a los límites mismos de su resistencia, poniendo siempre a prueba su paciencia, casi incitándolo a que la golpease, a que la tratase con toda la crueldad que se había prodigado a los restantes habitantes de la ciudad. María no atinaba a entender su propia conducta y se sentía profundamente fatigada de la lucha que se libraba constantemente en su fuero íntimo.

La idea de la fuga la asaltaba con frecuencia, pero sabía que no podría contar con ayuda en la ciudad y que su única posibilidad de llegar a un lugar seguro era recorrer la distancia que la separaba de la ciudad de Panamá; pero entre Portobelo y Panamá había kilómetros y kilómetros de jungla salvaje e inhóspita, poblada de indios hostiles, serpientes venenosas, pantanos y primitivas bestias de presa... Suspirando, apartaba tales pensamientos, pero estos retornaban persistentes una noche tras otra, mientras yacía acostada en su improvisada cama del piso, odiando a Gabriel por el conflicto que se libraba en su propio seno, y odiándose por el anhelo, propio de una mujer débil, de que los hechos hubieran sido distintos entre ellos; pero sobre todo, odiándose por la punzada dolorosa que la atravesaba siempre que contemplaba la perspectiva de una vida sin él.

Para Gabriel la situación no era más fácil, y sus sentimientos estaban confundidos y lastimados y era extraño que no se tomase a los golpes con el amistoso Zeus. Desbordante de cólera y frustración ante su propia incapacidad para destruir las tiernas ansias que María había despertado en él, la miraba con cavilosa amargura. Ella era su prisionera, su esclava, y sin embargo él no podía decidirse a prodigarle las humillaciones que otrora había jurado infligirle. Oh, podía impartirle órdenes, tratarla con helado desdén, provocarla, encender de cólera los ojos color zafiro, pero no atinaba a aplicar los castigos realmente destructivos con los cuales otrora había soñado. En lugar de quebrar el orgullo de la joven, de vestirla con harapos y cargarla de cadenas, de obligarla a humillarse ante él para aplastar esa arrogancia de los Delgado con los mismos maltratos que él había tenido que sufrir, ¿qué hacía? Como un tonto embobado, se decía Gabriel una noche, mientras yacía insomne en la ancha cama, la adornaba con riquezas saqueadas, se preocupaba de que viviese protegida y atendida y lo que era más irritante, se negaba él mismo los placeres de ese cuerpo femenino.

Era una situación que no podía prolongarse. Más tarde o más temprano la cólera hirviente que crecía en su fuero interno, o el resentimiento burbujeante que se acentuaba en ella tendrían que hallar una salida. Finalmente, cierta mañana, cuando los bucaneros ya llevaban diez días en Portobelo, los hechos culminaron, y de un modo que sorprendió a los dos.

Al despertar esa mañana en el momento en que el sol tropical teñía de oro y rosa el horizonte, Gabriel volvió los ojos hacia la forma dormida de María. Durante la noche, la liviana manta que la cubría se había deslizado y la delgada camisa con la cual ella dormía se había corrido para dejar desnudo uno de los hombros, de modo que se ofreció a Gabriel una incitante imagen del seno pequeño, con su botón de coral. Hipnotizado, Gabriel miró fijamente la esfera suave y redonda con su límpida piel y un deseo dulce como la miel y tibio como el vino le recorrió el cuerpo entero. La cara de María estaba vuelta hacia él, y un rayo de luz del sol iluminaba los finos rasgos con una suerte de polvo dorado, de modo que las pestañas largas y oscuras parecían aun más sombrías, y la forma menuda de la boca más apetecible para el beso; y sin reflexionar, Gabriel se deslizó de su cama, colmado de un anhelo inexpresable de probar de nuevo el éxtasis embriagador que ambos habían compartido la primera noche. Pero apenas había dado dos pasos cuando vino a torturarlo el recuerdo de la otra unión, no menos placentera, pero sin duda vergonzosa. No podía soportar la repetición de ese acto y con expresión sombría regresó a su cama. Enfurecido ante la confusión de su propia conducta, la miró, hostil, ¡y se prometió implacable que esa locura terminaría! Esta noche, de grado o por fuerza, odiándolo o no, ella compartiría el lecho y soportaría los abrazos de su dueño...

Todavía dominado por ese caviloso mal humor, Gabriel tomó uno de los zapatos con hebilla de plata que estaba cerca, sobre el piso, y con puntería infalible lo arrojó en dirección a la muchacha. El zapato aterrizó ruidosamente a pocos centímetros de la la joven dormida; el ruido la despertó bruscamente y abrió los ojos atemorizada.

Quizá María no habría reaccionado así, si no se hubiese encontrado de nuevo atrapada en uno de esos sueños contradictorios y terribles relacionados con el conflicto fatal entre su hermano y Gabriel. Pero eso era lo que había sucedido. En su pesadilla, los cañones disparaban ruidosamente, en el instante mismo en que Gabriel y Diego se enfrentaban en una cubierta teñida de sangre, con las espadas resplandeciendo y centelleando mientras cada uno trataba de asestar al otro un golpe mortal. El ruido del zapato al golpear el piso tan cerca de su cabeza era como el eco del cañón en sus sueños, y no fue extraño que ella despertase con esa expresión de horror absoluto en la cara, el corazón latiéndole do–lorosamente en el pecho.

Al ver esa expresión pero sin comprender su causa, Gabriel contuvo fríamente la traicionera ansia de acercarla y tranquilizar con tiernos besos el evidente desconcierto que ella experimentaba. Y como había decidido que no le demostraría más bondad, como juró que a partir de ese momento la trataría como siempre se prometió que lo haría, dijo fríamente:

–Una esclava bien ejercitada no duerme más que el amo. Y si no quieres que lastime esa bonita piel con un látigo, levántate del piso ahora mismo, ve a la cocina de inmediato y tráeme el agua para mis abluciones matutinas.

Todavía no del todo despierta, pero más furiosa que lo que había sido el caso en mucho tiempo, después de llegar a la cocina y examinar los cubos de agua fría que acababan de traer a la casa esa mañana, tuvo una maligna inspiración. Sin darse tiempo a contemplar las consecuencias de lo que planeaba, se apresuró a recoger uno de los cubos y comenzó a salir de la cocina; pero la voz del cocinero la detuvo antes de la puerta.

–¡Oh, señorita! ¡Esa no! Está muy fría. Ya calenté agua para el amo, y se la acercaré ahora mismo. María le sonrió dulcemente.

–¿Dijiste muy fría?

–¡Sí! Acabamos de extraerla del pozo más profundo. La sonrisa de María se ensanchó malignamente.

–En ese caso, es lo que necesito –replicó cortésmente y con paso rápido salió de la cocina.

Como creyó que ella se demoraría más, Gabriel había recaído en un sueño ligero. Oyó confusamente que se abría la puerta y el ruido blando de los pasos que se aproximaban a la cama. Siempre alerta al peligro, el hecho de que ella no se encaminara hacia el pequeño cuarto de vestir le llamó la atención y abrió los ojos. Pero era demasiado tarde.

Con voz que ronroneaba de satisfacción, ella murmuró dulcemente:

–Tu agua, amo.

Y procedió a volcar sobre la cabeza de Gabriel todo el contenido de agua fría del cubo.

La impresión provocada por el agua helada, que tan inesperadamente le empapó el tronco, cortó el aliento de Gabriel. Cuando pudo volver a respirar, de su garganta brotó un jadeo de dolorido asombro y un instante después él se sentó bruscamente en la cama, sacudiendo la cabeza como un perro, y enviando una lluvia de gotas de agua en todas direcciones.

La enormidad de lo que había hecho se impuso a María, pero no importaba lo que él le hiciera, María comprendió que no deseaba volver atrás; y desgarrada entre el regocijo y el horror, se llevó la mano a la boca, conteniendo el histérico gorgoteo de risas que amenazaba irrumpir. Pero fue mejor que no se riese, pues Gabriel no se sentía muy divertido.

Desnudo como el día en que nació, el aro esmeralda y oro reluciendo entre los mechones húmedos de cabellos negros, el collar de oro salpicado de agua, Gabriel saltó de la cama.

–¡Infeliz zorrita! –rugió–. ¡Cuando te póngalas manos encima, tendrás motivo para maldecir el día en que nos conocimos!

Los ojos verdes parecían tan duros como la esmeralda que colgaba de la oreja y ella, muy mortificada, descubrió que nunca le había parecido tan irresistible.

En realidad, María nunca había visto antes un hombre desnudo y sin poder evitarlo, continuó mirándolo y sintiendo un calor lento que se insinuaba en su vientre, mientras contenía la respiración, y pasaban los minutos, y un factor nuevo se manifestaba entre ellos. Las piernas de Gabriel eran largas y poseían una elegante musculatura, pero María advirtió que sus ojos estaban atraídos compulsivamente por el lugar en que el vello crecía más espeso entre los muslos de Gabriel y asombrada ella vio cómo la virilidad de Gabriel de pronto se inflamaba, agrandándose, elevándose y determinando que el deseo que él sentía fuese evidente.

De mala gana, ella apartó los ojos del miembro imponente y los clavó en los ojos de Gabriel, por cierta razón sin sorprenderse *;*

al comprobar que la cólera se había disipado y que los ojos | sombríos ahora manifestaban un deseo urgente que se reflejaba en la mirada de la propia María. Esta retiró la mano de la boca y aturdida y trastabillando se acercó a él. En un solo movimiento él la sostuvo en sus fuertes brazos y su boca descendió hambrienta hacia la de ella. Sintiendo el cuerpo duro apretado ardientemente contra ella, gozando con la fiera dulzura de su beso, María se entregó ciegamente al éxtasis que bien sabía que hallaría, porque estaba muy fatigada de luchar contra ella misma, porque estaba desesperadamente cansada de lidiar sola para mantener el orgullo y el honor de innumerables generaciones de los Delgado.

Ninguno de los dos oyó que la puerta se abría bruscamente, pero ambos se sobresaltaron como si hubiesen escuchado un disparo cuando la puerta se cerró con la fuerza del envión que le imprimió Zeus. Con una expresión enfurecida en los ojos, Gabriel se volvió en esa dirección, pero al ver a su amigo de pie a poca distancia, sin duda portador de noticias decisivas, retiró las manos de los hombros de María y preguntó:

–¿Sí? ¿Qué sucede? ¿Los españoles?

Zeus hizo un gesto de asentimiento con su cabeza que ya no estaba rapada y que ahora aparecía cubierta por una suave pelusa oscura. Sin dejarse intimidar en lo más mínimo por la escena íntima que acababa de interrumpir, contestó:

–*¡Oui!* Acabo de llegar de la casa de Morgan; apareció un mensajero indio mientras yo estaba allí. El virrey y capitán general de Panamá se

aproxima de prisa a la ciudad con una fuerza militar de casi tres mil hombres... y adivina, si quieres, quién marcha a su lado.

Gabriel entrecerró los ojos, examinando atentamente la sonrisa satisfecha de Zeus. Con expresión incrédula, finalmente preguntó:

–¿No será Delgado? Zeus asintió satisfecho.

¡0ui! ¡El nuevo vicealmirante en persona! De acuerdo con lo que descubrieron los indios, parece que Delgado entró con su barco al puerto de la capital pocas horas antes que partiese el presidente Bracamente e inmediatamente ofreció sus servicios. –Miró a María.– ¿Crees que sabe que ella está aquí?

Mientras se ponía las bragas y la camisa, Gabriel miró a María. Con voz neutra preguntó:

–Sí, ¿sabe que estás aquí?

Profundamente confundida, entusiasmada y asustada al mismo tiempo, María lo miró un momento sin reaccionar. ¿Qué debía decir? ¿Trataría de engañarlo? ¿O le diría la verdad? ¿Y qué importaba lo que ella le dijese? En definitiva, dijo la verdad.

–No lo sé... puede suponer que yo estaba aquí, pero no debe saber si logré partir antes del ataque... –Con acento de amargura agregó:– O si tuve la desgracia de ser capturada.

Con gesto sombrío, los ojos color esmeralda duros y fríos, él escupió agriamente:

–En ese caso, antes de matarlo, tendré que asegurarme de que sabe de tu infortunada captura, ¿verdad?

Un segundo después él y Zeus habían partido; salieron casi corriendo de la casa en su prisa por llegar a la residencia de Mor–gan y saber de qué modo el almirante de los Hermanos proyectaba enfrentar la nueva amenaza. Llegaron un momento después al cuartel general de Morgan y al entrar no le sorprendió descubrir que varios capitanes bucaneros se habían reunido allí y que sus diferentes escasas vestiduras revelaban con claridad que acababan de levantarse; pero todos estaban fuertemente armados.

En cambio Morgan, completamente vestido, esperaba cerca del fondo de la amplia habitación; al ver que su amigo respondía fríamente a las preguntas que le dirigía, Gabriel decidió que Morgan dominaba por completo la situación. Con los ojos negros brillantes, finalmente Morgan puso término a la charla.

–¡Por la cola de Satán! ¿Sois hombres o niños atemorizados? ¡Creéis que después de haber llegado tan lejos permitiremos que esos españoles nos arrebaten de las manos el botín! ¡Bah! –En el silencio que se hizo entonces, se inclinó hacia adelante confiadamente, la expresión de suprema convicción en la cara morena.–Tengo un plan... los españoles no saben que han sido vistos y que los indios nos informaron de su aproximación... –Miró alrededor para comprobar cómo recibían los hombres sus palabras, y envalentonados por las miradas atentas, agregó con astucia:– A poca distancia de aquí hay un paso estrecho... el lugar perfecto para apostar un centenar o más de hombres y emboscar a esos viles cerdos papistas. ¿Qué decís? –No hubo una respuesta inmediata, pero sin darles tiempo a pensarlo mucho, Morgan dijo

astutamente:–¡Y a cada hombre que se presente voluntario, se le asignará una participación especial en el saqueo!

Así eliminó la indecisión y en un lapso relativamente breve un grupo de unos cien bucaneros realizaban rápidos preparativos para entrar en la jungla y llegar al estrecho paso. Cuando estuvo ;

un momento a solas con Morgan, Gabriel le preguntó: |

–¿Es cierto que Diego Delgado está con los españoles?

–¡Sí! Los indios lo conocen bien... y lo odian por su brutalidad y su crueldad para con ellos... uno todavía ostenta las cicatrices que le quedaron después de los latigazos que Delgado le dio hace dos años, la última vez que estuvo por aquí. –Dirigiendola

Gabriel una mirada reflexiva, agregó con acento de burla:– Esta aventura está siendo muy provechosa para ti, ¿verdad?

Una sonrisa felina curvó la boca bien formada de Gabriel.

–¡Así es, Harry! Y con respecto a la parte extra del botín... ¡guárdate la mía! –Casi afectuosamente, su mano se cerró sobre el mango de la espada que portaba a la cintura.– ¡Destripar a Delgado es toda la recompensa que pido!

Cuando él y Zeus volvieron de prisa a la casa para impartir breves órdenes antes de salir de la ciudad, Gabriel recordó que debía preguntar a su amigo qué había estado haciendo en la residencia de Morgan tan temprano en la mañana. Zeus vaciló un momento, y después dijo sin rodeos:

–Quería que liberase a un sacerdote, porque deseo casarme con Pilar.

Gabriel volvió bruscamente la cara. Con algo que se parecía a un sentimiento de ofensa en el tono de su voz, preguntó:

–¿Por qué no me dijiste nada? Zeus respondió amablemente:

–Porque, *mon ami,* según tu estado de ánimo de estos días, habrías tratado de impedírmelo.

–Comprendo –dijo lentamente Gabriel. Pero incapaz de contenerse, preguntó con voz seca:– ¿Y nada te apartará de esta absurda locura?

Con una sonrisa, Zeus replicó jovialmente:

–¡Nada, *mon ami!* La amo y anoche aceptó casarse conmigo... si encuentro un sacerdote que nos una. Hace mucho que busco una mujer como mi Pilar, y después de descubrirla, no la perderé.

Como comprendió que por el momento era inútil insistir en la discusión acerca del asunto, Gabriel se contuvo de mala gana. Su única esperanza de impedir esa locura, ese matrimonio que sin duda sólo aportaría sufrimiento y dolor a su amigo, se le presentaría después de haber derrotado a los españoles. Quizás entonces él lograría que Zeus atendiese razones. Pero al observar de qué modo Zeus abrazaba a Pilar y tiernamente la besaba apenas llegaron a la casa, se le oprimió el corazón. Zeus estaba realmente atrapado.

Gabriel apartó la mirada de la pareja y observó a María, ¡ que estaba de pie ante él, los ojos muy grandes y aprensivos. Irritado por varias razones, pero no muy seguro de cuáles eran, le sostuvo el mentón entre los dedos y preguntó sardónicamente:

–¿Me extrañarás, preciosa, en mi ausencia? ¿O rogarás que la espada de tu hermano me arranque el hígado?

María tragó con dificultad y el dolor la traspasó ante la imagen evocada por las palabras de Gabriel. Abrumada por los sentimientos contradictorios que la torturaban, sólo atinó a contemplar el rostro moreno y apuesto; una parte de su ser ansiaba arrojarse a los brazos de Gabriel para cubrir de besos esa boca de rasgos duros, al mismo tiempo que anhelaba que él continuase allí, que no arriesgase la vida; pero, por otra parte, una parte de su persona que ella estaba empezando a odiar, rechazaba esos sentimientos más tiernos y quería verse libre de él. La noticia de que su hermano se aproximaba, de que su rescate estaba al alcance de la mano, nada hizo para calmar el torbellino que la carcomía; y el conocimiento de que su liberación podía significar la muerte de Gabriel o por lo menos que ella jamás volviese a verlo, anulaba toda la alegría que podía sentir ante la noticia de la aproximación de Diego. Con gran asombro de los dos, incapaz de contenerse, los ojos brillantes con las lágrimas que no alcanzaba a derramar, con dedos muy suaves acarició la cicatriz de su mejilla y exclamó:

–¡Rezaré por los dos! –Después, se volvió y sin hacer caso del llamado de Gabriel, salió corriendo de la habitación.

El dio un paso hacia ella, pero Zeus lo contuvo aferrándolo del brazo.

–Debemos marcharnos, *mon ami.* Después habrá tiempo suficiente para eso.

Profundamente frustrado, Gabriel miró con hostilidad a su amigo, pero comprendió que Zeus tenía razón y decidido, apartó de su mente las actitudes contradictorias de María. Ahora sólo podía pensar en una cosa: en algún lugar de la jungla que se extendía entre Portobelo y Panamá, se aproximaba Diego Delgado. Diego Delgado, que había destruido a la joven esposa de Gabriel, esclavizado a su hermana y casi destruido el espíritu del propio Gabriel. Diego Delgado, su principal enemigo, el hombre a quien, más que a ningún otro, deseaba ver muerto. Todos los pensamientos acerca de María desaparecieron de su mente y en su cerebro | sólo quedó una obsesión mientras entraba en la jungla en compañía de Zeus, ¡encontrar a Diego y matarlo!

17

La casa parecía extrañamente silenciosa después que los hombres partieron y sola en la ancha cama que ella había compartido unas pocas veces con Gabriel, María estaba acostada y sollozaba como si el corazón se le destrozara. El se había marchado. Quizá nunca volviese a verlo... en pocas horas más podía estar muerto. El cuerpo delgado de la joven temblaba de horror ante la idea y durante un momento de angustia revivió ese día terrible en la Española, cuando contemplando el cuerpo inmóvil creyó que estaba muerto.

De sus labios escapó un ronco gemido de negación. Tal vez estaba mal, quizá su actitud se oponía a todo lo que le habían enseñado, pero no podía desear su muerte. Comprendió oscuramente que era capaz de afrontarlo todo, excepto su pérdida.

De sus labios escapó un grito ahogado y sentándose en la cama, hundió la cara entre las manos. ¿Qué podía hacer? Llegó dolorida a la conclusión de que nunca había existido una cautiva tan confundida como ella misma. ¿Su hermano venía a salvarla, y eso a ella no le parecía satisfactorio? ¡No! A lo sumo, conseguía pensar únicamente en el peligro que corría el hombre que la había capturado.

El sentimiento de culpa la dominaba. Se maldijo en silencio: ¡Eres una criatura vil y perversa, la vida de tu hermano está en juego y derramas lágrimas por el hombre que quizá lo mate!

Comprendió abrumada que sus alucinaciones pronto se realizarían. Muy pronto, en un claro de la jungla, los dos hombres más importantes de su vida se encontrarían cara a cara... y cada uno intentaría matar al otro. Cerró los ojos angustiada, y el sentimiento de culpa de nuevo la dominó. No deseaba que su hermano muriese, pero reconocía que tampoco lo unía a él un sentimiento de afecto; y eso, quizá más que otra cosa cualquiera, intensificaba su sentimiento de culpa. Sobre todo porque, hundido en los entresijos más ocultos de su mente, estaba la conciencia de su preferencia, acerca de quién debía vivir y quién morir; eso ya se había definido.

De pronto sintió que se le paralizaba el cuerpo, porque su cerebro había concebido una idea absurda y desesperada. Si ella pudiera estar allí... Si aunque fuera milagrosamente lograra lanzarse al centro de la batalla... Si se presentara en el instante mismo en que Gabriel y Diego se acercaran uno al otro, impediría que uno de ellos matase a su adversario. ¿Quizá separándolos? ¿O desviando el golpe mortal?

En un estado más equilibrado y menos emotivo, ella habría desechado esta idea por ridicula, pero según estaban las cosas, ese pensamiento temerario se adueñó violentamente de su espíritu. ¡Tenía que estar allí! ¡No debía permitir que esos dos hombres se masacraran!

La entrada de Pilar en el dormitorio la distrajo un momento y aunque ella sabía que aún no podía haber noticias, miró temerosa a su amiga y preguntó con la boca seca:

–¿Hay novedades? ¿Oíste algo?

Pilar le dirigió una sonrisa de simpatía y meneó la cabeza.

–No, paloma. No hace mucho que iniciaron la marcha. Durante varias horas no sabremos nada. –Su sonrisa se disipó y la ansiedad asomó a los hermosos ojos oscuros.– Y además –agregó con voz sorda– es posible que las noticias que recibamos no sean las más agradables.

En todos esos años de convivencia, María nunca había visto a Pilar tan inquieta y con voz amable le preguntó:

–¿Qué desearías saber?

–Que Zeus está vivo y sano y que regresa a mí –contestó Pilar sin vacilar; el amor que sentía por Zeus de pronto fue muy evidente, a juzgar por la expresión que se dibujó en el hermoso rostro.

–Estás enamorada de él –exclamó María en tono casi acusador, pues le parecía difícil creer que esa mujer cultivada y mundana pudiese haberse enamorado con tal rapidez, o que amase a un hombre a quien debía considerar su enemigo.

Pilar sonrió de mala gana.

–¡Sí! ¡Lo amo mucho! Y no me preguntes cómo sucedió, porque yo misma aún no lo entiendo. Es algo absolutamente imposible que, en vista de mi edad y mi posición, me sienta tan perdidamente enamorada como una jovencita de dieciséis años y lo que es peor con un bucanero. –Su voz adoptó un canturreo suave cuando agregó:– ¡Pero así es! Desde el primer momento que me tuvo en sus brazos y miré su eara, comprendí que algo de vital importancia había sucedido en mi vida, pero sólo estos últimos días he sabido exactamente qué era lo que me había sucedido. ¡María, lo amo con locura! –Con un rostro que expresaba una profunda alegría, continuó diciendo, con una actitud que trasuntaba una extraña timidez:– Anoche pidió que me casara con él y... –vaciló, y terminó de prisa:– ¡Le dije que sí!

María experimentó una punzada de envidia ante la confesión de Pilar, pero rechazó ese sentimiento, pues no deseaba reflexionar en ese momento acerca de sus propias emociones. Sonrió cálidamente a su amiga, y dijo con voz afectuosa:

–¡Me alegro mucho por ti! Pero, ¿cuándo os casaréis y dónde viviréis? ¿En Jamaica? ¿El continuará...?

Dejó inconclusa la frase, pues no deseaba referirse al estilo de vida de Zeus.

Con una sonrisa de comprensión, Pilar se acercó a María y apretando afectuosamente los hombros delgados de la joven, dijo con voz alegre:

–Oh, me prometió ser un hombre respetable... dice que tiene muchas hectáreas de tierra en Jamaica y que hará lo que Gabriel viene sugiriéndole desde hace un tiempo... es decir, se convertirá en un plantador respetable. –Hubo una chispa de humor en los ojos oscuros.– Afirma que si ha de transformarse en un hombre casado y en padre de una familia numerosa, es tiempo de que renuncie a sus costumbres desordenadas.

También ahora María tuvo conciencia de otra punzada de envidia y esta más intensa y persistente; pero obstinadamente se negó a examinar su causa y preguntó con voz neutra:

–¿Una familia? ¿De veras?

Satisfecha de hablar de algo que apartase su mente de Zeus y del peligro que corría. Pilar contestó despreocupadamente:

–De acuerdo con la opinión de Zeus, es sólo cuestión de tiempo el que yo le dé un hijo. Y según me dijo a menudo estas últimas semanas, ¡él ciertamente ha hecho todo lo posible para llegar a ese resultado! –Abrazó con fuerza a María y dijo con voz ronca:– ¡Oh, María! ¡Soy más feliz que en toda mi vida anterior! –Se le quebró la voz.– IY tengo tanto miedo! No podría soportar que ahora le sucediese algo, precisamente ahora cuando he descubierto al único hombre a quien llegué a amar.

El temor que se manifestaba en las dos mujeres no podía ser ignorado y con la cara apoyada en el hombro de Pilar, María dijo con voz ahogada:

–¡Nada le sucederá a ninguno de los dos! ¡Volverán sanos y salvos! ¡Es necesario! –Durante un momento contempló la posibilidad de explicar su temerario plan a Pilar, pero desechó la idea, pues sabía que ésta haría todo lo posible para impedir la ejecución del desesperado proyecto.

Últimamente las dos mujeres se habían distanciado un poco, pero el vínculo común de preocupación y temor por los dos hombres que gobernaban las vidas de ambas, modificó' esa situación y por primera vez en mucho tiempo la intimidad que otrora habían conocido recuperó sus derechos.

Como sabía que el tiempo pasaba de prisa y que para evitar el choque fatal entre Gabriel y Diego ella debía actuar sin demora, María se puso en movimiento casi antes de que Pilar hubiese salido de la habitación. Atravesó el cuarto en dirección a un arcón que contenía, entre otras cosas, varias prendas de vesür masculinas; se arrodilló y revisó frenéticamente el contenido.

Muchos obstáculos se levantaban en su camino, y su sexo no era el menor de ellos; pero María ya había pensado un modo de resolver ese problema: ¡se disfrazaría de muchacho! ¡Un bucanero adolescente! Si hubiese contado con más tiempo para pensar racionalmente, sin duda habría comprendido el desvarío absoluto de la idea; pero estaba impulsada por los demonios mellizos del miedo y la culpa, e impulsiva como siempre no se dio tiempo para reflexionar acerca de su propio plan y para cuestionar la sensatez de lo que estaba haciendo.

Unos minutos después, vestida con una camisa que le caía mal y unas bragas negras abolsadas, con una faja de seda amarilla anudada que cumplía la función de cinturón, examinó críticamente su figura en un espejo de cuerpo entero. Felizmente, sus pechos pequeños la beneficiaban en estas circunstancias, se dijo María con una risita nerviosa y como además estaban achatados por el lienzo con que los había sujetado, nadie sospecharía de su existencia.

Necesitaba zapatos y algún tipo de sombrero para cubrirse los cabellos, así como para disimular los rasgos de la cara; y una vez que los consiguió llegó a la conclusión, con un estremecimiento desagradable, de que ¡sólo necesitaba escapar de la casa, encontrar a Gabriel e impedir milagrosamente que matase a su hermano, o que Diego lo matase!

En definitiva, todo se desarrolló mucho mejor que lo que ella hubiera podido creer. Entró subrepticiamente en la cocina en uno de esos escasos momentos en que estaba desierta y aprovechó instantáneamente la ocasión. Se apoderó de un deteriorado sombrero de paja que colgaba de un gancho junto a la puerta, se lo encasquetó, tomó un poco de hollín del hogar y se ensució la cara para acentuar su disfraz, y muy complacida descubrió en la alacena un gastado par de zapatos que seguramente habían pertenecido a uno de los piratas más jóvenes, a juzgar por su reducido tamaño. No le iban mucho mejor que el resto de las prendas, pero en general María se sintió satisfecha. Aferró un cubo vacío depositado sobre la mesa de madera y salió por la puerta que daba al patio, antes de que su propia vacilación la indujese a cambiar de idea. Ahora, pensó decidida, tenía que escapar de los bucaneros apostados por Gabriel alrededor de la casa. Pero también eso fue

relativamente sencillo; Gabriel les había ordenado que vigilasen a las mujeres de la casa, no a un criadito mal vestido que iba al pozo a buscar agua.

Con el corazón latiéndole enloquecido en el pecho y la respiración medio excitada y medio jadeante, María descendió por las calles empedradas de la ciudad; casi no podía creer la facilidad con que había salvado los primeros obstáculos. A bastante distancia de la casa, se zambulló en una callejuela, arrojó lejos el cubo y después de elevar una ferviente plegaria pidiendo ayuda y guía, inició su absurdo viaje.

No le fue difícil encontrar la huella que los bucaneros habían seguido para internarse en la jungla; no era fácil borrar los rastros del paso reciente de un centenar o más de hombres en el reducido lapso que había transcurrido desde la partida de Gabriel y Zeus. Complacida consigo misma, reanimada por un súbito impulso de confianza, María siguió, con la mayor rapidez posible, los rastros que ellos habían dejado. No deseaba pensar en lo que haría cuando alcanzara a los bucaneros. Cuando los encontrase, ya pensaría algo. De eso estaba segura.

Le llevaban más de una hora de ventaja, y con gesto sombrío María se impuso avanzar con paso rápido a través de la semipenumbra de la selva. Necesitaba alcanzarlos; debía estar allí antes de que comenzara el combate; y lo que era más importante, en esa peligrosa y heterogénea colección de corsarios, ¡tenía que hallar a Gabriel!

Nunca pudo saber cuánto tiempo corrió –le pareció que eran horas– pero en el momento mismo en que una frenética desesperación ya comenzaba a apoderarse de su ser, advirtió una sutil diferencia en los sonidos del ambiente: no había ruidos; la jungla estaba sumida en mortal silencio y eso significaba una sola cosa: el hombre estaba cerca. Ahora, con mucha cautela avanzó a través de la selva penumbrosa y sus ojos trataron de penetrar la oscuridad que la envolvía, mientras trataba de buscar la causa que había determinado que los habitantes naturales de la jungla cesaran en sus manifestaciones generalmente ruidosas.

Tanto concentraba la atención, esforzándose por divisar a los bucaneros, que no miraba dónde ponía los pies y tropezando de pronto con un tronco medio podrido, cayó boca abajo sobre el matorral, precisamente encima del pirata que allí estaba acostado, oculto entre el follaje. Hubo una maldición ahogada y un par de manos rudas la arrojaron sobre el piso de la selva, cubierto de hojas húmedas.

–¡Por Dios, muchacho! ¡Silencio! ¿Quieres anunciar a esos perros papistas que estamos aquí? –rezongó el bucanero.

Con el corazón en la boca, María meneó la cabeza, muy agradecida porque el sombrero no se le había desprendido al caer. ¡Cielos! Iba tan deseosa de encontrar a los bucaneros, pero no fue precisamente así lo que ella proyectó. Cuando el hombre que estaba al lado guardó silencio, ella le dirigió una mirada cautelosa, y la desalentó advertir que él también la miraba con un gesto suspicaz. El individuo no era un espectáculo especialmente alentador:

tenía alrededor de la cabeza, como un turbante, un sucio pañuelo verde y dorado y de él escapaban mechones de sucios cabellos negros; además, tenía un parche negro donde hubiera debido estar el ojo izquierdo; un aro de oro relucía colgado de una oreja y mostraba el par de bigotes negros más largos que ella hubiese vis! jamás. Pero al parecer no la había reconocido bajo el disfraz, porque después de unos segundos tensos desvió la mirada, murmurando:

–¡Por Dios! ¡Eres un poco joven para esto, muchacho! Pe» quédate cerca y el viejo Jenkins tratará de que no te suceda nada –Como si algo le llamase la atención, volvió los ojos hacia ella preguntó:– ¿Y tus armas? ¿Dónde están?

Pasaron varios minutos antes de que los latidos del corazón de María recuperasen cierta apariencia de normalidad; ella misma no se sorprendió en absoluto al comprobar que la mano que sostenía la daga que Jenkins le diera temblaba un poco. Respiró hondo, para tranquilizarse, y miró cautelosamente alrededor.

Al principio no pudo ver más que la jungla, pero cuando sus ojos examinaron más atentamente el follaje, alcanzó a distinguir las formas de varios bucaneros hábilmente escondidos en las sombras de la vegetación rampante. Elevó un poco la mirada y la sorprendieron aun más hombres entre las ramas de los árboles, los caños de los largos arcabuces apuntando a algo que ella no alcanzaba a ver. Con movimientos lentos, María se deslizó por el suelo, y apartó los arbustos que el impedían ver.

Atemorizada, contuvo la respiración frente al panorama que tenía delante. Al frente un estrecho paso y el terreno descendiendo empinado a ambos lados de la jungla... un lugar perfecto, incluso para ella, que desconocía las tácticas de la guerra, para organizar una emboscada; y al mirar más allá del paso, no la sorprendió en absoluto ver a otros bucaneros que esperaban la llegada de la desprevenida línea de hombres, que ya mismo comenzarían a internarse en el paso.

El sonido de la voz de María indujo a Jenkins a mirarla con aspereza y la joven hundió la cabeza, y mordiéndose el labio, desesperada porque había atraído la atención sobre su persona. Mantuvo la cara cuidadosamente escondida, deseando que Jenkins se desentendiese de ella; pero pasaron los segundos y el pirata no hizo tal cosa. María se habría sentido aterrorizada si hubiese visto que el bucanero entrecerraba su único ojo sano y la estudiaba más atentamente. La desconfianza se acentuó cuando Jenkins examinó con cuidado el cuerpo pequeño, las pantorrillas delgadas y las manos delicadas. En tono suspicaz, preguntó:

–¿A qué tripulación perteneces? María tragó con dificultad, y abrigando la esperanza de que su acento español no la denunciara, replicó con voz hosca:

–A Lancaster... El Ángel Negro.

–Ah –dijo con suavidad el pirata, como si esa respuesta lo explicase todo–. De modo que es eso. Qué extraño que no te haya reconocido... ¡teniendo en cuenta que yo también soy parte de la tripulación del Ángel Negro!

–Soy nuevo –musitó María, maldiciendo a su suerte que la había llevado a caer junto a uno de los hombres de Gabriel.

Jenkins la miró otra vez atentamente, apartó los ojos y trató de descubrir dónde se había escondido su capitán para emboscar a los españoles. La hembra del capitán era una bonita mujer, si él recordaba bien, y tenía más o menos las proporciones de ese pedacito que estaba allí, a su lado... Como no pudo hallar a Gabriel y no estaba dispuesto a perder de vista a ese *muchacho,* Jenkins se acomodó mejor en previsión del combate inminente. Quién habría pensado, se dijo hoscamente, que superados en número en la proporción de casi treinta a uno, dedicaría su tiempo a cumplir la función de ángel guardián de la hembra del capitán.

Sufriendo la tortura de la indecisión, María contempló la escena que se desarrollaba ahí abajo. Todos los nervios de su delgado cuerpo le reclamaban que avisara a los hombres que se acercaban, que advirtiera a su hermano de la trampa mortal que pronto se cerraría sobre él, y sin embargo... y sin embargo... si lo hacía, traicionaría a ese hombre enigmático que tan despiadadamente dominaba el corazón extraviado de la muchacha. De sus labios brotó un sollozo colérico y sofocado de rechazo. ¡No! ¡El no dominaba su corazón! ¡Ella no lo amaba! ¡Lo odiaba! Pero de todos modos ella permanecía inmóvil, aquejada de una terrible parálisis, el corazón debatiéndose contra la cabeza, incapaz de adoptar la decisión que debía llevarla a traicionar a su hermano o al inglés. Más de una vez abrió la boca para advertir a los soldados españoles que poco a poco se internaban más y más en el paso, ahí abajo, pero no pudo emitir un solo sonido; la imagen de Gabriel muerto en el suelo de la Española se dibujaba ante sus ojos. Retorciéndose de vergüenza, furiosa porque incluso se sentía obligada a elegir, finalmente dominó sus sentimientos contradictorios y se dispuso a hacer un último esfuerzo para cumplir con su deber.

Si hubiera podido o no lanzar esa advertencia a los españoles, de pronto se convirtió en una cuestión académica, pues Jenkins adoptó su propia decisión. No era hombre de correr riesgos, y visiblemente inquieto ante la situación, la resolvió a su propio modo. Extrajo del cinto una hermosa pistola francesa y con un movimiento rápido descargó un culatazo sobre la cabeza de María. Al verla sumirse instantáneamente en la inconsciencia, gruñó satisfecho. Era mejor afrontar la cólera del capitán por haber tratado de ese modo a la hembra y no amenazar la seguridad' de todos a causa de la intervención de esa viborilla española.

Cuando la pistola de Jenkins la golpeó en la cabeza, María sintió únicamente un estallido de dolor y después se sumió en una bienhechora oscuridad. Una oscuridad que ella abrazó con extraña gratitud... ahora, no necesitaba adoptar decisiones, ni afrontar la traición...

Casi como si la actitud de Jenkins hubiera sido una señal,–comenzó la batalla y los arcabuceros piratas desde sus excelente»!. posiciones en las copas de los árboles que había a los costados del estrecho paso en la jungla, descargaron una andanada de disparos que produjeron resultados desastrosos en las filas de la colúmna de españoles. Los hombres caían gritando en el lugar en que estaban y otros se arrastraban aterrorizados y doloridos, y buscaba inmediatamente protección, aunque era muy poca la

que había y los comandantes trataban frenéticamente de imponer orden en el súbito caos.

Observando atentamente desde la protección de una enorme palmera, a poca distancia del piso del desfiladero, Gabriel escudriñaba las caras de los españoles que estaban abajo, buscando la imagen de un solo hombre... A medida que pasaron los minutos y que continuó el fuego de los arcabuceros, Gabriel se impacientó, pues ansiaba el comienzo de la lucha cuerpo a cuerpo: es decir, que comenzara su papel en el combate. Sabía que Diego Delgado estaba en algún lugar de la columna que desfilaba debajo, y eso en todo caso acentuaba su ansia de unirse a la batalla; y aunque pareciera irónico, le aterrorizaba la idea de que un disparo de las armas de los bucaneros arrebatase la vida de Diego. Una hosca sonrisa se dibujó en sus labios. Reconocía cínicamente que estaba rogando que Diego se mantuviese ileso, ileso hasta que al fin se encontrasen cara a cara.

Por fin, llegó el momento que Gabriel había estado esperando y con gritos escalofriantes él y los restantes bucaneros salieron corriendo de sus escondites y cayeron con desconcertante ferocidad sobre los españoles. Los sables y los cuchillos centellearon a la luz del sol y los atacantes se abrían paso entre las filas vacilantes de los españoles; la mera violencia de la embestida destruyó las defensas que éstos podían haber levantado para oponerse a los salvajes bucaneros.

Esa era la lucha como agradaba a Gabriel –hombre contra hombre, sin necesidad de preocuparse de los inocentes, sin entrometidos para cuestionar la suerte de los adversarios a quienes mataba– y él hecho de que los bucaneros estuviesen en grave inferioridad numérica, a lo sumo acentuaba la emoción del combate.

Mientras combatía se le abrió la camisa blanca hasta la cintura estrecha, revelando los músculos poderosos del torso, y la luz del sol centelleó sobre la cadena de oro que colgaba del cuello y acentuó el bronceado de su piel. Con cada movimiento de Gabriel, los ondulados cabellos negros se agitaban salvajemente cerca de la mandíbula dura, y permitían ver la imagen ocasional del aro de esmeralda y el anillo de oro que colgaba de la oreja. Los ojos verdes reluciendo fieramente, los dientes blancos y parejos centelleando en una sonrisa felina, Gabriel era sin duda una visión magnífica, y un español tras otro caía ante su ataque implacable.

Estos enemigos habían comenzado a retirarse en desorden, incapaces de soportar el embate implacable de los bucaneros, cuando Gabriel al fin alcanzó a ver a Diego, que estaba cerca, a un costado del desfiladero, la espada de acero toledano manchada de sangre, los labios finos contraídos desdeñosamente mientras hundía el filo en el vientre de un bucanero. Al ver a Diego a pocos metros de distancia, un grito de salvaje alegría brotó de las entrañas de Gabriel, e indiferente a todo lo que no fuera su odiado enemigo, de un salto salvó la distancia que los separaba.

–¡Delgado! ¡Hijo de puta! ¡Ven que te daré muerte! –clamó Gabriel cuando por fin estuvo separado de su enemigo por la distancia de la espada.

Incluso a pesar del escaso espacio que el casco de acero dejaba, Gabriel pudo ver que los ojos de Diego se agrandaban a causa de su irritada

incredulidad. Casi complacido vio la expresión de desconcertado ultraje que se dibujaba en los rasgos bronceados de su enemigo.

–¡Lancaster! –gritó furiosamente Diego y su acero se elevó instantáneamente para encontrar el de Gabriel.

Con un movimiento hábil éste contuvo la espada de Diego y sonrió; y no era una sonrisa agradable y sus ojos tenían una expresión dura y fría.

–¡Sí! El propio Lancaster... aunque sin duda oíste hablar de mí en los últimos tiempos con el nombre del Ángel Negro.

A juzgar por la reacción de Diego, fue evidente que en efecto había oído hablar del Ángel Negro. La cólera lo conmovió y sin pensarlo atacó salvajemente con su espada.

–¡Cerdo inglés! ¡Me dijeron que habías muerto! Pero esta vez me aseguraré yo mismo de que en verdad estás muerto, a pesar del placer que me daría tomarte de nuevo prisionero e infligirte una muerte lenta y prolongada.

Gabriel evitó ágilmente la hoja de Diego, la suya se deslizó presta bajo la guardia del otro y casi suavemente tocó el cuello de Diego. Para Gabriel este fue un momento de satisfacción suprema: había soñado con esto, lo había ansiado y había vivido para esto desde el día fatal que el *Santo Cristo* había destruido tan brutalmente su vida y deseaba saborearlo. Su mente evocó recuerdos de Elizabeth y Caroline y por ellas estaba decidido a lograr que Diego sufriese espantosamente antes de morir.

Pero cada vez que los aceros chocaban, era evidente que los dos hombres tenían cualidades casi parejas; pero la frialdad inmutable de su propósito daba cierta ventaja a Gabriel y varias veces su sable se deslizó bajo las embestidas irritadas y furiosas de Diego. Pero Gabriel no asestó el golpe fatal y cada vez se retiraba, jugando con su víctima, y de ese modo lograba que Diego supiera cuan cerca de la muerte había estado.

Ninguno de los dos advirtió que los españoles ahora estaban retirándose. Sólo se veían uno al otro y el odio que sentían era una cosa tangible, mientras que sus aceros continuaban chocando y golpeándose bajo el cálido sol de la jungla.

A poca distancia y a cierta altura sobre ellos, en el borde del desfiladero, María se movió y levantó la cabeza dolorida. Miró alrededor, al principio sin recordar nada, pero después, cuando los ruidos de la batalla llegaron a sus oídos y el olor del humo y la sangre asaltó su olfato, la memoria retornó bruscamente a su cerebro y la joven se incorporó conteniendo una exclamación. Se sintió aturdida, obstinadamente trató de concentrar la atención y su mirada se orientó instantáneamente hacia la escena que se desarrollaba un poco más abajo.

Al principio todo pareció una desordenada masa de hombres pero poco a poco, a pesar del latido doloroso de su cabeza, María comenzó a ver con más claridad y con temor y angustia que se acentuaban paulatinamente, buscó desesperada a Gabriel o Diego. El pánico se intensificó en ella con el paso de los minutos, porque no alcanzaba a ver signos de ninguno de los dos; y entonces, en el momento mismo en que se disponía a ceder a la histeria, los vio enzarzados en combate casi directamente debajo.

Deslizándose y tropezando, cayendo y resbalando, descendió al estrecho paso, los ojos clavados temerosos en los dos hombres, indiferente a todo lo que no fuesen esas dos figuras. El sombrero salió volando, y los espesos cabellos negros se desprendieron y cayeron sobre los hombros angostos y las ramas y las raíces le hirieron las manos mientras ella se abría paso hacia los dos espadachines. No vio a Jenkins, siempre alerta, que cuando ella había recorrido unas tres cuartas partes del camino por el costado del paso, emergió del matorral y la aferró.

Al sentir sobre ella esas manos brutales, gritó y animosamente se resistió, utilizando cada gramo de su fuerza. Sollozando y debatiéndose, se retorció bajo el apretón cada vez más cruel de Jenkins.

Absorto en su propio sueño de venganza y disponiéndose a dar el golpe mortal, Gabriel no oyó los gritos de María; sólo cuando vio la expresión en la cara de Diego comprendió que algo importante estaba sucediendo. Arriesgó una mirada por encima del hombro, y contempló atónito a María, que se debatía desesperada en los brazos del contramaestre de Gabriel.

Diego reaccionó primero, y aprovechando la distracción de su adversario descargó un rápido golpe, y abrió una larga herida en toda la extensión del brazo de Gabriel.

Este se volvió con la velocidad del rayo, giró sobre sí mismo y hábilmente contuvo la estocada siguiente, pero la herida era importante y sentía la sangre que le corría por el brazo. Comprendió que ahora debía terminar rápidamente el combate, aplicó toda su fuerza al intento y obligó a retroceder a Diego, decidido a matarlo antes de que él mismo se debilitase demasiado.

Fríamente apartó de su espíritu el pensamiento de María. Con un resplandor casi maníaco en los ojos, Diego preguntó:

–¿Cómo es posible que ella esté aquí? A pesar del dolor, Gabriel sonrió.

–Es mi cautiva... mi esclava, mi cosa, ¡y yo puedo usarla como se me antoje! ¿Eso te colma de temor y odio? Confío en que así sea. ¡Confío en que eso te persiga y te torture por toda la eternidad, y que cuando te mate, mueras sabiendo que tu hermana es mía!

La respiración de Diego era un silbido entre dientes y el español redobló los esfuerzos para acabar rápidamente con el combate. Pero incluso mal herido y perdiendo mucha sangre, Gabriel era un luchador indomable y su hoja chocaba enérgica y fieramente contra la de Diego.

En el curso de la lucha, poco a poco se habían apartado del borde del desfiladero, para acercarse a la corriente principal de la batalla, y una nueva oleada de hombres de pronto los separó. A pesar de los frenéticos intentos que cada uno hizo para llegar al otro, más y más hombres se interpusieron; con furia impotente Gabriel pronto se encontró rodeado por españoles y bucaneros que combatían y no pudo abrirse paso hasta Diego. Más o menos en la misma situación, Diego desbordaba frustración y cólera, mientras se veía arrastrado por la ola de soldados en retirada, empujado cada vez más atrás, hasta que Gabriel desapareció de su vista.

Con valiente obstinación Gabriel continuó luchando, renuente a reconocer que su sed de venganza quedaría insaciada ese | día, negándose a

aceptar que Diego de nuevo había evitado la | muerte a manos suyas, y sobre todo renuente a pensar en el papel de María en lo que había sucedido. Pero sus fuerzas declinaban de prisa; había perdido una peligrosa cantidad de sangre y se sentía muy deprimido. Un fuerte golpe en la sien asestado por la pica de un valeroso español obligó a Gabriel a girar sobre sí mismo; su»;

oídos resonaron a causa de la fuerza del golpe, aturdido se retiró del combate y se desplomó no lejos de donde Jenkins y María aún' forcejeaban. Los dos bandos vieron caer a Gabriel. Con un sacudón feroz al brazo de la joven, Jenkins rugió:

–¡Perra española! ¡Quizá costaste la vida de nuestro capitán!

Un breve gemido de rechazo provino de María, e indiferente a todo lo que no fuese la forma inerte de Gabriel a dos metros de distancia, con un acceso de energía que sorprendió a ambos, se desprendió del apretón de Jenkins. El terrible recuerdo de esa tarde en la Española asaltó su mente, y lágrimas de miedo y desesperación descendieron por sus pálidas mejillas. Corrió hacia el lugar donde Gabriel yacía inmóvil. Arrodillándose junto al cuerpo, vacilante, lo tocó y los dedos le temblaban. En ese momento fatídico, comprendió muchas cosas: por qué él siempre la había fascinado, por qué el contacto con Gabriel transformaba su propio cuerpo de mujer en fuego líquido, y por qué su mera presencia, a pesar de todas las razones en contrario, la colmaba de alegría... ¡Lo amaba! Lo adoraba, y lo había adorado desde el primer día que lo vio, cuando él se mantenía erguido, orgulloso y desafiante, incluso en la derrota, sobre la cubierta *del Santo Cristo.* Lo amaba... y quizás ahora él moría.

El lento movimiento del pecho de Gabriel y la tibieza de su piel bajo los dedos de María dijeron a la joven que él aún vivía, pero tenía un aspecto terrible: la cara pálida, la piel cerca de la sien, donde la pica lo había golpeado, ya comenzaba a cobrar un feo tono púrpura, y la sangre... ¡Santo Dios! Parecía que la sangre estaba por doquier. Sin saber ella misma lo que hacía, apoyó la cabeza de Gabriel sobre sus senos, y sus labios acariciaron la frente, y una mano trató frenéticamente de contener el flujo de sangre que brotaba de un modo alarmante de la herida infligida por Diego. ¡Santo Dios! María elevó una oración: ¡No permitas que muera! ¡Ahora no! Ahora que he descubierto que lo amo... déjalo vivir, para que yo pueda conquistar su corazón. ¡No debe morir! ¡No debe morir!

TERCERA PARTE

El don real
Jamaica, verano de 1668

Hay luz en la sombra y sombra en la luz,
Y negro y azul en el cielo

Lucy Larcom
Black in the Blue Sky

18

El 17 de agosto de 1668 Harry Morgan regresó triunfal a la ciudad de Port Royal, Jamaica, las bodegas de sus barcos atestadas con todo el botín arrancado en el saqueo de Portobelo. En general, él y sus bucaneros habían arrebatado esta ciudad a los españoles durante veintiún días y el tesoro extraído tan metódicamente en la ciudad ocupada fue calculado en casi trescientas mil piezas de a ocho; además de una cantidad inconmensurable de sedas, encajes y otros artículos costosos.

Port Royal recibió a Morgan en un ambiente de delirio y excitación; gozaba del doble placer de haber retorcido la cola del león español y de recibir el suministro aparentemente ilimitado de oro que se derramaba libremente de las manos de los bucaneros que habían regresado, y todo esto originaba una estrepitosa e interminable celebración en el populacho. Los burdeles y las tabernas resonaban con los gritos, las risas y las canciones obscenas; a lo largo de las calles empedradas, cerca del puerto, los piratas borrachos se paseaban trastabillando y las descaradas trotonas colgaban de los musculosos brazos. La embriaguez, las fiestas con las mujeres y una orgía sin igual de gastos estaba a la orden del día, y algunos bucaneros alcoholizados compraban barriles enteros de ron y ofrecían liberalmente sus tragos a todo el que pasaba por la calle... y tendían a ofenderse mucho si el invitado rehusaba la bebida; los cuchillos centelleaban bajo la luz del sol antes de que se resolviese la disputa. Había combates y grescas casi cada hora y a pesar de este comportamiento desordenado, incluso los comerciantes más serenos de los sectores de mayor respetabilidad de la ciudad, se sentían sumamente complacidos por toda la riqueza que se distribuía tan generosamente.

La audaz incursión sobre Portobelo determinó que Harry Morgan se convirtiese en el jefe indiscutido de los piratas y nadie se atrevía a discutir su poder y su autoridad. En la isla era inferior sólo al gobernador Modyford; los ricos plantadores, de los cuales comenzaban a aparecer algunos ejemplos, y otros hombres poderosos acudían a él, ansiosos de demostrar su amistad con el conquistador de Portobelo.

Pero si la exitosa incursión sobre Portobelo fue muy placentera para Port Royal y sus residentes, había por lo menos una persona que contemplaba la ciudad y el área circundante con evidente aprensión. Desde las ventanas que cubrían la popa del *Ángel Negro,* María Delgado observaba aprensiva el espejo de agua azul que la separaba de los equívocos encantos del baluarte bucanero.

El *Ángel Negro,* cuya tripulación estaba casi toda en la ciudad, agregando su aporte a las ruidosas festividades, ahora estaba anclado en el lago que se extendía sobre el costado de la isla de Cagua, allí donde habían levantado la ciudad de Port Royal; esta isla, mucho más grande que Jamaica, se elevaba muy cerca verde y majestuosa.

Desde esa distancia, Port Royal parecía relativamente inocente: muelles, calles empedradas y sólidos edificios de ladrillos, varios de tres pisos, y todo eso se desplegaba ordenadamente a lo largo del sector de piedra caliza y arena que era Cagua. En un punto que dominaba el puerto, se elevaba una sólida fortificación;

varios cañones relucían hoscos, bajo la luz del sol, y las pequeñas figuras de los soldados recorrían los contrafuertes más altos de las defensas.

La ciudad parecía hervir de vida y color; los esclavos negros recorrían las calles llevando enormes racimos de plátanos amarillos sobre los hombros; los bucaneros ataviados de escarlata y verde se pavoneaban por doquier; las mujeres con vestidos púrpura y rosa recorrían los muelles; y María incluso alcanzó a ver aquí y allá un carruaje o un jinete, cuando algunos de los miembros respetables o acaudalados de la ciudad, atravesaban las sinuosas calles. Pero ella no se interesaba en ellos; estaba demasiado atenta a la búsqueda de determinada persona, el hombre que era el dueño de su cuerpo y su alma... y según ella lo reconocía con desagrado, también de su corazón; Gabriel Lancaster.

Incluso ahora, todavía la asombraba comprender que a pesar de todo lo ocurrido en el pasado, ella estaba ciega, locamente enamorada de su aprehensor, el hijo del hombre que había provocado la muerte de su propio y amado padre. Y al rememorar las semanas transcurridas, le parecía aun menos sorprendente que ella todavía estuviese viva y relativamente ilesa. Un leve estremecimiento le recorrió el cuerpo delgado al recordar con escalofriante claridad ese terrible viaje de regreso a Portobelo, el cuerpo ensangrentado e inconsciente de Gabriel llevado casi sin esfuerzo por Zeus.

Nada más que el recuerdo del modo como Zeus la había mirado después que levantó con mucho cuidado el cuerpo de Gabriel, era suficiente para provocarle un temblor incontrolable en la habitación espaciosa y cálida del *Ángel Negro.* Sin sentimiento en la voz, murmuró:

–Ruega, pequeña, que él viva. Pues si muere... te mataré con mis propias manos.

María le creyó, y aunque las palabras de explicación habían temblado en sus labios, la joven guardó silencio. ¿Cómo podía explicar sus propias y confusas emociones? ¿Explicar motivos y actos cuando ni siquiera ella misma los entendía bien? Y de todos modos, ¿qué significaba para ella esa amenaza? Si Gabriel moría, la vida no tendría sentido para ella y recibiría de buen grado el sombrío olvido que Zeus había prometido.

Por el momento, su propio e incierto destino había sido la menor de sus preocupaciones; todo su pensamiento estaba concentrado en Gabriel. Colmada de ansiedad y temor por él, avanzó a los tropezones detrás del lugarteniente cuando éste se volvió y comenzó el largo camino de regreso a Portobelo. Fue lo mejor, ahora lo reconocía, que ella estuviera envuelta en una bruma de sufrimiento y que las miradas hostiles y las amenazas murmuradas que se manifestaban alrededor en realidad no hubiesen penetrado entonces en su conciencia. Todo lo que ella supo hacer era aferrarse a la idea de que Gabriel debía vivir.

Sólo mucho más avanzada esa noche, alguien volvió a hablarle y entonces Zeus la llevó a entender el desprecio con que se la miraba. Cuando llegaron a la casa, Zeus ordenó que la pusieran bajo vigilancia en una de las habitaciones más pequeñas al fondo de la casa. María había llorado, había rogado permanecer con Gabriel; pero Zeus se–limitó a mirarla fríamente, y con su voz generalmente cálida que ahora desbordaba un tono helado, dijo:

–¿No hiciste lo suficiente hoy? Ten la certeza de que puedo ocuparme de la seguridad de mi amigo. ¡Ciertamente, en mis manos recibirá cuidados más gentiles que en las tuyas!

Tragándose los sollozos que la desgarraban, la cabeza erguida frente a la pálida Pilar, iba a ser puesta en confinamiento solitario en esa habitación pequeña y desnuda. Estaba cansada y sucia; tenía apetito, pero de todos modos sus únicas preocupaciones habían sido para Gabriel. ¿Qué le sucedía? ¿Había llegado el médico? ¿Gabriel corría inminente peligro de muerte?

Y tuvo que limitarse a caminar nerviosamente en los límites del cuartito, el oído siempre aguzado para percibir el sonido de los pasos que se acercaban, mientras ella se preguntaba temerosa qué noticias le traían.

Cuando después de un lapso que le pareció fueron horas, oyó el ruido de personas que se aproximaban, el corazón se le paralizó. ¿Quizá Gabriel había muerto? ¿Ahora venían a matarla?

Un leve estremecimiento de esperanza le recorrió el cuerpo cuando vio a Pilar entrar en la habitación seguida de cerca por Zeus. Ella con una bandeja en la que había alimento y bebida. Zeus arrojó sobre la estrecha cama que había en la habitación las prendas femeninas que traía en las manos y mirando severamente a María dijo con voz neutra:

–Vivirá. El médico le vendó las heridas y la hemorragia ha cesado. Está muy débil, pero vivirá... siempre que no haya infección y la herida no se agrave.

María sintió el escozor de las lágrimas de gratitud y alegría en los ojos, y con voz ronca murmuró:

–Sé que no me creerás, pero nunca fue mi intención dañarlo. Mi hermano estaba entre sus enemigos y sus hombres eran mis compatriotas.

Zeus le dirigió una mirada larga y severa:

–¿Te preocupa tanto tu hermano? Esa no es la impresión que recogí de Pilar.

María tragó incómoda. ¿Cómo podía explicar la complicada relación de odio y amor que mantenía con Diego? ¿Cómo conseguir que Zeus comprendiese que si bien Diego la irritaba y disgustaba a menudo, era su hermano, su único pariente cercano y que cuando la ambición no lo cegaba, podía ser bondadoso y considerado? Miró sin hablar los rasgos escépticos de Zeus y no atinó a encontrar las palabras.

Después de un momento de tensión, el gigante se encogió de hombros y dijo:

–Ahora no importa cuáles fueron tus pensamientos en ese momento; *mon capitaine* casi murió a causa de tu interferencia y ni él ni yo ni los

hombres que lo siguen lo olvidarán jamás. Por Jo tanto, permanecerás en esta habitación. Es por tu bien... hasta que Gabriel se recupere y pueda decidir qué hará contigo; no estarías segura de las represalias de uno de los bucaneros, incluso en esta casa. He puesto guardias armados a la puerta de esta habitación;

hombres en quienes pueda confiar que no se harán justicia por su propia mano. Excepto Pilar y yo mismo, no verás a nadie más. –Le dirigó una mirada áspera.– ¿Entiendes lo que digo? ¿Que si cometes la locura de intentar fugarte perderás instantáneamente la vida? E incluso el propio Morgan ha dicho que deberías morir por lo que hiciste hoy. Tu única protección consiste en hacer exactamente lo que digo... hasta que Gabriel sane.

Incapaz de decir nada más en su defensa, María asintió lentamente; su expresión reflejaba todo su sentimiento. Pero por una vez Zeus pareció insensible al estado de ánimo de María y a su evidente infelicidad. Sin dirigirle una palabra más, se volvió y salió de la habitación.

Se hizo un denso silencio cuando él abandonó el cuarto, e insegura María miró a Pilar.

–¿También tú me desprecias? ¿Crees que lo que hice estaba mal? –preguntó con voz tenue.

Pilar depositó la bandeja sobre una mesa de madera sin lustrar y abriendo los brazos murmuró:

–Ah, muchacha, ¿adonde te llevó esta vez ese absurdo orgullo de los Delgado?

Sin decir una palabra, María se arrojó en los brazos de Pilar y ahogando los sollozos contra su pecho, permitió que las lágrimas que había contenido durante varias horas fluyesen libremente. Los brazos de Pilar se mostraron cálidos y reconfortantes y cuando pasaron los minutos y el cuerpo esbelto de María finalmente cesó de sacudirse con la fuerza de los sentimientos que la desgarraban. Pilar dijo amablemente:

–Esta situación es muy grave, pequeña. No puedo hacer nada para ayudarte seriamente. Y todo lo que dijo Zeus es cierto:

estás segura sólo en este cuarto. De ningún modo salgas de aquí sin mi compañía. –Apartó un poco a María y buscó algo entre sus ropas. Un segundo después puso un cuchillito en la mano inerte de María.– No debería hacer esto y si lo descubrieran tendría que reunirme aquí contigo–Pero aunque Zeus cree que puede confiar en los hombres que te vigilan, yo no opino lo mismo, y deseo que tengas por lo menos cierta protección frente a ellos, si la confianza de Zeus es infundada.

Con el corazón oprimido se acercó a la cámita y se sentó en ella, el cuerpo preparado para rechazar un golpe, mientras en su cerebro bailoteaban terribles imágenes relacionadas con su propia muerte. Pero poco deseosa de detenerse en su destino, Marta rechazó esos pensamientos y concentró la mente exclusivamente en el pensamiento del bienestar de Gabriel. El debía recobrarse, así se lo repetía con fiereza y se aferraba con intensidad patética a la afirmación de Zeus de que Gabriel en efecto viviría. Ansiaba desesperadamente verlo, asegurarse de que lo que Zeus había dicho

era verdad, pero por el momento no podía hacer más que sentarse y esperar... y rezar.

Pero esa noche María rezó no solamente por Gabriel. Arrodillada frente a esa sórdida camita, elevó fervorosas plegarias también por la seguridad de Diego y se formuló interrogantes acerca del estado de su hermano; oró aun con más intensidad pidiendo que si esos dos hombres que significaban tanto para ella sobrevivían, nunca más tuviese que elegir entre ellos.

Cuando el agotamiento la dominó se durmió profundamente, hasta que el sonido de la puerta que se abría la sobresaltó y se incorporó de prisa, los dedos apretados alrededor del mango del cuchillo. Era Pilar y María sintió que el terror que la dominaba estaba disipándose lentamente. Había supuesto que era de mañana y con movimientos nerviosos se frotó los ojos y preguntó ansiosa:

–¡Gabriel! ¿Cómo está?

Con expresión inquieta, Pilar pareció vacilar antes de contestarle de mala gana:

–Tiene fiebre, muchacha. Comenzó alrededor de medianoche y pasamos estas horas tratando de bajarle la temperatura y mantenerlo cómodo.

–¡Oh, déjenme ir con él! –gritó dolorosamente María–. ¡Permítanme ayudarle!

Pilar meneó la cabeza y dijo con voz sorda:

–Muchacha, es mejor que permanezcas aquí... según el humor que ahora tiene Zeus, temo que te mate sin vacilar si llega a verte.

Derrotada, María se volvió.

–Pilar... no te preocupes por mí. Si... si... –La voz se le quebró, pero después recobró fuerza.– Si él muere, ¡yo también querré morir! Zeus no haría otra cosa que terminar con mi propio infierno. No temas por mí si llegara a suceder lo peor.

Pilar le preguntó con expresión grave:

–Amas mucho a tu inglés, ¿verdad? María sonrió con tristeza.

–¡Sí! Pero no lo supe hasta ayer. –Se interrumpió, y continuó diciendo:– Si lo hubiera sabido antes, me habría comportado de modo muy distinto.

–¿Aun así hubieras intentado advertir a Diego? Una expresión dolorida se dibujó en los rasgos delicados de María. Con voz impregnada de dolor, murmuró:

–Creo que no... es terrible contemplar esa posibilidad.

–Bien, no nos preocupemos por lo que no sucedió –dijo Pilar, que de pronto pareció reaccionar–. El inglés mejorará. Y una vez que sane, tendrás otra oportunidad de conquistar su corazón. ¡Lo sé! Estoy segura de que él tiene sentimientos profundos hacia tí... ¡sólo que ambos son tan obstinados y orgullosos y ninguno quiere ceder ante el otro! –Con expresión y voz severas, concluyó diciendo:– Y ambos dedican demasiado tiempo a pensar en esa ridicula vendetta entre las familias.

Al fin, cierta mañana, una semana después, Pilar entró en la habitación con una enorme sonrisa en su hermosa cara y María sintió que su corazón se reanimaba al instante. Con expresión gozosa le anunció:

–¡Está mucho mejor, muchacha! Más aun, ¡me arrojó a la cabeza el tazón de caldo y mantuvo una feroz discusión con Zeus! ¡Está criticándonos fieramente a todos e incluso se niega a permanecer en la cama!

Con los brazos rodeando la cintura de Pilar, María bailó alegremente con su amiga de un extremo al otro del cuartito. Cuando se detuvieron para respirar, los ojos relucientes de placer, María preguntó ansiosa:

–¿Cuándo puedo verlo?

La sonrisa de Pilar se desvaneció y le dijo serenamente:

–Me temo que eso tendrá que decidirlo él. Pasaron tres días interminables antes de que Zeus fuera a buscarla y diciéndole secamente:

–Quiere verte.

De pronto temerosa de lo que esa entrevista podía significar, María miró con ojos– muy grandes al pirata y la aprensión se manifestó en sus rasgos juveniles. No temía que Gabriel ordenase matarla: eso podía haberlo hecho durante los días precedentes. No, lo que la sumía en un terror helado era la conciencia de que había muchas más probabilidades de que él la apartase definitivamente de su presencia, que la dejase allí, en Portobelo, cuando los bucaneros se alejaran. No verlo nunca más sería como la muerte en vida y su cara palideció ante la idea de que Gabriel desapareciese para siempre.

Quizás ahora que Gabriel ya no corría peligro de muerte, Zeus tuvo un atisbo de compasión al ver los rasgos pálidos y tensos. De todos modos, murmuró hoscamente:

–Pequeña, no se propone arrojarte en manos de los otros. ¡ Vamos de una vez!

En muchos aspectos, se dijo deprimida María mientras continuaba mirando las sombras azules que suavemente lamían el casco *delAngel Negro,* arrojarla a los otros podía haber sido un castigo más benigno. En todo caso, ella lo hubiera soportado más fácilmente que esa fría indiferencia con que Gabriel la trató las últimas semanas.

Dominada por la maravilla que sentía ante el reciente descubrimiento de su amor por Gabriel, agotada por el temor constante de la salud de su amado, nunca se había detenido a pensar sus posibles reacciones frente al episodio terrible del combate frente a Diego. Por lo tanto, María estaba muy mal preparada para tratar con el hombre de mirada glacial y mentón de granito que estaba frente a ella esa mañana, varias semanas atrás, en Portobe–lo.

Gabriel había preferido que la reunión no se realizara en el dormitorio que ambos compartieron; en cambio, la dolorosa entrevista que mantuvieron tuvo lugar en una habitación en la cual María nunca estuvo, una pequeña antecámara a escasa distancia de la que ahora servía como su calabozo. La habitación estaba fríamente vacía, excepto la alta figura de Gabriel cuando María entró allí, pero el corazón de la joven saltó de alegría al ver al inglés. El estaba de espaldas a ella, y al parecer concentraba su atención mirando a través de una minúscula ventana, al fondo de la alcoba.

Pasó un momento y con renovado interés ella observó el cuerpo de anchos hombros mientras él estaba allí, de pie, y le agradó contemplar el gesto orgulloso de la cabeza, la sugerencia de la musculatura bajo la camisa

blanca que aún usaba, la cintura y las caderas angostas cubiertas por un par de bragas negras bastante sueltas y las pantorrillas bien formadas que cubría con un par de medias blancas de seda. Como los minutos pasaban y él parecía no advertir la presencia de María, ella preguntó con voz insegura:

–¿Señor? ¿Mandasteis llamarme?

A Gabriel se le endureció el cuerpo y se volvió violentamente para mirarla. El sol lo iluminaba por detrás y dejaba en las sombras sus rasgos, pero durante un segundo fugaz ella creyó ver una chispa de placer en los ojos verdes. Si él se sentía complacido de verla, en todo caso lo disimuló inmediatamente y con voz desbordante de helado desdén, dijo:

–Buenos días, señorita Delgado. Me abruma que os hayáis dignado aceptar este encuentro conmigo; ¡sobre todo porque seguramente todos estos días habéis rogado fervorosamente que la habilidad de vuestro hermano con la espada os descargase de la ingrata necesidad de volver a verme nunca más!

Tanto las palabras de Gabriel como su apariencia impresionaban. Se lo veía muy pálido y el precio que la enfermedad le había cobrado era más que evidente en el color de la piel y en la delgadez de sus rasgos. Los ojos esmeralda mostraban un verde glacial bajo las espesas cejas negras mientras la miraba a través de la corta distancia que los separaba; y cuando el verdadero sentido de las palabras de Gabriel se aclaró en su conciencia, María experimentó una sensación de amarga desesperación.

No cabía duda de que él creía que la joven, deseando su muerte, había tratado de advertir a Diego de modo que el hermano pudiese matar a Gabriel. Al recordar la ansiedad que ella acababa de vivir, desesperadamente preocupada por él, rogando con fervor por su vida, no por su muerte, una burbuja de regocijo medio irritado y medio histérico brotó de su garganta. Con un destello duro en los ojos azul zafiro, miró, hostil, a Gabriel y replicó:

–¡Eres estúpido, inglés! ¡Y después del modo en que me trataste y las cosas que en tu opinión soy capaz de hacer, deberías estar abrumado porque me digno aceptar este encuentro contigo!

Gabriel pareció desconcertado un segundo, pero reaccionó, los ojos relucientes de cólera y le replicó:

–¡No gastaré palabras contigo, víbora de los Delgado! Olvidas tu situación, ¡y en el futuro será mejor que aprendas a controlar esa perversa lengua, o te castigaré de tal modo que creerás que la muerte es una salvación bienvenida!

Incluso María comprendió que había sido insensato continuar provocándolo, de modo que contuvo las acidas palabras que se formaron en su mente, desvió la mirada y guardó silencio. Pero había un sesgo rebelde en el labio inferior que dejaba entrever claramente sus pensamientos. Con una sonrisa sardónica en los labios, Gabriel murmuró:

–Maldíceme en tu mente si así lo deseas, ¡pero nunca olvides que soy tu amo! Ahora eres mi esclava, iy agradece que encuentras aquí un amo mucho más bondadoso que lo que tu hermano fue nunca para mí!

María desvió altivamente la cabeza mientras él hablaba pero Gabriel, con un movimiento escasamente gentil, le apretó el mentón y la obligó a

mirarlo. Esos fríos ojos verdes recorrieron lentamente los rasgos de María, tomaron nota–de la suave curva de la boca, del azul intenso de los ojos y de los rizados cabellos negros y él exclamó con un acento de furioso asombro en la voz:

–No mereces ninguna bondad de mi parte... renunciaste a eso el día que buscaste mi muerte, pero reconozco que no soy suficientemente malvado, aunque quisiera serlo, para lograr una venganza apropiada. Por todo lo que es sagrado, debería entregarte a Du Bois o permitir que los otros hagan contigo lo que les plazca, pero el recuerdo de mi hermana y mi esposa no me lo permite.

Los ojos de María se agrandaron temerosos ante la mención de Du Bois; Gabriel sonrió cruelmente y dijo con voz fría:

–Sí, pequeña víbora, Du Bois. Cuando te propongas desobedecerme... recuerda que puedes presionarme sólo hasta cierto límite, y que si te muestras muy embrollona quizá logre dominar mis propios escrúpulos, aunque no son excesivos, y en definitiva entregue a ese hombre.

Con una voz que era apenas poco más que un murmullo, María preguntó:

–¿Qué te propones hacer conmigo?

–¡Cuánta docilidad! –gruñó Gabriel, con un brillo burlón en los ojos verdes–, ¿Qué me dices, viborita? Hay muchas cosas que he concebido y que me agradaría hacer contigo –el pulgar de Gabriel rozó perezosamente la boca de María, parecía que él estaba fascinado por la forma de esos labios. Pero enseguida, como si recordase algo desagradable, dejó caer la mano al instante y toda su actitud pasó de la broma amable a la distancia sardónica–. En fa, por el momento me propongo llevarte conmigo a Jamaica. Harry ha ordenado que partamos este fin de semana y vendrás conmigo, y

–Con un duro resplandor en los ojos, terminó diciendo con frialdad:– Serás mi esclava por el resto de tu vida y créeme, viborita, he jurado que me vengaré a mi propio modo.

María tragó saliva con esfuerzo, el amor que sentía por él disputaba terreno con la desesperación y la rebeldía. Con el cuerpo rígido, preguntó:

–¿Por qué sencillamente no pides rescate por mi persona? No dudo de que mi hermano pagará bien mi regreso. –Y come quería evitar que él tuviese la menor sospecha de sus verdaderos sentimientos, la joven agregó:– En realidad, tener que sufrir el contacto de tu cuerpo ha sido bastante castigo para mí... y puedes aliviar tu retorcido orgullo obligando a Diego a pagar una suma exorbitante por mi libertad.

Gabriel entrecerró los ojos y con voz espesa rugió:

–¡Nunca! ¡Eres mía! ¡Y sólo la muerte de Diego aliviará mi retorcido orgullo!

No se cambiaron más palabras entre ellos. No muy segura de si debía sentirse alegre o aterrorizada, varios días después, desde la cubierta *del Ángel Negro,* María vio desaparecer en el horizonte el perfil de Portobelo. Volvió los ojos hacia el enorme espejo de océano azul que la separaba de su lugar de destino, Jamaica, y se sintió deprimida. ¿Quién sabía lo que el futuro le deparaba? Ese había sido el eje de sus tristes pensamientos.

Pero ella comprobó asombrada que el viaje no era desagradable. Habían tenido buen tiempo, y por supuesto Pilar acompañaba a Zeus a su nuevo hogar, y por lo tanto María no carecía de compañía femenina. Ambas pasaban la mayor parte del tiempo encerradas en la sala principal del barco, aunque Zeus y a veces Gabriel las acompañaban a dar cortos paseos por otros lugares de la nave, por la mañana y por la tarde. El hecho de que nadie había olvidado el papel que María había representado en la cita de Gabriel con la muerte, quedó demostrado con absoluta claridad por la actitud y los modales de los bucaneros, junto a los cuales ella pasaba durante estas salidas. Varios se volvían para escupir despectivamente sobre la cubierta, otros murmuraban desagradables amenazas que le hicieron arder las orejas y le sonrojaron las mejillas; pero no hubo actos francos de violencia –Gabriel y Zeus se habían ocupado de eso–: una mirada severa de los dos y el ofensor volvía inmediatamente a sus tareas.

Durante esos largos días y noches en el mar, Gabriel la había tratado con irritante y fría indiferencia. Le advirtió que su deber era mantener un orden impecable en la gran sala y decidida a evitar que él tuviese motivos de queja, María obedeció; incluso las aplicaciones de bronce de las ventanas relucían gracias al celoso lustrado que ella les practicaba. También se había visto obligada a actuar como criada de Gabriel, Pilar y los diferentes oficiales que comían con el capitán en la gran sala. Gabriel parecía sentir un perverso placer en la visión de María deslizándose a lo largo de la amplia mesa de roble, mientras servía diligente la comida y vertía el vino y ni siquiera la expresión angustiada de Pilar, sentada frente a su esposo, mientras veía a su antigua pupila cumplir una tarea tan servil, lograba disuadir al capitán de la nave. Tenía la firme intención de demostrar que María era su propiedad, su esclava, y que él impartía las órdenes que se le antojaban; y ella demostraba idéntica voluntad de mostrarle que ningún Lancaster podía humillar jamás a los Delgado.

Pero lo que más temía María no había sucedido: él no la obligaba a compartir su lecho. Durante el viaje a Jamaica ella durmió en casta soledad, en lo que antes era una gran alacena, contigua a la amplia habitación.

La salud de Gabriel mejoró de manera dramática tan pronto partieron de Portobelo y cuando llegaron a Jamaica no había signos externos de su enfermedad. Estaba intensamente bronceado gracias al sol ardiente del Caribe, sus movimientos eran otra vez ágiles y enérgicos y para todos era evidente que desbordaba vitalidad.

Desde la llegada a puerto tres días antes, María no lo había visto mucho: Gabriel fue con Morgan a informar del éxito de la empresa al gobernador Modyford y por lo demás el inglés pasaba gran parte del tiempo en la ciudad. Agobiada por la inquietud acerca de su vida futura, María no sabía muy bien si alegrarse o afligirse por la ausencia de Gabriel.

Mientras Gabriel la trataba con dureza, para ella era relativamente sencillo poblar su mente de pensamientos coléricos y rebeldes. Ignorando obstinadamente el consejo muy razonable de Pilar, evocaba a cada momento el recuerdo de la secular vendetta existente entre los Lancaster y los Delgado y se decía que al menos por el momento él no merecía que ella lo amase; que había sido una locura pensar siquiera que lo que sentía por ese hombre era

amor. Era un bucanero, un enemigo de España, un odiado Lancaster, el hombre que le había arrebatado la inocencia, a quien debía despreciar a toda costa. Y sin embargo, en lo más hondo de su corazón sabía que era suficiente que él extendiese la mano y la tocase para lograr que todas las barreras que ella había levantado entre los dos se convirtiesen en polvo. María estaba a salvo de ese ;

injusto y absorbente encanto mientras él la ignorase. Pero si él llegaba a cambiar y llegaba a sonreírle con la sorprendente calidez | que antaño le había demostrado, María sabía muy bien que estaba | perdida. Y si la expresión de esos ojos verdes representaban un indicio, era evidente que el deseo que él sentía por el cuerpo de María no se había atenuado y que más tarde o más temprano trataría de poseerla...

Con el corazón latiéndole dolorosamente clavó los ojos en los muelles de Port Royal. ¡No pensaría en eso! En cambio, concentraría su atención en lo que la esperaba. Era esclava, ante sus ojos se extendían las islas que serían su hogar por el resto de la vida. ¿Quién sabía cuál era su futuro aquí?

19

Cómodamente instalado en el salón del gobernador, las largas piernas extendidas indolentes frente a él, Gabriel también estaba pensando en el futuro y sobre todo en Don Real, su plantación de azúcar, y en la reacción de María frente al nuevo estado de cosas. ¿Quizás ella, se preguntaba Gabriel, con interés mucho mayor que el que hubiera estado dispuesto a reconocer, pensaría que era un lugar excesivamente incivilizado y primitivo? ¿Cómo juzgaría ese hogar que él había formado en medio de la jungla...? ¿Y en verdad eso le importaba? Después de todo, ¡ella no era más que una esclava!

Un poco irritado consigo mismo porque dedicaba tiempo a conjeturar, aunque fuese durante un momento, cuál era la posible reacción de la joven, con el entrecejo fruncido contempló la hebilla de plata de su zapato. Estaba fríamente decidido a mantener la actitud que había adoptado; ella era una perra española, una Delgado. Había estado a un paso de provocarle la muerte –por lo menos su interferencia destruyó su posibilidad de vengarse definitivamente de Diego Delgado– y él no estaba dispuesto a olvidar el hecho. ¡No permitiría que lo confundiese una sonrisa seductora y un par de luminosos ojos azules!

A él no le agradaba pensar en los episodios de los últimos días en Portobelo. Sobre todo, no quería pensar en el terrible sentimiento de traición e incredulidad que había experimentado cuando al fin comprendió que María había ido a advertir a su hermano. Que en realidad ella estaba descendiendo por la ladera de esa colina para reunirse con Diego cuando Jenkins la atrapó. Era un pensamiento muy ingrato y eso, tanto como el dolor de las heridas, lo había torturado febrilmente durante los días en que estuvo tan enfermo. A decir verdad, no sabía lo que el futuro podía depararles, pero estuvo a un paso de reconocer que la joven tocaba algo muy profundo en la

intimidad de su ser, que ella suscitaba un sentimiento que nunca había experimentado por otra mujer...

Se acentuó la severidad de su ceno y el gesto de su cara bien formada indujo al gobernador a exclamar:

–¡Mi estimado Lancaster, si el vino es tan malo, os ruego que lo digáis! ¡No os quedéis sentado allí, mirando con gesto hostil!

El ceno se suavizó al instante y con una sonrisa extrañamente encantadora en los rasgos bronceados por el sol, Gabriel murmuró:

–¡Perdonadme, señor! Me avergüenza confesar que mis pensamientos estaban muy lejos de aquí. –Bebió un sorbo del vino y agregó:– Como siempre, vuestro gusto en todas las cosas es exquisito.

Sentado frente a Gabriel, en un gran sillón dorado y tapizado, sir Thomas Modyford le envió una mirada escéptica y rezongó:

–Y vos, joven sinvergüenza –dijo secamente– ¡tenéis una lengua muy aceitada! –Una sonrisa astuta curvó la boca rosada del gobernador.– ¡Aunque en este caso tenéis toda la razón del mundo!

Sir Thomas Modyford era un hombre de rostro agradable, unos veinte años mayor que Gabriel. Había sido gobernador en la isla de Barbados, se había desempeñado con éxito al frente de una plantación y estaba muy satisfecho con su suerte en la vida, cuando Carlos II le ofreció el cargo de gobernador de Jamaica. Era un fiel servidor de la Corona, de modo que se apresuró a reunir a su familia y sus servidores y sin mirar atrás embarcó para el puerto bucanero de Port Royal, decidido a convertir ese antro de vicio en un Edén de respetabilidad. Eso fue cuatro años atrás, en 1664, pero durante el período que siguió su actitud había cambiado mucho.

Llegó a Jamaica con propósitos muy firmes y con ideas claras relacionadas con sus propuestas al rey respecto del modo de colonizar y asegurar la prosperidad de la isla. Era necesario eliminar la piratería; en Port Royal no se continuaría dando refugio a los bucaneros ni se emitirían nuevas patentes de corso. Se crearía una Asamblea y los votantes surgirían del conjunto de hombres libres que poblaban la isla.

Modyford había traído consigo novecientos ochenta y siete colonos laboriosos y honestos y éstos debían ser el núcleo de la respetable comunidad que él imaginara. Se les había suministrado pasaje gratuito a Jamaica y prometido quince hectáreas de tierra gratis a la llegada; y hablaba mucho en favor del encanto y la posición de Modyford, que tantos hubiesen salido de Barbados hasta los alrededores poco prestigiosos de Port Royal.

Durante el período siguiente, el gobernador se esforzó mucho por crear estabilidad económica y la atmósfera decente que era tan esencial para la supervivencia y la prosperidad de sus colonos. Confiaba en que la isla prosperaría si se la aprovechaba decentemente; y con ese propósito introdujo en la región un tipo muy superior de caña de azúcar. Se había decretado un período de veintiún años durante el cual no se impondrían gravámenes al comercio. En general, hizo más por la isla de Jamaica que todos los restantes gobernadores anteriores, pero en un aspecto había fracasado tan lamentablemente como el resto: no era posible expulsar a los bucaneros...

Oh, al principio intentó con mucha diligencia eliminarlos, pero fue inútil. Había confiscado barcos y colgado a unos pocos piratas cargados con cadenas en un lugar que dominaba el puerto, dejando que los infelices muriesen de sed y hambre, como advertencia a los que pudieran intentar una visita.

Modyford pudo haber tenido éxito de mantener con firmeza su propósito, pero la declaración de guerra entre Inglaterra y los holandeses en 1665 lo había forzado a reconsiderar su situación. Ahora que los enormes y bien armados buques de guerra holandeses recorrían las aguas del Caribe, atacando los asentamientos ingleses, la idea de un puerto poblado de barcos bucaneros muy armados y tripulados por combatientes expertos, de pronto pareció muy atractiva. De hecho, tan atractiva que Modyford organizó, utilizando a muchos bucaneros, un ataque contra las islas holandesas en las Indias Occidentales.

A partir de este episodio, este gobernador nunca después realizó nuevos intentos serios para disuadir a los bucaneros de la idea de refugiarse en Port Royal. Con su mera presencia, los Hermanos de la Costa ofrecían a Jamaica amplia protección no sólo contra los holandeses, sino también contra los franceses y los españoles. Y un factor no desdeñable era que sus cargamentos contribuían de un modo abrumador a la creciente prosperidad de la isla. Modyford tenía una conciencia tan cabal de las ventajas de la permanente asociación con los bucaneros, que a veces incluso habfa escrito extensas cartas al rey, para defender los actos de los Hermanos.

Pero caminaba sobre una cuerda floja muy precaria. Londres podía exigir que los bucaneros fuesen expulsados de las proximidades de Jamaica, pero aquellos gobernantes estaban muy lejos: i y ciertamente no podían proteger a la naciente colonia, expuesta al ataque de los holandeses, los españoles o los franceses! Lo peor, fue que en los primeros tiempos, cuando Modyford había intentado por primera vez expulsar a los bucaneros, descubrió desalentado que varios comerciantes y mercaderes se preparaban para partir; sus razones eran sencillas: sin los artículos que los bucaneros traían, ellos no podían comerciar, por lo tanto, ¿para qué permanecer allí? De mala gana, él comprendió que era sensato continuar ofreciendo a los bucaneros el puerto seguro y los rangos que ellos deseaban.

Decidido a apaciguar al rey, que deseaba expulsar de sus islas a los piratas ilegales, en 1666 Modyford consiguió que su Consejo preparase una resolución que explicaba las razones por las cuales era tan importante que la colina apoyase activamente a los bucaneros. La resolución decía que las incursiones de los piratas aportaban a la isla dinero amonedado, oro, maderas, cueros, seda, índigo y muchos otros artículos, que inducían a los comerciantes de Nueva Inglaterra a acudir a Jamaica y que de ese modo muchos mercaderes tendían a instalarse en la isla. El tráfico de esclavos se acrecentaba y de prosperar el puerto, más plantadores vendrían a • colonizar la tierra. Y quizá, lo que era más vital, el mantenimiento i de una relación amistosa con los bucaneros garantizaba que ellos I no adoptarían actitudes hostiles contra los ingleses ni atacarían las | plantaciones de Jamaica. Y más importante aun, su presencia ayudaba a disuadir a los españoles, que todavía exigían la devolución | de Jamaica; los bucaneros también

suministraban excelentes datos • acerca de las actividades españolas en el Caribe; y finalmente, el botín que los bucaneros llevaban a Port Royal contribuía a enriquecer al rey y a su hermano, el duque de York.

Y así, mientras las autoridades de Londres deploraban y | condenaban públicamente a los Hermanos de la Costa, en privado no realizaban ningún intento verdadero de expulsarlos de Port Royal. Esa cínica actitud también contribuía a explicar por que Harry Morgan era siempre bien recibido por sir Thomas Modyford y por qué el bucanero conocido por sus enemigos como el Ángel Negro estaba tan cómodamente instalado en la casa: que era la residencia del gobernador.

Pero Gabriel era un visitante tan frecuente y bien recibido en el hogar de Modyford no sólo por su relación con los bucaneros; existía también la atracción suplementaria de su anterior relación con el rey y el hecho de que estaba convirtíendo rápidamente el Don Real en una de las mejores plantaciones de la isla. Lancaster era un hombre que tenía un pie firmemente asentado en las dos fracciones antagónicas que gobernaban Jamaica y el gobernador llegó a la conclusión de que ese estado de cosas era sumamente útil.

Tan útil era Gabriel para el gobernador en el seno de los Hermanos, que la noticia de que el joven se disponía a renunciar a su vida de bucanero, casi provocó la oposición de Modyford. Casi. El gobernador quizá se veía obligado a aceptar e incluso a promover la presencia de los bucaneros en Jamaica, pero eso no significaba que hubiese abandonado su plan original de convertir a la isla en una comunidad respetable y próspera de plantadores honestos. Lancaster era el tipo de hombre que el gobernador siempre había deseado asentar en Jamaica: de buena cuna, educado y dispuesto a dominar la jungla salvaje y lujuriosa, convirtiéndola en campos productivos de verde caña de azúcar. Modyford tenía abundancia de bucaneros pero no contaba con tantos hombres de los antecedentes y el calibre de Gabriel Lancaster. Y así, aunque quizá sentía cierto pesar al perder a un hombre de confianza en el campo de los bucaneros, estaba más que complacido porque agregaba un miembro valioso a las filas cada vez más nutridas de los buenos plantadores de Jamaica.

Pero había un minúsculo punto problemático en el feliz horizonte que el gobernador preveía como futuro de Gabriel y el funcionario comentó con aire reflexivo:

–Como sabéis, puede haber problemas a causa de la mujer.

–¿Por qué? –preguntó sin rodeos Gabriel, los ojos verdes de pronto muy atentos.

Modyford suspiró y se movió, incómodo, en la silla por su cuerpo un tanto regordete.

–Porque es española y porque su hermano es un hombre poderoso y encumbrado. Si fuese una mujer anónima no habría motivo de inquietud. Y además, está esta situación irritante con España...

Gabriel no necesitaba que le explicasen la "situación irritante"; la conocía bien. Inglaterra y España habían guerreado una contra la otra intermitentemente durante casi un siglo, y con el traicionero cambio de los

vientos en las cortes española e inglesa, uno nunca sabía si prevalecía la paz entre los dos países o la guerra, declarada o no, había estallado otra vez. La situación en el Caribe era todavía más compleja: se necesitaban meses antes de que la noticia acerca de la política siempre cambiante entre las dos naciones hostiles llegase a la región y así el gobernador nunca sabía si actuaba bien al autorizar ataques contra la navegación española o si en realidad, a causa de los recientes acontecimientos en Europa, estaba contrariando directamente los deseos del rey. Con expresión dura y sombría, Gabriel replicó:

–Quién es ella o lo que es, poco importa... es mía por derecho de captura y dudo de que ni siquiera el rey reclame que yo la deje en libertad. ¡Es mía!

Modyford se apresuró a calmarlo.

–¡Eso es muy cierto, estimado amigo! Sólo quise señalar que si pudiera arreglarse el pago del rescate no sería tan mala idea.

–¿Habéis olvidado exactamente de quién estamos hablando? –preguntó Gabriel con aspereza. Modyford pareció incómodo.

–No, no lo he olvidado –replicó con voz firme–. Sucede simplemente que la situación entre España e Inglaterra es tan delicada que no quiero que en mi región suceda nada que altere el equilibrio entre los dos países. –Miró reflexivamente al hombre de elevada estatura que estaba enfrente. Harry Morgan le había transmitido algunas de las bromas corrientes acerca de la inexplicable conducta de ese Lancaster, un hombre generalmente tan frío e imperturbable; eran los rumores que corrían por las tabernas de Portobelo y eso, unido a su evidente renuencia a liberar a María Delgado, cualesquiera fuesen las condiciones, daba material para las reflexiones especiales de Modyford. Casi como de pasada el gobernador murmuró:

–Si la situación se agravase, imagino que podrías desposarla. ¡Después de todo, nadie puede exigir la separación de un hombre y la esposa!

Gabriel se enderezó en el asiento como un hombre que acaba de recibir un cubo de agua fría. Los ojos verdes reluciendo Fieramente escupió:

–¡Hombre, habéis enloquecido! Casarme con María Delgado... ¡preferiría pasar el resto de mis días en un pozo poblado de víboras!

Dicho esto, Gabriel se puso de pie e hizo una profunda reverencia al gobernador, que estaba un tanto sobresaltado.

–Buenos días, señor –dijo con voz neutra–. ¡Ha sido una visita muy instructiva! Os visitaré la próxima vez que venga a Port Royal. Por el momento, si me necesitáis nuevamente, estaré en el Don Real.

Sin decir una palabra más, salió de la habitación, los anchos hombros cubiertos por la chaqueta bien cortada de lienzo morado. Dividido entre la exasperación y el regocijo, el gobernador se puso de pie y se acercó a un par de puertas dobles que daban acceso a un balcón festoneado con plantas trepadoras. Medio oculto bajo el alero de la casa, volvió los ojos hacia el patio y observó interesado la aparición de Gabriel, que avanzó con paso firme en dirección a su caballo. A juzgar por sus movimientos, era evidente que Lancaster aún estaba muy irritado y el gobernador suspiró. ¿Quién hubiera dicho que el caballero sereno, amable y normalmente ecuánime a quien él había conocido tiempo atrás, reaccionaría con tal violencia y tanta

rapidez por un mero y ocioso comentario? Parecería, se dijo el gobernador con una leve sonrisa, que en lo que se refería a María Delgado uno debía mostrar mucho cuidado en la conversación con su aprehensor, que de pronto se había convertido en un hombre muy inestable. Con verdadero regocijo en los ojos color avellana, Modyford observó cómo Gabriel se alejaba al galope de su corcel. El gobernador se volvió hacia la casa, meneó lentamente la cabeza, y se dijo que debía relatar a Morgan esa interesante escenita. No dudaba de que Harry la consideraría tan divertida como le había parecido al propio Modyford. Pero una cosa era muy evidente: al margen de lo que Lancaster pudiese afirmar, la venganza no era el único sentimiento que experimentaba en relación con su cautiva.

Por desgracia para su propia paz mental, Gabriel sabía muy bien que estaba comportándose de un modo contradictorio y que la raíz de todas las actitudes imprevisibles que había adoptado últimamente se remontaba al momento en que comprendió bien a quién tenía en sus brazos esa noche, en Portobelo. Con el entrecejo fruncido que quebraba la regularidad de sus rasgos, a pesar del calor del día espoleó a su caballo para que corriese más velozmente, pues sus propios pensamientos le aportaban escaso placer.

Nada se había desarrollado como era debido a partir de ese mismo momento, reconoció con furia. En lugar de tratarla con el cruel desdén y el brutal salvajismo que él se prometiera, ¡se comportó más bien en el estilo de un ternero enfermo de amor! Y había continuado en la misma tesitura incluso después de afrontar la desagradable realidad de que ella fue casi la causa de su muerte, y de que sólo la rápida reacción de Jenkins le salvó la vida. Llegó a la ingrata conclusión de que habría debido ordenar que la matasen o que la entregasen a Du Bois apenas recobró la conciencia. Pero no, continuó denostándose irritado, Ino hice tal cosa! No, ¡en cambio traje conmigo a casa a esa traicionera viborita! ¡El gobernador no es el que está loco, gran estúpido, eres tú mismo! Ella me ha enturbiado de tal modo el seso, pensó con rabia cada vez más profunda, que al parecer lo único que yo deseo recordar es la dulzura de su cuerpo seductor. Con una mezcla de furia y desesperación afrontó la desagradable verdad: ¡que el hecho de despreciarla por lo que era y continuaba siendo, no le impedía desear desesperadamente la posesión de esa carne ponzoñosamente seductora!

Gabriel se había repetido a cada momento que la única razón para llevarla a Jamaica con él había sido concretar la venganza que no había podido cobrarse en Portobelo, que ella era una odiada Delgado y que tenerla como esclava suavizaba parte del dolor y la vergüenza que experimentaba ante la pérdida de su esposa y su hermana. Pero a medida que pasaban los días y que la flota bucanera se aproximaba a Port Royal, Gabriel comprendió, inquieto, que la necesidad de venganza fue sólo una parte de la razón por la cual había llevado allí a la joven. Ni siquiera contempló la idea de dejarla detrás, en Portobelo; rechazó lisa y llanamente la perspectiva de entregarla a otro de los bucaneros antes de que su cerebro madurase siquiera ese pensamiento; el desusado sentimiento de posesión le provocaba una cólera furiosa sólo ante el atisbo de que otro hombre la tocase.

En un vano intento por calmar en parte la furia culpable que lo consumía, ante su propia incapacidad para actuar como estaba seguro que

debía hacer, tuvo que contentarse con tratarla con frialdad y desprecio, exigiéndole que fuese su criada, ¡imponiéndole tareas triviales e insultantes de modo que fuese evidente que ella era su esclava!

Peores eran todavía las noches en que su cuerpo ardía con el deseo de poseerla y los días en que nada más que al verla moviéndose alrededor de la gran habitación, sentía la punzada del deseo urgente penetrándole enloquecido por las venas. Y precisamente entonces tuvo que reconocer, con dolor y cólera, que la venganza fue sólo una de las razones que lo llevaron a trasladar a Jamaica con él a María Delgado; ella lo había embrujado, inflamado con la necesidad insaciable de tenerla cerca, de saber que;

podía tocarla siempre que se le antojara, de que era suficiente que;

extendiese la mano, para abrazarla y besarla, acariciar esa piel suave y pálida; y que si lo prefería, en un momento cualquier»! podría saborear otra vez el dulce éxtasis de ese cuerpo esbelto…

Furioso, sintió que se le endurecían los músculos al calor del deseo desnudo y ardiente, ante la mera idea de poseerla otra vez; conteniendo una maldición, detuvo el caballo frente a una pequeña tienda. Permaneció inmóvil un momento, obligando a su díscolo cuerpo regresar a la normalidad, expulsando intencionalmente de su mente el deseo que de un modo tan imprevisto lo poseía. Cuando al fin consiguió recuperar el control, desmontó y con movimientos rápidos ató su caballo a la rama más baja del próximo árbol.

Era la tienda de una modista, que él visitó otras veces, de modo que con una sonrisita sombría en la cara se acercó y abrió la puerta de madera. "Una mujer de edad madura y cuerpo menudo, con vivaces ojos negros, los cabellos igualmente negros recogidos en un rodete poco sentador, acudió a recibirlo y su fuerte acento francés revelaba su país de origen.

–*¡Monsieur!* —exclamó juguetonamente—. Habéis llegado en el momento exacto en que comenzaba a pensar que habíais olvidado a vuestra Suzette.

Gabriel sonrió más animosamente y cerrando las manos sobre la delgada cintura de la mujer, la alzó y giró sobre sí mismo y al mismo tiempo aplicó un beso entusiasta sobre la mejilla de la propietaria.

–Ah, dulce Suzette, ¡sois insaciable! ¿Acaso no estuve aquí hace dos días? ¿Y no os expliqué que sois la única mujer que ha conquistado mi corazón?

Liberándose del abrazo simulado, ella le dirigió una extraña mirada.

–*Monsieur,* es posible que sea una mujer cargada de años, pero no carezco de inteligencia. Vuestro corazón está demasiado bien protegido y no todas las mujeres pueden dominarlo. –Moviendo un dedo admonitorio, agregó, medio en serio medio en burla:– Pero llegará el día en que alguna os sorprenda descuidado…

La actitud despreocupada de Gabriel desapareció y con aire indiferente replicó:

–Me han dicho que no tengo corazón, y ciertamente no corro peligro de perderlo en el futuro próximo. –Esquivando continuar la conversación acerca de ese tema especialmente delicado, Gabriel preguntó bruscamente:– Las prendas que os pedí… ¿están prontas?

Suzette lo miró con evidente desconcierto.

–*Oui, monsieur,* ¡las tengo! Pero, ¿por qué esas ropas tan sórdidas? Siempre fue placentero vestir a vuestras mujeres, ¡pero esas prendas! ¡*Mon Dieu!* ¡Son apropiadas sólo para una criada!

Con una expresión dura en la cara, Gabriel se limitó a contestar:

–Exactamente. Ahora, si podemos arreglar la cuenta... Con un encogimiento de hombros muy gálico, Suzette se volvió y llamó a alguien que estaba en un cuarto contiguo. Pocos momentos más tarde Gabriel salió de la tienda con un paquete bajo el brazo. Montó su caballo y guió al brioso animal en dirección al puerto.

Poco más tarde, después de dejar al animal en los establo» que utilizaba cuando se encontraba en Port Royal, Gabriel regresó de prisa *al Ángel Negro.* Al ver a uno de sus hombres sobresaliendo cerca de la baranda, llamó:

–¡Goodwin! Convine que mi carruaje venga a buscarme al puerto. Cuando llegue, infórmame. Estaré en la sala.

Goodwin asintió y Gabriel se dirigió a sus habitaciones, el paquete de la modista todavía firmemente sostenido bajo el brazo. Cuando se acercó al lugar que buscaba, tuvo conciencia de una extraña mezcla de renuencia y expectativa y se preguntó cómo María tomaría los "regalos" que había comprado especialmente para ella.

Esta miraba por las ventanas de la sala las aguas azules del lago cuando entró Gabriel y sus pensamientos seguramente se hallaban muy lejos, porque cuando él cerró la puerta la joven se sobresaltó y se volvió, con evidente desconcierto. Durante varios segundos los dos se miraron a través de la distancia que los separaba y la tensión se acentuó lentamente en los límites del cuarto, a medida que el silencio se prolongaba.

Con expresión sardónica Gabriel dijo:

–Señora, vuestro nuevo guardarropa. He decidido que no os obligaré a faltar a vuestros elevados principios imponiendo el uso de elegantes prendas robadas. –Con voz saturada de sarcasmo, agregó:– Confío en que esta vestimenta os complacerá y permitirá que vuestra delicada conciencia descanse, porque fue adquirida con buen dinero inglés.

Para calmar el sobresalto que había sufrido su corazón al ver a Gabriel, María clavó los ojos en el inocente paquete que descansaba sobre la mesa, dispuesta a afrontar el desafío que significaba el sarcástico acento de Gabriel; elevó los ojos hacia él y replicó con voz muy dulce:
|

–Buen dinero inglés, ¡sin duda ganado mediante el sufrimiento de muchos españoles inocentes!

Con una expresión sombría y cólera chispeando en loa ojos verdes, él atravesó en un instante la habitación y su mano se cerr6,| brutal, sobre el brazo de María.

–¡Españoles inocentes! –casi escupió las palabras–. ¿Quieres que te explique algunas cosas de tus inocentes españoles? No necesitamos mencionar lo que tu hermano me hizo y lo que hizo a mi gente, pero, ¿debo hablarte de Jenkins? Jenkins, que vio a su hermano y su padre morir en las

llamas a raíz de un Auto de Fe en Madrid, sencillamente porque eran protestantes ingleses que tuvieron la desgracia de viajar en un mercante interceptado por tus compatriotas. ¿Debo mostrarte las cicatrices que tiene Jenkins en el cuerpo, recordatorios permanentes del tierno tratamiento que recibió a manos de la Inquisición? Y ahí está mi segundo oficial, Thomas Cleaver, que vio a toda su familia masacrada por un grupo de españoles asesinos que atacaron el asentamiento donde él vivía, en Saint Kitts, destriparon a la esposa frente a sus propios ojos, y asaron a su pequeña hija. ¡Nunca más –rugió– vuelvas a hablarme de los españoles inocentes!

María estaba horrorizada y asqueada por la cólera de Gabriel, pero nada podía decir para refutar sus palabras. Aunque no tenía conocimiento personal, fuera de lo que había sucedido con el *Raven* y sus ocupantes, de las atrocidades que 61 mencionaba, no dudaba de que todo lo que él había relatado era cierto, y por lo tanto experimentaba un sentimiento de desesperación y vergüenza.

Un fuerte golpe en la puerta quebró el silencio amenazador que se había formado y con los fríos ojos verdes clavados en ella, Gabriel gritó impaciente:

–¡Sí! ¿Qué hay?

–El carruaje está aquí, capitán, y ordené que le preparen el bote.

Gabriel se volvió hacia la joven y le dijo con voz dura:

–Temo que tendrás que esperar para probarte las nuevas ropas. –Una sonrisa burlona curvó sus labios.– Unas pocas horas más vistiendo sedas y encajes robados no hará demasiado daño a tus refinados escrúpulos.

Cuando terminó de hablar, extendió la mano sobre la mesa y recogió el paquete que había depositado allí apenas unos minutos antes. Con la otra mano sujetando de nuevo el brazo de María, dijo burlonamente:

–Vamos, señora, ¡el carruaje nos espera! De grado o por fuerza, ella tuvo que caminar hacia la puerta. Cuando él se detuvo para abrirla, María dijo sin aliento:

–¿Adonde vamos?

El la miró y la sonrisa cargada de irritante burla de nuevo curvó su boca bien formada.

–Veo que tendré que enseñarte la actitud que corresponde a una esclava. Y la primera lección es: nunca preguntes... ¡y lamente, nunca te quejes!

Los ojos azules de María centellearon irritados y expíe

–Perdonadme, bondadoso amo... ¡no he sido esclava mucho tiempo!

–Es cierto, y esta vez te perdonaré e incluso me dignare revelarte nuestro destino. Vamos al Don Real, mi plantación, nuevo... ¡ya que no hogar, por lo menos residencia de esclavos!

20

El viaje de varias horas al Don Real file uno de los momentos más incómodos, desagradables y tensos que vivió María en el curso de su existencia.

Uno de los bucaneros sostenía las riendas del par de briosos bayos y Gabriel viajaba con ella en el sólido carruaje, de modo que María no dispuso de un momento a solas para recobrar la compostura, ni de tiempo para contemplar serenamente su futuro. Durante el viaje Gabriel estuvo sentado como al descuido frente a ella, el largo cuerpo balanceándose descansadamente con el traqueteo y los saltos del vehículo, los ojos entrecerrados, de modo que su mismo silencio y la actitud de aparente indiferencia ante la presencia de María era casi tan irritante como hubiera podido ser un comportamiento francamente agresivo.

El estado del camino no permitía apreciar bien la belleza tropical que se manifestaba por doquier y los saltos y rebotes constantes del carruaje la sacudían de tal modo que ella estaba segura de que se le habían dislocado todos los huesos del cuerpo.

La presencia cavilosa de Gabriel no mejoraba las cosas y él, más que los accidentes del camino y el calor húmedo, era la causa de la principal incomodidad de María. ¡Si por lo menos, pensaba la joven medio irritada y medio aprensiva, dijera algo! En ese momento ella habría acogido con cierto placer un par de sus comentarios furiosos y acres; todo habría sido mejor que esa actitud silenciosa, casi amenazadora, esa tensión que se acentuaba en el interior del carruaje con cada kilómetro recorrido.

Le costaba esfuerzo apartar los ojos de la forma alargada, evitar cuidadosamente siquiera fuese, mirar en esa dirección. Y fue un desvelo todavía mayor, a medida que pasaban las horas, mantener una expresión serena e inmutable, no permitir que advirtiese la desordenada turbulencia que se manifestaba en su pecho y fingir que este viaje era nada más que una excursión agradable a través de la selva virgen. Pero especialmente desagradable era recordar que iba camino de un lugar de servidumbre; que cuando llegaran estaría entre extraños, personas que la mirarían como poco más que un trofeo de guerra, una esclava llevada a la casa por el señor.

Un leve suspiro brotó de sus labios, formulando el deseo, y no por primera vez, de que Pilar estuviese con ella. Las cosas no parecían tan graves cuando contaba con la compañía de su amiga. Pero ahora estaba completamente sola con Gabriel Lancaster, y comprobaba que la conciencia de este hecho era en efecto inquietante.

Por supuesto, Pilar no habría de desaparecer totalmente de su vida; viviría, como lo comentaron la víspera, a sólo quince kilómetros por el camino que llevaba del Don Real a la plantación de Zeus, llamada *Havre du Mer.* María esbozó una pequeña mueca. Pero eso de ningún modo era lo mismo que vivir en una misma casa, como los últimos años.

Había sufrido mucho al despedirse de su amiga y tanto ella como Pilar estuvieron al borde del llanto cuando se aproximó el momento de la partida de la mujer mayor.

–Paloma –había dicho Pilar, muy deprimida– no me agrada abandonarte de este modo, pero no tengo alternativa. Debo ir con mi esposo a su casa y

en todo caso podemos sentirnos agradecidas porque está a muy poca distancia del lugar en que tú vivirás. –Con los hermosos ojos oscuros muy inquietos, agregó:– ¿No intentarás | irritar al señor Lancaster? Sé que tu situación no es fácil, pero es • mucho mejor que lo que cualquiera de nosotras podría haber su–1 puesto el día en que los bucaneros atacaron Portobelo.

–No te preocupes por mí –murmuró con voz firme María– , sobreviviré... en cambio, tú me preocupas... ¿Estás segura de que te sientes en condiciones de viajar a *Havre du Mer?* Por lo que veo, i aún estás muy pálida... y esta mañana vomitaste de nuevo el desayuno –fueron sus últimas e inquietas palabras.

Pilar esbozó una sonrisa descolorida.

–Estoy muy bien, muchacha. Creo que fue la comida un tanto extraña que ingerí estas últimas semanas en el mar. Estoy segura de que una vez instalada *en Havre du Mer* recuperaré muy pronto el apetito y desaparecerán estas náuseas desagradables que me atacaron estas últimas semanas.

Felizmente, la lucha que se libraba en su interior para evitar el llanto impidió que su mente se detuviese en temas aun menos gratos y durante un rato incluso consiguió olvidar qué desagradable era ese calor húmedo y ese viaje que le sacudía todos los huesos. Y cuando ya había llegado a reconciliarse con su propio sufrimiento motivado por la separación de Pilar, de pronto advirtió que el paisaje estaba cambiando.

Habían avanzado constantemente hacia el interior de la isla y la altura se fue elevando gradualmente a medida que se acercaban a la cadena de montañas verdes que se divisaba a lo lejos; y ella advirtió que la atmósfera era menos húmeda y el calor parecía más soportable. Las papayas y los bananos ya no eran tan frecuentes, y dominaban el terreno las maderas duras y las lianas; había cascadas y heléchos bordeando estanques de agua azul que aparecían imprevistamente entre esas montañas de la selva lluviosa. María se dijo con ánimo más levantado que el paisaje era en realidad muy bello.

La propiedad Don Real estaba entre las montañas; luego que pasaron una colina y la tierra se abrió bruscamente ante ellos, revelando un verde valle ocupado por hectáreas y más hectáreas de altas y ondulantes cañas de azúcar verdes, María contuvo la respiración, porque se sentía muy complacida. Eso le recordaba mucho a su propio hogar. A pesar de sus deseos en contrario, un sentimiento de expectativa la inundó. Y ella misma comprobó asombrada que ansiaba llegar a destino.

Olvidando los episodios que la llevaron allí, se volvió de pronto para mirar a Gabriel y con los ojos chispeantes de excitación lo desconcertó con su pregunta:

–¿Esta hermosa propiedad es toda tuya? ¿Aquí es donde viviremos? ¿Puede vérsela desde aquí?

Hubo un silencio sobresaltado pero enseguida, enderezándose, con un atisbo de placer en los ojos verdes, él dijo con voz cálida:

–Sí, esas hectáreas que allí ves me pertenecen. Todo el valle, de una cumbre a la otra es tierra Lancaster. Y sí, allí puedes ver la casa. –

Inclinándose hacia la ventanilla, Gabriel señaló y murmuró:– ¿Ves? Allí sobre esa colina, dominando el valle, está el Don Real.

Su orgullo era evidente y por el modo como contemplaba el fecundo valle y las colinas de verdes bosques, era inocultable que también 61 profesaba mucho amor a la tierra. Y María pensó: Qué distinto de Diego, para quien la tierra era sólo un medio que le permitía ganar dinero; en cambio Gabriel...

Irritada consigo misma porque le atribuía una virtud que él probablemente no poseía, con cierta contrariedad recordó que Gabriel no necesitaba oro; sobre todo, si había ricos galeones españoles a los que podía saquear, y ciudades indefensas como Portobelo, en las cuales entrar a sangre y fuego. Su placer inicial se disipó y con expresión belicosa preguntó:

–¿Y cuántos buenos barcos españoles tuviste que destruir para conseguir esta plantación? ¿Cuántos españoles tuvieron que morir para que fueras rico?

Gabriel adoptó una expresión dura y sus ojos verdes la miraron fríamente. Con cólera mal controlada, gruñó:

–La tierra fue un regalo, una concesión real del rey de Inglaterra. ¡En cuanto a la riqueza: tenía suficiente, más que suficiente, hasta que tu hermano me despojó no sólo de la riqueza, sino de mi esposa, mi hermana y mi libertad! Y si recuperé mi fortuna robada saqueando a los que la robaron, no veo que esté mal ni que deba avergonzarme de ello. ¡Ciertamente, ningún cofre de oro español puede reparar el daño que me infligió la pérdida de mi familia!

Completamente derrotada e incapaz de hallar una respuesta eficaz, María contuvo la lengua y en un silencio pétreo e irritado, salieron de la huella principal que habían estado recorriendo para entrar a otra más pequeña pero mucho mejor conservada. Rodeaba los campos cubiertos de caña de azúcar, hasta que poco a poco el camino comenzaba de nuevo a elevarse en dirección a las montañas. A pesar de sí misma, y sin hacer caso de los sentimientos contradictorios que se disputaban su corazón, María esperó impaciente su primera visión de Don Real.

El carruaje tomó una curva y de pronto apareció la casa. Estaba situada en el lugar más alto y dominaba la plantación, que se extendía abajo; no había otras construcciones en las cercanías y tal como era costumbre, los terrenos habían sido despejados hasta la distancia de un tiro de mosquete. Para María, más familiarizada con las amplias y elegantes haciendas de la Española, la primera visión del Don Real fue decepcionante;

La casa se asemejaba más a una fortaleza medieval que a la residencia de un acaudalado y aristocrático caballero.

Un sendero circular terminaba frente a la casa y cuando se| acercaron a ella vio signos de que alguien trató de suavizar el áspero exterior: varios rosales crecían cerca de una esquina de la residencia y una buganvilla roja desplegaba sus encantos alrededor de los pilares de piedra del ancho pórtico, que emergía del centro de la imponente estructura. Mientras el carruaje se acercaba para detenerse finalmente cerca de la ancha escalinata del pórtico, María pensó complacida que la casa tenía cierta atmósfera de elegante intemporalidad, pese a su apariencia de fortaleza.

Con voz dura, casi defensiva, Gabriel murmuró:

–Quizá no posea la descansada belleza de la Casa de La Paloma, porque fue construida sin prestar mucha atención a las necesidades de una mujer; fue necesario darle solidez suficiente para soportar un ataque; de los españoles o de los esclavos rebeldes. El Don Real está en la frontera de Jamaica y salvo la presencia de Zeus y Pilar, no tenemos vecinos en muchos kilómetros a la redonda.

Mirándolo con ojos luminosos, María dijo con voz suave:

–¡Pero inglés! ¡Es hermosa!

Después, recordó la situación que había entre ellos y renuente a formular un cumplido más a su perverso aprehensor, cerró decididamente la boca.

Así como su anterior y sincero comentario acerca de la belleza de la tierra lo había desconcertado, sucedió lo mismo ahora con este cumplido y Gabriel sintió que la reacción de María lo complacía desmedidamente. ¡No era, recordó frunciendo el entrecejo, que importase lo que ella pensaba! ¡Después de todo, no la trajo aquí para que fuese feliz!

Pero había un extraño sentido de armonía entre ellos cuando ascendieron los peldaños y se prepararon para entrar a la casa. La actitud de Gabriel con ella era casi solícita; su mano le sostenía cálidamente el codo y su cabeza de cabellos negros se inclinaba hacia ella, mientras mencionaba de pasada que llegaría el momento, cuando Jamaica estuviese más asentada, en que plantarían árboles y arbustos más cerca de la casa para suavizar su sombría soledad. María tuvo la extraña impresión de que, contra su voluntad, a Gabriel le importaba la reacción que ella mostraría frente a la residencia y de que por cierta razón inexplicable, él deseaba que en verdad María sintiese placer allí; y desalentada, descubrió que también ella reaccionaba frente a esa conducta, de pronto mucho más amable.

Un par de enormes puertas dobles se abrieron apenas ellos se aproximaron y un hombrecito pulcramente ataviado con una librea negra y blanca, estaba allí de pie, y sus alegres ojos azules desbordaban complacencia y simpatía.

–Señor –exclamó feliz– ¡es maravilloso que estéis de nuevo en casa! La señora Satterleigh está atareada en la cocina preparando una excelente comida: cordero con salsa y arroz con azafrán, y también preparó una tarta de grosellas, porque sabe que es vuestro postre favorito.

Gabriel sonrió cálidamente.

–También yo me alegro de verte, Satterleigh. Cuando estoy en el mar deseo nada más que estar aquí y a menudo pienso, te lo aseguro, en los sabrosos platos que prepara tu esposa. ¡Pero abrigo la esperanza de que, como ahora he renunciado a mis trabajos en el mar, vosotros dos no os aburriréis con mi presencia permanente!

María dirigió a Gabriel una mirada dura y en sus labios había un interrogante, pero el comentario indignado de Satterleigh no le dio oportunidad de hablar,

–¡Aburrido! –exclamó el hombrecito–, ¡Señor, es aburrido sin vos!

Gabriel sonrió y murmuró:

–Realmente, tuve mucha suerte el día en que vos, la señora Satterleigh y Richard aceptaron venir conmigo al Don Real. Irguiéndose orgulloso, Satterleigh replicó:

–Los Satterleigh siempre han servido a los Lancaster. Moviendo la cabeza, Gabriel asintió y dijo:

–Así ha sido siempre. —Mirando alrededor preguntó:

–Pero, ¿dónde está Richard? Pensé que estaría en la casa, para recibirme.

–¡Y así debería ser, señor! Pero una de las yeguas está pariendo y parece que hay dificultades... volverá a la casa apenas haya terminado todo.

Durante la conversación, Satterleigh había dirigido rápidas miradas de extrañeza en dirección a María y al fin, incapaz de continuar dominando su curiosidad, preguntó:

–¿Y esta es la joven de quien escribisteis en la nota que recibimos?

Parte de la actitud desembarazada de Gabriel se disipó, y con voz neutra dijo:

–Sí, esta es María Delgado. Está aquí en calidad de... bien, es mi esclava.

Satterleigh era un hombre de mediana edad; él y su familia habían soportado las privaciones de la familia Lancaster a la que acompañaron con la corte del joven Carlos II en sus viajes por Europa durante el exilio del monarca, y los Satterleigh viajaron con Gabriel y el padre de éste en la primera visita a Jamaica. Cuando sir William y Gabriel partieron en ese fatídico viaje a Inglaterra, durante el cual aquel pereció a manos de don Pedro Delgado, Satterleigh, su esposa Nellie y el hijo de ambos, Richard, quedaron en Jamaica, atendiendo los intereses de los Lancaster. Eran servidores fieles –generaciones de Satterleigh habían servido a generaciones de Lancaster– y era poco lo que cada familia ignoraba acerca de la otra; pero al oír las palabras de Gabriel, Satterleigh pareció asombrado:

–¡Vuestra esclava! –exclamó escandalizado; incluso con el movimiento de los espesos y largos cabellos blancos que le llegaban hasta los hombros, pareció expresar la ofensa originada en esa idea.

–¿Esta hermosa joven es vuestra esclava? Gabriel contestó secamente:

–Por si no lo recuerdas, esta hermosa joven es una Delgado, la hija de Don Pedro. –Con los dedos se tocó la fina cicatriz que marcaba su pómulo.– Y no te engañes con su frágil apariencia... es muy capaz de defenderse sola, como lo demuestra esta cicatriz.

–¡Bien! –exclamó derechamente Satterleigh–. ¡Señor, es posible que lo que decís sea cierto, pero no me parece que podáis atribuir a esta joven la culpa de algo que hizo su padre! Y con respecto a la cicatriz –los ojos azules parpadearon– me perdonaréis, señor, por decirlo, ¡pero probablemente la habéis merecido!

Encantada ante la aparición de este inesperado protector, María le dirigió una tímida sonrisa, y en sus ojos como zafiros relucía la gratitud. Satterleigh le retribuyó con intereses la sonrisa, y dijo con voz firme:

–Seguramente está agotada por el viaje desde Port Royal. Le mostraré el dormitorio rosa y después, señor, atenderé inmediatamente vuestras necesidades.

Gabriel frunció sombríamente el entrecejo y desagradado ante la reacción de su servidor de mayor confianza frente a la llegada de María, dijo de pronto:

–¡No es mi huésped! Se la tratará como a una de las mujeres que trabajan en el campo. Llévala con Nell; puede ayudar en la preparación de mi comida.

Atacado por un súbito acceso de sordera, Satterleigh sonrió de nuevo a María y murmuró:

–Venid conmigo, joven. Os sentiréis mucho mejor después de haber descansado y de haberos refrescado.

Impotente, Gabriel miraba mientras Satterleigh guiaba respetuosamente a María, sin saber muy bien si sentirse complacido profundamente con la situación o irritarse ante el desparpajo con que habían usurpado su autoridad. También estaba la desagradable conciencia de que le sería sumamente difícil tratar y conseguir que tratasen a María como a una esclava. Una áspera sonrisa se dibujó en sus labios bien formados. Reconoció con pesar y regocijo al mismo tiempo, que era muy probable que María se convirtiera en la esclava más mimada que había vivido nunca en la isla de Jamaica: sobre todo la actitud de Satterleigh era un indicio del modo en que tratarían a la joven otros habitantes de la isla. Meneando la cabeza ante el dilema que ella representaba, Gabriel siguió de mala gana a los otros dos. Reanimada por la bondadosa actitud de Satterleigh, con el espíritu mucho más optimista, María adaptó sus pasos al andar mucho más sereno del hombre mayor mientras los dos atravesaban lentamente el gran salón y sin mucha prisa se internaban en la casa. La joven miró con curiosidad alrededor, ansiosa y excitada porque deseaba ver qué tipo de casa había levantado Gabriel en medio de la selva tropical de Jamaica.

Por lo que ella podía apreciar, la casa no tenía muchas habitaciones, pero cada una exhibía proporciones impresionantes y todas tenían techos maravillosamente altos; las vigas macizas de cedro eran muy gratas a la vista. Y tabiques de caoba dividían la casa en diferentes ambientes. Se habían colgado de las paredes tapices de distintos colores, que acentuaban la sensación de calidez y color. Las alfombras orientales, elegantes y de complicados dibujos, adornaban las amplias extensiones de pisos de lujosa caoba;

y aquí y allá se veían colgados brazos de hierro, en todos los cuales había gruesas velas de color marfil. Después de atravesar una puerta en arco vio una habitación amueblada con una mesa oscura de complicada talla y sillas tapizadas con fino cuero español, todas lujosamente adornadas con aplicaciones de bronce. Un magnífico candelabro de plata adornaba la superficie muy lustrada de la larga mesa.

Cuando atravesaron la espaciosa habitación principal de la casa, la joven observó admirada los cómodos divanes y sillas tapizados con ricas telas. Se había colocado un gabinete de delicada marquetería cerca de una

de las estrechas ventanas y sobre el macizo hogar de piedra que dominaba el fondo de la habitación colgaba un gran cuadro con marco de oro que representaba a un hombre y una mujer. María habría deseado examinar más de cerca la habitación y el cuadro pero Satterleigh la apremió a pasar por una puerta y ascender una amplia escalera de madera de sándalo que llevaba al piso alto.

Al final de la escalera, se encontró en el extremo de un espacioso salón, sobre el cual se abrían varias puertas con los cerrojos y los goznes de plata. Sonriendo amablemente, Satterleigh se detuvo frente a una puerta, cerca del centro de la sala, y abriéndola por completo dijo amablemente:

–Señorita, estoy seguro de que todo os parecerá agradable. Ahora me retiraré y diré a la señora Satterleigh que le prepare una bandeja de refrescos: ¿un poco de fruta y quizá una limonada?

María le dirigió una sonrisa radiante y replicó:

–i0h, sí! Eso me agradaría mucho... señor Satterleigh, habéis sido muy bondadoso conmigo.

Satterleigh irguió orgullosamente su cuerpo menudo y delgado, e hizo una profunda reverencia.

–¡Señorita, ha sido un placer para mí! Ojalá que vuestra estada en el Don Real sea muy placentera.

Al escuchar esa parte de la conversación mientras se aproximaba, Gabriel esbozó una mueca y pensó con acritud que Satterleigh en realidad estaba demostrándose excesivamente encantador y considerado, en vista de las circunstancias. Pero después recordó que tampoco él había podido someter firmemente a María e imponerle la posición servil y despreciable de una enemiga capturada y al llegar a este punto emitió un suspiro. ¿Por qué en abstracto la venganza parecía tan dulce, tan satisfactoria, y en cambio la realidad se manifestaba tan insatisfactoria? O mejor todavía: ¿Por qué a él le parecía tan terriblemente difícil dispensar el mismo tipo de castigos y degradaciones que habían sido su pan cotidiano bajo la férula de Diego?

Su entrecejo se ensombreció y una punzada de culpabilidad le atravesó las entrañas. Su esposa había muerto a manos del hermano de María y en su mente poca duda había de que su hermana fue deshonrada y pereció a manos de un español brutal: uno de los españoles inocentes mencionados por María. Un odio ciego lo dominó, pasó al lado de Satterleigh y rezongó:

–Ella no necesitará nada. La.enviaré a la cocina en unos minutos.

Pareció que Satterleigh se disponía a sufrir de nuevo una oportuna sordera, pero una mirada a la cara de Gabriel lo convenció de que en esta cuestión era mejor que él recordase quién representaba el papel del amo y quién era el criado. Un poco deprimido y turbado, Satterleigh descendió la escalera de madera de sándalo. Pensó oscuramente: ¿Qué actitud adoptará frente a todo esto la señora Satterleigh?

Sin advertir que Gabriel estaba a pocos pasos de distancia, María entró en la habitación señalada por Satterleigh, y con una mirada apreciativa tomó nota de todo e inmediatamente se sintió encantada con lo que veía. La habitación era muy espaciosa y estaba bien aireada. Había una cama de bellos perfiles: columnas altas, delicadamente talladas en los cuatro

rincones, sostenían el dosel de seda rosa pálido y el resto de la cama estaba completamente envuelto en pliegues de gasa que cumplían la función de mosquitero. A través de la tela ella pudo adivinar el color del cubrecama de satén rosa sobre el colchón y con cierta ansia se preguntó si Gabriel le permitiría dormir allí. Era posible que Satterleigh hubiese frustrado momentáneamente los planes que Gabriel reservaba a María, pero ella no dudaba ni por un instante de que él no permitiría que lo desviasen del curso que había elegido. Y por una serie de razones, ella estaba muy segura de que tratarla como una huésped de honor en su hogar no era lo que él tenía en mente.

Con un suspiro de desaliento, paseó de nuevo brevemente la mirada por los rincones de la habitación. Le habría agradado usar este cuarto tan maravillosamente femenino, tan atractivo; ella sabía instintivamente que los muebles y los adornos fueron planeados especialmente para determinada persona. ¡Podría apostar su vida misma de que tantos cuidados no estaban destinados a complacerla! Casi de un modo reverente tocó el brazo del diván, le agradó el tacto suave del terciopelo bajo los dedos; tampoco ahora advirtió la presencia de Gabriel, que estaba detrás.

Desde el lugar que ocupaba, apoyado con negligencia en el marco de la puerta, Gabriel la observó un segundo antes de preguntar en un tono extrañamente distante:

–¿Te parece atractiva esta habitación?

María se sobresaltó ante el sonido de su voz tan cercana y se volvió bruscamente; el corazón le latió con fuerza ante el espectáculo inesperado del cuerpo alargado que ocupaba el hueco | de la puerta; en una de sus manos, Gabriel sostenía el paquete que | había llevado horas antes *al Ángel Negro.* Tratando de demostrar indiferencia a pesar del estremecimiento de tensión que de pronto le recorrió desagradablemente la columna vertebral, ella se atuvo a la verdad.

–Es una hermosa habitación. Mucho más espaciosa que lo que yo pensé que podría encontrar aquí.

El labio superior de Gabriel se curvó en un gesto burlón.

–¿Por qué? ¿Sólo los españoles saben apreciar las cosas hermosas?

Una breve oleada de irritación la recorrió, pero decidida a esquivar la carnada, dijo con voz neutra:

–Tú mismo me dijiste que el Don Real está sobre la frontera –estoy segura de que pocos lugares en esta jungla tienen cosas tan hermosas– o que pocos bucaneros, quizá ninguno, viven en una residencia tan impresionante.

–Quizá, pero es así sólo porque gastan todo su dinero en ron y mujeres y nunca piensan en el futuro –rezongó él con acento indiferente.

–Pero, ¿tú piensas en el futuro?

Durante un momento pareció que él no le contestaría, pero después se encogió de hombros, se apartó del marco de la puerta y respondió de mala gana:

–No, yo no pensaba en el futuro: al construir el Don Real, amueblar la casa y trabajar la tierra actué sobre todo para mantener vivo el sueño concebido por mi padre en relación con este lugar. Creía que lo debía a su memoria, que era su legado, destinado a mí mismo... y a Caroline.

María frunció el entrecejo y preguntó vacilante:

–Pero, ¿y tus propios sueños, tu propio futuro? Gabriel rió sin alegría, en los ojos verdes una expresión dura.

–¿Mis sueños? ¡Mis sueños murieron el día que el *Santo Cristo* destruyó *al Raven!* –Un espasmo de dolor se manifestó en el hermoso rostro, y con voz dura preguntó:– ¿Sabías que mi esposa debía darme un hijo? ¿Que con ella murieron mis herederos, mi esperanza para el futuro?

Impresionada, María lo miró, y percibió en el fondo de sí misma el aguijón del dolor al comprender que antes él había amado a otra mujer y que ella se preparaba para tener ese hijo. Pero su principal sentimiento fue de compasión por él, había perdido tanto ese día... y por lo demás, sin necesidad.

Gabriel identificó instantáneamente la compasión en la mirada de María, pero no adivinó los restantes sentimientos y su cuerpo se le endureció de furia. Con una sorda amenaza en la voz, gruñó fieramente:

–¡Es posible que yo necesite o desee muchas cosas en esta vida, pero una de ellas no es la compasión de gente como tú!

La aferró del brazo y la retiró de la habitación, mientras decía brutalmente:

–i Y no permitiré que ensucies la habitación que preparé para mi hermana, si alguna vez llego a tener la suerte de hallarla! ¡Por las llagas de Cristo, eres esclava, y ciertamente serás tratada como tal!

21

Los pies de María apenas tocaron el piso mientras Gabriel descendía encolerizado por el corredor. El se detuvo bruscamente a dos puertas de la habitación rosa, frente a un conjunto de puertas dobles, y después de abrirlas con violencia la obligó a entrar, delante de él. María alcanzó a ver una habitación de atmósfera muy masculina, de macizos muebles de caoba de colores rojo oscuro y esmeralda y supuso que ese debía ser el dormitorio de Gabriel. No hubo tiempo para más impresiones, porque aterrándola nuevamente del brazo él la obligó a atravesar de prisa la longitud del enorme cuarto, para acercarse a una puertita que se abría en una pared. Con un movimiento violento la abrió y con un empujón igualmente brusco obligó a María a entrar.

Esta se encontró en un ambiente absolutamente oscuro, atenuado sólo por la luz que venía de la habitación que estaba detrás. Una sensación de sofoco la dominó al darse cuenta que no había ventanas, luz alguna en esa cámara pequeña, oscura y sin aire. Era mucho peor que la bodega del *Santo*

Cristo; y María se dijo con temor cada vez más intenso ¡que era como estar encerrada en una tumba! Al advertir que él se proponía encerrarla en ese cuartito, sin luz y con escaso aire, los nervios de María ya no pudieron soportar más, un terror irracional la dominó, y retrocedió desesperada.

El pecho de Gabriel la interceptó, y sus manos se cerraron con fuerza sobre los finos hombros.

–¿No te agrada tu nueva habitación, tierna víbora? Estoy seguro de que la encontrarás mucho más cómoda que el pozo infernal donde tu encantador hermano me dejó tanto tiempo; y por lo menos yo no me propongo privarte de alimento y agua; tampoco estarás aquí indefinidamente... sólo el tiempo suficiente para que los habitantes de la casa comprendan claramente cuál es tu situación.

Comenzó a empujarla hacia el interior de ese pozo de sombras, pero María se resistió furiosamente, sus talones se deslizaban sobre el piso y su cuerpo se retorcía entre las manos de Gabriel. Luchó como una tigresa acorralada y al tomarlo por sorpresa con sus movimientos frenéticos, consiguió desprenderse de las manos del inglés. Se volvió para mirarlo: el terror que experimentaba era evidente en sus grandes ojos azules. Jadeante, por primera vez desde que se habían conocido, ella le rogó.

–Inglés –pidió– ¡no me hagas esto! ¡Golpéame si lo deseas, pero por favor no me encierres en ese ataúd! ¡No podría soportarlo!

Conmovido por el evidente temor de María e irritado porque simpatizaba con ella, la miró fijo y sus gruesas cejas se unieron cuando frunció el entrecejo. Sentía furiosa conciencia de la necesidad de abrir los brazos y apretarla contra su pecho, de calmar ese terror, de decirle que nada tenía que temer, pero rechazaba ese sentimiento con obstinación. ¡No se dejaría seducir por un par de bellos ojos azules! Y sin embargo, no deseaba Comportarse tan cruelmente al ver ese terror profundo, y disgustado consigo mismo, la retiró del cuartito y se dijo por lo bajo algo desagradable acerca de la posibilidad de que él mismo hubiese perdido el juicio. Para desahogar parte de la frustración contenida que le recomía las entrañas, cerró la puerta del cuartito con mucha más fuerza de la necesaria y mirando a la joven con sus ojos esmeralda decididamente hostiles, las manos en las delgadas caderas, preguntó con voz acida:

–Puesto que este lugar no cuenta con vuestra aprobación, señora, ¿dónde debo instalaros? ¿Imagino que en la sala rosa?

Aliviada–al comprender que él no insistía en su plan, parte de su temor se atenuó y acicateada por un impulso travieso, asintió apenas con la cabeza y dijo con voz fingida:

–Sí, señor, eso me agradaría mucho más.

Conteniendo severamente el súbito impulso de reír ante el descarado cambio de, María, Gabriel la miró, hostil, y curvó desdeñosamente el labio superior.

–¡Sin duda! –dijo finalmente, cuando tuvo la certeza de que

no se echaría a reír–. Pero creo que olvidas tu propia situación... eres una esclava, ¡y no estás aquí para hacer una visita de cortesía! Pese a la mirada y la expresión intimidatorias del inglés, María advirtió un minúsculo temblor en su mejilla y conjeturó con acierto que él no estaba tan enojado como deseaba hacer creer;

envalentonada por este conocimiento instintivo, dijo con más audacia:

–Pero, ¿por qué no, señor? Supongo que ha llegado el momento de que dejemos atrás el pasado... y que los Delgado y los Lancaster demuestren al mundo que pueden superar los agravios infligidos por sus antepasados.

Horrorizado y enfurecido, Gabriel comprobó que la idea le parecía sumamente atractiva y sólo apelando a toda su fuerza de voluntad pudo contener las palabras de coincidencia que amenazaban brotar de sus labios. Cerró la boca con un terrible esfuerzo y recordó con desagrado aquel día en la Española, en que ella hizo uso de su hermoso cuerpo para mantenerlo seducido hasta la llegada de Pérez. ¡Era una bruja! Aunque debía sentir por ella sólo desprecio y odio, la joven le provocaba sentimientos que él nunca había experimentado en relación con otra mujer. La deseaba cuando debía despreciarla y si bien no se mostraba amable con ella, por lo menos no la trataba con grosería cuando hubiera debido mostrarse cruel; y ahora, en lugar de aprovechar su posición de poder sobre ella y su capacidad de tratarla como se le antojase, descubría que lo único que ella necesitaba hacer era mirarlo con esos hermosos ojos de zafiro y él no atinaba a concebir un solo pensamiento racional.

María percibió el cambio de actitud del joven, ya que no el sesgo del asunto e insegura, lo miró. De pronto había en sus labios un gesto sensual y un cálido resplandor en sus ojos verdes y de pronto ella sintió que le faltaba el aliento. Vacilante, preguntó:

–¿Señor? ¿Qué deseas?

Casi como un hombre hipnotizado, los ojos de Gabriel se clavaron en la boca suave y roja de María; se quitó lentamente la chaqueta morada y sus dedos deshicieron perezosamente el cordel del cuello de la camisa blanca.

–¿Qué deseo? –preguntó con voz espesa–. Vaya, a ti te deseo, pequeña víbora, eso es lo que deseo... y ahora.

Un segundo después él se quitó la camisa y con el pecho desnudo la buscó. María se sintió impotente para resistir, exactamente como había previsto que sucedería. Con un breve gemido que era en parte placer y en parte negación, la boca de María encontró la de Gabriel y el deseo irreflexivo y embriagador la poseyó mientras la lengua de Gabriel se deslizaba hambrienta entre los dientes de la joven, buscando la calidez y la miel del interior de la boca. Sin quebrar el dulce contacto de sus labios sobre los de María, Gabriel alzó en brazos el cuerpo delgado y la llevó ciegamente hasta la cama, despostándola con suavidad sobre el cobertor de seda.

El resto de las ropas masculinas fue a reunirse desordenadamente con la camisa y la chaqueta, sobre el piso, y sus manos trataron inmediatamente de despojar a María del satén y los sostenes que cubrían su carne suave. Sus movimientos ya no eran lentos; había en él un febril apremio, como si hubiese esperado demasiado tiempo este momento, como si no pudiese

soportar que pasara ni un segundo más hasta el momento en que ella yaciera desnuda y dispuesta bajo su cuerpo.

La misma pasión avasalladora que dominaba a Gabriel abrasaba también a María, retribuyendo ansiosamente los besos cálidos y fieros del amante, sus manos recorrieron complacidas el cuerpo largo y musculoso, explorándolo tan desvergonzadamente como él lo hacía con el de la joven. En esos momentos colmados de pasión ella podía olvidar las dificultades que los esperaban con el retorno de la realidad y perderse en la maravilla de la posesión masculina. El había despertado al deseo el cuerpo de María, le había enseñado el placer que cada uno podía ofrecer al otro y ahora ansiaba desesperadamente renovar ese éxtasis; el amor que ella intentaba ocultar e ignorar la penetraba mientras la boca de Gabriel se aferraba hambrienta a la de ella.

Gabriel parecía un poseso; se hubiera dicho que todo lo que ella le daba no era bastante y su boca y sus manos se movían eróticamente sobre la carne suave, saboreando, jugueteando y excitando intensamente a ambos con sus movimientos. María era apenas menos audaz en sus toques y sus manos cálidas se cerraban sobre la virilidad túrgida de Gabriel y lo acariciaba tan tiernamente que él pensó que moriría del placer que ella le provocaba. Los dedos de Gabriel se deslizaron compulsivamente sobre los rizos suaves entre los muslos de María; encontraron el punto blando que él buscaba y suave, insistentemente, la elevó a la cumbre del éxtasis antes de permitir la fusión de los cuerpos.

Fue una unión signada por una tierna urgencia y las semanas de denegación los habían enloquecido a los dos de deseo; las caderas de María se elevaban eróticamente para salir al encuentro del duro empuje del cuerpo masculino. Gabriel era incapaz de controlar o contener la necesidad casi frenética de perderse en la profundidad cálida y sedosa del cuerpo femenino. Y cuando llegó la liberación, aportó a ambos un placer exquisito, y todo el cuerpo de María se sumergió en una sucesión de felicidad y Gabriel expresó con roncos gemidos su intensa satisfacción.

Se hizo el silencio en la habitación, pues ninguno de los dos parecía poder o desear que se quebrase la relación sensual que se había manifestado de un modo tan repentino. Con los cuerpos todavía enlazados, Gabriel se movió lentamente, hasta que yacieron uno al lado del otro, las caras separadas apenas por unos pocos centímetros.

El la miró con expresión de extrañeza y era difícil definir esa mirada de los ojos verdes. Con voz ronca preguntó:

–¿Por qué parece que dominas tan fácilmente mis pensamientos? Tu padre mató al mío; tu hermano destruyó brutalmente mi vida; los Delgado y los Lancaster han sido enemigos acerbos e inflexibles durante generaciones y sin embargo contigo, yo... Tú me arrebatas la virilidad. En lugar de vengarme, sólo tengo conciencia del placer que tu cuerpo ofrece al mío... Estoy avergonzado de lo que siento contigo... la sensualidad que despiertas en mí es una traición a todo lo que aprecio. Conviertes en una burla mi voto de venganza y por lo tanto contigo soy menos hombre.

Se interrumpió bruscamente, como si de pronto comprendiera hasta qué punto sus mismas palabras lo condenaban, un arma que involuntariamente ofrendaba a María.

Con un movimiento brusco y colérico, se apartó de ella y María casi gritó desesperada ante el cambio de actitud. Las palabras de Gabriel la habían colmado de alegría y sufrimiento: alegría porque él reconocía la existencia de cierto sentimiento inexplicable entre ellos, dolor porque eso a él le parecía vergonzoso, pena porque él podía reducir a mera sensualidad la relación entre ambos. Y sin embargo, se dijo María sordamente... para él, pero no para ella, jamás para ella, se dijo con firmeza.

Gabriel se vistió de prisa, dejando la hermosa chaqueta morada en el lugar en que la había puesto apenas unos momentos antes. Volvió los ojos hacia María, que se había sentado en la cama, cubriéndose hasta el pecho con el cobertor de seda roja, para ocultar su desnudez. La miró, y sus labios dibujaron una mueca. Con voz neutra reconoció:

–Debería mantenerte así... desnuda y en mi cama, pero me temo que los demonios que moran en mí no lo permitirían.

Otra vez las palabras descuidadas de Gabriel fueron motivo de placer y sufrimiento para María, pero irguiendo orgullosamente la cabeza ella preguntó con voz fría:

–Señor, ¿qué piensas hacer conmigo?

El suspiró, se frotó la nuca con la mano, sin apartar ni un momento los ojos del rostro de la muchacha, pensando, contra su propia voluntad, que jamás la había visto tan atractiva, pues el cobertor rojizo acentuaba el matiz crema de su delicada piel, y los largos cabellos negros como azabache se derramaban en desorden sobre sus hombros desnudos. Incluso ahora, cuando ya había saciado la pasión, el conocimiento de que ella estaba completamente desnuda bajo ese cobertor de seda, lo excitaba. Disgustado consigo mismo, se apartó de ella. Con voz tan fría como la de María, contestó:

–Vaya, nada... por el momento. En último análisis, aún eres mi esclava y no permitiré que eso cambie.

Disimulando el sufrimiento aun más intenso que provocaron las palabras de Gabriel, María endureció todavía más el cuerpo sobre la cama y decidida a mantener el terreno, a negarle todo lo que fuese una satisfacción, dijo con voz que apenas tembló:

–¡Ser tu esclava, señor, para mí es mucho más aceptable que ser tu prostituta!

El se volvió bruscamente y un resplandor hostil iluminó los ojos verdes.

–¡En ese caso, quizá –rezongó– no deberías practicar con tal habilidad las artes de la prostitución!

Se hizo un desagradable silencio y como si no deseara continuar ese diálogo estéril, él se inclinó y levantó el paquete que se le había caído de entre las manos cuando un rato antes tomó a María por los hombros y lo arrojó como al descuido sobre la cama, diciendo con voz seca:

–Señora, las prendas para que vistas como una criada. Ya no necesitarás usar sedas y encajes.

Con el mentón firmemente erguido, ella tomó el paquete y con gesto irritado lo abrió. Dos camisas de tosco algodón, tres corpiños y faldas negras de material barato, eran el contenido.

Con cara absolutamente inexpresiva, Gabriel agregó:

–Creo que la señora Satterleigh podrá suministrarte algunos delantales, pero me parece que lo que hay allí por el momento te mantendrá decentemente vestida.

Con voz que rezumaba desprecio, ella escupió:

–¿Cómo, señor, no hay enaguas ni corsés?

En el rostro moreno se dibujó una sonrisa sardónica.

–No necesitas ballenas ni corsés... y en cuanto a las enaguas, por desgracia las únicas que puedo ofrecerte son las que... en fin, las que fueron robadas de las encumbradas damas de Portobelo. Y por supuesto, todos sabemos que tu conciencia excesivamente delicada no puede aceptar esas prendas que son fruto del saqueo;

iy no importa si es posible que las enaguas hayan pertenecido inicialmente a una inglesa de buena cuna, que tuvo la desgracia de caer en manos españolas!

–¡Como tu hermana! –le arrojó ella a la cara, porque la cólera la indujo a mostrarse temeraria.

Gabriel endureció la mandíbula, sus ojos verdes la miraron con gesto glacial y con voz acida replicó:

–¡En efecto, como mi hermana! Recuerda su destino y el de mi esposa cuando creas que soy un amo demasiado cruel. Ahora, ¡vístete y fuera de mi vista antes de que olvide que nací caballero!

En los labios de María tembló una respuesta decididamente insensata, pero el intenso instinto de supervivencia pronto afirmó sus derechos y dirigiéndole una mirada insegura murmuró:

–Señor, ¿puedo tener un poco de intimidad para vestirme? El sonrió con perversidad y apoyándose en el marco de la puerta, se limitó a decir:

–No.

Los ojos azules ardiendo de cólera y que ella habría gozado clavándole un cuchillo era muy evidente por la expresión dura de los labios delicados. Con un sonido parecido al que podría haber emitido un gatito enojado, María le dio la espalda. En definitiva, usando la manta como protección y dándole la espalda, ella pudo vestir la camisa, un corpiño y una falda. Las mejillas enrojecidas a causa del esfuerzo así como de la humillación, María finalmente descendió de la cama, lo miró y la rebelión y el desagrado irradiaban de ella como presencias casi tangibles.

Con expresión sombría cruzó la habitación en dirección a la puerta, donde estaba Gabriel. Cuando estuvo a poca distancia y vio que él no se apartaba, le dirigió una mirada desdeñosa y dijo con altivez:

–Señor, me dijiste que me apartara de vuestra vista... y así lo haré, tan pronto me dejes libre el camino.

Gabriel no intentó moverse, permaneciendo en el mismo sitio, mirándola con el entrecejo levemente fruncido. Ella estaba vestida de un modo bastante apropiado y la sencilla camisa blanca sobresalía por el extremo superior y los costados del corpino negro sin mangas, según la moda de la época; la simple falda negra descendía virtuosamente hasta el piso. Estaba ataviada de un modo razonable, pero con sus lustrosos cabellos negros descendiendo en espléndidas ondas hacia la espalda y los hombros y la boca todavía roja y levemente hinchada a causa del acto de amor, había en ella algo muy terrenal y seductor. Parecía, se dijo Gabriel con irritada exasperación, una condenada y menuda puritana con sus prendas negras y blancas; ¡y para el caso una puritana sensual! Gabriel había comprado prendas feas y sórdidas para castigarla, para humillarla, para someter a esa muchacha que tan orgullosamente despreciaba las sedas y los encajes que él le había ofrecido, pero ahora descubría que no le agradaba verla en esas ropas tan simples, que era él quien se sentía humillado e incómodo de verla vestida así; y por lo tanto ahora arrugó todavía más el entrecejo. Vaya, ¿por qué debía preocuparle que ella se viese forzada a usar ropas que convenían sólo a una humilde criada? ¿No era ese precisamente su objetivo? ¿No estaba decidido a demostrarle que ella no era nada más que una sirvienta? ¿Que él era el amo y que las ropas que ella vestía, la comida que consumía, su vida misma, todo eso dependía de los caprichos de su señor?

Para empeorar todavía más las cosas, ni siquiera creía que pudiera soportar verla moviéndose de un extremo al otro del Don Real en el papel de criada: esos días a bordo del *Ángel Negro,* cuando él la forzó a servir su mesa, habían sido bastante desagradables, y Gabriel estaba seguro de que en su propia casa la situación no sería más fácil. La venganza, se dijo por centésima vez y con creciente amargura, no le aportaba la alegría que con sus juramentos y sus sueños se había prometido. En cambio, para mayor confusión y desaliento, siempre que él trataba de comportarse como juró que lo haría, descubría que algo profundo en el interior de sí mismo se rebelaba y que sus propios actos le parecían desagradables y repugnantes; y en todo caso, no le deparaban la más mínima alegría.

Pero incluso demorarse reflexionando en los agravios de la familia de María contra los Lancaster no calmaban su repulsión cada vez más intensa frente a la situación, y como un insistente dolor de muelas, una idea comenzó a repetirse constantemente en su espíritu; ella no había ofendido a los Lancaster. Su padre les infligió un grave daño al matar a sir William y su hermano había empeorado las cosas con el ataque *al Raven...* pero no podía imputarse la más mínima culpa a María. Era una víctima tanto como Elizabeth y Caroline. Sin embargo, siempre que esa inquietante e incómoda línea de pensamiento penetraba en su cerebro, la horrible imagen de la viga aplastando el cuerpo delgado de Elizabeth y la expresión aterrorizada de la juvenil Caroline cuando se la llevó ese español alto y de ojos grises al llegar a la Española, asaltaban su mente y entonces sentía de nuevo una sed ardiente de venganza contra los Delgado. Y no importaban las sensaciones que María le provocaba, no importaba cuan tiernamente el cuerpo de la joven se unía al suyo, tampoco qué sentimientos ella agitara en el propio Gabriel, recordaba que esa muchacha era una Delgado y que la sangre lo

obligaba a vengar la muerte de sus seres queridos. Gabriel se apartó a un costado y dijo con expresión hosca:

–Si vienes conmigo, te indicaré el camino hasta la cocina y te presentaré a la señora Satterleigh. –Y agregó misteriosamente:–Quizás ella tenga éxito donde yo fracasé y se ocupe de que tus manos estén atareadas.

Un poco tranquilizada porque al parecer él ya no mostraba un humor tan sombrío, María se aventuró a preguntar:

–¿Y mi habitación, señor? ¿Me dirás dónde debo dormir? –Incapaz de contenerse, volvió temerosa los ojos hacia el cuartito sin ventilación donde él había intentado encarcelarla un rato antes.– Te ruego que no me pongas allí.

Gabriel meneó la cabeza.

–No, dulce víbora, no dormirás allí. –Y con la esperanza de que la señora Satterleigh se formase una pésima opinión de María, pero más o menos resignado a que sucediera lo contrario, usó la salida del cobarde y dijo secamente:

–La señora Satterleigh te indicará lo que a su juicio es el lugar más conveniente.

Encontraron a la señora Satterleigh muy atareada en su inmaculada cocina. Tan redonda como el esposo era delgado, su escasa estatura y los rientes ojos de color almendra le conferían el aire de un duende alegre y regordete. Un prístino gorro blanco le cubría pulcramente la cabeza de cabellos grises y los esponjosos mechones que se escapaban a los costados, enmarcaban la cara de redondas mejillas pero no había nada de estiramiento en su boca sonriente; igual que su esposo, estaba vestida con esmero y sobriedad y al ver la sonrisa cálida y acogedora que la señora Satterleigh le dirigió cuando Gabriel las presentó, María se sintió inducida a creer que era tan amable como su marido.

Con un gesto sardónico en los labios, Gabriel observó el examen completo pero bondadoso que la señora Satterleigh hizo de María y no se sintió sorprendido en lo más mínimo cuando con un gesto imperioso lo apartó y dijo sin rodeos:

–¡Nosotros hablaremos después! Ahora, déjame ver a nuestra huésped. –Los ojos cargados de sabiduría recorrieron otra vez durante unos segundos a María, que sonreía tímidamente y después la señora pronunció su veredicto.– ¡Vaya, eres una cosita hermosa! Exactamente lo que yo habría deseado y si sois tan dulce como vuestra sonrisa, no me extraña que el señor Satterleigh se sintiera conmovido cuando me habló de vos. –Frunció el entrecejo.– Pero querida, esas ropas... ¡no sirven! –Una expresión de preocupación y simpatía se dibujó en sus rasgos regordetes y preguntó–: ¿Perdiste todas tus cosas?

María asintió sin hablar, los ojos muy grandes, porque no se sentía segura de lo que debía decir. No imaginaba que un criado de Diego tratase con tal desparpajo al amo de la casa y tampoco concebía la posibilidad de que Diego se limitase a sonreír y se instalase cómodamente en el rincón de la limpia mesa de caballetes y comenzara a masticar, feliz, una manzana después de verse sometido a ese tratamiento inaudito. Las relaciones de

Gabriel con sus criados eran una revelación y ella deseó apasionadamente, y no por primera vez, que su "visita" fuese algo muy distinto.

Con un destello burlón en sus ojos verdes, Gabriel respondió a la pregunta de la señora Satterleigh. Con aire inocente dijo:

–Le regalé varios vestidos y enaguas de alto precio y otros adornos, pero ella no los acepta de mis manos. Sucede –agregó secamente— que no me aprecia mucho.

Con una chispa combativa en los ojos y las manos sobre las amplias caderas, la señora se volvió hacia Gabriel.

–¡Y eso no me sorprende en lo más mínimo, joven! ¿Qué es esta tontería de que hay que tratarla como a una criada? ¡Todos pueden ver que es una dama de buena cuna!

Con fingida sumisión, Gabriel murmuró:

–Pero Nellie, me pareció que dijiste que necesitabas una ayudanta en la casa.

La señora Satterleigh respondió con un rezongo.

–Creo, gran tonto, que intencionadamente te las das de obtuso... cuando mencioné esa ayudanta estaba hablando, si no recuerdas bien, i de que era hora de que el Don Real tuviese una verdadera dueña de casa!

Con regocijo y una sonrisa zumbona en los labios, Gabriel respondió:

–Oh, si lo que deseas es que tenga una dueña de casa, de ningún modo me opongo a que María represente ese papel. –Miró a María, que estaba en el centro de la espaciosa cocina, y dijo con voz ronca:– En realidad, estoy seguro de que en ese papel me agradaría mucho más que–en otro cualquiera.

Pese a sus intentos de disimulo, los labios de la señora Satterleigh esbozaron una mueca de diversión ante las palabras provocadoras de Gabriel y respondió:

–¡Ya es suficiente de esa clase de charla en mi cocina! Creo que este último viaje por mar te ha turbado el seso. –Y mientras Gabriel tomaba otra manzana roja del cuenco depositado en el centro de la mesa, ella lo reprendió afectuosamente:– ¡Y deja en paz esas manzanas! Pasé todo el día preparando una comida sabrosa para ti, y no permitiré que la eches a perder devorando los ingredientes de la torta que he planeado para mañana. –Con cierta sequedad, la señora agregó:– ¿No deberías ir a los establos, con Richard? Después de todo, una hermosa yegua Cleveland Bay está pariendo.

Conservando en la mano la manzana que había provocado el comentario de la cocinera, Gabriel se apartó de la mesa y al salir de la cocina, dijo por encima del hombro:

–Ah, Nellie, tratas muy mal al hijo pródigo que retorna, pero te perdonaré todo si no enseñas a María tus astucias... ¡ella ya tiene su propio y pérfido carácter!

Hubo un breve silencio cuando el cuerpo alto de Gabriel desapareció por la ancha puerta y cada mujer miró a la otra con cierta timidez. La señora Satterleigh reaccionó primero y sonriendo, alentadora, a María, le dijo:

–Querida, después de un viaje tan largo desde Port Royal, seguramente tienes hambre. Siéntate allí y te prepararé algo de comer.

Al recordar el refrigerio breve y poco satisfactorio de pan y té que había ingerido por la mañana a bordo *dé[Ángel Negro,* el estómago de María de pronto protestó enérgicamente, de modo que fue imposible rechazar este ofrecimiento. Pero al recordar la reprensión sufrida por Gabriel a propósito de las manzanas, María dijo vacilante:

–Si no es demasiado trabajo... y no echa a perder los planes de la cena.

Satterleigh comprendió perfectamente a qué aludía María y con un guiño replicó:

–No prestes atención a lo que dije al amo Gabriel. Deseaba que nos dejara solas un rato: las cosas son mucho más fáciles cuan–;

do los hombres no están cerca, ¿no te parece?

Fáciles no era precisamente la palabra que ella habría ele–1 gido, pero María comprendió instantáneamente a qué se referíala señora Satterleigh. Ahora que la presencia inquietante y turbadora del amo había desaparecido, ella podía aflojarse y se sentía mucho más tranquila; y en efecto, la salida de Gabriel ofreció a am–| bas la oportunidad de observarse y conocerse mejor, sin la¿ distracción representada por un tercero.

María llegó a la conclusión, mientras bebía lentamente el vaso de sidra que la señora Satterleigh le entregó, que la cocina un lugar maravilloso. Había un sentimiento de calidez y además, reconoció la joven con una breve sonrisa, el lugar era cálido.

Concluida su comida, María suspiró feliz y dirigiéndole una sonrisa encantadora, le dijo:

–Gracias, señora Satterleigh, aprecio mucho su bondad conmigo.

Un débil sonrojo de placer tino las mejillas de la señora, que le replicó:

–¿Y por qué no debería mostrarme amable con una cosita tan hermosa como tú? Pero ahora que estás bien alimentada, quizá desees descansar unas horas hasta la cena. Estoy segura de que te sientes fatigada, y deseas reponerte.

María la miró insegura. Esta señora no la trataba como a una criada, sino más bien como si hubiera sido una huésped bienvenida y María sabía muy bien que no era eso lo que Gabriel había planeado. Como no deseaba provocarle dificultades, en definitiva dijo en voz baja:

–El señor Lancaster desea que sea su criada, no su invitada. Creo que debo ayudaros; y me advirtió que os ocuparéis de que yo esté siempre atareada y también me diréis dónde puedo dormir por la noche.

La señora Satterleigh se irguió y una luz combativa iluminó los ojos.

–¡Eso ya lo veremos! No estoy tan anciana que no pueda dirigir la casa del amo Gabriel con los criados que ya tengo a mi disposición. Y con respecto a que tú eres su sirvienta, jamás escuché una idea más ridicula... ¡cualquiera puede ver que está embrujado por tí!

22

Desconcertada por esta afirmación, María no pudo hacer otra cosa que mirar fijamente a la mujer mayor. Respiró hondo y finalmente dijo:

–Señora, usted se equivoca. El... ¡me odia, y odia a mi familia!

La señora Satterleigh enarcó el entrecejo y rezongó.

–¡Parecería –dijo secamente– que el amo Gabriel no es el único tonto en esta casa! –Cuando la joven abrió la boca para contestar, levantó una mano para obligarla a callar y dijo:– Nada ganaremos insistiendo en el asunto. Ahora, ven conmigo, te mostraré la casa y te llevaré a tu habitación.

Aliviada y al mismo tiempo decepcionada, María la siguió y salieron de la cocina. Mientras entraban en el sector principal de la casa, la señora Satterleigh dijo orgullosamente:

–Y, querida niña, ¡si hubieras visto lo primero que saltaba a los ojos cuando llegamos de Inglaterra con el amo Gabriel y sir William! En este mismo lugar había una auténtica jungla: ¡ni el | más leve signo de habitabilidad, y mira ahora! –Con su sonrisa satisfecha ahora menos vivaz, hizo un gesto en dirección al retrato en J su marco dorado que colgaba sobre la chimenea,

–Esos son sir William y lady Martha. –Suspiró.– Jamás existió una pareja tan perfecta. Creí que sir William moriría cuando lady Martha de pronto sucumbió a una inflamación del pecho, ese invierno, en Francia. Fue difícil para todos, pero él estaba como loco y se lo veía inconsolable. No creo que jamás haya dejado de llorar por ella.

En voz baja, dijo María:

–El se les parece mucho, ¿verdad?

No había razón que la obligase a identificar a quién se refería con la palabra "él", y la señora Satterleigh contestó enseguida:

–Es el cuerpo de sir William con los ojos de lady Martha, los cabellos... y también el carácter.

Después, las dos mujeres entraron en el espacioso comedor y la anfitriona comentó brevemente:

–Esta habitación no se usa tanto como yo desearía... casi siempre el amo Gabriel prefiere comer en la cocina con nosotros y hasta ahora rara vez ha recibido a muchos invitados.

Había pocos cuartos más en la planta baja y al recorrerlos, la joven se sorprendió al ver que, si bien tenían proporciones adecuadas, estaban vacíos. Dirigió una mirada de sorpresa a la señora Satterleigh, y ésta le comentó:

–El amo se ausenta a menudo y la mayoría de las pertenencias de la familia se perdieron en el *Raven.* El necesitó mucho tiempo para recuperar la riqueza que había perdido. Felizmente, algunos enseres llegaron con nosotros al principio mismo, por ejemplo el retrato de sir William y lady Martha, y así no todo cayó en manos de esos asesinos españoles. –Recordó de pronto con quién estaba hablando, y se sonrojó:– Perdóname, querida. ¡No quise ofenderte!

María sonrió apenas y murmuró:

–No os inquietéis; me temo que tendré que acostumbrarme a esos comentarios. Estoy segura de que mucha gente me mirará con menosprecio.

Era inútil negar esa afirmación y la señora Satterleigh le respondió con voz firme:

–Es posible, pero debes creer que los Satterleigh serán tus amigos.

Con los ojos azules desbordando gratitud, María dijo en voz baja:

–Y por eso os lo agradezco... pero, ¿vuestras palabras no son un poco aventuradas? No me conocéis.

–Sí, eso es cierto, pero he vivido mucho tiempo y visto muchas cosas, algunas muy desagradables; y aprendí a juzgar a la gente, en ciertas ocasiones, nuestra vida ha dependido de eso, y nadie me convencerá fácilmente de que no eres honesta y sincera... ¡y no importa quien fue tu padre! –Después de pronunciar estas palabras con acento sincero, continuó:– Y ahora, abandonaremos este tema y veremos el resto de la casa.

Mientras ascendían por la elegante escalera de madera de sándalo que estaba en el fondo de la casa, agregó:– Descubrirás que fuera del dormitorio del amo y la habitación preparada para la señorita Caroline, ninguno de los restantes cuartos de este piso está amueblado. –Meneando la cabeza, la señora Satterleigh continuó:– Le dije muchas veces que era absurdo prepararse para el regreso de la señorita Caroline. –Se le enturbiaron los ojos, y con un leve temblor en la voz, prosiguió su comentario:– La he dado por muerta, y sé que, pobre niña, jamás volveremos a verla, pero el amo no quiere oír hablar de eso. Rara vez mencionamos su nombre en los últimos tiempos y abrigo la esperanza de que al fin él haya aceptado el hecho de que hemos perdido a la joven. Pero me temo que si oyese decir una palabra acerca de su paradero, si tuviese la más mínima esperanza de que ella continúa viva, por peligroso que fuese y por escasas posibilidades de éxito que se le ofrecieran, instantáneamente intentaría buscarla y liberarla... aunque eso le costase la vida.

Incómoda, María clavó la mirada en el piso del largo corredor. El nombre de Caroline nunca había surgido entre ella y Gabriel y las palabras de la señora Satterleigh la colmaron de temor y de culpa. Si en efecto ella le decía a Gabriel que su hermana aún estaba viva, que Caroline continuaba en poder de Ramón Chávez, la información equivaldría a enviarlo a una muerte segura. Caroline estaba muy bien vigilada, muy alejada de todos los puertos propicios para los ingleses, de modo que un intento de rescate no era ni remotamente posible. Si Gabriel en efecto iba en busca de su hermana, era seguro que fracasaría... y perecería en su empeño.

–... no veo por qué no debes ocupar la sala rosa. En realidad, es el único dormitorio apropiado para ti –afirmó la señora Satterleigh.

Al observar el interior de esa habitación, amueblada con elegancia, María expresó vacilante:

–No creo que el señor Lancaster mire esto con buenos ojos. Quiere que yo sea la criada y una criada no duerme en un lugar como este. Es necesario que me busquéis otro sitio.

La señora Satterleigh se irguió.

–Hasta el día que el amo se case, yo soy la señora de esta casa –así me lo ha dicho muchas veces– iy yo he decidido que te quedarás aquí! ¡Y si él formula objeciones, le diré algunas cosas que no olvidará por mucho tiempo! Y tú, jovencita, ¡no más discusiones! Quiero que te acuestes en esa cama y descanses hasta la hora de la cena. Cuando todo esté preparado, ordenaré que vengan a buscarte.

María acató sumisamente estas órdenes, y al mismo tiempo se preguntó cuál sería el desenlace de esa situación, fuera de lo común. No sabía qué había esperado que sucediese, pero la actitud de los Satterleigh frente a ella la impresionó gratamente. Estaba preparada para soportar el desprecio y la hostilidad de los servidores de Gabriel; hasta contempló la posibilidad de que se la obligase a vivir en condiciones miserables, de modo que tuviese que sufrir la degradación y la vergüenza; y en cambio era recibida casi con profundo placer. Incluso la actitud de Gabriel la había desconcertado; en ciertos momentos se mostraba frío y amenazador y al siguiente, si no exhibía bondad, por lo menos no era cruel.

Pero en el curso de los días siguientes, fuera de algún comentario burlón al pasar, Gabriel no intentó expulsarla de allí. Cuando con cierta timidez, María mencionó el hecho a la señora Satterleigh, ésta se limitó a sonreír y murmuró satisfecha:

–Todavía soy la señora de la casa, y el amo Gabriel lo sabe perfectamente.

Si la permanencia de María en la sala rosa era desconcertante, su posición en el Don Real merecía aun más ese calificativo. Tal parecía que no era ni huésped ni criada, ni esclava ni dueña de su propio destino. Los Satterleigh, incluso Richard, el hijo de ambos, y las distintas criadas que trabajaban en la casa, todos la trataban como si María hubiese sido, ya que no precisamente un huésped, por lo menos un bienvenido agregado a las filas de los residentes. Y sin embargo, tampoco eso era del todo exacto; ella era parte de la casa, y al mismo tiempo no lo era. Las criadas a veces le dirigían miradas de desconcierto y de tanto en tanto, cuando pasaba cerca de ellas, en los corredores de la casa, la joven escuchaba murmullos; pero nadie se había mostrado grosero o insolente con ella, nadie le recordó que era una cautiva española en el hogar de un caballero inglés convertido en bucanero. Era evidente . que ninguno de los criados sabía muy bien cómo tratarla.

Con respecto a los Satterleigh, su actitud confundía completamente a María. La recibían todos los días con cálida cordialidad y la trataban más o menos como si ella hubiese sido casi la esposa o la hija de la casa. No le permitían acometer tareas pesadas o difíciles; en cambio, la señora Satterleigh le asignaba tareas muy semejantes a las que María había realizado en su propio hogar. Ayudaba a cocinar; trabajaba industriosamente con la aguja;

supervisaba la fabricación de velas; colaboraba en lustrar la platería; y en general desempeñaba labores útiles en distintos lugares de la casa. No disponía de mucho tiempo libre, pero al mismo tiempo tampoco trabajaba en exceso.

Una semana más tarde, recogiendo algunas caléndulas en el hermoso jardín que se extendía detrás de la casa –la señora Satterleigh se las había pedido– María reflexionaba acerca de su desconcertante situación. Vestía las prendas típicas de una criada y sin embargo dormía en una cama y una habitación tan lujosas como cualquiera de las que había en la Casa de La Paloma. Era parte de un botín, una cautiva, miembro de una raza a la que los ingleses tenían buenos motivos para odiar, pero se la trataba bien; en el caso del matrimonio Satterleigh, incluso afectuosamente. Su aprehensor, un hombre a quien la familia de María había perjudicado gravemente, parecía no oponerse a la forma en que sus propios criados se comportaban con ella; en todo caso, pensó María frunciendo el entrecejo, la situación le parecía divertida, casi como si él hubiera sabido cuan confundida estaba la joven por todo lo que ahora sucedía.

María se preguntó con cierta aprensión: ¿Quizá se trataba de una especie de tortura diabólica? ¿Tal vez él pensaba que una vez que María bajase la guardia, cuando ella se sintiera sana y salva, descargar sobre su cabeza un castigo perverso? ¿Los Satterleigh se comportaban así por orden de Gabriel y la seducían y desarmaban, de manera que cuando él golpease todo fuese aun más doloroso?

Estos eran pensamientos inquietantes y sin embargo ella no podía hallar una explicación lógica para la conducta de Gabriel desde el momento en que ambos habían llegado al Don Real. No la había tocado más y no hablaba a solas con ella. En realidad, reconoció inquieta María, no le hablaba en absoluto, y al parecer lo satisfacía que los Satterleigh se ocupasen de la atención de María. No era precisamente que ignorase la presencia de la joven, pero excepto una sonrisa burlona, una mirada desbordante de sarcasmo o una afirmación sardónica lanzada al azar, Gabriel parecía satisfecho con la situación.

Por supuesto, recordó María mientras caminaba hacia la cocina, en efecto él estaba muy atareado desde su regreso, y en efecto rara vez estaba en la casa propiamente dicha.

Al regresar a la cocina con el canasto repleto de luminosas flores amarillas, María dijo a la señora Satterleigh:

–Si no tenéis objeciones, y durante un rato no hay tareas, me agradaría ir a los establos para ver al nuevo potrillo.

Pandora era la yegua Cleveland Bay que había parido el día de la llegada de María al Don Real, y María tenía muchos deseos de ver al potrillo. La señora Satterleigh asintió distraídamente, sus pensamientos concentrados en el guiso que estaba preparando para el almuerzo.

Libre por el momento, con pasos ágiles, caminó hacia las construcciones que habían sido levantadas sobre otra ligera elevación, a cierta distancia de la casa principal. Allí estaban los gallineros, las pocilgas, los depósitos y los establos que albergaban a los diferentes animales de la plantación.

Excepto uno o dos criados que trabajaban en los establos, no había nadie más a la vista y con una sonrisa de feliz expectativa, María se acercó a un largo establo donde estaban Pandora y Orgullo, como habían bautizado al potrillo. Orgullo era desde hacía varias noches el tenia principal de

conversación alrededor de la mesa de caballetes de la cocina. Con mirada conocedora, María examinó al joven animal y en definitiva llegó a la conclusión de que era realmente hermoso; pese a las críticas dirigidas contra el padre. Parecía, y ella lo reconocía, muy pequeño comparado con la madre esbelta y sólida, pero por otra parte, se dijo la joven, ¡no era más que un cachorro! Una breve sonrisa se insinuó en sus labios cuando el potrillo, curioso por conocer al ser humano que estaba del otro lado de la puerta, se acercó lentamente al lugar donde estaba María.

Extendió lentamente la mano y se sintió complacida cuando el hocico suave y aterciopelado le acarició la palma.

–Ah, pero eres hermoso –le canturreó con voz dulce, coincidiendo silenciosamente con Gabriel en que debía darse tiempo al animalito, de modo que demostrase lo que valía.

–¡Hermoso! –gruñó de pronto Richard, que se había acercado–. Si queréis ver un animal hermoso, acercaos al potrillo que nació anoche. Es un Cleveland Bay de la cabeza a las patas y un caballo mejor no encontraréis en toda Jamaica.

María se volvió para mirar al corpulento joven que se había acercado y en los labios de la joven se dibujó una sonrisa un poco nerviosa. Richard Satterleigh era la persona, entre todas las que había conocido en el Don Real, que le inspiraba menos confianza. No porque se mostrase francamente hostil, ni le dirigiese ataques francos, sino porque María intuía que desaprobaba intensamente la presencia de la española en la casa; y también a causa de sus modales bruscos.

Tanto por el carácter como por la corpulencia, se parecía poco a sus padres. Desde el día en que ella había llegado al Don Real, María nunca lo vio sonreír realmente; y si bien tenía los ojos color avellana de su madre, nunca, por lo menos por lo que María podía juzgar, esos ojos manifestaron la misma calidez e idéntica alegría.

–Richard –había dicho la señora Satterleigh a María– ¡no se anda con rodeos! Dice lo que piensa sin vacilaciones… ni criterio.

Que Richard se mantuviese soltero decepcionaba profundamente a la señora Satterleigh, y María escuchó muy divertida cuando la mujer mayor se quejaba amargamente de ese insatisfactorio estado de cosas.

–Es tan difícil como el amo cuando se trata de encontrar mujer. Dios sabe que hice todo lo posible: con diferentes pretextos, obligué a desfilar por mi cocina a todas las jóvenes casaderas de la isla; pero a Richard no se le ha movido ni un pelo.

Este tenía más o menos la misma edad de Gabriel, cabellos castaños rizados y rasgos regulares y María reconocía que era muy atractivo; excepto su comportamiento un tanto intimidatorio. Si por lo menos, pensó mientras lo acompañaba al establo donde se encontraba el nuevo potrillo, sonriera con más frecuencia y no exhibiese siempre una expresión tan sombría…

El cobertizo destinado a las yeguas que parían en realidad era sólo una prolongación del establo principal y al recorrer el ancho pasadizo que separaba los cuatro recintos espaciosos construidos especialmente para las yeguas preñadas y sus crías, María respiró con agrado el olor cálido y

terrenal de los caballos, el heno y el cuero. Si cerraba los ojos, podía imaginar que estaba en los establos de su casa, preparándose para ensillar y salir con Diable–ja y durante una fracción de segundo la acometió una dolorosa punzada de añoranza. La voz resonante de Richard la devolvió casi instantáneamente al presente.

–Bien, éste –afirmó agresivamente– es un hermoso animal. Cleveland Bay puro y cuando crezca será tan robusto y hermoso como los padres; y no como ese mestizo de Orgullo. –Miró hostil a María, como si esperase que ella se opusiera y escupió:– ¡Orgullo! i Ja! ¿Qué clase de nombre es ese para un caballo de mala sangre?

Al mirar hacia el interior del recinto, María tuvo que admitir que Richard tenía parte de razón. Este potrillito en efecto era hermoso y sin duda una réplica exacta, aunque con las patas demasiado largas, de la estampa de su madre, incluyendo el hermoso pelaje bayo; pero la joven tenía conciencia de su debilidad por Orgullo, ese animal más pequeño y de pelaje oscura; y dijo tranquilamente:

–Debería seguir el consejo de Gabriel y esperar hasta que Orgullo haya crecido del todo, antes de juzgarlo; es posible que no tenga el pelaje apropiado y que no sea tan corpulento o fuerte como los otros, pero tal vez posea otras cualidades que lo conviertan en mejor caballo.

Richard la miró como si estuviese dispuesto a estallar ante semejante idea y María retrocedió, nerviosamente, un paso. Al chocar con un cuerpo tibio y fuerte se volvió bruscamente y con ojos muy grandes contempló los rasgos burlones de Gabriel.

–¿Me engañan los oídos –rezongó con acento sardónico– o acabo de oír que coincides conmigo?

A ella le habría agradado desengañarlo de tal idea, pero para hacerlo tenía que traicionar al pequeño Orgullo, y no estaba dispuesta a eso. Elevó el mentón y murmuró:

–¡Sí! Pero que yo crea que debe darse una oportunidad al potrillito no significa que he cambiado de opinión acerca de ti.

Parecía que esa mañana él estaba de muy buen humor y con cierta cautela María lo miró, deseando que él no pareciera tan apuesto como se lo veía ahora frente a ella. Cuando él la miraba como lo hacía ahora, en actitud serenamente humorística, para ella era muy difícil recordar que supuestamente eran enemigos.

Sin advertir que parte del conflicto que sentía se reflejaba claramente en su expresiva cara, María se sintió todavía más confundida cuando él le sonrió y dijo:

–¿No querrías ver al criticado padre del pobre Orgullo?

–¡Criticado con razón! –murmuró Richard, recordando a María que él aún estaba cerca.

Gabriel se echó a reír y dijo despreocupadamente:

–Sólo el tiempo demostrará quién de nosotros tiene razón. Pero por el momento, ¿vamos a ver con quién de nosotros coincide María? –Le dirigió a

ella otra mirada burlona y agregó:– ¿Me atrevo a imaginar que coincidirás conmigo dos veces?

Richard no dio tiempo a que la joven respondiera y afirmó sombrío:

–El tiempo demostrará que tengo razón, y en cuanto a Travesura, ¡sirve únicamente para eso! Qué puede hacer uno con una criatura así: es demasiado pequeño para tirar de un carruaje, y un buen inglés no se atrevería a cabalgar en un animal de huesos tan delicados.

Después de formular su opinión acerca del tema, Richard les dio la espalda y se dedicó a ofrecer un puñado de morenos cristales de azúcar a la corpulenta yegua Cleveland Bay que estaba en el establo de las crías.

Se hizo un breve silencio mientras Gabriel acompañaba a María hacia una pista solitaria que estaba a cierta distancia. Caminaron sin hablar varios minutos, bajo la cálida luz del sol tropical y al fin Gabriel dijo como de pasada:

–Si te propones salir con frecuencia al campo, debes pedir a Nellie un sombrero, de la clase que sea.

Contenta de tener un tema de conversación que no parecía muy explosivo, María respondió con voz neutra:

–No es necesario; estoy bajo techo la mayor parte del día. Esta mañana es la primera vez que se me permite estar lejos de la casa.

No había queja en su voz, pero Gabriel frunció el entrecejo y preguntó:

–¿No te obliga a trabajar demasiado? ¿No estás muy fatigada?

María rió sinceramente.

–¡Oh, señor! Es muy amable conmigo... todos lo son, y a veces... –Se interrumpió bruscamente, pues advirtió que casi había reconocido que le agradaba su servidumbre. Se mordió el labio y murmuró hoscamente:– La señora Satterleigh se ocupa de que yo esté atareada. Dice que la ociosidad es un placer para el demonio, y que no acepta que yo pase el día sentada, sin nada que hacer; pero no me obliga a trabajar demasiado.

Finalmente llegaron a un estrecho predio y elevando sin esfuerzo a María para sentarla sobre el borde superior de la empalizada, Gabriel dijo:

–Bien, ahí está Travesura, el padre de Orgullo. ¿Qué te parece?

Como si hubiera sabido que lo estudiaban atentamente, el corcel, de cuerpo pequeño y delicado, giró e hizo cabriolas a pocos metros de donde estaban María y Gabriel. La luz del sol se reflejaba en el pelaje pardo chocolate del caballo, en la larga y ondulada crin y en la cola negrísima, y al contemplar las patas largas y esbeltas, el muslo finamente delineado y los oscuros ojos grandes e inteligentes que la observaban con atención, María pensó que nunca había visto un animal tan elegante y brioso. El cuello curvado en un arco orgulloso, la cola sostenida con elegancia a cierta altura, hizo varias piruetas ágiles ante ellos y era evidente que estaba ofreciendo un espectáculo a su público. Pero después, sobresaltando a María, emitió un relincho agudo como un silbido, y en un acceso sorprendente de velocidad, se alejó en dirección al fondo del predio.

–Y eso –dijo secamente Gabriel– es la razón por la cual quise unirlo con Pandora. Si Orgullo ha heredado la velocidad y la gracia maravillosas de su

padre y pese a todo las proporciones de Pandora, me sentiré muy complacido. –Dirigió una mirada a María, y preguntó con curiosidad:– ¿Y qué te parece?

–¡Es hermoso! ¡Tanta fuerza y tanta velocidad! –María respiró complacida, los ojos brillantes a causa del goce que sentía.

Los ojos de nuevo fijos en el caballo, Gabriel preguntó con engañosa indiferencia:

~¿Y te gustaría montarlo? **Es** demasiado pequeño para la mayoría de los hombres, y excesivamente brioso para Nellie.

María casi cayó de la empalizada al oír estas palabras; en realidad, se volvió para mirarlo, y lo hizo con tanta violencia que sólo el rápido movimiento de Gabriel impidió que ella se fuese al suelo; las manos del inglés consiguieron aterrarle la cintura. Con sus ojos fijos en los de Gabriel, María explotó:

–¿Lo permitirías? ¿Me permitirías montarlo? Con una expresión extraña en la cara y un acento aun más peculiar en la voz, Gabriel dijo pausadamente:

–Observo que hay muchas cosas que estoy dispuesto a permitirte.

María tragó nerviosamente; el corazón le golpeaba y los pensamientos se agitaban desordenados en su cerebro. De pronto tuvo cabal conciencia de las manos fuertes de Gabriel que encerraban su cintura, de su cercanía y de lo fácil que habría sido inclinar la cabeza y unir las bocas. Arrancando sus ojos de los de Gabriel, trató frenéticamente de pensar algo que decir, de pensar algo diferente del modo en que los labios de Gabriel se sentirían junto a sus propios labios.

Que Gabriel pensaba más o menos lo mismo, se deducía con claridad del modo en que sus manos encerraron la cintura de María mientras la acercaba a él. Incapaz de evitarlo, ella lo miró y no se sorprendió cuando la mirada de Gabriel descendió y él dijo con voz espesa:

–María...

La joven se inclinó hacia él y sus labios estaban apenas a centímetros de los de Gabriel cuando la voz de Richard atravesó el aire:

–¡Gabriel! –gritó desde los establos–. ¡Llegó un mensaje de Zeus!

Suspirando, éste aflojó las manos de la cintura de María, y con una sonrisa renuente en los labios murmuró:

–Un día de estos realmente debo hablar a Richard acerca de su evidente falta de tacto.

Sin saber muy bien si se sentía o no aliviada por esta oportuna interrupción, manteniendo la cara separada de Gabriel, María se apresuró a poner distancia y con gesto ágil saltó de la empalizada al suelo. Enderezando nerviosamente los pliegues de su falda negra, dijo puntillosamente:

–El hace sólo lo que debe hacer. Además, es posible que el mensaje sea importante... quizá sucedió algo *en Havre du Mer.*

–Lo dudo –replicó Gabriel con indiferencia—. Es probable que Zeus me haya escrito sólo para decirme que aceptó mi invitación para visitarnos el martes.

La cara encendida de entusiasmo, María lo miró.

–¿Y Pilar? –preguntó esperanzada–. ¿Vendrá con él?

–Hmm, eso me sospecho, pues invité a los dos a pasar unas noches en el Don Real –contestó tranquilamente Gabriel, con una sonrisa satisfecha jugueteándole en las comisuras de los labios. Miró a María y al ver la expresión de intenso placer que se dibujaba en sus rasgos vivaces, se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que las consecuencias de la visita de Pilar se le aclarasen a la joven y caviló otra vez acerca de sus propios y tortuosos planes. Pero sobre todo lo maravilló la facilidad con que María se había convertido en parte de su hogar y de lo apropiado que parecía tenerla en la casa, la rapidez y la sencillez con que ella había llegado a ser tan importante para él... y de lo satisfecho que se sentía sabiendo que ella estaba cerca, que cuando lo deseaba podía llamarla. Gabriel no podía explicar qué sentía por ella, tampoco por qué le concedía tanta libertad, por qué no podía soportar la idea de que nadie la tratase con menosprecio. Precisamente cuando había abandonado sus planes de venganza, cuando reconoció en su fuero interno que no podía dañarla, sin embargo se resistía a reconocer totalmente que había llegado a ese punto. Pero por alguna razón, durante las últimas semanas, María se había convertido en parte de su vida; sus planes en relación con ella habían variado drásticamente y se sentía al mismo tiempo turbado y confundido por sus propias y evidentes vacilaciones y su incapacidad para atenerse a sus juramentos.

María estaba tan conmovida ante la inminente llegada de su amiga que pasaron varios minutos antes de que un pensamiento inquietante asaltara su mente. Pero al llegar a ese punto, su paso vaciló y se esfumó la sonrisa. Con una sospecha que le ensombrecía los ojos, miró fijamente a Gabriel. Al descubrir que él la miraba atentamente, con un resplandor pecaminoso en los ojos, se afirmó la idea súbita que le había cruzado la mente. Sin rodeos preguntó:

–¿Y dónde te propones ponerlos a dormir? Hay sólo dos dormitorios apropiados: el tuyo y el mío. Gabriel sonrió con expresión angelical y murmuró:

–Hmm, creo que podremos encontrar alguna forma satisfactoria de arreglo... después de todo, mi cama es muy amplia... y tú eres bastante menuda.

23

La expresión de Gabriel demostraba que se sentía tan satisfecho, tan complacido con la situación, que a pesar del torbellino que se agitaba en su pecho María tuvo que contener un inesperado acceso de risa. Frunciendo fieramente el entrecejo para disimular su propio regocijo, regocijo que a su vez disputaba el terreno al sentimiento de ofensa, miró fijamente el lujurioso verdor a lo lejos.

Habría sido tonto afirmar que su cautividad era cruel;

ridículo afirmar o siquiera pensar que la maltrataban; absurdo negar que estaba desesperadamente enamorada de su carcelero y afirmar que compartir con él la cama le parecía repulsivo. Pero incluso si aceptaba todas esas cosas, eso no modificaba el problema fundamental: ella era una Delgado y él un Lancaster. Suspiró deprimida y formuló de nuevo el deseo de que él no fuese tan atractivo, tan encantador, y, se dijo con un breve acceso de malhumor, tan bondadoso.

Si él hubiese sido distinto, el monstruo implacable que ella pensó que sería, si la trataba con la misma crueldad y brutalidad intencionales que Diego había dispensado a la familia Lancaster, hubiese sido fácil odiarlo, y sentir hacia él nada más que desprecio y repulsión.

Sin duda, Gabriel Lancaster era un buen amo. Lo demostraba el afecto que los Satterleigh le profesaban; las sonrisas y las caras despreocupadas de otros habitantes de la plantación, una prueba más de que no era un amo temido. Sin advertir que se había desvanecido la sonrisa de Gabriel y que él estaba observando los diferentes sentimientos de desaliento a medida que se expresaban en su cara, María reconoció en su fuero íntimo que incluso juzgando por lo poco que había visto, el Don Real era un lugar tranquilo, y que los signos de discordia y desarmonía eran escasos. Al recordar las ingratas condiciones en que vivía la gente en la Casa de La Paloma, las miradas de verdadero alivio cuando Diego se marchaba y la expresión de terror y rechazo absolutos con que todos recibían la noticia de su regreso, María suspiró de nuevo, dolorosamente consciente de que comparar a Diego con Gabriel no era en su caso la actitud más sensata y de que eso sólo acentuaba su sentimiento de culpa y de vergüenza, porque no atinaba a descubrir ningún punto en favor de Diego.

El arrogante orgullo y la ciega lealtad de los Delgado todavía chocaban con los sentimientos que Gabriel suscitaba en ella y que eran el factor principal que le impedía, si no resignarse, por lo menos tranquilizarse provisionalmente en vista de la situación actual. Ella debía sentirse angustiada; tenía que odiar cada instante de cada día en el Don Real; debía buscar constantemente el modo de huir de lo que representaba una cautividad degradante; y ciertamente tenía que ver con temor y con odio la posibilidad de que Gabriel le hiciera el amor; y sin embargo, ella no sentía y no podía sentir cargos de conciencia y el hecho mismo la avergonzaba.

–María –preguntó suavemente Gabriel, que estaba a su lado, y su voz sonó turbada y cargada de inquietud– ¿qué sucede? ¿Por qué tienes esa expresión? ¿Mis caricias realmente te repugnan tanto?

La pregunta la hirió en lo vivo y se hundió en su entraña misma. ¡No! Las caricias de Gabriel no le repugnaban; a pesar de todo ella ansiaba sentir esos brazos fuertes alrededor de su cuerpo y de pronto, con un culpable sentimiento de cólera contra ella misma porque no era capaz de controlar su descarriado corazón, e irracionalmente irritada con él porque era tan atractivo y seductor, porque se mostraba de un modo desconcertante tan bondadoso en vista de las circunstancias, lo miró, hostil. Los ojos de María relucían con lágrimas de cólera y humillación que no alcanzaba a derramar e impulsada por ese terrible conflicto íntimo le replicó:

–¡Creo que olvidas mi posición! ¡Soy tu esclava y no tengo derecho a sentir otra cosa que odio y desprecio por ti! –Casi desesperada, exclamó:– ¿Por qué te muestras tan cordial? –Su voz se elevó histéricamente y gritó:– ¡Soy una Delgado! ¿Acaso eso no significa nada para ti?

La cara de Gabriel cambió y una expresión fría se instaló gradualmente en sus rasgos regulares; los ojos esmeralda exhibieron un tinte sombrío.

–Comprendo –dijo con voz lenta. Sus labios se curvaron en una sonrisa sardónica–. Es bueno que me recuerdes... de nuevo, lo que nos separa. –Hizo una reverencia insultante a María, y declaró con voz dura:– No temas que te obligue a compartir mi lecho... hay otras mujeres mucho más dispuestas a acompañarme. Y con respecto a la cordialidad, si lo prefieres, puedo ordenar que te castiguen todas las noches y te envíen a trabajar en los campos –Y agregó sarcásticamente:– ¿Eso te agradaría, señora princesa?

Permanecieron de pie mirándose con hostilidad varios momentos y el orgullo, el sentimiento de ofensa y la cólera los saturaban. Gabriel habló primero, gruñendo enojado:

–Me esforcé mucho por dejar el pasado atrás, por lo que a tí te concierne. Es cierto que eres mi cautiva, pero creo que no ha sido un cautiverio demasiado difícil; me esforcé por tratarte como habría deseado que tratasen a Caroline, pese al hecho de que tú eres una Delgado. –Su voz se suavizó por un minuto.– A veces tengo dificultad para recordar que eres la hermana de Diego. –La miró inquisitivo, tratando de adivinar lo que había detrás de esos bellos ojos azul zafiro. Con voz pausada continuó:– La vendetta entre ambas familias no fue obra nuestra... podríamos cambiar el futuro... si estamos dispuestos a impedir que lo que sucedió antes nos divida como una espada filosa.

Era todo lo que podía llegar a decir para expresar lo que sentía en su fuero íntimo, todo lo que podía aproximarse al reconocimiento de que le parecía cada vez más difícil pretender siquiera que le importaba que ella fuese la hermana de su enemigo más odiado.

Disipada parte de su cólera y su desesperación, María lo miró extrañada. Esas palabras la dejaron sin aliento, insegura, confundida; impotente preguntó:

–¿Qué quieres decir? ¿Que me dejarás en libertad? ¿Que ya no intentarás vengarte de Diego por lo que hizo a los que viajaban en *eIRaven'!*

–i No seas tonta! –rugió Gabriel, y la idea misma de dejarla en libertad provocó una oleada de furiosa negación que le recorrió las venas. Tomándola del brazo la sacudió un poco y murmuró:–¡Eres mía y no permitiré que te vayas! En cuanto al canalla de tu hermano... –Se le ensombreció el rostro y dijo brutalmente:– Renunció a la vida el día que mi esposa murió, el día que destruyó el *Raven, y* nada cambiará eso... hasta que él muera, no me veré libre

del juramento que formulé ese día. –Con una mirada hostil en sus ojos verdes agregó:– Un juramento que tú me llevas a infringir cada vez que yo... –Hizo una pausa y una sonrisa felina se dibujó en su rostro.– ¡Cada día que me muestro cordial contigo!

–¡Cómo te atreves! –exclamó María con irritada decepción–. ¡Hablas de olvidar el pasado y sin embargo juras matar a mi hermano. –Contenta porque tenía una excusa para dar paso a su confusión y su culpa, dijo ásperamente:– ¡No es extraño que te odie! ¡Que no pueda soportar que me toques!

–En ese caso, tendrás que soportarlo, ¿verdad? –rugió Gabriel, tan furioso y desconcertado como María. Y acercándola más, la besó hambriento, su boca la castigó y al mismo tiempo la deseó extrañamente.

Durante un momento de locura, María casi cedió a la fuerza medio salvaje y medio seductora del beso, pero enseguida, separó sus labios de la boca de Gabriel y silbó:

–¡Te desprecio! —Los ojos fijos en la cicatriz de la cuchilla y sin tener siquiera conciencia de lo que decía, desesperada por apuntalar su defensa vacilante, exclamó:– ¡En lugar de tu mejilla, ojalá te hubiera atravesado esa noche el corazón!

Algo chispeó en la profundidad de los ojos esmeralda y Gabriel inmóvil, la miró. Aflojó el apretón sobre el brazo y la contempló extrañado. Con un acento peculiar en la voz, murmuró:

–Quizá lo lograste. –Una sonrisa torcida le curvó los labios, y Gabriel murmuró misteriosamente:– Estoy seguro de que dondequiera que esté Thalia, si lo sabe le parecería muy divertido.

María lo miró sin comprender y ahora sin sonreír, Gabriel dijo con expresión fatigada:

–Vuelve a la casa, María. Di a la señora Satterleigh que más tarde veré el mensaje de Zeus. Considero que la perspectiva de su visita ya no es tan agradable como antes creí.

Se apartó de ella y confundida y desalentada María lo vio caminar hacia los establos. Cuando desapareció en el interior de la construcción, ella comenzó a caminar deprimida hacia la casa, un nudo en la garganta. De nuevo había conseguido distanciarlo, pero esta vez le dolía, le dolía incluso más que esa noche en Por–tobelo; y desolada, reconoció en su fuero íntimo que no podía continuar esta lucha entre el orgullo de la familia y el amor que sentía por él, que debía decidir entre los dos o el conflicto la destrozaría... y arruinaría sus posibilidades de felicidad.

En voz baja transmitió las palabras de Gabriel y como no había tareas apremiantes que ejecutar, escapó agradecida a la intimidad de su dormitorio.

Comprendía con dolor que había llegado el momento de adoptar una decisión definitiva. Debía decidir en su fuero íntimo, de una vez para siempre, qué camino seguiría, sin poder seguir así, tironeada siempre por emociones contradictorias, continuamente desgarrada entre las exigencias de su corazón extraviado y la necesidad de ser fiel al apellido Delgado. Debía elegir entre su imprevisto amor por Gabriel Lancaster y los dictados del honor de la familia.

Ella misma reconocía sombríamente que en el fondo no había nada que elegir. Absurdo o no, desleal o no, amaba a Gabriel Lancaster y al fin llegó a comprender que aferrarse a la idea de la familia como valor supremo era absurdo.

Suspiró y rodó sobre sí misma, quedando de espaldas. Pero que eligiera amar a Gabriel no facilitaba las cosas, no calmaba de inmediato su sufrimiento interior. Si estaba dispuesta a olvidar, a desechar su orgullo, eso no significaba que él hiciera lo mismo, que para él ella llegase a ser algo más que una parte del botín.

Con un fruncimiento del entrecejo que le afeaba la frente, recordó el comentario de Gabriel acerca de las mujeres que estaban más que dispuestas a compartir su cama. ¿Thalia? Una oleada de celos furiosos la recorrió. ¡No! ¡Quizás él fuera el hombre más irritante, más problemático y arrogante que ella había conocido jamás, pero lo amaba y conseguiría que él la amase!

Sobresaltada ante la idea, la arruga de su frente desapareció. ¿Podría lograr que él la amase? Esa fue la pregunta que se formuló con excitación cada vez más intensa. El la deseaba –eso no era un secreto– pero, ¿sería posible transformar el deseo en amor? ¿Algún día él ansiaría su amor como ella anhelaba el de Gabriel? Con un suave resplandor en los ojos azules, María se recostó. Si ella misma no hubiese creado entre ellos ese abismo insondable con sus sentimientos de culpa y sus gestos dictados por el orgullo...

Con un gesto indicativo de su propia estupidez, María se prometió, decidida, que trataría de reparar el daño cometido. No sabía muy bien cómo lo haría, pero lograría seducir a Gabriel, conseguiría que él le hiciera el amor... ¡se las arreglaría! Y en primer | lugar, decidió con toda fuerza, se aseguraría de que otra mujer no ocupase su cama... incluso aunque tuviera que dormir allí todas las noches. Una sonrisa maliciosa se dibujó en su cara y suspiró. ¡Qué terribles castigos estaba dispuesta a sufrir por el amor!

Esa noche, cuando Gabriel llegó a la casa, comprobó muy asombrado que lo recibía una María sonriente, de ojos chispean–1 tes. Una María cuyas miradas coquetas de pronto lo dejaron *sin* aliento aunque al mismo tiempo despertaron su cautela. Mientras estaba acostado en su cama esa noche, se preguntó qué juego era el de la joven. ¿Y por qué eso le importaba tanto? Gabriel conocía la respuesta a esa pregunta y le parecía sumamente desagradable. A lo largo de la tarde no había hecho otra cosa que pensar en ella y en el efecto que ella ejercía sobre él y en la facilidad con que la muchacha trastornaba completamente sus sentimientos. También estuvo pensando mucho en Thalia Davenport, y sobre todo en las palabras que ella le había arrojado a su rostro la víspera de la partida *del Raven:* "¡Un día,

Gabriel, ruego que conozcas a una mujer que sea inalcanzable para tí! ¡Y si Dios es bueno, ella te destrozará el corazón!"

Bien, reconoció secamente Gabriel, parte de la maldición de Thalia se había convertido en verdad absoluta: deseaba a María, la deseaba apasionadamente y sin embargo la idea de obligarla a aceptar sus caricias le era repugnante y por lo tanto no podía hacerla suya.

Pero él sabía que nunca lograría desechar a María, jamás pensaría en ella con el mismo odio frío que lo dominaba cuando recordaba a Diego. Incluso el abortado intento de advertir a los españoles, ese día en la jungla próxima a Portobelo, era cosa que Gabriel aceptaba y que incluso podía admirar. ¿El no habría hecho lo mismo si se hubiesen invertido las posiciones? Y en verdad, él no podía condenar la lealtad de la gente a su familia, aunque deseaba que hubiese un modo de superar las diferencias que los separaban.

Si por lo menos, pensó exasperado, ella no se mostrara tan orgullosa, tan quisquillosa en relación con la sangre de los Delgado que corría por sus venas. ¡Tan decidida a arrojarle a la cara la enemistad que separaba a las dos familias! De no haber sido por ese obstinado orgullo, él creía que habría logrado seducirla, haberla inducido a olvidar el pasado, conseguir que lo amase, como él...

En la oscuridad de la habitación, Gabriel frunció el entrecejo, súbitamente consciente de muchos sentimientos que había tratado de ignorar y reprimir desde el momento en que María Delgado cayó en sus brazos en Portobelo. Y otra vez rememoró la última noche en Inglaterra y las palabras de Thalia.

Entonces él despreciaba el amor, rechazaba la idea de que existiese siquiera una mujer que pudiese llegar a su corazón y dominarlo; pero ahora no se mostraba tan arrogante.

Desde el comienzo mismo María había dominado sus sentimientos y siempre lograba enturbiar su juicio. ¿Acaso él no arriesgó la muerte y la captura en la Española sólo para pasar unos preciosos y difíciles momentos en el dulce abrazo de la muchacha? ¿Y en Portobelo no había desechado sus planes de perversa venganza? En lugar de violarla con crudeza, la llevó con ternura hacia la femineidad; y ni siquiera ahora se arrepentía de haber procedido así. Y lo que era todavía peor, ¿no ansiaba tenerla en sus brazos en ese mismo instante, experimentar otra vez el deslumbrante éxtasis que ella le había aportado esa noche?

Nervioso, Gabriel se movió en su amplio lecho, el cuerpo de pronto rígido y colmado de deseo. Pero no era sólo deseo, advirtió sombríamente, estaba mezclado con un sentimiento que nunca había experimentado antes y que creyó que jamás llegaría a experimentar.

Había jurado que él no poseía ciertos rasgos legendarios de los Lancaster: que nunca se mostraría posesivo con una mujer, que el amor era un sentimiento prescindible para él; y sin embargo, ahora descubría pesaroso que quizá se había engañado. Ciertamente, tenía una actitud posesiva frente a María; no podía negarlo, sobre todo cuando recordaba su rabia hacia Du Bois solamente por bromear acerca de la posibilidad de que

él renunciara a la joven, su actitud de instantáneo rechazo cada vez que alguien abordaba la idea de alejarla. Se había enfurecido con Modyford nada más que por sugerir que existía la posibilidad de devolver a la joven; y hoy, cuando la joven le preguntó si él estaba dispuesto a darle la libertad, la cólera lo había consumido.

Sin embargo, ¿durante los últimos meses no la había cubierto de maldiciones con mucha frecuencia? En su mente la había calificado de perra española, jurando que no le demostraría compasión; pero después, una mirada de esos ojos azules era suficiente para destruir sus planes de venganza. ¿Acaso no se había prometido la mañana misma que partieron para llegar al Don Real, que jamás olvidaría que ella casi le había costado la vida? ¿No había jurado que ella no merecía confianza? Y sin embargo, aceptó sumisamente que los Satterleigh trastornasen sus planes de venganza, abandonando esa idea aquella vez en su propio cuarto, cuando María se mostró tan asustada y aterrorizada ante el cubículo oscuro donde él se proponía encerrarla. En cambio, recordó sin pizca de regocijo, él le había hecho el amor…

Le había hecho el amor con profundo placer y oscuramente, comprendió que fue entonces, por lo menos subconscientemente, que renunciara a la idea de que María debía padecer por los pecados del padre y el hermano. Lo había complacido que los Satterleigh la aceptaran tan fácilmente, que le hubiesen asignado la posición de un miembro bienvenido en la casa y en general se sentía contento y satisfecho con el actual estado de cosas y dispuesto a olvidar sus planes de venganza en todo lo que se relacionaba con María.

Esbozó un gesto renuente. No se oponía a darle la libertad, con la condición de que ella permaneciese en el Don Real y compartiese su cama…

Su mente se pobló de deliciosas imágenes del hermoso rostro de María, sonrojado de pasión; y durante varios segundos Gabriel se sumió en una ensoñación muy erótica. Pero después las desechó con esfuerzo y contempló la situación actual. ¿Qué haría? ¿Cómo podría cruzar el abismo de sangre y orgullo que los separaba?

Se le endureció el mentón, diciéndose con aspereza que ella tendría que aprender a convivir con la situación. Había muchos aspectos en los cuales él estaba dispuesto, más que dispuesto a complacerla; pero no en lo que tenía que ver con Diego y la venganza que él se había prometido desde hacía mucho tiempo. ¡Diego moriría por la mano de Gabriel! Tenía que matarlo, porque de lo contrario nunca podría hallar felicidad, nunca dejaría atrás la culpa tenaz por la muerte de Elizabeth y del destino incierto de Caroline.

El rostro tierno y juvenil de su esposa de pronto flotó en su memoria y tuvo conciencia de una profunda tristeza. Ella no había merecido morir… y él fue injusto al desposarla. Sentía afecto por ella, no amor, pues no creía que él mismo fuese capaz de ese sentimiento; y precisamente por eso se sentía aun más culpable. Ni siquiera ahora reconocía que amaba a María, pero comprendía que lo que había sentido por Elizabeth era débil y tibio comparado con las violentas emociones que la muchacha española despertaba en su pecho.

Cuando Diego haya muerto, pensó Gabriel obstinadamente, cuando Diego Delgado ya no pueda dañar a otros como lo hizo conmigo y los míos, entonces me sentiré satisfecho y podré pensar en el futuro; descubrir qué siento precisamente por María. Pero entretanto, debo cortejar a mi propia rosa llena de espinas, debo conseguir que salga a mi encuentro... En su cara se dibujó repentinamente una expresión decidida. ¡Es necesario que ella me considere más que cordial!

No sabía muy bien cómo lo lograría exactamente, pero con una actitud de renovada determinación retornó a su cama. La miró con desagrado ¡y se dijo que le habría parecido mucho más atractiva si hubiese albergado a una pequeña víbora española irritante, desconcertante y en verdad adorable!

Sonrió para sí mismo y extrañamente cómodo, ansioso de luchar por su futuro, se deslizó entre las sábanas. Al día siguiente lo esperaba otro comienzo, un día nuevo, ¡y él se proponía aprovecharlo lo mejor posible!

Con inquieto asombro, Gabriel comprobó que el objeto de sus deseos estaba más que dispuesto a responder a sus astutos avances de cordialidad. Cuando Gabriel le sugirió que quizá le agradase una cabalgata por los rincones más pintorescos de la propiedad, María le sonrió radiante y aceptó. Parecía agradarle la compañía de Gabriel y gozaba con las bellezas de las tierras de Don Real. Fue una jomada que satisfizo mucho a Gabriel y, cada vez más aturdido, cayó más y más hondo en la seducción que María tejía hábilmente alrededor de ambos, preguntándose cómo era posible que él mismo hubiese sido tan irrazonable que la creyó una enemiga. Al observar el modo en que ella controlaba diestramente las briosas maniobras de Travesura mientras el pequeño corcel brincaba y bailoteaba bajo el peso ligero de la joven, recordó aquel día en la Española, cuando ella intentó transmitirle el mensaje de Caroline y su corazón desbordó de ternura en el pecho; su propósito de entonces fue ayudarle, iy él le había arrojado brutalmente a la cara el intento mismo de ayuda! Pero en este momento su rostro adquirió una expresión preocupada y mientras volvían a los establos al paso de los caballos, preguntó con cautela:

–María, ¿qué sabes de Caroline? Ella... –Vaciló, temiendo de pronto lo que ella podía anunciarle. Una cosa era convencerse él mismo de que su hermana había muerto y otra oír la confirmación del hecho. Pero él tenía que saber, y sin rodeos preguntó:–¿Todavía vive?

María se irguió; durante un momento de confusión contempló la posibilidad de mentir; pero no podía hacerlo, sobre todo en una cosa tan fundamental como esta. Pero al recordar las palabras de la señora Satterleigh e imaginar el cadáver de Gabriel, trató de ganar tiempo.

–No lo sé. No la he visto ni oí hablar de ella durante muchos meses.

–¿Cuándo fue la última vez que la viste? –preguntó Gabriel con ansiedad, y una leve esperanza en los ojos. De mala gana, ella reconoció:

–Hace más de un año.

–¿Dónde? –la pregunta fue como un pistoletazo y la ansiedad que él sentía se transparentaba en su expresión. María respiró hondo. Con gesto obstinado dijo:

–¡No te lo diré! –Los ojos azules cargados de lágrimas y angustia, murmuró:– ¡No te enviaré a la muerte! –Y clavando las espuelas en los costados de Travesura comenzó a huir, sin escuchar los gritos de Gabriel.

Sin hacer caso de las miradas de asombro de Satterleigh padre, atravesó de prisa la cocina, deseosa de alcanzar la seguridad relativa de su habitación, pero como ella misma había previsto, Gabriel la alcanzó y aferrándole el brazo la obligó a mirarlo. Dijo con fiereza:

–¡No quiero juegos infantiles conmigo! –La sacudió duramente, y gruñó:– Bien, ¿dónde está?

Ella alzó orgullosa el mentón y lo miró desafiante.

–¡No te lo diré! –dijo rechinando los dientes–. Pero puedo informarte que está bien y que no la maltratan.

Con ojos oscuros a causa de la cólera, Gabriel rugió:

–¡Y pretendes que me satisfaga con eso! ¡Por las llagas de Cristo, mujer, no seas más tonta que lo que es inevitable! ¡Antes de que te estrangule, dime dónde está!

Desesperada, María miró a la señora Satterleigh. Conmovida por el sufrimiento que se manifestaba en los ojos de la muchacha, abandonó las manzanas que estaba pelando y dijo bruscamente:

–¡Bien, basta de eso! Déjela en paz, amo Gabriel... ella se lo dirá a su tiempo y a su modo. –Se acercó al lugar en que ambos estaban, y sin hacer caso de la mirada ofendida que Gabriel le dirigió, separó suavemente del brazo de María la mano del amo. Le aplicó a ella una leve palmada ert el trasero y dijo, amable:

–Vete, querida. Después hablaremos de esto. Sin esperar la reacción de Gabriel ante la inesperada intervención de la señora Satterleigh, María hizo lo que se le decía .y desapareció en dirección a la sala principal; con cada paso que daba temía que Gabriel, saliendo violentamente de la cocina, la persiguiera. Cuando su pie tocó el primer peldaño de la escalera, lo oyó gritar, con un sentimiento de frustración evidente en su acento:

–¡Está loca! ¡Sabe dónde se encuentra Caroline! La respuesta tranquilizadora de la señora Satterleigh no llegó a sus oídos cuando finalmente entró al santuario de su dormitorio. Pero, ¿por cuánto tiempo estaría a salvo?, se preguntó, mientras apoyaba el cuerpo tembloroso contra la gruesa puerta. ¿Cuánto tiempo antes de que Gabriel ascendiera esa escalera e irrumpiera en el cuarto?. Cuando pasaron los minutos y no sucedió nada, María se calmó poco a poco, meditando tristemente acerca del final terrible de un día que había parecido tan maravilloso. Pero, se dijo con un sentimiento de culpabilidad, no podía decir dónde estaba Caroline.

Se enderezó con alarma cuando oyó un súbito golpe en la puerta, pero la voz de la señora Satterleigh la serenó y con manos temblorosas le abrió; la inglesa le dijo severamente:

–Ojalá hubieses hablado primero conmigo antes de revelar el hecho de que Caroline vive.

Aturdida, María la miró con fijeza y consiguió decir:

–¿Qué debía haber hecho? ¿Tenía que mentirle?

–¡Sí, por supuesto! Una cosa era que él se preguntase acerca del destino de Caroline, pero ahora que sabe que está viva será como un perro con un hueso hasta que tú le digas dónde se encuentra. Habría sido —dijo francamente la señora Satterleigh– mucho mejor que le hubieses afirmado que no sabías nada de ella.

Aturdida, María meneó la cabeza.

–¿No os importa que ella esté viva? ¿No queréis que ella regrese al Don Real?

Los ojos de la señora se llenaron de lágrimas y la expresión de su cara se suavizó.

–Hija, sería mi más caro deseo... ¡pero no a costa de la vida del amo Gabriel! Por ahora está a salvo, ¡pero si se atreve a salir en busca de Caroline, temo que los perderemos a ambos! ¿No comprendes? –Con voz sorda agregó:– Si creyese por un momento que hay una posibilidad de que el amo pueda liberarla, no vacilaría en implorarte que le reveles todo lo que sabes; pero si, como temo, su vida correrá peligro en ese intento y hay escasa esperanza de éxito, no quiero que inicie una aventura absurda que desembocará en una tragedia para todos. –Los ojos color avellana exploraron ansiosamente la cara de María. Con voz tenue, de mala gana, la señora Satterleigh preguntó:– Imagino que no hay posibilidad de que la liberen, ¿no es así?

María meneó la cabeza. Finalmente contestó:

–Ni la más mínima posibilidad.

Pareció que Satterleigh reaccionaba y entonces dijo con voz más enérgica:

–¡Pues bien! ¡Tendremos que convencer de eso al amo Gabriel! Ahora, no te preocupes, he conseguido alejarlo por un rato, diciéndole que no debe gritarte y rezongarte de ese modo, que ya conseguiremos que escuches razones... más tarde.

María la miró dubitativa.

–¿Y después? ¿Qué sucederá a medida que pase el tiempo? La señora Satterleigh la miró con expresión severa.

–Cuando pase el tiempo, tendrás que mentir y decirle que ella está en un lugar que no significa riesgos.

No cabía esperar que después de negar a Gabriel la información que el deseaba tan desesperadamente, las cosas fueran fáciles entre ellos y no lo fueron, pero la situación no resultó tan terrible como había temido María. Gabriel la trataba con una actitud fría e inamistosa siempre que se veían; y aunque no mencionaba una palabra acerca de Caroline, ella tenía la desagradable sensación de que a él le habría agradado tomarla a golpes y de ese modo extraer la información requerida.

La llegada de Zeus y Pilar mejoró un poco la atmósfera, pero a la primera oportunidad, cuando María fue con Pilar a la sala rosa, su amiga le preguntó:

–Muchacha, ¿qué sucedió? Sé que no te sientes feliz en esta situación pero, ¿por qué el señor Gabriel está evidentemente irritado contigo? ¿No te advertí que debías controlar ese carácter? ¿Que no debías cometer tonterías?

–No fue por nada que yo hice –confesó María, mientras se acomodaba en el diván de terciopelo– i el motivo es algo que no haré!

Pilar "enarcó el entrecejo.

–¿De qué se trata?

–Decirle dónde está su hermana. Completamente confundida, Pilar preguntó:

–¿Y quién es su hermana y por qué tienes tú que saber dónde está y el hermano lo ignora?

María miró a su amiga. Con acento de asombro preguntó:

–¿Quieres decir que no lo sabes? ¿Que no la reconociste... la joven inglesa que está en la casa de Justina?

–¡En lo de Ramón...! –exclamó Pilar con asombro, y de pronto la identidad de la joven inglesa alta y rubia cobró un significado enorme e impidió que ella formulase más comentarios al respecto.

–¡Sí! –replicó sombríamente María–, Y ahora sabes por qué no quiero decir a Gabriel dónde está... iría decidido a arrancarla de las manos de Ramón y dudo que ni siquiera Gabriel pueda realizar esa hazaña.

Pilar asintió lentamente.

–Sí. ¡Pero es una situación imposible! –y de acuerdo con la opinión de la señora Satterleigh, agregó prosaicamente:– Bien, paloma, tendrías que decirle que está en otro lugar y que descubra por sí mismo que desapareció. Seguramente podremos pensar en un lugar donde él pueda ir sin demasiado riesgo. María la miró incómoda.

–¿No te repugna mentir? –preguntó finalmente. Pilar enarcó el entrecejo.

–¿Prefieres que él muera?

No había respuesta para esa pregunta y de mala gana María permitió que Pilar orientase la conversación hacia otros temas. Al pasar la mirada por la habitación, murmuró como de pasada:

–Muchacha, no te imaginas qué maravilloso es vivir en una verdadera casa, en lugar de eso, esa...

–¡Choza! –completó Zeus la frase. Con un guiño entró en la habitación y dijo inocentemente:– Así la denominaste, *mon amour,* ¿verdad?

Pilar se echó a reír y le dirigió una mirada de picardía.

–¡Sí! ¡Y tú coincidiste conmigo! Zeus le sonrió embobado y admitió:

–*Oui,* Íes cierto! ¿Y no es verdad también que estoy construyéndote una nueva casa, un lugar magnífico que podrás amueblar y arreglar como te plazca?

Cruzó la habitación hasta donde María estaba sentada, miró a la joven y dijo afectuosamente:

–Y bien, palomita, ¿cómo has estado? –Con expresión un poco más seria, continuó: – ¿Y qué hiciste para enfurecer de ese modo al Ángel Negro?

Desde que llegamos esta tarde no ha hecho más que hablarme del espíritu de contradicción de cierta hembra, que exhibe una irritante obstinación.

Resignada, María explicó el caso, y hasta cierto punto no la sorprendió comprobar que Zeus repetía un consejo muy semejante al que ya había recibido... idos veces! Con una expresión de desconcierto muy visible en la cara, preguntó:

–¿Ninguno de ustedes desea salvar a Caroline? ¿Por qué están tan dispuestos a mentirle acerca de algo tan importante? Zeus la miró con expresión reflexiva.

–*Petíte,* Caroline se ha convertido en una obsesión para él... ¡se siente culpable porque él está libre y ella no! Para salvarla, entraría con su barco en el puerto de La Habana y pagaría con la vida su locura. No se trata de que nos agrade mentirle; más bien se trata de salvarle la vida.

Pero Pilar fue quien impidió que la discusión continuara. Palmeando cariñosamente las manos de María, preguntó en voz baja:

–¿Estás tan segura de que Caroline desea que la rescaten? ¿Lo sabes?

Aturdida, la joven miró primero a Pilar y después a Zeus y finalmente, un poco avergonzada, respondió:

–No puedo hablar por Caroline, pero si me preguntasen lo que yo deseo, contestaría negativamente.

–¡Ya lo ves! –exclamó alegremente Zeus, y provocándole un sobresalto, se inclinó hacia ella, cerrando las grandes manos alrededor de la cintura de María y la obligó a levantarse del diván–. Y ahora –rugió– i nuestras novedades! Felicítame, *petite*. Esta marimacho que tengo por esposa está *enceinte,* ¡y en la primavera tendremos el primero de nuestros muchos y hermosos hijos!

24

Ante la noticia de que Pilar esperaba un hijo, no fue sorprendente que, al menos por el momento, María olvidase su distanciamiento de Gabriel y con los ojos azules muy grandes preguntase a su amiga:

–¿Es verdad? –exclamó, medio excitada y medio envidiosa. Pilar se sonrojó y con reproche le dijo a Zeus:– ¡Te dije que yo quería darle la noticia! ¡Prometiste que no dirías una palabra! Zeus se limitó a reír y desprendiéndose de María se inclinó y depositando un beso sobre los cabellos negros de su esposa dijo descaradamente:

–Pero no es un secreto, mi amor... y en pocos meses todos lo sabrán... ¡tu vientre proclamará claramente cuánto te amo!

Pilar emitió un rezongo, sin duda tironeada entre el regocijo y la irritación. Señalando la puerta con un dedo, ordenó:

–¡Fuera, gran sinvergüenza! Ve a buscar al señor Gabriel y pavonéate ante él de tu proeza, pero déjanos solas un momento.

De ningún modo perturbado por la actitud de su esposa, Zeus dirigió un guiño a María y salió pomposamente del cuarto. Cuando estuvieron solas, María echó los brazos al cuello de Pilar y exclamó con expresión de felicidad:

–¡Oh, Pilar, qué maravilloso para ti! ¿No te sientes emocionada y complacida?

–Sería mejor decir que estoy asombrada –replicó secamente Pilar y la alegría que se manifestaba en los ojos oscuros refutaba la sequedad del tono–. Pensé que era estéril... como sabes, ya estuve casada y nunca concebí. María sonrió con picardía.

–Pero tu primer marido no fue como Zeus, ¿verdad? Pilar se sonrojó como una jovencita pero había un sesgo sensual en sus labios cuando murmuró:

–¡No, no era como él!

El resto de la tarde pasó de prisa y sólo cuando llegó la hora de la cena María recordó su extraña situación en el Don Real. Desde la llegada de Pilar y Zeus, ella se había desempeñado más bien como la señora de la casa. Presentó a Pilar al matrimonio Satterleigh, y recorrió con su amiga las diferentes habitaciones y en general fue la anfitriona.

A nadie le pareció extraña esta actitud y los Satterleigh se comportaban como si fuese perfectamente normal que la "esclava" del amo pasara la tarde agasajando a los invitados; ni siquiera Gabriel formuló objeciones cuando él y Zeus regresaron de los establos y encontraron a las dos mujeres sentadas en la habitación principal, bebiendo una copa de limonada. Pero cuando los otros fueron al primer piso para cambiarse, María advirtió que si bien podía haber representado el papel de ama de casa durante las últimas horas, era cualquier cosa menos eso. Desconsolada, entró en la cocina y preguntó en voz baja:

–Señora Satterleigh, ¿puedo servirle de ayuda? Me temo que esta tarde olvidé el lugar que me corresponde. La señora emitió un rezongo y murmuró:

–¡Por mi parte creo que por primera vez desde que llegaste estabas en el lugar que te corresponde! ¡Pero ahora basta de tonterías! Tenemos que atender a los huéspedes y no es necesario que estorbes en mi cocina. Como falta un rato para servir, ¿por qué no vas a descansar en la habitación que el amo Gabriel ordenó que te prepararan ayer?

La sorpresa de María fue evidente en la exclamación ahogada que partió de ella y balbuceando preguntó:

–¿Un cuarto...? ¿Ordenó que me prepararan un cuarto? Atareada con los planes para la cena, su cabeza en otras cosas, Satterleigh dijo exasperada:

–Niña, ¿no es lo que acabo de decir? Ahora, vete, aún debo preparar una tarta de queso y la salsa para el cordero.

Sintiéndose reprendida y desairada, María se limitó a preguntar: –¿Dónde está mi cuarto?

–¿Tu cuarto? –La señora Satterleigh apartó los ojos de la masa depositada sobre la mesa.– Ah, sí, tu cuarto... frente a la habitación del amo. –Sonrió amablemente a María.– Retiramos varias cosas del depósito, y tratamos de prepararte un lugar agradable. ¡Ahora, vete!

Mientras caminaba por el largo corredor del primer piso, María oyó el grave murmullo de las voces que provenían de la sala rosa y sonrió apenas. ¡Qué afortunada era Pilar de tener un esposo que la amara! ¡Y pensó que apenas tres meses atrás, en Panamá, Pilar había jurado que jamás volvería a casarse!

Abrió la puerta del cuarto indicado por la señora Satterleigh, se detuvo en el umbral y una expresión de placer se dibujó en su cara. Era cierto que la enorme habitación estaba poco amueblada en vista de su amplitud y que los diferentes objetos extraídos del depósito a lo sumo ocupaban una mitad del espacio, pero el efecto era encantador.

A pesar de que parte de la habitación estaba vacía, María quedó encantada con su nuevo dormitorio y cuando se sentó sobre el colchón de plumas, en realidad se sintió más cómoda allí que en la refinada elegancia de la sala rosa. Este era su cuarto, amueblado para ella, y tenía la certeza de que incluso después de la partida de Pilar y Zeus continuaría durmiendo allí.

Acababa de recostarse y casi se había adormecido cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta. Se sentó en la cama, y contestó nerviosamente:

–¿Sí? **¿Quién** es?

Era Gabriel; sin responder a la pregunta abrió la puerta, la cerró firmemente y avanzó hacia ella. El corazón de María comenzó a latirle con fuerza y se puso en guardia cuando lo vio acercarse, preguntándose si había buscado ese encuentro en privado para continuar exigiendo que le revelase el paradero de Caroline.

Cuando él se detuvo a pocos metros de la cama, las manos enjarras, dirigió a la joven una mirada dura y ella preguntó directamente:

–¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

Los labios de Gabriel formaron una mueca y murmuró:

–Deseo muchas cosas, ¡pero dudo de que estés dispuesta a darme las dos que más deseo! –La mirada de Gabriel descansó un momento sobre la boca de María y juzgando por el gesto súbitamente sensual del labio inferior, ella tuvo la certeza absoluta de cuál era por lo menos una de las cosas que él deseaba.

Moviéndose incómoda bajo el escrutinio de Gabriel, preguntó impotente:

–¿Por qué estás aquí?

–Por una parte, para ver si te agrada tu nueva habitación y por otra, para comprobar si ya descubriste el contenido del armario y el arcén –replicó Gabriel como al descuido, y acercándose al armario lo abrió y le mostró varias prendas femeninas depositadas allí.

Que no eran el atuendo propio de una criada se desprendía claramente de la abundancia de encaje que adornaban algunas de las prendas, e incluso desde el lugar en que ella estaba María podía percibir que el vestuario estaba formado por sedas y terciopelos y otros artículos costosos.

Gabriel se apartó del armario, recorrió la corta distancia que lo separaba del arcén, a los pies de la cama, y levantando la tapa dijo:

–Creo que encontrarás un surtido de corsés, ballenas y qué sé yo cuántas cosas más. Richard –continuó con un gesto burlón–no está tan familiarizado con tus… bien… medidas como yo, y por lo tanto se sintió un poco inseguro en este asunto.

–¿Richard? –exclamó tontamente María–. ¿Richard me trajo estas cosas?

–Hum –contestó desganadamente Gabriel–. Naturalmente, porque yo se lo pedí. Si quieres recibir apropiadamente a mis huéspedes, tienes que vestir de acuerdo.

Frunciendo el ceño, María lo miró con atención y se preguntó si había bebido excesiva cerveza mientras estaba con Zeus esa tarde, en los establos. Con prudencia, dijo:

–Esto es muy amable de tu parte, pero, ¿no has olvidado mi posición aquí? Estas prendas no son las que corresponden a una–una… esclava.

–Y tú, mi seductora e irritante brujita, no has sido una esclava ni un solo día de tu vida; ciertamente, es ridículo fingir que fuiste mi esclava; ¡ambos sabemos que eso es absurdo! –rezongó Gabriel, y en su voz la burla era muy evidente. Miró el sórdido atuendo de María y murmuró con desagrado:– ¡No usarás más esas ropas y a partir de esta noche prescindiremos de la fachada escasamente divertida de que tú eres mi esclava! No se te ha tratado como una esclava y creo que me fatigué del juego que estuvimos jugando.

–¡Juego! –repitió María, en los ojos una chispa de resentimiento–. ¡Para mí no ha sido un juego!

–Entonces, fue una apariencia –rezongó Gabriel, deteniéndose frente a ella. Aferró el brazo de María y bruscamente la acercó–. Es posible que te haya capturado y convertido en prisionera, ¡pero nunca nadie creyó que fueses esclava! ¡Tú fuiste la primera que me llamó amo y tú la que me arrojó a la rara las sedas y los encajes! ¡Tú fuiste siempre la que insistió en que representáramos estos papeles y por mi parte ya estoy harto del asunto!

Con su mirada fija en los ojos de Gabriel, la boca súbitamente seca, ella le preguntó modulando las palabras:

–¿Estás diciéndome que no soy tu esclava?

–¡Sí! –gruñó Gabriel, su respiración se aceleró, y sus ojos descendieron hacia la blanda boca que estaba a pocos centímetros de su cara.– No negaré que eres mi rehén, pero no eres una criada, ni una esclava, y tampoco fingiré más que lo eres… si prefieres simular, dulce víbora, ¡finge que eres mi invitada cautiva!

María apenas escuchaba estas palabras, porque tenía precisa conciencia de esos labios duros y bellos tan cerca de los suyos propios, excesiva conciencia de la calidez que irradiaba de ese cuerpo fuerte, de modo

que no podía concentrar la atención. La cara morena y apuesta estaba tan cerca que ella sentía la respiración de Gabriel sobre su mejilla y una extraña debilidad invadió su cuerpo; deseó inclinarse hacia adelante, tocar cota los labios esa piel suave y bronceada. ¡Ah, Dios!, estaba desesperada. ¡Lo amaba tanto! Y ansiaba sumergirse en el éxtasis de su abrazo vigoroso, permitir que los besos apasionados y embriagadores de Gabriel y su férrea posesión expulsaran la realidad durante los breves instantes en que él la poseía.

Pero si María no era indiferente a la proximidad de Gabriel, tampoco éste era inmune a la cercanía de la forma esbelta de la joven y dificultosamente intentaba aferrarse al hilo de su pensamiento. Era imposible; a lo sumo, podía pensar cuánto deseaba besar esa blanda boca, arrancar esas prendas ofensivas para perderse en la sedosa calidez que, como él bien sabía, estaba debajo. Desechando su dominio conquistado con tanta dificultad y las promesas que él mismo se había formulado, de pronto murmuró con voz espesa:

–No, no invitada... jamás una invitada... más bien una amante.

Compulsivamente su boca se unió con la de ella, y sus manos descendieron a los hombros de María para retenerla, mientras hambriento y anheloso hundía sus labios en los de la joven.

María sin intención de negarse, entreabrió dulcemente los labios entre los de Gabriel y su lengua se deslizó ansiosa junto a la de él, explorando la boca de Gabriel tan minuciosamente como a su vez él hacía con la boca de María. Con un ronco gemido, Gabriel la acercó más, y sus brazos fuertes la apretaron, de modo que ella tuvo verdadera conciencia de la excitación que él sentía, del músculo túrgido entre los muslos frotándose insistente contra el cuerpo de María.

Los brazos de María rodearon su cuello y sus dedos acariciaron los espesos cabellos negros; ajenos a todo el resto, ambos cayeron sobre el lecho y la mano de Gabriel voló inmediatamente al corpino de María. En un instante sus senos quedaron expuestos al contacto de la mano y él no tardó en acercar la boca tibia a los pezones de coral, su lengua acarició gentilmente los extremos cada vez más tensos. Gabriel levantó la cabeza dirigiéndole una mirada prolongada y sensual.

–Sabes –dijo– a fresas y vino... y cuando se trata de ti, soy un hombre hambriento.

Inclinó de nuevo la cabeza, y deslizó los labios sobre los hombros de la joven antes de retornar a los pechos color crema.

Indiferente a todo salvo al momento que ambos compartían, las manos de María no estaban ociosas: la camisa blanca de Gabriel se había desprendido de la cintura mientras ella exploraba complacida el pecho musculoso. Como un gato satisfecho, ella hundió apenas los dedos en el pelo oscuro y rizado que encontró allí, y gozó con su propio poder cuando sintió que él se estremecía bajo sus caricias. Tan hábilmente como él, ella acarició el liso pecho masculino y se emocionó cuando los pezones de Gabriel se endurecieron tanto como los de la propia María.

Los dedos de él estaban en la cintura de la muchacha, luchando con las cintas que aseguraban la falda, cuando ambos oyeron la voz de Zeus que resonaba estrepitosamente en el corredor.

–Gabriel, *mon ami,* ¿dónde estás? Ven, ¿no prometiste mostrarme antes de la cena ese par de excelentes pistolas francesas que tienes por ahí?

Gabriel quedó como paralizado, maldiciendo con violencia por lo bajo, se separó de María y se puso de pie. Con movimientos duros e irritados se arregló la camisa, y con voz que era ronca a causa de la frustración y el deseo insatisfecho, gruñó a María:

–No bajes si no aceptas esas ropas que están en el armario. Si te atreves a mostrar la cara con ese maldito atuendo puritano me complacerá mucho darte unos buenos golpes... ¡y después desnudarte y vestirte yo mismo!

Se volvió, caminó hacia la puerta y después'de abrirla dijo tranquilamente a Zeus:– Aquí estoy, amigo mío. No necesitas mugir como un toro herido para encontrarme.

Sin mirar hacia atrás salió y cerró la puerta.

Aturdida, María miró la puerta cerrada, preguntándose si ella había imaginado la escena apasionada entre ellos, la misma que había concluido apenas unos segundos antes. Volvió los ojos hacia su propio pecho desnudo, los pezones todavía duros a causa del deseo, y se sonrojó. No, ¡no había imaginado nada!

Alegre, confundida y al mismo tiempo perpleja ante las palabras de Gabriel, se lavó lentamente el cuerpo con el agua que había en la palangana. Gabriel había aclarado muy bien que la deseaba físicamente y ella no podía fingir que no lo deseaba con la misma desesperación. Pero no la consolaba mucho saber que si bien el deseo que había en ella estaba motivado por el amor... en cambio él actuaba impulsado meramente por la lascivia.

Pero ahora, ¿qué puedo hacer? Esa fue su desconcertada pregunta. Una cosa era alimentar sentimientos de indignación y amargura al verse reducida a la condición de una cosa vulgar, una parte de la propiedad del inglés, sin voluntad propia, y otra ser una invitada forzosa en la casa de alguien. Representaba una leve modificación de su jerarquía, pero al mismo tiempo una modificación importante y concibió la idea deprimente que ahora le sería cada vez más difícil ocultar el amor que sentía por él.

Era evidente que él la deseaba como amante y también evidente, incluso ella lo admitía, que existía entre ellos un sólido vínculo físico. ¿Pero, podía ella aceptar las caricias de Gabriel sabiendo que la sensualidad era la única motivación de ese hombre? ¿Qué otra mujer, quizá cualquiera, podría haberlo satisfecho? Apenas una semana atrás, ella había reconocido que lo amaba, y se había impuesto elegir entre el honor y el orgullo de la familia y el profundo sentimiento que experimentaba por él... Pero, ¿podía mantener esa actitud, sabiendo que él sólo deseaba su cuerpo y que ella como persona nada significaba para Gabriel?

Era imposible responder al interrogante. María sospechaba oscuramente que durante un tiempo ella podría convencerse a sí misma de que su cuerpo era bastante, de que el amor embriagador de Gabriel la satisfaría y le permitiría olvidar que a lo sumo ella se veía usada por él para saciar un

ansia elemental... un ansia que nada tenía que ver con el amor. Sospechaba que con el tiempo llegaría a odiarlo por las pasiones vergonzosas que suscitaba en ella, y porque conseguía que se sintiera avergonzada y disgustada ante la imposibilidad de resistirle.

Era un pensamiento sombrío y, desconcertada, María comenzó a vestirse, sin prestar verdadera atención a las prendas que elegía. El instinto seguramente guió sus manos, decidió de mala gana mientras cruzaba la habitación y se preparaba para descender y reunirse con los otros. Un corpino de satén negro y oro adornado con metros y más metros de fino encaje se destacaba aun más gracias a la falda de gruesa seda verde esmeralda. El corpino de cintura alta, con las mangas hasta los codos, estaba confeccionado con un brocado verde claro y se agregaban varias filas de cintas y encajes que adornaban las mangas; el encaje delicado de la camisa se derramaba desde el borde del corpino. Había visto varios pares de zapatos y el que ella eligió sin prestar mucha atención era negro, con una punta cuadrada y un arco de cinta. Tenía una hermosa apariencia, con los largos cabellos negros recogidos sobre la nuca y sujetos por una ancha cinta dorada que había hallado en el arcén; y el fulgor que de pronto iluminó los ojos de Gabriel cuando ella entró en la sala logró que se alegrase de haber prescindido de esas prendas negras y sórdidas que parecían ofenderla tanto.

La velada fue agradable y la joven no tuvo dificultades para olvidar un rato la situación incierta y equívoca entre ella y Gabriel. Zeus era un hombre divertido y Gabriel no se quedaba atrás; de modo que sólo cuando ella volvía los ojos y encontraba los de Gabriel, con un resplandor extraño en su profundidad, sólo entonces recordaba que las cosas no estaban resueltas entre ellos.

María temía y ansiaba que llegase el fin de la velada. ¿El se acercaría a la cama que ella ocupaba? ¿Ella pasaría la noche en los brazos de Gabriel y el deseo que sólo él excitaba finalmente se apaciguaría por lo menos durante un minuto?

Era tarde cuando las dos mujeres ascendieron la escalera para ir a acostarse, dejando a los dos caballeros que charlaban y consumían la botella de fuerte brandy francés que Zeus había traído consigo. Demasiado nerviosa y desconcertada para dormir, permaneció despierta largo rato y su corazón de pronto aceleró los latidos cuando oyó el ruido de pasos en el corredor. Con alivio y decepción escuchó abrirse y después cerrarse la puerta que conducía al cuarto de Gabriel. Se sentó en la cama atenta al más mínimo sonido. ¿El aún vendría? Quizá sólo estaba desvistiéndose y en la oscuridad ella se sonrojó al evocar la imagen que representaba el cuerpo desnudo de Gabriel. Pero cuando pasaron los minutos y la casa permaneció sumida en el silencio, comprendió que Gabriel no tenía intención de continuar el asunto en el punto en que lo había dejado. Y la habría asombrado descubrir que las mismas razones que la turbaban eran las que impedían que él se acercara a su cama.

Gabriel en efecto había vacilado frente a la puerta de María y el recuerdo de la dulzura con que ella había respondido a sus caricias unas horas antes, casi lo indujeron a olvidar sus escrúpulos. Casi. En el curso de su vida, nunca prestó mucha atención a lo que pensaba la mujer que compartía con

él un acto de amor. Oh, nunca fue irreflexivo o cruel o indiferente; siempre se había preocupado de lograr que el interludio terrenal aportase placer a la mujer tanto como a él mismo, y quizá con Elizabeth había puesto aun mayor cuidado en el asunto e incluso se había preguntado fugazmente si sus caricias la complacían. Pero con María era distinto. Muy distinto, pensó cáusticamente mientras se metía en la cama. Con María deseaba algo más que una mera satisfacción física... quería, comprendió nerviosamente, que ella lo amase, que la unión de los dos no fuese una mera pasión animal.

Tantas cosas los separaban, murmuró inquieto... la vendetta entre las familias, la captura *delRaven,* la esclavitud de Gabriel, la captura de María, tantas cosas... En la oscuridad Gabriel suspiró profundamente y comprendió que en realidad estaba pidiendo demasiado al destino... que María sintiese por él no sólo odio y desprecio. Sin embargo intuía, o creía intuir, que ella no era por completo indiferente a él y podía consolarse sabiendo que estaba a su alcance excitarla... al margen de que ella lo quisiera o no. No era mucho consuelo.

Con una maldición, Gabriel se sentó en la cama. ¡Por Dios! ¿Por qué sus pensamientos siempre desordenados retornaban a la misma idea, la del amor entre un Lancaster y una Delgado? Durante un segundo pensó en el matrimonio de sus padres, en el profundo amor que sir William había sentido por su esposa, que también lo adoraba. ¿Gabriel corría peligro de enamorarse así de María Delgado? ¿Corría grave peligro de entregar su corazón a una mujer que en todo caso despreciaría el amor que él le profesaba?

Apretó obstinadamente los labios. No. No estaba tan consumido de deseo por ella que le permitiese gravitar sobre la parte más profunda de su ser. Pero era inconcebible que él no pudiese, como se lo había prometido apenas unos días antes, obligarla a sentir amor. Y cuando ella lo amase... sonrió secamente... bien, una vez que él la obligase a reconocer que lo amaba, tendría que examinar exactamente qué sentía por ella. ¡Pero experimentaba la extraña sensación de que ya sabía exactamente lo que sentía por María Delgado! Reconocía sombríamente que tendría que mostrarse muy circunspecto al presionarla, porque si ella adivinaba lo que él se proponía, Gabriel temía, y con buenos motivos, que sus planes fracasarían y que su esperanza de un feliz desarrollo se vería destruida por segunda vez.

Gabriel frunció el ceño. ¿Y qué podía decirse de Caroline? ¿Por qué María no quería decirle dónde estaba? Su ceño se suavizó apenas un poco y latiéndole el corazón con más fuerza recordó las palabras de María: "¡No te enviaré a la muerte!" ¡Sin duda, eso significaba algo! ¿Quizás ella ya le amaba profundamente?

Con una sonrisa de felicidad en los labios, Gabriel se recostó. Pensó afectuosamente: ¡Qué tontita! Como si él estuviese dispuesto a permitir que algo lo lastimase, sabiendo que ella lo esperaba en el Don Real. Y se dijo: ¡Más tarde o más temprano, tigrecilla, me dirás dónde está mi hermana!

El hecho de que Zeus y Pilar prolongasen indefinidamente su visita mientras se realizaban importantes labores de construcción en *Havre du Mer,* suavizó la situación entre Gabriel y María. A lo largo del día estaban

muy atareados atendiendo a sus huéspedes, y así tuvieron la oportunidad de saber más cada uno respecto del otro, en compañía de amigos muy interesados y complacientes. Zeus y Pilar hicieron mucho para promover la unión que ambos creían inevitable desde hacía largo tiempo y esos esfuerzos contaron con la eficaz ayuda de los Satterleigh. Así, la señora dijo una tarde a Pilar:

–Querida, ¡ya es hora de que el amo Gabriel tome esposa! Y no puedo decirle cuan complacidos nos sentimos mi esposo y yo cuando conocimos a la señorita María. ¡Es perfecta para él! Con respecto a ese asunto del apellido Delgado ... ¡es pura tontería! ¡Es posible que haya nacido Delgado, pero estaba destinada a ser Lancaster!

Por su parte, Pilar pensaba lo mismo y una noche, unos ocho días después de su llegada al Don Real, mientras ella y Zeus estaban acostados, Pilar preguntó bruscamente:

–¿Crees que en realidad Gabriel la ama? Zeus, sonriendo atrajo a Pilar y la apretó contra su ancho pecho.

–*¡Mais oui, ma coeur!* Pero él es muy obstinado y creo que está un poco temeroso.

–¡Temeroso! –explotó Pilar y se sentó bruscamente en la cama, al lado de su corpulento marido.– ¿Por qué debe sentir miedo?

–Porque tu palomita es .muy hábil para ocultar sus sentimientos. Y creo que también ella está un poco confundida e insegura acerca de los anzuelos que él le arroja. Es una muchacha muy orgullosa, tanto como él, y creo que teme pasar por tonta; de modo que, al mismo tiempo que le sonríe tan encantadoramente y no rechaza los avances de Gabriel, tampoco, como habrás notado, los alienta precisamente.

–¡Pero Zeus, eso no es justo! –arguyó Pilar–. ¡El también se mostró muy prudente en su acercamiento! Si tú mismo no estuvieses tan seguro de que él la ama, yo, por sus actitudes, no lo habría adivinado. Se muestra muy amable con ella, pero veo que pone mucho cuidado y evita avanzar demasiado. Zeus arguyó:

–¿Y cuando reunió a todos los criados y les dijo, estando María a su lado, que ella era su invitada? ¿Que debían tratarla con honor y respeto? ¿Esa no fue una clara actitud?

–Bien, sí, imagino que sí –reconoció Pilar.

–¿Y viste sus ojos? –preguntó Zeus–. ¿Cómo sigue los movimientos de María de un lado al otro de la habitación? ¿Cómo se le iluminan cuando ella está cerca? ¿O que uno tiene la Sensación de que escucha la conversación sólo a medias cuando ella se aleja? ¿Que piensa siempre en María y en lo que ella hace?

Hubo una pausa meditativa. De mala gana Pilar respondió:

–Sucede lo mismo con ella. –Suspiró y dijo exasperada:–¡Esos dos son tan tontos! Ojalá él haga algo que modifique la situación.

Zeus volvió a sonreír.

–¿Y eche a perder mi placer? No, *chérie.* ¡Es demasiado divertido observar al corpulento y seguro Ángel Negro avanzar torpemente en este

galanteo espinoso y difícil! Se lo tiene merecido por todas las mujeres que se arrojaron a sus pies y a quienes él ignoró fríamente. De todos modos, sospecho que algo tendrá que suceder pronto: los últimos días Gabriel tiene actitudes demasiado obstinadas e irritantes y no es muy agradable tenerlo cerca.

Algo sucedió, pero no fue lo que ellos habrían esperado, o deseado. La tarde siguiente, cuando Gabriel, Zeus, Pilar y María retornaban a la casa después de un agradable picnic cerca de una hermosa cascada, en un claro en la montaña, a cierta altura sobre el Don Real, fueron recibidos por la señora Satterleigh, que parecía un tanto inquieta. Los cuatro acababan de entrar en la casa cuando aquélla se acercó trayendo en la mano un papel sucio y arrugado.

–Amo Gabriel –dijo con expresión ansiosa– esto llegó menos de una hora después que ustedes salieron, esta mañana. –Entregó el papel a Gabriel y agregó:– Creo que puede ser importante... nunca había visto antes al hombre que me lo entregó, quien se marchó apenas tuve la nota en mis manos; y dijo que a usted le parecería interesante, agregando que esperaría la respuesta en el Caballo Blanco de Port Royal.

María observó, el papel doblado y se alarmó cuando identificó la escritura firme y enérgica al frente de la nota. ¡Diego! ¿Qué podía haberle escrito a Gabriel?

No necesitó mucho tiempo para satisfacer su curiosidad. Gabriel leyó de prisa el contenido de la nota y se le endurecieron los rasgos del rostro. Miró sombríamente a María.

–¿De qué se trata? –exclamó ella, acercándose a Gabriel. El la miró largamente y un sentimiento extraño se manifestó en sus ojos antes de que entornase los párpados. Fríamente dijo:

–¿De qué se trata? Bien, es sólo una nota de tu amado hermano, que me ofrece un canje.

Con la boca seca, María preguntó:

–¿Un canje? ¿Qué clase de canje?

Gabriel sonrió oscuramente, la mirada fría y dura.

–Tú, tigrecilla. Me entregará a Caroline a cambio de ti.

25

Desde la cubierta *del Ángel Negro* María aguzó la vista para ver la forma del desolado atolón que Diego exigió se utilizara para el canje. Incluso ahora, unas tres semanas después del terrible día en que Gabriel recibió la nota de Diego, la joven no podía creer que estaba allí. Y que Gabriel en efecto se preparase para devolverla fría y serenamente al hermano. Pensó, sombría: sin embargo, ¿acaso podía esperar otra cosa? A Gabriel nada le importaba de ella, pese a las esperanzas que concibiera durante esos días maravillosos,

antes de que la misiva de Diego lo destruyese todo. El la había usado, quizá gozado de su cuerpo, pero era evidente que nada significaba para Gabriel. Y si María alimentó la débil esperanza de que el joven inglés llegaba a interesarse en ella, sus actos durante las últimas semanas la destruyeron por completo. Se había mostrado tan frío, tan distanciado de ella, evitándola, todos sus pensamientos en Caroline y en el momento en que podría abrazar de nuevo a su hermana.

Todos los habitantes del Don Real se impresionaron profundamente cuando conocieron el contenido de la nota de Diego, y los días que siguieron fueron turbulentos e inquietantes. Zeus y Gabriel desaparecieron casi inmediatamente, alejándose sin decir palabra. María supuso, y Pilar después lo confirmó, que se habían dirigido sin perder un minuto a Port Royal, para celebrar un encuentro en el Caballo Blanco. Pero fuera de eso, María no pudo saber nada más. Los Satterleigh realizaban sus tareas con los labios sellados y expresiones inquietas; Pilar y María, por su parte, trataban de consolarse, y ella se repetía nerviosamente que él no la devolvería a Diego; pero se equivocó. Cuando por fin Gabriel y Zeus regresaron al Don Real, Gabriel dijo derechamente:

–Zarpamos en menos de dos semanas, la fecha de la cita es el veinticuatro de setiembre.

María se quedó muda, helada ante el aparente interés de desembarazarse de ella. Sin embargo, se dijo con criterio realista, y un sentimiento de infelicidad, ¿acaso podía esperar otra cosa? Caroline era la hermana de Gabriel y ella misma sólo una Delgado. El anuncio de Gabriel había provocado un grito ofendido de Pilar y Zeus apenas consiguió evitar que su esposa atacase a Gabriel. En definitiva. Pilar se había calmado, pero las miradas que había dirigido a su anfitrión desbordaban veneno, a pesar de que ella misma le comentó a menudo a María:

–No puedo creer que él te haga eso. Debe sentir algo por ti;

si no fuera así, ¿por qué te habría tratado tan bondadosamente estos últimos meses?

Desalentada, la joven le respondió:

–Olvidas que Caroline es su hermana y que quiere arrancarla de la cautividad.

Pilar parecía descontenta, pero hasta la mañana en que el *Ángel Negro zarpó* de Port Royal, sostuvo con obstinación:

–¡Algo se prepara! Lo sé, él no te entregará sumisamente a tu hermano. Seguramente tiene un plan y no nos dice nada. Ese gran bruto de Zeus no quiere hablarme, pero ambos sabemos que él estará contigo en el barco y eso me consuela un poco.

Pilar se puso furiosa e irritada porque la dejaron en tierra cuando la nave partió y la última vez que María la vio, estaba de pie sobre el muelle de Port Royal, las lágrimas brotando en abundancia. Los ojos de María estaban secos; se sentía demasiado aturdida para sentir nada más que una desesperanza agotadora. En ese momento, Zeus le pasó el brazo cálido y reconfortante sobre los esbeltos hombros y murmuró:

–Vamos, palomita, te mostraré tu habitación. La semana que pasaron en el mar no presentó episodios destacados y el paso del tiempo influyó intensamente en el ánimo de María. Según se había enterado de labios de Zeus, el punto de destino era un atolón desierto y rocoso en la vasta extensión del Caribe, un lugar que estaba a varios días de navegación de cualquier isla habitada.

Ahora estaban anclados a unos ocho kilómetros del atolón donde se realizaría la cita y el canje al alba del día siguiente. María comprendió entristecida que esa sería su última noche a bordo del *Ángel Negro.* A esa misma hora del día siguiente estaría con Diego, probablemente camino a la Española y los episodios de los últimos meses parecerían un sueño... una pesadilla, se dijo con dolor.

Fatigada, comenzó a apartarse de la baranda, al mismo tiempo que se preguntaba adonde había ido a parar su vigor y su espíritu y de pronto chocó con el cuerpo sólido de Zeus. En la oscuridad, él le sonrió y dijo en voz baja:

–No desesperes, pequeña, no todo está perdido. María tuvo un leve sobresalto, y con mirada de dolor fija en el rostro de Zeus, le preguntó en voz baja:

–¿Qué quieres decir? ¿Tal vez él no me entregue a mi hermano a cambio de Caroline?

Zeus se acarició la nariz con la mano, después miró alrededor y al ver que estaban solos, dijo con tono grave:

–Me desollará vivo si sabe que te lo conté, pero a Pilar no le agradaría que yo permita que estés tan triste.

Ambos se sonrieron y Zeus continuó en el mismo tono grave:

–No puedo decirte lo que se planea, pero confía en que nuestro malhumorado Ángel Negro jamás te entregará.

María tragó dificultosamente y la esperanza renació de tal modo en ella, que durante un momento quedó muda.

–¿Por qué? –dijo finalmente–. ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué estas últimas semanas se comportó como si no pudiera soportarme?

Zeus suspiró y contestó sin rodeos.

–Creo que porque al menos ahora te detesta un poco... has complicado mucho lo que debería haber sido una situación sencilla.

Deprimida, María murmuró con voz que reflejaba su mortificación.

–Comprendo... en efecto, se alegrará si yo desaparezco. Zeus dijo amablemente:

–¡No seas tonta! Jamás concibió la idea de devolverte a tu hermano... i se trataba únicamente de saber cómo podíamos recuperar a Caroline! Por ahora no te diré más, pero borra de tu bonita cara esa expresión melancólica... todo saldrá bien; recuérdalo, Pilar me castigará si descubre que he permitido que te sientas desgraciada.

Con una trémula sonrisita en los labios, María rodeó con los brazos el cuerpo macizo de Zeus y lo abrazó fuertemente.

–¡Oh, Zeus! ¡Pilar tiene mucha suerte de haberte encontrado!

Zeus retribuyó el abrazo.

–*Oui,* ¡eso es cierto! Pero ahora vete a dormir y sueña en el futuro que todos compartiremos en Jamaica.

Con el corazón más reanimado, María atravesó la cubierta en dirección a su cuartito, cerca de la popa de la nave, no lejos de la espaciosa habitación del capitán. Pero antes de descender, los ruidos de un intenso movimiento atrajeron su atención, y se volvió para mirar.

De pronto hubo mucha acción en cubierta: varios miembros de la tripulación estaban dedicados a preparar el descenso de dos largas canoas por el costado del barco. Vio la figura alta de Gabriel que supervisaba la operación y un segundo después Zeus se reunió con 61.

Fascinada, María observó mientras bajaban las canoas, y vio asombrada que Zeus abrazaba con fuerza a Gabriel y tuvo la extraña sensación de que estaba diciendo a su capitán palabras de aliento, exactamente lo mismo que había hecho con ella apenas unos instantes antes. Un segundo después, Zeus y varios hombres fuertemente armados desaparecieron por el costado del barco. Movida por la curiosidad, María abandonó su posición, corrió hacia la borda y en la oscuridad que reinaba allá abajo, pudo ver con profunda excitación que Zeus y los demás tripulantes se acomodaban en las canoas y comenzaban a remar silenciosamente en dirección al atolón. Con el corazón que le latía aceleradamente, se preguntó si eso era parte del plan.

–¡María! –sonó la voz de Gabriel detrás de la joven–. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que ya te habías retirado a dormir.

Su voz no sonaba precisamente amistosa, pero al recordar las palabras hasta cierto punto tranquilizadoras de Zeus, la joven se volvió para mirarlo. Tampoco la expresión era muy cordial, se dijo María de mala gana, al ver la línea tensa de sus labios, la frialdad de los ojos verde esmeralda.

En voz baja, ella le respondió:

–Ya iba a acostarme. –E impulsada por el deseo de lograr que él manifestara algo de lo que sentía y necesitando desesperadamente un signo suyo que le dijera que no estaba dispuesto a entregarla tranquilamente a Diego, preguntó de pronto:

–¿Te sentirás feliz mañana por la noche, cuando yo no esté contigo?

Incluso a la débil luz de la luna, vio que los ojos de Gabriel se ensombrecían y la dominó una salvaje alegría, cuando 61 la atrajo bruscamente y rugió:

–¡Mañana por la noche estarás conmigo! ¡No permitiré que te vayas... y esa es mi condenación!

Su boca hambrienta presionó sobre la de María, ella gozando con la misma crueldad del beso y como un flujo de mercurio, la alegría se difundió por todas sus venas. ¡A él le importaba! No podía ser sólo la necesidad de venganza la que lo inducía a retenerla, e inerte ella se entregó al éxtasis del abrazo.

Largo rato después, cuando ya el beso de Gabriel se había suavizado y cobrado un sesgo más benigno, con evidente renuencia él apartó sus labios de la boca de María. Con voz espesa le dijo:

–Ve a acostarte, i o juro por todo lo que es sagrado que te violaré aquí mismo, en cubierta!

Durante un segundo María vaciló, todavía demasiado aturdida por el beso para pensar claramente, pero como advirtió que algunos miembros de la tripulación continuaban cerca y observando con interés el abrazo, asintió y se alejó de prisa.

La despertó una hora antes del alba la mano impaciente de Gabriel sobre su hombro.

–Vístete –dijo secamente– estamos acercándonos al lugar de la cita.

Consciente de súbito del movimiento del barco y atemorizada por lo que esa mañana podía depararle, sus dedos temblorosos, María se vistió de prisa. Con movimientos rápidos recogió sus cabellos en una larga y gruesa trenza, y fijó esta alrededor de la cabeza. Después, respirando hondo para serenarse, y tratando de calmar el tumulto nervioso que la agitaba, salió de la habitación y ascendió a cubierta.

Las primeras pálidas líneas del alba teñían el horizonte con suaves matices rosados y dorados, pero María no tenía tiempo para apreciar la belleza de la alborada tropical y sus ojos se volvieron inmediatamente hacia la figura alta de Gabriel, que estaba en el alcázar, mirando hacia el este. La joven siguió la dirección de su mirada y contuvo la respiración al ver el gran galeón español, las enormes velas plegadas, la nave anclada frente al pequeño y desolado atolón elegido para el canje. Era el barco de su hermano, el *Santo Cristo, y* María se preguntó qué clase de terribles recuerdos poblaban la cabeza de Gabriel mientras miraba la nave. Tan terribles como ella lo había temido, pensó un segundo después, al acercarse a Gabriel. Tenía la cara sombría y su cuerpo permaneció en una peligrosa quietud, la quietud de una pantera hambrienta que acaba de divisar la pieza.

El no advirtió en absoluto la presencia de María, y vacilante, la joven murmuró:

–¿Gabriel? Estoy pronta.

Con un gran esfuerzo pareció que él rechazaba los pensamientos que se habían apoderado de su mente, y durante un momento miró sin ver a María, hasta que la comprensión volvió lentamente a sus ojos y desapareció el odio horrible y helado que ella había percibido. Sin hablar, la tomó del codo y la acompañó hasta el costado del barco.

Mientras ella se acercaba a Gabriel, el *Ángel Negro* había hechado el ancla y ahora estaba a varios centenares de metros del *Santo Cristo,* por el este, mientras el atolón rocoso se levantaba al norte y las suaves olas del mar balanceaban al barco rítmicamente. A medida que pasaron los minutos y pareció que no sucedía nada, María cobró conciencia de la tensión que comenzaba a insinuarse en la tripulación; Gabriel estaba rígido al lado de María, los ojos fijos en el *Santo Cristo,* como si deseara que apareciesen Diego y Caroline.

De pronto, se desencadenó una acción intensa en el *Santo Cristo:* María vio que bajaban al agua un pequeño bote; un segundo después, identificó la forma esbelta de su hermano que descendió ágilmente por la escala de cuerdas. Después, le tocó el turno a Caroline, y aunque la distancia era

excesiva para estar segura, la luz del sol que se reflejaba en la masa de rizos dorados de la figura alta y delgada que descendía por la escala, llevó a María a la conclusión de que sin duda era ella.

Al ver a su hermana, sus cabellos dorados, algo pareció quebrarse en el interior de Gabriel, y con voz extrañamente dura ordenó:

–Desciendan el bote.

Lo hicieron de prisa, y en un abrir y cerrar de ojos María se encontró en el botecito y Gabriel comenzó a remar hacia la playa sembrada de rocas del atolón. El estaba fuertemente armado y María tuvo conciencia del sentimiento de ansiedad y la inquietud que se acentuaban en ella misma. ¿Qué sucedería?

Volvió los ojos hacia el bote que había descendido del *Santo Cristo,* que marchaba a la par del que Gabriel impulsaba con sus vigorosos golpes de remo; Diego y Caroline eran los únicos ocupantes. Era obvio que todo había sido arreglado de antemano, pero María conocía a su hermano y en realidad dudaba de que él se propusiera realizar un canje honesto... del mismo modo que Zeus había revelado claramente que Gabriel tenía otros planes, diferentes de los acordados. Con la boca seca, María miró alrededor; los dos barcos parecían descansar pacíficamente en sus respectivos lugares de anclaje y la forma sólida del atolón se aproximaba más y más. Alrededor de ellos se extendía el espacio vacío del océano y el cielo intensamente azules. Pero de pronto sintió un sobresalto, pues vio algo a lo lejos, en el horizonte. ¿La vela de un barco? ¿O nada más que el perfil confuso de una nube?

El roce del fondo del bote sobre la playa la distrajo y ya no tuvo tiempo para más cavilaciones. La mano de Gabriel era como una banda de hierro sobre el brazo de María cuando sin hablar él la ayudó a descender del bote y ambos se internaron en la playa unos metros.

Diego y Caroline hicieron lo mismo y María se preguntó qué estaba pensando Gabriel cuando vio a su hermana por primera vez en casi cinco a&os. ¿Que ella había cambiado? En efecto, así era; ahora era una mujer, lo demostraba la amplitud del busto bajo el corpino azul que vestía; el paso de los años también se manifestaba en los delicados huesos de la cara.

Los cuatro se detuvieron al llegar a un sector en que el esqueleto rocoso del atolón parecía dividirse en dos largos brazos, uno a cada lado del grupo de hombres y mujeres; y así, separados por varios metros de arena, se detuvieron y se miraron.

Diego habló primero. Con un gesto despectivo en los finos labios dijo:

–Veo que hiciste como te ordené.

Gabriel asintió brevemente, los ojos fijos en Caroline y al dirigirle una rápida mirada, María no se sorprendió al ver que el amor que Gabriel sentía por su hermana se manifestaba en sus ojos.

Con voz ronca de emoción, exclamó:

–Caro... ¿eres realmente tú?

Los hermosos ojos de Caroline se llenaron de lágrimas y ex–,clamó:

–i0h, Gabriel! ¡Realmente estás vivo! ¡No le creí cuando me lo dijo!

–Sí, estoy vivo –gruñó Gabriel y su mirada se volvió hacia Diego– ¡pero no gracias a este hijo de perra! Diego endureció el cuerpo y rugió:

–¡Siempre fuiste un cerdo desobediente! Ojalá te hubiese muerto el día que capturamos *el Raven.* Gabriel sonrió astutamente.

–No dudo de que deseas eso... y antes de que termine el día tendrás mayores motivos aun para desear que lo hubieses hecho.

–¿Lo crees? –dijo condescendiente Diego–. En realidad, lo dudo... sobre todo porque no estarás vivo cuando llegue la puesta del sol.

María tuvo la extraña sensación de que las palabras de Diego no sorprendían a Gabriel, y que había estado esperándolas. Con voz fría y serena, éste preguntó:

–¿Sí? ¿Y por qué dices eso?

–Porque, estúpido cerdo inglés, ¡no soy tan crédulo como tú! Y eres un idiota al haber obedecido ciegamente mis instrucciones. –Casi ronroneando, Diego continuó:– ¿Nunca concebiste la idea de que yo podía haber realizado otros arreglos?

Con una suerte de sombrío regocijo que le bailoteaba en los ojos, Gabriel murmuró:

–Pero, señor, diste tu palabra de honor de que te atendrías al trato, que canjearíamos a nuestras hermanas, y que no habría derramamiento de sangre entre nosotros.

–¿Y me creíste? –Diego esbozó una sonrisa perversa–, ¡Te desilusionaré! ¡Pedro! ¡Miguel! ¡Adelante!

De pronto, saliendo detrás de las rocas y los peñascos que se acumulaban por tres lados, aparecieron varios soldados españoles armados, los arcabuces apuntando al joven inglés. María sintió que el corazón le llegaba a la boca. ¿Cómo terminaría todo esto? ¿Con Gabriel muerto ante sus propios ojos? ¿Muerto en ese desolado y anónimo pedazo de tierra en medio del Caribe?

Observó otra vez a su acompañante, y advirtió asombrada que él parecía sentirse muy complacido, los pulgares enganchados como al descuido en el ancho cinturón que rodeaba su cintura. Entonces recordó a Zeus y a los hombres de las canoas. ¿Dónde estaban?

No pasó mucho tiempo antes de descubrirlo.

Sin inquietarse por los mosquetes que apuntaban a su pecho, Gabriel llamó alegremente:– ¡Zeus! Amigo mío, ¿tú y los otros están allí?

Y desde lo alto de los oscuros afloramientos rocosos, llegó la voz jovial de Zeus: –¡Pero por supuesto, *mon ami*\ ¿Dónde podríamos estar sino aquí, preparados para matar a algunos perros españoles?

Diego se puso pálido de furia cuando vio las figuras de los bucaneros que salían de sus escondrijos, detrás de los españoles. Cerró los puños al costado, los ojos negros lívidos de cólera al comprender cuan sencillamente había sido superado.

Era inútil continuar esa farsa. Era evidente que los bucaneros podían destrozar a los españoles antes de que éstos se volviesen y disparasen al enemigo bien armado que estaba detrás; y con labios tensos gruñó:

–Bien, puesto que no tendré el placer de matarte ahora, continuemos con lo que vinimos a hacer... el canje de nuestras hermanas.

Gabriel lo miró durante un minuto de tensión y gruñó:

–No, tengo una solución mejor. Tú y yo combatiremos, y el ganador saldrá sin ser molestado... con las dos mujeres.

Diego contuvo la respiración un momento y una luz salvaje centelleó en sus ojos. Vaciló apenas un segundo; después, acercando la mano a la larga espada que ceñía al costado, zumbó:

–¿Por qué no, cerdo inglés? ¡Por qué no!

Y tratando de asestar el primer golpe, dirigió una estocada a Gabriel. Pero éste no se dejó sorprender por esta táctica, con movimientos veloces como el rayo empujó hacia atrás a María y desenfundó su espada para contener el furioso ataque de Diego.

Empujada hacia la protección de las rocas, con una fascinación enfermiza, María observó el duelo que se desarrollaba ante ella; era su peor pesadilla convertida en realidad, pero tenía sorda conciencia de que ya no estaba dividida en dos: su única preocupación era por Gabriel. Ah, Dios mío, oraba fervorosamente, ino permitas que el inglés muera!

Los ojos de todos los que estaban en el atolón estaban fijos en los dos contendientes y su combate. A juzgar por la conmoción excitada que llegaba desde cierta distancia, era evidente que las tripulaciones de los dos barcos advirtieron el duelo sombrío que se libraba frente a ellas y a pesar de la distancia que separaba las dos embarcaciones del atolón, era fácil distinguir a los dos combatientes. Cuando Diego atravesó de pronto la guardia de Gabriel y le infligió una fea herida en el antebrazo, se elevó un alarido de rabia de la tripulación *delAngel Negro* y un grito de triunfo de los españoles que estaban a bordo del *Santo Cristo, y* los clamores se invirtieron un segundo después, cuando la espada de Gabriel rozando el arma de Diego, tocó intencionadamente la mejilla del español, dejando un hilo de sangre en la cara morena de su adversario.

Fue una lucha terrible, pues ninguno estaba dispuesto a ceder un centímetro; a medida que pasaban los minutos ambos estaban ensangrentados y transpirando profusamente y sus espadas continuaban chocando bajo la luz brillante de la mañana. Había una sonrisa felina en los labios de Gabriel mientras luchaba, y María tuvo la clara sensación de que para el inglés los años no habían pasado, estaba librando el duelo que ansió sostener aquel día, a bordo *del Raven.* Los golpes salvajes de su espada parecían incendiar el mismo aire, mientras atacaba una y otra vez, obligando poco a poco al español a retroceder hacia la playa, donde las olas azules con sus crestas espumosas rompían en la orilla arenosa. Diego parecía incapaz de contener el asalto de Gabriel, pues la hoja del inglés obtenía resultados evidentes; el jubón de cuero de Diego colgaba en jirones, mientras que su rival casi jugaba con él, golpeando aquí y allá, por doquier, pero sin poder asestar nunca la estocada decisiva.

El retumbar desconcertante de los cañones *del Ángel Negro* de pronto surcó el aire, y como si hubieran sido una sola persona, los que estaban en el atolón se volvieron para mirar hacia el mar. María lo hizo con ojos

asombrados y experimentó un escalofrío de horror cuando comprendió que ya no sólo se divisaban las siluetas de dos barcos en el horizonte, ¡sino las de tres! El recién llegado, un galeón español de treinta cañones, las enormes velas blancas desplegadas para aprovechar la más mínima brisa, se acercaba rápidamente al atolón, si bien todavía se encontraba a cierta distancia, y fuera del alcance de los cañones del barco bucanero.

Después de disparar el primer cañonazo de advertencia para avisar a los que estaban en tierra, la tripulación bucanera recogía frenéticamente el ancla, y desplegaba las velas mientras todos se preparaban para iniciar la maniobra del *Ángel Negro y* afrontar esa nueva y terrible amenaza. También a bordo del *Santo Cristo* había intensa actividad, pese al hecho de que el recién llegado no representaba un peligro para ellos.

Hubo un momento de desconcertado e incrédulo silencio en el atolón; y entonces, con los ojos verdes ardiendo de furia, Gabriel rugió:

–¡Bastardo! No quisiste correr riesgo, ¿verdad? ¡Por las llagas de Cristo, esta vez no vencerás!

Y con un movimiento elegante, se tiró a fondo sobre Diego. Pero éste, con una extraña mezcla de aprensión y cólera, bloqueó hábilmente la espada de Gabriel y las hojas chocaron cuando el acero tocó el acero. Con un extraño resplandor en sus ojos negros, el rostro a pocos centímetros del de Gabriel, Diego escupió:

–Pequeño cerdo inglés, ¡parece que estás destinado a morir otro día! Me temo que la llegada del barco de Ramón ha frustrado por el momento mis planes de librar la tierra de tu hedionda presencia.

Una vez que se atenuó la impresión inicial, el duelo entre los dos protagonistas principales quedó olvidado y hubo un pandemonio entre los que estaban en tierra; Zeus y los restantes bucaneros disparaban sobre los españoles que se protegían tras las rocas. Los bucaneros tenían un solo pensamiento: abrirse paso hasta la playa para escapar en las canoas ocultas allí y regresar al barco tan pronto fuese posible; cada segundo era vital.

Los soldados españoles luchaban ardorosamente, también deseosos de salir de allí, decididos a liquidar de una vez al mayor número posible de bucaneros mientras estaban en eso.

Por el momento las dos jóvenes fueron ignoradas y se mantuvieron unidas, buscando refugio detrás de un gran peñasco para esquivar los disparos que cruzaban el aire.

En el agua, *el Ángel Negro,* con sus cañones vomitando plomo y fuego, trataba de mantener su posición, poco deseoso de huir y abandonar a sus hombres que estaban en la costa. Pero el recién llegado parecía poco dispuesto a luchar; a pesar de que ya tenía al bucanero al alcance de su artillería, sus cañones continuaban silenciosos, mientras se acercaba más y más al atolón.

Las palabras de Diego eran desconcertantes y Gabriel lo miró con atención.

–¿Otro día? ¿Por qué? ¿No era este tu plan? Las espadas todavía unidas, Diego esbozó una sonrisa taimada.

–¿Matarte? ¡Sí! ¿Que Ramón llegase buscando a la perra inglesa? ¡No! –Y sorprendiendo a Gabriel con un movimiento de fuerza incontenible. Diego rompió el contacto de los aceros, y envió a su contrincante rodando por el suelo arenoso.

Gabriel se incorporó enseguida tratando de enfrentar el ataque inminente de Diego; pero vio asombrado que el español se alejaba corriendo y gritando al mismo tiempo:

–¡Retirada! ¡De prisa *al Santo Cristo!*

Los españoles comenzaron a abandonar sus posiciones entre las rocas y corrieron desordenadamente hada la playa; los bucaneros venían detrás y la lucha cuerpo a cuerpo remplazó al fuego de los arcabuces y los mosquetes. En la playa todo era confusión; el humo azul se expandía por doquier; el ruido de las espadas que se entrechocaban resonaba en el aire; los gritos de los moribundos y el retumbar del cañón del *Ángel Negro* a lo lejos, creaban una cacofonía de destrucción.

Gabriel dirigió una mirada de frustración y cólera a Diego y el ansia que ardía en su sangre aún se negaba a admitir que Diego se le escapase otra vez de las manos; desafiando la lógica, en lugar de retornar de nuevo al ataque, ahora que más españoles se acercaban a la playa, Diego y algunos de sus hombres estaban en el bote del *Santo Cristo, y* remaban frenéticos hacia el buque madre. ¡Por la cola del demonio! ¡Qué confusión! ¿Por qué Diego abandonaba todo tan rápidamente cuando en unos minutos más podía tener refuerzos?

Pero no había tiempo para conjeturas ni para preguntarse qué demonios estaba sucediendo –¡tenía que sacar de allí a María y Caroline! Necesitaba reunirse con sus hombres y llegar al barco–su tripulación no lo abandonaría voluntariamente, y cada segundo que él permanecía en tierra agravaba el peligro que corrían sus hombres; Gabriel estaba seguro de que el extraño galeón no continuaría inactivo mucho más tiempo y una vez que Diego estuviese a bordo del *Santo Cristo...* en su rostro una expresión de cólera y odio, Gabriel apuró el paso: ¡no perdería otro barco a causa de Delgado!

Zeus emergió de la confusión y se acercó a Gabriel, en el instante mismo en que el inglés llegaba al lugar en que había visto por última vez a María y Caroline. Con voz sorda Gabriel miró el paisaje desierto.

–¿Viste lo que les sucedió? ¡Sé que no están con Diego! –dijo con voz tensa y el horror se posesionó de su espíritu ante la súbita y terrible idea de que las dos mujeres podrían haber sido asesinadas y arrojadas detrás de uno de los peñascos. La voz impregnada de temor y ansia, llamó:– ¡María! ¡Caro! ¡Soy Gabriel! ¡Aquí estoy! ¡De prisa, no hay un minuto que perder!

Con gozoso alivio vio que ambas jóvenes, apenas un paso más atrás, se acercaban tropezando sobre la arena, después de abandonar el sitio donde se habían escondido. Gabriel dejó caer la espada y con sus fuertes brazos las sujetó contra su pecho y su corazón se sintió tan jubiloso que durante un segundo fugaz olvidó el peligro y sólo pudo alegrarse al saber que todos estaban vivos y unidos. Depositó un beso fervoroso en la frente de Caroline y le acarició tiernamente los cabellos, como si Gabriel estuviera convenciéndose de que en efecto la joven estaba allí. Después, al recordar la

situación en que estaban, depositó un beso breve y enérgico sobre la boca de María y recogió su espada.

Antes de que él se volviera, ésta vio asombrada brillo de lágrimas en los ojos de Gabriel. El la miró y murmuró con voz ronca:

–Ahora que he recuperado a Caroline, quizá podamos tener un futuro feliz. ¡Vamos! ¡Aún no hemos salido de la situación de peligro!

¡Y así era! En esos breves minutos habían cambiado muchas cosas. Diego llegó *al Santo Cristo, y* el galeón comenzaba a virar, apuntando los cañones hacia tierra; los hombres de la chalupa del barco desconocido estaban saltando al agua mientras su embarcación se aproximaba al atolón; más lejos, también sobre la playa, los bucaneros habían llegado a sus canoas y al bote *del Ángel Negro;* y acercándose todo lo posible estaba el mismo barco, los cañones apuntando al recién llegado, aunque ahora, imitando la actitud de la otra nave, suspendieron el fuego y esperaban tensos lo que pudiera suceder.

Gabriel se hizo cargo de la situación en un instante y con la mano cerrada sobre el brazo de María, dijo en voz baja a Zeus:

–Confío en tí, mi buen amigo... quiero que asegures que Caro no quede atrás.

Zeus sonrió y dijo:

–¡No lo permitiría, después que hemos soportado tantas dificultades para recobrarla! –Miró a Caroline, y le ofreció una sonrisa compasiva.– Tu hermano casi siempre es un hombre encantador, ¡pero creo que la excitación lo llevó a olvidar sus buenos modales! Pero vamos, joven Caro, oí hablar mucho de ti y espero que llegará el momento de poder comparar tus defectos con los muchos de tu hermano, cuando todos estemos sanos y salvos en el Don Real.

No hablaron más y juntos los cuatro corrieron frenéticos hacia la playa. Las dos canoas del *Ángel Negro* ya avanzaban de prisa hacia la nave bucanera; sobre el agua, el bote se agitaba violentamente con el oleaje, y dos robustos bucaneros trataban de mantenerlo en el límite del agua, esperando fielmente a su capitán. Unos doscientos metros más lejos, la chalupa de la extraña nave finalmente había tocado tierra y los españoles armados saltaban entre las olas, tratando de llegar a la costa.

Unos segundos después, jadeantes y sin aliento, los cuatro llegaron al bote. María sentía que el corazón le estallaba en el pecho, con tanta fuerza le latía. Jadeante, trató de tranquilizarse mientras Gabriel y Zeus, con la ayuda de dos tripulantes, empujaban de prisa el botecito hacia las agitadas aguas. Los dos marineros, que habían permanecido detrás, subieron al bote e instantáneamente se apoderaron de los remos. Zeus se disponía a hacer lo mismo, cuando una enorme ola de pronto internó el bote en el mar. Maldiciendo y transpirando, los dos hombres acercaron el bote a la costa y con el agua casi hasta la cintura, haciendo un tremendo esfuerzo, Zeus consiguió subir a bordo. Se volvió hacia Gabriel, que con las dos mujeres ahora estaba con el agua hasta los muslos y gritó:

–¡Dame primero a María!

Las manos de Gabriel acababan de cerrarse alrededor de la cintura de la joven y de pronto se oyó una tremenda explosión y fuego de cañón comenzó a batir la playa. El *Santo Cristo* disparaba hacia tierra. Alarmado y sorprendido, Gabriel volvió los ojos hacia el gran galeón que se preparaba a disparar otra andanada; ¡ no podía creer que Diego fuese tan loco que atacase a sus propios hombres! Pero pareció que así era, y por el clamor horrorizado que brotó del otro barco, era evidente que los que estaban allí se sentían tan abrumados como el propio Gabriel por la vileza de esa actitud.

A juzgar por los gritos que llegaban de la playa, también era evidente que Diego no sólo había disparado sobre el grupo de españoles llegados poco antes, sino que también les había provocado bajas. Ansioso de poner a Caroline y María fuera del alcance de ese loco, Gabriel aferró bruscamente a María y con un movimiento rápido y violento la depositó en las manos extendidas de Zeus, que la esperaba. Otra ola arrastró el bote, pero Gabriel, aferrando la mano de Caroline, entró aun más en el agua, llevando detrás a su hermana, con el propósito de ponerla a bordo de la pequeña embarcación. Pero advirtió consternado que Caroline se resistía, y que su mano menuda se retorcía frenéticamente en las del propio Gabriel, mientras ella exclamaba con una voz cargada de profunda emoción:

–¡Oh, espera, Gabriel! ¡Espera! ¡Es Ramón! ¡Viene a buscarme!

Desconcertado tanto por la actitud como por las palabras de Caroline, el joven aflojó el apretón y dirigió una mirada ansiosa hacia la playa, hacia el lugar que Caroline miraba con tanta inquietud. Un hombre alto, de cabellos negros corría a través de las olas, la espada preparada para la lucha: en ese momento Gabriel lo identificó. ¡El español de ojos grises que había retirado a Caroline del *Santo Cristo,* cuando el barco amarró en Santo Domingo, varios años antes! Aturdido, Gabriel miró a su hermana; y Caroline, apartando los ojos de la figura que se aproximaba velozmente, medio sollozó y medio rió:

–¡Lo siento, pero debo ir con él! No comprende todo lo que ha sucedido. ¡No sabe que no lo abandoné por propia voluntad!

La impresionante manifestación de amor y anhelo abrumadores en el bello rostro de Caroline, desconcertó a Gabriel. Indiferente a lasólas que lo golpeaban, los pensamientos confusos entrechocándose en su cerebro, gimió:

–¿Quieres regresar? ¿Con él? Ya avanzando a través del agua en dirección al español que se aproximaba, Caroline dirigió a Gabriel una sonrisa confundida, y sus brillantes ojos azules relucían.

~¡0h, sf! ¡Lo amo! Y aunque él nunca me lo dijo, lo que hizo hasta hoy demuestra que también me quiere profundamente. No te preocupes por mí, querido hermano, seré feliz con Ramón... ¡vete ahora mismo! Ahora que sé que estás vivo, encontraré el modo de escribirte y explicártelo todo. ¡Pero vete! INo podemos permanecer aquí, mientras Diego trata de matarnos a todos!

Gabriel podría haber discutido con ella e intentado impedir lo que proponía, pero otra ola la alejó todavía más. El hombre a quien ella llamaba Ramón estaba ahora a pocos metros de distancia, y la expresión del rostro moreno de pronto calmó la desesperación que dominaba el corazón de

Gabriel. Ignoraba cómo se llegó a eso o lo que había sucedido entre su hermana y ese hombre, pero en los rasgos del español había un anhelo y un sufrimiento tan evidentes y en su orgullosa faz se manifestaba un amor tan ardiente, que Gabriel no tuvo la más mínima duda de que Ramón amaba y apreciaba profundamente a Caroline. De todos modos esperó, pues no se decidía a permitir que ella se alejase con un hombre a quien él veía como enemigo.

El bote se acercó y Zeus llamó desesperado.

–*¡Mon amil* ¡Déjala ir! Habrá otro día, ¡pero no si ese loco de Diego decide disparar de nuevo sobre nosotros! ¡De prisa! ¡Debemos llegar al *Ángel Negro!*

Gabriel dirigió otra mirada nerviosa al mar, aliviado y furioso al comprobar que el *Santo Cristo* parecía salir a alta mar, por lo que podía ver ansioso de alejarse todo lo posible de las otras dos naves. Cuando volvió los ojos a tierra, vio que el español retenía a Caroline con un enérgico abrazo. Un brazo alrededor de Caroline, el otro sosteniendo la espada lista para el combate, Ramón dijo desde la distancia que lo separaba de Gabriel:

–¡Inglés! ¡Me alegro de que estés vivo! ¡Pero te mataré si pretendes llevar contigo a mi esposa!

Gabriel lo miró y exclamó incrédulo:

–¡Tu esposa!

–¡Sí! –replicó con firmeza Ramón–, Y ahora, si me disculpas, ¡te propongo abrir un canal a Diego Delgado!

–i No! –rugió Gabriel y acercó la espada, amenazadora–. ¡Mi espada acabará con su vida perversa! Mi esposa pereció a manos de ese hombre.

Ramón vaciló y contempló la cara de Caroline, que lo miraba. Entre ellos había un sentimiento que no se expresaba en palabras y las manos de Caroline apretaban el jubón de cuero de Ramón. El español volvió a observar a Gabriel. Con gesto hosco admitió:

–En efecto. Pues bien, cuñado, separémonos ahora y la próxima vez que nuestros caminos se crucen, que no haya enemistad entre nosotros. –Y con acento de exasperación agregó:– ¡Y di a tu maldita tripulación que mi barco, el *Jaguar,* no peleará hoy con ellos!

Gabriel se echó a reír y sus dientes muy blancos relucieron iluminados por el sol.

–¡Así sea! –Miró fijamente a Caroline, pero al apreciar que los rasgos serenos de la joven estaban encendidos por el amor que sin duda profesaba al español, se encogió de hombros y dijo:

–Adiós, hermanita... que encuentres la felicidad por el camino que elegiste.

Caroline le envió una sonrisa radiante y demasiado emocionada para hablar, se limitó a asentir con la cabeza de rizos dorados. El súbito sonido del fuego de cañón indujo a todos a mirar de nuevo hacia el mar: Gabriel se sintió otra vez abrumado al comprobar que el *Santo Cristo* volvió a cambiar de rumbo y ahora enfilaba sobre el *Ángel Negro,* con sus cañones escupiendo humo y fuego.

El bote se balanceaba a tres metros de distancia y Zeus ordenaba frenético a los hombres que con los remos acercaran la embarcación al capitán que había quedado en el agua. La cara pequeña y blanca de María aparecía detrás de las espaldas macizas de Zeus. Al verla, Gabriel no vaciló más; con la espada hizo un breve saludo a Ramón y Caroline y se zambulló en el agua. Su cabeza de cabellos oscuros emergió finalmente y Gabriel al fin consiguió acercarse al bote.

CUARTA PARTE
Del amor y la venganza
Jamaica, otoño de 1668

El mar tiene sus peligros
Sus estrellas al cielo
Pero mi corazón, mi corazón
Mi corazón tiene su amor.

Enrique Heine
Das Meer hat seine Ferien

26

Pero no estaba escrito en el destino de Gabriel que ese día combatiría contra el *Santo Cristo y* cuando el bote llegó *al Ángel Negro,* Diego ya había ordenado a su propia nave alejarse, al parecer satisfecho esta vez de rehuir el combate que era inevitable. Con una mezcla de frustración, cólera y pesar, Gabriel contempló cómo se empequeñecían sobre el horizonte las enormes velas blancas del barco de su enemigo.

Ahora que él y el resto de la tripulación al fin llegaron a bordo, el *Ángel Negro* no perdió tiempo manteniéndose en la proximidad *del Jaguar,* aunque el español que comandaba el barco era en efecto el cuñado del capitán! La enemistad entre los españoles y los bucaneros estaba demasiado arraigada para que fuera posible ignorarla fácilmente, y con un suspiro colectivo de alivio, la tripulación *del Angel Negro* decidió distanciarse todo lo posible, con la mayor rapidez que la intensa brisa marina lo permitía, del *Jaguar,* una nave maciza y erizada de cañones. Sólo cuando este barco y el atolón .fueron débiles puntos en el horizonte, en la tripulación se disipó el sentimiento de cautelosa tensión.

El viaje de regreso a Port Royal fue tranquilo. Esta vez no habían cobrado presas, pero la tripulación seleccionada no estaba desalentada. El capitán aclaró el asunto desde el principio, prometiendo a cada hombre un interesante saco de doblones de oro en compensación por sus esfuerzos. Y además prevalecía la convicción de que habían tenido éxito: la joven española del capitán no cayó en las garras de su canallesco hermano y la hermana del capitán al parecer ya no era esclava y cautiva, sino la respetable esposa de un rico español. Sí, había muchas cosas placenteras acerca de las cuales meditar durante el viaje de regreso.

Pilar esperaba ansiosa en el muelle cuando *el Ángel Negro* echó anclas en Port Royal, muy avanzada la tarde, una semana después y cuando vio a su musculoso esposo y la forma menuda de María al lado de Gabriel, una sonrisa se dibujó en sus atractivos rasgos. ¡Estaban sanos y salvos! Su sonrisa se debilitó algo cuando de pronto comprendió que no se veían signos de la rubia hermana de Gabriel. ¿Acaso fracasaron por completo? ¿O Caroline había muerto?

El bote transportando a María, Gabriel y Zeus al muelle apenas amarró cuando Pilar ya estaba allí, formulando rápidas preguntas. ¿Qué había sucedido? ¿Diego acudió a la cita? ¿O todo fue nada más que una trampa? O peor, ¿algo terrible sucedió a Caroline?

Riendo, Zeus la alzó sin esfuerzo con sus brazos poderosos y después de darle un beso sensual en los labios, dijo alegremente: *–iMa coeur!* ¿No te complace verme? Sí, *chérie,* te lo diré todo en un momento, pero primero vayamos a la hermosa casa de *mon ami* en la ciudad, y hablemos a solas. – Dirigió una mirada reflexiva al rostro descolorido de María, y agregó con voz neutra: *–La petite pigeon* no se sintió bien en el viaje de regreso –devolvió el

desayuno por lo menos dos veces y estuvo pálida y sin fuerzas desde que abandonamos ese maldito atolón.

María lo miró alarmada, pues la impresionaba que él supiera algo que la propia María había tratado esforzadamente de ocultar; y también la asustaba que él hubiese descubierto algo acerca de lo cual ella misma aún no estaba muy segura. Pero Zeus ya se alejaba caminando y a pesar de sus protestas Pilar, aferrada por la manaza del hombre, tenía que seguirlo.

Gabriel le tocó el brazo y María se sobresaltó, la arruga que se dibujaba en la frente del inglés al mirarla no contribuyó a calmar la situación de la joven.

–No dijiste que estabas enferma –dijo Gabriel con voz pausada, y sus ojos examinaron inquietos los rasgos de María.

Esta respiró hondo, en sus labios se dibujó una sonrisa decidida y le respondió con voz animosa:

–¡El señor Zeus exagera! Creo que fue sencillamente que mi estómago no estaba preparado para la comida *del Angel Negro.* Todavía no muy convencido, Gabriel la miró un momento más, y como si al fin estuviera satisfecho, la tomó del brazo y comenzó a caminar con ella a lo largo del muelle.

–Podrás descansar unos días en mi casa de la ciudad antes de que regresemos al Don Real. Quizás entonces ya hayas recobrado un poco el ánimo.

María se mordió el labio, no muy segura del modo de interpretar este comentario. Era la conversación más larga que habían mantenido desde la noche que precedió al desembarco en el atolón, y no sabía cómo reaccionar. Por otra parte, se dijo desesperada, ella nunca había sabido reaccionar frente a las actitudes de Gabriel Lancaster. Lo amaba pero no lo entendía, y ni siquiera podía conjeturar con cierta exactitud lo que él sentía por ella; y por eso mismo, no sabía qué papel debía representar ahora.

Suspiró profundamente. ¡Lo que deseaba era que él la abrazara y le dijese que la amaba apasionadamente! ¡Que no importaba que fuese la hermana de su enemigo! ¡Que deseaba compartir con ella el futuro, como marido y mujer... que estaba complacido por el hijo que, como ella sospechaba seriamente, estaba formándose en su seno!

María había tratado de no hacer caso de los signos, intentando desesperadamente decirse las últimas mañanas, cuando se había sentido intensamente nauseada, que era sólo la comida; pero sabía que estaba engañándose, sobre todo cuando comenzaba a contar con los dedos, cuando al fin comprendía que cierta función corporal no se había manifestado después de su llegada a Port Royal; y entonces la verdad la golpeó a la cara. No podía continuar esquivando el asunto... ¡tendría un hijo de Gabriel! El niño que había sido concebido esa primera vez en el Don Real.

La conciencia del hecho la colmó de alegría y terror. Lo ingrato de su posición, la confusión y la inseguridad acerca del destino que Gabriel proyectaba para ella, no contribuían a suavizar su agitación. Sin duda, había vivido muchas situaciones alentadoras desde la primera vez que Gabriel entró en su vida: esa noche en Portobelo, momentos que de tanto en

tanto le infundían la esperanza de que él la consideraba algo más que un mero objeto de placer y venganza. El hecho de que él se hubiese opuesto tan firmemente a devolverla a Diego había reforzado esa esperanza y las sugestivas palabras que él había pronunciado en el atolón. "Quizás ahora podamos encontrar un futuro feliz" a lo sumo habían acentuado la tierna expectativa que la inquietaba desde aquella primera ocasión.

Después que el terrible horror y el miedo pavoroso que soportó en el atolón durante el episodio se desvanecieron, y cuando el *Ángel Negro* ya estaba camino de Port Royal, María pensó que Gabriel iría a verla y por lo menos le explicaría alguno de sus sentimientos acerca del lugar que ella ocupaba en su vida y su futuro. Pero él no hizo nada semejante, si bien se había mostrado bondadoso, también exhibió una irritante indiferencia frente a ella; y a medida que pasaban los días y él no decía una palabra acerca del destino de María, como es natural el ánimo de la joven había comenzado a deprimirse.

Suponía muy desalentada que el niño era una evidente complicación y no era tan inocente ni estaba tan enamorada de él como para creer que una vez que Gabriel se enterase de su estado de inmediato le pediría matrimonio. Tampoco, pensaba dolorida, ella deseaba casarse con Gabriel en esas circunstancias. Si el hijo era lo único que los unía, estaban condenados a no hallar nunca la felicidad del uno con el otro. Ella lo amaba, pero había pocas cosas peores que quedar atrapada en el matrimonio con un hombre a quien nada le interesaba de la esposa, excepto que le di un hijo.

La perspectiva del hijo determinaba que María fuese más vulnerable y que viese el futuro inmediato con desesperación. Si, pensaba entristecida, mientras Gabriel la guiaba por otra de las muchas calles sinuosas, sólo el deseo de frustrar a Diego había impedido que Gabriel la devolviese a su hermano, y sólo la sensualidad era lo que lo unía a ella... Cuando su cuerpo aumentase de peso y se hinchara a causa del hijo, ¿él la abandonaría? O lo que era casi igualmente horrible, ¿conservaría al hijo y la arrojaría como un desecho a las calles pobladas de prostitutas de Port Royal?

Era una idea temible y la joven miró otra vez a Gabriel mientras caminaban uno al lado del otro, preguntándose qué había detrás de esos ojos esmeralda. ¿Qué estaba pensando? ¿Lamentaba no haberla entregado a Diego? Un breve estremecimiento la recorrió al imaginar cuál podía haber sido la reacción de Diego en vista del embarazo.

Gabriel percibió el estremecimiento y mirándola preguntó .con voz serena:

–¿Tienes frío? El tiempo es cálido, ¿pero quizá la brisa te parece demasiado fría?

María meneó la cabeza, sin advertir que parte del torbellino que se agitaba en su fuero íntimo se revelaba claramente en la sombra de los ojos azul zafiro y que la infelicidad que mordía su pecho había agregado una expresión de desaliento a su dulce boca. Pero Gabriel se inquietó y deprimió porque interpretó como signos de desagrado y decepción de ella frente a la situación actual. ¡María se habría reído estrepitosamente, si no hubiera gritado primero a causa de la irritación, de haber descubierto que Gabriel traducía su infelicidad como una indicación cierta de que ella se sentía

miserablemente resignada a estar con él, porque deseaba sobre todo volver con su hermano y despedirse para siempre de Gabriel Lancaster!

Este se encontraba en un extraño dilema, recordando otra vez las frases que Thalia Davenport le había espetado esa última noche en Inglaterra, palabras que comenzaron a parecerle una verdadera maldición: "¡Ojalá conozcas a una mujer que no esté al alcance de tus manos! ¡Y si Dios es bueno, te destrozará el corazón!" No sabía muy bien cómo se sentía un hombre con el corazón destrozado, pero estaba bastante seguro de que no sufriría más que él, cuyo intenso dolor parecía haberse instalado permanentemente en el centro de su pecho.

Durante unos instantes brevísimos en el atolón, cuando había abrazado a María y a Caroline, en efecto creyó que podría superar las dificultades que los separaban y que tan pronto todos estuviesen a salvo a bordo *del Ángel Negro* y navegando en dirección a Jamaica, comenzaría a cortejar a su orgullosa rosa española logrando que ella lo amase. Durante esos breves segundos, imaginó un futuro maravilloso para todos, un futuro deslumbrante en que María lo amaba sin reservas, y los hijos que sin duda ellos tendrían crecerían fuertes y orgullosos alrededor de sus padres;

un futuro feliz en que Caroline contraería matrimonio con un garboso plantador joven y un día tendría su propia y afectuosa familia.

Que Caroline lo hubiese abandonado para unirse a Ramón Chávez lo turbó profundamente, pese–a la aparente desenvoltura con que había aceptado la decisión de su hermana. Fue doloroso que ella se marchase para reunirse con un hombre que, eso Gabriel no podía evitarlo, era español, uno de los hombres que había estado en el *Santo Cristo ese* día fatídico; y sin embargo, el instinto le decía que Ramón era un hombre honorable y que Caroline estaría segura y sería amada por él. Era todo lo que podía haber deseado para la joven, pero le dolía un poco que ella lo hubiese abandonado definitivamente; que tendría hijos que él jamás conocería; y se sentía dolido porque por mucho que él y Ramón desearan forjar un vínculo de amistad, sus nacionalidades mismas lo impedirían, y por esa causa él quizá nunca volvería a ver a su hermana.

Estos pensamientos melancólicos lo persiguieron en el mar los primeros días, mientras *el Ángel Negro* navegaba, veloz, hacia Port Royal. Y cuando llegó a reconciliarse con la pérdida de Caroline, que así había desaparecido del futuro de Gabriel y aceptado sin pesar la desconcertante idea de que milagrosamente su hermana había hallado el amor en su cautividad, descubría que la mujer que llegara a significar todo para él, se mostraba deprimida y preocupada. ¿Acaso cabía otra conclusión que la idea de que ella deseaba estar con su propio hermano, y de que a diferencia de Caroline no apreciaba su cautiverio, ni se había enamorado de su aprehensor, como era el caso de la hermana de Gabriel? Ese supuesto había calmado la intensa tentación de abrazarla y pedirle que se casara con él, de que lo amara tanto como él, aunque con tantas dificultades, había llegado a amarla.

Se dijo obstinadamente que él se las arreglaría para obligarla a cambiar de actitud y a cada momento se repetía que María no podía mostrarse por completo indiferente frente a él, que una mujer no podía reaccionar de un

modo tan embriagador ante los besos que él le prodigaba ni era concebible que le entregase tan generosamente su cuerpo si no había una chispa de sentimiento por él. Pero no tenía tanta confianza ni estaba tan seguro de su situación como habría deseado que fuese el caso, sobre todo, temía declararse por temor de afrontar un rechazo definitivo, por temor de que la frágil esperanza de que un día ella llegase a amarlo se viese total e irrevocablemente destruida. Tampoco lo complacía verla tan evidentemente desgraciada, y también estaba la conciencia dolorosa de que quizá, y a pesar de que todo en él se oponía, en definitiva tendría que permitirle que se alejara...

Gabriel se detuvo frente a una agradable casa de ladrillo de dos plantas, a cierta distancia del centro de Port Royal, y murmuró:

–Esta es mi casa en la ciudad. Verás que es cómoda, aunque está menos cuidada que el Don Real; dos mulatos viven aquí y atienden mis necesidades cuando estoy en la ciudad; este es el lugar donde generalmente me alojo cuando regreso de un viaje. —Sonrió de mala gana.– Es una residencia de soltero y confío que sus comodidades bastarán mientras estemos aquí. –Vaciló, y después agregó como de pasada:– Por supuesto, si quieres cambiar algunas cosas... agregar criados o comprar artículos o cosas por el estilo, dímelo y veré qué puede hacerse. –Al ver en María una expresión de complacido asombro, dijo en tono más afectuoso:– Cuando el Don Real te parezca demasiado aburrido, podemos venir a la ciudad y pasar unos días aquí, y gozar de... bien... los placeres que ofrecen los lugares más respetables de Port Royal.

María le dirigió una sonrisa luminosa y de pronto todas sus inquietudes acerca del futuro ya no le parecieron tan graves. Era evidente que él proyectaba mantenerla como parte de su vida y parecía dispuesto a animarla desvergonzadamente. Pero su sonrisa se atenuó un poco cuando concibió el pensamiento desagradable de que probablemente la trataba más o menos como hubiese tratado a una nueva amante y que, en realidad, su papel era el de una querida. No era lo que ella deseaba, pero por el momento no quería provocar problemas, lo amaba iy haría todo lo posible para conseguir que él la amara antes de que su embarazo llegase a ser muy visible! Necesitaba desesperadamente saber que ella era quien importaba a Gabriel y que el niño por nacer sería un modo de acentuar los sentimientos comunes y no el factor motivador.

Al entrar en la casa llegaron los sonidos de varias voces y Gabriel miró inquisitivo a la menuda mulata que llegó de prisa por el corredor que se abría junto a la escalera, las manos sosteniendo una enorme bandeja de plata sobre la cual había distintos alimentos: quesos, pan y carnes frías y mostazas.

–i0h, amo! –exclamó la joven, y sus ojos negros grandes y luminosos chispearon de buen humor–. Me alegro tanto de que hayáis llegado... hay invitados, y no sabía qué hacer con ellos.

Gabriel sonrió y dijo, desenvuelto:

–Phoebe, parece que te arreglas muy bien. Sólo sugiero que, si no lo hiciste ya, vayas a buscar un poco de cerveza y vino y lo traigas para acompañar estas cosas.

Phoebe emitió una risita.

–Eso lo hice apenas llegaron Harry Morgan y Jasper le Clair.

Miró inquisitiva a María, que permanecía de pie, silenciosa, al lado de Gabriel. Al recordar sus obligaciones, Gabriel dijo:

–Esta es María Delgado... en adelante será tu ama. María, ésta es Phoebe, uno de los criados de quienes te hablé. Su madre Delicia es la cocinera y puedo agregar que la gobernanta despótica de las regiones más escondidas de la casa. Pero creo que comprobarás que Phoebe es una persona muy servicial.

Al parecer sin la más mínima preocupación acerca del efecto desconcertante de sus palabras sobre María, la tomó del brazo y murmuró:

–Y ahora, vayamos con Harry y Jasper... ¡en todo el Caribe no hallarás dos canallas peores que esos!

Confundida por su fría calma al explicar casi con indiferencia la posición que ella ocupaba en la casa, María no supo qué decir, y aferrándose al único detalle que podía tener cierto sentido en las palabras de Gabriel, preguntó casi sin aliento:

–¿Jasper le Clair? ¿Quién es? ¿Por qué no estuvo contigo en Portobelo?

Gabriel sonrió ampliamente.

–Después de Zeus, es mi mejor amigo. Su madre fue inglesa, y su padre un francés, miembro de la aristocracia... pero Jasper no habla de él, y no estuvo con nosotros en Portobelo porque generalmente prefiere actuar con los bucaneros que actúan lejos de Tortuga. Ya verás que es un hombre encantador y divertido. –Algo chispeó en los ojos verdes.– Pero espero –dijo con acento más serio– que no te parezca demasiado encantador y divertido.

María entornó los párpados, y con gesto atrevido murmuró:

–¿Y si así fuera?

Sin hacer caso de Phoebe, que continuaba de pie allí cerca, con la bandeja, Gabriel alzó en brazos a María y su boca apretó cálidamente los labios de la joven. Le dio un beso sonoro y soltándola sin apremio, murmuró con voz espesa:

–En ese caso, ¡tendría que matarlo! María lo miró con ojos muy grandes.

–Tu mejor amigo –exclamó, todavía aturdida por el beso–, ¿y lo matarías?

Los ojos verdes de Gabriel la miraron burlones, replicando:

–INo sería mi mejor amigo si quisiera apoderarse de ti! Con un sentimiento de calidez en el corazón, María comentó con modestia:

–En ese caso, inglés, trataré de no encontrarle demasiado atractivo, después de todo, no querría que su sangre pesara sobre mi conciencia.

Tanto sus palabras como su actitud animaron a Gabriel y por primera vez en mucho tiempo tuvo la certeza de que en efecto los esperaba un futuro feliz. Con placer y confianza mucho mayores que todo lo que había sentido apenas unos instantes antes, Gabriel se volvió y abrió bruscamente las puertas dobles.

–Si estás dispuesta, preciosa, nuestros invitados nos esperan.

Y con una profunda reverencia la invitó a atravesar la entrada, seguidos ambos por Phoebe.

La primera impresión de María fue que la espaciosa habitación estaba repleta de extraños; pero después, cuando vio a Pilar sentada en un diván tapizado, a Zeus de pie detrás de ella, una mano descansando con gesto posesivo en el hombro de la mujer, comprendió que estaba equivocada. Con sentimiento de inquietud reconoció a Du Bois, el bucanero francés, instalado en un gran sillón cerca de la pared del fondo, los pies apoyados con gesto negligente en una hermosa mesa de áloe lustrado, al parecer indiferente al hecho de que estaba manchando la hermosa superficie. María se apresuró a apartar sus ojos de él; su mirada se posó en Harry Morgan, resplandeciente con sus ropas verdes y doradas, en el centro de la habitación, gesticulando muy animado, mientras explicaba cierto detalle a su absorto público. Una mujer exquisitamente hermosa, de cabellos muy rojos y ataviada con lujosas sedas y satenes de distintos matices de lavanda y rosa pálido, ocupaba una silla pequeña y miraba a Morgan con descreimiento mal disimulado. Sin embargo, quien atrajo la atención de la joven fue el hombre de elevada estatura apoyado con elegancia indiferente en el reborde de mármol de un hogar que se usaba pocas veces. Sus cabellos negros y rizados cafan sobre los anchos hombros; la piel bronceada indicaba claramente que era un hombre que rara vez estaba bajo techo; pero lo que llamó la atención de María fue el sorprendente azul de sus ojos en esa cara morena e increíblemente bien formada. Sin duda, era el hombre más bello que ella conoció jamás en su vida; sus rasgos eran casi perfectos, desde la nariz y la boca bien cinceladas a la distribución perfectamente simétrica de los altos pómulos y el mentón firme y masculino. Las cejas eran oscuras, negros y aristocráticos arcos sobre el azul cerúleo de los ojos y las pestañas largas y espesas que protegían esos ojos azules levemente rasgados, provocaron en María una chispa de envidia. Mientras lo miraba fijamente, se dijo que una mujer habría dado mucho por tener esos ojos y esas pestañas.

Gabriel advirtió la atenta observación de María y rió por lo bajo.

–¡Ya ves por qué te lo advertí! Y desgraciadamente, posee un encanto que armoniza con su bello rostro.

Ella apartó los ojos del caballero, los posó sobre Gabriel y le dijo en voz baja:

–Pero, eres tan apuesto como él... ¡y prefiero de lejos los ojos verdes a los azules!

Con voz ronca, Gabriel contestó:

–Querida, habría deseado que eligieses un momento más oportuno para declarar tu preferencia... ¡si continúas mirándome de ese modo, me temo que sobresaltaré a nuestros invitados con mis actitudes! Ahora, ven, te presentaré a todos.

Las presentaciones fueron fáciles y María descubrió que la hermosa dama de rosa y lavanda era Gwendolyn Denning; aunque la joven no pudo entender muy claramente cuál de los dos caballeros, Harry Morgan o Jasper le Clair, la había acompañado a la casa de Gabriel. Gwendolyn parecía muy

íntima con todos los caballeros que estaban en la habitación, y María quedó con la clara sensación de que Gabriel y Zeus no estaban muy complacidos con la presencia de la dama en el lugar. Pero al quedar su mano aprisionada en la de Harry Morgan, María olvidó prontamente a la otra mujer.

–¡De modo que esta es la damita que ha cambiado tanto a nuestro Ángel Negro! Querida, te vi una sola vez en Portobelo y creo que ninguno de nosotros estaba entonces en su mejor momento. Permíteme compensar mi tosco comportamiento de aquella noche antes de que me condenes –dijo Harry con un destello divertido en sus ojos oscuros, mientras se inclinaba sobre la mano de María y la rozaba con los labios. Dirigió a Gabriel una mirada burlona, y volviendo los ojos hacia María, agregó audazmente:

–Cuando creas que la protección de este hombre es muy fatigosa, no olvides que Harry Morgan es un individuo generoso.

María sintió que Gabriel a su lado se endurecía, y cuando Harry estalló en una risa estrepitosa ante la expresión de Gabriel, la joven comprendió que el bucanero almirante se burlaba del inglés. Este también lo entendió así y sonrió de mala gana al percatarse con cuánta rapidez sus celos lo habían llevado a reaccionar.

Harry palmeó jovialmente la espalda del dueño de casa y murmuró:

–Ah, Gabriel, amigo mío, ¿acaso alguna vez te robé una de tus mujeres? Vamos, sabes que ése no es el estilo de Harry Morgan.

–Pero no puede decirse lo mismo de mí –gruñó Jasper le Clair, mientras atravesaba la habitación para acercarse a María. Tomó entre las suyas la mano pequeña de María y con sus sorprendentes ojos azules relucientes de regocijo, agregó con voz profunda:– Lancaster y yo hace tiempo que nos robamos el uno al otro las mujeres... es una lástima que yo decidiera permanecer en Tortuga esta vez en lugar de unirme a Morgan en el ataque a Portobelo, quién sabe, quizás hubieras podido caer en mis brazos.

–Jasper –dijo Gabriel en tono de advertencia–. No permitiré que la atraigas con tus pérfidos encantos. Ella no es sencillamente una de mis mujeres... ella será... –De pronto se interrumpió y con un gesto de confusión concluyó la frase:– Ella es mía, y en esto no admito jugarretas.

Jasper pareció sorprendido y al ver que Gabriel tenía una actitud mortalmente seria, una expresión de desaliento se dibujó en sus rasgos perfectos.

–*Mon ami,* sabes que yo jamás te traicionaría... ¡especialmente a causa de una mujer!

Hubo un clamor de risas de los demás, aunque la expresión agria de la cara de Du Bois pareció cambiar poco y fue él quien dijo abruptamente:

–Si ahora podemos volver a los planes del almirante en relación con la próxima incursión...

–¡Sí! Por ese motivo vinimos a verte hoy, Gabriel; hasta que llegué aquí, hoy mismo, no sabía que estabas fuera de la ciudad. Los hombres quieren iniciar otra incursión. Gastaron todo su dinero y comienzan a reclamar que salgamos nuevamente en busca de presas.

–¡Por las llagas de Cristo, Harry! –exclamó Gabriel, medio irritado y medio divertido–. Hace menos de dos meses que hemos regresado... ¡Estamos apenas en la primera semana de octubre! ¿Cómo es posible que hayan gastado con tal rapidez todo el botín recogido en Portobelo?

Harry se encogió nuevamente de hombros.

–Ya los conoces... dilapidan su dinero en mujeres y bebida. ¡Tu propio Jenkins pagó quinientas piezas de a ocho nada más que para ver desnuda a una trotona! Con respecto a los demás, algunos gastan hasta dos o tres mil piezas de a ocho en una noche, jugando y bebiendo, ¡el oro no dura mucho en las manos de nuestros bucaneros!

Gabriel reconocía de mala gana la verdad de lo que Morgan había dicho. En efecto, los bucaneros gastaban absurdamente mientras tenían dinero, y los taberneros no se oponían a ofrecerles los mejores brandys y madeiras y los burdeles mostraban el mismo entusiasmo para suministrarles las prostitutas que acababan de llegar de Londres; los tenderos no vacilaban en apropiarse de su parte del oro que circulaba, y los tentaban con sus mejores y más costosos artículos, y así todo el oro que caía de las manos generosas y descuidadas de los bucaneros, rara vez decepcionaba a los diferentes beneficiarios. Y con respecto a estos piratas, ¿por qué debían preocuparse cuando gastaban su dinero? ¡Siempre había otras ciudades y barcos españoles que saquear!

Du Bois comentó sarcásticamente:

–No todos somos como tú, Lancaster, el rey de Inglaterra no nos regala una hermosa plantación. ¡Tampoco cenamos con el gobernador en su palacio! ¡Somos pobres, y vivimos con nuestro ingenio y nuestra espada, a diferencia de ti, que tienes grandes amigos y fértiles tierras!

Toda la actitud de Du Bois era insultante y aún para el mas tonto era evidente que estaba buscando querella. La expresión en el rostro de Gabriel se endureció y la mano que había descansado bajo el codo de María se cerró mientras intentaba mantener el control.

La mirada de Jasper encontró la de Gabriel: había una advertencia en los ojos del francés; sin dar tiempo a que el inglés hablara, Jasper rezongó lánguidamente:

–¡Oh, vete, Du Bois! ¡Qué estúpido de tu parte formular comentarios así en casa de tu hombre! A veces, en efecto consigues que lamente que ambos tengamos sangre francesa.

Con la gracia indolente de un felino, éste cruzó la habitación hasta donde estaba Du Bois y abandonando su aire de petimetre, le dijo en voz baja:

–¿Me oíste? Te dije que te marches... ¿o prefieres que resolvamos esto afuera, con la espada?

Du Bois vaciló. Si Lancaster le hubiese ofrecido lo mismo, habría aceptado inmediatamente, pero su disputa no era con Jasper le Clair; ahogando apenas una maldición abandonó su silla y caminó encolerizado hasta las puertas dobles. Por encima del hombro gruñó:

–Harry, me reuniré contigo en la cita de fines de ano. Dirigió una mirada maligna a Gabriel, sus fríos ojos azules descansaron un momento en la hermosa cara de María, y desapareció.

En el silencio que siguió a su partida, Jasper dijo reflexivamente:

–Sí, Gabriel, creo que tendrás que matarlo. Está enconado por lo de María y creo que no descansará hasta que haya resuelto la situación de acuerdo con sus deseos. —Jasper esbozó una mueca y agregó:– Mientras esperábamos tu llegada, no hizo otra cosa que quejarse acerca del modo en que lo trataste en Portobelo... ¡no le agradó perder a las mujeres y ser derrotado con la espada!

Sonriente, Gabriel murmuró:

–¿Y estás tan seguro de que no puedo cuidarme y que no me acunes como a un niño? ¿Por eso entraste tan de prisa en la riña?

Adoptando la actitud de un dandy, como lo hacía con frecuencia para ocultar sus verdaderos sentimientos, Jasper replicó:

–Pero, *mon ami,* no podíamos tener una pelea a espada enfrente de las damas; además, ese hombre me aburre... ino tiene tacto!

Después que pasó el momento de tensión la atmósfera se alivió y al cabo de varios minutos de conversación superficial, Morgan dijo:

–Gabriel, quisiera hablar esta noche a solas contigo y con Zeus acerca de la próxima incursión. ¿Los dos pueden venir a mi casa en la ciudad?

Gabriel vaciló, pues ya había concebido otros planes para pasar la noche, ¡y ellos ciertamente nada tenían que ver con los de Harry Morgan, relacionados con un nuevo ataque contra los españoles! De mala gana preguntó:

–¿Tiene que ser esta noche? ¿No podemos encontramos mañana... por la tarde?

No muy complacido por esta evidente falta de entusiasmo de uno de sus lugartenientes de más confianza, Morgan exclamó:

–¡Si crees que puedes perder el tiempo de la entrevista conmigo, que soy tu almirante!

Gabriel hizo una mueca.

–Harry –comenzó en tono conciliador, pero Morgan reaccionó instantáneamente y dominando su malhumor sonrió cálidamente a Gabriel y le dijo en un estilo más acorde con el que solía usar:

–No importa, amigo mío, perdona mis palabras irreflexivas. –Los ojos oscuros recorrieron el cuerpo esbelto de María, y con sonrisa de conocedor en la ancha boca, dijo alegremente:– Estoy seguro de que tienes otros compromisos esta noche... y prefiero contar con toda tu atención cuando hablemos, que verte pensando en... otras cosas.

–Harry, hablando de otras cosas –interrumpió Gwendolyn con tierno sarcasmo–, ¿No me prometiste esta tarde un nuevo vestido de seda? —Su mirada de aburrimiento recorrió la habitación y agregó:– ¿No deberíamos salir ya? Después de todo, Gabriel y Zeus acaban de regresar después de varios días en el mar y estoy segura de que ansian hacer –hizo un gesto con la mano– lo que hacen los hombres cuando regresan del mar.

Hubo una pausa incómoda y la idea de que Gwendolyn Denning no era una dama respetable de pronto cruzó la mente de María. También ahora vio claro cuál de los hombres había traído a la mujer y se sintió bastante mejor cuando después de unas pocas frases corteses Morgan y no Le Clair acompañó a Gwendolyn al salir de la casa. ¡María llegó a la conclusión de que Le Clair merecía mucho más que una mujer como Gwendolyn Denning! Sobre todo después que tan gallardamente había desviado la cólera de Du Bois contra Gabriel.

Jasper partió poco después y al oír la frase de Gabriel: "¡Di a Harry que no traiga de nuevo a esa trotona mientras aquí residan María y Pilar!", cuando los hombres se despedían en la puerta, se confirmó la sospecha de la joven en el sentido de que la señorita Denning no era una mujer muy respetable. Sólo más tarde, cuando Pilar entró en la habitación que, obedeciendo a la orden de Gabriel, Phoebe había indicado a María, la joven supo exactamente quién era Gwendolyn Denning. O quién había sido.

Zeus y Gabriel estaban todavía en la planta baja y María dormitaba sobre el colchón de plumas de una gran cama con gruesas mantas, mientras le preparaban el baño, cuando entró Pilar. Las dos amigas se abrazaron y charlaron durante varios minutos y María ofreció a Pilar su versión de lo sucedido en el atolón. Pero más tarde la conversación derivó hacia los episodios de la tarde y con más curiosidad que la que habría deseado manifestar, María preguntó:

–¿Quién era esa mujer? Me pareció que todos la conocían, pero tuve la sensación de que Zeus y Gabriel no la aprobaban. Pilar rezongó:

–Ignoro qué derecho tienen para aprobar o desaprobar. –Con sus bellos ojos encendidos por el recuerdo de una escena anterior, Pilar continuó:– Sabía que había algo extraño en la actitud de Zeus frente a ella, y apenas estuvimos solos lo arrinconé... ¡es una prostituta conocida! Al parecer también fue la amante, por lo menos anteriormente, tanto de Jasper como de Gabriel. Zeus dice que ahora ella está con Morgan y que Jasper y Gabriel... –se interrumpió de pronto y se corrigió incómoda–. Bien, Jasper y Gabriel apostaron sobre quién de ellos podía robársela a Morgan.

27

No fue un modo auspicioso de iniciar el retorno a Port Royal, sobre todo porque María sospechaba firmemente que Pilar se había ocupado de ubicar la apuesta en tiempo pasado. Pero después de que ésta salió de la habitación, poco deseosa de detenerse a meditar en que, después de todo lo que Gabriel había hecho para retenerla, aún estaba interesado en los encantos de Gwendolyn Denning, María orientó decididamente sus pensamientos en otros sentidos, sobre todo la experiencia mucho más agradable que era recordar el modo en que la había mirado cuando la envió

al primer piso, en compañía de Phoebe, apenas un rato antes. Y su voz ronca, cuando murmuró, de modo que sólo ella lo oyese:

–No permaneceré mucho tiempo con Zeus... y después tendremos la noche entera para nosotros...

María se repetía esas palabras, así como las que había dicho al llegar a la casa, y después, cuando la presentó a Phoebe. Era evidente, incluso para una persona que alimentaba tantas dudas y tantos temores como María, que él la deseaba y que estaba dispuesto a tratarla con algo más que mera bondad. En ciertos aspectos, comprender esa situación la complacía, pero sin que pudiera resignarse por completo a ser nada más que la amante de Gabriel. No era una condición a la que una persona criada como ella, pudiera aceptar con facilidad. Además, una amante era una criatura provisional y ella deseaba profundamente permanecer en el mundo de Gabriel por el resto de su vida. Pero si todo lo que él le ofrecía por ahora era la condición de amante, ella aceptaría eso con manos codiciosas, abrigando la esperanza de que con el tiempo conseguiría que la amase como ella.

Por consiguiente, cuando Phoebe llamó a la puerta apenas un minutos más tarde y entró con un pequeño baúl que estaba ocupado por toda suerte de bellas prendas íntimas, diferentes jabones aromáticos, aceites perfumados y polvos de olores sugestivos, María no despreció todo eso como lo habría hecho antes. Después de todo, se dijo con una risita nerviosa, si quería que él se sintiese loco por ella, necesitaba utilizar todas las armas disponibles... ¡y si el hombre estaba dispuesto a darle esas armas, hubiera sido absurdo que ella no las usara!

María y Phoebe estuvieron varios minutos profiriendo exclamaciones al ver las muchas cosas hermosas que contenía el baúl y la doméstica dijo:

–El amo ya tenía todas estas cosas desde hace varias semanas; creo que las compró para vos cuando estuvo la última vez en Port Royal, poco antes de este viaje. Según creo, abajo hay otro baúl más grande, que contiene muchas prendas. –Dirigió a María una mirada crítica.– Siempre fue generoso con sus mujeres, pero nunca tan generoso, y tampoco jamás dio a ninguna de ellas autoridad en la casa. –Con una mirada reflexiva en los ojos castaños, agregó lentamente:– Además, nunca trajo alguna a esta casa. Seguramente vos significáis para él más que todas las restantes. —Como asaltada por un pensamiento súbito, Phoebe miró de nuevo a María y agregó con astucia:– ¡Tal vez piensa casarse con vos!

María no sintió agrado ante la referencia a las otras mujeres, pero la reconfortó saber que Gabriel en efecto la trataba de muy distinto modo que a sus amantes usuales y esa información reanimó su espíritu y puso una chispa en los ojos azul zafiro. Reprimió con fuerza el ansia de comentar más extensamente con Phoebe este tema tan interesante y dijo con voz firme:

–No debes hablar de estas cosas. A él no le agradaría. Aceptando con buen ánimo la leve reprensión, Phoebe se encogió de hombros y comenzó a llevar algunos de los jabones y aceites al cuarto junto al dormitorio. Por encima del hombro dijo:

–El amo tiene aquí su baño. Si el agua está caliente, os traeré los primeros cubos.

María asintió y pensó que después de los días en el mar, era maravilloso darse un verdadero baño y no limitarse a un rápido lavado sobre una palangana. Aún se sentía un poco fatigada por los sobresaltos de las últimas semanas y se recostó con el propósito de descansar unos minutos antes de explorar mejor su nuevo alojamiento.

Sin duda se durmió profundamente y un rato después oyó el sonido de un golpe en la puerta. Tratando de despertar, dijo: –¡Adelante! –y se sintió un poco decepcionada cuando vio que era Phoebe.

Esta entró y dijo:

–El agua está caliente y ya la suben. ¿Deseáis ahora mismo el baño?

–¡0h, sí! –replicó María, que saltó de la cama y se apartó de la cara los cabellos rebeldes.

Juntas fueron hasta la habitación que Phoebe le había indicado antes y al entrar se detuvo asombrada ante el espectáculo.

Lejos de contener sólo una bañera, ¡la habitación y su equipamiento eran la cosa más lujuriosa que ella hubiese visto jamás en su vida! Un amplio sofá tapizado de terciopelo carmesí y oro estaba puesto contra una pared, cubierta de espejos. No había ventanas; las altas velas distribuidas por todo el ámbito emitían una luz suave; el techo estaba cubierto de espejos; había gruesas alfombras sobre el piso; dos anchas sillas bien tapizadas con satén negro ocupaban lugares a ambos lados de un gran cuadro que representaba a un hombre y una mujer desnudos en un abrazo de apasionado amor. Al apartar la mirada, chocada por las formas desnudas del cuadro, María dejó escapar una exclamación de sorpresa cuando al fin descubrió la bañera.

Solamente después que dio unos pocos pasos vacilantes hacia el interior de ese lugar suntuoso y francamente sensual, María comprendió que el objeto que estaba sobre el estrado, poco después de las alfombras, era una bañera. Pero no se parecía a ninguna de las que había visto antes y que probablemente jamás volvería a ver. Construida con reluciente mármol negro ribeteado de oro, era bastante espaciosa para albergar a tres o incluso cuatro personas, sus costados descendían suavemente y al asomarse cautelosamente al interior, María vio que tenía bastante más de un metro de profundidad. Al recordar de pronto la noche en Portobelo, la vez que Gabriel la había bañado tan tiernamente, María percibió una debilidad temblorosa que le recorría el cuerpo. Si él deseaba bañarse con ella, como había dicho esa noche... Tragó saliva, y desviando la mirada fascinada, preguntó con un gesto de impotencia:

–¿Qué es este lugar? Phoebe emitió una risita.

–Era un burdel de lujo hasta que el amo lo ganó en una partida de naipes. Ordenó retirar todos los adornos, excepto los de este cuarto de baño. –Volvió a reír.– Dijo que le agradaba bastante y que estaba seguro de que pasaría aquí muchas horas placenteras.

Roja de vergüenza ante las imágenes que atravesaron su mente, pero deseosa de saber y odiándose ella misma por eso, María dijo lastimeramente:

–¿El alguna vez compartió…? Quiero decir, ¿trajo aquí…? Se interrumpió, incapaz de terminar la pregunta. Los ojos oscuros regocijados y comprensivos, Phoebe meneó la cabeza oscura.

–No, señorita. Sois la única mujer que ha visto este lugar, fuera de mí y mi madre. –Después, temerosa de que sus palabras pudieran ser mal interpretadas, se apresuró a agregar:– Cuando limpiamos el cuarto de baño. ¡El amo jamás, jamás ha puesto la mano sobre una de sus criadas! ¡No es esa clase de hombre!

Insegura acerca de si debía reír u ofenderse ante la idea de que la casa de Gabriel en la ciudad había sido antes un burdel, María comentó con voz débil:

–Oh, imagino que así se explica todo.

María se volvió para salir del cuarto de baño, pero se detuvo, fascinada a pesar de sí misma. Después de todo, se dijo en un intento por recobrar la serenidad, ¡a cuántas mujeres no se les ofrecía jamás la posibilidad de ver el interior de un burdel! Echó otra ojeada a la imagen del hombre y la mujer y de pronto advirtió impresionada que lo que había supuesto que eran nada más que decoraciones alrededor del gran marco, en realidad eran figuras humanas que hacían el amor en distintas posiciones. Con las mejillas intensamente sonrojadas, María se apresuró a desviar los ojos, pero poco después su mirada se sintió atraída por ese marco escandaloso. Avergonzada de su propia curiosidad, incómodamente consciente de la presencia de Phoebe poco más atrás, se apartó del cuadro y por primera vez vio el alto gabinete rojo y negro que estaba en un rincón. Se aproximó cautelosamente al mueble, y tocó las suaves superficies, sobresaltándose cuando Phoebe dijo como al descuido:

–Oh, olvidé explicarle eso… contiene algunos de los licores y vinos y cosas por el estilo del amo. Coloqué vuestros aceites para baño y las cajas de polvo en el último cajón; allí también hay algunas toallas y cosas parecidas. –Phoebe rió entre dientes.– El amo dice que a veces se pregunta cómo tiene la fuerza de voluntad necesaria para salir de aquí, que un día quizás ordene construir un cuarto de baño igual en el Don Real.

Cuando regresó al cuarto de baño, vio a Phoebe que derramaba aceites en el agua y el perfume de rosas de pronto flotó en el aire. María despidió amablemente a Phoebe, se acercó a la bañera con un sentimiento de expectativa y la firme idea de que su actitud era sumamente perversa. No dudaba de que era escandaloso bañarse con tanto esplendor y lujo, pero la atracción que ejercía el agua caliente y perfumada era demasiado intensa y rechazando sus propias vacilaciones, se apresuró a despojarse del vestido.

Vio complacida que Phoebe había dejado una gruesa toalla y algunos peines y cepillos y de pie, cubierta sólo con la camisa, y con dedos que de pronto le parecieron muy torpes, se peinó los largos cabellos negros y los aseguró con una peineta de carey sobre la cabeza, la mente siempre ocupada por el pensamiento de Gabriel. Tenía las mejillas sonrojadas y calientes cuando finalmente se quitó la camisa y se ruborizó ante las imágenes desnudas de su propio cuerpo que se reflejaban en los espejos de la pared, y con un suspiro de alivio y placer se hundió lentamente en el agua perfumada con aroma de rosas.

El placer era tan perverso como María había previsto que sería; el agua cálida y sedosa le llegó a los hombros y como una niña agitó juguetonamente los pies, riéndose del goce mismo que le provocaba la caricia del agua en las piernas y los pies. Se apoderó de un gran pedazo de buen jabón que Phoebe había dejado en un lugar apropiado, sobre el borde de la bañera y formó una espuma burbujeante sobre los brazos y los hombros, acentuándose el olor a rosas cuando el jabón soltó su fragancia.

El ruido de la puerta al abrirse no la alarmó, pero incluso así, el corazón comenzó a latirle con fuerza y ella tuvo la certeza de que moriría de desilusión si la persona que entraba era solamente Phoebe. Evitó mirar en esa dirección tanto tiempo como pudo, pero finalmente, deseosa de saber si había interpretado bien el mensaje que le habían transmitido antes los ojos verdes de Gabriel, miró por encima del hombro, y un leve estremecimiento de confusión y expectativa la recorrió cuando vio que en efecto era Gabriel.

Tenía puesta una bata de seda negra y había algo casi temible en él mientras permanecía allí, de pie, a escasa distancia de la puerta, mirándola, con una expresión difícil de definir en los duros ojos verdes. La cara morena y delgada no permitía adivinar sus pensamientos y María se sintió inquieta hasta que los labios bien cincelados formaron una sonrisa perezosa y con voz ronca, él comentó:

–¿Sabes que desde hace semanas me torturan los sueños en que te veo exactamente como estás ahora? –Se acercó con movimientos rápidos y se detuvo a un paso de la bañera. La mirada de esos ojos verdes la recorrió con toda la calidez de una caricia y Gabriel murmuró:– Pero eres mucho más hermosa que en el sueño y mis ensoñaciones no me prepararon para la realidad de lo que eres cuando estás aquí.

Conmovida y simultáneamente nerviosa, María lo miró tímidamente, todo su cuerpo teñido de sonrojo ante la promesa francamente carnal en los ojos de 61. Con súbita impresión comprendió que si bien amaba con todo su ser a ese individuo enigmático y había llegado a ser mujer en sus brazos, en realidad conoció la posesión explosiva de su cuerpo sólo tres veces. A pesar de todo lo que habían compartido, de hecho él era todavía un extraño para María, un extraño seductor, hipnótico y magnético que enseñó al cuerpo de la joven, con ternura y al mismo tiempo con salvajismo, a responder a las caricias que él prodigaba, un extraño que era el padre del niño que en ese mismo instante se formaba en su seno.

La turbulencia de los sentimientos de María era evidente y confundiéndola con el miedo hacia él, Gabriel se arrodilló junto a la bañera, cerrando sus manos cálidas sobre los hombros desnudos de María.

–No, no —dijo suavemente muy cerca de la boca de la joven–. No me temas, no te haré daño... Mi intención es únicamente amarte como merece ser amado ese dulce cuerpo tuyo.

Sin atender a los efectos del cuerpo húmedo y jabonoso de María sobre su bata de seda, Gabriel la acercó a su pecho y su boca cubrió la de la joven en un beso largo e inquisitivo, un beso que destruyó las prevenciones que María alentaba, ya que no todas sus inhibiciones. Casi aturdida de placer ucando al fin él retiró sus labios, los ojos azul zafiro oscurecidos por el despertar de la pasión, ella murmuró estúpidamente:

–Inglés, tus ropas están todas mojadas.

Gabriel sonrió, con esa sonrisita sensualmente explícita que él solía mostrar y que aceleraba aun más los latidos del corazón de María.

–Sí, ¿y no dijiste más o menos lo mismo esa noche en Portobelo? –Su voz cobró un tono más grave.– ¿Y yo no te prometí que me hubiera reunido contigo en la bañera si ésta hubiese sido más espaciosa? –Miró la superficie del agua detrás de María, y mientras su lengua exploraba airosa la oreja de la joven, agregó:– Creo que esta bañera es más que suficiente para recibirnos a los dos.

Se incorporó en un único y ágil movimiento, sin la más mínima vergüenza de su propia desnudez, como al descuido se despojó de la bata y el estado de excitación en que estaba se reveló en toda su esplendidez. Gabriel se miró él mismo y admitió de mala gana:

–Ya ves, tigrecilla, el efecto que produces en mí. Me temo mucho que el macho de la especie es incapaz de ocultar su deseo. –Se hundió en la bañera y atrajo hacia él el cuerpo inerte de María, y murmuró roncamente:– Y en efecto, querida, ite deseo!

El ambiente, las palabras y él mismo enturbiaron todos los sentidos de María y la calidez que sintió antes en la boca del estómago se acentuó cuando su cuerpo se deslizó a lo largo del cuerpo de Gabriel y las puntas de sus pezones rozaron el pecho áspero de vello y las piernas de ambos se enredaron bajo el agua. Todo era increíblemente erótico, la luz de las velas bailoteando en el agua, el perfume de rosas saturando el aire, el techo con sus espejos reflejando los dos cuerpos en el agua sedosa y cálida y María entregándose sin resistencia al momento, ansiosa de compartir con Gabriel todos los placeres terrenales que ella bien sabía cada uno encontraría en el cuerpo del otro.

Ella se sentía tímida y audaz al mismo tiempo acostada allí, su mejilla apoyada en el hombro de Gabriel, su cuerpo cubriendo parcialmente el cuerpo de él, el agua cubriéndolos a ambos como un manto suave y perfumado. Cuando desvió apenas los ojos, a través del agua ella pudo ver los cuerpos entrelazados, la blancura del suyo que contrastaba de un modo sorprendente con el bronce oscurecido por el sol del largo cuerpo de Gabriel. Fascinada, lo miró y observó los mechones del rizado vello negro que llegaban del pecho musculoso y descendían hasta desaparecer entre los dos cuerpos. La cabeza de Gabriel se apoyaba cómodamente en el borde de la bañera; tenía un brazo enlazando suavemente la cintura de María, manteniéndola cerca, mientras la otra mano ligera y seductora jugaba con los cortos mechones de cabellos que habían escapado de la peineta de carey y colgaban cerca de la oreja de la muchacha.

Era un momento inquietante y seductor; aquí estaban juntos, cada uno seguro de la naturaleza del resultado, y al mismo tiempo cada uno saboreando esos preciosos segundos antes de que la pasión los dominase. Con ojos de asombro María continuó observando el cuerpo desnudo de Gabriel, intrigada por los pezones masculinos lisos, color de miel y ni siquiera consciente de que estaba mirando, con dedos curiosos los buscó y rozó, satisfecha y sobresaltada cuando Gabriel gimió y los pequeños puntos

carnosos bajo sus dedos se endurecieron. La boca junto al oído de María, Gabriel murmuró:

–Ya lo ves, el más mínimo contacto contigo me inflama.

Ella lo miró en los ojos, los suyos se le agrandaron al ver el fuego verde en los de Gabriel, y la expresión incauta que se reveló momentáneamente antes de que él entornase los párpados y las espesas cejas negras disimularan lo que él sentía.

Sin aliento, María observó mientras la boca de Gabriel descendía sin prisa hacia la que ella le ofrecía, los labios cálidos y apremiantes cuando las bocas se unieron, los brazos apretándole el cuerpo. María cerró los ojos y con un breve suspiro de placer, los brazos delgados cerrados alrededor del cuello fuerte, recostó el cuerpo completamente sobre el de Gabriel, mientras férvida y apasionadamente retribuía sus besos.

Un fuego lento y dulce pareció encenderse en el cuerpo de María, y casi gritó decepcionada cuando él retiró sus labios, pero después esos labios expertos de Gabriel descendieron despaciosamente por el cuello de María, se detuvieron en la base, y la lengua acarició el lugar en que el pulso latía enloquecido. Pareció que eso lo satisfacía, porque Gabriel sonrió suavemente y murmuró:

–Veo que esta noche no soy el único que se inflama fácilmente.

María sintió un sonrojo de mortificación que le teñía las mejillas, pero después, cuando las manos de Gabriel se deslizaron hasta la cintura de la joven, en un rápido movimiento, él la levantó un poco del agua, y sus labios buscaron los pechos desnudos. Inconscientemente, ella se puso a horcajadas sobre la forma yacente de Gabriel, y exhaló una exclamación ante la súbita y fiera puñalada de placer que la atacó cuando la lengua de Gabriel describió un suave círculo alrededor de los pezones sensibles, y sus dedos rozaron juguetonamente las puntas inflamadas, avivando el fuego que ya ardía en el cuerpo de María.

El contacto de la boca de Gabriel con el seno femenino era tan dulce, tan placentero, que María sin intención consciente se arqueó todavía más, echó hacia atrás la cabeza, los ojos entrecerrados de placer mientras las manos del hombre se elevaban recorriendo el tórax de María, sosteniéndola como prisionera voluntaria de su lengua y sus labios. Las manos de María descansaban sobre los anchos hombros de Gabriel; el estómago liso y duro del hombre se mantenía entre los esbeltos muslos de la muchacha, y su virilidad, cálida y rígida, se elevó impúdica entre las nalgas que ella le ofrecía. María tembló en las manos de Gabriel, y su sangre cantó con sensual excitación, e impotente ella acercó más aun la cabeza de Gabriel a los pezones que latían, y un blando sonido de placer escapó de sus labios cuando él comenzó a sorber con más fuerza, acentuando la excitación que ella sentía.

Pero deseaba más, y ansiosa sus manos se cerraron sobre la cara de Gabriel, y acercó la boca del hombre a la suya para besarla, pues deseaba ofrecerle tanto placer como 61 le ofrendaba; y lentamente, guiada por Gabriel, la cabeza de María descendió, hasta que fueron los pezones del inglés los que se vieron tiernamente atacados, y su gemido de placer el que

surcó el aire. Ella lo sorbió como él lo había hecho antes, y su lengua rozó los pezones color de miel y los convirtió en puntitos rígidos que revelaban su deseo cada vez más intenso tan claramente como su virilidad inflamada.

–Tierna, tierna tigresa –dijo él con voz espesa–, creo que nunca saldremos de esta habitación, y en cambio permaneceremos aquí para siempre, encerrado cada uno en los brazos del otro.

El levantó bruscamente la cabeza, y su boca encontró la de María en un beso cada vez más urgente, y su mano le acarició los flancos y se deslizó repetidas veces entre los muslos de la muchacha, tocándola intencionadamente allí, y sus dedos buscando la entrada del santuario mismo. Como vino caliente, el deseo cálido y embriagador la recorrió, y sin pausa ella se movió a un lado y al otro, rozando los senos que latían contra el pecho de Gabriel, y sus dedos aferraron salvajemente los espesos cabellos negros de la cabeza del hombre, mientras él la acariciaba más y más profundamente, y su lengua ocupaba la boca complaciente, mimando los movimientos impulsivos de sus dedos. El cuerpo de María temblaba a causa de las intensas sensaciones que él estaba provocándole, y se sentía consumido por la antigua necesidad de conocer la posesión del amor, por la necesidad de desearlo con intensidad desesperada; y así, María sintió que sus emociones se descarriaban por completo. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo o diciendo, pues la dulce pasión despertada por Gabriel destruía tan completamente sus inhibiciones que lo único que ella sabía era que sentía en sus entrañas un dolor imperioso, un dolor que se acentuaba con cada minuto que corría. No podía soportar más los intensos movimientos de la lengua y las manos de Gabriel, y envalentonada por el deseo indomable que le inundaba el cuerpo, gimió desesperada:

–¡Ah, mi amado! ¡Por favor, tómame, llename contigo! Los labios de Gabriel se apartaron de María, y con los ojos entrecerrados él contempló los hermosos rasgos, encendidos por la pasión. Algo que podría haber sido satisfacción se manifestó en su cara, y después, su boca contra la de ella, dijo roncamente:

–Sí, eso haré, querida; sólo que tú serás quien nos guíe esta noche.

Y entonces, antes de que ella supiera lo que él estaba haciendo, Gabriel se movió apenas, y con un golpe de inquietante excitación, ella lo sintió deslizarse en su interior, y su cuerpo de mujer aceptó entusiasta la longitud gruesa y dura de su túrgida virilidad.

Empalada sobre él, llena de él, María permaneció sentada, absorbiendo esta nueva sensación, los ojos colmados de maravilla y placer ante lo que estaba sucediéndole. No parecía tampoco que Gabriel ya ejerciera mucho control sobre sí mismo, y su cara apuesta se mostraba tensa, y su respiración jadeaba tanto como la de María, y sus manos apretaron fuertemente las caderas bien formadas. Satisfecha ante estos signos de que la pasión lo dominaba a él tanto como a ella, María se mostró más atrevida, y como probando se elevó y descendió sobre él, complacida cuando él gemía estridente su placer, los ojos verde esmeralda febrilmente luminosos mientras la miraba.

–Bésame –ordenó él con voz espesa–, dame tu boca, dulzura. –Y ciegamente, María se inclinó hacia adelante, y sus labios se apretaron ardientes contra la boca bien formada de Gabriel.

El calor aterciopelado del cuerpo de María alrededor de Gabriel era casi más de lo que él podía soportar, y sin embargo deseaba profundamente prolongar ese placer exquisito, quería saborear las intensas sensaciones que recorrían como ondas su cuerpo grande, quería continuar besándola, mantener ese pico febril en su sangre, enloquecerla de deseo, del mismo modo que ella sin esfuerzo lo desquiciaba. Pero no creía que pudiera soportar mucho más tiempo ese dulce tormento, y todos los movimientos menudos que realizaba María, y el roce leve de sus pezones sobre el pecho, y los fieros ataques de su lengua cuando ella retribuía los besos cada vez más frenéticos… todo eso era demasiado estimulante, y las manos de Gabriel se hundían en las caderas de María, para aquietar los movimientos inconscientes que ella había comenzado a realizar.

Pero era demasiado tarde para ambos. Ella estaba tan excitada y ansiosa de goce como Gabriel, y su cuerpo exigía que ella buscase el placer que bien sabía los esperaba a ambos. Cuando las manos de Gabriel la aferraron, ella gimió en un gesto de protesta:

–¡Ah, no, mi amado! ¡No me detengas! ¡No puedo soportar más tiempo esta dulzura!

Las palabras de María lo electrizaron, y destruyeron el control que había conseguido mantener sobre sí mismo, y con movimientos de salvaje urgencia él comenzó a penetrar todavía más en ella, buscando hambriento que las caderas de María descendiesen más y más. Fue el éxtasis para ambos, y el agua caliente de la bañera se agitó desordenada con los movimientos, y las manos de Gabriel aferraban el cuerpo de María, y su boca poseía cálida la que ella le ofrecía.

Atrapada en una telaraña de sensaciones francamente carnales, María se movió impotente sobre él, y la sangre le latía en las venas, y el dolor en las entrañas se acentuó, hasta que ella pensó que ya no podía existir un éxtasis más profundo. Pero entonces, sin aliento, ella sintió que el cuerpo se le conmovía, y gritó de asombrado placer mientras una oleada tras otra de un rapto exquisito estremecía su cuerpo delgado.

Un poco tímida, ahora que la pasión se había agotado, María mantuvo la mejilla apoyada en el pecho cálido de Gabriel, escuchando el latido fuerte de su corazón, preguntándose qué pensaba él, y cavilando aprensiva acerca de la posibilidad de haber revelado cuánto lo amaba en los momentos en que el deseo la había dominado. Tenía conciencia de que las manos de Gabriel se deslizaban suavemente sobre su carne, del cuerpo poderoso que yacía encerrado entre los muslos femeninos, y ansiaba que ese momento durase, deseaba que la tranquilidad que sentía ahora se prolongase.

El frío del agua finalmente los indujo a moverse, y Gabriel dijo con voz ronca:

–Será mejor que Phoebe haya calentado más agua, pues de lo contrario pronto estaremos tiritando. –Y apartando de mala gana a María, se puso de pie y tiró de la cuerda que Phoebe había mostrado antes a María. Hubo un

ruido resonante en la pared, y después un golpe. Gabriel abrió la pequeña puerta y extrajo un cubo de agua hirviendo, lo volcó en la bañera, ordenó que enviasen otro y dijo riendo:– IY ahora, tigrecilla, vamos a bañarnos!

Sobresaltada, María sólo pudo mirarlo, mientras él estaba allí, de pie, en todo su desnudo esplendor, los ojos verdes reluciendo divertidos ante la expresión de la joven, la boca de labios móviles dibujando una. sonrisa perezosa y satisfecha. Inclinándose, levantó la olvidada barra de jabón y hundiéndose de nuevo en la bañera dijo:

–Me jabonarás la espalda, y después yo haré lo mismo por ti... espero con ansiedad el momento de lavarte el pecho... ¡y sobre todo esos pezones tuyos, maduros como cerezas!

El baño que siguió fue una exquisita mezcla de tortura y placer, y las manos y los dedos de Gabriel exploraron audazmente al cuerpo de María, mientras ostensiblemente la bañaba, y las manos inseguras de María se movían con menos firmeza sobre el cuerpo duro y musculoso de Gabriel. Para ella fue una revelación: sabía que el más mínimo toque del hombre la excitaba, pero hasta ese momento no había sabido que ella podía hacerle lo mismo, y observó con complacido asombro cuando la virilidad de Gabriel se endureció y creció a causa de los contactos jabonosos inconscientemente provocadores que ella le prodigó.

Con una mezcla de renuencia y expectativa, María permitió que él la retirase de la bañera, y el modo en que él secó el cuerpo estremecido de la joven demostró claramente que él consideraba realmente seductora esa forma esbelta. Cuando ella extendió la mano en busca de la toalla para secar a Gabriel, éste meneó la cabeza, y abrazándola murmuró junto a la boca de la muchacha:

–No, para eso ya habrá tiempo otra noche...

Mientras él la llevaba decidido hacia el diván carmesí y oro, María vio la imagen de los dos en los espejos de la pared. La luz de las velas se reflejaba en el húmedo negro azulado de los cabellos de Gabriel y ahora podía verse claramente la esmeralda y el engaste de oro, y la cadena de oro alrededor del cuello relucía sordamente. El la llevaba apretada contra el pecho, los brazos bronceados oscuros en contraste con la claridad de alabastro de la piel femenina, la punta de coral de uno de los senos asomando sobre el brazo masculino, los cabellos húmedos de María formando un flujo negro tinta sobre su propio hombro. La mirada de María descendió, y admiró tímidamente la rampante excitación del hombre, antes de descender hacia la elegante longitud de las piernas alargadas y poderosas.

La depositó sobre el diván y su propio cuerpo la siguió enseguida y la boca de Gabriel atrapó la de María en un beso abrumadoramente carnal. Parecía que él no podía satisfacerse con nada, y sus manos recorrían posesivas y urgentes el cuerpo de su compañera, buscando elevarla de nuevo a–la altura de una pasión hambrienta. María no podía negarle nada, y sin pensarlo se ofreció a él, compañera bien dispuesta del éxtasis que debían compartir.

Chocada y quizá un poco atemorizada por la intensidad de su goce, María se apartó de Gabriel y se acurrucó a un costado. Las manos de

Gabriel cálidas sobre los hombros de María, él la atrajo, y frotó la cara contra el cuello de la muchacha, mientras murmuraba:
I

–No, no, amor, ¡no te ocultes de mí! Déjame ver tu placer de modo que yo también sienta el goce de tu felicidad.

Su cuerpo doloroso de deseo, impulsado a perderse de nuevo en el calor embriagador de la carne seductora de María, Gabriel la besó, mientras murmuraba:

–¡Eres mía, toda mía, y jamás permitiré que te vayas! María se entregó sumisa a él, abrazándolo, y su cuerpo dio una entusiasta bienvenida a la potente invasión del hombre. Y después, la magia recomenzó, cuando compulsivamente Gabriel la penetró, lanzados ambos a un abismo de olvido sensual.

28

Era bien entrada la tarde cuando Gabriel apareció en la planta baja y a pesar de lo tardío de la hora y la mirada de satisfacción, cuando no de presunción, que se manifestaba en su bello rostro, era evidente que no había pasado el tiempo durmiendo. Se dibujaban atractivas sombras azules bajo los ojos esmeralda y cierta agradable palidez en la cara delgada, ¡todo lo cual sugería un tiempo consagrado a actividades diferentes al descanso!

Con mucha renuencia finalmente dejó a María durmiendo, agotada en la cama que había sido el escenario de nuevas y frenéticas escenas de amor. Gabriel se había mostrado insaciable, incapaz de apartarse del éxtasis seductor que hallaba en el cálido abrazo de la joven. Durante la noche y la mañana en repetidas ocasiones se había hundido en la carne propicia de María, revelando con su cuerpo grande y cálido lo que aún no podía decir en voz alta. Pero si no expresó su amor con palabras, reconoció el hecho plenamente en su propio corazón, y la entrega embriagadora y ardiente de María en los brazos de Gabriel atenuó alguno de los temores negativos que aún poblaban su mente. Después de la última noche, del éxtasis que habían compartido, él no podía creer que María no alimentase sentimientos profundos –y de pronto tuvo la certeza de que el factor que le había provocado esa ingrata desazón no era que no la hubiese devuelto a Diego. Durante un segundo Gabriel revivió el momento en que ella exclamó: –¡Ah, mi amado!– ¡Lo había llamado su amor! Y él no creía, no quería creer que esas palabras respondían sólo al desenfreno del momento. Pensó fieramente: ¡Sin duda, lo amaba! Se le suavizaron los rasgos de la cara. Pronto la obligaría a decirlo otra vez y entonces no sería respondiendo al impulso de la pasión. Una tierna y breve sonrisa se dibujó en su rostro duro. ¡Y después, él le hablaría de su amor, se lo diría y lo demostraría!

Encontró a Zeus y Pilar que se habían sentado para tomar la comida principal del día, y se reunió con ellos en el amplio comedor mientras decía como de pasada:

–María continúa durmiendo. Pedí a Phoebe que a eso de las cinco le suba una bandeja, si todavía no está levantada.

Pilar enarcó el entrecejo, pero por una vez no formuló comentarios. En cambio, Zeus habló. Con un destello burlón en los ojos oscuros murmuró:

–¡Si tu apariencia es un indicio del modo en que pasaste la noche, me sorprende que no estés también acostado!

Gabriel se limitó a sonreír y después de servirse una suculenta pata del pollo asado que Delicia había preparado, reconoció de mala gana:

–i Si no hubiese prometido a Harry que lo vería esta tarde, puedo asegurarte, amigo, que no estaría aquí, soportando a gente como vosotros!

Zeus sonrió.

–¡Y esa es la verdad, *mon ami!* –Con expresión seria, preguntó:

–¿Piensas salir al mar con él esta vez? Gabriel meneó la cabeza con un gesto resuelto.

–No. Harry y Modyford saben que estoy decidido a renunciar a la piratería... Después de encontrar a María, yo... –Se interrumpió, como si hubiese advertido que estaba pensando en voz alta y con gran asombro de Pilar un leve sonrojo le tiñó las mejillas de oscuro. Con voz un poco hosca, agregó:– Antes de que fuésemos a Portobelo, expliqué tanto a Morgan como al gobernador que estaba bastante seguro de que sería mi último viaje con los Hermanos. –Esbozó una mueca.– Creo que ninguno de los dos me creyó entonces... y tampoco se sintieron muy complacidos con mi decisión. Por supuesto, Modyford tiende más bien a considerar la situación con cierta tolerancia, pero Morgan... –Frunció el entrecejo.– ¡A Harry no le agradará!

Gabriel tenía razón. A Harry no le agradó y aclaró bien su desagrado una hora más tarde, mientras él y Gabriel estaban cómodamente sentados en la residencia de Morgan, a pocas calles de distancia. Estaba también presente Jasper le Clair, y sus ojos azules observaban apreciativamente la escena mientras Harry se paseaba briosamente de un extremo al otro de la amplia y lujosa habitación donde se habían reunido los cuatro hombres.

La cólera de Morgan era aparatosa; sus cabellos negros rizados que le llegaban a los hombros casi se esponjaron a causa de la indignación y sus ojos oscuros centelleaban coléricos. Las finas aletas de la hermosa nariz griega palpitaban irritadas. Incluso la voz melodiosa revelaba su profundo enojo y los acentos eran menos gratos, y menos hipnóticos cuando gruñó:

–No puedo creer lo que oigo... ¡uno de los capitanes bucaneros más valientes y renombrados no está interesado en el ataque a Cartagena!

Gabriel le respondió con voz suave:

–Harry, los capitanes aún no trataron ese punto... quizá tu meta no sea Cartagena. Y hasta el momento de la reunión no sabrás dónde quieren atacar los Hermanos.

–¡Bah! Crees que eso me inquieta... yo quiero ir a Cartagena, ¡y estoy dispuesto a apostar el costo del vino de un año entero a que los hombres

aceptarán lo que yo proponga! –Morgan habló con voz más persuasiva y dijo, casi en tono de ruego:– ¡Piénsalo, Lancaster! ¡Cartagena, la ciudad más rica del continente español! ¡Quién sabe qué tesoros maravillosos hallaremos allí! ¡Dime que vendrás conmigo por última vez!

De mala gana, Gabriel meneó la cabeza de cabellos negros.

–No, Harry, no lo haré... debo atender otras cosas. Los ojos negros se entrecerraron peligrosamente.

–Es esa hembra española, ¿verdad? ¡Ella te convirtió en la criatura quejosa y débil que está ahora ante mí! ¡Por las llagas de Cristo! ¡Si lo hubiese sabido, habría destruido a esa perra la pri– ¡ mera noche!

Gabriel se puso rígido y sus ojos verdes de pronto cobraron | una expresión dura y fría. Con voz helada de cólera, subrayó:

–No acepto que ningún hombre, ni siquiera tú, Harry, me hable así... si vuelves a mover tu lengua para referirte a María, ¡la freiré ante tus propios ojos mentirosos!

Zeus y Jasper cruzaron miradas inquietas y este último intervino instantáneamente en la disputa.

–*¡Mes amis!*–exclamó con aire indiferente–. Vamos, ¿qué es esto? ¿Riñendo por una mujer? ¿Cómo es posible? Estoy seguro de que entre todos nosotros hay un vínculo que no permitirá que este pequeño malentendido arruine nuestras amistades. –Palmeó la espalda de Morgan y lo exhortó:– Harry, no debes permitir que tu decepción adopte una forma tan desagradable. –Volvió hacia Gabriel los ojos de mirada límpida y le murmuró:– Y tú, Ángel Negro, no debes apresurarte a adoptar una actitud de ofendido por algo tan trivial como una amante.

Apenas un poco apaciguado por la intervención de Jasper, Gabriel aclaró:

–No es una mera amante... ¡pienso casarme con ella! Hubo exclamaciones sobresaltadas de Jasper y Morgan, pero Zeus se echó a reír y dijo complacido:

–¡Te lo había dicho, Harry! ¿No te lo dije en Portobelo? Morgan sonrió de pronto y su mal humor se disipó tan rápidamente como se había manifestado.

–¡Perdóname, Lancaster! No quise ofender a tu dama. –Reconoció con voz seca.– Es como dijo Le Clair, estoy muy decepcionado de perderte y permito que mi maldito mal carácter me lleve a decir cosas de las cuales me arrepiento.

Aliviado al advertir que la disputa con Harry no llegaría a mayores, Gabriel admitió cavilosamente:

–Y yo me apresuro a declarar que me siento ofendido en todo lo que se refiere a María. Pero ahora, para demostrar que no me desintereso totalmente de tus planes, dime lo que se ha decidido hasta ahora.

Pasado el momento de tensión, los hombres conversaron varios minutos más y Morgan suministró la información de que había fijado como lugar de cita con los bucaneros la *Ile–á–Vache,* frente a la costa meridional de la Española, alrededor de principios del año. Con evidente pesar ante la

perspectiva de que Gabriel y Zeus no participaran de su nueva incursión contra los españoles, Morgan preguntó esperanzado:

–¿Estáis seguros de que no reconsideraréis el asunto? –Y agregó secamente:– Después de todo, todavía quedó pendiente el asunto de Diego Delgado.

–Tráeme la información –replicó duramente Gabriel, una expresión salvaje en los ojos verdes– acerca de su paradero, y yo estaré allí... ¡no lo dudes!

Morgan gruñó, satisfecho porque no había perdido totalmente a uno de sus mejores capitanes, el que gozaba de su especial preferencia. Hubo algunos comentarios más, y después de acompañar a los tres hombres hasta la puerta, Morgan se despidió de todos.

Mientras caía rápidamente la tarde tropical, Gabriel, Zeus y Le Clair se dirigieron con paso lento hacia una de las tabernas del puerto, la que desde hacía tiempo gozaba de las preferencias de los tres.

–*Mes amis* –dijo reflexivamente Jasper mientras se acomodaba en uno de los rincones sucios y humosos de la taberna–, me parece difícil creer todo lo que ha sucedido desde la última vez que nos vimos. –Con un guiño malicioso en los ojos azules, miró a Zeus y expresó su asombro.– El gran Zeus se ha dejado crecer una hermosa cabellera de rizos negros sobre esa superficie calva, tiene esposa, y ella espera un hijo, ¡y tú..! –Miró burlón a Gabriel.– ¡Tú, el hombre que según yo creía consideraba el impío estado conyugal con tanta aversión como yo mismo, se prepara para contraer matrimonio... y con la mujer que, eso lo habría jurado, debías despreciar más que a otra cualquiera! ¡Ah, los momentos juntos, *mes amis!* ¡El vino que bebimos, las mujeres que compartimos, los barcos que saqueamos y las riquezas que hemos gastado! Me parece difícil aceptar que esos tiempos jamás volverán. —Enarcó el entrecejo en dirección a Gabriel.– ¿O quizás interpreto mal la situación? ¿Tal vez serás un marido como Morgan? ¿Una esposa en el campo y una amante o dos en la ciudad... o en otro lugar cualquiera?

Con expresión de desagrado en la cara, Gabriel respondió serenamente:

–No, quiero únicamente a mi espinosa rosa española. –Y sonriendo agregó:– Lo cual me recuerda una cosa... ganarás nuestra apuesta por deserción... ¡dejo a tu cargo la tarea de seducir a la hermosa Gwendolyn!

Los bellos rasgos de Jasper se contorsionaron de burla.

–*¡Non!¡Non!* ¡En cambio, donaré a tu primogénito esa suma! Y ahora dime: ¿cuándo te casarás? Gabriel pareció intimidado.

–No lo sé. Aún no he pedido la mano de María. A medida que pasaba la noche, vaciaron un jarro tras otro de cerveza, Zeus y Jasper se complacieron mucho en idear situaciones cada vez más obscenas y ofensivas, que podían ser el marco de la declaración de amor de Gabriel. Con una sonrisa perezosa en su boca grande, Gabriel recibió con buen humor los . comentarios, mientras pensaba que tenía suerte de contar con amigos así, y formuló el deseo de que alguno de los alegres planes sugeridos para conquistar el corazón de la dama pudieran servirle realmente cuando llegara el momento de dar el paso decisivo.

Fue tan sencillo proponer matrimonio a Elizabeth, y quizá lo que lo hizo tan fácil había sido la falta de un sentimiento profundo en el propio Gabriel. Sentía afecto por ella, pero si Elizabeth lo hubiese rechazado, sólo se habría visto afectado su orgullo. En cambio, la situación con María era por completo distinta;

los sentimientos intensos que ella suscitaba en su corazón no podían ser desechados a la ligera y tampoco tenía el consuelo de haberla conocido desde la niñez, de saber que su ofrecimiento de matrimonio sería aceptado feliz y alegremente. Y además, estaba el hecho ingrato de que ella era una Delgado–Durante un momento se dibujó una arruga en su frente. ¿Quizás estaba engañándose? Que él ya no asociara realmente a María con ese odiado nombre, ¿significaba que ella había olvidado que él era un Lancaster? ¿Estaba dispuesta a soportar ese nombre? La guerra entre las respectivas familias que había comenzado hacía varias generaciones, ¿tenía importancia para ella? Su cuerpo había respondido a las caricias de Gabriel, pero, ¿podía decirse lo mismo de su corazón?

María estaba preguntándose más o menos lo mismo. Después de devorar ansiosa todo lo que estaba en la bandeja que Phoebe le había traído, de acuerdo con la orden de Gabriel y de bañarse y vestirse, pasó un rato agradable con Pilar. Se sintió decepcionada cuando vio que Gabriel no estaba en la planta baja, en el momento en que ella finalmente ingresó en la sala principal; pero cuando pasaron las horas y cayó la noche, cobró conciencia de una intensa sensación de desaliento. Ahora que había saciado su cuerpo con el de María, ¿él se mostraba indiferente? ¿Tal vez la noche de la víspera nada significaba para él? María no podía creer que así fuese, pero mientras se preparaba para dormir, sentía una opresión en el pecho. No podía imaginar que él le hubiera hecho el amor tan tiernamente, prodigándole esas muchas y chocantes intimidades y sin embargo no sintiese algo por ella. Pero, se preguntó deprimida cuando dio la medianoche y ella continuaba sola en su cama, ¿había sido sensualidad... o amor lo que lo había acercado?

Las preguntas que ambos se formulaban continuaron sin respuesta, pero más avanzada la noche, cuando Gabriel entró en la cama y la abrazó fieramente, los cuerpos de los dos conocieron las respuestas, todas las respuestas...

Como previamente se había decidido que Zeus y Filar saldrían *para Havre du Mer* a la mañana siguiente, todos se levantaron temprano y desayunaron en el comedor a las siete. María se sentía muy feliz porque Pilar estaba con ella en ese primer encuentro con Gabriel, fuera de la intimidad del dormitorio. Así las cosas eran más fáciles para ella, y la joven incluso consiguió comportarse como si no hubiera acabado de pasar las últimas dos noches en escenas de amor salvajes y apasionadas con el imperturbable extraño que ocupaba la cabecera de la mesa. Pero no podía ocultar todos los signos de lo que había sucedido y cada vez que los cálidos ojos verdes de Gabriel se posaban en su semblante, María sentía, mortificada, un ardiente sonrojo que le cubría las mejillas. Gabriel pensaba entonces que nunca había visto nada tan adorable, y una sonrisita tonta se dibujaba en sus labios.

De pronto más tímida que lo que se había mostrado nunca con él, María afrontaba con deliciosa aprensión la partida de Zeus y Pilar. No habría invitados que reclamasen la atención de Gabriel; ni él tendría motivos para apartarse del dulce santuario del lecho... Segura de que todos podían leer los pensamientos lascivos que se agolpaban en su mente, María de pronto abrazó con fuerza a Pilar y murmuró:

–Te escribiré y te diré cuánto estaremos en el Don Real. Necesito hablar algo contigo.

Pilar la miró; pero María ya se apartaba para zambullirse en el caluroso abrazo de Zeus. Hubo unos pocos diálogos más, y después Pilar y Zeus se marcharon.

La casa parecía muy silenciosa sin ellos y mientras se paseaba inquieta por el amplio salón, muy consciente de la mirada de Gabriel fija en ella, María balbuceó sin aliento:

–¿Qué... te propones... hacer ahora? Una sonrisa lenta y sensual se formó en los labios de Gabriel.

–Hum, puedo pensar en varias cosas que me agradaría hacer, pero creo que cuando llegamos prometí que tendrías libertad para mejorar la casa. ¿Deseas ir de compras? Hay un hermoso taller de mueblería en la calle Honey y al lado una tapicería que, según me dicen, tiene muchas telas hermosas y cosas por el estilo. ¿Deseas que te acompañe?

Era un ofrecimiento que una mujer no podía resistir y en un estado de agradable armonía, los dos pasaron las horas siguientes examinando complacidos las mercancías que ofrecían el mueblero y su vecino, el tapicero. Alrededor de Gabriel y María había una atmósfera alegre, ambos estaban enamorándose cada vez más uno del otro, y los dos apreciaban este delicioso e imprevisto interludio. Discutieron amistosamente los méritos de un sofá de madera revestido con un tapiz Beauvais dorado, comparado con otro de un estilo más oscuro y pesado, tapizado con cuero. Y María dijo con una sonrisa encantadora:

–¡Señor! ¿No prometiste que yo elegiría? Sonriendo fascinado, Gabriel replicó generosamente:

–Sí, eso hice. Y si debo convivir con un tapiz Beauvais para conservar esa expresión seductora de tu cara, ¡de buena gana lo haré!

Todo era muy tonto y ambos se sentían inmensamente complacidos; pero cuando María se demoró ante una cuna delicadamente trabajada de fino roble inglés, su actitud despreocupada se desvaneció. ¿Se atrevería a pedirla? ¿Cómo reaccionaría Gabriel? ¿Complacido? ¿O colérico? El coraje la abandonó y se apartó rápidamente de la cuna; pero Gabriel había advertido cuál era el objeto del interés de María y en su frente se dibujó una fina arruga. Mientras caminaban sin prisa hacia la casa, le dirigió una mirada atenta e instantáneamente relacionó las afirmaciones de Zeus, cuando regresaban a Port Royal y el acentuado interés de María por la cuna.

Pilar había estado bastante enferma al comienzo de su embarazo y María tuvo náuseas algunas mañanas a bordo del *Ángel Negro,* ¡y ahora estaba mirando cunas! Tragó saliva y una sensación de placer le recorrió la columna vertebral. ¿Estaba embarazada? ¿Quizás incluso ahora el hijo de

Gabriel estaba formándose en el seno de la joven? Consciente de un sentimiento cada vez más intenso de alegría, su brazo se cerró de pronto posesivamente alrededor de la cintura de María, mientras caminaban, y le pareció que su corazón desbordaba de ternura. ¡Un hijo! ¡El hijo que la uniría a él! Pero entonces concibió el pensamiento muy doloroso de que tal vez ella no sería feliz concibiendo al hijo que él le había dado, y que era muy posible que le molestase su propia situación, de modo que eso sería un nuevo obstáculo destinado a separarlos.

Gabriel no manifestó sus sospechas y esa noche, cuando hicieron el amor, se mostró increíblemente gentil con ella, sus caricias se demoraron despaciosamente en la región del estómago de María, y sus manos se cerraron tiernamente sobre los pechos, como si él intentara juzgar por sí mismo la posibilidad del embarazo. No pudo comprobar nada –ella tenía el estómago liso y suave y los pechos eran pequeños y firmes– pero después de algunos sencillos cálculos aritméticos, llegó a la conclusión de que, si en efecto estaba embarazada, ella podía haber concebido sólo en cierta ocasión... ¡el primer día en el Don Real!

Gabriel tuvo conciencia de un sentimiento de pesar, no se había mostrado demasiado amable con ella ese día y deseaba que el hijo de ambos hubiera sido concebido en circunstancias distintas. Atrayéndola hacia él, depositó un beso sobre los cabellos oscuros. Si ella ya estaba embarazada, el segundo hijo, Gabriel lo juró íntimamente, llegaría con amor y alegría. ¡De eso se encargaría él! .

Mucho tiempo después de que María se durmiera, Gabriel permaneció acostado, pensando. Ansiaba dejar arregladas las cosas entre ellos; la quería como esposa, necesitaba urgentemente saber si él había interpretado bien los signos y si en efecto ella estaba concibiendo el niño que también era suyo. Pero vacilaba, pues no sabía qué había en el corazón de la joven; y sin embargo, extrañamente, no se sentía muy dispuesto a poner a prueba sus propias esperanzas. El presente era demasiado grato; el cuerpo suave y cálido de María se apoyaba confiado en el suyo, largo y musculoso, mientras dormía, él no deseaba que nada turbase la atmósfera agradable de la vida que ahora llevaban. Había tiempo, se dijo soñoliento, tiempo para conquistar el corazón de la joven, tiempo para persuadirla gentilmente de que le hablase del niño... El la había forzado en tantas cosas que ahora al amarla como la amaba, quería que ella le hablase por propia voluntad, y no que él la presionase para arrancarle la verdad.

El desayuno del día siguiente fue interrumpido por una visita sorpresiva de Jasper le Clair, el francés de ojos azules de sorprendente vivacidad en el rostro moreno. Ocupó el asiento que le ofreció Gabriel y sirviéndose como al descuido un bizcocho caliente que acababa de salir del horno de ladrillos, dijo con desenvoltura:

–¡Morgan parte hoy! Salimos con la marea de la tarde, y deseaba despedirme antes de la partida. –Miró a Gabriel.– Te extrañaremos mucho; siempre es bueno tener un amigo cuando uno entra en combate.

Jasper no permaneció mucho tiempo y con mirada burlona evaluó rápidamente el estado de cosas entre María y Gabriel. De pie en el umbral de la puerta, cuando se preparaba para salir, preguntó extrañado:

–¿Todavía no están arregladas las cosas entre vosotros? No me parece que ella tenga el aspecto de una mujer que acaba de recibir una propuesta matrimonial.

Gabriel esbozó una expresión renuente.

–Un día, amigo mío, afrontarás la misma situación iy me pregunto si entonces se te verá tan audaz! No es fácil desnudar el corazón ante una mujer... ¡y sobre todo una mujer como María!

Jasper se estremeció. '

–¡Mi querido amigo! No tengo el más mínimo deseo de casarme. Las Gwendolyn Denning del mundo me satisfacen perfectamente.

Jasper esbozó un gesto negligente con la mano y se marchó. Al ver la figura alta y elegante que desaparecía calle abajo, .Gabriel percibió una breve punzada de pesar porque él no estaba también saliendo al mar con la marea de la tarde. Pero al escuchar la voz de María que hablaba con Phoebe en el corredor, a pocos metros de distancia cerró la puerta con fuerza. Sus días de bucanero habían terminado... ¡sobre todo si estaba a un paso de tener una esposa y un hijo!

Pero por diferentes razones, durante los días siguientes pareció que nunca se presentaba la oportunidad apropiada para abordar el delicado tema. Por la noche, María lo recibía ansiosamente en su lecho, y durante esos momentos de cálida intimidad Gabriel casi le hacía su propuesta de matrimonio; pero cuando la pasión enturbiaba su cerebro no lograba dar con las palabras adecuadas, y después... bien, después él se sentía demasiado realizado y satisfecho para pensar en otra cosa que no fuese la dulzura de María en sus brazos.

Cuatro días después de la partida de Morgan, sucedió un hecho que momentáneamente remitió a segundo plano la irritante cuestión del casamiento. Llegó a Port Royal la fragata *Oxford,* de treinta y cuatro cañones; era el primer barco real asignado a Jamaica desde 1660. Lo había despachado el duque de York, hermano del rey, para ayudar a la defensa de la isla frente al ataque español y ostensiblemente para contribuir a reprimir la piratería. La llegada de la nave misma inquietó a Gabriel, pues la carga que el barco había traído echaba por tierra los cuidadosos planes que forjara para el futuro. Hacía apenas dos horas que el *Oxford* había anclado cuando un mensajero llegó a la puerta de Gabriel para informarle que el gobernador deseaba verlo inmediatamente.

Con la frente surcada por arrugas de preocupación, Gabriel ordenó que le trajesen su caballo y poco después estaba sentado en la amplia habitación que era el despacho de Modyford. El gobernador estaba sentado detrás de un hermoso escritorio de roble y por su expresión era evidente que se sentía un tanto incómodo a causa de la carta que entregó con gesto grave a Gabriel, después de los saludos iniciales. Modyford se aclaró nerviosamente la voz y dijo:

–El capitán del *Oxford* trajo esto.

Con viva curiosidad, Gabriel miró el sello e identificó instantáneamente a quién pertenecía. Volvió los ojos hacia Modyford.

–¿Sabéis lo que hay en esta carta? Modyford movió incómodo en la silla su cuerpo redondo. Reconoció de mala gana:

–Quizá.

Frunciendo el caño, Gabriel puso fin a la expectativa, abrió el sobre y examinó rápidamente su contenido. El gesto de preocupación en su cara no se suavizó, en todo caso, se acentuó. Con voz engañosamente suave preguntó:

–Desearía saber exactamente qué habéis escrito a vuestro noble primo, el duque de Albemarle, que determinó que ahora yo sea el destinatario de una carta personal del rey de Inglaterra... una misiva que me ruega en nombre de nuestra antigua amistad que no abandone la posición que ocupo en el ambiente de los bucaneros y en cambio continúe acompañándoles, con el fin de que él pueda descansar en el conocimiento de que **yo** no permitiré que esos díscolos piratas le provoquen molestias.

Modyford parecía decididamente inquieto.

–Escribí a Albemarle antes de que vos fueseis a Portobelo con Morgan, vos habíais dicho entonces que estabais contemplando la posibilidad de suspender la relación con los Hermanos y yo me limité a mencionar el asunto en mi carta, con la opinión de que tenía ciertas reservas acerca de vuestra actitud. –Y se apresuró a agregar:– ¡Nunca imaginé que hablaría de eso con el rey, o que éste mismo os solicitaría que se mantuviese el vínculo con esa gente! –Un tanto vacilante, continuó:– De todos modos, este plan tiene muchos méritos –puedo confiar en vuestros informes, Morgan no siempre dice la verdad; a veces tiende a... bien, ia embellecer mucho las cosas! Por vos tengo noticias exactas acerca de los españoles y los bucaneros. –Con expresión pesarosa, Modyford agregó:– De haber sabido que mi primo llegaría tan lejos, juro que jamás hubiera abordado el tema. –Poco complacido con la dura expresión de Gabriel, Modyford le preguntó cautelosamente:– Y bien, ¿qué os proponéis hacer ahora que llegó esta carta?

Su interlocutor le dirigió una mirada helada.

–Mi estimado señor, cuando el rey de Inglaterra os solicita un favor, vos no lo rehusáis.

Incómodo pero complacido al mismo tiempo, Modyford se aflojó un poco en su silla.

–¿Partiréis inmediatamente?

Gabriel meneó la cabeza y le respondió con expresión reflexiva:

–No. Debo resolver ciertos asuntos antes de partir y la reunión de los bucaneros se celebrará a principios, del año. Saldré a fines de mes o al iniciarse noviembre; todo depende de... –Se interrumpió y el hecho de verse obligado a abandonar súbitamente a María, lo afectó con la fuerza de un golpe. Con voz lenta agregó:–Mi intención durante los últimos días ha sido casarme con María Delgado... esta carta determina que ese paso sea todavía más imperativo. Cuando me aleje, quiero que ella se encuentre con su posición segura, no sea que se vea sujeta al capricho de alguien si yo caigo en combate. En la condición de esposa, como señora reconocida del Don

Real, incluso si muero, estará bien atendida y no se verá arrojada a las calles de Port Royal para soportar un ingrato destino.

Los rasgos levemente regordetes de Modyford exhibieron una sonrisa radiante.

–¿Acaso –canturreó animosamente– no sugerí yo mismo una cosa parecida hace una semana? Es una noticia maravillosa... ¡una solución perfecta para una situación muy irregular, en vista de quién es ella! ¡No puedo deciros cuánto me complace vuestra decisión! En su carácter de esposa de un fiel inglés, puedo rechazar sin riesgo los pedidos de que se la libere, destacando que es inconcebible separar a un hombre de su esposa.

Gabriel no sabía muy bien si el gobernador se sentía sinceramente feliz porque él se casaba o porque el matrimonio resolvía para él un problemita espinoso. De todos modos, sonrió. ¿Qué importaba? Modyford siempre era un cínico, ¡y también siempre estaba dispuesto a arreglar las cosas de manera que la culpa y la crítica no lo afectasen!

Pocos minutos después, al salir de la residencia del gobernador, el andar de Gabriel no era tan airoso como se supondría. No podía desobedecer el pedido de su soberano y por primera vez en su vida le irritaba la interferencia real. El hecho liso y llano era que no deseaba separarse de María, que ansiaba iniciar la vida tranquila de un plantador, y que la única nube en su horizonte era saber que Diego Delgado aún vivía. Su corazón ya no estaba con los Hermanos de la Costa y veía con mucho desagrado la perspectiva de colaborar en los planes de Morgan relacionados con Cartagena. Pero en definitiva se encogió de hombros. No había nada que hacer; con la carta del rey que le quemaba en el bolsillo de la chaqueta, el curso que debía seguir estaba claro y tenía que atenerse a él.

Había mucho que hacer si deseaba zarpar pocas semanas más tarde y una de las tareas importantes era formar una tripulación; la mayoría de los bucaneros partió con Morgan, entre ellos algunos de los hombres a quienes Gabriel consideraba propios; de modo que se consagró con resignación a la tarea de preparar el *Ángel Negro* para salir nuevamente al mar. Pero en el curso de los días sólo una parte de su mente estaba en lo que hacía; otra estaba ocupada por pensamientos acerca de María y el irritante problema del matrimonio.

La joven se mostró visiblemente decepcionada cuando él le informó que debía partir a fines de mes; sus bellos ojos azules se ensombrecieron por el desaliento y su blanda boca esbozó un gesto de desilusión. La inquietaba francamente el hecho de que después de haber afirmado que renunciaba a la vida de bucanero, poco tiempo más tarde se preparara para volver a zarpar. Quizá con escasa sensatez, Gabriel calló la información de que no procedía así por propia voluntad, que salía de nuevo al mar respondiendo a una orden real. Acostumbrado a adoptar sus propias decisiones al margen de interferencias externas, Gabriel no veía motivos para explicar por qué se alejaba y no era tan inesperado que María pensara lo peor que ya estaba aburrido de ella, y no podía ver el momento de separarse.

La burbuja de alegría que había estado formándose en ella se rompió e incapaz de evitarlo, comenzó a apartarse de Gabriel, pues consideró que ella debía significar poco o nada para ese hombre si él podía abandonarla tan

fácilmente en Port Royal, apenas con una amiga, Pilar, que residía tierra adentro, en Havre du Mer. Cuando él se embarcara, con Gabriel embarcaba la protección de que gozaba María y ella sería una extranjera sin dinero en un país extraño, a disposición de hombres brutales como Du Bois. Pero incluso más temible era la perspectiva de que no volvería a ver a Gabriel, los hombres morían en esta clase de expediciones y el pensamiento terrorífico de su posible muerte sacudía el cuerpo delgado de la joven. No sólo afrontaría el sufrimiento insoportable de un mundo sin la presencia del alegre inglés de ojos verdes, sino que debía pensar en su propio destino y el de su hijo por nacer. Ni siquiera la calidez del cuerpo grande y resistente de Gabriel durante la noche podía calmar el frío que insidiosamente se difundió en ella a medida que pasaron los días siguientes.

El *Oxford* se entremetió de nuevo en la vida de ambos; en un episodio infortunado el capitán mató a un oficial del barco y tuvo que huir para salvar la vida, de manera que el *Oxford,* la nave inglesa más poderosa del Caribe, quedó sin capitán. Modyford reclamó nuevamente la presencia de Gabriel en la residencia; y entre los dos decidieron que, como Gabriel no podía tomar el mando, debía entregarse éste a Edward Collier, un corsario bien conocido por ambos y uno de los capitanes de Morgan durante la incursión a Portobelo. Y como se había enviado al *Oxford* con órdenes específicas de ayudar a eliminar la piratería y el mejor modo de hacerlo era en su condición de corsario, la nave partió inmediatamente en busca de presas, por supuesto, presas que no eran los bucaneros.

Después de despedirse del *Oxford,* Gabriel redobló los esfuerzos para aprovisionar *al Ángel Negro* y prepararlo con el fin de zarpar cuanto antes. Intencionadamente, Gabriel no informó de sus planes a Zeus. Lo necesitaba allí, en Jamaica, para cuidar a María después que el propio Gabriel hubiese partido, pues creía firmemente que por lo menos uno de ellos debía gozar de las delicias del matrimonio. Descubrió complacido que el tuerto Jenkins y otros miembros de su tripulación usual habían preferido abstenerse de navegar con Morgan y que estaban más que dispuestos a comprometerse con el propio Gabriel. Menos de una semana después de haber recibido la carta del rey, Gabriel tenía *al Ángel Negro* casi listo para zarpar; y entonces al fin pudo consagrar toda su atención al problema que más le inquietaba, María y el matrimonio...

Había observado, impotente, la palidez y la tensión cada vez más intensa de la joven, pero él nada podía hacer; ni siquiera su amor apasionado y urgente pareció capaz de perforar la coraza protectora que ella había levantado alrededor de su persona. Mil veces Gabriel maldijo la interferencia de Modyford. Y mil veces maldijo los intensos sentimientos que parecían haberlo convertido en una criatura débil y sin valor, que continuaba encontrando excusas para postergar el momento en que debía revelar lo que tenía en el corazón.

Finalmente, no pudo soportar más y al volver decidido una mañana, durante la tercera semana de octubre, descubrió que María sufría violentas náuseas en su dormitorio. Con el rostro extrañamente inexpresivo, Gabriel la ayudó a recobrar el dominio de sí misma, le entregó un cuenco de agua

caliente para que ella se limpiara e incluso le pasó suavemente una esponja sobre la cara sonrojada.

María se sentía muy avergonzada. Hasta ahora pudo ocultar a Gabriel esos desagradables episodios matutinos, y verse en esa situación no era algo que le agradara a una mujer –sobre todo si se tenía en cuenta la incertidumbre que prevalecía entre ellos–. Gabriel preguntó con voz serena:

–¿Hay algo que desearías decirme? ¿Algo que yo debería saber?

Profundamente deprimida porque él la descubría en esa situación tan ingrata y porque ahora se enteraría de la existencia del hijo, para darse tiempo de pensar María bebió un abundante sorbo de té caliente y por supuesto, se quemó la lengua. Con fuerte golpe depositó la taza de porcelana sobre la bandeja que estaba cerca, jugueteó con los pliegues de sus enaguas de seda, mientras deseaba que no hubiera sido necesario hablar en esas circunstancias y también de disponer de más tiempo, para elegir otra alternativa…

Gabriel forzó el asunto. Ella estaba sentada en la cama, con una expresión de profundo desagrado en el rostro, los sedosos cabellos negros cayendo desordenados sobre las mejillas todavía sonrojadas, la tierna boca que tanto complacía a Gabriel ahora tensa y pálida. Acomodándose mejor en la cama al lado de María, él apretó una de las inquietas manos de la joven y besando suavemente la palma preguntó en voz baja:

–¿Estás embarazada?

María tragó nerviosamente, demasiado consciente de la presencia vital tan cercana de Gabriel. Negándose a mirarlo, reconoció derechamente:

–Sí.

Hubo tal oleada de alegría en las venas de Gabriel que él casi se sintió mareado. La encerró entre sus fuertes brazos y la besó hambriento, mientras murmuraba:

–¡Querida! ¿Por qué no me lo dijiste? ¿No te agrada? Aturdida, María contempló el rostro moreno, y advirtió asombrada el ardiente placer en esos ojos verdes, el gesto de satisfacción de su boca inquieta.

–Y a tí, ¿no te desagrada? –inquirió. El sonrió tiernamente.

–No, me hace muy feliz… lo único que lograría que yo fuese más feliz sería que aceptaras casarte conmigo. ¿Lo quieres?

María temió que se le detuviera el corazón y un desordenado impulso que era mezcla de alegría y desesperación le recorrió el cuerpo. Había ansiado este momento, lo había deseado con todas las fibras de su ser, pero ahora que él le ofrecía su nombre, María se preguntaba cuáles eran los motivos. ¿Era sólo a causa del hijo? ¿Y qué pasaba con su corazón? ¿Había amor por ella?

Gabriel interpretó mal la vacilación de María y con expresión más dura dijo fríamente:

–Lamento que mi propuesta provoque tanta vacilación en ti, pero realmente no tienes mucho que elegir, no te dejaré aquí, en Port Royal, sin la protección de mi nombre, ¡y mi hijo no nacerá bastardo! ¡Tú –concluyó sombríamente– te casarás conmigo!

29

No fue la forma más sensata que él pudo elegir y para sus adentros maldijo con violencia una fracción de segundo después de haber pronunciado esas palabras. Luego de tantas reflexiones personales, de todos sus planes que lo llevaban a prometerse que no la obligaría, su actitud fue arrojarle un ultimátum. En realidad, no se sintió sorprendido en absoluto cuando el aire de infelicidad desapareció en un instante y los hermosos ojos azules de pronto chispearon de cólera.

A pesar de que era uno de sus deseos más profundos, no podía aceptar sumisamente como definitivas las palabras de Gabriel. Ese condenado temperamento de los Delgado la recorrió, y rechinó furiosa:

–¡No puedes obligarme a aceptarte como esposo! La exasperación ante su propia locura se mezcló con una especie de irritada desesperanza. ¡El la amaba! No deseaba en este mundo nada más que tener el derecho de cuidarla, de reclamarla como esposa, pero la reacción Inmediata de María no contribuyó a calmar los nervios de Gabriel. Desgarrado entre el deseo de sacudirla hasta que se le entrechocaran los dientes y la necesidad igualmente intensa de besarla, él la miró con hostilidad:

–¿Quizá –rugió finalmente– es un destino tan terrible ser mi esposa? –Y olvidando completamente lo único que hubiera debido decir, continuó con voz viva:– Todo lo que yo tenga será tuyo:

el Don Real, esta casa, el dinero, todo. No te soy indiferente, ¡de modo que no intentes decirme que me tienes aversión...! ¡El momento para decir esto fue en Portobelo!

Deprimida, María apartó sus ojos de Gabriel; se sentía avergonzada y disgustada consigo misma porque había permitido que su díscolo carácter provocase entre ellos otra escena desagradable. Reconocía con ánimo sombrío que no deseaba discutir con él, sólo echarle apasionadamente los brazos al cuello y decirle: "¡Sí! ¡Sí! ¡Me casaré contigo!" Pero lo que era aun más importante, deseaba, necesitaba desesperadamente oírle decir por lo menos una palabra de amor. Por lo menos que él le ofreciera una señal de que no se trataba simplemente de un matrimonio de conveniencia y de que el niño por nacer tenía poco que ver con la propuesta. Con expresión más fatigada, comprendió que estaba comportándose tontamente, que él nunca la amaría, aunque gozara de su cuerpo y que media hogaza de pan era mucho mejor que nada. Parpadeó para contener un súbito flujo de lágrimas y en voz baja, entristecida, murmuró:

–Tienes razón, inglés, no sería un destino tan terrible convertirme en tu esposa... y no me eres indiferente.

No era una aceptación muy entusiasta y Gabriel la recibió con sumo desagrado. No quería, jamás lo aspiró, que ella lo aceptara sencillamente

porque no tenía más alternativa y era evidente, incluso para la inteligencia más mezquina, que María no se sentía excesivamente complacida con la situación. Ofendido, desconcertado y todavía colérico, replicó sarcástico:– ¡Bien! ¡Me alegro de que lo reconozcas! –Con mirada dura y hostil en sus ojos verdes, agregó:

– Pero dime, dulce viborilla, si no es una cosa tan terrible y no te soy indiferente, ¿por qué vacilas?

María no pudo afrontar la mirada de Gabriel y no deseaba que él viese lo que había en su corazón, pues temía expresar su amor por ese hombre. Con los ojos clavados en su propio regazo, reconoció con aire desolado:

–Había abrigado la esperanza de casarme por amor... –Con un leve temblor en la voz continuó:– No es muy grato saber que te limitas a usar mi cuerpo y que el hijo es la única razón por la que ahora me propones matrimonio.

Con una expresión atónita en los rasgos regulares, Gabriel miró la cabeza inclinada de María y las ideas más absurdas atravesaron su cerebro.

–¿Y si te dijera que el niño nada tiene que ver con mí propuesta? ¿Que durante estos últimos días ha sido mi deseo más profundo que seas mi esposa? ¿Qué dirías a eso?

María sintió que se le secaba la boca, la vena en la base del cuello comenzó a latirle absurdamente y en sus hermosos ojos había una expresión de maravilla cada vez más acentuada.

–¿Qué? –dijo al fin sin aliento–. ¿Qué dijiste? Una sonrisa increíblemente afectuosa se dibujó en los labios de Gabriel y su confianza en sí mismo se acentuó enormemente a medida que pasaban los segundos; acercó sus labios a los de María y al fin murmuró en voz baja:

–Dije que ha sido mi deseo más profundo que fueras mi esposa. Apenas puedo pensar en nada que no sea tenerte siempre conmigo, saber siempre que estás cerca.

–i0h! –exclamó nerviosamente la joven, casi incapaz de creer en la evidencia de sus ojos y sus oídos. Pero ahí estaba todo lo que había que ver, el intenso amor que él sentía manifestándose en la profundidad de los ojos verdes; los intensos sentimientos que lo conmovían eran evidentes en los acentos vibrantes de su voz.

Los labios de él rozaron juguetonamente los de María, y sus brazos se cerraron lentamente sobre el cuerpo de la joven, acercándola más.

–¿No lo adivinaste? –murmuró Gabriel casi junto a la boca de María–. ¿No comprendiste, cada vez que te hice el amor, que estaba ardiendo de adoración por ti? —Besó suavemente los labios sumisos de María, saboreando su calidez y su dulzura– ¿Acaso había otro motivo –preguntó con ternura– que me indujese a darte sedas y satenes, a poner a tus pies todo lo que poseo? ¿Acaso había otra razón que me llevara a tratarte con tanta precaución esa primera noche en Portobelo?

María se sobresaltó ante el sueño feliz e inverosímil en que estaba hundiéndose. Con evidente asombro exclamó:

–¿Incluso entonces?

–Incluso entonces –contestó él con voz profunda–. Ignoro cuándo comencé a amarte, sólo sé que nunca quise herirte y que dominaste mis sentimientos desde el comienzo mismo. –Casi en tono acusador, continuó:– ¿Por qué, si no era por esta razón, me demoré en la Española y entonces casi perdí la vida, si no fue porque tu dulzura suspendía por completo la cordura de mi mente? ¿Por qué me negué a devolverte a Diego? –La sacudió suavemente.– ¡Dulce y tierna tontita! ¡Te adoro!

Con lágrimas de alegría en los ojos, María le echó los brazos al cuello y abrazándolo como si deseara que nunca se apartara de ella, murmuró con voz sorda:

–i0h, inglés! ¡Pensé que nunca lo dirías! ¡Temía tanto! ¡Que siempre me mirases como a una enemiga! ¡Temí que mi estúpido orgullo te hubiese alejado y pensé que no te interesaba en absoluto!

Casi aturdido de profunda alegría que recorría locamente por sus venas, Gabriel acercó premiosamente sus labios a los de María y todo el amor que sentía, todos los sentimientos que había ocultado tan cuidadosamente se revelaron con intenso fuego en ese beso ansioso. Ambos estaban sin aliento cuando al fin él apartó la cabeza, y con expresión muy tierna murmuró:

–Hice todo lo posible por recordar que eras una Delgado , ¡pero fue inútil! Y ahora –agregó suavemente– ya no importa, ¿verdad? Pues pronto serás una Lancaster, ¿no es así?

–i0h, sí! ¡Por favor! ¡Es precisamente lo que más deseo! –replicó ansiosa María, los ojos azul zafiro brillantes de alegría.

El la besó de nuevo, y María, con total abandono, retribuyó la caricia y su cuerpo se apretó ardiente contra el de Gabriel.

–Oh, inglés –dijo, cuando ya pudo volver a hablar–. ¡Te prometo que seré una buena esposa para ti! Gabriel sonrió sensualmente.

–Estoy seguro de que así será, querida. Pero, ¿no tienes algo más que decirme? –Con un resplandor burlón en los ojos verdes, Gabriel dijo astutamente:– Después de confesarte mi amor, ¿no debo escuchar algo de ti a cambio?

–Caramba, inglés, ¿qué quieres? ¿No he aceptado casarme contigo? ¿Qué más podrías desear de mí?

La mirada de Gabriel se ensombreció, y él la besó con rudeza.

–Tu amor –dijo con voz severa–. ¡Quiero tu amor! La actitud alegre de María desapareció y encontrando la mirada exigente de Gabriel, afirmó solemnemente:

–i0h, Gabriel! ¡Nunca, nunca dudes de ello! ¡Eres mi vida y estoy dispuesta a morir contigo!

Muy pronto el mundo real reclamó sus derechos: Gabriel recordó de mala gana que había prometido reunirse con Jenkins en la hora siguiente y pesaroso, comenzó a separarse de María. Se sentó en la cama, miró a la joven y se dijo que ella nunca le había parecido tan hermosa, con los cabellos negros extendidos sobre el cubrecama carmesí del lecho, el cuerpo desnudo muy blanco contra el color intenso de la tela. Con una expresión posesiva en la mirada, sus ojos la recorrieron fervientes y desentendiéndose

de Jenkins unos pocos minutos más, Gabriel inclinó la cabeza y tiernamente besó el estómago suave y tibio.

–¿Te opones –preguntó con voz ronca– a la idea de tener el niño?

María le dirigió una sonrisa distraída y suavemente acarició con los dedos los cabellos negros de Gabriel.

–¿Eso importaría, señor?

–Sí –replicó él con voz dura–. ¡No quiero que te sientas infeliz!

Acercando más a la suya la boca de Gabriel, ella jadeó apasionadamente.

–Una sola cosa provocaría mi desgracia: que tú cesaras de amarme…

Gabriel gimió y la besó con todo el amor que guardaba en su pecho; Jenkins quedó completamente olvidado por un buen rato.

Se fijó la fecha de la boda en la última semana de octubre y Gabriel tuvo la desagradable conciencia de que tendría apenas unos días para pasarlos con su flamante esposa antes de zarpar. También afrontaba un nuevo y espinoso dilema. Por supuesto, Zeus y Pilar asistirían a la boda y Zeus no necesitaría mucho tiempo para descubrir que Gabriel se proponía salir a navegar sin él.

Felizmente, los días siguientes fueron muy activos, los Satterleigh llegaron del Don Real para colaborar en la organización de la boda; Gabriel debía supervisar todos los preparativos de último momento, gracias a los cuales *el Angel Negro* estaría listo para salir al mar a lo sumo en la primera semana de noviembre. Además, debía impartir a Richard todas las instrucciones relacionadas con el trabajo en el Don Real durante su ausencia. Fue también un período agridulce y Gabriel y María estaban aferrados uno al otro, cada uno sabiendo bien que el tiempo era simultáneamente algo precioso y un enemigo, y que en pocos días más Gabriel se alejaría de Port Royal, dejando detrás a María.

La llegada de Zeus y Pilar aumentó el número de los que se habían reunido para la boda y cuando mostró a Pilar el dormitorio recientemente reformado, al fondo de la casa, María se sintió agradecida porque había conseguido terminarlo a tiempo. Últimamente la casa fue una colmena de actividad: los tapiceros y los muebleros entregaban artículos terminados; el fabricante de cortinas, con las diferentes colgaduras, finalmente había puesto orden en el caos de las hermosas telas y la casa entera estaba adoptando la apariencia de la residencia de un caballero acaudalado.

María le confesó tímidamente a Pilar que también ella tendría un hijo en la primavera. Pilar se mostró complacida y pasaron un rato agradable comentando la maternidad inminente de ambas y el golpe de la suerte que había cambiado completamente el curso de sus vidas. Con una expresión reflexiva en los hermosos ojos, Pilar le dijo:

–Sabes, si no hubiésemos estado en Portobelo ese día, probablemente yo me habría convertido en una viuda vieja y gruñona y Diego más tarde o más temprano te habría casado con un grande español realmente insoportable. ¡Gracias a Dios tuvimos la buena suerte de caer en manos de Zeus y Gabriel!

María coincidió completamente con esta afirmación y más tarde, cuando se reunieron con Gabriel en la cómoda habitación de la planta baja destinada a estudio, el joven se sobresaltó ante la calidez del beso que ella le dio.

–¿Qué sucede, querida? –preguntó en voz baja, consciente de que algo había cambiado.

María le dirigió una sonrisa deslumbrante.

–Nada –reconoció con voz grave–. Yo... oh, ¡sólo que te amo tanto!

Por supuesto, estas palabras motivaron una respuesta ardiente de Gabriel, en la habitación reinó el silencio durante varios minutos y sólo de tanto en tanto se oían los murmullos de los amantes.

Zeus los encontró allí y con expresión decididamente áspera no perdió tiempo en gentilezas.

–Dime –preguntó irritado– que mis oídos me engañaron y que Jenkins se equivoca al decirme que te propones zarpar cuatro días después de la boda.

Cuando estuvieron solos, con su cara de fuertes rasgos que revelaban su cólera y sentimiento de ofensa, Zeus gruñó:

–Entiendo que Jenkins no se ha equivocado.

–No, en efecto pienso partir en la semana.

–¿Y nunca contemplaste la posibilidad de informarme? –Los ojos ensombrecidos por la sospecha, Zeus agregó acusadoramente:

–De no haber sido por la boda, habrías salido sin decir una palabra.

–Sí, eso habría hecho –respondió redondamente Gabriel–. Tienes esposa y está por llegarte un hijo... y no estás obligado por un pedido del rey de Inglaterra. –Con acento persuasivo, Gabriel continuó:– Mi amigo, te necesito aquí... no puedo salir de Port Ro–yai sin saber que hay alguien que cuidará de mi esposa y de nuestro hijo. No tengo más remedio que salir a navegar, ¡pero tú no! Y aunque sé que eso te desagrada, es mejor que permanezcas aquí.

Pero Zeus no quería oír razones.

–¿Y qué tienen de malo los Satterleigh? –preguntó con voz agria–. Richard es perfectamente capaz de cuidar a las dos mujeres, y sus padres lo ayudarán con eficacia, de modo que María y Pilar no se sientan preocupadas. –Dirigió a Gabriel una mirada en la que se mezclaban el disgusto y el dolor, y estalló furioso:– *¡Mon Dieul* ¡No podía creer en el testimonio de mis oídos! ¡Es inconcebible que navegues sin mí! –Con un destello de regocijo que le iluminó de pronto los ojos, murmuró:– ¿Quién te cuidará las espaldas si yo no estoy? Librado a tus propios recursos, afrontarás graves peligros, y eso no lo soporto, *mon ami...* ¡Parto contigo! Gabriel se sometió.

–Muy bien. Hubiera preferido que permanecieras aquí, pero si estás decidido...

–¡Así es!

Si no hubiese prevalecido tanta excitación con la boda que se aproximaba rápidamente, y si no se hubiera sentido tan asombrado y

desconcertado ante la aparente decisión de Gabriel de dejarlo en tierra, Zeus podría haber dudado del modo en que su capitán había aceptado serenamente el reclamo. Pero en la situación dada y creyendo que el asunto estaba firmemente resuelto, Zeus no pensó más en ello y se consagró a los preparativos.

A causa de los rápidos arreglos, la boda de Gabriel y María fue inevitablemente pequeña. Pero de todos modos se casaron un hermoso y tibio día de fines de octubre. Asistieron el gobernador y su esposa, así como otros notables de la isla, entre ellos Mary Elizabeth, la serena esposa de Morgan. Gabriel habría deseado que el propio Jasper y Morgan estuvieran presentes, pero en definitiva pensó poco en ellos, pues la maravilla que representaba el amor de María no le daba respiro para pensar en algo que no fuese el gozoso futuro que los esperaba.

Sin embargo, hubo algunas nubes ominosas en su horizonte, y no era la menos sombría el hecho de que Gabriel partiría de Port Royal en pocos días más y también la desagradable obstinación demostrada por Zeus. Y quizás el hecho más ominoso de todos, el voto de venganza de Gabriel contra Diego, el hermano de María. No hablaban del asunto, pero el problema se mantenía implícito entre ellos y Gabriel estaba seguro de que María creía que él salía de Port Royal para ir a buscar a Diego y matarlo.

La noche de bodas, cuando yacían serenos uno en brazos del otro, la cabeza de María descansando sobre el pecho de Gabriel, ella preguntó en voz baja:

–¿Debes partir el viernes?

En la oscuridad él asintió, pero después, al comprender que María no podía ver su respuesta, murmuró:

–Sí, tigrecilla, es necesario.

María tragó y la desesperación se apoderó de su ser. Como no se trataba de que ella lo aburriera y como Gabriel aún no había mencionado los motivos que lo llevaban a reunirse con los bucaneros, era inevitable que ella creyese que la venganza lo carcomía de tal modo que necesitaba salir en busca de Diego. Con voz tensa ella le preguntó:

–¿No podrías dejar así las cosas? ¿Olvidar el pasado? Gabriel endureció el cuerpo. Había pocas cosas que él quería negarle, pero en lo que se refería al hermano de María era inflexible. Diego debía morir a manos de Gabriel. Nunca podría sentirse tranquilo, nunca cesaría de experimentar un sentimiento de culpabilidad al contemplar su propio futuro feliz, si sabía que el hombre que había muerto de un modo tan insensato a Elizabeth aún vivía. No era algo que él podía explicar a otros; sencillamente, estaba allí, era parte de su ser, una de las cualidades intrínsecas que lo convertían en Gabriel Lancaster. No importaba que Caroline hubiese hallado la felicidad milagrosamente en el cautiverio; no importaba tanto que él hubiese soportado el sufrimiento y la degradación, sino que otros hombres habían muerto a causa de la brutal captura *del Raven;* eran hombres que confiaban en él, que lo habían seguido y aceptado su liderazgo, él les había fallado y había fallado a su propia y dulce Elizabeth. La joven, confiada y amante Elizabeth había perecido a causa de Diego Delgado… Con voz fatigada dijo:

–No, no puedo olvidar los viles actos de tu hermano y sería menos hombre y poco honorable si olvidara cobardemente mi juramento.

Atemorizada y al mismo tiempo furiosa, María se sentó bruscamente en la cama y cerrando el pequeño puño golpeó el pecho de Gabriel.

–¡Ah, Dios! –exclamó con furia.– ¿Tienes que morir para defender tu honor? ¿Mi hijo nacerá y no conocerá nunca a su padre, sencillamente porque necesitas perseguir a mi hermano como si fuera un perro?

Con expresión dura, él la aferró por los hombros y sacudiéndola con fuerza le replicó:

–Aún amándote, no permitiré que me insultes. Y no voy a perseguir a tu hermano –agregó con acento amenazador–. ¡Voy porque mi propio soberano me lo reclamó! –Con menos cólera, la expresión en sus ojos verdes se suavizó y explicó:– ¡No te dejaría por otro motivo cualquiera! y si no puedo olvidar el pasado,'te prometo que no buscaré intencionalmente a Diego. Pero si nuestros caminos se cruzan...

Que Gabriel mataría a Diego estaba implícito en lo que no decía y María tuvo que contentarse con el superficial consuelo de que él no se separaba de ella sólo por venganza y que no buscaría intencionalmente a su hermano. En verdad, era muy escaso consuelo y ella volvió a sonar esa noche, reviviendo la terrible pesadilla de la cubierta bañada en sangre de un barco; las velas eran láminas de fuego y dos hombres, con sus espadas reluciendo rojizas, su marido y su hermano, libraban un duelo mortal. Se despertó al alba, con lágrimas en las mejillas, presentimiento y desesperación en su corazón.

Pilar no era la única que experimentaba desazón y ansiedad a medida que se aproximaba, veloz, la fecha de la partida *del Ángel Negro.* Pilar no podía ocultar su cólera y su angustia porque al parecer Zeus sólo deseaba abandonarla y seguir ciegamente los pasos de Gabriel.

–Está decidido, sin importarle lo que yo diga, a acompañarlo –exclamó irritada la tarde que precedió a la partida de los esposos–. ¡Ambos son estúpidos, y yo casi desearía no haber puesto jamás los ojos en ese individuo obstinado, arrogante, absurdo, ese monstruo de orejas de asno que se llama Zeus!

Cuando entró en la habitación y oyó estas palabras de labios de su amada esposa, Zeus se limitó a sonreír y después de besarla dijo en broma:

–¡Amor mío, cuántas cualidades! ¡Estoy abrumado! Como era incapaz de enojarse con él por mucho tiempo, Pilar se suavizó, y le dijo en un tono de voz por completo diferente:

–¡Eres un gran bruto! Realmente, ¡no sé por qué te amo! Sonriendo con socarronería, Zeus palmeó solemnemente el vientre redondo de Pilar y dijo con descaro:

–*Ma coeur,* ¡creo que la razón es muy evidente!

–i0h, vete! –respondió ella contrariada, y con una leve sonrisa en los labios Zeus salió de la habitación.

Gabriel asomó la cabeza en el interior del cuarto y preguntó:

–¿Han visto a Zeus? Necesito hablar con él.

–Estuvo aquí hace un momento –contestó María y su corazón se agitó nada más que de ver a Gabriel. La tensión de los últimos días también se manifestaba en Gabriel, intuyó María con una breve punzada, pues advertía por primera vez líneas de fatiga alrededor de los ojos y un gesto tenso en los labios. ¡No le agradaba separarse de ella, del mismo modo que a ella no la complacía quedar en tierra!

Con actitud de disgusto, Pilar agregó:

–¡Ojala él preste más atención a vuestras palabras que a las mías! ¡Después de todo, no soy más que su esposa y vos sois su capitán! ¿Qué importa que él me abandone?

Con una expresión compasiva y al mismo tiempo divertida en sus ojos verdes, Gabriel murmuró:

–Pilar, basta de nervios... no pienso llevar conmigo a Zeus. Manten la boca cerrada pero asegúrate de que cuando yo parta mañana tu esposo esté en el muelle.

María y Pilar lo miraron mientras se alejaba, pues ambas hubieran querido formularle muchas preguntas.

La noche llegó demasiado pronto y cuando el capitán inglés fue a acostarse y extendió los brazos hacia ella, María lo aceptó de buena gana consciente de que esa noche era la última que estaban juntos. Hicieron el amor con frenético apremio, ambos dolorosa, miserablemente conscientes de la íncertidumbre de sus vidas y destinos–Liego el alba y de mala gana Gabriel y María se vistieron y descendieron a la planta baja. Había una atmósfera contenida en toda la casa, cada uno trataba de adoptar una actitud normal frente a la inminente partida del *Ángel Negro* en pocas horas más. El desayuno fue un momento tenso y ni siquiera Pilar, generalmente charlatana, tuvo mucho que decir. Su mirada se volvió muchas veces hacia la cara inexpresiva de Gabriel y en los ojos negros había una expresión de esperanza y ruego. Sólo cuando pasó frente a ella, poco antes de que todos partieran en dirección al muelle, 61 le ofreció un signo de que había advertido la ansiedad de Pilar. Su mano se cerró cálida sobre su hombro, y le dio un apretón rápido y tranquilizador.

Los muelles eran un hervidero de actividad cuando llegaron y como el matrimonio Satterleigh y Richard, así como el gobernador, habían acudido para despedir a Gabriel y a Zeus, se formó un grupo bastante nutrido que presionaba cerca de María y Pilar, mientras ellas se despedían de sus esposos y trataban de disimular las lágrimas.

Abrazándola fuertemente, Gabriel besó a María, y se hubiera dicho que no podía soportar la idea de abandonarla. No era lo que él había planeado para ambos y en su fuero íntimo envió al demonio a Modyford y a su reino, diciéndose que este era el último viaje, ¡y al demonio con los reclamos reales! Pero finalmente Gabriel murmuró:

–Cuando regrese tendremos tiempo. ¡Nunca volveré a separarme de tí!

La garganta de la muchacha parecía obstruida por lágrimas que no derramaba y como lo amaba tanto, mientras la brisa marina le agitaba los espesos cabellos negros, sintió que el dolor destrozaba su corazón. Imponiendo una–sonrisa valerosa a sus labios temblorosos, murmuró:

–Vuelve a mí, es todo lo que pido. ¡Vuelve a mí! Con una expresión turbada en los ojos verdes, Gabriel murmuró:

–María, no puedo prometerlo... suceden cosas que nadie controla... pero si es humanamente posible, sabes que retornaré y que no importa dónde esté o qué me suceda, ¡te amo! –Vaciló y después con voz ronca, agregó:– Pero si me sucediera algo... si no regresara, sabe que mis últimos pensamientos fueron para ti y para nuestro hijo.

Incapaz de hablar, las lágrimas que ella había tratado de ocultar se deslizaban ahora por sus mejillas. María asintió y sus dedos se aferraban al jubón de cuero de Gabriel. El la besó de nuevo, y la empujó sombríamente hacia los brazos de Richard, mientras decía con voz dura:

–Cuídala. La dejo a tu cargo.

Se volvió y caminó decidido hacia el bote que debía trasladarlo *al Ángel Negro* y separarlo de María, el ser que para él era lo más precioso en el mundo. Al borde del muelle, vaciló; Zeus caminaba adelante. Gabriel se volvió y frunció el entrecejo, mirando a las mujeres.

–¿Qué le sucede a Pilar? –preguntó.

Sobresaltado, la cabeza de Zeus giró en esa dirección y fue tocada por el puño de hierro de Gabriel. Zeus se derrumbó sin pronunciar palabra y cuando Pilar llegó corriendo, el hermoso rostro dibujando una expresión ofendida, Gabriel le sonrió y dijo amablemente:

–Creedme, señora, no había otro modo... es tan obstinado como un buey y lo mismo que el buey respeta únicamente la fuerza.

Sin saber muy bien si debía sentirse irritada o aliviada ante la actitud de Gabriel, Pilar se arrodilló al lado de su marido inconsciente y depositó su cabeza en su regazo. Cuando advirtió que él no había sufrido daños importantes, miró renuente a Gabriel.

–Sospecho que estáis en lo cierto, señor, pero no creo que esto le agrade.

Gabriel se encogió de hombros.

–Es muy probable que no, pero cuando despierte yo estaré en alta mar, y nada podrá hacer para remediarlo... hasta que yo regrese. –Una súbita chispa de regocijo le iluminó los ojos.– Y quizás a esa altura de las cosas me haya perdonado; pero si no lo hiciera, recordadle, por favor, cierto día en Portobelo cuando cayó Santiago. Decidle que yo me limito a pagar mis deudas. Entenderá.

Y dirigiendo una última y prolongada mirada a Miaría, que estaba de pie, tan pequeña y desolada, frente a Richard Satterleigh, Gabriel se inclinó apenas y después, con un movimiento ágil, saltó al bote.

¡Se había ido! Sintiendo que se le desgarraba el corazón, María permaneció de pie, como una esbelta estatua, los ojos Fijos en el horizonte, observando cómo el Angel *Negro* desplegaba sus velas, embolsaba el viento y desaparecía en el horizonte, separándola de Gabriel y llevándolo al peligro.

30

Cuando el *Ángel Negro* navegó grácilmente hacia la cita fijada por Morgan, *Ile–á–Vache,* frente a la costa de la Española, no estaba solo. Con el buque de Gabriel se encontraban el *Oxford y* el *Satisfactíon,* rebautizado poco antes. Aquél había retornado a Port Royal dos días antes de la boda y con él venía su primera presa: un barco francés, Le *Cerf Volant,* de catorce cañones que zarpó de La Rochelle. El capitán y su tripulación fueron cargados de hierros, y con sir James Modyford, hermano del gobernador, como miembro del tribunal del Almirantazgo, los franceses se hallaron prontamente culpables de saquear un barco mercante inglés de Virginia y *Le Cerf Volant* considerado presa legal por el tribunal. Collier de inmediato lo rebautizó *Satisfaction* y decidió acompañar a Gabriel cuando éste partió para *la Ile–á–Vache.*

Los tres navios llegaron a destino a fines de diciembre y vieron anclados frente a *la Ile–á–Vache* a casi todos los corsarios y bucaneros jamaiquinos, así como a varios franceses de Tortuga. En total había unos diez barcos y alrededor de ochocientos hombres esperando allí, todos impacientes y deseosos de navegar con el hombre que se había apoderado de Portobelo, y mostrándose dispuestos a atacar el blanco designado por el gran Harry Morgan.

Como el *Oxford era* de lejos el buque más poderoso del grupo, Morgan lo designó nave insignia y enarboló su bandera en el mástil principal. Gabriel se reunió con Morgan y Jasper más avanzado el mismo día, en la cabina espaciosa y cómoda del *Oxford, y* soportó con buena voluntad los muchos comentarios irónicos y las bromas astutas provocados por su imprevista aparición. Pero no ofreció ningún indicio acerca del motivo que lo había inducido a cambiar de actitud, permitiendo que los otros pensaran que se trataba de las razones que formuló al llegar, en su carácter de recién casado, y decidido a organizar una familia numerosa, le convenía realizar una última incursión con los corsarios, para acumular todo el oro posible con vistas al futuro. Con un gesto burlón había murmurado:

–¡He descubierto que una esposa y un hijo por nacer consiguen que el oro desaparezca con más rapidez que en manos de un bucanero despilfarrador!

–Morgan y Jasper se rieron y Jasper agregó cálidamente:

–De modo que te casaste con ella, *¡mon ami!* –Enarcando el entrecejo, comentó en broma:– ¿Y la dejaste embarazada después de menos de una semana de matrimonio? i Qué prolífico eres!

Gabriel se sonrojó un poco. Tironeándose el lóbulo de la oreja, reconoció incómodo:

–El niño nacerá unos meses antes.

Morgan y Jasper, considerando eso muy divertido, se rieron a más no poder, hasta que de mala gana también Gabriel esbozó una sonrisa, más por la alegría de los interlocutores que por el motivo mismo. Pero no sonreía esa noche, acostado en su cucheta a bordo *del Angel Negro,* Extrañaba de un modo intolerable a María y sentía una opresión en el pecho cuando pensaba en las semanas y los meses de separación. ¡Incluso era posible que su hijo naciera antes de que él regresase al hogar! Desesperado, tratando de pensar

en algo distinto de los dulces rasgos de María, orientó sus reflexiones hacia el encuentro que Morgan había convocado para el 2 de enero, con el propósito de decidir cuál sería el objetivo. No dudaba de que se trataría de Cartagena, el lugar que Morgan deseaba atacar y así sería... incluso si los franceses votaban oponiéndose, como habían hecho antes del ataque a Portobelo.

No era muy probable que adoptasen la misma actitud –Morgan demostró acierto de sus ideas en Portobelo– pero Du Bois era todavía una espina a la que había que soportar y los bucaneros franceses en general no se sintieron complacidos con la captura de *Le Cerf Volant.* Hubo voces de descontento en la flota bucanera cuando se difundió el asunto y la presencia del *Satisfactíon* pronto se convirtió en motivo de disputa con los franceses. En la oscuridad de su cabina, Gabriel frunció el entrecejo. Un motivo de disputa hábilmente activado por Du Bois. Gabriel se sentía inquieto ante la situación, pero cuando terminó 1668 y comenzó 1669, el problema parecía menos grave... cabía abrigar la esperanza de que el incidente hubiera quedado atrás.

En el consejo de guerra celebrado a bordo del *Oxford* el segundo día de enero de 1669, se decidió por unanimidad que Cartagena sería el objetivo de la flota de corsarios; sentado a la mesa, frente a Morgan, Gabriel de ningún modo se sorprendió cuando vio que éste le dirigía una mirada vanidosa, los ojos negros desbordantes de satisfacción. Era una decisión audaz; Cartagena era la más rica y la mejor defendida de todas las ciudades de la Tierra Firme española. Incluso Morgan reconocía que capturarla sería mucho más difícil que lo que había sido Portobelo, pero era una plaza demasiado rica, demasiado acaudalada y los ojos de los capitanes allí reunidos relucían de codicia. El hecho de que también era española les abría más el apetito: los bucaneros, era notorio, preferían saquear las posesiones españolas antes que las de otras nacionalidades distribuidas alrededor del Caribe. Y con casi un millar de combatientes veteranos y el poderoso *Oxford* para encabezar el ataque a las defensas de la ciudad, los corsarios comenzaban a pensar que la ciudad ya estaba en sus manos.

Para celebrar esta trascendente decisión, Morgan organizó una desordenada y ruidosa cena en la cabina del *Oxford* e invitó a sus capitanes, mientras los miembros de la tripulación celebraban su ruidosa borrachera en el castillo de proa. Durante la cena sucedió que Morgan, Jasper y Gabriel se sentaron uno al lado del otro, a un costado de la larga mesa, los tres agradable aunque no totalmente borrachos, lo mismo que el resto de los capitanes bucaneros. Pero Gabriel aún tenía sobriedad suficiente para advertir que Du Bois se retiraba y tocando el hombro de Morgan preguntó:

–¿Por qué crees que se va tan pronto? Me parece recordar que generalmente es el último en salir... ¡y lo hace cuando lo retiran de la sala borracho perdido!

Morgan miró con los ojos entrecerrados la ancha espalda de Du Bois, mientras el francés salía de la cabina atestada.

–Supongo que ya tiene bastante –replicó, enunciando cuidadosamente cada palabra, un signo seguro de la enorme cantidad de vino que había consumido durante la velada.

Jasper agregó lo suyo y el único indicio de su embriaguez era la luminosa intensidad de sus ojos azules.

–Creo, *mon ami* –protestó– que realmente deberíamos matarlo. ¡Es una terrible vergüenza para los franceses!

El desagrado que Jasper sentía frente a este aspecto de Du Bois era tan sincero y serio que Morgan *y Gabriel* se miraron *y* sonrieron. Jasper se declaró ofendido ante el regocijo de los otros dos, que dedicaron los minutos siguientes a mejorar el humor de su amigo. Gabriel se disponía a sugerir que quizás era conveniente subir a cubierta para tomar un poco de aire cuando de pronto, catastróficamente, el *Oxford* fue sacudido de popa a proa por una gigantesca explosión.

Si había sido una chispa que se desprendió, en un descuido de los bucaneros borrachos e incendiado el pañol de pólvora de la nave, o como Gabriel y Jasper conjeturaron después, la rencorosa venganza de Du Bois a causa de la captura del *Satísfaction,* fue cosa que nunca pudo aclararse. Pero ciertamente, fue terrible, pues en una sola llamarada la nave quedó destruida;

las planchas y otras partes volaron por el aire y los pedazos ensangrentados de las víctimas se elevaban violentos entre las sombras de la noche, para caer en una lluvia horrible al mar fosforescente. La pérdida de vidas fue terrible: de una tripulación de más de doscientos bucaneros sólo fue posible salvar a seis hombres y cuatro muchachos de las aguas manchadas de sangre frente a *Ile–á–Vache.* Milagrosamente, Morgan y todos los capitanes bucaneros que estaban a un costado de la mesa, en la cabina, lograron sobrevivir; en cambio, los del lado opuesto murieron todos; y Gabriel bendijo su buena suerte, porque había cambiado de lugar durante la velada–La pérdida del *Oxford* y de casi un quinto de la tripulación determinó que fuese imposible el ataque a Cartagena y en una actitud de sombría solemnidad Morgan se vio obligado a designar nueva nave insignia a la fragata *Lilly,* de catorce cañones. Su humor no mejoró cuando Collier decidió partir en busca de sus propias presas con la *Satisfaction.* No fue uno de los mejores momentos del almirante. Tan pronto Collier se alejó, Morgan llevó a su sombría y conmovida flota hacia el este, a lo largo de la costa de la Española, tratando de hallar un blanco menos defendido.

Los días siguientes no dejaron recuerdos gratos en la memoria de Gabriel. Después de la destrucción del *Oxford,* pareció que nada tenía éxito y la flota bucanera deslizándose a lo largo de la costa, soportó de lleno un fuerte viento del este, que maltrató a la mayoría de las pequeñas embarcaciones que formaban la flota de Morgan. Muchas de estas naves carecían completamente de cubierta y el viento y la dureza de las condiciones atmosféricas pronto comenzaron a producir efectos en los hombres. Las incursiones sobre el territorio español para recomponer los escasos suministros, embarcando jabalíes y ganado vacuno, tampoco eran agradables; los españoles parecían estar desusadamente alertas y los bucaneros retornaron varias veces a sus naves con la milicia de Santo Domingo pisándoles los talones.

No fue un hecho sorprendente que unas pocas semanas más tarde, hacia fines de enero, algunos piratas comenzaran a quejarse, y que Du Bois

fuese el cabecilla del grupo. Mientras escuchaban la acalorada discusión en la pequeña cabina *del Lilly* entre Du Bois y Morgan, Gabriel y Jasper se miraron. No habían comentado con nadie sus sospechas acerca de la posible participación de Du Bois en la explosión del *Oxford,* pero ambos habrían preferido mantener a éste con la flota bucanera; de ese modo, por lo menos podría estar vigilado. Pero aunque Morgan argumentó tenazmente contra ese paso, al día siguiente Du Bois y tres de los mejores barcos zarparon en busca de otras presas. Con cierta mezcla de pesar e inquietud, Gabriel los vio alejarse, inquieto ante la partida de Du Bois pero impotente para hacer algo al respecto, salvo continuar con la parte principal de la flota bucanera, que continuaba recorriendo la costa de la Española.

La flota de Morgan ahora estaba reducida a sólo ocho barcos y unos quinientos hombres, apenas la mitad de la fuerza de combate original y el almirante de los Hermanos no se sentía muy complacido por la situación. Después del desastre del *Oxford* habían planeado dirigirse a Trinidad y navegar después a lo largo de la costa española, incursionando y robando los puertos desprotegidos de Venezuela oriental y la rica isla perlífera de Margarita, pero la idea tuvo que ser abandonada a causa del tiempo y las deserciones en la tripulación. A principios de febrero llegaron a la isla de Saona, lugar favorito de los bucaneros, sobre el extremo oriental de la Española y entonces Jasper formuló una propuesta.

Este, Gabriel y Morgan estaban en la cabina del *Lilly,* analizando los lugares que podían ser provechosos, y Gabriel vigilando que ninguno de ellos se convirtiese en fuente de dificultades para el gobierno inglés. De pronto, Jasper dijo reflexivamente:

–Hay una zona que no hemos contemplado... las ciudades que están en la laguna de Maracaibo.

Morgan pareció interesado y Jasper continuó diciendo:

–Hace dos años, cuando navegué *con L'Ollanais,* entramos en esa región y descubrimos que era muy satisfactoria; no tenían defensas muy sólidas y el botín fue más que suficiente. Después del tiempo pasado, seguramente se recuperaron bastante, de modo que puede ser que valga la pena el esfuerzo.

En la tripulación había otros hombres familiarizados con Maracaibo y hubo un sentimiento de entusiasmo en las tripulaciones cuando se contempló la posibilidad de atacar en esa región. El hecho de que Maracaibo estuviese a poca distancia de Saona, exactamente al suroeste de la isla, acrecentaba su atracción y la votación en favor de este objetivo fue unánime. Con ánimo más levantado, las naves bucaneras partieron en dirección al continente;

la visión del posible saqueo se desplegó ante los ojos de las tripulaciones.

Gabriel contempló indiferente la decisión; un agudo sentimiento de inquietud le carcomía las entrañas, sensación que se instaló en él desde la partida de Du Bois. No le agradaba la idea de que María se encontrara en Port Royal, y Du Bois posiblemente estuviese en las cercanías. Se dijo que su actitud era estúpida –Zeus y Richard la protegerían– pero eso no calmaba su

inquietud y a medida que pasaban los días, sin motivo aparente, su nerviosismo se acentuó.

Cuando febrero se convirtió en marzo, Gabriel tuvo buenos motivos para inquietarse: en efecto, Du Bois navegaba directamente hacia Port Royal, a la máxima velocidad que su balandra podía desarrollar, con el único fin de capturar a María Lancaster y devolverla al hermano. Pero no lo hacía por venganza, sino más bien por instinto de conservación y codicia.

Cuando Du Bois se separó de los corsarios frente a la costa de la Española, en enero, no tenía en su mente un objetivo definido: sencillamente, no podía soportar que Morgan ocupase la elevada posición que él mismo ansiaba tanto. Carcomido por los celos y la envidia, se había marchado, deseoso de aliviar su lastimado sentimiento de vanidad. Pero por desgracia fue a caer en manos de Diego...

La información de que los bucaneros estaban buscando presas, de que se habían reunido en la *Ile–á–Vache* y que eligieron Cartagena como objetivo inmediato, llegó por diferentes canales a las autoridades españolas de Santo Domingo. Las noticias no circulaban con mucha prisa, pero hacia principios de febrero finalmente llegaron a La Habana y al único hombre que podía detener a Harry Morgan, es decir. Diego Delgado.

Este había ascendido meteóricamente, y ahora, aún no cumplidos treinta y cinco años, era el almirante de la Armada de Barlovento, la flota española destacada en el Caribe para destruir la piratería y representar el papel de una guarnición móvil. Al principio estaba formada por cinco barcos, pero por el momento Diego tenía bajo su mando sólo tres naves. De todos modos, eran auténticos buques de guerra y reunidos constituían una fuerza formidable, mucho más temibles que la fuerza combinada de los bucaneros de Morgan, incluso si se tenía en cuenta que *el Ángel Negro* y el *Lucifer,* el barco de diez cañones de Jasper, navegaban con los Hermanos de la Costa. En combate, los bucaneros tendrían que enfrentar más cañones y más navios enemigos. Con un destello de satisfacción en sus ojos oscuros, Diego había decidido salir inmediatamente en persecución de ese abigarrado grupo de hombres que habían provocado tales desastres en las posiciones españolas y su corazón alentaba la esperanza de que nuevamente se encontraría cara a cara con Gabriel Lancaster; y esta vez, pensaba malignamente Diego cuando sus barcos partieron de La Habana, esta vez encontraría a Lancaster y lo mataría.

Con el propósito de adelantarse a los corsarios y aprovechar la ventaja del viento, Diego se dirigió primero al bastión de Barlovento de los españoles en Indias, es decir San Juan de Puerto Rico. Llegó allí a principios de marzo, unos días después que Morgan y sus corsarios arribaron a la laguna de Maracaibo; envió a tierra una embarcación en busca de noticias, pero nada se sabía de la flota de corsarios de Morgan. Diego frunció el entrecejo y finalmente llegó a la conclusión de que se habían alejado demasiado en dirección de Barlovento; saliendo de Puerto Rico retornó a lo largo de la costa septentrional de Puerto Rico, atravesó el estrecho de Mona y allí encontró a Du Bois.

Este, como no tenía un propósito definido cuando se separó de Morgan, había pasado las últimas semanas incursionando y navegando sin rumbo

fijo a lo largo de la costa de la Española, tratando de concebir un plan que acrecentara el prestigio de su nombre y que indujese a los restantes bucaneros a considerarlo con admiración... pero el plan también debía promover el descrédito del maldito Morgan. Por supuesto, era imposible, acentuándose con el correr del tiempo, el sentimiento de amargura, la envidia;

su humor se agriaba y su actitud era cada vez más despótica con la propia tripulación. Las cosas no mejoraron cuando cierta mañana uno de sus hombres lo despertó bruscamente con la noticia de que se divisaban velas en el horizonte, velas españolas.

El combate que siguió fue breve y brutal, pues Diego tenía la ventaja del viento; y sus tres buques de guerra, erizados de potentes cañones, liquidaron en muy poco tiempo a las frágiles balandras y las pequeñas naves que formaban la reducida flota de Du Bois. La vida de éste pudo haber concluido allí, pero fue uno de los sobrevivientes y como Diego deseaba información, además de la destrucción de los bucaneros, ordenó a sus hombres que subieran a bordo del *Santo Cristo* a muchos de los bucaneros sobrevivientes que flotaban entre los restos dispersos de sus barcos.

Los piratas no esperaban ningún gesto de bondad de sus aprehensores españoles y en actitud de hosco sufrimiento aguardaban los golpes que caerían sobre ellos, mientras permanecían de pie, empapados y deprimidos, sobre la cubierta del *Santo Cristo.* Diego los miró con desprecio y caminó frente a ellos, en la mano el pequeño látigo que solía acompañarlo. Con este rebenque golpeó en el hombro a uno de los bucaneros y preguntó en inglés sencillo: –Los otros, ó dónde están?

Du Bois aguzó el oído desde el lugar que ocupaba, a poca distancia del sitio en que Diego se complacía matando a golpes a otro bucanero. Cuando el hombre cayó sobre el piso de la cubierta, la cara y el pecho una masa de sangre y carne herida, Du Bois, con la esperanza de aprovechar la última frase, gritó:

–No sabemos dónde están los otros bucaneros ni Lancaster. Nos separamos de ellos en enero... pero sé muy bien dónde estaba mujer española de Lancaster...

Diego endureció el cuerpo, como si de pronto hubiese recibido una ráfaga de viento helado y volviéndose lentamente miró a Du Bois. Con gesto imperioso le ordenó que se adelantara y con voz amenazadoramente serena, los ojos negros expresando la locura que lo impulsaba:

–¿La mujer de Lancaster? ¿Y quién es? Sin conocer la identidad de su interlocutor, Du Bois dijo francamente:

–Una española capturada en Portobelo. Lancaster se casó con esa mujerzuela hace menos de cinco meses, en Port Royal.

La cara de Diego estaba deformada por una cólera sin control y las aletas de la nariz le temblaban; la cicatriz sobre la ceja ¡ parecía latir.

–¿Su nombre? –dijo con voz ahogada, casi incapaz de hablar, tan intensa era su furia.

–María. María Delgado.

Asombrado, Diego sólo pudo mirar los rasgos duros de Du Bois y todos sus instintos lo impulsaron a negar lo que el francés decía. ¡Imposible! Que María hubiese consentido en casarse con el inglés era incomprensible y rechazó de plano la idea. Golpeó salvajemente la mejilla de Du Bois y aulló:

–¡Mientes! ¡Jamás se habría casado con él! Solo en la lujosa y amplia cabina del *Santo Cristo,* Diego se paseaba de un lado al otro con movimientos rápidos y violentos, el cerebro un torbellino de ideas y todo él apenas capaz de mantener el control de sí mismo. Ansiaba golpear a alguien en represalia por ese revés devastador asestado al orgullo de su familia. ¿María había contraído matrimonio con Lancaster? ¡No podía creerlo! ¡No era posible que hubiese hecho tal cosa! ¡El sucio bucanero mintió! Pero mientras se decía todo esto Diego sabía que estaba engañándose. El bucanero no tenía motivos para mentir; más aun, tenía buenas razones para decir la verdad.

Que encontraría a Lancaster, era sin duda uno de los propósitos de Diego; pero, ¿qué sucedería con María? Qué pasaría con los planes que había trazado poco antes, y que contemplaban el casamiento con don Clemente de la Silva y González, ese don Clemente que poco antes había enviudado, el poderoso don Clemente que unos tres meses antes heredó las enormes propiedades y los títulos de su padre... don Clemente, que podía ocuparse de que su cuñado recibiese un mando mucho más apropiado que ese mezquino y pequeño escuadrón en el Caribe...

La noticia de la viudez de don Clemente indujo a Diego a viajar de prisa a la ciudad de Panamá en junio del año precedente, con la esperanza de hallar a su hermana antes de que ella partiese en dirección a Santo Domingo. Sí, la carta de don Clemente, que había abordado nuevamente el tema del matrimonio con María, estaba guardada bajo su jubón. En ella el gran hombre escribió: "La primera vez me casé por la riqueza y el poder, pero ahora deseo hacerlo por mi propio placer... y el recuerdo de vuestra hermana me complace mucho..."

En ese momento Diego apenas pudo contener su alegría, pero sus planes sufrieron un duro contraste a causa de la captura de María en Portobelo, e impulsado por la desesperación concibió el plan de cambiar a una hermana por otra con el fin de recuperar a María...

Al recordar ese desastre, la cara de Diego se deformó a causa de la cólera y la frustración. Haber llegado tan cerca... haberlo tenido todo al alcance de la mano. ¡Maldito Ramón Chávez! Doblemente maldito porque en noviembre pasado me provocó una situación desagradable en Santo Domingo, pensó fieramente Diego, cuando me acusó ante el Almirantazgo y afirmó que había disparado sobre él. Durante un segundo los rasgos de Diego adoptaron una expresión satisfecha. Recordó fríamente que la cosa quedó en la nada, porque Ramón no pudo demostrar que yo había disparado contra sus hombres y no contra los bucaneros, como yo mismo afirmé.

Decidido a asegurar esta vez el poderoso favor de Don Clemente, durante los últimos meses Diego sólo pensaba en las formas de liberar a su hermana. Pero ahora, ¿qué español desearía las sobras dejadas por un cerdo inglés? Con el correr de los meses, Diego se sintió más presionado cada vez.

La última carta de Don Clemente, la que le informaba sobre la herencia de las propiedades del padre, aclaraba también que algo debía resolverse pronto, porque de lo contrario él buscaría otra esposa... después de todo, los Delgado no eran tan prominentes y Don Clemente estaba seguro de que podía encontrar otra bella joven que aceptara ser su esposa... Diego recibió esa carta en La Habana, menos de dos semanas antes de enterarse de la reunión de los Hermanos de la Costa y desde ese momento su desconcierto y su cólera habían aumentado cada vez más. Matar a Lancaster sería motivo de mucho placer, pero recuperar a María... Eso, murmuró por lo bajo, seriaren efecto lo mejor del asunto. Ya se ocuparía de que ella enviudase antes de enviarla a España, como prometida oficial de Don Clemente. Lo único que necesitaba en este momento era un modo de apoderarse de María...

Se acarició distraídamente el mentón. Este bucanero, Du Bois... sin darse tiempo a pensar, abrió bruscamente la puerta de su cabina y ladró a un centinela que estaba allí:

–i Que me traigan inmediatamente a ese hombre Du Bois! Y así, éste se encontró en presencia de Diego y escuchó sorprendido, pero con una suerte de salvaje astucia, el plan que el

otro le proponía.

–Sí —dijo Diego con expresión arrogante— puedes traerme a mi hermana, la mujer de Lancaster, te daré cincuenta mil piezas de a ocho... y la vida de los restantes bucaneros, que respetaré hasta tu regreso. Te entregaré una pequeña nave, que será tuya cuando deposites a María en Santo Domingo.

Du Bois lo miró reflexivamente y disimuló su sorpresa al comprender la relación entre la esposa de Lancaster y su aprehensor. Se atusó, nervioso, el bigote rubio y gruñó:

–No puedo hacerlo solo. ¿Y qué garantía tengo de que respetaréis vuestra palabra?

Diego sonrió con malignidad.

–No tienes ninguna garantía pero si te niegas, no saldrás vivo de esta habitación. ¿No estás dispuesto a aceptar esta propuesta para salvar tu vida?

Du Bois asintió de mala gana. Los bucaneros formaban una organización irregular de hombres brutales, pero si se limitaba a abandonar a los sobrevivientes de esa infortunada expedición, sus días como capitán habían terminado; nadie lo seguiría y su sueño, que era arrancar el liderazgo de manos de Morgan, quedaría completamente destruido. Estaba atrapado e incluso si no hubiese llegado a la conclusión de que el plan de ese arrogante español era una forma excelente de vengarse de Lancaster, de todos modos habría aceptado. No tenía alternativa. Así, por la mañana, el francés y veinte bucaneros embarcaron para Port Royal en una balandra requisada de prisa; su objetivo era capturar y devolver María a Diego, ilesa, sana y salva. Este le aclaró muy bien este aspecto y en sus ojos se leía una sombría amenaza; y con otros treinta bucaneros encadenados y miserables en la bodega del

Santo Cristo, Diego confiaba en que Du Bois cumpliría su palabra, a pesar de que era un canalla sin honor.

Pero a diferencia del español, Du Bois tenía algún tipo de honor. Cumpliría su palabra; apenas María estuviese en su poder la defendería de las horribles garras de sus hombres y navegaría de / prisa en busca de Santo Domingo para recuperar a los restantes hombres y recibir el oro...

Por supuesto. Diego no tomaba en serio su propia promesa y tan pronto la pequeña balandra se perdió en el horizonte, dijo a su teniente:

–Retirad de mi bodega esas sucias criaturas. Liquidadlas y arrojad sus cuerpos al mar; ya no las necesitamos.

Sin la más mínima idea de los acontecimientos desencadenados por su hermano, María esperaba ansiosa en Port Royal y todos sus pensamientos eran para Gabriel y el hijo que ambos tendrían; en los días maravillosos que vivirían después que él retornase. Después de la partida pasó unos meses en el Don Real, pero inquieta y en realidad incómoda, finalmente convenció a Richard y a Zeus de que se sentiría más satisfecha en la casa de la ciudad de Port Royal. Por lo menos, allí podía recibir sin tardanza la noticia del retorno de Gabriel, y él no tendría necesidad de ir a buscarla al Don Real. De mala gana, poco después de principios del año, Richard la acompañó a Port Royal y ella estableció su residencia allí, decidida a permanecer en el lugar hasta que volviera su esposo y naciera el niño.

La criatura por nacer la reconfortaba mucho y ella se mara–. villaba a medida que pasaban los meses y su vientre crecía.

Pilar y Zeus fueron a alojarse provisionalmente con María en Port Royal y una vez superada la cólera porque lo habían dejado en tierra, Zeus dijo resignado:

–*Mon capitaine* me puso a cargo de ti, ¿y cómo puedo vigilarte si no estoy cerca? –Sonrió con cierta timidez agregando:–Además, ¡yo quiero estar allí cuando él llegue!

María se sentía profundamente agradecida de tenerlos allí, con ella; de ese modo los días parecían menos solitarios y la espera un poco menos insoportable. Pero el espectáculo de esa pareja en la cual los dos se amaban profundamente le oprimía el corazón. Si Gabriel hubiese llegado, si en pocos días más él entrara al puerto, pensaba María anhelosa, mientras febrero se convertía en marzo. Se había ausentado por demasiado tiempo y la joven sintió que se le contraía el rostro al pensar en los meses que aún faltaban para su retorno.

Por la noche, mientras estaba acostada, sola en la ancha cama, las manos explorando tiernamente la redondez del vientre, riendo cuando sentía al niño moverse, le hablaba en voz baja y entonaba breves y alegres canciones, ansiando que llegara el día en que sostendría en brazos al recién nacido. Mayo parecía estar muy lejos de marzo, pensó con un sentimiento de ansiedad. A meqía–dos de marzo, cuando Gabriel incursionó con Morgan en la laguna de Maracaibo y Diego, anclado frente a Santo Domingo, buscaba información acerca del paradero de los bucaneros, María se sintió cada vez más inquieta y una noche en que tenía dificultades para dormir, se revolvió inquieta en la cama y formuló el deseo de que naciese el niño y de que

Gabriel regresara. De pronto tuvo un gesto de alarma pues había oído un movimiento subrepticio frente a la puerta. Pensando que era Zeus, llamó:

–Zeus, ¿eres tú? ¿Sucede algo con Pilar?

No hubo respuesta y desconcertada y curiosa, descendió de la cama, sin imaginar siquiera que el peligro la acechaba en su propio corredor. Se puso una bonita bata de seda rosa pálido y encaje y apenas recorrió la mitad de la distancia hacia la puerta cuando esta se abrió bruscamente y dos manos duras y brutales se cerraron sobre su cuerpo. Apenas tuvo tiempo para emitir un grito sobresaltado, cuando una mano enorme se aplastó contra su boca y la voz de Du Bois zumbó en su oído:

–Grita otra vez, hermosa, ¡y no vivirás un momento más! El terror recorrió su cuerpo en ondas heladas y aturdida, obedeció, temerosa de hacer el más mínimo movimiento, por ella misma y por su hijo. En la densa oscuridad de la habitación, Du Bois gruñó satisfecho al advertir que María no intentaba escapar y apartando la mirada de la joven murmuró a alguien que estaba detrás:

–Enciende luz, y encuentra otras ropas para ella. –Agregó sarcásticamente:– ¡El almirante no nos agradecerá si le llevamos a su hermana en ropas de noche!

–¡No creo que tu hermano contara con tu embarazo! Pero por otra parte el trato fue sólo que yo te entregaría y él no especificó en qué condiciones... excepto que debes llegar ilesa y que no serás molestada por mí ni por mis hombres. –Rió por lo bajo, con una sonrisa desagradable.– ¡Me agradaría verle la cara cuando descubra que Lancaster se nos adelantó!

María, con una mordaza fabricada de prisa con la funda de la almohada, fue arrojada sobre el hombro moreno de Du Bois, y los tres salieron de la habitación, dirigiéndose por el corredor en dirección a la escalera. Pero aunque Du Bois y sus compañeros fueron discretos, no resultó suficiente y Zeus, que tenía largos años de estar constantemente en guardia ante la posibilidad de un ataque por la espalda, despertó de pronto con la indefinida sensación de que algo no estaba bien y de que había oído un ruido que no era normal. Se apartó en silencio del lado de Pilar, se puso apurado un par de bragas y empuñando el cuchillo de larga hoja que nunca tenía lejos, atravesó rápidamente la habitación con movimientos felinos en dirección a la puerta. Vaciló, tratando de escuchar algún ruido y abrió lentamente la puerta.

La oscuridad era absoluta pero el oído agudo de Zeus ya había escuchado los pequeños movimientos que María realizaba al retorcerse, impotente, sobre el hombro de Du Bois, y cuando de pronto oyó el murmullo ahogado de ella a través de la mordaza, la inquietud lo dominó. Sin suponer que había otros en el corredor, y creyendo que la joven cayó lastimándose, se adelantó de prisa, gritando:

–¡María! *¡Petite!* ¿Dónde estás? ¿Te caíste?

Sucedieron simultáneamente varios hechos. Pilar despertó, y el dolor acuciante debajo de su cintura se acentuó; la voz de Zeus la sacudió aun más y automáticamente buscó la vela y el pedernal; en el corredor, Du Bois emitió una maldición ahogada y sin perder tiempo, llevando a María sobre el

hombro como un saco de patatas, descendió rápidamente por la escalera. Zeus identificó su voz y se adelantó, cuchillo en mano, decidido a liquidar al audaz intruso; el cómplice del pirata se agazapó contra la pared, cerca del final de la escalera, esperando el momento oportuno para asestar el golpe; y sobre el mismo corredor, más lejos, Richard también despertó y con un rápido movimiento buscó su propia vela.

Sin advertir el peligro, Zeus alcanzó la escalera, y al llegar, el segundo bucanero lo golpeó por la espalda descargando sobre Zeus un terrible puñetazo que lo envió abajo como una enorme bala de cañón. La luz de la vela de Pilar apenas comenzaba a disipar las sombras, mientras ella, con movimientos torpes y dolorosos, se abría paso hacia la causa del desorden, cuando el atacante de Zeus saltó ágilmente sobre el cuerpo caído de su víctima. Gimiendo y dolorido, seguro de que se había roto una pierna, Zeus alcanzó a distinguir a Du Bois con María echada al hombro, a la luz vacilante de la vela de Pilar. Oyó aliviado que desde el fondo del corredor llegaba la voz de Richard, preguntando irritado:

–¿Qué demonios sucede?

Sin perder tiempo los dos intrusos corrieron hacia la puerta, pero Zeus oyó a Du Bois que gruñía con bastante claridad:

–¡Ahora todo lo que tenemos que hacer es llevar a esta perra con su hermano en Santo Domingo! –Y unos minutos después desaparecieron en la noche.

Pilar desde la escalera miró hacia abajo y al ver el cuerpo de Zeus en la planta baja, llena de terror, descendió torpemente.

–¡Mi amor! ¿Qué sucedió?

Con la ayuda de ésta, Zeus consiguió acercarse a la pared y se sentó apoyado en ella. En ese momento Richard, una vela en una mano y la pistola en la otra, apareció ante ellos. Durante unos pocos minutos reinó un desorden incoherente, hasta que al fin Zeus pudo hacerse oir imponiéndose a las preguntas de los otros. Phoebe y Delicia también oyeron algo y venían a investigar.

Con ojos ensombrecidos por el dolor, mirando a Richard, Zeus rezongó:

–¡Fue ese bastardo, Du Bois! ¡Secuestró a María y se la lleva a Diego, que está en Santo Domingo! –El dolor de la pierna lo estremeció y murmuró:– Tendrás que ir tras ella... es evidente que yo no puedo.

Richard asintió sombríamente, diciendo:

–No soy marino como vos, pero haré lo posible. Ante todo tendré que conseguir un barco. Zeus asintió.

–Eso no es problema... Gabriel aún tiene su balandra *Caro–Uno* aquí, en Port Royal. La capitanea un amigo, Will Blackweil; y lo que es mejor, la *Caroline* amarró la semana pasada. La principal dificultad será encontrar a Will a esta hora de la noche. Tendrás que intentar en los burdeles y las tabernas... sugiero que comiences con la Muchacha Amarilla.

Richard asintió brevemente, pero vacilo:

–¿Y vos? –preguntó.– Conseguiré primero un médico... hay que atender esa pierna.

Con voz que era casi de disculpa, Pilar agregó:

–Creo que llamar a un médico sería una excelente idea... sé que todavía es demasiado temprano y desconsiderado de mi parte, pero mucho me temo que mi hijo nacerá ahora.

Todos los ojos se volvieron hacia Pilar y la mancha cada vez más grande en su camisón. De nuevo hubo varios minutos de absoluta confusión y Zeus finalmente rugió a Richard, ordenándole que trajese al médico, ¡inmediatamente!

Fue una noche tensa y caótica. Phoebe llamó al médico y Richard partió en busca del esquivo Will Blackweil; Delicia, que demostró suma eficiencia a pesar de su corpulencia, logró instalar a Pilar en el piso alto y suministró a Zeus algunas almohadas y un jarro grande, muy grande de brandy.

Cuando Richard regresó alrededor de las diez de la mañana, agotado y ojeroso después de su búsqueda por los muchos antros de vicio de Port Royal, halló la casa externamente silenciosa. Pero al ascender la escalera oyó el llanto agudo de un recién nacido. A juzgar por los variados sonidos que descendían por la escalera, el niño tenía un par de pulmones excelentes, de modo que parte del temor que el joven sentía se alivió. Ahora, Richard subió los peldaños de prisa.

Se detuvo ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos cuando llegó al corredor del piso alto. Zeus, con la pierna ahora entablillada y apoyado en un ancho taburete, ocupaba uno de los sillones de la sala principal. En su mano tenía un jarro vacío y en la cara la sonrisa de más estúpida complacencia que Richard hubiera visto jamás. De la puerta abierta que conducía al dormitorio llegaban los murmullos de Pilar, Phoebe y Delicia y los sonidos más graves de la voz del médico se mezclaban con los de las mujeres; y sobre todo, el estridente alarido del niño.

Al aproximarse Richard, Zeus lo miró, los ojos entrecerrados; la sonrisa se disipó.

–¿Lo encontraste?

Con voz fatigada Richard asintió.

–Partimos en una hora. –Su mirada se desvió hacia la puerta.– ¿Todo está bien?

Una sonrisa increíblemente torpe se dibujó en la cara de Zeus y con aire de felicidad afirmó:

–¡Mellizos! ¡Mi Pilar me dio mellizos!

31

El sentimiento de dicha provocado por el feliz parto de Pilar, que dio a luz dos hermosos varones, no podía durar; el temor y la preocupación ante la suerte de María remitió a segundo plano la alegre ocasión. Zeus maldijo a Du Bois, a su pierna rota y al destino perverso que había regido los episodios de la noche. De todos modos, no podía hacer otra cosa que despedirse malhumorado de Richard y encomendarle que no regresara a Port Royal sin María... o sin noticias definidas acerca de su suerte.

El joven inglés tenía reservas acerca de sus propias cualidades para coronar con éxito la tarea que se le encomendaba, pero •con su acostumbrada actitud pragmática zarpó a bordo del *Caroline,* esperando que la confianza de Zeus en un hombre que no le impresionaba mucho, como Will Blackwell, estuviese bien fundada. Y era así. Eran pocas las cosas que Blackwell no estaría dispuesto a hacer por Lancaster y como se trataba de un marino hábil, familiarizado con las costumbres de los bucaneros y los corsarios y más que capaz de abrirse paso en el Caribe, podía decirse que Richard estaba en buenas manos. Con un poco de suerte alcanzarían a Du Bois antes de que el pirata llegase a Santo Domingo y entonces arrancarían a María de sus canallescas garras. Cómo lo lograrían exactamente, era cosa que Richard prefería no pensar, pero menos lo complacía la idea de enfrentar a Lancaster con la desagradable noticia de que su amada esposa había sido robada bajo las narices mismas de los dos hombres en cuyas manos la confiara.

El *Caroline* era ágil y rápido y con todas sus velas desplegadas podía acortar la distancia que separaba a las dos naves... y entonces, pensó Richard con un sentimiento de inquietud, comenzaría el verdadero peligro para María. Reflexionó un momento, preguntándose si ella estaría ilesa y formuló el deseo de que se produjera un milagro y él pudiera resolver los efectos de los terribles acontecimientos ocurridos la noche anterior.

María estaba segura de que Zeus había oído el comentario de Du Bois acerca de la entrega de su prisionera a Diego, que estaba en Santo Domingo; y así, tenía la certeza de que le llegaría ayuda.

Pero María no estaba muy segura de que pudiese encontrar un modo de salir de esa trampa y la información de que la llevaban con su hermano no era precisamente la más tranquilizadora que podía haber escuchado. Por supuesto, era mucho mejor saber que Diego era el promotor de ese ingrato conjunto de circunstancias que pensar que estaba completamente a merced de Du Bois y su implacable tripulación. Pero a María no le agradaba imaginar la' posible reacción de su hermano cuando la arrojasen a sus pies, con el hijo de Gabriel en el vientre. La recorrió un leve estremecimiento. ¡Su cólera sería memorable!

Se dijo, con valentía, que podría calmarlo, que era su hermano y la amaba y que después de la primera impresión ella lograría convencerlo de que la devolviese a Port Royal.

Ser la prisionera del hombre a quien odiaba y temía no facilitaba las cosas y los desagradables comentarios de Du Bois cuando por fin llegaron a la balandra y él la encerró en la cabina, dejaron bien aclarado que el pirata estaba muy dispuesto a romper su endeble acuerdo con Diego. Sus ojos

azules recorrieron la desaliñada figura de María, e incluso se atrevió a tocarle un pecho mientras gruñía:

–No me acarrees problemas, mujer, o al margen de mis promesas, e incluso con tu vientre hinchado, te acostaré sobre cubierta y te poseeré como hubiera debido hacerlo en Portobelo. –Cuando María se encogió para evitar el contacto, y en sus ojos apareció una expresión de desafío y odio, él sonrió cruelmente, agregando con voz dura:– Y cuando haya terminado contigo, vendrán mis hombres, por turno y te arrojaremos a los tiburones... de modo que quédate aquí y. cierra la boca.

El viaje fue difícil. María temía constantemente que de un momento a otro se abriese la puerta porque Du Bois, cambiando de idea, decidiera que más lo complacería violarla y entregarla a sus hombres que cumplir la promesa arrancada cruelmente por Diego. A medida que pasó el tiempo y cuando ya se acercaban a Santo Domingo, el pirata dejó bien aclarado que el trato concertado bajo presión lo irritaba profundamente y molestaba a sus hombres, y que ellos habían discutido la posibilidad de hacer lo que se les antojara con ella y más tarde, después de eliminarla, continuar con sus actividades, abandonando a los hombres mantenidos como rehenes en el *Santo Cristo.* Du Bois parecía contento de torturarla de ese modo y observaba con cruel alegría la repugnancia y la cólera que ella no podía ocultar y que se manifestaba en su expresiva cara; también lo complacía que ella se encogiese ante el más mínimo contacto del pirata; él se tomaba libertades: su mano se detenía en el hombro de María cuando le traía lo que él con muy buena voluntad decía que era la cena; su aliento repulsivo rozaba las mejillas de María cuando él se inclinaba adrede cerca de la joven a recoger el cuenco vacío.

María habría deseado clavarle una daga por todas estas burlas, pero se limitaba a entornar los ojos, poco dispuesta a permitir que él viese el odio y la furia que la sacudían.

Aunque Diego había designado a Santo Domingo como lugar para realizar la entrega de la joven, Du Bois no era tonto y ni siquiera para recuperar a sus hombres estaba dispuesto a entrar ciegamente en ese puerto tan bien protegido por los españoles. Ancló en una pequeña caleta frente a la costa de la Española y ordenó a uno de sus hombres que descendiera a tierra en busca de noticias. Estas no eran buenas. El almirante había partido la víspera, veinte de marzo, en busca de la flota de Morgan y soltó amarras después de recibir cierta información de un bucanero capturado poco antes en las cercanías de Trinidad.

Du Bois vaciló. ¿Debía esperar? ¿O ir a buscar a Diego? En realidad, no se trataba de adoptar una decisión, no quería demorarse en esos parajes y prefería mucho más realizar la transferencia en alta mar. La pequeña balandra no podría combatir con tres buques de guerra españoles, pero los últimos días le enseñaron algo a Du Bois: su embarcación era veloz, lo suficientemente rápida, eso estaba dispuesto a apostarlo, como para dejar rezagados sin mucha dificultad a los voluminosos galeones, una vez que él recuperara a sus hombres. Que Diego podía faltar a su palabra, era algo que jamás cruzó por la mente de Du Bois.

Por extraño que parezca, menos de seis horas después de la partida de la balandra, el *Caroline* entró en la misma caleta y Blackweil envió a tierra a uno de sus hombres, también en busca de noticias. Lo mismo que Du Bois, Blackweil y Richard se enteraron de la partida de la flota española, que había salido en busca de los corsarios; pero también supieron sobre la balandra que muy poco antes había anclado en ese mismo lugar. La excitación relució en los ojos de Richard; había interrogado detenidamente al bucanero enviado a tierra y pronto llegó a la conclusión de que Du Bois navegaba en pos de la Armada de Barlovento.

Las dos semanas siguientes, durante las cuales éste persiguió obstinadamente *al Santo Cristo,* fueron tales que María siempre las recordaría con repugnancia y odio. Parecía que en el lugar donde debía estar su corazón había un pedazo de hielo; la situación cada vez más inquietante que había comenzado a crearse a bordo de la balandra, agravaba en sumo grado el peligro que ella corría. Los hombres comenzaron a discutir y pelear entre ellos y por la noche, mientras María estaba acostada tensa y nerviosa en su jergón, alcanzaba a oír los sonidos coléricos de sus voces y se estremecía, acurrucándose como formando una muralla protectora alrededor de su vientre distendido.

Por el momento Du Bois estaba cumpliendo su promesa a Diego y nadie la molestaba en el ambiente sofocante de la minúscula cabina. Hubo muchos momentos de sombría desesperación, y ella se preguntaba si moriría allí, en ese sucio cuartito, sin ver de nuevo a Gabriel, sin oír su voz.

A pesar de la gravedad de su situación, ella al comienzo se consolaba con la idea de que Zeus o Richard vendrían a buscarla; incluso había tenido sueños fantásticos, en los cuales Gabriel aparecía milagrosamente y la arrancaba de ese terrible cautiverio; pero cuando Du Bois impartió la orden de tomar rumbo a Trinidad, sus esperanzas y confianza se disiparon bruscamente. Sus salvadores no podían tener idea ahora de la dirección hacia la cual buscarla y nadie sabía qué perversa fantasía podía dominar a esos hombres brutales que la mantenían cautiva, antes de que finalmente llegaran a su hermano... si es que lo lograran.

María pensaba a menudo en Gabriel y se preguntaba anhelosa si volvería a ver nunca ese rostro amado, esforzándose todo lo posible para no sumirse en la desesperación. Pero a medida que los días se alargaban sin término, le llegó a ser casi imposible conservar su valor, y cuando marzo se convirtió en abril y la balandra continuó zigzagueando sobre las aguas verdeazuladas del Caribe en busca de la flota de Diego, la joven comenzó a deprimirse cada vez más y sus ojos tenían un tono mortecino; María estaba convencida de que ella y su hijo por nacer soportarían un sombrío destino.

En el curso de los días el *Caroline* avanzó(tenaz a través del Caribe, en busca del corsario, pero sin ver nunca la presa y Richard comenzó a inquietarse cada vez más. Dijo a Blackweil que seguramente ya tenían que haber visto algún signo de la balandra. ¿Se habían equivocado? ¿Estaban persiguiendo a otra nave? ¿Era posible que Du Bois hubiese cambiado su curso? Blackweil no podía responder a estas preguntas; lo único que se podía hacer era continuar, con la débil esperanza de que no se hubiesen equivocado, y de que Du Bois estuviese poco más allá del horizonte.

Y finalmente, muy complacidos, recibieron noticias alentadoras. Al cruzarse con un barco mercante francés, supieron muchas cosas interesantes de labios del expansivo capitán. La Armada de Barlovento había cambiado su curso y ya no navegaba en busca de Trinidad; un pescador de perlas transmitió a la flota la información de que los piratas estaban saqueando e incursionan–do en Maracaibo y los barcos españoles inmediatamente tomaron ese rumbo. Ante las preguntas impacientes de Richard acerca de Du Bois, el capitán francés respondió como al descuido:

–*¡Oui!* Sé a qué barco se refieren. –Entrecerrando los ojos castaños, agregó con voz pausada:– También ellos preguntaron por la Armada y parecieron poco complacidos ante las noticias que yo les transmití.

Con voz resonando como un pistoletazo, Richard preguntó:

–¿Cuándo? ¿Cuándo habló con ellos? El capitán se encogió de hombros.

–Hace pocas horas.

Era todo lo que necesitaban saber los hombres que tripulaban el *Caroline;* con voluntad y energía renovadas, desplegaron sus velas y a semejanza de la flota española que marchaba al frente, y de Du Bois en la misma estela de aquella, se dirigieron a Tierra Firme española, las velas tensas por el impulso de la brisa oceánica.

Diego estuvo pensando en su propia presa cuando el *Santo Cristo,* encabezando a la fragata *San Luis* y una nave más pequeña, *Nuestra Señora de la Soledad,* que era un mercante francés convertido, surcaban veloces las aguas en dirección al golfo de Venezuela y a la cita con el destino. Muy pronto, se decía mientras estaba de pie sobre la cubierta del *Santo Cristo,* sus ojos fijos en el horizonte, pronto tendría a su alcance a esos insolentes perros bucaneros. Y entonces... Sonrió cruelmente. Cuando llegase ese momento, rogaría que el inglés Lancaster fuese uno de ellos.

Diego vería realizado su más caro deseo. Sin duda, Gabriel era uno de los hombres que activa y metódicamente incursionaban en el enorme espejo de agua dulce de la laguna de Maracaibo. Pero ahora no sentía entusiasmo por lo que hacía; su corazón estaba en Port Royal y sus pensamientos casi siempre volaban hacia María y el niño por nacer. Y a pesar de que no tenía modo de saberlo, Gabriel tenía la inquieta sensación de que algo no estaba bien.

A pesar de la renuencia con que estaba allí, Gabriel se había visto obligado a reconocer que las cosas estaban saliendo bastante bien; sobre todo en vista del desastroso inicio en la *Ile–á–Vache* y las semanas ingratas que lo habían seguido. Pero una vez seleccionado a Maracaibo como objetivo, los problemas comenzaron a resolverse solos y los hechos se desarrollaron sin tropiezos.

Después de partir de Saona en dirección a la Tierra Firme española, la flota bucanera llegó a la isla holandesa de Aruba, y allí cargó suministros frescos, comprando ovejas y cabras a los pastores nativos. No se detuvieron en el lugar, alejándose bajo la protección de las sombras, para disfrazar el lugar de destino. A la mañana siguiente entraron en el ancho golfo de Venezuela, una amplia entrada en la costa de la Tierra Firme española que tenía escasa profundidad y era bien conocido por sus traicioneros vientos y

corrientes, pero los expertos marinos que navegaban con Morgan no tuvieron dificultad para cruzar el golfo, también en la oscuridad. Sin incidentes, la flota bucanera finalmente llegó a la Barra de Maracaibo.

El curso peligroso del canal, muy poco profundo, que cruzaba la Barra entre la isla central de Zapra y la occidental de San Carlos era bastante difícil, pero en el período transcurrido desde que Jasper realizó su incursión, los españoles no se mantuvieron ociosos. Se había construido el Fuerte de la Barra, sobre el extremo oriental de San Carlos, la fortificación que dominaba el estrecho canal y los relucientes cañones de bronce demostraban con claridad que el fuerte estaba bien armado y preparado para rechazar a los intrusos.

Pero los españoles no estaban preparados para afrontar la ferocidad de los hombres de Morgan. Después de un día de constantes disparos sobre los bucaneros atacantes, cuando cayó la noche los soldados españoles abandonaron el fuerte a los intrusos. El fuerte fue desmantelado por los piratas con la mayor prontitud posible, los cañones arrancados de los muros y clavados y después cubiertos con arena. Todo lo que tenía valor se dividió y entregó a los hombres.

Guiados por canoas con vigías experimentados, la flota de corsarios atravesó la barra y así el primero de marzo Morgan y sus compañeros estaban cerca del lugar de destino. Pero algunos barcos encallaron mientras cruzaban la bahía de Tablazo, que no era muy profunda y estaba poblada de bajíos y arenas movedizas.

Gabriel con anterioridad se complacía en este tipo de ataques a los despreciados españoles, pero ahora ya no odiaba a toda esa raza; había un solo español cuya sangre ansiaba derramar y por lo tanto no participó con su acostumbrada y sombría satisfacción cuando comenzó el ataque.

Quizá si los españoles hubiesen contado con mejor armamento, si la suerte hubiera sido menos favorable a los bucaneros, habría evocado parte de su odio y su desprecio de antaño, pero Maracaibo ya estaba advertida de la aproximación de los bucaneros y estos encontraron la ciudad vacía y abandonada. Pero algunos de los residentes no huyeron lo bastante lejos o con suficiente rapidez y un grupo incursor recorrió el campo cercano y regresó con unos treinta prisioneros y un convoy de muías cargadas con el botín. Comenzaron entonces las acostumbradas prácticas de saqueo y las orgías alcohólicas. Gabriel se sintió hastiado de todo eso y juró que cuando retornase al hogar, el primer barco con destino a Inglaterra llevaría una carta para el rey; una carta en la cual rogaría a su soberano que lo relevase de esa tarea, la más ingrata de todas las que había afrontado. Gabriel sonrió. ¡Por supuesto, se lo diría con muchísimo mayor tacto!

Después de una semana en Maracaibo, los bucaneros habían tomado un centenar de prisioneros y limpiado la campiña hasta unos cincuenta kilómetros tierra adentro de todo el ganado y numerosos objetos de valor, de modo que pasaron a la próxima meta: el asentamiento de Gibraltar, en el extremo opuesto de la laguna.

Finalmente, con gran alegría de Gabriel, a principios de abril llegó el momento en que Morgan ordenó el regreso de sus hombres a Maracaibo, donde debían prepararse para salir al mar. Y sin saber que el objeto de todos

sus pensamientos y anhelos estaba mucho más cerca, Gabriel se sintió muy complacido ante la perspectiva de retornar pronto a Jamaica. Pero si hubiese conocido la situación de María esa mañana de abril, que estaba en poder de Diego, su paso no habría sido tan ágil ni su corazón hubiese manifestado tanta alegría.

Cuando la balandra de Du Bois avistó por fin las velas de la flota de Diego anclada frente a la Barra de Maracaibo y con una expresión de satisfacción el pirata informó del hecho a María,– ésta experimentó un enorme sentimiento de alivio. ¡No dudaba que ahora estaría segura! Aunque tenía que afrontar la cólera de Diego cuando éste descubriera que estaba embarazada, se mantuvo extrañamente serena y permitió que Du Bois la llevase al enorme *Santo Cristo.*

Diego se sobresaltó al verla; creyó qué ella estaba esperándolo segura y cómoda en Santo Domingo. La amplia capa que ella vestía ocultaba su abultado vientre, pero al ver su rostro demacrado y su aparente fragilidad, Diego se volvió irritado hacia Du Bois.

–Creo –dijo Diego con voz amenazadora– que te dije que la llevases a Santo Domingo.

Con sus pulgares enganchados en el cinturón de cuero alrededor de la cintura, Du Bois replicó secamente:

–*¡Oui!* Eso hicisteis... pero no estabais allí, y me pareció... más seguro venir a buscaros.

Du Bois no tenía una idea muy clara de la situación, y ahora no se sentía cómodo; ese sexto sentido que se había desarrollado en años de afrontar episodios peligrosos le advertía que quizá cometiera un error, un error fatal. Comprendió que hubiera debido adoptar más precauciones, y que fue estúpido de su parte sobreentender ciegamente que ese demonio de ojos negros que tenía ante él cumpliría su parte del acuerdo. Mientras se acercaba de a poco a la baranda, tratando de disimular su íntima inquietud, preguntó con aparente confianza:

–¿Y mis hombres? ¿Cumpliréis ahora vuestra parte del acuerdo?

Diego lo miró altivamente.

–¡Nunca –respondió lentamente– acuerdo con hombres como tú!

Y chasqueó los dedos.

Antes de que Du Bois pudiese moverse, se oyó un disparo. El francés trastabilló y casi en actitud resignada se tocó la súbita mancha de brillante sangre roja que apareció en su pecho. Con voz ronca exclamó:

–¡Yo sabía que nunca debí confiar en un canalla español! –Y cayó muerto boca abajo sobre la cubierta del *Santo Cristo.*

A otra señal de Diego, rugieron los cañones del *Santo Cristo* sobre la balandra con mortal precisión. En pocos minutos esta se hundió y Diego se volvió satisfecho.

Atónita y horrorizada, María, que lo vio todo, miró a su hermano con algo parecido a la repugnancia. Había odiado y temido a Du Bois, pero éste cumplió su palabra, respetando el infame acuerdo impuesto por Diego y su

recompensa fue la muerte. Con una expresión condenatoria en la mirada, ella dijo irritada:

–¡Confió en tí! ¡Creyó en ti! ¡Y tú lo traicionaste! ¿Qué clase de hombre eres?

Diego la miró fríamente y pensó que el cautiverio no había mejorado mucho la apariencia de la joven. Tenía los ojos hundidos, la tez pálida, y los cabellos negros generalmente lustrosos colgaban opacos sobre los hombros; los labios de Diego se curvaron en un gesto de disgusto. Sólo podía alimentar la esperanza de que cuando Don Clemente volviese a verla ella recobrara el rosado de las mejillas y sus ojos perdieran ese matiz opaco. Sin contestarle siquiera, dijo a su segundo:

–Llevadla a mi cabina y cuidad de que se le facilite un baño... ¡Puedo olería desde aquí!

El reencuentro de los hermanos no fue muy cálido; María se sonrojó, y sus ojos azules se le ensombrecieron de cólera. Pero guardó silencio, comprendiendo inquieta que el tiempo no había mejorado la arrogancia de su hermano. De todos modos, no pudo abstenerse de preguntar con voz agria:

–¿Y ropas? ¿Eso también puede arreglarse? Después de varias semanas vistiendo estas prendas, un baño no mejorará mucho las cosas si me veo obligada a vestirlas nuevamente.

Diego hizo una mueca y dirigió una mirada inquisitiva a su segundo. El hombre pareció incómodo, pero se aclaró la voz y masculló:

–Tengo algunas cosas que estaba llevando a mi... este... amiga. Si vuestra hermana puede encontrar algo apropiado, me sentiré muy honrado.

Una hora después, bañada y vestida con un extraño surtido de sedas anaranjadas y escarlatas que no le cuadraban bien y que en nada contribuían a disimular la rotunda saliente del vientre, María esperó nerviosa a Diego en la elegante cabina que él ocupaba. Saber que estaba limpia determinaba que se sintiese un poco más segura; pero sólo un poco. Su embarazo estaba tan adelantado que no era posible ocultarlo e incluso con las faldas abundantes y las enaguas, su condición no admitía dudas. Podía considerarse afortunada porque no conocía los planes que Diego había trazado para ella.

Al entrar en la habitación advirtió ante todo la forma de María, que por cierto ya no era esbelta. Palideció al comprender cuál era su condición y los ojos se le agrandaron con una furia casi insana cuando llegó a la conclusión de que nuevamente sus magníficos planes caían hechos pedazos ante sus propios ojos. Antes de que la joven advirtiese siquiera su presencia, él estaba a su lado y con toda la fuerza de que era capaz la golpeó; su mano se abatió cruelmente sobre la cara de la muchacha y la fuerza del golpe la derribó al piso.

–¡Perra! –rugió–. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo te atreves a acarrearme esta clase de deshonra?

Aturdida por lo imprevisto de los actos de Diego, así como por la fuerza del golpe, María volvió los ojos hacia la cara deformada por la cólera, se preguntó agobiada si jamás lo había conocido y cómo era posible que antes

hubiese creído que ella lo amaba... o que él la amaba. Desalentada y encolerizada por su reacción, buscó el modo de calmar esta situación explosiva. Con movimientos torpes se puso de pie y ocultando su temor, lo enfrentó orgullosa, la cabeza bien erguida. Con voz tranquila le respondió:

–En realidad, no tuve mucho que decir en esto, pero para evitar que pienses que no lo deseaba... ¡te diré que no fue así! ¡Amo a Gabriel Lancaster! ¡Es mi marido y me complace tener su hijo! Aprecio todo lo que hiciste para liberarme de lo que tú seguramente creías era un vergonzoso cautiverio, pero fue innecesario. Deseo regresar a Jamaica.

Como Diego permaneció en silencio, el rostro duro e inmóvil y mirando fijamente a su hermana, ésta se sintió un poco más reanimada porque vio que las manos de Diego ya no se movían tan convulsivamente a los costados y se le acercó. En los ojos una expresión de ruego, miró la cara morena y se dijo que ciertamente había afecto entre ellos, que en realidad él no deseaba perjudicarla y que en definitiva no permitiría que su cólera ante esta situación lo impulsara a un acto irreflexivo. Tímidamente le tocó la mano y le dijo en voz baja:

–Diego, permíteme volver a Port Royal. Allí soy feliz... más feliz que lo que fui jamás en mi vida. Para mí no hay nada en Santo Domingo y si me obligas a volver a la Casa de la Paloma, me fugaré y trataré de encontrar a mi esposo.

Los ojos de Diego se posaron en el vientre de María. Con voz helada dijo:

–Los recién nacidos mueren. ¡Estoy seguro de que ese desenlace puede arreglarse para terminar con el bastardo que crece en tu matriz!

Repelida, María retrocedió y el afecto que había recobrado por él, se vio completamente destruido. Cubriéndose protectoramente el vientre con las manos gritó:

–¿Te atreverías? ¡Mata a mi hijo. Diego, y encontraré el modo de ultimarte!

Este entrecerró los ojos, pues de pronto había concebido un pensamiento. Una sonrisa sin alegría le curvó los labios y replicó:

–Muy bien, el mocoso vivirá... mientras tú hagas exactamente lo que yo quiero. –Le aferró la muñeca y la acercó a él.– Olvida esa idea de ver nuevamente al inglés... mañana, si está con los bucaneros en la laguna de Maracaibo, morirá. Querida hermana, enviudarás. –Sonrió perversamente.– Pero no hablaremos de eso a Don Clemente, ¿verdad? Tampoco mencionaremos al bastardo, que mantendré conmigo para asegurar tu obediencia y con el fin de que seas una esposa entusiasta y obediente de tu nuevo marido, ¿no te parece?

María lo miró horrorizada y despectiva.

–¡Estás loco! –exclamó–. ¡Jamás me casaré con Don Clemente! –Frunció el ceño, y con voz lenta preguntó:– Está casado, ¿lo olvidaste?

–Ah –dijo Diego con aire indiferente– me temo que te equivocas... su esposa ha muerto; creo que cayó por una escalera... El año pasado Don Clemente me escribió y propuso la unión que tan insensatamente rechazaste hace años. –Se le ensombreció el rostro y su voz cobró un acento

amenazador.– ¡Una unión que ahora concertaremos! No volverás a destruir mis posibilidades de ascenso.

María lo miró como si jamás lo hubiese visto antes, aturdida al comprobar que podía comportarse así y sin embargo sin sentirse totalmente sorprendida. La joven siempre estuvo al tanto de la faceta más sombría de su hermano, siempre había conocido su ambición implacable y su ansia de poder, pero nunca soñó que para abrirse paso, pudiera destruir tan absurdamente su vida y asesinar a un niño inocente. Tragó con dificultad y comprendió al fin que Diego sólo amaba a su propia persona y que los relámpagos de bondad que le había demostrado eran formas vacías y sin significado y que ella no le importaba más que lo que le podía importar un perro que sabía servirle. Una risita histérica brotó de su garganta. ¡Pensar que ella intentó advertirle, servirle, salvarle la vida! ¡Pensar en las pesadilla sufridas, en el dolor que había soportado, al sentirse desgarrada entre el honor y el orgullo por la familia, entre el afecto por el hombre que ella creía ver en Diego y su amor cada vez más intenso por Gabriel! ¡Qué ridículo!

Diego se inclinó y salió. Una vez sola, se acercó a las ventanas de la sala y miró sin ver en dirección a las aguas del golfo. ¿Qué sería de ella? Y lo que era incluso más urgente, ¿dónde estaba Gabriel? ¿Acompañaba a esos bucaneros? ¿De veras moriría al día siguiente? El control que ejercía sobre ella misma se resquebrajó algo y el labio inferior le tembló. No lloraré, se prometió con fiereza y se enjugó las lágrimas que amenazaban derramarse sobre sus mejillas. ¡Encontraré el modo de salir de esto! ¡Hallaré a Gabriel!

Un breve movimiento atrajo su atención y con súbito sobresalto en el pecho miró en dirección a la isla de San Carlos, exactamente a proa del *Santo Cristo.* ¿Había visto una vela? ¿Quizás ese breve relámpago blanco que desapareció con tal rapidez era otro barco? ¿Un barco que venía a rescatarla? Ah, Dios mío, rezó, ¡que así sea!

En efecto, era una nave de rescate, pero según las conclusiones a las que habían llegado Richard y Blackwell cuando analizaron el asunto, mientras el *Caroline* bordeaba ágilmente la costa pantanosa y hostil de la isla de San Carlos y trataba de mantenerse cerca de la flota española pero sin revelar su presencia, en el mejor de los casos era dudoso y en el peor imposible que intentaran salvar a María. La gallarda y pequeña balandra no sería rival para los tres grandes buques de guerra, fuertemente armados, y en todo caso los españoles superaban ampliamente en número a la pequeña tripulación, de modo que el combate directo era inconcebible.

Con tenaz decisión Gabriel y Blackwell, acompañados por dos hombres, embarcaron en el bote del *Caroline* y se acercaron a la costa poco acogedora de la isla de San Carlos. Blackwell advirtió que la isla estaba habitada por indios caníbales, los caribes. Después de desembarcar, ambos comenzaron a recorrer la costa pantanosa, con la esperanza de tener mejor información de lo que estaba sucediendo a bordo del *Santo Cristo,* antes de regresar al bote y al *Caroline.* Ocultos entre las enmarañadas raíces de los mangles, habían visto impotentes cómo Du Bois trasladaba a María al barco de su hermano, experimentando un sentimiento de amarga frustración. Haber llegado tan cerca…

El estampido del tiro que terminó con la vida de Du Bois los alarmó y después, cuando los cañonazos volaron la balandra, una sensación de profundo pesar se instaló en los dos hombres.

Richard murmuró:

—¡Soy hombre de tierra firme, no marino! ¡No soy bucanero! Yo solamente sé plantar y sembrar y el amo es quien debía estar aquí... ¡él sabría qué hacer! –argumentó Richard.

Blackwell, con expresión reflexiva en su rostro curtido, se frotó el mentón cubierto por la crecida barba.

–Sí, si hubiese un modo de llegar a Lancaster... De pronto, los ojos de Richard se iluminaron.

–¡Pero por supuesto! Estoy seguro de que es peligroso, pero podríamos llegar a pie a Maracaibo. –Blackwell no pareció muy entusiasmado con la idea, pero su acompañante insistió sin arredrarse.– No podemos entrar navegando en la laguna... la flota española vigila la entrada; pero si pudiéramos pasar por los pantanos... Blackweil miró inquieto la temible jungla, y pensó en los indios caribe y los relatos que había escuchado. También imaginó la cara de Gabriel cuando se enterara que él no quiso continuar con su misión y lentamente asintió. ¡Mucho mejor era afrontar la posibilidad de tropezar con caribes salvajes y antropófagos que soportar la ira del Ángel Negro!

Al regresar al *Caroline, y* temerosos de que en vista de la proximidad los hubiesen descubierto, Blackweil ordenó trasladarse a distancia más segura de los españoles. Felizmente, sólo María había avistado las blancas velas durante una fracción, mientras la nave cambiaba de ubicación.

Después de un rápido conciliábulo, se aceptó el plan de Richard. Dejando a bordo un grupo reducido, los demás se internaron con cautela, con cierto temor, en los pantanos lodosos y de enmarañada vegetación que llegaban hasta las orillas mismas del golfo. Fue una marcha inquietante y desagradable, e incluso durante las primeras horas de la noche se abrieron paso lenta y dificultosamente hacia Maracaibo. Más tarde, al salir de los pantanos descubrieron que una jungla casi impenetrable les cerraba el camino. Pero al fin llegaron a las afueras del lugar de destino. La suerte quiso que Morgan y sus victoriosos corsarios hubiesen regresado a Maracaibo en las últimas horas de la noche precedente.

La noticia de la súbita aparición de los hombres del *Caroline* se difundió como reguero de pólvora en las filas de los bucaneros y poco después Richard y Blackwell estaban de pie frente a Morgan, Gabriel y Jasper, en el taller de talabartería que el primero utilizaba como cuartel general. Sin disimular la gravedad de la situación, Richard relató francamente los hechos de las últimas semanas, su mirada soportando el horror cada vez más intenso que se manifestaba en los ojos de Gabriel. La noticia de que los barcos de guerra españoles bloqueaban la única vía de salida del extenso mar interior que formaba la laguna de Maracaibo, no inquietó a Gabriel, pero la increíble información de que Du Bois había secuestrado a María y de que ella estaba con su hermano en el *Santo Cristo* era abrumadora...

32

La mano de Jasper, que se cerró con firmeza sobre su hombro, arrancó en definitiva a Gabriel del oscuro infierno en que cayera. Volvió hacia él la mirada, tratando con desesperación de ordenar sus pensamientos. No había un momento que perder; era necesario trazar planes y después, mucho después, cuando otra vez la tuviese sana y salva en sus brazos, entonces quizá lograría dominar el terror y la furia que le carcomían las entrañas. Esforzándose por controlar sus sentimientos, la cara extrañamente inexpresiva, dijo con voz opaca:

–Encontraré el modo de libertarla... Necesitaré alguna maniobra de distracción para cubrir mi abordaje del *Santo Cristo.*

–*¡Mon Dieu!* ¡No seas estúpido! ¡No puedes salvarla tú solo! –estalló irritado Jasper; sus ojos azules relucían de cólera y al mismo tiempo de compasión.

Con aire reflexivo, Morgan miró a Gabriel en la semipenumbra de la talabartería.

–Creo –empezó a decir con voz pausada– que debemos preparar un plan que nos permita obtener todo lo que necesitamos... Es necesario dejar atrás a esos barcos españoles, y al mismo tiempo asegurar la libertad de tu dama. –Con sus ojos negros que expresaban suprema confianza, agregó:– ¡Un perro español no me derrotará! ¡Soy Harry Morgan!

Fue un día largo. Jasper, Richard, Blackwell y los demás se aseguraron que Gabriel no estuviese solo... ninguno dudaba de que, de no mediar una cuidadosa vigilancia, él se habría acercado inmediatamente al *Santo Cristo,* decidido a obtener una sola cosa;

la libertad de María.

Esa noche llegó un mensaje de Diego. Era claro y franco. Si los bucaneros se rendían, les demostraría clemencia, si no lo hacían, con las fragatas que había pedido a Caracas y que pronto llegarían, se proponían navegar hasta Maracaibo y destruir a los piratas por completo. Pasaría a cuchillo a todos los hombres.

Con una sonrisa irónica en su rostro bien formado, Gabriel terminó de leer el mensaje y lo devolvió a Morgan.

–No le creas –gruñó–. Delgado no conoce el sentido de la palabra clemencia; si te rindes, sencillamente te quitará las armas y después te matará allí mismo.

Morgan insinuó una sonrisa lobuna.

–¡No lo dudé ni por un momento! He convocado a una reunión general para discutir la proposición y estoy seguro de la respuesta que ofrecerán cuando escuchen las condiciones de Delgado.

La reunión se celebró en el centro de la ciudad y como Morgan predijo, los bucaneros no demostraron interés en rendirse –habían arriesgado la vida para obtener el botín que llenaba sus barcos y muchos ya saborearon la "clemencia" de los españoles no deseaban "gustarla" otra vez. ¡Lucharían! ¡Y al demonio con las desventajas!

El mensaje de Morgan a Diego fue igualmente claro. Escribió con una caligrafía muy adornada:

"Señor, después de haber leído vuestros reclamos y de saber que estáis tan cerca, os ahorraremos la molestia de navegar con vuestra minúscula flota para encontrarnos, iremos a vos con la mayor velocidad posible. Con respecto a clemencia, conocemos la vuestra, y no la deseamos."

La semana siguiente transcurrió con la excitación de una frenética actividad; Morgan y sus hombres se preparaban para el combate, los bucaneros trabajaban del alba al oscurecer armando sus naves. En el caso de Gabriel, el trabajo constante fue el único factor que lo salvó de la locura. Las noches eran casi insoportables y sus sueños inquietos estaban poblados de imágenes en las cuales aparecía María sufriendo brutalidades y crueles violaciones a manos de Du Bois. Lo beneficiaba poco demorarse en el hecho de que se suponía muerto al francés, y tampoco lo ayudaba saber que María estaba en manos del hermano. Gabriel creía firmemente que si bien ella quizás amaba a Diego, éste no sentía lo mismo por ella y la atormentaría por haberse casado con un Lancaster. Con respecto al niño... En la húmeda oscuridad de su cuarto, Gabriel tragó dolorosamente. Si ella aún lo guardaba en su seno, si las últimas semanas no habían provocado la pérdida del hijo, su existencia misma sería una espina irritante clavada permanentemente en el costado de Diego. ¿Quién sabía lo que él podía hacerle a María en un acceso de cólera?

Gabriel había creído que nada había podido ser peor que el período pasado después que *eI Raven* fue hundido, Elizabeth murió y él y Caroline marcharon al cautiverio; pero se equivocó. Había momentos en que el miedo y la frustración afectaban tan dolorosamente su alma, que estaba seguro de que perdería el juicio. Desbordaba de cólera, impotencia y miedo y no había nada que él pudiera hacer para aliviar esa situación. Por el momento, no existía modo de liberar a María. Es decir, nada excepto planear y esperar la batalla que se libraría poco después.

Mientras los bucaneros trabajaban activamente preparándose para la batalla, tampoco Diego y la flota española se mostraban ociosos. El mismo día que envió a Morgan su reclamo de rendición, el *Santo Cristo,* después de arrojar por la borda casi todo su lastre y el agua, pudo por fin cruzar la barra que dividía el golfo de Venezuela de la bahía de Tablazo y la laguna de Maracaibo. El gran galeón ocupó su nueva posición frente a la isla Zapara, en mitad del canal; el *Soledad y* el *San Luis* anclaron a distancias iguales a estribor. Más allá, pero al alcance de cañón, se levantaba el recapturado Fuerte de la Barra, el baluarte que estaba sobre el borde oriental de la isla San Carlos, y al que los españoles habían podido devolver con prontitud cierto grado de eficiencia. Con las naves españolas bloqueando la única salida y el reforzado Fuerte de la Barra sumando apoyo terrestre, los bucaneros estaban atrapados. A bordo del *Santo Cristo,* Diego esperaba

confiadamente y con impaciencia cada vez mayor la captura de su presa. ¡Ahora tenía encerrados a esos inmundos bucaneros! Y al pensar en la gloria que ganaría, en el honor y los espaldarazos que se le concederían cuando regresara a Santo Domingo con el' cadáver de Harry Morgan colgando de las vergas, Diego sonrió regocijado. Con respecto a Lancaster... Su sonrisa cobró un sesgo horrible. ¡A Lancaster lo descuartizaría ante los ojos de María y arrojaría los pedazos a los tiburones!

Durante el período transcurrido desde la llegada de la joven, Diego se había reconciliado hasta cierto punto con el embarazo de su hermana. Eso dificultaba las cosas, pero el niño por nacer también le suministraba un arma importante que podía usar contra ella... en adelante ella haría exactamente lo que se le ordenara, sobre todo si deseaba que el bastardo que pronto vería la luz no sufriese ningún daño.

María comprobó que el tiempo que pasaba a bordo del *Santo Cristo* era un intermedio conflictivo de inquietud y agitación. Ya no necesitaba vivir agobiada por el temor de que en un momento cualquiera Du Bois y su tripulación de asesinos irrumpiesen por la puerta para violarla y asesinarla; tampoco tenía que temer la posibilidad de morir sola en la sucia y atestada cabina de la balandra del pirata francés y que su cuerpo fuese arrojado cruelmente al mar. Estaba limpia, se la alimentaba bien y la cabina de su hermano en el *Santo Cristo* era al mismo tiempo espaciosa y elegante. Dentro de límites razonables, podía recorrer el barco y el joven teniente Miguel Colón, cuya amante, sin quererlo, le había suministrado prendas de vestir, a menudo la acompañaba en sus paseos a lo largo de las cubiertas del *Santo Cristo.* Pero tenía el corazón oprimido y el espíritu trastornado. Las prohibiciones y la actitud de Diego demostraban con terrible claridad que nunca se le permitiría ver nuevamente a Gabriel, que su hijo sería el rehén de la permanente y dócil conducta de la madre.

María no tenía forma de saber que Gabriel estaba enterado de su situación; tampoco modo de conocer con certeza si su esposo aún vivía; podía haber muerto en una cualquiera de las escaramuzas libradas por los bucaneros, desde aquel día en que se separaron en el muelle de Port Royal. Pero repetía con obstinación que él estaba vivo, que de un modo o de otro cada uno encontraría el camino para volver a reunirse. No era fácil mantener viva la esperanza y había momentos en que la ahogaba un sentimiento de desesperación absoluta y su única alegría provenía entonces de los movimientos del niño que crecía en su seno. No había muchas más cosas que la complacieran y los preparativos para la batalla inminente con los bucaneros eran un recordatorio constante e ingrato de que pronto ella y su hijo estarían en el centro mismo de una dura lucha.

Diego recibía informes cotidianos de los numerosos espías a quienes había encomendado que vigilasen a los bucaneros y de estas noticias el español extraía muchos datos útiles. Los piratas estaban armando de prisa un gran mercante cubano capturado en el lago, lo habían convertido en la nave insignia de su mísera flota, montado en este navio nuevos cañones y trabajaban mucho con el fin de reforzarle el casco. También supo que estaban preparando como brulote una de las balandras. La noticia' movió a

Diego a adoptar medidas instantáneas para contrarrestar esa grave amenaza.

El brulote era una de las armas más temidas en la guerra naval, especialmente eficaz contra las naves ancladas como el *Santo Cristo* y los restantes buques españoles, pues los grandes navios de madera no tenían defensas contra él, si tenían la mala suerte de ser tocados por esta arma. Repletos con toda suerte de combustibles, los brulotes se enfilaban sobre la presa y allí estallaban en llamas e incendiaban al barco atacado y lo destruían completamente. Diego depositó sobre la cubierta de sus barcos una colección de barriles de agua y exigió que se preparasen largas escobas para rechazar la amenaza. Hecho esto, consideró que estaba preparado y confió en que nada podía salir mal y que cuando terminase la batalla él se habría anotado una victoria abrumadora.

La mañana del quince de abril, María despertó súbitamente a causa del ruido provocado por muchos y frenéticos movimientos y con movimientos torpes, porque su embarazo estaba avanzado, se vistió. Después de terminar su tocado de prisa, se abrió paso hasta la cubierta del *Santo Cristo.* Al mirar hacia la laguna de Maracaibo, con el pulso acelerado, vio que la flota de bucaneros era ahora visible y se encontraba anclada poco más allá del alcance de los cañones españoles. Era evidente que estaban esperando contar con vientos y mareas favorables antes de iniciar el ataque;

María, con la boca reseca, miró las naves y se le encendieron las mejillas cuando al fin reconoció al *Ángel Negro* entre los barcos bucaneros. La alegría y el terror la recorrieron y durante un momento terrible pensó que se echaría a llorar; de felicidad o de temor, nunca pudo saberlo. Con una mano apoyada sobre el gran vientre redondo, murmuró con una mezcla de placer y miedo:

–i0h, niño! Ahí está con ellos... ¡lo sé! ¡Pronto vendrá a salvarnos!

Desde la distancia que separaba a los barcos españoles de la flota de Morgan, en el castillo de proa *del Ángel Negro,* Gabriel de pronto vio la pequeña figura femenina de María, de pie junto a la borda del *Santo Cristo.* Se le inmovilizó el cuerpo, y cada uno de sus nervios alcanzó una dolorosa tensión. La miró con ansia, sabiendo que era ella, sabiendo que estaba tan cerca y al mismo tiempo tan dolorosamente lejos. No podía distinguir los rasgos de su rostro en vista de la distancia que los separaba, pero parte del helado y oscuro terror que sintió hasta ese momento se suavizó. ¡Aún vivía! Cerró el puño y su cara morena cobró una expresión amenazadora. ¡Se dijo con resolución que pronto ella estaría con él sana y salva!

A las nueve de la mañana del diecisiete de abril la flota bucanera desplegó las velas y enfiló directamente hacia la Armada de Barlovento; en el buque cubano flameaba orgullosa la bandera del almirantazgo inglés. A un costado navegaba el *Lilly* y del otro *elAngel Negro.*

A bordo del *Santo Cristo,* Diego curvó los labios en gesto de desprecio mientras veía acercarse los barcos. Sus ojos brillaron cuando identificó *al Ángel Negro.* ¡A1 fin! Al fin podría desembarazarse de ese cerdo de Lancaster, como hubiera debido hacer años antes.

Ninguna de las tres naves que encabezaba la flota bucanera parecía representar una amenaza grave. El *Santo Cristo* tenía mucho más porte, ¡y con sus casi trescientos combatientes y sus sesenta cañones, era sobrado rival para esa minúscula fuerza! Solo podía destruir a los tres barcos que marchaban al frente, dejando a cargo del *Soledad* y el *San Luis* la eliminación de los restantes corsarios. La mano de Diego se cerró sobre el pomo de la espada. ¡Liquidaría rápidamente a esos insolentes bucaneros!

Tan pronto la flota corsaria se puso al alcance, los cañones de los barcos españoles desencadenaron un ataque furioso sobre ella. Con naves mucho más pequeñas, con un número mucho más reducido de cañones, los corsarios recibieron naturalmente un terrible castigo. Pero los bucaneros no se amilanaron, y avanzaron inexorablemente, sin duda decididos a acercarse y abordar al enemigo utilizando las pistolas y los sables para equilibrar las desventajas.

Abajo, en la cabina del capitán del *Santo Cristo,* María escuchaba el rugido de los cañones, el rostro muy pálido, sus plegarias y todos sus pensamientos con Gabriel. ¡Ah, Dios mío, rezaba, protégelo! ¡No permitas que sufra daño! Sobre la cubierta Diego observó con ojos entrecerrados cuando los tres barcos que iban al frente de pronto se separaron: el *Ángel Negro* navegó hacia la popa del *Santo Cristo,* imperturbable pese al fuego de cañón que recibía, y el *Lilly* enfiló hacia la proa; y con las banderas al viento y los cañones escupiendo fuego, la nave insignia de Morgan, el mercante cubano, mantuvo su curso. Un curso orientado directamente hacia el centro del galeón.

La colisión cuando la nave insignia bucanera chocó de lleno con el *Santo Cristo* llegó como el estrépito de maderas destruidas. Los piratas arrojaron inmediatamente sus ganchos y hierros de abordaje, uniendo a los dos barcos en un mortal abrazo. Todos los ojos estaban fijos en el buque cubano y los soldados españoles se preparaban para abordar al insolente atacante y nadie vio la pequeña canoa que de pronto descendió *del Ángel Negro,* ni al hombre alto que saltó al interior de la frágil embarcación y comenzó a remar furiosamente para salvar la breve distancia que lo separaba del enorme galeón. No había un momento que perder y Gabriel lo sabía muy bien; los españoles estaban a un paso de recibir una sorpresa muy desagradable cuando abordaran lo que ellos creían era la nave insignia de Morgan.

A bordo del ex mercante cubano se encontraban sólo doce tripulantes cuando chocó con el *Santo Cristo,* pero tenía las cubiertas sembradas de maderos pintados y adornados con ropas de modo que parecieran marinos. El interior del barco estaba infestado de alquitrán, brea y toda suerte de materiales muy combustibles encontrados en la región de Maracaibo, e incluso las cubiertas y los remos habían sido revestidos de material inflamable. Más leños rellenos de pólvora y provistos de cortas mechas habían sido puestos en los orificios destinados a la artillería, para acentuar la ilusión de que en efecto se trataba del barco más poderoso de la flota de Morgan. Una vez el buque cubano firmemente amarrado al *Santo Cristo* se encenderían las mechas y los pocos bucaneros que lo tripulaban saltarían al

agua y se alejarían nadando frenéticamente para salvarse de la tremenda explosión que seguiría.

Consciente de que disponía de muy pocos minutos, Gabriel se puso de pie con cuidado en la canoa y en el momento mismo que los españoles se lanzaron al abordaje del buque cubano, tiró de un gancho y sonrió sombríamente cuando el artefacto se aferró a uno de los parapetos de la cubierta del galeón. Nadie lo había visto todavía, pero esa situación no podía durar y él tampoco esperaba que así fuera. Lo único que necesitaba era tiempo suficiente para subir a bordo y después se abriría paso combatiendo para hallar a María. Pero no necesitó hacer tal cosa; cuando estaba trepando de prisa por la cuerda colgante para llegar a cubierta, una de las ventanas que se alineaban sobre la popa se abrió bruscamente y le llegó el sonido que más deseaba oír en el mundo: la voz de María.

–¡Gabriel! –exclamó ella, asombrada–, ¡Aquí, por favor! ¡De prisa!

El no necesitaba que lo apremiase y con el rostro moreno de pronto desbordando vitalidad, con un solo movimiento entró en la cabina del capitán. Un segundo después, María se unió con él en un estrecho abrazo y la boca de Gabriel se posó cálida y exigente sobre la de la joven. La batalla se alejó, se debilitó el rugido del cañón; ahora nada importaba, sólo el hecho de que estaban unidos, los brazos de cada uno enlazados alrededor del cuerpo del otro, los labios de Gabriel buscando hambrientos los de María. Pero casi inmediatamente Gabriel la apartó murmurando:

–¡Debemos salir de aquí! El ataque al *Santo Cristo* fue sólo un ardid; de un momento a otro explotará, ¡y el *Santo Cristo* se incendiará de popa a proa!

La cara de María palideció todavía más, pero con sus hermosos ojos colmados de confianza y amor, dijo serenamente:

–Muy bien, partamos... ¡de todos modos, este lugar no me agradaba mucho!

Gabriel le dirigió una sonrisa.

–¡Como gustéis, señora! –durante un segundo los ojos de Gabriel descendieron hasta el redondo vientre. Con voz ronca exclamó:– ¿Y el niño? ¿Todo está bien?

María le sonrió, un poco confundida.

–Creo que sí... hemos pasado juntos muchas cosas, pero nuestro hijo me provocó pocas dificultades.

El la abrazó un momento más y después se volvió y le dijo:

–Será difícil, ¿pero crees que con mi ayuda puedes deslizarte por la cuerda hasta la canoa?

–Con tu ayuda, puedo hacerlo todo –respondió ella con voz firme, sin hacer caso del débil estremecimiento de aprensión que la recorrió, Gabriel miró por la ventana y con una expresión resignada y, extrañamente, también regocijada, dijo:

–Querida, me temo que tenemos compañía. Las palabras apenas habían surgido de sus labios cuando Jasper Le Clair entró ágilmente en la habitación con un cuchillo entre los dientes utilizando la misma ventana.

Con ojos relucientes de audacia, retiró con una mano el cuchillo y dijo con voz fría:

–*¡Mon ami!* ¿Creíste que te reservarías esta aventura sólo para ti? ¿No convinimos en que cuando el hermano la hubiese retirado del galeón en llamas, como seguramente haría, se la quitaríamos? ¡Debí haber sabido que harías algo temerario!

Gabriel replicó secamente:

–¿Y seguirme no ha sido una actitud temeraria? ¡Además, tú aceptaste el plan, yo no! No deseaba arriesgarme a que le sucediese algo cuando explotara el ingenioso brulote de Morgan… ¡como sucederá de un momento a otro!

Como si al decir esto hubiese provocado lo que ellos temían, el *Santo Cristo* de pronto se vio sacudido por una violenta explosión, los gritos de los moribundos atravesaron el aire, y el ominoso crepitar del fuego apareció casi instantáneamente después de la explosión inicial. Con rostro sombrío, Gabriel dijo:

–Amigo, ¡puesto que estás aquí, trata de ser útil y saquemos a María ahora mismo!

Apenas habían pasado unos momentos desde que Gabriel llegó al *Santo Cristo* y los sonidos del salvaje combate que se desarrollaba alrededor poblaba desagradablemente la atmósfera. El rugido de los cañones que escupían muerte y destrucción, los gritos coléricos de los hombres que se unían para combatir, y los lamentables alaridos de otros que yacían heridos y moribundos;

el ruido menos intenso pero igualmente letal del fuego de los mosquetes llegaba claramente a la cabina y Gabriel tenía dolo–rosa conciencia del peligro que afrontaban. Sin más palabras, extendió la mano hacia la cuerda que podía llevarlos a la libertad, pero en el mismo instante el cordel retorcido quedó inerte entre sus dedos. ¡La presencia de ambos había sido advertida desde cubierta! Un grito excitado de la cubierta de popa confirmó la ingrata noticia y Gabriel no se sintió en absoluto sorprendido cuando una andanada de fuego de mosquetes descendió hacia el agua.

Una rápida mirada al mar confirmó sus peores sospechas. La canoa había sido perforada por los disparos y se hundía ante sus propios ojos.

Con un brazo rodeando protectoramente a María, la espada firme en la otra mano, miró con expresión muy seria a Jasper.

–Parece que tendremos que abrirnos paso hasta la cubierta combatiendo. Si nos atrevemos a abandonar por aquí el barco, nos matarán a tiros a medida que saltemos al agua ¡y por mi parte no pienso permanecer aquí para morir quemado!

Los dos hombres no tuvieron dificultades con la puerta cerrada; la derribaron en pocos minutos. Por la abertura entró el espeso humo negro, confirmando que el *Santo Cristo* en efecto estaba incendiándose. Inclinando la cabeza, se zambulleron en el corredor cubierto de humo y avanzaron a tropezones; descubrieron que la escotilla de popa no se movía, pero no tropezaron con resistencia humana hasta que llegaron a la escotilla principal y comenzaron a ascender a la cubierta superior. Allí se encontraron con los

cuatro soldados a quienes Diego había ordenado que trajesen a María. Jasper y Gabriel perdieron poco tiempo en despachar rápidamente a tres de ellos, y para lograrlo utilizaron hábilmente las espadas y los centelleantes cuchillos; el español restante ascendió los peldaños para advertir a los que estaban en cubierta. María fue empujada hacia atrás, para defenderla del breve y sangriento choque, pero la escaramuza le demostró claramente que estaba indefensa, y con voz decidida dijo:

–Debería tener un arma. Un cuchillo.

Jadeantes, sabiendo que habían perdido por completo el factor sorpresa, los dos se miraron, y Gabriel, con expresión decidida, entregó a María una daga de hoja larga. Que cierta vez, hacía cierto tiempo, él y Caroline habían pasado por lo mismo, fue cosa que no pensó en el momento; todos sus pensamientos se concentraban sencillamente en la necesidad de llevar a María a lugar seguro.

El desorden y el desconcierto reinaban en la cubierta principal del galeón; las barricas de agua dispuestas tan cuidadosamente en los costados del barco fueron inútiles contra el astuto ataque de Morgan, y el *Santo Cristo* estaba convirtiéndose sin pausa en un casco en llamas. Unos segundos antes de que los tres llegasen a la cubierta superior, las velas de la nave se habían convertido en enormes láminas de fuego, y a medida que las llamas se elevaban más y más la combustión roja y amarilla consumió hambrienta todo lo que encontraba en su camino. En el alcázar, Diego miraba colérico la violenta devastación de su nave... y la destrucción de sus sueños de gloria. ¡Estaba arruinado!

Mientras Gabriel, María y Jasper pugnaban por avanzar sobre la cubierta, la visión enturbiada y todos los sentidos atacados por el humo negro que los sofocaba, el soldado sobreviviente de la lucha desesperada cerca de la escotilla principal, corría hacia Diego. Con gestos desordenados señaló al grupo que intentaba fugar. Incluso a través de la distancia y el humo, fue visible la reacción del español. Sus labios formaron un gesto bestial; los ojos negros desprendían chispas de odio y asco mientras miraba al trío que estaba abajo, sobre la cubierta principal.

En un solo movimiento desenfundó la espada y desnudando los dientes, con un alarido de furia enloquecida, saltó ágilmente sobre la baranda, a la cubierta inferior. Algunos de los que aún estaban a bordo de la nave, de pronto vieron a los intrusos y respondiendo a las órdenes de Diego varios de los soldados avanzaron decididos hacia Gabriel y Jasper.

Con el enemigo frente a ellos, María fue empujada de prisa detrás de Gabriel, mientras la espada de éste afrontaba el ataque del primer hombre. Superados en número, la cubierta sembrada de objetos en llamas y estorbados por la necesidad de mantener a María sana y salva detrás, inexorablemente los dos bucaneros fueron obligados a retroceder, hacia el alto alcázar que estaba en la proa del galeón. Gabriel y Jasper lucharon con fiereza y sus espadas infligieron terrible daño a los españoles que habían acudido al llamado de Diego, pero aun así el desesperado terceto tuvo que retroceder constantemente, hasta que ya no tuvieron más remedio que comenzar a ascender los peldaños que conducían al alcázar.

Con movimientos torpes, María trepó los peldaños, sintiendo que el corazón le latía, a toda velocidad. Sosteniendo firmemente la daga que Gabriel le había dado, desesperada, miró alrededor. Detrás, quedaba sólo el último tramo de la popa; ese lugar sería el último espacio para defenderse, y angustiada volvió los ojos hacia el agua, que aparecía tan lejos. Flotaron frente a sus ojos trozos ennegrecidos de remos y planchas de madera y un cadáver; se estremeció, pues sabía que si decidían escapar tendrían que saltar desde esa considerable altura.

El sonido del metal contra el metal la obligó a volverse y con una combinación de horror y esperanza vio cómo Gabriel y Jasper rechazaban valerosamente a los soldados que los habían empujado, implacables, hacia ese lugar. Durante un momento pareció que los españoles cedían, pero de pronto Jasper lanzó un grito cuando el brazo que sostenía la espada fue atravesado por el arma de uno de los soldados. La manga se teñía de carmesí a causa de la herida y Jasper se tambaleó; trataba de continuar combatiendo, pero era evidente que no podía. Gabriel redobló sus esfuerzos y por primera vez desde el momento en que había abrazado a María en la cabina del *Santo Cristo,* un escalofrío de temor lo recorrió. ¿Estaban condenados a morir allí?

Como concentraba su atención en rechazar el decidido ataque de los españoles que tenía enfrente, Gabriel por el momento había perdido de vista a Diego. Pero de pronto, cuando los españoles retrocedieron apenas para evaluar la situación, ahora que uno de los bucaneros había sido herido, Gabriel vio a Diego al pie de la escalera. Era evidente que esperaba que sus hombres fatigasen a los dos piratas antes de intervenir para asestar el golpe de gracia; y la herida de Jasper parecía señalar el momento que él había estado esperando.

Con el *Santo Cristo,* convertido en una ruina llameante a sus espaldas, Diego miró a Gabriel. Los pocos hombres que los separaban de pronto se esfumaron cuando se miraron uno al otro, y todo el odio que sentía cada uno por su antagonista se manifestó claramente en las expresiones. Con voz ronca. Diego ordenó:

–¡Dejadlo! ¡Es mío!

Los soldados se apartaron y entre esos dos enemigos mortales sólo quedó el breve tramo de peldaños. Con movimientos lentos, una horrible sonrisa en los labios, Diego ascendió, la espada pronta, los ojos negros clavados casi afectuosamente en la cara de Gabriel. Como en un ronroneo dijo:

–¡Esperé este momento, cerdo inglés! ¡Y esta vez nada me impedirá matarte!

Gabriel observó impasible la aproximación del español, e intencionalmente trató de borrar de su mente todo lo que no fuera aniquilar a ese hombre. Dirigió una rápida mirada a Jasper y a María. María permanecía de pie, cerca, el embarazo dolorosamente evidente. Miró a Gabriel, y todo el amor que sentía por él relucía en sus ojos zafiro. En voz baja murmuró:

–¡Te amo! No importa lo que suceda... ¡te amo! Gabriel le dirigió una sonrisa sesgada, y su corazón se sintió inflamado con el amor a su esposa. Con voz ronca reconoció:

–Y yo, querida, nunca te amé tanto como ahora... sólo deseo... –Se interrumpió, y giró de prisa; el aro de oro se balanceó entre los mechones de espesos cabellos negros, mientras saltaba para afrontar el ataque de Diego que acababa de ascender los últimos peldaños.

Cuando su robusto cuerpo avanzó para enfrentar la embestida de Diego, en su mente no había ideas de venganza, ni recordaba las atrocidades padecidas a manos de ese hombre; sólo pensaba en el amor tan valioso que había obtenido y en la perversa destrucción de su propia vida a manos de Diego. Y así, en definitiva, luchó contra Diego no por el pasado sino por el futuro, por el futuro colmado de amor que lo esperaba en los brazos cálidos y acogedores de su rosa española.

En el espacio relativamente reducido de la cubierta del alcázar, observados impotentes por María y Jasper, Gabriel y Diego libraron el duelo definitivo.

La horrible batalla se desarrollaba en silencio, pues ninguno de los dos conservaba aliento para insultos y burlas, y ambos jadeaban y respiraban con dificultad, mientras bailoteaban y saltaban alrededor del terreno y las hojas asesinas centelleaban a la luz de las llamas que consumían al *Santo Cristo.*

Para María, que observaba con dolorosa intensidad esta violenta lucha, mientras Jasper se inclinaba medio desmayado sobre el hombro de la joven, era una situación en la que todas sus pesadillas se realizaban. Incluso la sangre de Jasper manchando la cubierta, había sido parte de esas pesadillas y el espectáculo terrible de su esposo y su hermano tratando de matarse uno al otro, era abrumador. Pero en su corazón ya no existía esa antigua división de sentimientos de fidelidad; todos sus pensamientos, todas sus plegarias eran para Gabriel. A pesar de todo, no deseaba ver muerto a su hermano pero lo despreciaba y compadecía y sólo4e interesaba que ella y Gabriel pudiesen escapar.

Pero el destino no quiso ser benigno con ella y en ese momento definitivo, María misma fue quien inclinó la balanza en el marco de esa lucha desesperada. Gabriel estaba fatigado, ya había combatido contra varios hombres antes de cruzar su acero con el de Diego y su cansancio comenzaba a manifestarse; sus estocadas no eran tan firmes y seguras, sus movimientos eran más lentos, no tenían la acostumbrada velocidad del rayo. Con sus reflejos amortiguados por la batalla, Gabriel de pronto resbaló en la cubierta manchada de sangre, y cayó de rodillas, con la guardia baja.

Como una víbora, Diego golpeó, y Gabriel desvió torpemente la estocada mientras trataba de incorporarse; pero estaba en grave desventaja y no podía continuar así. María se apartó un instante de la baranda con toda la fuerza de su cuerpo y guiada por el instinto ciego, hundió la daga de Gabriel en el hombro de su propio hermano. Aullando de cólera y dolor. Diego se volvió para afrontar esta nueva amenaza, pero con una estocada limpia y rápida, la hoja de Gabriel se hundió profundamente en el corazón de su antagonista.

Diego se puso rígido y con una expresión de absoluto asombro en la cara, cayó muerto al piso.

María se cubrió la cara con manos temblorosas y se apartó, incapaz de soportar el espectáculo del cadáver de su hermano sobre la cubierta del *Santo Cristo.* Gabriel se acercó instantáneamente y la abrazó con fuerza.

–Todo ha terminado, querida... pero ahora me temo que debemos afrontar otros peligros. –Le elevó el mentón con una mano, y mirando preocupado la cara de la joven, dijo en voz baja:–María, tendremos que saltar. Trataré de proteger tu cuerpo con el mío... pero será peligroso... para tí y el niño.

María tragó saliva.

–Lo sé, pero no hay otro modo.

Jasper tenía todavía cierta conciencia de lo que pasaba, y mientras se preparaba para saltar, con voz un tanto estropajosa, murmuró:

–Si sobrevivo a esto, *mon ami,* recuérdame en el futuro que no me entrometa en tus aventuras.

Gabriel le apretó el hombro en un gesto alentador.

–Hablaremos de esto el día que seamos viejos, mi buen amigo. ¡Te lo prometo! ¡Ahora, salta!

Los brazos de María se cerraron alrededor del fuerte cuello de Gabriel y aunque él trató de protegerla todo lo posible para evitar los efectos del choque, cuando tocaron el agua ella sintió una puntada muy dolorosa. Pareció como si le estuvieran arrancando el niño del vientre y se hundió en las profundidades del lago, apenas consciente de los brazos de Gabriel que la sostenían con fuerza. No había signos de Jasper. Cuando la velocidad de la caída disminuyó, con un puntapié potente Gabriel comenzó a nadar hacia la superficie.

Al emerger, los brazos de María continuaban fieramente apretados alrededor del cuello de Gabriel, pero el recuerdo de la punzada terrible la acompañaba. ¿Su hijo habría sufrido los efectos del golpe?

La voz de Jasper la arrancó de su angustia.

–¡Un barco! –exclamó Jasper con voz débil–. ¡El tuyo! ¡El *Ángel Negro* viene a salvarnos!

Unos minutos después, María percibió agradecida que unas manos fuertes la sostenían y que Gabriel se arrodillaba junto a ella sobre la cubierta del *Ángel Negro;* Jasper, que respiraba débilmente, estaba acostado a poca distancia. Una pesadilla había terminado, pero ella temía que quizás otra acababa de comenzar y que no todo estaba bien con su hijo.

33

Mientras los restantes barcos de Morgan continuaban hostilizando a las dos naves españolas restantes, *el Angel Negro* se retiró rápidamente a distancia segura de la lucha y echó el ancla. Era evidente que los bucaneros estaban ganando la batalla y ahora que la dama del capitán estaba a salvo, la tripulación *del Ángel Negro* se sentía jubilosa. La única nube en el horizonte era el estado de Jasper.

Gabriel había trasladado a María a la habitación principal. Richard y el tuerto Jenkins, que sostenían el cuerpo inerte de Jasper, los siguieron y detrás llegó de inmediato el cirujano del barco.

Una hora después, María estaba sentada en la cama de Gabriel bebiendo un poco de caldo que le habían preparado de prisa. Vestía una de las camisas de su esposo y excepto las profundas ojeras y la palidez de su piel, Gabriel llegó a la conclusión, aliviado, de que al parecer no había sufrido nada grave. De todos modos, con una expresión inquieta en los ojos, permaneció de pie junto a la cama y su mano recogió suavemente los cabellos todavía un poco húmedos de la frente de María, preguntándole por lo menos por décima vez:

–¿Estás segura de que no te lastimaste cuando tocamos el agua?

Callando la inquietante idea de que no todo estaba bien en ella, María esbozó una sonrisa descolorida y murmuró, con una verdad a medias:

–Ahora me siento perfectamente... No te preocupes. –La sonrisa de María se borró, y ella preguntó ansiosa:– ¿Y Jasper? Gabriel hizo un gesto y le respondió:

–El cirujano dice que perdió mucha sangre, pero que la herida no es profunda y que si logramos que guarde cama unos pocos días, se recuperará completamente. –Su boca esbozó un mohín irónico.– Mantenerlo en la cama será el principal problema.

Con la ingrata conciencia de que otras responsabilidades reclamaban su presencia, pero tranquilo al mismo tiempo porque ahora podía separarse sin riesgo de ella, Gabriel besó brevemente en la boca a María y dijo pesaroso:

–Debo ver cómo se desarrolla el combate... no tardaré mucho.

Mientras Lancaster estuvo atareado rescatando a su esposa del *Santo Cristo,* Morgan y los restantes corsarios no habían estado ciertamente ociosos; en muy poco tiempo, su maltrecha y pequeña flotilla destruyó completamente a los dos barcos españoles. Gabriel sabía bien la suerte corrida por *el Santo Cristo,* pero conoció lo sucedido con las dos naves restantes. *Soledad* y *San Luis,* sólo cuando se reunió al fin con el almirante a bordo del *Lilly.*

Encontró a un Morgan animoso pero frustrado, que miraba con irritación el Fuerte de la Barra, la defensa española que todavía les impedía salir a la libertad. A menos que fuera posible destruirlo, los bucaneros continuarían atrapados y como era seguro que pronto llegarían refuerzos españoles, su situación no era propicia.

Morgan se sintió complacido y al mismo tiempo irritado cuando se enteró del audaz rescate de María por Gabriel.

–Es una suerte que hayáis tenido éxito –gruñó, y un guiño de sus ojos oscuros desmintió el tono de voz poco cordial–. De lo contrario, me habría

visto obligado a resucitar a ambos para decirles exactamente qué pienso de esa audacia temeraria... ¡la tuya y la de Jasper!

Gabriel sonrió apenas, en la cara una expresión serena y tranquila, mientras descansaba en un ancho sillón de roble, los pies apoyados en un arcón marino. Comentó con aire reflexivo:

–Ese ardid con el barco cubano fue muy inteligente, Harry. Si no hubieses engañado a los españoles... –Hizo una pausa y agregó sombríamente:– De adivinar ellos qué te proponías, quizá todos habríamos fracasado.

Morgan no era hombre modesto y replicó con perdonable vanidad:

–Sí, fue una maniobra bastante astuta, ¿verdad? Pero, ¿no te dije una vez que soy el pirata más grande que jamás existió?

Se miraron sonrientes, pero después, con una expresión seria, Gabriel preguntó:

–¿Cuál es la gravedad de la situación, Harry? ¿Qué sucedió con las otras naves españolas? Morgan hizo una mueca.

–Hoy nos desempeñamos muy bien y los españoles muy mal... ¡Pero todavía estamos atrapados! El *San Luis* trató de acudir en ayuda del *Santo Cristo* pero cuando se extendieron las llamas fue evidente que este barco estaba perdido. *El San Luis* buscó la protección de los cañones del fuerte, perseguido de cerca por tres de nuestras naves... y cuando estuvo al alcance de los cañones del fuerte, debimos retirarnos. –Sonrió y agregó:– ¡Cuando bajó la marea encalló en un banco de arena!

–¿Y el *Soledad?*

–Ah, esa es otra historia. ¡Ahora forma parte de nuestra flota! –replicó alegremente Morgan–. Su capitán impartió la orden de salida y aunque cortaron los cables, parece que uno quedó trabado en una de las poleas y el barco enfiló sin control hacia un bajío de mangles... fuera del alcance de los cañones del fuerte. –Murmuró secamente:– Perseguido de cerca por ocho de nuestros barcos y una flota de canoas, incluso un tonto podía prever el desenlace. ¡Los españoles abandonaron la nave y nos apoderamos de ella sin lucha! –Sin la más mínima complacencia, agregó caviloso:–Sólo un fuerte repleto de españoles armados y coléricos, que hoy sobrevivieron, se alza entre nosotros y la libertad.

Poco después Gabriel se separó de Morgan y fue directamente al *Lucifer.* Al entrar en la cabina de Jasper y encontrar a su amigo cómodamente instalado en la cama, la herida vendada y el brazo en cabestrillo, Gabriel lo saludó alegremente.

–Me sorprende –dijo con un brillo burlón en los ojos– que esta habitación no esté ocupada por varias de esas bonitas damas de Maracaibo a quienes estuviste agasajando últimamente.

Jasper esbozó una mueca; aún estaba muy pálido.

–Hoy, al ver los extremos a los que puede llegar un hombre enamorado sencillamente para conquistar a una mujer, he decidido que ellas son criaturas muy peligrosas. –Sonrió astutamente y agregó de mala gana:– Y dada mi debilidad, ¡quién sabe lo que puede suceder... incluso es posible que

me enamore! –Se estremeció.– Y para evitar ese horrible destino, he ordenado a mi primer oficial que las mantenga alejadas de mí... un tiempo.

Gabriel lo miró y dijo con voz serena:

–Quiero agradecerte, Jasper. Sin ti, María y yo no habríamos podido imponernos a las fuerzas enemigas. Nunca olvidaré lo que hiciste hoy por nosotros.

Jasper se movió incómodo en la cama y dijo con aspereza:

–¡Oh, no digas esas cosas! ¡No hice nada que tú no hubieras hecho por mí! ¡No insistas con lo mismo porque me pesará no haberte entregado a tu destino!

–¡Qué ingrato de tu parte! –replicó divertido Gabriel–, Por lo demás, ¡siempre fuiste hombre de ahorrar tus amabilidades para las damas!

Gabriel abandonó *el Lucifer y se* encaminó al único lugar en el que realmente deseaba estar... en compañía de María. Cuando llegó a su barco, fue de prisa a la espaciosa habitación, donde estaba todo lo que era importante para él.

María estuvo dormitando y turbaba su descanso la sensación de que no había escapado sin consecuencias a la zambullida en las aguas del lago. No era nada definido, pero algo estaba mal... algo que tenía que ver con su hijo. La entrada de Gabriel la despertó y ella rechazó de inmediato sus inquietas conjeturas, sonriéndole con calidez cuando él estaba cruzando la habitación para sentarse a su lado, sobre el borde de la cama.

Los episodios de las últimas semanas estaban en la mente de ambos y aunque hablaron en voz baja de las cosas que son el tema usual de los enamorados, por tácito acuerdo, momentáneamente no comentaron la experiencia con Du Bois, Diego o el incendio del *Santo Cristo.* Hablaron en cambio de la soledad que habían sentido durante el período de la separación, de su alegría al reunirse nuevamente y del futuro... El futuro que aún era tan incierto...

Al día siguiente Morgan desencadenó un intenso ataque sobre el fuerte, pero fue inútil; en repetidas ocasiones los bucaneros fueron rechazados sin dificultad. Los españoles ocupaban mejores posiciones, usaban eficazmente sus cañones y mosquetes y los bucaneros sufrieron terribles pérdidas.

Con rostro ensombrecido por la irritación, Morgan se había retirado. Continuó meditando acerca del problema y ordenó a sus barcos que retornaran a Maracaibo para reabastecerse de provisiones en vista del viaje a Port Royal. Finalmente, decidió ofrecer la paz a los tenaces defensores del fuerte, así como la liberación de todos los prisioneros que los bucaneros capturaron, si los españoles permitían el paso de los piratas. Los españoles, irritados y decididos a aplastar de una vez para siempre a esos audaces merodeadores, se apresuraron a rechazar la oferta. Morgan no se sorprendió y al instante comenzó a elaborar otro plan de acción; en su cerebro estaba cobrando forma un astuto plan.

Era sencillo y su objetivo era lograr que la salida al golfo de Venezuela fuera menos peligrosa, convenciendo a los españoles de que modificaran el emplazamiento de algunos de sus cañones. Con gran placer de los bucaneros, el ardid fue eficaz. Don Alonso, comandante del fuerte, observó

con atención, al día siguiente, mientras una canoa tras otra descargaba grupos de piratas a cierta distancia y comenzó a preocuparse. Sin duda se preparaba un ataque por tierra que comenzaría esa noche misma; y sería un ataque importante. Don Alonso ordenó enseguida emplazar algunos de sus cañones en otros lugares, para afrontar la nueva amenaza. Una vez que los enemigos mordieron el anzuelo, esa noche, bajo la protección de la oscuridad, la flota de corsarios navegaría hacia la libertad.

Cuando cayó la noche, con gran sigilo, los corsarios se prepararon para zarpar y Gabriel se preguntó qué pensaría el desconcertado comandante del fuerte cuando descubriera que los muchos viajes realizados por las canoas entre los barcos y la orilla habían tenido como pasajeros permanentes ¡al mismo grupo de piratas! Fingían desembarcar en los pantanos, a corta distancia del puerto, y en realidad los bucaneros se disimulaban acostados boca abajo en el fondo de las canoas y así los españoles sólo veían a los remeros en el viaje de regreso hasta los barcos. El proceso se repitió varias veces. Gabriel se dijo muy regocijado, mientras entraba en la amplia habitación, que era un truco muy antiguo, pero en este caso sumamente eficaz.

–¿En qué estás pensando que sonríes así? –le preguntó de pronto María.

Era la primera vez que ella abandonaba el lecho y vestida con algunas prendas provenientes del saqueo, se la veía muy atractiva. Con una gran sonrisa, Gabriel la abrazó, y con movimientos suaves describió varios círculos de un extremo al otro de la cabina. Después de besarla, dijo alegremente:

–Caramba, ¡sólo por el placer que tú me das! –Su boca adquirió una expresión sensual.— Y por los placeres que de nuevo compartiremos cuando haya nacido el niño ¡y pueda mostrarte exactamente cuánto te amo!

Una sombra cruzó la cara de la muchacha ante la mención del niño. No estuvo realmente bien desde el momento que se arrojaron al agua del lago, cuando sintió ese intenso espasmo de dolor. Pero como parecía que no había nuevos indicios de dificultades, trató de decirse que sus inquietudes eran absurdas. Pero el dolor

sordo de hoy en la base de la columna vertebral la inquietaba mucho, y hubiera deseado que Pilar estuviese allí. Si por lo menos hubiese contado con una persona de confianza... Decidida a evitar que Gabriel se preocupase excesivamente en ese momento, sonrió apenas y preguntó:

–¿Cuándo partimos?

–¡Pronto! –dijo él con un sentimiento de felicidad, sin saber que esa sería una de las noches más trascendentes de su vida. Después, se separó de María y subió a cubierta para esperar la señal de Morgan.

La señal llegó y en la oscuridad de la noche sin luna los barcos corsarios recogieron el ancla y se desplazaron en silencio con la marea, en dirección al peligroso canal que llevaba a la libertad. La flota se aproximó lentamente y quedó al alcance de los cañones del fuerte. ¿Tendrían éxito? Y lo que era tan importante como eso, en esa noche en que reinaba la más

profunda oscuridad, ¿los pilotos podrían guiarlos a través de las aguas traicioneras?

De pronto, el silencio fue interrumpido por el rugido de los cañones y con un sobresalto María comprendió que los habían descubierto. Estaba sola en la habitación, y su rostro se contorsionó cuando un intenso espasmo de dolor le recorrió el cuerpo. Apenas tuvo tiempo de contener el aliento, de adivinar el significado de ese dolor, cuando el cañón del fuerte retumbó de nuevo;

pero *él Ángel Negro,* así como el resto de la flota bucanera, continuó navegando intrépidamente, sin vacilar, por el estrecho canal que desembocaba en el golfo de Venezuela.

Los españoles descubrieron demasiado tarde el subterfugio de Morgan y la flota pudo dejar atrás con escasos daños el lugar más peligroso; pero a bordo *del Angel Negro* no hubo signos de alivio. ¡La esposa del capitán estaba dando a luz!

Sacudida por otra intensa contracción, María consiguió lanzar un grito de advertencia y Richard fue a ayudarla. De una ojeada comprendió la situación y cuando Gabriel llegó corriendo desde la cubierta, Richard ya había acostado a María en la cama.

Con una expresión de temor y ansiedad, Gabriel permaneció de pie junto a la cama, mirando impotente mientras otra contracción conmovía a su esposa.

–¡Dios mío! –murmuró–, ¿No podemos hacer algo para aliviarla? El dolor cesó durante un momento y María dijo sin aliento:

–No es demasiado intenso... Creo que se trata sólo de que el niño ha decidido llegar con cierta anticipación.

Apareció el cirujano del barco y al contorsionarse dolorida a causa de otra contracción, Gabriel aferró al hombre y rugió:

–¡Haga algo! ¡No permita que sufra así! El cirujano lo miró sobresaltado.

–¿Yo? –exclamó–. ¡Soy cirujano, no partera! ¡No sé nada acerca de partos! –Y ante la expresión asesina en los ojos de Gabriel, se retiró de prisa.

Inconmovible, el pragmático Richard asumió el control de la situación y dijo con voz calma:

–Yo la ayudaré. Un parto es un parto y si vos os retiráis, vuestra señora y yo nos arreglaremos muy bien solos.

Las horas que pasaron fueron algunas de las más largas de la vida de Gabriel, e incluso saber que la flota bucanera estaba a salvo e ingresaba en las aguas del golfo de Venezuela, en nada contribuyó a aliviar la tensión y la preocupación que se manifestaba claramente en su rostro.

Unas siete horas después, María, eficazmente ayudada por Richard, quien aseguró que ella se había comportado tan bien como una excelente yegua de pura raza, dio a luz a su hijo: un niño pequeño pero perfectamente sano. Con la cara enrojecida y chillando enérgicamente, Nathaniel Richard Jasper Lancaster fue depositado con cuidado en brazos de su madre y ella miró asombrada la carita enfurecida.

–Ah, muchacho –murmuró– las aventuras que tú y yo hemos vivido... no me sorprende que hayas decidido llegar tan temprano.

La noticia del nacimiento del niño y la información de que su madre estaba bien recorrieron la flota, determinando que las tripulaciones de las restantes naves vivasen estrepitosamente; algunos incluso dispararon sus cañones. Sin duda, un gran bucanero del futuro acababa de incorporarse a sus filas.

Cuando al fin se le permitió entrar, Gabriel no podía separarse de María y su hijo recién nacido y mientras *el Angel Negro* se deslizaba velozmente a través de las variables corrientes del golfo de Venezuela, él estaba sentado al lado de su esposa, mirando absorto primero el rostro de María y después el pequeño bulto en los brazos de la joven.

Con los ojos brillantes, María observó la expresión de Gabriel e incorporándose apoyada en un codo, preguntó orgullosa:

–¿No es hermoso?

Gabriel la miró, y observó el modo en que los abundantes cabellos negros se rizaban cerca de sus pálidas mejillas, la luminosidad de los ojos azules, la suave curva de su boca sonrosada. Era evidente que estaba muy cansada y que el inesperado nacimiento del niño casi había agotado sus escasos recursos físicos, pero Gabriel pensó que ella nunca había parecido más hermosa. Con voz ronca dijo:

–Sí... pero, naturalmente creo que la madre es mucho más hermosa.

María le dirigió una sonrisa deslumbrante y Gabriel parpadeó ante la extraña seducción de su esposa. Con infinita ternura, la mano cálida sobre la mejilla de María, él murmuró:

–Me siento muy feliz por el niño, pero si algo te hubiese sucedido... –Hizo una pausa, y el miedo que había sentido durante un segundo se reflejó en la profundidad de sus ojos esmeralda. Incapaz de contenerse, exclamó:

–Cuando supe que Du Bois te había secuestrado, pensé que enloquecería. Pero esta noche fue mucho peor, aunque de otro modo: antes, a lo sumo podía imaginar tu angustia, ¡y esta noche pude verla!

Sonriéndole dulcemente, ella apoyó la mano sobre la boca de Gabriel.

–¡Calla! Sé que no mencionaste antes su nombre porque no deseabas que yo sufriera. Pero hablemos ahora y no volvamos a tocar nunca más el asunto. –Con insistencia María dijo:– El me asustaba y aterrorizaba, pero cumplió la promesa que hizo a mi hermano, y no me molestó.

La cólera provocada por el pensamiento de lo que ella hubiera podido sufrir, recorrió su cuerpo y con voz sorda Gabriel exclamó:

–Si Du Bois te hubiese lastimado, de un modo o de otro, no importa dónde hubiese intentado esconderse, lo habría seguido y hallado y con las manos desnudas de buena gana lo habría descuartizado, miembro por miembro.

María le creyó y apoyando la mejilla contra el ancho pecho de Gabriel dijo con suavidad:

–Lo sé... Lo único que siempre temí fue que tal vez nunca volviese a verte.

Gabriel la apartó un puco y mirándola en los ojos preguntó con voz pausada:

–¿Y Diego? ¿Qué me dices de él? Un relámpago de dolor cruzó los bellos rasgos de María, pero con un gesto grave contestó:

–También es parte del pasado. Hubiera preferido que no muriese, pero no nos dejó alternativa. Me entristece que tuvo que ser ultimado, pero no cambiaría lo que sucedió, por terrible que fue, si eso significaba perderte o perder a nuestro hijo.

–Eso nunca sucederá –juró fieramente Gabriel–. Eres mía y me ocuparé de que siempre tengas conciencia de la profundidad de mi amor... verdadera conciencia –dijo entrecortadamente, mientras sus labios buscaban los de María.

Se besaron largamente y todo el dolor y la incertidumbre, el temor y la miseria que los habían marcado se disipó para siempre gracias al amor que compartían.

Dos días después, cuando rompía el alba hacia el este, la proa *del Angel Negro* entró en las aguas de color turquesa más profundas del Caribe y Gabriel supo, sin la más mínima duda, que ahora estaban realmente a salvo y que el peligro había quedado atrás.

Abandonó su lugar en el puente y fue en busca de María. La encontró en la habitación, sentada cerca de las ventanas de popa, amamantando a Nathaniel. Cuando oyó abrirse la puerta, ella se volvió.

Gabriel sonrió. Dijo únicamente:

–Ven, ven y contemplemos juntos la salida del sol... Creo que para nosotros esta mañana significa mucho.

Juntos, Gabriel sosteniendo firmemente a Nathaniel en sus brazos, ascendieron a la cubierta del *Ángel Negro.* Uno junto al otro en la proa del barco, observaron la flota triunfante de Morgan que se extendía sobre el ancho espacio del Caribe. Las velas blancas recogían la bienvenida brisa que impulsaba a la flota Sobre las olas de crestas espumosas; María suspiró complacida ante el espectáculo.

Con Nathaniel descansando sobre un brazo, Gabriel rodeó con el otro la cintura de María y la acercó más, mientras decía en voz baja:

–Todos los barcos están colmados de riquezas, pero yo tengo aquí, en mis brazos, el más grande de los tesoros.

Reinó el silencio entre ellos mientras allí, de pie, de pronto Gabriel comprendió que esa carga dolorosa que había soportado tanto tiempo, desde el día que *eI Raven* fue destruido tan implacablemente, había desaparecido. Advirtió con alivio que estaba libre del pasado. Antaño, partió para Jamaica colmado de sueños y esperanzas; esta vez, él mismo lo reconocía, estaba también colmado de amor...

Como si hubiese adivinado lo que él pensaba, María levantó una mano para acariciarle la mejilla. Con voz grave, la joven murmuró:

–Querido mío, está todo allí, ante nosotros... un futuro maravilloso que realizaremos juntos.

Y sería maravilloso, tan maravilloso, tan glorioso como las luces resplandecientes del alba que de pronto inundaron *al Ángel Negro,* tiñéndolo de oro mientras navegaba grácilmente hacia Port Royal, hacia el hogar, hacia el amor…

FIN